

DAVID FARLAND

*Los señores de  
Las runas*



Lectulandia

Este es un mundo de hechiceros y guardianes de la Tierra, de reyes y caballeros ecuanímes. Un mundo donde brilla el filo de las espadas y abunda la crueldad, un mundo en donde los hombres y mujeres obedecen a sus señores y hasta mueren por ellos...

Es este es el mundo en el que el joven príncipe Gaborn Val Orden de Mysterria, señor de las runas, dotado de la percepción y fuerza recibidas de sus vasallos, viaja para pedir la mano de Iome de Sylvarresta junto con su escudero cuando inesperadamente descubren a una pareja de asesinos que piensan atacar al padre de la princesa.

Cuando ambos corren a avisar al rey descubren que no solo la familia real está en peligro sino todos los humanos, y que para salvarlos Gaborn deberá aprender a usar sus recién adquiridos poderes.

«Algunas sagas de fantasía son reconocidas de inmediato como obras de arte, como las de George R. R. Martin, Robert Jordan y Terry Goodkind. Añadan a David Farland y su serie épica *Los señores de las runas*».

**Lectulandia**

David Farland

# **Los señores de las runas**

**Los señores de las runas 01**

ePub r1.0

Titivillus 13.03.15

Título original: *The Runelords*  
David Farland, 1998  
Traducción: Myriam Gracia Bernabé  
Retoque de cubierta: Piolín

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

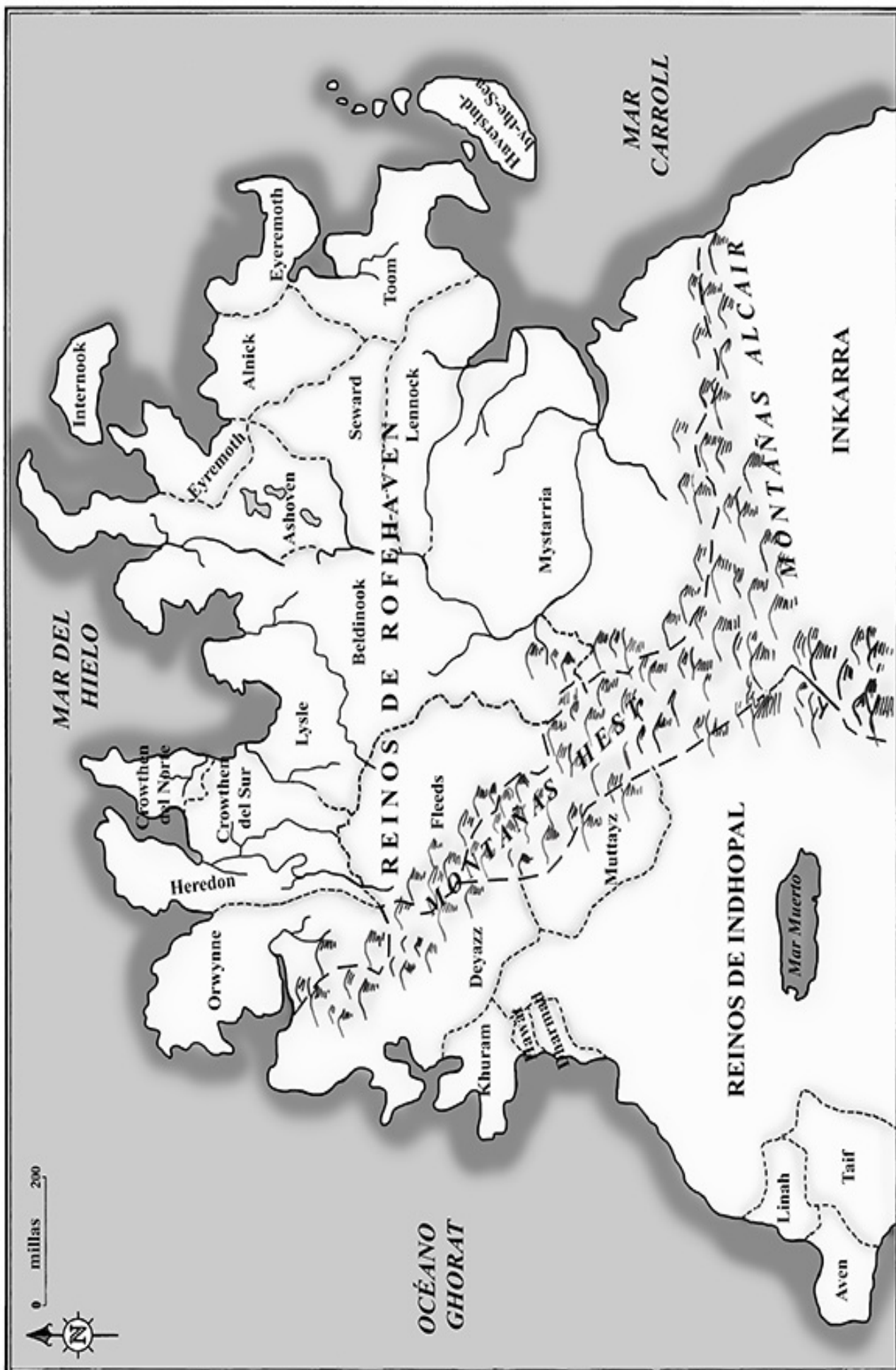
---

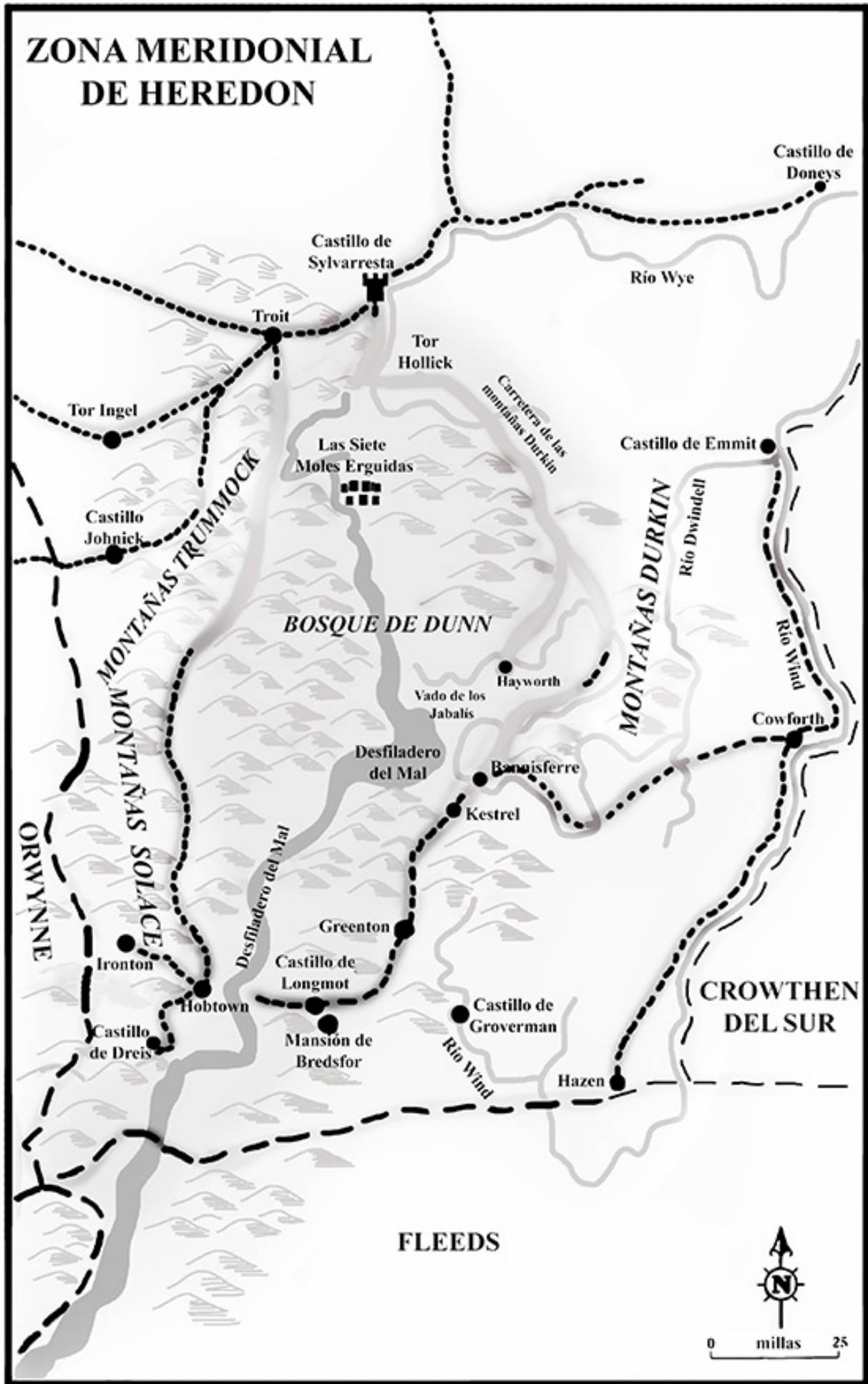
**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

Debo agradecer la colaboración de muchas personas que ayudaron a dar forma a este libro. Quizá las más importantes entre ellas sean Jonathan y Laurel Langford, no solamente leyeron el libro una vez, sino dos y redactaron anotaciones detalladas. Además, debo dar las gracias a David Hartwell, Tad Dembinski y Tom Doherty, mis editores en Tor, por su esmero y consideración. Otras personas que aportaron un apoyo valioso fueron Lee Allred, Russell Asplund, Virginia Baker, Scott Bronson, Michael Carr, Grant Avery Morgan, Scott Parkin, Ken Rand y Bruce Thatcher, de Pilgrimage, mi grupo literario. Asimismo, debo dar las gracias a Les Pardew, Paul Brown tercero, Sandy Stratton, John Myler y Dave Hewitt.

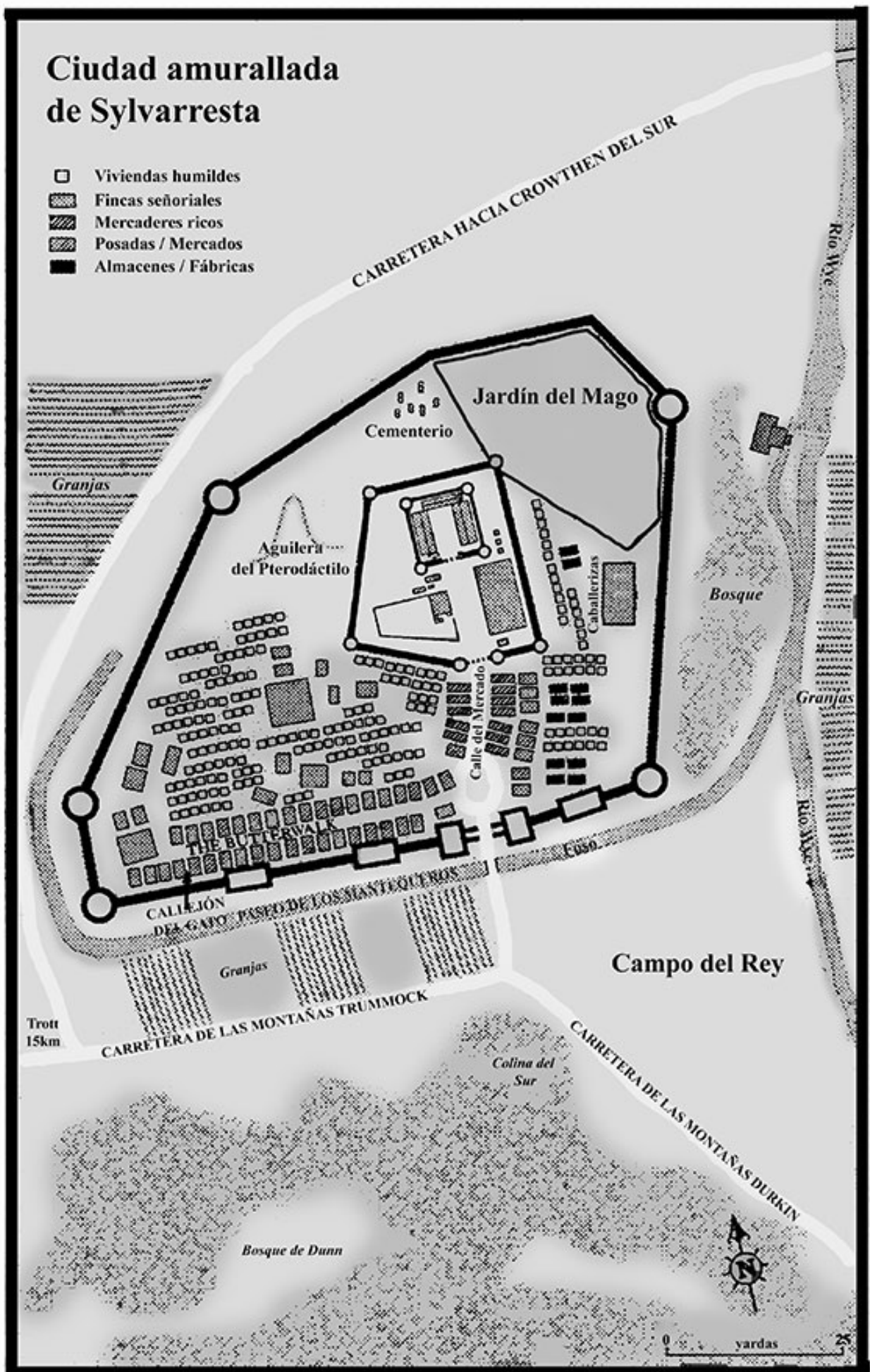
Un agradecimiento especial a mi mujer, Mary, y a mis hijos, quienes vivieron sin padre mientras escribía.





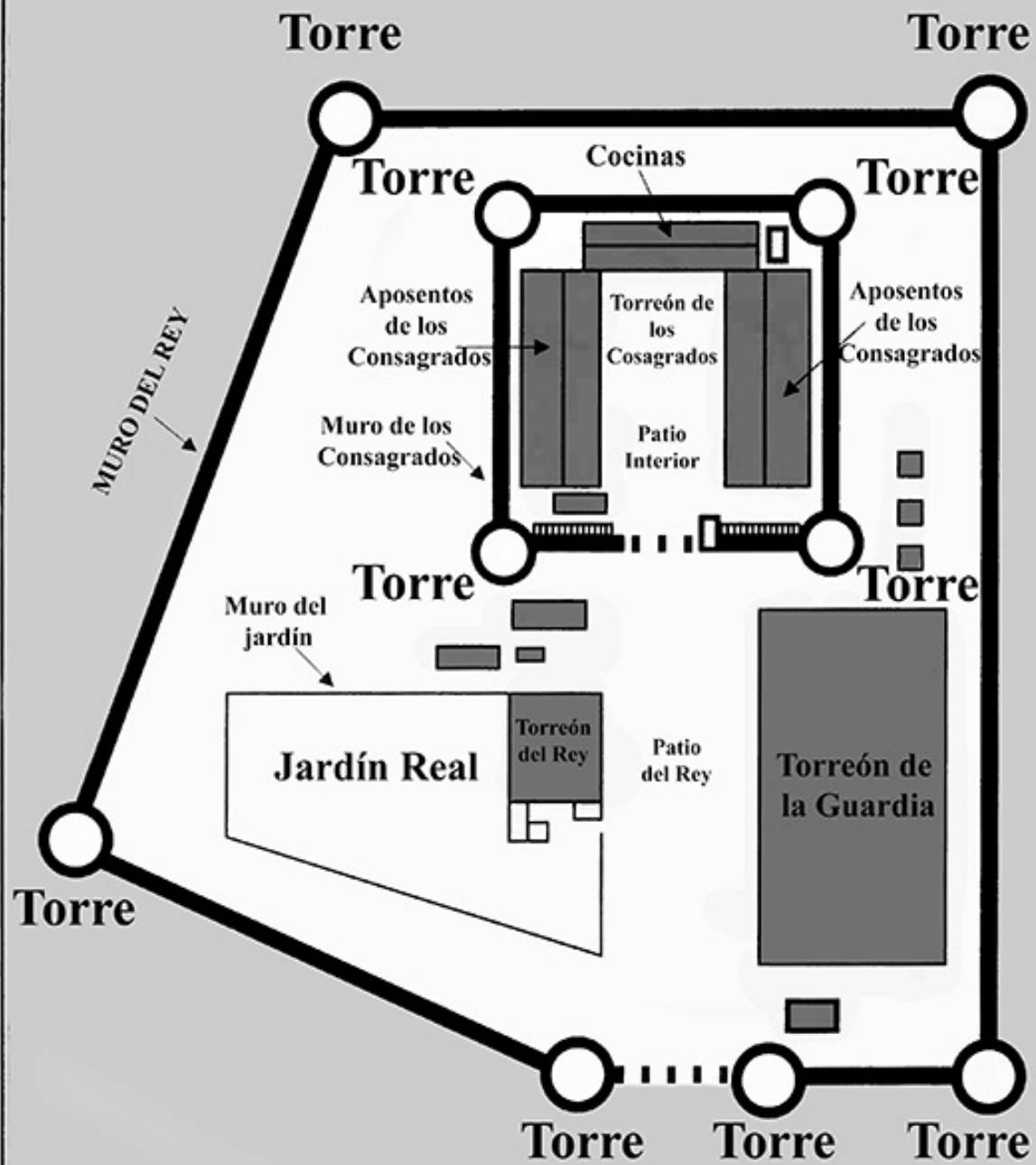
# Ciudad amurallada de Sylvarresta

- Viviendas humildes
- ▨ Fincas señoriales
- ▩ Mercaderes ricos
- ▧ Posadas / Mercados
- Almacenes / Fábricas





# Castilo Sylvarresta



# PRIMER LIBRO

---

*Decimonovena jornada del mes de la cosecha*



Un día espléndido para una emboscada

# Capítulo 1



*Comenzó en la oscuridad.*

**E**n los alrededores del castillo de Sylvarresta, las efigies del Rey de la Tierra engalanaban la ciudad. Por todas partes se podían ver colgadas de los escaparates de las tiendas, erguidas contra las puertas de la ciudad, o clavadas junto a los umbrales; apostadas en cualquier lugar donde el Rey de la Tierra tuviese acceso a los hogares.

Muchas de las imágenes consistían en crudos objetos hechos a mano por niños, unas cuantas cañas retorcidas con forma de hombre, a menudo con una corona de hojas de roble en el pelo. Aunque en las puertas de las tiendas y las tabernas las imágenes eran más vistosas, hechas de madera y en tamaño natural, a menudo pintadas y peinadas minuciosamente, y con ropa de viaje de lana verde de calidad.

Por aquellos tiempos, se contaba que en la noche de Hostenfest el espíritu de la tierra ocupaba las efigies y el Rey de la Tierra despertaba, y era con ese despertar que el rey protegía a las familias durante otra estación y les ayudaba a recoger las cosechas.

Era esta temporada festiva y jubilosa. Durante la noche de Hostenfest, en los hogares, cada padre representaba el papel del Rey de la Tierra dejando regalos delante de la chimenea. Y así, al amanecer del primer día de Hostenfest, los mayores recibían botas de vino joven o barriles de cerveza negra; para las niñas el Rey de la Tierra traía muñecas tejidas de paja y flores silvestres, para los niños espadas o carros de bueyes tallados en fresno.

Todos estos presentes que regalaba el Rey de la Tierra representaban un símbolo de la riqueza del rey, las enormes reservas de «el fruto de los bosques y de los campos» que, según la leyenda, aquel concedía a los que amaban la tierra.

Así pues, los hogares y las casas en torno al castillo estaban bien adornados aquella noche, el decimonoveno día del mes de la cosecha, cuatro días antes de Hostenfest. Las tiendas estaban limpias y bien surtidas para la feria de otoño que se celebraría en breve.

Ya casi amanecía y las calles estaban desiertas. Aparte de los centinelas de la

ciudad y algunas nodrizas, los únicos que tenían motivos para estar despiertos tan tarde eran los panaderos del rey, quienes en aquel momento quitaban la espuma a la cerveza del rey y la mezclaban con la masa de las barras de pan para que fermentara antes del alba. Ciertamente que el río Wye estaba lleno de anguilas en su migración anual, con lo que uno podría pensar que algún pescador saldría por la noche. Pero los pescadores habían vaciado las trampas de mimbre una hora después de la medianoche y entregado barriles llenos de anguilas vivas al carnicero, a fin de que este las despellejara y las salara con bastante antelación al segundo turno de guardia.

Al otro lado de la muralla de la ciudad, los verdes pastos al sur del castillo de Sylvarresta se veían salpicados de oscuros pabellones ya que las caravanas de Indhopal habían viajado al norte para vender la cosecha de especias estivales. En los campamentos situados entre la muralla de la ciudad y la del castillo todo estaba tranquilo, a excepción del ocasional rebuznar de asnos.

Las murallas de la ciudad estaban cerradas, y todos los extranjeros habían sido escoltados fuera del barrio de los mercaderes hacía ya largas horas. A aquellas horas de la noche, no se movía un alma por las calles salvo algunos ferrin.

Por tanto, nadie podía presenciar lo que estaba ocurriendo en cierto callejón oscuro. Ni siquiera el oteador del rey, quien poseía el don de la vista de otras siete personas y montaba guardia en el nido del viejo pterodáctilo sobre el torreón de los Consagrados, hubiese podido avistar si allí abajo, en las angostas calles del barrio de los mercaderes, se movía algo.

Sin embargo, en el callejón del Gato, perpendicular al paseo de los Mantequeros, dos hombres forcejeaban entre las sombras intentando hacerse con el control de un puñal. De haberlos visto, ustedes pensarían que se trababa de tarántulas enzarzadas en una lucha: brazos y piernas retorciéndose frenéticamente mientras la cuchilla resplandecía vertical, enganchados mientras los pies buscaban a tientas dónde apoyarse en el desgastado empedrado, ambos hombres gruñían y tensaban el cuerpo con intenciones mortíferas.

Los dos hombres vestían de negro; el sargento Dreys, de la Guardia del Rey, vestía librea negra con el jabalí de la Casa de Sylvarresta bordado en plata. Su atacante vestía una holgada chilaba de algodón negro al estilo preferido por los asesinos procedentes de Muyyatin.

Aunque el sargento Dreys pesaba unos veinticinco kilos más que el asesino, poseía el don de la fuerza física de tres hombres y podía levantar trescientos kilos de peso sobre la cabeza sin dificultad, temía no poder vencer al otro.

El alumbrado de la calle consistía en el resplandor de las estrellas que escasamente penetraba en el callejón del Gato. El callejón apenas tenía dos metros de anchura y las casas de tres pisos se apoyaban sobre cimientos hundidos, de forma que los tejados combados casi rozaban a unos metros sobre la cabeza de Dreys.

El sargento apenas veía nada en el callejón, solamente distinguía el brillo de los ojos y los dientes de su agresor, un aro con perlas en el orificio nasal izquierdo, y el

destello del puñal; el olor a bosque se aferraba a la casaca de este tan violentamente como el de anís y curri del aliento.

No, Dreys no se encontraba preparado para pelear allí en el callejón del Gato, sin armas y únicamente con un escrocón de lino que normalmente se ajustaba sobre la loriga, las calzas y las botas. Uno no suele ir al encuentro de la amante armado y con la armadura puesta.

Apenas hacía unos instantes que había entrado en el callejón para asegurarse de que no había centinelas en el camino, cuando oyó cierto estruendo detrás de una pila de calabazas amarillas junto a uno de los puestos del mercado. Dreys pensó que su presencia había interrumpido a un ferrin cazando ratones o en busca de algo de tela que ponerse, así que se volvió, esperando ver una criatura regordeta y con forma de rata que se escondía, y fue entonces cuando el asesino se le abalanzó desde la penumbra.

Ahora el asesino se movía rápidamente, sujetaba el puñal firmemente, transfiriendo el peso de una pierna a otra, y haciéndolo girar. La cuchilla centelleó peligrosamente cerca de la oreja de Dreys, pero el sargento la esquivó hasta que el brazo del hombre serpenteó, acuchillándole la garganta. Dreys consiguió detener la muñeca del otro hombre, que era más menudo, durante unos segundos.

—¡Asesino, maldito asesino! —gritó Dreys.

¡*Un espía!*, pensó. ¡*He pillado a un espía!* Solo podía imaginarse que había interrumpido al tipo mientras este se hacía un plano del área del castillo.

Le propinó un rodillazo en la ingle al asesino levantándolo por los aires, tiró del brazo con el cual el otro empuñaba el arma, con la intención de retorcérselo.

El asesino soltó una de las manos que agarraban la navaja y le dio varios puñetazos muy seguidos a Dreys en el pecho, rompiéndole las costillas. Evidentemente, el hombrecito había sido marcado con runas de fuerza. Dreys supuso que el asesino poseía la fuerza de cinco hombres, quizá más. A pesar de que ambos eran increíblemente fuertes, los dones de fuerza incrementaban la energía de los músculos y tendones, aunque no concedían a los huesos ningún tipo de resistencia extraordinaria. Este enfrentamiento iba degenerando rápidamente en lo que Dreys llamaría «un quebrantamiento de huesos».

Le costaba dominar las muñecas del otro, que tenía asidas, y estuvieron forcejeando un rato.

Dreys oyó gritos roncós:

—¡Creo que por allí! ¡Por allí!

Se acercaron por la izquierda, la calle siguiente era la calle Bagatela, donde las casas no se amontonaban ni se arremolinaban tanto y donde *sir* William había construido su nueva mansión de cuatro plantas. Las voces debían de pertenecer a la Guardia de la Ciudad (los mismos centinelas que Dreys había estado eludiendo) a quienes *sir* William tenía sobornados para que descansaran bajo la farola de la puerta de su casa.

—¡El callejón del Gato! —aulló Dreys.

Tan solo tendría que seguir agarrando al asesino unos instantes más, y asegurarse de que el fulano no le pegara una puñalada o escapara.

En su desesperación, el sureño consiguió soltarse y le atizó otro puñetazo en la parte superior del pecho, rompiéndole más costillas. Dreys apenas sintió dolor, ese tipo de distracciones tienden a dejarse de lado cuando se lucha por mantenerse con vida.

El asesino pudo, en su furia, liberar la navaja de un tirón. Dreys sintió un arrebato de miedo y le dio una patada al asesino en el tobillo derecho; más que oír el quebrar de los huesos, los sintió.

Aquel arremetió contra Dreys, la cuchilla brillaba, y este escurrió el bulto y empujó al tipo. La navaja erró por poco, acuchillándole a Dreys las costillas, un golpe rasante.

Tras ello Dreys le hizo al hombre una llave de codo forzándolo a girar el cuerpo a medias. El asesino dio un traspíe, al no poder apoyarse sobre la pierna rota. Dreys le dio otra patada en la pierna con saña y lo empujó hacia atrás.

Dreys miraba entre las sombras frenéticamente en busca de algún adoquín suelto quizá desprendido del mortero. Quería un arma. A su espalda había una posada llamada La Mantequera; además de las vides en flor y la figura del Rey de la Tierra había una pequeña mantequera. Dreys se abalanzó sobre ella con la intención de agarrar el perno de hierro y aporrear al asesino con eso.

La cuchilla enfiló bajo y entró a fondo, penetrando el abdomen y deslizándose más allá de las costillas rotas. Dreys sintió una oleada de tremendo dolor en las tripas que se desplazó a los hombros y brazos, un dolor tan intenso que Dreys creyó que el mundo entero lo estaba sintiendo.

Dreys se quedó de pie mirando hacia abajo durante una eternidad. Un reguero de sudor le entró en sus grandes ojos. El maldito asesino lo había rajado como a un pez. Mientras el asesino lo sujetaba —con el brazo armado había introducido el cuchillo hasta la muñeca en el pecho de Dreys, subiendo la cuchilla hasta el corazón—, con la mano izquierda intentaba alcanzar el bolsillo de Dreys, buscando algo a tientas.

La mano apretó el libro que estaba dentro del bolsillo, tocándolo a través de la tela del escrocón. El asesino sonrió.

Dreys se preguntó: *¿Es eso lo que buscas?, ¿un libro?*

La noche anterior, cuando la Guardia de la Ciudad escoltaba a los extranjeros del barrio de los mercaderes, un hombre de Tuulistan se acercó a Dreys. Se trataba de un mercader que había acampado cerca del bosque. El tipo no hablaba el rofehavanís muy bien y parecía algo aprensivo. Solamente dijo:

—Un regalo, para rey. ¿Tú dar? ¿A rey?

Dreys consintió tras mucho ceremonial saludando con la cabeza, mirando el libro distraídamente. *Las crónicas de Owatt, emir de Tuulistan*, se trataba de un tomo encuadernado en piel de cordero. Dreys se lo había guardado en el bolsillo con la

intención de entregarlo al alba.

El dolor era tan horrible que Dreys no podía gritar, no podía moverse. Todo le daba vueltas, se soltó del asesino e intentó volverse y echar a correr, pero sintió las piernas tan débiles como las de los gatitos, se tambaleó. El asesino cogió a Dreys del cabello por la espalda y tirando del pelo le levantó la barbilla para dejar expuesta la garganta.

*Maldito seas, pensó Dreys, ¿aún no me has matado lo suficiente?*

Como último y desesperado intento, Dreys se arrancó el libro del bolsillo y lo lanzó al otro lado del paseo de los Mantequeros. Allí, en el otro extremo de la calle un rosal se esforzaba por trepar un emparrado cerca de un puñado de barriles. Dreys conocía bien ese rincón, las rosas amarillas casi no se veían entre las vides oscuras. El libro se deslizó hacia ellas.

El asesino maldijo en su propio idioma, arrojó a Dreys hacia un lado y se fue cojeando en pos del libro.

Dreys era incapaz de oír nada excepto un sordo zumbido mientras intentaba ponerse de rodillas con dificultad. Divisó el movimiento del asesino que hurgaba entre las rosas al otro lado de la calle. Tres sombras más grandes venían corriendo calle abajo por la izquierda; un reflejo de espadas desenvainadas y el resplandor estelar que centelleaba en los cascos de hierro: la Guardia de la Ciudad.

Dreys se inclinó hacia delante sobre los adoquines.

Al despuntar el alba, una bandada de gansos graznó conforme volaba en dirección sur a través del plateado manto de luz estelar, y las voces, Dreys lo hubiese jurado, le sonaban a los aullidos distantes de una manada de lobos.

## Capítulo 2



### *Los amantes de la tierra.*

**A**quella mañana, unas horas después de que Dreys fuera agredido, y a unos cien kilómetros aproximadamente al sur del castillo de Sylvarresta, el príncipe Gaborn Val Orden se enfrentaba a no tan angustiosas dificultades.

Aun así, ninguna de las clases en la Facultad del Conocimiento habría preparado al príncipe de dieciocho años de cara al encuentro con una misteriosa joven, en el magnífico mercado de Bannisferre.

Se encontraba pensativo delante de un puesto ambulante en el mercado sur, examinando los enfriadores de vino en plata pulida. El vendedor tenía muchos recipientes de hierro para elaborar cerveza, pero lo mejor eran los tres enfriadores (unos cuencos grandes para el hielo con jarras a juego más pequeñas que encajaban dentro de aquellos). Los cuencos eran de tan alta calidad que parecían de antigua artesanía duskin. Sin embargo, los duskin no existían desde hacía mil años y esos recipientes no podían ser tan viejos. Cada uno de ellos estaba marcado con las garras de un reaver y escenas de perros de caza corriendo entre frondosos árboles. Las jarras estaban adornadas con imágenes de un joven noble a caballo, con la lanza preparada, abalanzándose sobre un hechicero reaver. Una vez que las jarras se introducían en los cuencos de plata, las imágenes se complementaban unas a otras: el joven luchando contra el hechicero reaver rodeados por los perros.

Los ornamentos de los enfriadores de vino habían sido fundidos mediante algún método que Gaborn no alcanzaba a descifrar. El minucioso trabajo del platero era impresionante.

Tan maravillosos eran los artículos de Bannisferre, que Gaborn no se percató de la joven que se acercó a él hasta oler el aroma de pétalos de rosas. La mujer que está a mi lado lleva un vestido que guarda en un cajón lleno de pétalos de rosa, percibió de modo subconsciente. Incluso entonces, se hallaba tan absorbido estudiando los enfriadores de vino que creyó que era simplemente una extraña sobrecogida por los mismos cuencos y jarras. Hasta que la joven no tomó su mano, lo cual captó su atención, no dirigió la mirada hacia ella.



Con su mano derecha asió la mano izquierda del príncipe, sujetando sus dedos livianamente y después apretándolos. El suave tacto de la joven lo electrizó y no retiró su mano. Quizá me confunde con otro. La miró de refilón: era alta y bella, igual tenía diecinueve años, de cabello castaño oscuro adornado con peinetas de nácar, ojos negros, incluso el blanco de los ojos era tan oscuro que parecía un azul pálido. Vestía un sencillo traje de seda color nube con mangas largas y sueltas (un elegante estilo que comenzaba a hacerse popular entre las señoras opulentas de Lysle), con un cinturón de armiño con una hebilla de plata debajo del busto erguido, bien por encima del ombligo; el escote alto y modesto. Sobre los hombros le colgaba un pañuelo de seda en carmesí intenso, tan largo era que los flecos arrastraban por el suelo.

Resolvió que no era simplemente bella, sino despampanante.

Ella le sonrió calladamente, tímida, y Gaborn le devolvió la sonrisa clandestina, esperanzado y perturbado al unísono. La forma de actuar le recordaba las interminables pruebas que uno de los maestros mayores diseñó para él en la Facultad del Conocimiento (aunque ahora no se trataba de una prueba).

Gaborn no conocía a la joven muchacha, no conocía a nadie en la enorme ciudad de Bannisferre, lo cual era raro, no tener amistades en una ciudad tan grande con sus altísimos conservatorios de color gris y arcos exóticos, palomas blancas revoloteando en el cielo azul iluminado por el sol sobre los castaños. Y aun así, Gaborn no conocía a nadie allí, ni siquiera a algún mercader de segunda. Así de lejos se encontraba de casa.

Estaba cerca de los lindes del mercado, no muy lejos de los muelles situados en las anchas orillas de la bifurcación del río Dwindell; a un paso de la calle de los Herreros, donde las forjas al aire libre producían un rítmico tañido de martillo, un chirriar de fuelles y columnas de humo.

Se inquietó al haberse dejado llevar por la tranquilidad de Bannisferre. Ni siquiera se había molestado en fijarse en esta mujer un instante cuando ella se paró a su lado. Ya en dos ocasiones había sido objetivo de atentados contra su vida; su madre había sido asesinada, como su abuela, su hermano y dos hermanas. A pesar de ello, Gaborn permanecía allí tan despreocupadamente como un campesino con la barriga llena de cerveza.

No, decidió rápidamente, no la he visto antes. Sabe que soy forastero, pero me coge la mano. Es algo muy desconcertante.

En la Sala de los Rostros, en la Facultad del Conocimiento, Gaborn había estudiado las sutilezas de la comunicación corporal: la forma en que los secretos se revelaban ante los ojos enemigos y a cómo diferenciar entre muestras de preocupación, consternación o fatiga en las arrugas en torno a la boca de un amante.

Jorlis, maestro mayor de Gaborn, era un profesor sabio, y en los últimos largos inviernos Gaborn había destacado en sus estudios. Aprendió que príncipes, salteadores de caminos, mercaderes y mendigos todos exornaban expresiones y posturas como parte de una actitud consensuada. Así, Gaborn dominaba el arte de

adornarse con cualquier traje a discreción; podía hacerse con el control de una sala repleta de hombres jóvenes simplemente con mantener la cabeza erguida; hacer que un mercader rebajase sus precios mediante una sonrisa amenazadora. Oculto por tan solo una elegante capa de viaje, Gaborn aprendió a bajar la mirada en un concurrido mercado y hacerse pasar por pobre, moviéndose sigilosamente entre la multitud para que aquellos que lo vieran no lo reconocieran como príncipe, pero pensarán: «Ah, ¿dónde robaría ese mendigo tan fina capa?».

Así pues, Gaborn podía interpretar el cuerpo humano y continuar siendo un misterio eterno para los demás. Gracias a sus dos dones de inteligencia, podía memorizar un grueso volumen en una hora. En los ocho años en la Facultad del Conocimiento aprendió más de lo que la mayoría de los plebeyos aprenderían en una vida dedicada al estudio.

Como señor de las runas, poseía tres dones de fuerza física y dos de resistencia, y en la práctica bélica podía enfrentarse a hombres dos veces más grandes que él. Si alguna vez un salteador lo atacara, Gaborn demostraría lo mortífero que podía ser un señor de las runas.

Aunque ante el mundo, dados sus dones de elegancia, aparentaba ser poco más que un joven asombrosamente bien parecido. Y en una ciudad como Bannisferre, llena de cantores y actores de todo el reino, tal belleza era lugar común.

Ahora estudiaba a la mujer que le había cogido la mano; examinó su postura: la barbilla alta, segura de sí misma (aunque algo ladeada). Una pregunta, me va a plantear una pregunta. El contacto de su mano, suficientemente flojo, indicando indecisión, pero suficientemente robusto lo cual indica... posesión. *¿Me reclama como suyo? ¿Quiere seducirme?*, se preguntó.

No, la postura no era la adecuada. Si hubiera querido seducirlo le habría tocado la zona lumbar, un hombro una nalga o el pecho. Aunque, mientras lo tocaba, se mantuvo firme a cierta distancia, dudando si reclamar su cuerpo.

Entonces comprendió: me pide la mano. Algo no acostumbrado; incluso en Heredon, para una mujer de su valía su familia podría fácilmente concertar su matrimonio. Gaborn conjeturó: *ah, debe de ser huérfana, ¿espera concertar su propio enlace!*

No obstante, esa conclusión no le satisfizo. *¿Por qué no lo concertaba uno de los nobles ricos?*

Gaborn se miró desde la perspectiva de la joven: el hijo de un mercader. Había hecho de mercader y, aunque únicamente tenía dieciocho años, no se había desarrollado del todo. Gaborn tenía el cabello oscuro y los ojos azules, rasgos comunes en Crowthen del norte. Así se vistió como un petimetre de aquellos dominios, con más dinero que buen gusto, deambulando por la ciudad mientras su padre realizaba operaciones importantes; llevaba puestas unas medias y calzas verdes, fruncidas por encima de la rodilla, y una elegante camisa blanca de algodón con mangas abullonadas y botones de plata. Encima de la camisa vestía un chaleco de

algodón verde oscuro finamente labrado con ribetes de cuero, decorado con perlas de agua dulce. Y completando el disfraz, llevaba un sombrero de ala ancha con una hebilla de ámbar que sujetaba una sola pluma de avestruz.

Gaborn se había vestido así porque no quiso ser reconocido durante su viaje, ya que su misión era la de observar las defensas de Heredon para hacerse una idea de la verdadera medida de la opulencia de sus tierras, la fortaleza de sus vasallos.

Volvió la mirada hacia su guardaespaldas, Borenson. Las calles estaban abarrotadas y estrechadas por los puestos ambulantes. Un fornido muchacho de piel tostada, descamisado y con calzas rojas, arreaba una docena de cabras entre el gentío, azotándolas con una vara de sauce. Al otro lado de la calle, bajo el arco de piedra y junto a la puerta de la posada, Borenson sonreía abiertamente ante el apuro en que se veía su protegido. El guardaespaldas era alto y de constitución ancha, pelirrojo aunque con poco pelo, barba tupida y risueños ojos azules.

A su lado había un personaje esquelético, de cabello rubio muy corto, vestido con una austera toga marrón de cronista que hacía juego con los ojos castaños y el ceño fruncido a modo de desaprobación. El hombre, llamado días por su vocación de días real, cronista por decirlo de algún modo (consagrado a los señores del tiempo) quien había seguido a Gaborn desde su infancia, tomando nota de cada obra y palabra. El nombre lo había adoptado de la Orden de los Días y, como todos los de su secta, días había abandonado su verdadero nombre, su identidad propia, cuando unió su mente con la de otro de su orden. El días observaba ahora a Gaborn con interés. Alerta, parpadeando, memorizándolo todo.

La mujer que tenía cogida la mano de Gaborn siguió la mirada de este, percatándose del guardaespaldas y del cronista. Un joven noble mercader era algo habitual, pero uno seguido de cerca por un días no lo era. Esto señalaba a Gaborn como alguno de cierta opulencia e importancia, a lo mejor el hijo del artesano mayor de un gremio. A pesar de eso, ella no podía conocer la verdadera identidad de Gaborn.

Tirándole de la mano lo invitó a pasear. Gaborn vaciló.

—¿Ve algo en el mercado que le interese? —preguntó ella, con una sonrisa.

Su voz sonó tan tentadora como los pastelillos de cardamomo que se vendían en el mercado, también algo fingida. Estaba claro que quería saber si él estaba interesado en ella. Sin embargo, los del entorno pensarían erróneamente que estaba hablando de los enfriadores de vino.

—La plata está muy bien trabajada a mano —respondió Gaborn.

Mediante los poderes de su voz, puso cierto énfasis a la palabra «mano». Sin descubrir el motivo, ella creería que, en la Facultad del Conocimiento, Gaborn había estudiado en la Sala de las Manos, como lo hacían los mercaderes. Dejaré que piense que soy un mercader.

El vendedor del puesto, quien hasta entonces pacientemente había hecho caso omiso de Gaborn, salió tambaleándose de su toldillo rectangular y dijo:

—¿El señor desea un enfriador de buena calidad para la señora?

Hasta hacía unos instantes Gaborn solamente aparentaba ser un muchacho mercader, que luego iría a informar a su padre de los hallazgos interesantes. Pero ahora, quizá, el mercader del puesto pensaba que se trataba de recién casados, siendo la esposa mucho más bella que él. Habitualmente, los señores mercaderes casaban a sus hijos cuando estos eran jóvenes para procurarse alianzas monetarias.

Así pues el vendedor ambulante piensa que debo comprar el objeto de plata para complacer a mi esposa. Por supuesto, tan encantadora señora estaría a cargo de su hogar. Como el mercader no la reconoció, Gaborn pensó que también ella era extranjera en Bannisferre. *¿Una visitante del norte?*

La jovencita sonrió amablemente al vendedor.

—Me parece que hoy no va a ser —le dijo burlona—. Tiene usted enfriadores muy buenos, pero en casa los tenemos mejores.

Y se dio la vuelta, desempeñando su papel de esposa de forma exquisita. Sus acciones parecían indicar que las cosas serían así si estuviesen desposados, no exigiría algo costoso.

La cara del vendedor mostró gran disgusto: era poco probable que más de uno o dos mercaderes en todos los reinos de Rofehavan poseyeran tan finos enfriadores de vino.

La muchacha se llevó a Gaborn de un tirón, lo cual le intranquilizó. En las zonas más meridionales, en ocasiones, las señoras de Indhopal llevaban puestos anillos o broches con agujas envenenadas; intentaban atraer a los viajeros ricos a una posada para asesinarlos y robarles. Igual esta belleza podía albergar un vil propósito.

Gaborn dudaba que fuese así. A simple vista, Borenson parecía más divertido que preocupado. Se rio y se sonrojó como diciendo: *¿y adónde creéis que vais?*

Borenson también era un estudioso del lenguaje corporal, especialmente el de las mujeres. Nunca corría riesgos en cuanto a la seguridad de su señor.

La mujer estrujó la mano de Gaborn, reajustando los dedos, sujetándolo firmemente. *¿Reclamaba así más atención?*

—Discúlpeme si parece que me tomo mucha confianza, buen señor —dijo—. ¿Alguna vez vio a alguien a distancia y sintió que el corazón le daba un vuelco?

Su tacto lo excitaba, y Gaborn quería creer que, indudablemente, ella lo había visto de lejos y se había enamorado.

—No, no de este modo —negó.

Pero mentía, una vez se había enamorado de lejos.

El sol brillaba sobre ellos y asimismo el cielo. El aire que soplaba del río olía cálido y dulce, con el aroma de los campos de heno al otro lado de la orilla. Un día tan estupendo como aquel, *¿quién no se sentiría con vigor, vivo?*

El tiempo había pulido los adoquines de la calle. Media docena de floristas paseaban entre la multitud y con voz nítida intentaban atraer clientes; pasaron de largo como la brisa que ondula un campo de trigo. Sujetaban la falda del delantal con

una mano, como si de un saco se tratase, lleno de colores chillones: acianos de color burdeos brillante y margaritas blancas, rosas de tallo largo de rojo y naranja intenso, amapolas y fardos de lavanda de dulce aroma.

Gaborn observó a las muchachas deambulando, y las creyó de sensacional belleza, como las alondras en vuelo, sabiendo que nunca olvidaría sus sonrisas. Seis muchachas, todas rubias o castañas claras.

Su padre había acampado con su séquito a tan solo unas horas a caballo. Rara vez le dejaba alejarse con poca escolta, pero esta vez su padre le había suplicado que hiciera una pequeña excursión por su cuenta:

—Debes estudiar Heredon. Un país es algo más que castillos y soldados. En Bannisferre, quedarás prendado de esta tierra y de su gente, como lo he hecho yo.

La joven apretó su mano aún más. En la frente aparecieron señales de pesadumbre al observar a las floristas.

De repente, Gaborn se percató de lo que era, lo desesperadamente que esta jovencita lo necesitaba. Casi se rio al ver lo fácil que le hubiese resultado quedar hechizado.

Le apretó la mano calurosamente, como un amigo. Estaba seguro de que no podía involucrarse con ella pero le deseaba lo mejor.

—Me llamo Myrrima... —dijo, permitiendo una pausa para que él alabara su nombre.

—Bonito nombre para una bella muchacha.

—¿Y usted?

—Yo, emocionado por la intriga —afirmó él—, ¿usted no?

—No siempre.

Ella respondió con una sonrisa, así exigía su nombre.

A veinte pasos, Borenson daba golpecitos con la vaina de su espada en un carro de cabras que pasaba, así indicaba que había dejado su puesto en el umbral del hotel y los seguía. El día caminaría a su vera.

Myrrima echó un vistazo.

—Es un guardaespaldas bien parecido.

—Un hombre magnífico.

—¿Viaja por negocios? ¿Le complace Bannisferre?

—Sí, y sí.

Ella retiró la mano bruscamente.

—No se compromete usted fácilmente —dijo volviéndose para mirarlo.

La sonrisa le temblaba algo. Quizá intuía ya que había concluido la caza, que no se casaría con ella.

—No, nunca. Puede que sea un defecto de la personalidad —explicó Gaborn.

—¿Y por qué no? —inquirió Myrrima, algo juguetona todavía.

Se detuvo junto a la estatua de Edmon Tillerman, que sujetaba un recipiente con espitas por las que vertía agua sobre la cara de tres osos.

—Porque hay vidas en juego —respondió Gaborn.

Se sentó en el borde de la fuente. Su presencia asustó a los renacuajos que sinuosamente se sumergieron en el agua verdosa.

—Cuando me comprometo con alguien, asumo toda la responsabilidad. Les brindo mi vida o, al menos, parte de ella. Cuando acepto el compromiso de alguien espero lealtad total, sus vidas a cambio. Esta relación recíproca es... debe definirme.

Myrrima frunció el entrecejo, el tono tan solemne la había intranquilizado.

—No es mercader, entonces. Habla... ¡Habláis como un noble!

La observó mientras esta pensaba: *supondría que no pertenecía al linaje de los Sylvarresta, no era uno de los nobles de Heredon. Sería pues un dignatario extranjero, de paso por Heredon, un país remoto, uno de los países más septentrionales entre los reinos de Rofehavan.*

—Debería haberlo imaginado, sois tan hermoso —dijo—. Así que un señor de las runas que ha venido a inspeccionar nuestro país. Decidme, ¿os gusta lo suficiente como para ofrecer vuestra mano en matrimonio a la princesa Iome Sylvarresta?

Gaborn quedó admirado de la forma en que dedujo correctamente.

—Estoy sorprendido ante el verdor de vuestra tierra y de lo fuerte que es su gente —dijo Gaborn—. Es más fértil de lo que imaginaba.

—¿Aceptará la princesa Sylvarresta vuestra mano?

Seguía buscando respuestas. Se preguntaba de qué pobre castillo había salido. Se sentó a su lado al borde de la fuente.

Gaborn se encogió de hombros fingiendo menos inquietud de la que sentía.

—Únicamente conozco la reputación de la princesa —admitió—. Quizá usted la conozca mejor que yo. ¿Qué cree usted que opinaría de mí?

—Sois bastante guapo —comentó Myrrima mientras examinaba con sinceridad los hombros anchos del príncipe, el largo cabello castaño oscuro que asomaba por debajo del sombrero empenachado.

A esas alturas, ya se habría percatado de que el cabello no era lo suficientemente oscuro para ser oriundo de Muyyatin o de alguna de las naciones de Indhopal.

Fue entonces cuando quedó asombrada, con los ojos muy abiertos. Se alzó de prisa y dio un paso hacia atrás; no sabía si permanecer de pie, hacer una reverencia o caer y postrarse a sus pies.

—Disculpad, príncipe Orden. No, esto... ¡No reparé en el parecido con vuestro padre!

Myrrima retrocedió tres pasos, tambaleándose, como si deseara huir a ciegas puesto que ya sabía que no era el hijo de algún pobre barón con unas cuantas rocas por fortaleza, sino que procedía de Mystarria.

—¿Conoces a mi padre? —preguntó Gaborn levantándose y acercándose a ella.

Una vez más tomó su mano e intentó convencerla de que no se había ofendido.

—Pues yo... una vez que pasó a caballo por la ciudad cuando iba a una cacería —explicó Myrrima. Yo era una niña, pero no pude olvidar su cara.

—Siempre le gustó Heredon —dijo Gaborn.

—Sí... sí, viene con frecuencia —replicó ella, evidentemente incómoda—. Debéis perdonarme si os he causado alguna molestia, milord. No pretendía ser atrevida. Dios mío...

Myrrima se dio la vuelta y comenzó a correr.

—¡Alto! —dijo Gaborn, permitiendo que el poder de su voz la envolviera.

Se detuvo como si hubiese sido golpeada por un puño y se volvió a mirarlo, al igual que hicieron varias personas cercanas. Al no estar preparados, obedecieron la orden como si procediera de sus propias mentes. Cuando se percataron de que no eran objeto de atención, algunos lo miraron fijamente con curiosidad, mientras otros se marcharon nerviosos debido a la presencia de un señor de las runas entre ellos.

Repentinamente, Borenson se personó a espaldas de Gaborn junto con el cronista.

—Gracias por detenerte, Myrrima.

—Vos... Algún día puede que seáis mi rey —contestó como si estuviera razonando en voz alta.

—¿Lo crees así? —preguntó Gaborn—. ¿Crees que Iome me aceptaría?

La pregunta le sorprendió. Gaborn continuó hablando:

—Te suplico que me lo cuentes. Pareces mujer perspicaz y hermosa, tendrías éxito en la corte. Y valoro tu opinión.

Gaborn contuvo el aliento mientras esperaba una franca apreciación. No podía imaginarse lo importante que era su respuesta para él. Gaborn *necesitaba* esta alianza, necesitaba al robusto pueblo de Heredon, sus fortalezas inexpugnables, sus vastas tierras listas para el cultivo. Ciertamente que Mystarria también era tierra fértil (madura, con mercados muy extendidos y concurridos), pero tras años de lucha, Raj Ahten, Señor de los Lobos, había finalmente conquistado los reinos de Indhopal, y Gaborn sabía que Raj Ahten no se detendría ahí. Antes de la primavera, invadiría los reinos bárbaros de Inkarra o se dirigiría al norte hacia Rofehavan.

En realidad no importaba dónde atacara a continuación el Señor de los Lobos, Gaborn sabía que ante la inminencia de guerras no podría defender a los suyos de forma adecuada en Mystarria; necesitaba estas tierras.

Aunque Heredon llevaba más de cuatrocientos años sin entrar en guerra, las grandes almenas seguían intactas. Incluso la fortaleza de la modesta Tor Ingel, ubicada en los acantilados, podía defenderse mejor que la mayoría de los asentamientos de Gaborn en Mystarria. Por eso necesitaba Heredon, necesitaba la mano de Iome en matrimonio.

Y lo que es aún más importante, aunque no se había atrevido a admitirlo delante de nadie, en su fuero interno algo le decía que necesitaba a la misma Iome. En contra de todo sentido común, una extraña obsesión lo atraía al lugar, como pequeñas y fogosas hebras ligadas a su corazón y a su mente. Algunas noches yacía despierto mientras sentía el tirón, una extraña sensación incandescente que se deslizaba desde el centro de su pecho, como si tuviese ahí una losa candente. Esas hebras eran las que

parecían conducirlo a Iome; hacía ya un año que luchaba contra la necesidad de pedir su mano y ya no podía más.

Myrrima observó a Gaborn de nuevo con esa maravillosa franqueza suya, y le entró la risa fácil.

—No —dijo—, Iome no os aceptará.

No hubo indecisión alguna en la respuesta. Lo dijo así, sencillamente, como si hubiera vislumbrado la verdad sobre el caso. Después le sonrió seductora como si insinuara: *yo sí os quiero*.

—Parece estar segura.

Gaborn intentaba hacerse el despreocupado.

—¿Es mi atuendo? He traído vestimenta más apropiada.

—Puede que provengáis del reino más poderoso de Rofehavan, pero... ¿cómo diría yo? Vuestras políticas son sospechosas.

Era una forma de acusarlo de inmoral. Gaborn se había temido tal alegato.

—¿Y por el pragmatismo de mi padre? —inquirió Gaborn.

—Hay quienes opinan que es pragmático, otros piensan que es... demasiado codicioso.

Gaborn sonrió abiertamente.

—El rey Sylvarresta opina que es pragmático, ¿pero su hija cree que mi padre es avaricioso? ¿Lo ha dicho así?

Myrrima sonrió y asintió furtivamente con la cabeza.

—Me han llegado rumores de que durante la fiesta del solsticio de invierno dijo justo eso.

Gaborn se asombraba habitualmente de lo mucho que los plebeyos sabían o suponían acerca de los asuntos de los nobles. Cosas que a menudo se pensaba que eran secretos de la corte eran debate abierto en posadas a cien leguas de distancia. Myrrima parecía estar segura de sus fuentes.

—O sea, ¿rechazará mi pedida de mano a causa de mi padre?

—Se ha comentado en Heredon que el príncipe Orden «se parece demasiado» a su padre.

—¿Se parece demasiado a su padre? —preguntó Gaborn.

¿Cita textual de la princesa Sylvarresta, quizá? Seguramente dicho para acallar cualquier rumor de un posible enlace. Era cierto que Gaborn tenía los rasgos de su padre, pero él no era su padre. Ni tampoco creía Gaborn que su padre fuera tan «codicioso» como lo acusaba Iome.

Myrrima poseía suficiente tacto para no decir nada más y se deshizo de la mano del príncipe.

—¡Sí se casará conmigo! —afirmó Gaborn.

Estaba seguro de que podría convencer a la princesa. Myrrima enarcó una ceja:

—¿Cómo pensáis eso? ¿Porque sería pragmático aliarse con el reino más influyente de Rofehavan? —Se rio, musicalmente, divertida.



En circunstancias normales, si un campesino se hubiera mofado de él, Gaborn lo habría azotado. Pero, en estas circunstancias, se rio con ella.

Myrrima mostró fugazmente una encantadora sonrisa.

—A lo mejor, milord, cuando partáis de Heredon no os iréis con las manos vacías. Era una última insinuación: *la princesa Sylvarresta no te aceptará, pero yo sí.*

—Sería insensato abandonar la persecución antes de que comience la cacería, ¿no lo crees así? —dijo Gaborn—. En la Facultad del Conocimiento, en la Sala del Corazón, el maestro mayor Ibirmarle solía decir: «Únicamente los imprudentes se definen por lo que son. Los sabios se definen por lo que serán».

Myrrima habló nuevamente:

—Entonces me temo, mi pragmático príncipe, que moriréis anciano y solo, engañado, pensando que un día os casaréis con Iome Sylvarresta. Que tengáis un buen día.

Se giró para marcharse, pero Gaborn no podía dejarla marchar aún. En la Sala del Corazón, había, además, aprendido que a veces es mejor seguir los impulsos, que la parte de la mente que sueña se comunica a menudo con nosotros, obligándonos a actuar de forma que no entendemos. Cuando Gaborn le dijo que pensaba que prosperaría en la corte no había querido decir como su esposa o como su amante, sino que, intuitivamente, la veía como una aliada. *¿No se había dirigido a él como «milord»? Igualmente podía haber dicho «su señoría». No, él también notaba un vínculo.*

—Espera, mi señora —dijo Gaborn.

Nuevamente, Myrrima se volvió hacia él, contagiada por el tono de voz. Al decir «mi señora» quería reclamarla. Ella sabía lo que él esperaba; devoción total, su vida. Como señor de las runas, Gaborn había sido educado para exigirlo todo de sus propios vasallos y, a pesar de ello, dudaba si debía exigir tanto a esta extraña.

—¿Sí, milord?

—En casa —dijo el príncipe Orden—, ¿vives con dos hermanas feas a las que cuidas y un hermano sin inteligencia?

—Sois muy agudo, milord —contestó Myrrima—. La que no tiene inteligencia es mi madre, no mi hermano.

Su rostro mostraba marcada pesadumbre ya que la carga que sobrellevaba era horrible. Un precio muy alto a cambio de magia. Ya era bastante duro el tomar el don de la fuerza o la inteligencia de otra persona y asumir las responsabilidades económicas de ese otro, pero era aún más doloroso si esa otra persona era un querido amigo o un pariente. La familia de Myrrima debía de ser terriblemente pobre, desesperadamente pobre, para haberse visto obligada a hacer tal cosa: otorgar a una mujer la belleza de tres, la inteligencia de dos, e intentar desposarla con algún hombre rico que los salvara a todos de la desesperación.

—¿Cómo diantre conseguiste el dinero para los marcadores? —inquirió Gaborn.

Las runas mágicas que drenaban los atributos de una persona para donarlos a otra

eran excesivamente caras.

—Mi madre poseía una pequeña herencia y los cuatro trabajamos —explicó Myrrima.

Notó la tensión de su voz, quizá una vez hacía dos o tres semanas, al poco de convertirse en una bella joven, había llorado hablando de esto.

—¿De niña vendías flores? —preguntó Gaborn.

Myrrima sonrió.

—El prado detrás de casa daba poco más que para mantenernos.

Gaborn introdujo la mano en su bolsa y sacó una moneda de oro. Una cara con la cabeza del rey Sylvarresta; la otra cara mostraba las Siete Moles Erguidas del bosque de Dunn. La leyenda decía que las piedras sostenían la Tierra. Aunque no estaba muy familiarizado con la moneda local, sabía que sería suficiente para cuidar de su reducida familia durante unos meses. Cogiéndole la mano se la deslizó en la palma.

—No he hecho nada para merecer esto... —dijo, buscando su mirada.

A lo peor, se temía una proposición indecente. Algunos nobles tenían amantes, pero Gaborn nunca haría eso.

—Por supuesto que lo has hecho —replicó Gaborn—. Sonreíste y así iluminaste mi corazón. Acepta este regalo, te lo ruego.

»Algún día encontrarás a tu príncipe mercader, y de todos los tesoros que él encuentre en el mercado de Bannisferre, sospecho que serás el máspreciado.

Myrrima sujetó la moneda, sobrecogida. La gente no esperaba que una persona tan joven como Gaborn hablara con tanta elegancia y, aun así, era algo que le resultaba fácil tras años educando la voz. Lo miró a los ojos con renovado respeto, como si lo estuviera viendo por primera vez.

—Gracias, príncipe Orden. Quizá... Os digo que si Iome os aceptara alabaré su decisión.

Se volvió y tranquilamente se mezcló entre el ingente gentío, dándole la vuelta a la fuente. Gaborn observó la elegante línea del cuello, la liviandad del vestido, las ardientes llamas del pañuelo.

Borenson se acercó y le dio una palmadita en el hombro a la vez que soltaba una risita ahogada.

—Ah, milord. Hay va un dulce tentador.

—Sí, totalmente encantadora —murmuró Gaborn.

—Fue divertido observaros. Como ella se mantuvo a distancia, examinándoos como a una chuleta en el mostrador del carnicero. Esperó cinco minutos —indicó Borenson con la mano alzada y los dedos abiertos—, ¡para que os fijaseis en ella! Pero vos, ciego como un ferrín de día, ¡estabais enfrascado adorando las bellas vasijas del vendedor! ¿Cómo es posible que no la vieseis? ¿Cómo podíais ignorarla? ¡Ay! —Borenson encogió los hombros a modo de exageración.

—Mi intención no era la de ofender —dijo Gaborn mirando a Borenson.

Aunque Borenson era su guardaespaldas y debía estar alerta por si los asesinos, la

verdad es que el grandote era un hombre lujurioso. No podía caminar por la calle sin silbar a cada mujer bien proporcionada que pasara por su lado. Si no iba a los burdeles una vez por semana, silbaba incluso a aquellas con menos forma que un saco de patatas. Sus compañeros centinelas a veces bromeaban que un asesino escondido en el escote de una mujer nunca le pasaría inadvertido.

—No me he ofendido —respondió Borenson—. Intrigado, quizá, perplejo. ¿Cómo no pudisteis fijaros en ella? Como poco, deberíais de haber percibido su perfume.

—Sí, huele muy bien. Guarda el traje en un cajón forrado de pétalos de rosas.

Borenson puso los ojos en blanco de forma espectacular y rezongó; se había ruborizado y su mirada revelaba cierta excitación e intensidad. Aunque fingía estar bromeando, Gaborn observó que Borenson había quedado prendado de esta belleza septentrional más de lo que quería admitir. Si Borenson pudiese salirse con la suya, estaría siguiendo a la muchacha.

—Al menos, milord, ¡podíais haber permitido que os curara esa rampante dolencia de virginidad que padecéis!

—Es una enfermedad común entre los hombres jóvenes —dijo Gaborn, ofendido. A veces Borenson se dirigía a Gaborn como si fuera un amigo de copas.

Borenson enrojeció más todavía.

—Como debe ser, milord.

—Además —añadió Gaborn— si consideramos el precio que un espurio supone para un reino, es peor el remedio que la enfermedad.

—Imagino que la cura vale la pena a cualquier precio —dijo Borenson con añoranza haciendo un movimiento con la cabeza hacia donde Myrrima se había marchado.

Inesperadamente, a Gaborn se le ocurrió una idea. Hubo un gran geómetra que le contó que cuando descubría la solución a una ecuación difícil, sabía que su respuesta era la correcta porque lo notaba de la cabeza a los dedos de los pies. En ese momento, mientras Gaborn consideraba la posibilidad de llevarse a la joven a Mystarria le entró esa misma sensación de estar en lo cierto. Efectivamente, notó la misma obsesión abrasadora que lo atrajo a estas tierras en primer lugar. De nuevo anhelaba llevar a Myrrima a Mystarria y, de súbito, vio la forma.

Miró a Borenson para corroborar su corazonada; el guardaespaldas estaba de pie a su lado, le sacaba más de una cabeza y tenía las mejillas sonrosadas como si se avergonzara de sus propios pensamientos. Los ojos del soldado, risueños y azules, parecían brillar con luz propia. Y aunque Gaborn nunca lo había visto estremecerse en el campo de batalla, en ese momento le temblaban las piernas.

Al otro extremo de la calle, Myrrima dobló una esquina entrando en un callejón estrecho del mercado y comenzó a correr. Borenson negaba con la cabeza con pesar como preguntándose: *¿cómo habéis podido dejarla marchar?*

—Borenson —susurró Gaborn—, rápido, ve tras ella. Preséntate gentilmente y

tráemela, pero deja tiempo para que podáis hablar mientras vais andando, pasead sin prisa. Dile que le pido audiencia tan solo unos instantes.

—Como vos deseéis, milord —dijo Borenson.

Salió corriendo tan rápido como solamente pueden hacerlo los que han recibido el don del metabolismo; la multitud se abrió ante el gran guerrero quien esquivaba diligentemente a los que eran muy lentos o torpes y no se apartaban de su camino.

Gaborn no sabía lo que Borenson iba a tardar en recogerla, por lo que se escondió bajo la sombra que daba la posada. El días lo siguió, y juntos permanecieron allí fastidiados por una nube de abejas. La fachada de la posada tenía un «jardín aromático» al estilo septentrional. En el tejado de paja había entremezcladas semillas de campanillas azules, y una profusión de jardineras en las ventanas y macetas que contenían plantas trepadoras de todas clases: lágrimas doradas goteaban de las pálidas madreselvas en las paredes; malvas, cual delicadas perlas, que ondeaban con la suave brisa; dipladenias gigantes (rosas como el alba) casi sofocadas por el jazminero. E intercalados con todas ellas había rosales que trepaban por todas las paredes, como salpicaduras de melocotón. En el suelo había hierbabuena, manzanilla, hierbaluisa y otras especias.

En el norte, la mayoría de las posadas estaban adornadas con esas flores puesto que así se disimulaban los ofensivos olores del mercado, y las hierbas frescas de estos jardines se utilizaban para el té y las especias.

Gaborn se colocó bajo el sol nuevamente, lejos del pesado aroma de las flores; su nariz no le permitía quedarse allí parado.

Al poco, regresó Borenson, con la manaza derecha cuidadosamente apoyada en el codo de Myrrima; como si quisiera protegerla por si resbalaba en los adoquines. Una visión entrañable.

Cuando ambos llegaron delante de Gaborn, Myrrima hizo una ligera reverencia.

—Milord, ¿deseabais hablar conmigo?

—Sí —contestó Gaborn—. En realidad, estaba más interesado en que conocieras a Borenson, mi guarda.

Omitió la palabra «espaldas», siguiendo la costumbre de Mystarria.

—Ha sido mi guarda durante seis años y es capitán de mi guardia personal. Es un buen hombre, en mi opinión, uno de los mejores en Mystarria. Sin lugar a duda, el mejor soldado.

Las mejillas de Borenson enrojecieron y Myrrima miró al soldadote, sonriendo discretamente, sondeándolo. No le habría pasado desapercibido el hecho de que Borenson poseía el don del metabolismo al cual hacía honor. La rapidez de sus reacciones, la aparente incapacidad de estar quieto eran señales decisivas.

—Borenson ha ascendido recientemente al cargo de barón del reino y se le ha otorgado la titularidad de terrenos y una finca en... Drewverry March.

Gaborn reconoció de inmediato su error, conceder tan extenso dominio era algo precipitado. Pero ya había pronunciado las palabras...

—Milord, no he tenido noticias... —comenzó a decir Borenson, pero Gaborn hizo una señal para que guardara silencio.

—Como decía, ha sido un ascenso reciente.

El inmueble de Drewverry era uno de los principales bienes, más terreno del que Gaborn solía conceder a un soldado distinguido a cambio de una vida de servicio, si lo hubiese pensado con tiempo... *Pero ahora, Gaborn meditó, este generoso acto servirá para que Borenson sea mucho más leal, como si la lealtad de Borenson pudiese flaquear.*

—En cualquier caso, Myrrima, como puedes ver, Borenson ocupa gran parte de su tiempo a mi servicio. Necesita una esposa que le ayude a administrar sus bienes.

La expresión de sorpresa en el rostro de Borenson era digna de contemplación. Esta enormidad de hombre estaba evidentemente enamorado de la bella norteña, y Gaborn casi los había obligado a casarse.

Myrrima observó la cara del guardia sin reservas, como si se fijara por primera vez en la solidez de la mandíbula, la impresionante protuberancia muscular bajo el chaleco. No lo amaba, todavía no, y quizá nunca lo amaría. Se trataba de un enlace concertado, y casarse con un hombre cuya vida avanzaba el doble de rápida, alguien que envejecería y moriría mientras que ella se mantenía a flote hacia la edad madura, no era una proposición extremadamente tentadora. Pero atentamente, reflexionó sobre las ventajas de tal enlace.

Borenson permanecía estupefacto, como un niño al cual han sorprendido robando manzanas. Su rostro decía que contemplaba la unión, esperaba que así fuera.

—Ya te dije que pienso que prosperarías en la corte —le dijo Gaborn a Myrrima —, me gustaría que te incorporaras a mi corte.

Ciertamente, la joven se hacía cargo de la situación. Ningún señor de las runas la desposaría. Lo mejor a lo que podía aspirar sería un príncipe mercader, entorpecido por una lujuria adolescente.

Gaborn le ofrecía un cargo en el poder (más de lo que podía esperar normalmente) con un hombre honorable y decente cuya vida lo había condenado a una existencia extraña y solitaria. No había promesa alguna de amor, pero Myrrima era una mujer práctica que había tomado la belleza de sus hermanas y la sabiduría de su madre. Con estos dones, podía ahora asumir la responsabilidad de sus familiares arruinados. Conocía la carga que conllevaba el poder, tendría que ser la mujer perfecta para ocupar un puesto en Mysteria.

Miró a Borenson a los ojos durante un largo instante, el rostro y la boca firmes mientras contemplaba la oferta. Gaborn observaba, una vez realizada la proposición, que ella se había percatado de la trascendencia de esta decisión.

Casi de forma imperceptible, asintió con la cabeza y cerró el trato.

Borenson no vaciló un instante, al contrario que la indecisión de Myrrima hacia la propuesta de Gaborn, le cogió la delgada mano con ambos puños y le dijo:

—Deberás comprender, bella dama, que mi lealtad principal siempre estará con

mi señor, sin importar la creciente fuerza de mi amor por ti.

—Así debe ser —replicó Myrrima en voz baja, asintiendo ligeramente con la cabeza.

*El corazón de Gaborn hizo cabriolas. He conquistado su amor, al igual que lo hará Borenson, pensó.*

En ese momento, se sintió extraño, como si una gran fuerza se hubiera apoderado de él. Aparentemente, podía sentir esa fuerza como un golpe de viento que lo rodeaba, invisible, potente, y sobrecogedora.

Se le había acelerado el pulso. Miró a su alrededor, seguro de que tal sensación debería tener una causa (un corrimiento de tierras antes de un terremoto, una tormenta inminente) pero no vio nada fuera de lo común. Los que estaban en torno a él no parecían preocupados.

Y aun así sentía la tierra preparándose para moverse bajo sus pies, las rocas para retorcerse o respirar o gritar. Una sensación perceptiblemente curiosa.

Tan bruscamente como hubo llegado la ráfaga de fuerza, se disipó. Como una racha de viento volando sobre la pradera, oculta, más sutilmente desordenando todo a su paso.

Gaborn se secó la transpiración de la frente, inquieto. He recorrido miles de kilómetros haciendo caso a una llamada distante y silenciosa. *¿Y ahora siento esto?*

Parecía una locura. Les preguntó a los otros:

—¿Sentís..., no sentís algo?

## Capítulo 3



### *De caballeros y peones.*

Cuando Chemoise recibió la noticia de que su prometido había sido atacado mientras estaba de guardia, apuñalado por un mercader de especias, fue como si el sol del amanecer se escondiese, como si hubiese perdido la fuerza para calentarla. O como si se hubiera transformado en arcilla blanca, palideciendo la piel de todo color, sin poder contener su alma.

La princesa Iome Sylvarresta observaba a Chemoise, su dama de honor, su mejor amiga, y desesperadamente deseaba poder consolarla. Si *lady* Jollenne estuviera allí, sabría lo que hacer. Pero la dama de compañía se había marchado unas semanas a cuidar de su abuela, quien había sufrido una mala caída.

Iome, su días y Chemoise se levantaron al despuntar el alba y se sentaron en la piedra del cuentacuentos que tenía forma de «U», en el jardín figurativo de la reina a leer los últimos poemas románticos de Adallé. Allí estaban cuando el cabo Clewes interrumpió su ensoñación y les dio las malas noticias.

Una escaramuza con un mercader borracho; hacía una hora o así; en el callejón del Gato. El sargento Dreys había luchado noblemente, a las puertas de la muerte, con un tajo desde la entrepierna al corazón, pronunció el nombre de Chemoise mientras caía.

Chemoise se tomó la noticia con estoicismo, si es posible describir una estatua como estoica. Estaba sentada en el banco de piedra, rígida, los ojos de avellana desenfocados, el cabello largo y del color del trigo se agitaba en el viento. Mientras Iome leía, había ido tejiendo una cadena de margaritas. Ahora descansaba en su regazo, sobre la falda de gasa de color coral. Dieciséis años y el corazón roto, iba a casarse en diez días.

A pesar de ello, no se atrevía a reaccionar, una verdadera dama sería capaz de sobrellevar tal noticia livianamente. Esperó a que Iome le diera permiso para ir a ver a su prometido.

—Gracias, Clewes —dijo Iome, mientras el cabo seguía firme—. ¿Dónde está Dreys en este momento?

—Lo tumbamos en el patio, en el exterior del torreón del Rey. No quisimos moverlo mucho más lejos. Los otros están tumbados a orillas del río.

—¿Los otros? —inquirió Iome.

Se hallaba sentada junto a Chemoise y tomó la mano de la muchacha en la suya. La mano de Chemoise estaba fría, muy fría.

Clewes era un soldado entrado en años para un mando tan bajo. Llevaba la barba arreglada y tan rígida como un rastrojo de avena, sobresalía por la correa rota del casco de hierro piquero.

—Sí, princesa —dijo, acordándose de dirigirse a Iome adecuadamente por primera vez desde que se introdujo en el jardín—. Dos miembros de la Guardia de la Ciudad murieron durante la pelea. Poll, el escudero, y *sir* Beauman.

Iome se volvió hacia Chemoise:

—Ve junto a él —le dijo.

La muchacha no necesitó que la instasen más, saltó y corrió camino abajo entre los setos recortados hacia la pequeña puerta de madera del patio interior, la abrió y desapareció tras el muro de piedra.

Iome no se atrevía a quedarse sola en presencia del cabo durante mucho tiempo sin más compañía que días, quien se mantenía de pie y callada a unos pasos de distancia. No sería correcto. No obstante, tenía algunas preguntas para él.

Iome se levantó.

—¿Princesa, no iréis vos a ver al sargento? —preguntó Clewes.

Debió Clewes de percatarse del enojo en la mirada de la princesa...

—Quiero decir, parece un mapa.

—No sería la primera vez que veo hombres heridos —contestó estoicamente.

Miró más allá del jardín, hacia la ciudad. El jardín, una pequeña parcela de hierba con setos recortados y unos cuantos arbustos con forma, se encontraba situado en el interior de la muralla del rey, la segunda muralla de las tres que rodeaban la ciudad. Desde allí, podía ver a cuatro de los centinelas del rey haciendo la ronda, detrás del parapeto. Más allá, hacia el este, estaba el mercado, justo dentro de la muralla exterior del castillo. Las calles del mercado allí abajo eran un revoltijo: tejados de pizarra, algunos cubiertos con una capa de arena y plomo que formaban simas estrechas sobre las rocosas calles; aquí y allí el humo de los fuegos para cocinar se alzaba al aire. Unos catorce nobles de segundo rango poseían fincas dentro de las murallas de la ciudad.

Iome inspeccionaba la zona donde se localizaba el callejón del Gato, una angosta calle en el mercado y perpendicular al paseo de los Mantequeros. Las casas de cañizo de los mercaderes estaban pintadas en tonos púrpura, amarillo canario, y verde bosque, como si esos colores chillones pudieran ocultar la decrepitud general de los edificios que venían asentándose sobre cimientos torcidos durante quinientos años.

La ciudad parecía hoy la misma de ayer. Solo veía tejados, ni rastro de asesinos.

Sin embargo, más allá de los muros del castillo, las granjas y los pajares, en las



rojizas montañas del bosque de Dunn situadas al sur y al oeste, se levantaba el polvo de los caminos en forma de nubes en muchos kilómetros a la redonda. La gente venía a la feria desde reinos remotos.

Ante las puertas de castillo ya se habían erguido docenas de pabellones de seda de colores muy vivos. En unos días, la población de la ciudad se dispararía de diez mil personas a cuatro o cinco veces esa cifra.

Iome miró al cabo nuevamente. Clewes parecía un hombre frío para haber sido enviado con tan malas noticias. Después de la trifulca, había quedado sangre por doquier, eso sí podía divisar Iome al menos. Las botas del cabo estaban salpicadas de rojo carmesí y el oso de plata bordado en la librea negra estaba manchado de sangre.

Debía de haber sido el cabo quien llevó al sargento Dreys hasta el patio interior.

—Entonces, el tipo mató a dos hombres e hirió a un tercero —dijo Iome—, demasiadas bajas a causa de una simple reyerta. ¿Se encargó usted mismo de despachar al mercader?

Si era así, resolvió, el cabo recibirá un alfiler de alhajas como recompensa.

—No, mi señora. Esto... lo vapuleamos un poco, pero aún vive. Es de Muyyatin, un fulano llamado Hariz al Jwabala. No nos atrevimos a matarlo porque queríamos interrogarlo.

El cabo se rascó un lado de la nariz, estaba disgustado por haber dejado al mercader con vida.

Iome empezó a caminar tranquilamente hacia la puerta interior del jardín, quería acompañar a Chemoise. Mediante una inclinación de cabeza indicó al cabo que la siguiera, a ellos los siguió también su días real.

*Ya veo, meditaba Iome inquieta, un mercader rico procedente de un país sospechoso que ha venido a la ciudad con motivo de la feria de la semana próxima.*

—¿Y qué hacía un comerciante de especias de Muyyatin en el callejón del Gato antes del amanecer?

El cabo Clewes se mordió el labio, como si no quisiera responder, y dijo con frialdad:

—Si estáis pidiendo mi opinión, creo que estaba espiondo.

La rabia le estrangulaba la voz y, retirando la mirada de la gárgola de piedra en lo alto del muro del torreón hacia donde había estado fijando los ojos, miró a Iome un momento para comprobar su reacción.

—Sí estoy pidiendo tu opinión —dijo Iome.

Clewes hurgó en la puerta para quitar el pestillo y dejó pasar a Iome y a la cronista.

—Hemos mirado en todas las tabernas —dijo el cabo—. El mercader no había bebido en ninguna de ellas anoche; de haber sido así, hubiera sido escoltado fuera del barrio con las diez campanadas. Así que no pudo haberse emborrachado dentro de la ciudad, y dudo que estuviese borracho: el aliento le olía a ron, pero no lo suficiente. Además, no tenía motivo alguno para husmear sigilosamente por las calles de noche,

salvo que estuviera estudiando los muros del castillo intentando contar los centinelas. Y cuando lo pillaron ¿qué hizo?, pues se fingió borracho y esperó a que se acercara la guardia y ¡hale!, ¡fuera puñal!

Clewes cerró dando un portazo.

Justo a la vuelta del muro de piedra, Iome podía ver el patio interior del castillo donde una docena de soldados de la Guardia del Rey estaban apiñados. Arrodillado, un médico se inclinaba sobre el sargento Dreys y Chemoise permanecía de pie junto a ellos, con los hombros encogidos y los brazos firmemente cruzados sobre el pecho. Sobre el césped se levantaba una neblina de media mañana.

—Entiendo —susurró Iome con el corazón palpitante—. ¿Entonces estáis interrogando al hombre?

Una vez estuvieron a la vista de todos, Iome se detuvo al lado de la tapia.

—¡Ojalá pudiésemos! —exclamó el cabo Clewes—. ¡Yo mismo le sujetaría la lengua con pinzas candentes! Pero en este momento todos los comerciantes de Muyyatin e Indhopal están alborotados, reclaman que Jwabala sea puesto en libertad. Incluso amenazan con boicotear la feria, lo cual tiene al maestro de la feria asustadísimo. Hollicks, el artesano mayor, ha ido a ver al rey en persona para exigir que se suelte al mercader. ¿Podéis creerlo? ¡Un espía! ¡Quiere que liberemos a un espía asesino!

Iome asimiló la noticia con sorpresa. Era algo extraordinario que Hollicks solicitara audiencia con el rey nada más amanecer, asombroso que los mercaderes del sur amenazaran con prohibir la feria. Todo ello sonaba a cuestiones de mayor envergadura que se descontrolaban frenéticamente.

Iome miró por encima del hombro. Su días, mujer diminuta de pelo oscuro y mandíbula constantemente apretada, estaba escuchando, apostada tranquilamente junto a la puerta mientras acariciaba un gatito larguirucho de color amarillo que sostenía en los brazos. Iome no apreciaba reacción alguna en la cara de la días, quizá esta ya sabía quién era el espía y quién lo había enviado. A pesar de ello, ella siempre afirmaba ser completamente neutral en cuanto a cuestiones políticas.

El cabo Clewes seguramente tenía razón, observó Iome. El mercader era un espía. Su padre también tenía espías propios en los reinos indhopaleses. Pero si el asesino era un espía sería imposible demostrarlo. Aun así, había matado a dos soldados de la Guardia de la Ciudad y malherido a Dreys, sargento en la Guardia del Rey y, por ello, con toda razón, el mercader debía morir.

No obstante, en Muyyatin no se podía ejecutar a un hombre que cometía un crimen en estado de embriaguez aunque fuera homicidio, lo cual significaba que si su padre autorizaba la sentencia de muerte, el muyyatin (y todos sus conciudadanos indhopaleses) se ofenderían ante la injusticia cometida. Así, amenazaban con boicotear la feria.

Iome contempló las consecuencias de tal veda. Los comerciantes sureños vendían principalmente especias: pimienta, macia y sal para curar la carne; curri, azafrán,

canela y otras para los alimentos; y hierbas medicinales. Aunque traían mucho más: alumbre para teñir y curtir pieles, junto con añil y otros colorantes necesarios para la lana de Heredon. Y también otros artículos preciosos como marfil, sedas, azúcar, platino y metal de sangre.

Si esos mercaderes reivindicaban la suspensión de la feria, supondría una desgracia terrible para al menos una docena de sectores de la industria. Aún peor, sin especias con las cuales conservar los alimentos, los más pobres en Heredon saldrían malparados del invierno.

Así pues, el maestro de la feria de ese año, el artesano mayor Hollicks (quien al ser maestro del Gremio de Teñidores, se jugaba una fortuna si la feria se suspendía) no le caía bien a Iome ya que frecuentemente pedía al rey que aumentara los impuestos sobre la importación de telas extranjeras, esperando incrementar sus ventas. No obstante, hasta este necesitaba la mercancía que traían para vender los indhopaleses.

Del mismo modo, los mercaderes de Heredon necesitaban desesperadamente vender lana, lino y acero fino a los forasteros. La mayoría de los comerciantes burgueses poseían grandes sumas de dinero prestado y que prestaban. Si se aplicaba la veda, cientos de familias ricas se arruinarían y, precisamente, eran esas familias las que pagaban los impuestos que mantenían a los caballeros del rey Sylvarresta.

Efectivamente, Sylvarresta mismo estaba involucrado en docenas de operaciones comerciales; ni el rey podía permitirse que no se celebrara la feria.

Iome sentía como si le hirviese la sangre e intentó resignarse a lo inevitable. Su padre se vería forzado a liberar al espía, a una reconciliación, aunque a ella no le complaciera la idea.

A largo plazo, Iome sabía de sobra que su familia no podía permitirse el lujo de tal reconciliación y, en cuestión de poco tiempo, Raj Ahten, el Señor de los Lobos de Indhopal, declararía la guerra a todos los reinos de Rofehavan. A pesar de que los comerciantes de Indhopal atravesaban desiertos y montañas en ese momento, el año próximo, o el siguiente, el comercio tocaría a su fin.

*¿Por qué no suspender las relaciones comerciales ahora?*, se preguntó Iome. Su padre podía confiscar las mercancías de las caravanas foráneas, y comenzar la guerra que deseaba evitar.

Pero sabía que no lo haría, el rey Jas Laren Sylvarresta no provocaría una guerra, era demasiado honrado para eso.

*¡Pobre Chemoise!* Su prometido a las puertas de la muerte y no va a ser vengado.

La muchacha no tenía a nadie, su madre murió joven y su padre, caballero equitativo, había sido capturado hacía ya seis años durante una misión en Aven.

—Gracias por informarnos —dijo Iome al cabo Clewes—. Hablaré con mi padre sobre el tema.

Iome se apresuró hacia el grupo de soldados. El sargento Dreys yacía en una camilla sobre la verde hierba, lo habían tapado con una sábana de color marfil que le

llegaba casi hasta la altura de la garganta, parecía como si alguien hubiese vertido sangre sobre la sábana generosamente, sangre que también le salía por la comisura de los labios; tenía la cara pálida, llena de sudor. El ángulo del sol matutino lo había dejado entre las sombras.

El cabo Clewes tenía razón, Iome no debería haber visto tal escena. Toda esa sangre, el olor a tripas perforadas, la inminencia de la muerte; todo aquello le produjo náuseas.

Unos cuantos niños del castillo que se habían levantado temprano se juntaron para presenciar aquello. Miraban a Iome con ojos asustados y dolidos, como esperando que sonriera y así poner buen fin a toda aquella tragedia.

Iome se precipitó sobre Jenessee, una niña pequeña de nueve años, y tras rodear su cuerpecillo con un brazo susurró:

—Por favor, llévate a los niños de aquí.

Mientras temblaba, Jenessee abrazó a Iome un momento y luego obedeció.

El médico, que se inclinaba arrodillado sobre Dreys, no parecía tener prisa alguna, simplemente examinaba al soldado. Cuando aquel vio a Iome, y la mirada interrogadora de esta, negó con la cabeza. No podía hacer nada.

—¿Dónde está Binnesman, el herbolario? —preguntó Iome, puesto que las facultades médicas del mago eran superiores en todos los sentidos.

—Se marchó al campo para recoger balsamita y no volverá hasta la noche.

Iome movió la cabeza de un lado a otro consternada. *¡Qué momento tan horrible para que el médico maestro se hubiera ido a buscar hierbas para espantar a las arañas del castillo!* Aunque debía haberlo imaginado, las noches se hacían más frías y ella misma se había quejado a Binnesman el día anterior sobre las arañas que buscaban refugiarse en el calor de sus aposentos.

—Me temo que no hay nada que hacer —dijo el médico—, no me aventuro a moverlo de nuevo porque está sangrando de mala manera. No puedo coser las heridas, pero no me atrevo a dejarlas abiertas.

—Yo podría otorgarle un don —murmuró Chemoise—, podría cederle mi resistencia.

Fue un ofrecimiento de amor puro.

—¿Y crees que te lo agradecería? —inquirió el médico—. Si murieras durante la próxima epidemia de fiebre, el sargento lamentaría el canje.

Cierto, Chemoise era una muchacha encantadora, pero no parecía tener más resistencia que los demás. En invierno enfermaba con las fiebres, se magullaba con facilidad. Si cediera su resistencia al sargento Dreys, sería más débil en adelante, más susceptible a plagas y enfermedades. Nunca podría darle un hijo y llevar el embarazo a término.

—Son los dones de resistencia lo que hasta ahora lo han mantenido con vida —musitó Chemoise—. Un poco más y quizá viviría.

El médico negó con la cabeza.

—El organismo suele conmocionarse cuando recibe algún don, incluso uno de resistencia. No me arriesgaría a intentarlo, solamente podemos esperar y ver si se recupera...

Chemoise asintió, se arrodilló y limpió la sangre que hacía burbujas en la comisura de los labios de Dreys con la punta de su falda gris. Dreys respiraba con dificultad, llenaba los pulmones de aire como si cada aliento fuera el último.

Iome se extrañaba:

—¿Lleva jadeando así mucho tiempo?

El médico negó con la cabeza, casi de manera imperceptible, para que Chemoise no se percatara de la respuesta, Dreys agonizaba.

Estuvieron vigilándolo durante una larga hora, durante la cual Dreys cada vez resollaba de forma más violenta con cada insuficiente exhalación hasta que, por último, abrió los ojos mirando hacia arriba como si despertara de un mal sueño.

—¿Dónde? —resolló, mientras contemplaba el rostro de Chemoise.

—¿Dónde está el libro? —preguntó un centinela de la Guardia del Castillo—. Lo encontramos nosotros, se lo entregamos al rey.

Iome se preguntaba de qué estaba hablando el soldado. En aquel momento, la sangre le gorgoteó por la boca, arqueó la espalda y, estirando la mano hacia Chemoise, asió la de ella.

La respiración se detuvo completamente.

Chemoise agarró la cabeza del sargento bruscamente, echó el cuerpo abajo y susurró de manera virulenta:

—Quería venir, quería venir a verte esta mañana...

Y comenzó a llorar, los centinelas y el médico se apartaron, dejándola unos momentos para que pronunciara unas últimas palabras de amor; por si acaso el alma del sargento no había escapado del agonizante cuerpo todavía. Cuando hubo terminado, Chemoise se levantó.

El cabo Clewes era el único que esperaba a su espalda, desenfundó el hacha de armas y la saludó elegantemente mediante un toque del peto del hacha en la visera del casco de hierro. No saludaba a Iome, sino a Chemoise.

Luego enfundó el hacha y dijo suavemente repitiendo lo que ya había relatado:

—Al caer pronunció su nombre, Chemoise.

A Chemoise la sobresaltó cierta idea, alzó la vista hacia el cabo y dijo:

—Un pequeño milagro es eso. La mayoría de los hombres, al haber sido heridos así, solamente conseguirían jadear una vez, antes de orinarse encima.

Blandió la verdad como una mano abierta que abofeteaba al hombre que le había traído las malas noticias, pero añadió algo más calmada:

—Gracias de todos modos, cabo Clewes, por tal fantasía para aliviar el dolor de una dama.

El cabo parpadeó dos veces, se volvió y se puso en marcha hacia el torreón de la Guardia.

Iome posó la mano en la espalda de Chemoise.

—Vamos a buscar trapos y a lavarlo para el sepelio.

Chemoise la miró fijamente, con los ojos bien abiertos, como si recordara algo importante.

—¡No! Dejemos que lo limpien otros, qué más da si su alma ya no está aquí. Vamos, ¡sé dónde está!

Chemoise corrió calle abajo hacia la puerta del Rey, y guio a Iome y a su días pendiente abajo por el mercado, atravesaron la puerta exterior que daba al foso. Los campos al otro lado del foso ya estaban abarrotados de comerciantes para la feria, sureños en tiendas de seda de vivos tonos púrpura, esmeralda y azafrán. Los pabellones formaban una hilera en la colina sur, pegados al linde del bosque, donde miles de mulas y caballos pertenecientes a las caravanas permanecían amarrados.

Al cruzar el foso, Chemoise torció a la izquierda y siguió un camino cubierto de vegetación paralelo al agua hasta llegar a un bosquecillo en la parte este del castillo. Entre el río Wye y el foso había un canal excavado para llenar este, y el bosquecillo se ubicaba entre el canal y el río.

Desde esa pequeña elevación, se divisaba un viejo puente de piedra que cruzaba el río, río que cintilaba como plata batida. Más allá del viejo puente, se erguía uno nuevo cuya mampostería estaba en mejores condiciones pero no poseía las bellas imágenes que adornaban al viejo, imágenes de los señores de las runas heredoneses de antaño que habían librado grandes batallas.

Iome se había preguntado a menudo por qué su padre no derruía el viejo puente y trasladaba las estatuas al nuevo. Pero viéndolo así, entendió la razón: las vetustas imágenes estaban podridas, la piedra erosionada durante años expuesta a las inclemencias del hielo y el sol, roída por el líquen que la manchaba de bermellón, amarillo canario y verde apagado. Aquellas viejas piedras tenían algo de pintoresco, algo venerable.

El lugar donde Chemoise condujo a Iome a buscar el espíritu del sargento Dreys era un sitio tranquilo; el agua del canal fluía lenta como la miel, lo habitual a finales del estío.

La alta muralla del castillo se cernía a unos treinta metros sobre el bosquecillo, proyectaba una sombra azulada, manchando el agua del foso. No se oía borboteo ni tintineo alguno, los nenúfares de color rosa florecían plácidamente a la sombra. Ni siquiera soplaban el viento.

La hierba crecía exuberante. En otro tiempo, un viejo roble desperezaba sus ramas sobre el río, pero un relámpago lo había fulminado y el sol lo había descolorido, dejándolo blanco hueso. Bajo el roble, un antiguo rosal de otoño, de tallo grueso como la muñeca de un herrero y espinas afiladas como uñas, construía su emparrado. El rosal se había encaramado al roble, a unos nueve metros de altura, y creaba una enramada natural. Las rosas de blanco inmaculado colgaban por encima de Chemoise como enormes estrellas en un cielo verde oscuro.

Chemoise se colocó en la hierba debajo del rosal donde esta parecía estar chafada. Iome supuso que parejas de amantes lo utilizaban como lecho.

Esta miró por encima del hombro a su días, la delgada mujer estaba en lo alto del bosquecillo, a unos doce metros de distancia, con los brazos cruzados y la cabeza agachada, escuchando.

En la intimidad consentida por el rosal, Chemoise hizo algo extraño: se tumbó en la hierba y se levantó la falda por encima de las caderas, y así se quedó, con las piernas abiertas. La pose era algo escandalosa e Iome se sintió avergonzada al observarla. Chemoise parecía estar esperando recibir a un amante.

Las ranas groaban en las orillas del río, una libélula de un azul tan añil que parecía tintado revoloteaba cerca de la rodilla de Chemoise, suspendida en el aire, y luego se marchó volando.

El aire estaba tan adormecido, tan silencioso. Aquello era tan hermoso que Iome se imaginó que realmente el sargento Dreys se personaría en espíritu.

Durante todo el trayecto hasta allí, Chemoise había permanecido impassible, pero, bruscamente, las lágrimas le corrían por las largas pestañas, y le surcaban el rostro.

Iome, que yacía junto a la muchacha, puso el brazo sobre el torso de esta, la abrazó, igual que él lo debía de haber hecho.

—¿Has estado aquí antes con él? —inquirió Iome.

Chemoise asintió con la cabeza.

—Muchas veces. Nos habíamos citado aquí esta mañana.

Al instante, Iome se preguntó cómo podían salir por las puertas de la ciudad durante la noche, aunque, era evidente: Dreys era sargento en la Guardia del Rey.

La idea era escandalizadora ya que, como dama de honor de Iome, Chemoise tenía el deber de garantizar que su dama era pura y estaba intacta. Una vez que Iome se comprometiera, aquella tendría que jurar por la virtud de Iome.

A Chemoise comenzó a temblarle el labio y en voz bajita, para que no la oyera la días, murmuró:

—Creo que estoy encinta, estoy de seis semanas.

Tras confesar, Chemoise alzó la mano y se mordió los nudillos, a modo de castigo. El embarazo de Chemoise implicaba la deshonor para Iome. *¿Quién creería ahora su juramento siendo evidente que ella misma había sido deshonrada?* Puede que la días supiera que Iome aún era virgen, pero aquella había hecho voto de silencio, y nunca revelaría ningún dato mientras Iome viviera. Solamente tras la muerte de esta, podría publicar la biografía de la princesa.

Iome movía la cabeza disgustada. Diez días, en diez días Chemoise iba a desposarse y nadie hubiera podido demostrar que no era casta. No obstante, habiendo muerto el prometido pronto se enteraría toda la ciudad.

—Podríamos enviarte fuera —sugirió Iome—. A la finca de mi tío en Welkshire. Contaríamos que eres una recién casada que acaba de enviudar y nadie lo descubrirá.

—¡No! —exclamó Chemoise—. No es mi reputación la que me preocupa sino la

vuestra. ¿Quién prestaría juramento cuando os comprometáis? ¡Yo no podría!

—Hay muchas damas en la corte que podrían representar ese papel —mintió Iome.

Enviarla fuera podría empañar mi reputación. Algunos pensarían que Iome se había deshecho de su dama de honor para poder ocultar su propia indiscreción.

Iome no podía ahora preocuparse por esas cosas, no podía considerar su reputación mientras su amiga estaba tan afligida.

—¿Quizá, a lo mejor podríais casaros pronto? —dijo Chemoise.

Con casi diecisiete años, Iome ya era suficientemente mayor sin lugar a duda.

—El príncipe de Internook quiere casarse con vos. También he oído que el rey Orden viene con su hijo para la festividad de Hostenfest...

Iome suspiró profundamente, el rey Sylvarresta había hablado con Iome varias veces durante el último invierno, había intentado aconsejarle que pronto llegaría la hora de casarse. Y el más antiguo amigo de su padre traía por fin a su hijo a Heredon. Iome sabía perfectamente lo que significaba aquello, y estaba asombrada de que no la hubieran avisado de antemano.

—¿Cuándo oíste eso?

—Hace dos días —respondió Chemoise—. El rey Orden mandó recado, pero vuestro padre no quería que lo supieseis, no quería que estuviésteis excitable.

Iome se mordió el labio. No sentía deseo alguno de aliarse con la prole del rey Orden; jamás se hubiese detenido a considerarlo.

No obstante, si Iome aceptaba la proposición del príncipe Orden, Chemoise podía cumplir con su obligación de dama de honor, siempre y cuando nadie supiera que estaba embarazada. De lo contrario, el juramento sobre la pureza de la princesa quedaría en tela de juicio.

Iome se encrespó ante la idea, no parecía justo. No consentiría casarse de forma apresurada solamente para salvar su reputación. Se le encendieron los ánimos y se levantó.

—Vamos —dijo—, vamos a ver a mi padre.

—¿Y por qué? —preguntó Chemoise.

—¡Haremos que el asesino inhopalés pague por lo que ha hecho!

Iome no sabía exactamente lo que pretendía, pero estaba enfurecida, enojadísima con su padre por no haberla avisado acerca de la inminente pedida, enfadada con Chemoise por su vergonzosa falta de escrúpulos; y porque los asesinos de Raj Ahten podían matar a los guardias de Heredon y los mercaderes de la ciudad podían pedir clemencia al rey.

En fin, Iome podía hacer algo respecto a este lío.

Chemoise alzó la mirada.

—Por favor, necesito quedarme aquí.

Iome comprendió que se trataba de ese cuento de viejas que relata que si un hombre muere mientras su amante lleva a su hijo en el vientre, la mujer podía



capturar el alma del amante dentro del feto, para que aquel renaciera. Chemoise únicamente debería estar allí presente durante la puesta de sol, en el lugar donde había concebido, para que el espíritu del padre la encontrara.

Iome no podía creer que Chemoise diera crédito a tan antigua fábula, aunque no se atrevía a negarle ese favor. El permitir que durmiera bajo el rosal no haría daño a nadie, sino que haría que Chemoise quisiera al bebé con más ganas.

—Me ocuparé de que regreses antes de la puesta de sol —dijo Iome.

»Y podrás quedarte hasta una hora más tarde. Si Dreys puede venir, lo hará entonces, pero ahora debo hablar con el rey.

Antes de hablar con el rey, Iome condujo a su dama de honor a ver al asesino de Dreys, con su silenciosa pero omnipresente días en los talones.

Hallaron al mercader de especias encadenado en las mazmorras subterráneas del torreón de la Guardia, el único ocupante de aquel lugar tan espantoso. De las paredes de piedra colgaban grilletes y jaulas de hierro, y todo olía a muerte vieja. Enormes escarabajos correteaban por allí. En uno de los rincones más alejados, había un agujero grande, la oubliette, foso al que se arrojaba a algunos prisioneros.

Las paredes del agujero estaban manchadas de orina y heces, puesto que los condenados a vivir en tan horrible foso soportaban las inmundicias que les tiraban los centinelas desde arriba.

El asesino de Dreys estaba encadenado de manos y pies a un poste. Se trataba de un hombre joven, de unos veintidós años.

Tenía los ojos oscuros, tan oscuros como los de Iome, pero la piel la tenía aún más oscura y desprendía un fuerte olor a anís, curri, ajo y aceite de oliva, al igual que el resto de sus compatriotas. Lo habían desnudado entero salvo por un taparrabo y tenía las dos piernas rotas; le habían arrancado el aro de la nariz y tenía la mandíbula hinchada; la cara y las costillas llenas de verdugones. Alguien le había arrancado parte de un hombro de un mordisco, pero sobreviviría.

En las delgadas costillas se podían observar runas de poder marcadas sobre la carne, cicatrices blancas a unos tres centímetros del torso. Cinco runas de fuerza física, tres de bizarría, una de resistencia, una de ingenio, una de metabolismo, una de oído, dos de vista.

Ninguno de los mercaderes de Heredon poseía tantas runas de poder. Este hombre era un soldado, un asesino; Iome estaba segura.

Pero el convencimiento no era prueba suficiente. En el sur, donde se extraía el metal de sangre de las minas, los comerciantes podían comprar metales preciosos y fabricar los marcadores más fácilmente y, así, comprar dones a los pobres.

Aunque Iome dudaba que este hombre fuese un mercader, la abundancia de dones por sí sola no era prueba concluyente para condenarlo.

Chemoise fijó su mirada hondamente en los ojos del prisionero y después lo abofeteó, una vez nada más.

Luego, ambas jóvenes se dirigieron al torreón del Rey.

El rey Sylvarresta se encontraba en la cámara de audiencias extraoficiales en la primera planta, sentado en un banco en un rincón, hablaba bajito con la madre de Iome, con un más bien sombrío canciller Rodderman y el aterrado artesano mayor Hollicks.

Sobre la tarima del suelo había juncos frescos esparcidos y mezclados con melisa y mastranzo. Frente a la vacía chimenea se sentaban tres perros de caza y la muchacha de la limpieza sacaba brillo a las pinzas y a los atizadores que estaban sin usar. Inmediatamente, su días cruzó la habitación para quitarse de en medio y se colocó junto a los días del rey y de la reina.

Cuando Iome entró en la sala, su padre alzó la cabeza ilusionado. Sylvarresta no era un hombre vanidoso, no llevaba puesta la corona y el único anillo que poseía era un sello, el cual permanecía colgado al cuello con una cadena; prefería que lo llamasen lord en vez de rey, aunque si uno observaba su mirada de ojos grises, era evidente que era rey.

Hollicks, el artesano mayor, era harina de otro costal: vestía ropa chillona (camisas con mangas falsas, calzones multicolor, chaleco y capa con cogulla) conjuntada a todo color. Era maestro del Gremio de Teñidores y su atuendo anunciaba el género de su profesión. A pesar de esta afición a la vestimenta llamativa, Hollicks no era mal hombre. De forma poco habitual, demostraba tener sentido común y, de no haber sido por el feo vello negro de la nariz que se juntaba con el bigote, agradaría como persona.

—Ah —dijo el rey Sylvarresta al ver a Iome—, pensaba que era otra persona. ¿Has visto a alguno de los guardabosques esta mañana? ¿Están en el patio?

—No, milord —contestó Iome.

El rey asintió pensativamente al oír esto, tras lo cual se dirigió a Chemoise:

—Mi más sentido pésame. Es un día nefasto para todos, tu prometido era alguien admirado, un soldado prometedor.

Chemoise asintió, repentinamente el rostro palideció de nuevo, e hizo una reverencia.

—Gracias, milord.

—No dejaréis que el asesino quede impune, ¿verdad? —inquirió Iome—. ¡Deberíais haberlo matado ya!

—¿Veis? —Saltó Hollicks en voz alta—, todos sacando conclusiones precipitadas. ¡No hay pruebas que demuestren que esto fue otra cosa más que una desafortunada reyerta de borrachos!

El rey Sylvarresta caminó hasta la puerta de la sala y miró hacia el patio un momento, luego cerró la puerta, encerrándolos a todos. La habitación quedó bruscamente a oscuras, en penumbra, salvo por dos ventanas cuyas contraventanas de madera permanecían abiertas. El rey caminaba por la sala cabizbajo y pensativo.

—Maestro Hollicks, no obstante vuestra suplica de indulgencia, me *consta* que

este hombre es un espía.

El semblante de Hollicks expresaba fingida incredulidad.

—¿Tenéis pruebas? —preguntó, como si lo dudara seriamente.

—Mientras entretenías a sus quejosos amiguetes —explicó el rey Sylvarresta—, ordené al capitán Derrow que le siguiera el rastro al fulano. Uno de mis oteadores divisó al mismo hombre ayer justo después del alba, en un tejado en la ciudad, y nos tememos que estaba contando centinelas en el torreón de los Consagrados. Intentamos capturarlo entonces, pero lo perdimos en tierra.

»Y hoy se presenta otra vez, lo cual no es una casualidad. Derrow dijo que el hombre no estuvo en ninguna de las posadas durante la noche. En vez de ello, siguió a Dreys desde las puertas exteriores encaramándose por la muralla exterior. Mató a Dreys porque iba buscando esto...

Sylvarresta extrajo un tomo fino de color canela, encuadernado en piel de cordero.

—Es un libro, un libro muy curioso.

Hollicks frunció el ceño ante la noticia. Ya era bastante aciago que se acusara de espionaje a un comerciante, no deseaba ver cómo se acumulaban pruebas irrefutables contra el tipo.

—Entonces —dijo Hollicks—, ¿son esas todas las pruebas que hay contra él? Los borrachos habitúan a hacer cosas raras. De hecho, Wallis, el encargado de mis caballerizas, trepa a los manzanos cada vez que se le sube el alcohol a la cabeza. El que Dreys tuviera un libro no significa nada.

Lord Sylvarresta negó con la cabeza, afligido.

—No, el libro contiene una nota dirigida a mí de parte del emir de Tuulistan. Un hombre ciego, cuyo castillo fue asaltado por Raj Ahten. El Señor de los Lobos obligó al emir a cederle el don de la vista. Aun así, escribió sus memorias y me las envió.

—¿Escribió su propia crónica? —preguntó Iome pensando en por qué cualquiera, máxime un hombre ciego, se molestaría en escribir su biografía cuando los días que observan todos los movimientos de uno las redactan después de muertos los nobles.

—¿Habla de batallas? —inquirió Hollicks—. ¿Describe algo importante?

—Muchas batallas —respondió el rey—. El emir cuenta como Raj Ahten penetró sus defensas y asaltó los castillos vecinos. Solamente he podido echar un vistazo al libro, pero igual demuestra su valía, lo suficiente para que el espía de este sintiera la necesidad de matar a Dreys a fin de recuperar el libro.

—¡Pero los papeles del sureño están en orden! —protestó Hollicks—. En la bolsa llevaba una docena de cartas de recomendación de varios mercaderes. ¡Hasta tiene préstamos pendientes! Os digo que es un comerciante, aún no tenéis pruebas que lo incriminen.

—Además posee más dones que ningún otro mercader jamás visto —prosiguió el rey Sylvarresta—, y, en esas proporciones, representan una mezcla de dones de guerrero.

Ante esto Hollicks pareció desalentado.

El padre de Iome explicó:

—Hace veinte años cuando iba al sur a hacerle la corte a *lady* Sylvarresta en Jomateel, jugué una vez al ajedrez con el mismo Raj Ahten.

Sylvarresta dirigió la mirada hacia su esposa y tocó el hombro de Hollicks de manera consoladora.

La madre de Iome se agitó inquieta, no le gustaba que le recordaran que era prima del Señor de los Lobos.

—¿Sabe cuál fue su primera jugada? —dijo el rey Sylvarresta.

—Peón de rey a rey cuatro.

—No, caballo de rey a mago tres. Una apertura poco corriente.

—¿Es algo significativo? —inquirió Hollicks.

—Se trata de cómo jugó la partida: dejó los peones atrás y atacó con los caballos, magos, torres y dama, e incluso sacó al rey. En vez de intentar controlar el centro del tablero, atacó con las piezas con que podía tomar control incluso en las esquinas.

El rey esperó a que Hollicks asumiera la relevancia de lo que le estaba contando, pero este parecía ignorante. Aquel lo expuso de forma más sencilla:

—El mercader de especias en las mazmorras, es uno de los caballos de Raj Ahten. Los callos del dedo pulgar demuestran años de práctica con las armas.

Hollicks reflexionó sobre ello.

—¿No creerás posible que Raj Ahten venga aquí?

—Oh, sí que viene, sí —dijo Sylvarresta—. Por eso hemos enviado unos mil caballeros, escuderos y arqueros a fin de reforzar las defensas del castillo de Dreis.

Lo que el padre de Iome no había mencionado era que diecisiete reyes de Rofehavan planeaban celebrar una reunión en un plazo de dos meses para discutir tácticas en caso de que Raj Ahten invadiera. El rey no parecía pensar que eso fuera asunto del mercader.

La madre de Iome, la reina Venetta Sylvarresta, podía haber narrado anécdotas que hubieran atemorizado a Hollicks. En una ocasión, le contó a Iome cómo su primo, el joven Ahten, fue de visita al torreón de su tío. El padre de Venetta organizó un banquete en honor del muchacho, al cual invitó a todos los capitanes de la Guardia del Rey, a varios consejeros, y a mercaderes importantes. Una vez las mesas estuvieron servidas, repletas de pavos reales asados, dulces y vino, el padre de Venetta alentó al joven Raj Ahten a que pronunciara un discurso. El muchacho se levantó, se volvió y dirigiéndose al padre de Venetta dijo:

—¿Este banquete se celebra en mi honor, es un regalo para mí?

El padre de Venetta replicó:

—Efectivamente, es todo en tu honor.

Entonces el muchacho, con un amplio gesto de la mano, señaló a los cien invitados y dijo:

—Si este es mi banquete, despide a esta gente. No consentiré que se coman mi

cena.

Los horrorizados comensales se marcharon indignados y dejaron al muchacho con más comida de la que podía consumir en un año.

La madre de Iome solía decir que si su padre hubiera sido más agudo, hubiera degollado al rapaz allí mismo.

Durante años, Venetta había intentado convencer al rey Sylvarresta de que era necesario asestar el primer golpe para aplastar a Raj Ahten cuando aún era joven. Por alguna razón, el padre de Iome nunca pensó que el muchacho conquistaría los veintidós reinos de Indhopal.

Iome instó a su padre en aquel momento:

—¿Ejecutareis al espía? Debéis insistir en que se haga justicia.

Lord Sylvarresta respondió:

—Se hará justicia. Raj Ahten lo pagará muy caro, pero no mataré al caballero.

Ante tal noticia, Hollicks suspiró aliviado.

Iome debió de parecer alicaída ya que su padre añadió rápidamente:

—La solución idealista que propones es loable, pero no es muy práctica. No podemos ejecutar al espía. Pediré un rescate.

—¿Rescate? —preguntó Hollicks—. ¡Raj Ahten nunca admitirá que el espía es uno de los suyos!

Iome sonrió al ver que por fin Hollicks admitía que el fulano era un espía.

—Por supuesto que no —contestó el rey—. Pero los mercaderes de Indhopal lo reclamarán como uno de los suyos y pagarán el rescate para salvar la feria. Es algo habitual en Indhopal. Dicen que los agricultores casi siempre vuelven a casa del mercado y se encuentran que los vecinos han tomado a sus puercos como rehenes.

—¿Y cómo estáis seguro de que pagarán? —inquirió Iome.

—Porque quieren que se celebre la feria. Y porque creo que Raj Ahten tiene soldados escondidos en el bosque de Dunn a la espera de información respecto al sino del hombre. Algunos de los mercaderes deben de saber esto y, por ello, se apresuran a exigir la liberación del tipo. Es por lo que estarán ansiosos por rescatar al espía, salvo que consigamos extraerle una confesión mediante tortura.

—¿Qué os hace sospechar que hay guerreros escondidos en el bosque? —dijo Hollicks.

—Porque hace varios días que envié a cinco guardabosques para localizar a los jabalís más grandes antes de la cacería de la semana que viene. Tenían que haberme informado ayer por la mañana y ninguno de ellos ha regresado. Si hubiera sido uno, sospecharía que se trata de un accidente. Pero estos son hombres de confianza y nada los detendría a la hora de obedecer mis órdenes. O han sido capturados, o asesinados; he enviado exploradores para corroborar lo que ya me temo y creo que sabemos lo que van a encontrar.

El rostro de Hollicks palideció ante la noticia.

—Así pues, los soldados de Raj Ahten se esconden en el bosque de Dunn y han

de atacar en tres días, antes de que comience la cacería, por miedo a ser descubiertos.

El rey Sylvarresta cruzó las manos en la espalda y avanzó hacia la chimenea.

—¿Será una batalla de envergadura, milord? —inquirió Hollicks.

Sylvarresta negó con la cabeza.

—Lo dudo. Seguramente solo será una maniobra previa a la guerra a estas alturas del año. Creo que ahí fuera tenemos una panda de asesinos. Igual atacarán el torreón de los Consagrados para intentar debilitarme, o atacarán a la misma familia real.

—¿Y qué hay de nosotros, los mercaderes? —dijo Hollicks—. ¿No pueden igualmente arremeter contra nuestras fincas? ¡Vaya que sí, nadie está seguro!

La idea de que Raj Ahten atacaría a la burguesía parecía absurda. Sylvarresta dijo, riendo:

—Vamos, viejo amigo, echa el cerrojo esta noche y no tendrás nada que temer. Ahora necesito tu asesoramiento, debemos establecer un precio para el rescate de este «mercader». ¿Cuánto diríamos que ha ocasionado al rey en daños y perjuicios?

—Yo diría que unos mil halcones de plata —respondió Hollicks cauteloso.

Iome había escuchado a su padre y seguido su razonamiento, concluyó que era perfecto y a la vez exasperante.

—No me gusta la idea de pedir un rescate por este espía. Me parece... una forma de rendición. No estáis teniendo en cuenta los sentimientos de Chemoise de ninguna manera. ¡Su prometido ha sido asesinado!

El rey alzó la vista y miró a Chemoise con cierta tristeza, cierta expresión de ruego en las arrugas de los ojos. Las lágrimas de aquella ya se habían secado y, sin embargo, el padre de Iome parecía capaz de vislumbrar la tristeza que aún la acuciaba.

—Lo lamento, Chemoise. Tienes confianza en mí, ¿verdad? ¿Piensas que hago lo correcto? Si no me equivoco, a finales de la semana tendrás la cabeza del asesino en una estaca, además de los mil halcones de plata del rescate.

—Por supuesto, como vos deseáis, milord —dijo Chemoise, la cual en realidad pudiera discutir el tema.

—Bien —dijo Sylvarresta tomando las palabras de Chemoise al pie de la letra. Ahora, maestro Hollicks, consideremos ese rescate: ¿dijiste mil monedas de plata? Menos mal que no eres el rey. Exigiremos veinte veces esa cifra, más veinticinco kilos de macia, otros tantos de pimienta, y mil de sal; también quiero metal de sangre. ¿Cuántos kilos han traído este año los comerciantes?

—Pues vaya, ¡no sabría decirlo con certeza! —exclamó Hollicks todo apabullado debido a las abusivas exigencias del rey.

El rey Sylvarresta enarcó una ceja interrogándolo; Hollicks sabía la cantidad de metal de sangre disponible hasta el último gramo. Diez años atrás, en reconocimiento a los servicios al rey, Sylvarresta había concedido al mercader, a petición suya, un don de inteligencia. Aunque dicho don no convirtió a Hollicks en un hombre más sabio o creativo, ni le otorgó una mente más clara, el don le permitía recordar detalles

banales casi a la perfección.

Aceptar un don de inteligencia era como abrir una puerta en la mente de otro hombre. El que recibía dicho don era de repente capaz de introducirse en esa mente y almacenar lo que quisiera, mientras que al donante se le cerraban las puertas de la memoria y se le prohibía echar un simple vistazo al contenido oculto en su propio cráneo. Hollicks guardaba sus cuentas en la mente de su consagrado.

Efectivamente, se decía que el artesano mayor podía citar todos los contratos que había redactado palabra por palabra. Siempre sabía la fecha exacta del vencimiento de los préstamos concedidos por él.

Desde luego que sabía cuánto metal de sangre habían pesado los comerciantes sureños durante la semana anterior. Como maestro de la feria, era el encargado de garantizar que todos los artículos se pesaban correctamente, y que los productos vendidos eran de la mejor calidad.

—Bueno, esto... Hasta la fecha los sureños han pesado solamente unos siete kilos de metal de sangre. Dicen que las minas de Kartish no han producido demasiado este año.

Lo suficiente para fabricar menos de cien marcadores.

Hollicks se encogió como si Sylvarresta fuera a montar en cólera ante la noticia.

El padre de Iome asintió pensativamente.

—Dudo que Raj Ahten sepa que tal cantidad ha cruzado las fronteras. El año que viene ya no veremos más. Pues para cuadrar nuestras pérdidas, añade quince kilos de metal de sangre al rescate.

—¡No tienen tanto! —se quejó el maestro Hollicks.

—Ya lo encontrarán —replicó Sylvarresta—. Si lo introducen de contrabando seguro que tienen más escondido.

»Ahora ve y envía recado a nuestros amigos foráneos. Diles que el rey está loco de ira, ínstaless a actuar rápidamente pues a duras penas se puede contener el ansia de venganza de Sylvarresta. Cuéntales que, en este momento, estoy en mi bodega poniéndome ciego de brandi, dudando entre extraerle al fulano el secreto torturándolo o rajarle el abdomen y estrangularlo con sus propias tripas.

—Sí, milord —dijo Hollicks aturullado.

El mercader multicolor hizo una reverencia y se despidió, iba sudando copiosamente ante la idea de iniciar las negociaciones.

Durante toda la conversación, el sombrío canciller Rodderman se mantuvo callado y, sentado en un banco junto a la reina, fue observando de cerca el intercambio entre el rey y el maestro de la feria; a veces acariciándose las largas y canosas patillas. Cuando Hollicks se hubo marchado dijo:

—Majestad, ¿creéis que obtendréis tanto rescate?

Lord Sylvarresta respondió simplemente:

—Esperémoslo.

Iome sabía que su padre necesitaba dinero. Los gastos de armas, dones y

suministros asociados con la campaña bélica que se avecinaba resultarían gravosos.

Sylvarresta miró a su alrededor.

—Canciller, tráeme al capitán Derrow. Si no me equivoco, recibiremos una visita de los asesinos esta noche y debemos organizar una bienvenida adecuada.

El canciller se levantó rígidamente, se frotó los riñones y se marchó.

El padre de Iome parecía estar absorto. Mientras se disponía a marcharse, le asaltó una persistente pregunta.

—Padre, cuando jugasteis al ajedrez con Raj Ahten, ¿quién salió victorioso?

El rey sonrió agradecido.

—Ganó él.

Iome hizo ademán de retirarse, pero se le ocurrió otra desconcertante pregunta:

—Padre, ahora que hemos visto al caballo de Raj Ahten, ¿deberíamos prepararnos para que traiga a los magos?

Su padre frunció el entrecejo y eso fue respuesta suficiente.



## Capítulo 4



### *Vino de kaya pocha.*

**B**orenson escudriñaba la mirada de Gaborn.

—¿Si siento algo, milord? ¿Qué queréis decir? ¿Hambre o excitación? Siento muchas cosas.

Gaborn no podía expresar exactamente la sensación tan extraña que lo había asaltado en el mercado en Bannisferre.

—No, nada tan corriente. Es como... si la tierra temblase de cara a lo que se avecina. O como... —De repente, le vino una imagen a la cabeza—. Como el momento en que se ara la tierra y uno se estremece al ver cómo esta se remueve, al saber que pronto se plantarán las semillas y que de ellas germinará la fruta. Una interminable hilera de árboles y campos en el horizonte.

Lo curioso era que la imagen le venía a la mente con tal intensidad que Gaborn no podía pensar en otra cosa. Las palabras no eran suficientes para expresar lo que sentía ya que, literalmente, sentía el tacto de la mano agarrándose a las desgastadas asas de madera del arado, la tensión de las riendas del buey clavándose en la espalda, las afiladas rejas hendiéndose y removiendo la tierra oscura, desenterrando lombrices. Gaborn notaba el fuerte sabor metálico de la tierra en la boca, veía los campos y los bosques que fluían ante él; los bolsillos llenos de semillas listas para plantar le pesaban.

Tenía la sensación de estar viviendo todas estas cosas a la vez y se preguntaba si los jardineros realmente alguna vez sentían esa sensación de inminencia que a él mismo lo acuciaba en aquel instante. Lo más curioso era que Gaborn nunca había hecho esas cosas; nunca se había enganchado a un arado o agachado para plantar.

No obstante, deseaba entonces haberlo hecho; deseaba encontrarse sobre el terreno en ese mismo instante.

Myrrima lo miró extrañada y su días no respondió, siguiendo en su papel de observador invisible.

Los ojos de Borenson brillaban de risa.

—Milord, creo que hoy os ha dado mucho el aire. Vuestro rostro está pálido y

sudoroso. ¿Os sentís bien?

—Esto... Me siento muy sano —dijo Gaborn preguntándose si estaba enfermo o si estaba loco.

Muy pocas dolencias afectaban a un señor de las runas. El don de la inteligencia sanaba la mala memoria de un noble, el de resistencia daba fuerzas a un rey enfermizo. Pero la locura...

—Bueno, pues... —añadió, deseando súbitamente estar a solas con sus pensamientos para dilucidar sobre qué podía haber provocado esos sentimientos tan hondos de labranza. Pienso que vosotros debéis pasar juntos un rato y empezar a conoceros, pasad la tarde en mutua compañía.

—Milord, yo soy vuestro guarda —protestó Borenson, poco dispuesto a apartarse de su lado.

Gaborn podía contar con los dedos de las manos las pocas veces que Borenson había estado ausente más de una noche.

—Estaré descansando en una posada, lo más peligroso será un trozo de cerdo asado en la mesa.

Borenson no podía negarse, según mandaba la costumbre tenía que ir solo a la casa de la muchacha a pedir su mano en matrimonio; con la madre privada de inteligencia y sin padre, igual la costumbre podía dejarse de lado en este caso aunque no del todo.

—¿Estáis seguro? No pienso que sea algo prudente —dijo Borenson, con actitud muy seria. Después de todo, Gaborn se hallaba en un país ajeno y era el heredero del reino más rico de todo Rofehavan.

—Marchaos ya, ¿vale? —les instó Gaborn sonriendo—. Si te hace sentir mejor, prometo retirarme a mi habitación cuando termine de almorzar y pasar el cerrojo.

—Volveremos antes de que anochezca —dijo Myrrima.

Gaborn dijo:

—No, yo buscaré tu casa. Me gustaría conocer a tus generosas hermanas y a tu madre.

Myrrima, asombrada, indicó:

—Cruzad el puente de Himmeroft, cuatro kilómetros siguiendo el camino de la Campánula y encontraréis una cabaña gris en un prado.

Borenson, inflexible, negó con la cabeza.

—No, volveré a por vos. No consentiré que cabalguéis solo.

—Adiós entonces, hasta la tarde —dijo Gaborn.

Los observó mientras correteaban entre el gentío, cogidos de la mano, con cierta delicadeza en el andar.

Gaborn se quedó aún en el mercado unos minutos, observando a un artista ambulante que había entrenado a unas palomas albinas a hacer todo tipo de acrobacias aéreas. Luego, se paseó por las empedradas calles de Bannisferre con su días siguiendo sus pasos como un perrillo.

En el centro de la ciudad se levantaban imponentes una docena de conservatorios de canto de color gris, con seis y siete pisos de altura, de complicados frisos y estatuaria.

En los escalones de uno de los conservatorios, una bella joven cantaba una delicada aria con acompañamiento de instrumentos de viento hechos de madera y un arpa. Un grupo de campesinos se había apelotonado alrededor. La voz de la joven fluía evocadora y resonaba en los altos edificios de piedra, cautivándolos a todos. Por supuesto, solo estaba haciendo publicidad y esperaba atraer un público para su interpretación de esa noche.

Gaborn decidió que asistiría y traería a Borenson y a Myrrima.

Robustas casas de baño y gimnasios se agolpaban calle abajo; en las anchas avenidas las carrozas podían maniobrar con facilidad. Elegantes tiendas exponían artículos de porcelana fina, de plata y armas para los caballeros.

Bannisferre era una ciudad joven, de menos de cuatrocientos años de antigüedad, que inicialmente fue lugar de encuentro para el intercambio de productos entre agricultores, hasta que se descubrió que en las montañas Durkin había hierro. Los herreros montaron una fundición cuyos productos de alta calidad pronto atrajeron una clientela adinerada que exigía a su vez alojamiento y ocio de calidad.

Así, Bannisferre se convirtió en un centro para las artes donde se daban cita artesanos del hierro, la plata y el oro; ceramistas famosos por sus esmaltes al fuego y porcelana fina; sopladores de vidrio que creaban fascinantes tazas y jarrones de magníficos colores. Hasta que, finalmente, la ciudad se llenó de artesanos y artistas de toda clase y condición.

Bannisferre era un sitio elegante, una ciudad limpia. En esta época, estaba engalanada con las figuras del Rey de la Tierra: complicadas imágenes de madera, pintadas y vestidas con todo cariño. No había golfillos correteando siempre por en medio. Y los alguaciles iban vestidos con elegantes abrigos de cuero y brocados de oro, como si en vez de ser servidores de la ley, fueran otro adorno más en Bannisferre.

Por alguna razón, el encanto del lugar entristecía a Gaborn. Las defensas de la ciudad parecían deplorablemente inadecuadas. Esta se había construido junto a un río sin contar con una fortaleza; la baja muralla de rocas que rodeaba la ciudad apenas podría repeler un ataque de caballería (caballería en caballos normales que no de fuerza). Quizá unos cuantos soldados podrían aguantar un rato en los conservatorios, encaramados entre las estatuas.

No, durante una guerra Bannisferre sería tomada por asalto y su belleza profanada. Los elegantes conservatorios y casas de baño estaban construidos en piedra, pero la mampostería se había forjado como adorno sin pensar en la defensa. Los portales eran demasiado anchos y las ventanas también. Incluso los puentes sobre el río Dwindell eran lo bastante anchos para que cupieran cuatro carros en formación paralela, con lo que no podían ser defendidos fácilmente.

Gaborn regresó al mercado sur, deambuló a través de la nube de abejas hasta entrar en su posada. Su intención era la de cumplir con la promesa que le había hecho a Borenson y no correr riesgos. Buscó una mesa en un rincón y pidió un almuerzo acorde con un paladar refinado, tras lo cual descansó los pies sobre la mesa.

Su días se sentaba enfrente. Gaborn quería celebrar la buena fortuna de Borenson y, lanzando una moneda de plata al sirviente, un muchacho rubio quizá cinco años más joven que él, dijo:

—Tráenos vino. Algo dulce para el cronista, para mi baya pocha.

—Sí, señor —contestó el muchacho.

Gaborn miró a su alrededor, la estancia estaba bastante vacía; contenía tres docenas de sillas, pero solamente algunas estaban ocupadas. Al otro lado, dos hombres de tez oscura estaban sentados hablando en voz baja sobre las virtudes relativas de varias posadas en la ciudad. Unas cuantas moscas verdes volaban lentamente en círculo y, fuera, un puerco chillaba en el mercado.

Por la noche, se llenaría la posada.

El criado regresó con dos jarras de barro y dos botellas auténticas de vidrio amarillo, no las petacas de cuero que se usaban en el sur. Cada botella estaba tapada con un sello rojo de cera con la inicial B grabada, parecía una buena cosecha ya que las botellas eran añejas y estaban sucias. Gaborn no estaba acostumbrado a bebida de tan buena calidad, el vino que se envejecía en botas se avinagraba a los seis meses.

El muchacho sirvió un trago a cada uno y dejó las botellas sobre la mesa, estaban tan frías que comenzaron a condensarse.

Gaborn observó las botellas distraídamente y, estirando un brazo, tocó el polvo de una de ellas con el dedo índice, probó la tierra. Esta tierra es buena y dulce, sirve para plantar.

El días bebió un sorbo de vino, lo saboreó cuidadosamente.

—Mmmmm... —dijo—. Nunca había probado nada tan bueno.

En pocos segundos vació la jarra entera, lo pensó un momento, y se sirvió de nuevo.

Gaborn se limitaba a mirarlo fijamente, nunca había visto algo parecido. El días era un hombre sobrio (nunca bebía en exceso). Tampoco era mujeriego ni perdía el tiempo con ningún otro tipo de distracción. De manera excepcional se dedicaba a su disciplina: redactar la crónica de las vidas de reyes en nombre de los señores del tiempo. Desde que se había emparejado con otro, mutuamente cediéndose un don de inteligencia el uno al otro, ambos hombres constituían un círculo cerrado: los dos compartían una sola mente, poseían los mismos conocimientos. Normalmente, tal cosa ocasionaba demencia porque ambos miembros de la pareja luchaban por hacerse con el control de las mentes unidas. Aunque, en algún lugar, en un monasterio de las islas más allá de Orwynne, el compañero del días transcribía todo lo que este aprendía. Gracias a que habían entregado el control de la identidad propia a la orden, podían sobrevivir. Por lo tanto, era extraño contemplar a este tragar vino, cometiendo

un acto tan extraordinariamente egoísta.

Gaborn probó el suyo. El vino de baya pocha no estaba en realidad hecho con bayas, sino con uvas dulces maceradas con hierbas (verbena, onagra, y flor de saúco), que estimulaban la mente y reducían los efectos nocivos del alcohol. Su sabor era más sazonado que el sabor dulce del vino corriente y solía venderse a precios desorbitados. El nombre era una broma, irónicamente, el vino de baya pocha no embotaba los sentidos, sino que los estimulaba. *Si uno ha de emborracharse, reflexionó Gaborn, mejor hacerlo en entendimiento.*

Allí en la posada, con el agradable olor a pan casero y a cerdo, Gaborn se relajó un poco. Tomó un par de sorbos de vino que le pareció sorprendentemente bueno, sin ser tan adictivo como el que engullía el cronista.

Aun así, Gaborn estaba algo inquieto; fuera, hacía una hora, había sentido una curiosa corriente de poder. En la calle había casado a su guardaespaldas y se había felicitado a sí mismo por ello, pero allí dentro, parecía todo... tan extraño. Había sido algo impulsivo, una chiquillada.

Aunque algún día sería soberano de uno de los grandes reinos, en circunstancias normales no se hubiera atrevido a abusar de tal poder para hacer de alcahuete.

Gaborn se preguntaba qué tipo de rey sería si, al asumir la responsabilidad de la corona, hiciera tal tipo de sandeces.

En la Facultad del Conocimiento, dentro de la Sala del Corazón el maestro mayor Ibirmarle le dijo en una ocasión:

—Ni siquiera un señor de las runas puede controlar los asuntos del corazón. Solamente un insensato lo intentaría.

Y aun así, Gaborn había convencido a Borenson de que se desposara.

*¿Y si termina odiándola?*, se preguntó Gaborn, *¿se arrepentirá de lo que he hecho?*

Tenía la cabeza echa un lío: *¿y Myrrima? ¿Amaría a Borenson?*

El días de Gaborn comenzó a beberse la segunda jarra de vino, que vació de dos tragos a pesar de sus intentos por contenerse.

—Hice bien, ¿verdad? —preguntó Gaborn—. Quiero decir que Borenson es buena persona, ¿no? La querrá.

El otro sonrió con los labios apretados, observaba a Gaborn con los ojos muy entornados.

—Entre los nuestros hay un refrán: las buenas obras presagian buena fortuna.

Gaborn reflexionó sobre las palabras «los nuestros»; aunque eran humanos los días se consideraban criaturas aparte, quizá con razón. El servicio que prestaban a los señores del tiempo exigía grandes sacrificios: abandonaban el hogar y la familia, la lealtad a todo rey. En vez de eso, estos misteriosos hombres y mujeres simplemente estudiaban a los grandes señores, escribían las crónicas, publicaban las obras y vida de estos a su muerte y, en todo lo demás, se mantenían apartados de la política diaria.

Gaborn no se fiaba del todo de estos observadores y sus reservadas miradas.

Únicamente fingían esa distancia en lo concerniente a los hombres, de eso Gaborn estaba seguro. Cada señor de las runas era seguido por uno de ellos que se encarga de tomar nota de la palabra y obra de aquel. A veces, cuando dos días se juntaban, se comunicaban en lenguaje codificado. Los antepasados de Gaborn los estuvieron estudiando durante generaciones, intentando descifrar ese código.

Pero, *¿cuán neutrales eran en realidad?* Gaborn sospechaba que estos cronistas revelaban secretos a reyes enemigos. Algunas batallas solamente pudieron haberse ganado gracias al asesoramiento de chivatos (seguramente días).

Pero si era cierto que como grupo eran parciales en tiempo de guerra entre naciones, ni Gaborn ni nadie más había podido determinar a quién eran leales.

No se habían trazado bandos perceptibles, tanto reyes malos como buenos sacaban partido del espionaje de aquellos, y no había rey que pudiese escapar a ellos. Algunos monarcas habían intentado deshacerse de los días mediante asesinato o destierro, pero ya nunca volvieron a reinar. Como grupo, eran muy poderosos. Cualquier rey que se atreviera a matarlos descubriría cuánta información podía divulgar la pareja de su días; datos preocupantes que podían divulgarse entre reyes enemigos con lo que se perdían fortunas y los campesinos se sublevaban.

Nadie podía desafiarlos, ni siquiera Gaborn estaba seguro de que alguien deseara enfrentarse a ellos. Como dice el refrán: aquel que no se sometiere a examen no puede llevar la corona. Se decía que las Glorias mismas habían pronunciado tales palabras cuando unieron a los reyes con los cronistas.

Un señor de las runas debe servir a los hombres, decían las Glorias.

Por tanto, el título de Gaborn tenía un precio. Nunca se vería libre de este hombre, nunca solo. Aunque dominara un reino, merecidamente, algunas cosas le estaban negadas a Gaborn.

Absorto, Gaborn se preguntó de nuevo sobre Borenson. Era soldado, y los soldados no suelen resultar necesariamente buenos nobles ya que han sido formados para resolver cualquier problema mediante el uso de la fuerza. El padre de Gaborn prefería vender los títulos a los mercaderes que habían recibido formación para hacer trueques por aquello que deseaban. Gaborn se fijó de repente en que el días no había contestado del todo a su pregunta, que la había eludido.

—Digo que Borenson es un hombre bueno, ¿no es así?

El cronista alzó la mirada y asintió un poco con la cabeza. El discípulo estaba ya casi totalmente ebrio. Se sirvió más vino.

—No os llega a la suela de los zapatos, alteza. Pero apuesto a que la hará feliz.

«Alteza» y no «milord».

—Pero es un buen hombre, ¿no es cierto? —preguntó Gaborn por tercera vez, repentinamente enfurecido ante las evasivas.

El días miró para otro lado y comenzó a farfullar algo cuando Gaborn dio un golpe en la mesa tan fuerte que las botellas de vino saltaron y las jarras chocaron.

—¡Respóndeme! —gritó el príncipe.

El días abrió la boca de par en par todo sorprendido, sabía distinguir la advertencia, pronto volarían los puñetazos. Gaborn poseía el don de la fuerza física de tres hombres y su golpe podía matar a un plebeyo.

—Ah, ¿pero qué importa, alteza? —dijo, esforzándose por aclarar la cabeza enredada. Nunca os habíais preocupado por su bondad antes, nunca cuestionado su entereza.

Bebió otro trago de vino, parecía querer más, pero recapacitó y cuidadosamente dejó la jarra a un lado.

¿Por qué estoy cuestionando la integridad de Borenson?, se preguntaba Gaborn, y las repuestas comenzaron a fluir: porque estoy bebiendo el vino de baya pocha y he percibido que el días intentaba eludir la pregunta; porque Myrrima dijo que la princesa Iome duda de mi propia bondad, y ahora me preocupo de lo que piensan los demás. Porque... porque sé que cualquier bala perdida puede ganarse una parcela, pero para ganarse el corazón de un pueblo hay que ser rey de cierta índole.

Gaborn esperaba hacerse con el cariño de Iome y de sus súbditos pero no se atrevía a desvelar los pormenores de su plan al días, o a nadie más. Si su padre, el rey Orden, se enterara de lo que planeaba Gaborn tal vez intentaría detenerlo.

El vino comenzaba a hacerle efecto ahora, enfocándolo todo. Pero Gaborn no iba a dejar que otras consideraciones lo hicieran cejar en su empeño de seguir haciendo preguntas.

—¡Contéstame, días! ¿Qué opinas de Borenson?

El días puso ambas manos sobre la mesa y se armó de valor.

—Como vos deseéis, alteza. Una vez pregunté a Borenson cuál era su animal favorito y este dijo: «Admiro a los perros». Cuando quise saber el porqué contestó: «Me encanta oírlos gruñir. Me encanta cómo reciben a un extraño con esa agresión absurda».

Gaborn se rio; era la clase de respuesta perfecta que Borenson daría. El tipo era el terror del campo de batalla.

El buen humor de Gaborn pareció aliviar al cronista, quien se inclinó hacia delante confabuladoramente y dijo:

—A deciros la verdad, alteza, pienso que Borenson admira otra de las cualidades caninas, una que no nombró.

—¿Qué es?

—Lealtad.

Gaborn rio más fuerte.

—Entonces, ¿Borenson es un perro?

—No, aspira a serlo únicamente. Si puedo ser franco, me temo que tiene todas las mejores cualidades de los perros, *menos* la lealtad.

—¿No lo consideras un hombre bueno, entonces?

—Es un asesino, un carnicero, alteza. Por ello es capitán de vuestra guardia.

Esto enfureció a Gaborn, el días estaba equivocado. El cronista sonrió ebrio y

bebió otro trago para darse más ánimos.

Luego continuó:

—De hecho, ninguno de vuestros amigos son buena gente, alteza. Vos no valoráis la virtud en los amigos.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Gaborn.

Siempre había pensado que sus amigos poseían suficientes virtudes.

—Es fácil, alteza —dijo—. Algunos hombres eligen a sus amigos por las apariencias, otros por su riqueza o cargo político, otros por tener los mismos intereses. Otros lo hacen basándose en las virtudes. Pero vos no valoráis esas características como algo muy importante.

Era cierto, entre los amigos de Gaborn había algunos feos y sin cargo alguno; su amigo Eldon Parris vendía conejos asados en un mercado. Y Gaborn también disfrutaba de la compañía de más de uno que podría describirse como sinvergüenza.

—Entonces, ¿cómo elijo a mis amigos? —preguntó Gaborn.

—Porque sois joven, valoráis a aquellos que tienen conocimiento sobre el corazón humano, alteza.

A Gaborn, tal afirmación le pareció una corriente de aire frío helado: contundente, estimulante, sincera y, por supuesto, evidentemente cierta.

—Nunca me había fijado...

El días se echó a reír.

—Es una de las siete claves para entender los móviles humanos. Me temo, joven Gaborn, que vos sois algo pésimo a la hora de escoger a vuestros amigos. ¡Ja! A veces imagino cómo será cuando seáis rey, rodeado de excéntricos e intelectuales. ¡No pasará mucho tiempo antes de que os convenzan para tomar lavativas de ajo y que os pongáis zapatos puntiagudos! ¡Ja!

—¿Siete claves? ¿Dónde aprendiste tal cuento? —preguntó Gaborn.

—En la Sala de los Sueños —contestó el días incorporándose bruscamente al percatarse del error que había cometido.

En la Facultad del Conocimiento, la Sala de los Sueños estaba prohibida a los señores de las runas. Los secretos que allí se aprendían sobre motivación y deseos humanos eran considerados por los estudiosos algo demasiado potente para dejar en manos de los reyes.

Gaborn sonrió triunfante ante el pequeño chisme e hizo ademán de brindis con la jarra.

—Por los sueños.

No obstante, el cronista no brindó con él. Era casi seguro que ya no bebería más delante de Gaborn.

De las sombras en un apartado rincón de la sala, surgió una ferrin pequeña con pinta de rata con dos cachorros en la mano. Uno de los cachorros chilló como criatura diminuta que era, pero el días no lo oyó, no poseía el afinado oído de Gaborn. Los seis pezones de la ferrin estaban enrojecidos e hinchados, y llevaba un trapo amarillo



atado a los hombros. Solamente medía unos treinta centímetros y la regordeta cara le acentuaba la gruesa papada.

Se tambaleó en dirección al días, por detrás, casi cegada por la luz del día, y metió al cachorro en el bolsillo del abrigo de este.

Los ferrin no era gente inteligente, hablaban un idioma mediocre y utilizaban herramientas primitivas. La mayoría de la sociedad los consideraba una plaga porque construían túneles y se introducían en las casas para robar comida constantemente.

Gaborn había oído decir que era habitual que las mujeres ferrin destetaran a los cachorros de esta manera, buscaban una posada y los introducían en ella o los metían en los bolsillos de personas ajenas; nunca lo había presenciado.

Muchos hombres hubieran arrojado una daga al ferrin. Gaborn sonrió suavemente y apartó la vista.

Estupendo, dejaré que el cachorro se coma el forro del abrigo del maldito cronista.

Esperó hasta que la ferrin hubo acabado.

—¿Y yo? —preguntó Gaborn al embriagado días—. ¿Soy un hombre bueno?

—Usted, alteza... ¡Sois la virtud personificada!

Gaborn esbozó una sonrisa, qué otra respuesta podía esperar. Un cantor de Inkarra empezó a tocar la mandolina en la parte trasera del salón, practicaba para el público que se reuniría más tarde. Rara vez Gaborn había oído tocar a un inkarrano, porque su padre no les permitía cruzar la frontera y, en ese momento, disfrutó con la distracción.

La piel del músico era pálida como la nata, el cabello le caía como plata líquida y tenía unos ojos fríos como el hielo. Llevaba el cuerpo tatuado a la usanza de su tribu (símbolos azules de vides enroscadas en las piernas) con imágenes que evocaban nombres de antepasados y su aldea natal. Los tatuajes en las rodillas y en los brazos eran dibujos de nudos y otros signos mágicos.

El hombre cantaba con voz melódica y gutural, una voz muy potente. A su manera, era una voz hermosa que insinuaba que el cantante ocultaba runas de talento. Solamente unos pocos inkarranos dominaban el arte de crear runas ocultas. A pesar de esas runas, la voz de este no podía reproducir las sutiles notas de la virtuosa en la puerta del conservatorio que habían escuchado hacía una hora, Gaborn resolvió que la voz de este era más liberal. La otra cantaba en pos de riqueza y prestigio, pero este cantaba simplemente para entretener, lo cual era un gesto altruista.

El días tenía los ojos clavados en la jarra, sabía que había hablado demasiado, pero necesitaba añadir algo más:

—Alteza, quizá sea positivo que, respecto a los amigos, no tengáis en cuenta la virtud. Así aprenderéis a no fiaros de ellos y, si sois sensato, a no fiaros de vos mismo.

—¿Y eso? —inquirió Gaborn curioso.

Como este hombre y su mellizo siempre unidos nunca se encontraban solos, nunca podían permitirse el lujo de fiarse de ellos mismos. Gaborn se preguntaba si

realmente el sistema de parejas aportaba ventajas.

—Aquellos que se creen buenos no reflexionan sobre sí mismos y a menudo cometen las peores atrocidades. Pero los hombres que se creen malos tienden a contenerse. Y cuando hacemos el mal es porque creemos que hacemos el bien, actuamos sin reservas.

Gaborn rezongó mientras reflexionaba.

—Si me permitís ser sincero, alteza, me complace ver que dudáis de vos mismo. Los hombres no se hacen buenos mediante esporádicas obras caritativas. Debéis evaluar constantemente vuestras ideas y actuaciones, poner vuestras virtudes en tela de juicio.

Gaborn miró al enjuto erudito fijamente, los ojos se le habían tornado vidriosos y apenas podía mantener la cabeza erguida aunque su razonamiento parecía algo más nítido que el de cualquier otro borracho y parecía aconsejarle con un agradable tono de voz. Ningún día había jamás asesorado a Gaborn, se trataba de una experiencia singular.

En ese momento, se abrió la puerta de la posada y entraron dos hombres de tez oscura y ojos castaños, vestidos como mercaderes recién llegados de viaje. A pesar de eso, ambos llevaban un estoque al costado y cuchillos amarrados a las rodillas. Uno sonreía y el otro fruncía el entrecejo.

Gaborn recordó algo que su padre le había enseñado de chiquillo: «En la tierra de Muyyatin, los asesinos siempre viajan en parejas y se comunican mediante gestos». Más tarde su padre le enseñó el código de los asesinos. Un hombre sonriente y otro ceñudo significaban: *no hay noticias, ni buenas ni malas*.

Gaborn miró en dirección al rincón alejado donde se sentaban los otros dos hombres morenos con un rápido movimiento de ojos; al igual que él, habían escogido una posición segura, dándole la espalda a la pared. Uno de estos se rascó la oreja izquierda, comunicando que no habían oído nada. Los recién llegados se sentaron en una mesa al otro extremo de la sala. Uno de estos puso las manos sobre la mesa con las palmas hacia abajo: «Esperamos».

Y este hombre se movía con la rapidez fortuita que solamente podía relacionarse con alguien que poseyera un don de metabolismo. Pocos hombres contaban con ese don, únicamente soldados de la mayor confianza.

Gaborn no daba crédito a lo que veía: los gestos tan corrientes, tan aleatorios; los interlocutores no se miraban. Efectivamente, igual podía tratarse de algo sin importancia, en vez de una conversación como imaginaba Gaborn.

El príncipe echó un vistazo por la sala, nadie excepto él mismo podría ser objetivo de los asesinos. Aun así, estaba seguro de que no era él puesto que había viajado disfrazado todo el día. Bannisferre estaba repleta de mercaderes ricos y nobles insignificantes, los asesinos podían estar buscando a uno de ellos o siguiendo el rastro de uno de los suyos.

Gaborn no iba adecuadamente armado para enfrentarse a esos hombres.

Sin decir nada se levantó y salió de la posada en busca de Borenson. Al levantarse, el criado justo les servía una aceptable comida de asado de cerdo y pan de ciruelas recién hecho. Gaborn dejó el almuerzo y se dirigió a la calle, el días hizo lo mismo y le siguió dando tumbos.

Mientras que durante la mañana el ambiente de la ciudad le había parecido fresco, vigorizante y vivo, ahora el calor del día había intensificado el olor a orines de ganado, que se evaporaba e impregnaba el mercado junto con el olor a mugre y a sudor humano. La proximidad de los edificios en la zona del mercado mantenía el hedor atrapado en las calles.

Gaborn se apresuró calle abajo, hacia las caballerizas, donde un antiguo soldado de la caballería de Fleeds había traído al semental chileno de Gaborn. Al ver a su amo, el caballo relinchó, irguió la cabeza y levantó la cola rubia, parecía tan ansioso por marcharse como Gaborn.

Este estiró el brazo para acariciar el hocico del animal e inspeccionó al caballo; lo habían cuidado bien, le habían cepillado el pelo y trenzado la cola y la crin. Incluso le habían lavado los dientes y llenado la barriga, aún mascaba paja.

Segundos más tarde, el encargado de la cuadra trajo la mula blanca del cronista. Aunque no se trataba de un semental de fuerza, con las marcas de runas de poder en el cuello, la mula también parecía haber estado bien atendida.

Gaborn continuó mirando por encima del hombro, por si había rastro de otros asesinos, pero no observó nada anormal en las cuadras.

Le preguntó al encargado:

—¿Te has percatado de algún tipo que llegara a la ciudad? Hombres de tez morena que viajan de dos en dos.

El encargado asintió consideradamente, como si le hubiera sobrevenido la respuesta justo entonces.

—Sí, ahora que lo mencionáis. Cuatro de esos tipos han dejado los caballos conmigo, y he visto a otros cuatro yendo pa'l norte, por Hay Row.

—¿Es algo habitual ver a esos hombres? —preguntó Gaborn.

El otro enarcó una ceja.

—Pa' seros sincero no me hubiera fijado si vos no lo mencionáis. Pero anoche también cruzaron la ciudad a caballo dos de esos.

Gaborn frunció el ceño: asesinos por la carretera en dirección norte, *¿hacia dónde se dirigirán? ¿Van al castillo de Sylvarresta que está a unos cien kilómetros de distancia?*

Conforme salía de la ciudad, crecía la inquietud de Gaborn; condujo al chileno por el puente de Himmeroft, un pintoresco puente de piedra que cruzaba el ancho río. Desde allí arriba, Gaborn divisaba las truchas marrones tomando el sol en las charcas más hondas, subiendo a la superficie para cazar moscas de un brinco a la sombra de los sauces. El río aquí era bastante profundo, con charcas de agua fría y tranquilo.

En el puente no había señal alguna de los asesinos.

Al otro extremo del río, los adoquines se convertían en una carretera de tierra que serpenteaba por el campo hacia el oeste; otra secundaria iba hacia el norte. Ambas carreteras se unían en el bosque, al norte del cual crecían las campanillas. A esas alturas de la estación no había muchas en flor, solamente quedaban un par de flores violetas muertas, andrajosas y marchitas. Gaborn tomó el camino de las Campánulas y dejó al caballo galopar. Se trataba de un semental de fuerza con runas de metabolismo, fuerza, elegancia e inteligencia marcadas en el cuello que le daban la velocidad de tres, la fuerza y elegancia de otros dos, y la inteligencia de cuatro. Era un animal de musculatura especializada para cazar, un brioso corcel criado para correr y saltar por senderos y zonas forestales. Este tipo de bestia no estaba criada para descansar en los establos de Bannisferre y engordar comiendo grano.

Al días le costaba seguirlo con la mula blanca, una infame bestia que mordía al semental de Gaborn cuando tenía ocasión y que enseguida quedó rezagada.

Entonces sucedió algo curioso, Gaborn galopaba por los campos donde los pajares recién apilados se inclinaban a la vera del río, los campos estaban casi vacíos ahora que caía el sol del mediodía, y al subir la cima de una pequeña colina se encontró súbitamente con una tenue niebla que se aferraba al suelo envolviendo los pajares justo delante.

Era algo raro ver que se formaba niebla en un día soleado y por la tarde temprano. Los robles y los pajares sobresalían por encima de la niebla y esta parecía tener un color poco corriente, demasiado azul. Gaborn nunca había visto nada igual.

Se detuvo y el caballo gimió algo nervioso ante el panorama. Gaborn entró en el banco de niebla despacio y olfateando. En el aire había una curiosa fragancia, algo difícil de describir. Gaborn no poseía más que dos dones de olfato y, en aquel momento, deseó haber tenido más. *Azufre, pensó. Igual había aguas termales por allí que producían la niebla.*

Gaborn espoléó al caballo para que avanzara por los campos durante otro medio kilómetro. La niebla se espesaba sin cesar hasta que el sol fue únicamente un ojo amarillo en el cielo escudriñando la bruma. En los solitarios robles graznaban los cuervos.

Otro kilómetro más adelante y Gaborn divisó una casa gris entre la niebla. Una joven con el pelo desgreñado y suelto como la paja cortaba leña en la puerta. La muchacha levantó la cabeza y, desde la distancia, su piel parecía tan tosca como la arpillera y sus rasgos poco atractivos y esqueléticos, los ojos amarillos y enfermizos. Se trataba de una de las hermanas de Myrrima que había cedido a esta su belleza.

Gaborn instigó al semental y llamó a la joven. Esta profirió un grito sofocado y levantó un brazo para taparse la cara. Aquel se acercó con el caballo y la miró con pena.

—No hace falta que te escondas. Aquel que se empequeñece para agrandar a los demás es digno de admiración. A menudo un rostro nauseabundo oculta un corazón hermoso.

—Myrrima está dentro —farfulló la muchacha y entró corriendo en la casa.

Borenson salió presto con Myrrima de su brazo.

—Bello día de otoño —dijo Gaborn sonriendo a Borenson—. La brisa huele a campos de trigo tostados por el sol, a hojas otoñales, y a... traición.

Borenson quedó boquiabierto y perplejo al ver la niebla.

—Imaginé que estaba nublándose —dijo—, no tenía ni idea.

No había visto bien la niebla a través del pergamino de las ventanas. Borenson comenzó a olfatear, contaba con cuatro dones de olfato y su nariz era mucho más aguda que la de Gaborn.

—Gigantes, gigantes frowth.

—¿Hay muchos gigantes en los alrededores? —preguntó a Myrrima.

—No —contestó esta sorprendida—. Jamás he visto uno.

—Pues yo los huelo, los huelo en cantidad.

Miró a Gaborn a los ojos, ambos sabían que sucedía algo extraño. El príncipe había llegado con horas de antelación, este susurró:

—Varios asesinos entraron en la ciudad a caballo, muyyatines. Al menos diez galopan por la carretera hacia el norte en dirección al castillo de Sylvarresta, aunque de camino aquí no he visto ninguno.

—Voy a inspeccionar el terreno —dijo Borenson—. Igual podría tratarse de una trampa para vuestro padre, que pasará por la ciudad mañana con su séquito.

—¿No estaré más seguro contigo? —preguntó Gaborn.

Borenson reflexionó un segundo y asintió con la cabeza. Al mismo tiempo que el días aparecía entre la niebla, Borenson fue en busca de su cabalgadura a espaldas de la casa.

—Regresaremos pronto —dijo Gaborn a Myrrima, tras lo cual espoleó al caballo y salieron al trote por el prado detrás de la cabaña.

Le intranquilizaba dejarla sola habiendo gigantes en los alrededores, aunque Borenson y él cabalgaban hacia un peligro seguro.

La bruma procedía del norte, susurrada por una ligera brisa, y, por los verdes prados, enfilaron camino en esa misma dirección. El río serpenteaba hacia el oeste y pronto se vieron cabalgando por un sendero de paja a orillas del río Dwindell.

Por el río, esa niebla tan poco natural iba espesándose, elevándose como una enorme nube oscura, tan oscura que las golondrinas ya no se daban chapuzones en el agua, sino que unos cuantos murciélagos comenzaban a zambullirse en busca de insectos. La hierba por allí era alta y exuberante aunque estaba bastante recortada.

Los labradores utilizaban toda esa zona de planicie aluvial para cosechar paja y, por ello, destacaban los pajares a lo largo del río como enormes rocas en el mar. Cada vez que Gaborn observaba uno de ellos sobresalir entre la niebla se preguntaba si se trataba de un gigante, o si podía estar ocultando un gigante.

Ahora Gaborn también los olía: el amargo aroma del pelaje grasiento, el almizcle y el estiércol sobre la piel era algo insoportable. Además de moho y líquen que les

crecía en los envejecidos cuerpos.

Hasta hacía ciento veinte años nadie en Rofehavan había oído hablar de los gigantes frowth, pero entonces una tribu de unas cuatrocientas de esas criaturas descendió por las tierras heladas del norte un invierno, con cicatrices del campo de batalla, temerosos y muchos de ellos heridos.

Los frowth no hablaban bien ninguna de las lenguas humanas y no habían conseguido comunicar qué tipo de horripilantes enemigos los habían perseguido a través del hielo. Sin embargo, mediante algunos gestos y alguna orden verbal que otra los gigantes habían aprendido a trabajar con los hombres hasta cierto punto (arrastrando enormes pedruscos en las cantinas, o árboles para los guardabosques). Especialmente, los acaudalados nobles de Indhopal tomaron la costumbre de contratar gigantes frowth y así, con el tiempo, la mayoría emigraron al sur. Pero los gigantes sobresalían en un campo de acción únicamente: el bélico.

Gaborn y Borenson arribaron a una pequeña granja sobre una colina, al amparo de unos árboles, junto al río. Las ventanas de la caseta no dejaban ver luz, la chimenea no echaba humo, el cuerpo inerte de un agricultor yacía a medias en el umbral con el brazo estirado, y la cabeza como si hubiera intentando alcanzar algo que desaparecía. El olor férreo de la sangre aún se notaba mucho en el aire.

Borenson maldijo y siguió cabalgando, la niebla cada vez más espesa, más densa.

Sobre la verde hierba descubrieron huellas humanas aún frescas, y debajo de las huellas la hierba estaba ennegrecida, muerta. Gaborn no había visto jamás algo así.

—Tejedores de llamas —explicó Borenson—, además, poderosos, lo suficiente como para convertirse en fuego. Son cinco.

Por supuesto que en Mystarria había tejedores de llamas, eran hechiceros que podían caldear una habitación o encender un leño, pero ninguno tan poderoso que tiznara el suelo por donde pisaba, no de aquel modo.

Estas eran criaturas de leyenda, magos con tal poder que podían arrancar secretos del alma de los hombres o invocar a seres diabólicos del mundo de las tinieblas.

A Gaborn le palpitaba fuerte el corazón; miró a Borenson, que bruscamente parecía recelar. En los reinos del norte no se encontraba este tipo de tejedor de llamas, ni tantos gigantes frowth; únicamente podían haber venido del sur. Gaborn probó el aire de nuevo: esta niebla, esta extraña niebla, *¿un velo de humo finamente disimulado?, ¿creado por los tejedores de llamas?, ¿cuál es la envergadura del ejército que ocultaba?*

Nuestros espías estaban equivocados, intuyó Gaborn. La invasión de Raj Ahten no se demorará hasta la primavera.

Las huellas de los tejedores apuntaban al norte por la orilla del río Dwindell. Las tropas de Raj Ahten probablemente marchaban por el bosque para ocultar su número. Aunque no podrían estar muy lejos puesto que este bosque era el Dunn; inhóspito, antiguo y poderoso. Pocos hombres se atrevían a internarse en el centro, ni siquiera Raj Ahten.

Si Gaborn tomaba la carretera del norte podía llegar al castillo de Sylvarresta en medio día.

Aunque, por supuesto, los asesinos vigilaban la carretera con la intención de acometer contra cualquiera que intentara advertir al rey Sylvarresta. Gaborn concluyó que, dada la naturaleza cazadora de su robusta cabalgadura, estaría más protegido atravesando el bosque. Ya conocía los peligros, había estado en el bosque de Dunn cazando el gran jabalí negro.

Los jabalís gigantes del bosque normalmente eran tan grandes como el semental de Gaborn y a través de los siglos habían aprendido a atacar a los jinetes. Sin embargo, había algo más peligroso en el bosque según se contaba: antiguas ruinas duskin que aún estaban protegidas por magia y los espíritus de los que habían perecido allí. En una ocasión el príncipe había visto uno de estos.

Los hombres de Raj Ahten irían montados en caballos de armas, seres pesados especialmente criados para luchar en el desierto y correr en el bosque.

Incluso atravesar el bosque velozmente supondría un día de viaje hasta alcanzar el castillo, y sería un viaje arduo para el caballo.

El padre de Gaborn no estaba muy lejos de allí, hacia el sur. El rey Orden se dirigía al norte con motivo de la cacería de otoño, cosa que acostumbraba hacer, y esta vez iba acompañado de más de dos mil soldados. Gaborn iba a proponer matrimonio oficialmente a Iome Sylvarresta en una semana, y, por ello, el rey Orden traía un impresionante séquito para su hijo.

Y esa tropa igual haría mucha falta en el conflicto que se avecinaba.

Gaborn levantó la mano y movió los dedos rápidamente a la manera de señas de batalla: «Retírate y avisa al rey Orden».

Borenson parecía inquietarse: «¿Y vos a dónde vais?».

«A advertir a Sylvarresta».

«¡No! Es demasiado peligroso. Dejadme ir a mí».

Gaborn negó con la cabeza y señaló hacia el sur con el dedo.

Borenson lo miró enfurecido y respondió por señas: «Yo iré al norte. ¡Es demasiado peligroso para vos!».

Pero Gaborn no podía permitirlo, tenía la intención de tomar el camino arriesgado hacia la cumbre del poder e intentar ser un rey de nobles que se hiciera con el afecto de la gente. *¡Cómo mejor obtener el cariño del pueblo de Heredon que yendo a socorrerlo ahora!*

«Debo ir», dijo Gaborn, enérgicamente.

Borenson empezó de nuevo a contradecir al príncipe, pero Gaborn desenfundó la espada y apuntando con ella le hizo un corte en la mejilla. Algo muy superficial que el soldado podía haberse hecho afeitándose.

Gaborn se esforzó por contener la ira, casi de inmediato se arrepintió de tan impetuosa acción. Aunque Borenson sabía que, en caso de situación peligrosa, era mejor no discutir con su príncipe. Las discusiones eran como el veneno. Un hombre

que se cree derrotado tiende a fracasar, Gaborn no atendería a argumentos tóxicos.

Este señaló hacia el sur con la espada, luego miró al días y a Borenson de manera significativa; con la mano que tenía libre dijo: «Id a ver si Myrrima está bien». Si el contingente de Raj Ahten mataba a los campesinos para que no se les descubriera, Myrrima corría peligro.

Mientras Borenson meditaba parecía haber transcurrido un largo instante: Gaborn no es un plebeyo cualquiera, y con los dones de ingenio y fuerza actúa más como un hombre que como un muchacho. Además, durante el último año Borenson había comenzado a tratarlo como a un igual y no como una responsabilidad.

Y lo que viene más a cuenta, Borenson mismo no se decidía. Tanto el rey Orden, como el rey Sylvarresta necesitaban estar sobre aviso lo antes posible y él no podía cabalgar en dos direcciones a la vez.

«En la carretera hay asesinos, le recordó Gaborn, el bosque es más seguro, estaré a salvo en el bosque».

Ante la mirada sorprendida de Gaborn, el días dio la vuelta a su mula en sentido contrario y emprendió el camino de regreso. Gaborn jamás se había librado del escrutinio del días. Sin embargo, la mula no podía seguir a un semental de fuerza y, si lo intentaba, el cronista podía matarse.

Borenson estiró el brazo hacia la parte trasera de la silla de montar y extrajo un arco y una aljaba que entregó a Gaborn, tras haber dado marcha atrás con el caballo, y susurró:

—Que las Glorias os guíen y protejan.

Gaborn sabía que le haría falta el arco y asintió agradecido.

Cuando los dos hombres desaparecieron entre la niebla, Gaborn se mojó los labios, el miedo le había secado la boca. La capacidad de preparación es la madre de la valentía, se recordó a sí mismo. Una de las enseñanzas de la Sala del Corazón. Aunque repentinamente se le ocurrió que todo lo que había aprendido en la Facultad del Conocimiento le parecía... insuficiente.

Primero, para prepararse para la lucha, desmontó del caballo, se quitó el extravagante gorro empenachado y lo tiró al suelo. No era conveniente seguir adelante vestido como un mercader adinerado, tenía que hacerse pasar por un campesino humilde sin la ventaja de los dones.

Hurgó en las alforjas y sacó una capa gris manchada que se puso sobre los hombros; encordó el arco. No llevaba un hacha de armas que pudiera atravesar la armadura del enemigo, sino simplemente la espada de combate y el puñal atado a la rodilla.

Gaborn hizo estiramientos de brazos y hombros para precalentar, desenfundó la espada, tan familiar con el peso, como si formara parte de su propio cuerpo, y volvió a enfundarla con cuidado.

La apariencia del caballo no podía disimularla ya que se trataba de una bestia magnífica, como un ser de piedra o hierro que hubiera cobrado vida; los ojos le



brillaban llenos de implacable inteligencia.

Gaborn le susurró al oído:

—Debemos apresurarnos, amigo mío, y desplazarnos sigilosamente.

El caballo asintió. Gaborn no estaba seguro de cuánto entendía, ya que no podía seguir una conversación. Pero con dones de inteligencia de otros caballos de su manada obedecía órdenes verbales simples (algo más de lo que se podía decir de algunos hombres).

Gaborn no se atrevía a montar al principio y, en vez de eso, condujo él al animal. Sabía que el ejército de Raj Ahten tenía batidores tanto en la avanzada como en la retaguardia, y Gaborn no deseaba ser blanco de práctica para los arqueros al aparecer como silueta entre la niebla.

Comenzó a correr a un ritmo ligero que podía mantener durante días. Entre la niebla artificial, los campos se encontraban curiosamente tranquilos. Los ratones huían al acercarse este, un solitario cuervo graznaba subido a un roble, los gorriones volaban en forma de nube. En algún lugar del bosque, escuchó el mugir de una vaca pidiendo que la ordeñaran.

Durante largo rato mientras corría, el único sonido perceptible era la hierba torciéndose, y el mudo golpear de los cascos del caballo.

Mientras avanzaba a cierta velocidad hacia el norte entre los campos sesgados al raso, hizo inventario personal: respecto a los señores de las runas, él no era poderoso; nunca quiso serlo, porque no podría soportar el sentido de culpa por el alto precio del sufrimiento humano si se hubiera hecho poderoso.

Aunque poco después de nacer, su padre comenzó a comprar dones para él: dos de inteligencia, dos de fuerza física, tres de resistencia, y tres de elegancia. La vista de dos personas, el oído de tres, la voz de cinco y dos de atractivo.

Nada poderoso en comparación a los Invencibles de Raj Ahten. Gaborn no poseía un don de metabolismo y no llevaba armadura. Nadie lo protegía, nadie que entorpeciera la marcha. No, Gaborn únicamente contaba con su agudeza, valentía y la velocidad de su cabalgadura.

El príncipe pasó otras dos casas, cuyos ocupantes habían muerto. Se detuvo en el jardín de la primera de ellas, dejó que el caballo comiera manzanas de un árbol y se guardó unas cuantas para él.

Los campos más allá de la segunda casa colindaban con un bosque de fresnos, robles y arces, el margen del bosque de Dunn. Las hojas de los árboles eran de color apagado, propio del inicio del otoño, aunque en aquella parte baja del valle aún no habían cambiado de color.

Al seguir por el bordillo de la parcela, Gaborn podía oler el aroma del cuero, de caballos forzados en extremo y de armaduras engrasadas. No obstante, todavía no había visto a nadie.

Dio con un sendero para los carros de los leñadores que se adentraba en el bosque, se detuvo ante los primeros árboles para asegurar la ventrera de la silla de

montar y prepararse para galopar a toda velocidad cuando súbitamente oyó un crujir de ramas.

Entre la hilera de árboles, a menos de doce metros de distancia, se erguía un gigante frowth. Una criatura enorme de pelaje amarillo leonado lo miraba fijamente con grandes ojos argentados intentando ver entre la niebla, quizá dudaba si Gaborn era amigo o enemigo. El bosque tamizaba los rayos del sol que daban a la cara del gigante un reflejo de luz dorada.

La criatura medía seis metros de alto y los hombros le medían casi dos. Una loriga le cubría la gruesa piel y sujetaba una pértiga de roble grande a modo de arma; el morro era mucho más largo que el de un caballo y tenía una boca llena de dientes afilados. Los gigantes frowth no poseían aspecto humano alguno.

Este sacudió una de las orejas, redondas y pequeñas para espantar una mosca y se inclinó hacia adelante esforzándose por ver a la vez que apartaba un árbol.

Gaborn sabía lo suficiente como para no hacer movimientos bruscos. Si lo hacía, el gigante sabría que era un enemigo. El hecho de que no hubiera atacado aún significaba que los batidores iban vestidos como él mismo, con ropa oscura, y montaban caballos de fuerza.

El gigante solamente quería oler a Gaborn, descubrir si era amigo o enemigo, pero este no olía a curri, ni a aceite de oliva, ni a algodón como los soldados de las fuerzas de Raj Ahten.

Fuera como fuese, en un instante el frowth iría en busca de Gaborn.

Este quería asestarle un golpe, pero la espada no atravesaría la gruesa loriga, no podría entablar un combate con el monstruo ya que no podía permitirse el lujo de que gritara advirtiendo a los demás, y una flecha no lo mataría lo suficientemente rápido.

No, lo mejor sería dejar que se acercara lo suficiente para olfatear y, así, Gaborn desenvainaría la espada y lo degollaría casi al instante y en silencio.

—Amigo —murmuró Gaborn, de manera tranquilizadora.

Soltó las riendas del caballo conforme se acercaba el gigante, también el arco. Este se apoyó sobre la pértiga algo receloso y se inclinó hacia delante, olfateó a unos seis metros de distancia. Lejos, demasiado lejos.

Entonces se acercó medio metro más y olfateó de nuevo. Los gigantes frowth no poseían un sentido del olfato muy agudo. La distancia entre los ojos debía de ser de unos sesenta centímetros; arrugó la ancha nariz mientras olía.

Gaborn percibió el olor a carne putrefacta en el aliento del monstruo y observó el pelo salpicado de sangre seca; había comido carroña hacía poco.

De nuevo, el gigante dio otro paso y Gaborn se acercó pausadamente emitiendo sonidos graves como si fuera un soldado aliado intentando hacerse el valiente.

El tamaño de la bestia lo tenía sobrecogido: en comparación no soy nada, nada, me levantaría como a un cachorrillo. Las zarpas de la bestia medían casi lo mismo que el cuerpo de Gaborn, o sea, que no importaba que este fuera un señor de las runas, puesto que aquellas enormes garras podían quebrarle los huesos y desgarrarle

los músculos.

Los plateados ojos se acercaron aún más, eran tan grandes como platos, aunque la garganta no la tenía a tiro... Demasiado lejos para embestirlo. Vaya, no te tires a por la garganta sino a por los ojos. Aquellos enormes ojos no contaban con la protección de la gruesa piel.

La criatura era vieja, bajo el pelo de la cara tenía muchas cicatrices. Uno de los más ancianos, de los que cruzaron por el norte; una criatura venerable. Gaborn deseó en aquel momento conocer la lengua de los gigantes para poder sobornarlo de alguna manera.

El gigante se arrodilló hacia delante y olfateó nuevamente, abrió mucho los ojos, sorprendido.

Gaborn desenfundó la espada y arremetió contra el gigante hendiendo la cuchilla, la cual, al chocar contra el ojo del gigante, se desvió y penetró en la cuenca y se hundió en el cerebro del monstruo. Gaborn arrancó el arma y saltó a un lado haciéndole un corte mientras se soltaba. No estaba preparado para la cantidad de sangre que comenzó a brotar a raudales de la herida.

El gigante osciló hacia atrás mientras se tapaba el ojo y en aquel instante se quedó boquiabierto. Después se irguió mucho, se tambaleó, dio un paso a la izquierda y alzó el morro hacia el cielo.

Aunque moría, el gigante consiguió bramar, con lo cual advertía a los otros. Un aullido ensordecedor hizo temblar el bosque y Gaborn sintió como del norte, del sur y del oeste, de todas partes, otros gigantes proferían rugidos de respuesta.

## Capítulo 5



*En el torreón de los Consagrados.*

**A** los pies del castillo de Sylvarresta esa noche la ciudad estaba tranquila, callada. Durante todo el día, una ingente cantidad de comerciantes del sur, más de los habituales, había ido llegando con caravanas que contenían especias y tintes, marfil y telas preciados de Indhopal.

Los pabellones de seda brillante adornaban las zonas verdes delante del castillo, las lámparas que colgaban en las tiendas las hacían resplandecer como joyas multicolor (jades, esmeraldas, topacios y zafiros).

Desde la oscura y amenazadora muralla del castillo todo aparentaba una vista bella aunque incómoda.

La guardia apostada en la muralla sabía que el «mercader de especias» había sido liberado tras el pago del rescate demasiado deprisa, el exorbitante precio impuesto por el rey había sido aceptado sin rechistar. Seguramente los mercaderes no estaban satisfechos con esto y andaban escasos de paciencia, se temía que los indhopaleses se sublevaran.

Además de las caravanas de mulas y caballos, algo más había entrado en la ciudad, algo nuevo y maravilloso nunca visto en todos los siglos que los comerciantes llevaban viajando desde Indhopal: elefantes, catorce elefantes blancos, y uno de ellos marcado con las runas del poder. Los elefantes vestían coloridas esteras de seda, cuentas, oro y perlas; riendas de adorno y doseles de seda a la espalda.

El propietario, un tuerto de barba entrecana, afirmaba que los había traído como una curiosidad, aunque en el castillo de Sylvarresta sabían que a los elefantes de fuerza de Indhopal a menudo se les colocaban armaduras y se utilizaban como arietes contra las puertas de los castillos. Asimismo, los mercaderes iban acompañados por demasiados «centinelas» contratados para custodiar las caravanas.

—Sí, claro —dirían ellos al tiempo que apretaban las manos debajo de la barbilla y saludaban—. Este año la situación de los bandidos en las colinas es bastante fea, ¡casi tan mala como los reaver en las montañas!

Efectivamente, había sido un año de plusmarca para los reaver, ya que habían

sido la plaga de las cordilleras fronterizas del sur, en Fleeds, y del oeste, en Orwynne. Los soldados de Sylvarresta habían encontrado huellas en el bosque de Dunn la primavera anterior, las primeras que se observaban en treinta años.

Así pues los habitantes de Heredon estaban dispuestos a hacer la vista gorda respecto a las hordas de centinelas en las caravanas y pocos de ellos, excepto el rey Sylvarresta y su ejército, se preocupaban por la presencia de los elefantes.

Tras la puesta de sol sopló un viento fresco y la neblina procedente del río comenzaba a enturbiar el ambiente, niebla que acorralaba la ciudad y reptaba sigilosamente hacia los parapetos de la muralla exterior.

No había luna alumbrando el firmamento, solamente estrellas, eternas diademas brillando en los campos de la noche.

No es de sorprender que los asesinos superaran la muralla exterior sin ser descubiertos, quizá entraron en la ciudad durante el día posando como mercaderes y luego se habían escondido en algún palomar o alguna cuadra de las grandes fincas. O a lo mejor, durante la escalada aprovecharon las espirales de neblina que parecían jugar entre las almenas como zarcillos.

Tampoco era sorprendente que un centinela solitario apostado en el torreón del Rey observara las siluetas oscuras que, como arañas negras, trepaban la muralla por el paseo de los Mantequeros.

El rey había reforzado la vigilancia en esa dirección y, en efecto, ojos vigilaban desde las aspilleras en cada una de las torres.

No era nada sorprendente que los asesinos intentaran la escalada por la noche. Sin embargo, hasta la guardia estaba asombrada de lo veloces, lo silenciosos y lo certeros que eran. Solamente hombres con dones de metabolismo podían moverse así de rápido; tanto, que si uno parpadeaba, dudaba de haberlos visto. Aceptar esos dones era prácticamente un suicidio: el don les permitía moverse el doble de rápido que un hombre normal, pero también aceleraba el proceso de envejecimiento en esa medida.

A pesar de ello, *sir* Millman, el oteador del rey, observó la escalada, calculando que aquellos asesinos se desplazaban a una velocidad tres veces superior a la media humana; hombres con tal don estarían decrépitos en diez años y muertos en quince.

Y únicamente hombres con fuerza sobrehumana podían escalar esas murallas, aferrándose con los dedos de manos y pies a las hendiduras de la piedra. *Sir* Millman no sabía aventurar cuántos dones de fuerza tenía cada asesino.

Los estuvo observando desde el interior del torreón del Rey, Millman poseía el don de vista de siete hombres y estaba más que capacitado para ocupar el cargo. Ahora llamaba suavemente a la puerta de los aposentos del rey.

—Milord, han llegado nuestros invitados.

El rey Sylvarresta había estado sentado en el sillón de lectura favorito de su padre, de espalda a la pared, inspeccionando el tomo del emir Owatt de Tuulistan e intentando descifrar cuáles de las tácticas bélicas de Raj Ahten eran las más originales, por las que mataría para mantenerlas en secreto.

En aquel instante, Sylvarresta apagó la lámpara, se dirigió al mirador y miró a través de uno de los cristales transparentes de las vidrieras. La ventana era tan antigua que el vidrio estaba completamente deformado, derretido como trozos de mantequilla.

Los asesinos acababan de alcanzar la última muralla de defensa del castillo, la del torreón de los Consagrados, donde vivían aquellos que habían concedido dones a la dinastía de los Sylvarresta que tanto la familia real como los soldados utilizaban.

Entonces los asesinos de Raj Ahten habían venido a destruir a los consagrados de Sylvarresta, asesinar sus mentes y minar la fuerza y vitalidad de las tropas del rey.

*¡Qué hazaña más infame!* Los consagrados no podían defenderse por sí mismos, grandes hombres que habían cedido su inteligencia que ya no distinguían entre la mano derecha y la izquierda; los que habían cedido la fuerza física estaban encamados como bebés, demasiado débiles para salir de la cama. *¡Matarlos era de cobardes!*

Sin embargo, desgraciadamente y demasiado frecuentemente, era la manera más fácil de asediar a un señor de las runas. Al asesinar a los que constantemente alimentaban la fuerza de los señores y de sus ayudas, el noble se veía privado de sus poderes, lo que lo convertía en un plebeyo.

Como el ataque ya estaba en marcha, Sylvarresta contaba con poco tiempo para organizar su defensa. Apenas había anochecido, el aceite hirviendo se había arrastrado hasta el parapeto interno de la muralla y, aunque los tres habituales que componían el turno de guardia hacían su ronda, había otra docena agachados detrás de las almenas y escondidos.

Aun así, había que dar el aviso a los defensores, por lo que las torres estaban a cargo de los arqueros, para poder advertir a los soldados ocultos en la ciudad y que estos cortaran la retirada a los asesinos.

Detrás de la vidriera, el rey observaba que los asesinos alcanzaban el punto medio de la pared del torreón y, en ese momento, abrió la ventana y dio un silbido grave y estridente.

Al unísono, los soldados del castillo se levantaron y derramaron el aceite por las paredes del torreón, tiraron las enormes calderas de hierro conforme las vaciaban. El aceite no tuvo el efecto deseado porque desde el anochecer se había enfriado demasiado. A pesar de ello, los asesinos gritaron consternados ante las quemaduras, algunos hasta cayeron en picado a causa de las calderas; pero más de veinte seguían subiendo la muralla, ligeros como lagartijas.

Los guardias en lo alto del torreón de los Consagrados desenfundaron las espadas y empuñaron las picas. Desde el torreón del Rey, a unos cien metros de distancia, los arqueros dejaron llover las flechas. Algunos adversarios más se desplomaron, pero los caballeros de Raj Ahten eran sobrecogedoramente veloces y espantosamente resueltos.

El rey Sylvarresta pensó que los asesinos huirían al encontrar cierta resistencia,

aunque, en vez de ello, se desplazaron más rápidos y alcanzaron el adarve, donde les entorpeció el paso una alambrada espinosa.

Los soldados pegaron hachazos a los asesinos y otra docena de ellos cayeron en picado desde la torre de la esquina. A pesar de ello, siete de los asesinos alcanzaron la torre, donde comenzaron a utilizar su increíble destreza luchadora: se movían con tanta celeridad que los hombres de Sylvarresta no podían defenderse, aunque consiguieron librarse de otros cuatro; pero no sin haber perdido a unos doce de los suyos en la refriega.

Los tres asesinos restantes se lanzaron por los escalones hacia el interior del torreón de los Consagrados (justo cuando los piqueros del rey salían a toda prisa del cuarto de la guardia debajo del rastrillo). Los asaltantes hicieron caso omiso de los defensores, en vez de ello, se precipitaron hacia la verja de hierro que protegía una de las puertas bajas del salón de los Consagrados. Aunque la puerta estaba asegurada con una pesada barra de hierro, dos de los asesinos asieron la barra y tiraron de ella, la arrancaron de la pared y consiguieron soltar cien kilos de piedra fijada con mortero.

El tercer asesino se encaró con los piqueros, listo para defenderse. Aunque estos no eran soldados cualesquiera.

El capitán Derrow y el capitán Ault se aproximaron, hombro con hombro, desenfrenadamente. Ault asestó una estocada fulminante a la cabeza de su contrincante, pero el asesino esquivó el golpe y con un serpenteo de la corta espada que llevaba le propinó una estocada a Ault en la mano enguantada. Era este un monstruo en oscuro, vestido de negro, de asombrosa velocidad: zigzagueaba de lado a lado mientras alternaba el apoyo tan rápidamente que un plebeyo no podría haberle propinado un golpe. Entonces, desenfundó un segundo puñal y giró al mortífero estilo de las armas danzantes.

En aquel instante, la puerta del torreón chirrió como si agonizara; los dos asesinos tiraron de ella y la abrieron, uno de ellos se abalanzó hacia dentro.

El capitán Derrow blandió la pica como si de un hacha se tratara y asestó un golpe al que quedaba junto a la puerta.

El que montaba guardia se agachó. Ault, habiendo anticipado tal movimiento se lanzó sobre aquel y le clavó la pica en el torso violentamente, lo levantó a pulso y lo arrojó hacia un lado. Ault dejó la pica a un lado y desenvainó una daga larga con la cual se introdujo rápidamente en el torreón de los Consagrados.

En el interior, Ault descubrió que el asesino que quedaba en pie ya había degollado a los dos guardias apostados junto a la puerta, se había introducido en el salón y dado cuenta de cinco o seis consagrados que deberían haber estado en la cama. Incluso ahora, el asesino estaba arrodillado ante otra víctima con la cimitarra en la mano.

Ault lanzó la espada corta y alcanzó al asesino por la espalda certeramente. Si este hubiera sido un hombre corriente, se habría derrumbado. Si aquel mismo hubiera

sido un hombre enfurecido de gran resistencia, habría perdido los estribos.

Lo que hizo el asesino a continuación heló la sangre a Ault: se giró, todo vestido con un caftán negro, unos calzones de algodón negro y un pañuelo negro que le cubría la cara. En la oreja lucía un aro de oro. Observó a Ault detenidamente con la mirada rebotante de nefasto propósito.

A Ault le palpitaba fuerte el corazón, se preguntaba cuántos dones de resistencia poseería un hombre para no hacer caso a una espada clavada en la espalda.

En ese momento entraron precipitadamente una docena de soldados por la maltrecha puerta y llenaron el salón. Ault cogió el martillo de armas de un soldado muerto.

El asesino miró al capitán Ault a los ojos, levantó las manos y dijo con tosco acento:

—Bárbaros, sabed esto: ¡así como esta marea de hombres arremete contra mí, los invencibles de mi señor serán vuestro azote!

Los Invencibles de Raj Ahten eran tropas de élite (hombres de gran resistencia, al menos con un don de metabolismo cada uno). El asesino hizo ademán de abalanzarse hacia ellos, pero Ault sabía que era gesto fingido. Habiendo entrado en el torreón, el asesino seguiría cumpliendo con su deber: el de asesinar a cuantos consagrados fuera posible.

Ault arremetió contra él martillo en mano, justo cuando el asesino se tiraba sobre las camas de los durmientes. El arma penetró el cuello del asesino.

—No cuentes con ello —dijo Ault.

En sus aposentos, el rey Sylvarresta notaba cómo morían sus consagrados ya que comenzó a perder los lazos mágicos que lo unían a ellos. Era una sensación nauseabunda, como una fría serpiente retorciéndosele en las tripas. Los que le habían cedido dones de inteligencia murieron y al rey le asaltó una sensación repentina de vacío como si compartimentos de la memoria se cerraran para siempre.

Nunca sabría lo que había perdido: recuerdos de amigos de la infancia o una comida en el bosque, recuerdos de estocadas importantes que había practicado una y otra vez con su padre, o la perfecta puesta de sol, o un beso de su esposa.

Únicamente fue consciente de estar hendido, las puertas de la memoria se cerraban de golpe y las persianas de las ventanas caían. En la mente de Sylvarresta sobrevino un grave momento de oscuridad, una aguda sensación de pérdida.

Mientras descendía la escalera corriendo para defender a sus consagrados él mismo si era necesario, sintió cómo lo envolvían las tinieblas.

Un minuto más tarde, el rey llegaba al patio de los consagrados y contaba las bajas; diez soldados y cinco consagrados muertos, cinco guardias heridos.

Al examinar los cuerpos de los asesinos muyyatines se fijó en que habían sido formidables contrincantes. El líder, abatido por Ault, llevaba la marca de más de setenta runas en la piel; con tantos dones debería de haber ocupado el puesto de



capitán entre los invencibles. Muchos de los otros tenían veinte runas o más, lo cual los igualaba al capitán Derrow.

Cinco de los consagrados del rey yacían inertes: dos hombres que habían cedido su inteligencia a Sylvarresta y otros dos la vista al oteador real. Sylvarresta suponía que los ciegos habían estado sentados frente a la chimenea contando historietas y que las voces habían atraído a los otros bobos.

Sylvarresta se consideró afortunado al terminar de calcular las bajas, podía haber sido peor. Si los asesinos se hubieran adentrado más en el torreón, el resultado habría sido devastador.

No obstante, el rey no tenía más remedio que plantearse la pérdida. La inteligencia de cinco hombres suponía un cuarenta por ciento de todos sus recuerdos, años de estudio; de lo que poseía hacía cinco minutos, *¿qué necesitaría en los días venideros?*

*¿Es este ataque precursor del conflicto para el año próximo?*, se preguntaba ante tanto muerto.

*¿Habrá Raj Ahten despachado asesinos para atacar todos los reinos del norte y así debilitarlos? ¿O es parte de un plan algo más osado?*

La lectura del libro del emir lo había preocupado, Raj Ahten apenas se molestaba con simulacros. En vez de ello, escogía la fortaleza objetivo y arremetía violentamente, aturdiendo a los ocupantes; luego aseguraba posiciones antes de seguir avanzando. A Sylvarresta le extrañaba que Raj Ahten hubiera escogido Heredon ya que no era el vecino más próximo ni el dominio menos inexorable entre los del norte. Sin embargo, el rey recordó la partida de ajedrez tantos años atrás y la forma en que Ahten se esforzaba por controlar hasta las esquinas más alejadas del tablero. Aunque Heredon estaba situado al borde del tablero, las consecuencias que ocasionaría la derrota de este serían asoladoras, puesto que Raj Ahten podía hacerse con el país del norte, obligando a Fleeds y a Mysterria a defenderse por el frente norte y por el sur. Asimismo, Heredon no era un reino pobre: los herreros de Sylvarresta fabricaban las mejores armas y armaduras de Rofehavan y el país contaba con ganado para alimentarse, ovejas que daban lana, madera para construir fortificaciones y maquinaria bélica; también era rico en vasallos que proporcionarían dones.

Raj Ahten necesitaría todo esto para tomar el norte.

Mi esposa es su prima, recordó Sylvarresta, quizá imagina que ella representa una amenaza. Los Elementos lo sabían, Venetta Sylvarresta hubiera apuñalado a Raj Ahten mientras dormía hacía muchos años si se hubiera presentado la ocasión.

*¿Forma esto parte de un plan más global?*, pensó el rey preocupado. IncurSIONES como esta podían estar dándose en todos los castillos de Rofehavan. Si todos los asesinos atacaban a la vez, Sylvarresta no tendría tiempo de avisar a los demás reyes.

Se frotó los ojos, tanta especulación lo confundía.

## *Segundo Libro*

---

*Vigésima jornada del mes de la cosecha*



Un día de sacrificios

## Capítulo 6



### *Recordando sonrisas.*

**E**n el bosque de Dunn, el príncipe Gaborn cabalgaba sigilosamente a la luz de las estrellas evitando el paso por los estrechos barrancos y las zonas más oscuras donde podían congregarse seres tumularios.

Los árboles por encima de su cabeza eran cosas retorcidas cuyos miembros estaban medio desnudos; el viento nocturno mecía las amarillas hojas de los abedules. La alfombra de hojas que pisaban los cascos del caballo era mullida y exuberante, con lo que el desplazamiento resultaba silencioso.

Al poco de anochecer, la niebla producida por brujería había comenzado a disiparse. Raj Ahten ya no necesitaba tal neblina para ocultarse. Al contrario, ahora las estrellas del firmamento brillaban con una claridad nada natural, quizá debido a algún encantamiento de los tejedores de llamas de aquel, acumulando luminosidad para que el ejército del Señor de los Lobos pudiera avanzar por el bosque.

Gaborn llevaba horas circunnavegando las tropas de Raj Ahten, eludiendo algún que otro perseguidor, y ya había matado a otros dos gigantes frowth y abatido con flechas a uno de los batidores sin desmontar; aunque llevaba tres horas sin rastro de perseguidores.

Al cabalgar, Gaborn se maravillaba ante el bosque de Dunn, se trataba de un bosque viejo, un raro lugar se mirara por donde se mirara. Se contaba que el nacimiento del río Wye era un lugar mágico en cuyas charcas profundas vivían esturiones de trescientos años de edad tan sabios como cualquier sabio.

No era esto lo que más asombraba a Gaborn, sino la legendaria afinidad del bosque por lo «correcto» y la «ley». Muy pocos forajidos se habían internado en el bosque salvo Edmon Tillerman, quien entró allí como malhechor, un enajenado que tomó dones de fuerza e inteligencia de los osos, hasta convertirse en una criatura del bosque. Según la leyenda, dejó de robar y, con el tiempo, se transformó en héroe (vengaba a pobres campesinos injuriados por otros forajidos, velaba por los seres del bosque).

Existían anécdotas aún más curiosas: una anciana asesinada siglos atrás y

enterrada bajo un montón de hojas en el bosque de Dunn que más tarde se convirtió en criatura de madera y palo, y se dedicó a la busca y captura de sus asesinos.

O si no, los «hombres de piedra», gigantes que algunos decían que rondaban los bosques, seres que a veces se acercaban a los lindes y miraban fijamente hacia el sur.

Hubo una época, hacía cientos de años, cuando el bosque apreciaba al hombre más que ahora. Un tiempo en que los hombres podían cruzarlo tranquilamente. En la actualidad, se daba cierto silencio, cierta pesadez que invadía el ambiente entre los árboles como si el bosque mismo estuviera indignado y se planteara el vengarse de tanto indeseable. Con seguridad, el calor de los tejedores, los cascos de hierro de los caballos, la masa de hombres y gigantes causarían daños al bosque.

Esa noche los búhos callaban y, en dos ocasiones, Gaborn había divisado enormes ciervos brincando entre los árboles, sacudiendo las colosales astas de un lado a otro a modo de preparación para el combate.

A mano derecha, marchaban los ejércitos, y cierta sensación de estremecimiento ante la inminente tormenta que impregnaba el bosque.

Durante largas horas, Gaborn cabalgó entre los árboles sintiendo un pesar que se acrecentaba en su corazón, cierta somnolencia que le embotaba la mente. Un cansancio suave y biológico, como el inducido por el vino dulce sentado al lado del hogar o el sueño dopado del que toma el brebaje del herbolario hecho con pétalos de amapola.

Los párpados comenzaron a pesarle y, mientras subía una cresta, rodeaba una cima y descendía a un valle donde zarzas y ramas entorpecían el paso, echó una cabezadita. Se enfureció y desenfundó la espada con la idea de despejar el camino a tajo limpio, pero al oír voces maldiciendo un poco más adelante y sentir la presencia de un hombre con armadura haciendo justo eso en la misma zona, se detuvo.

Se percató del peligro casi demasiado tarde. Sin fijarse, había dado un giro de ciento ochenta grados.

*Los árboles*, se preguntó si ellos lo habrían conducido a aquel trance.

Entre las tinieblas del bosque, Gaborn se quedó parado y vislumbró las patrullas de Raj Ahten: unos doce exploradores se abrían paso a sablazos entre la maleza mientras él permanecía totalmente inmóvil; pasaron de largo en la oscuridad. Gaborn ni siquiera se atrevió a respirar.

Frenó al caballo con fuerza y respiró hondamente. Durante largo rato intentó centrar la mente. Vengo en paz, quería decir al bosque, no quiero haceros daño.

Necesitó todo su aplomo simplemente para permanecer montado y no salir galopando precipitadamente hacia la boca del lobo. La frente comenzó a sudarle, le temblaban las manos y la respiración se le entrecortaba.

Soy amigo, deseaba decir, sentidme, ponedme a prueba. Durante un buen rato, intentó abrirse de cuerpo y alma para comunicarse con el bosque. El pensamiento se le enredaba en la mente asiéndolo, buscándolo, como una raíz se agarra a la piedra, percibía el pesado poder de aquello. Los árboles lo secuestraron, se infiltraron en

cada rincón de su mente; recuerdos y miedos de infancia comenzaron a pasar ante sus ojos (indeseados fragmentos de sueños y fantasías de adolescencia), todas sus esperanzas, hazañas y anhelos.

Tras ello, lentamente, al igual que le había sobrevenido aquella sensación, los tentáculos del pensamiento se retiraron.

—No me deseéis mal alguno —susurró Gaborn a los árboles cuando por fin pudo hablar—. Vuestros enemigos son mis enemigos. Dejadme pasar a salvo para derrotarlos.

Luego de muchas palpitaciones, la pesadez que lo envolvía pareció aliviarse. Gaborn dejó que la mente vagara y soñara aunque con su resistencia no necesitaba dormir.

Pensó en lo que lo atrajo al norte, anhelaba ver a Iome Sylvarresta.

Gracias a un loco impulso, el año anterior había venido a Heredon en secreto a la cacería de otoño para comprobar si ella daba la talla. El rey Orden venía todos los años por Hostenfest, día que celebraba la festividad gloriosa de otoño en que mil seiscientos años antes Heredon Sylvarresta había atravesado a un reaver hechicero con una lanza allí en el bosque.

Así, cada año durante el mes de la cosecha, los nobles de Heredon cabalgaban por el bosque cazando jabalís gigantes, practicando la misma destreza con la lanza que se había utilizado a fin de vencer a los reaver.

Gaborn se unió a la cacería disfrazado como simple escudero entre el séquito de su padre. Todos los soldados sabían que vendría y, por supuesto, ninguno osó pronunciar su nombre en alto o delatarlo. Incluso el rey Sylvarresta, quien se había percatado de su presencia durante la cacería, no quiso decir nada, debido a sus exquisitos modales, hasta que Gaborn decidió revelarse.

Sí, Gaborn desempeñó las funciones de un escudero a las mil maravillas desde la perspectiva de un observador cualquiera: ayudó a los soldados a ponerse las armaduras para los torneos, por la noche durmió en las caballerizas de Sylvarresta, cuidó de los caballos y todos los bártulos durante toda esa semana de caza. También se sentó a la mesa en el gran salón durante el banquete que señalaba el fin de Hostenfest, aunque como simple escudero solamente pudo sentarse al fondo, apartado de los reyes, nobles y caballeros. Desde allí quedó embobado como si jamás hubiera comido en presencia de un rey forastero.

Fue mejor así, para poder observar a Iome a distancia, los provocativos ojos y cabellos oscuros de esta, el cutis perfecto. Su padre le había contado que era bella de cara y, recordando relatos de cosas que ella había dicho durante algunos años, Gaborn estaba convencido de que su alma también era hermosa.

Había sido muy bien educado en cuanto a etiqueta, pero en aquella cena aprendió algo sobre los hábitos del norte. En Mystarria la costumbre era lavarse las manos en una palangana de agua fría antes de comer, pero aquí en el norte se lavaban ambas manos y la cara con agua muy caliente. En el sur uno se secaba las manos en la

camisa, aquí había gruesas toallas que luego se dejaban sobre la rodilla a fin de utilizarlas como servilletas para limpiarse el pringue o sonarse la nariz.

En el sur ponían cuchillos sin filo y diminutos tenedores en la mesa ya que, en caso de producirse una pelea, nadie estaría adecuadamente armado; pero en el norte cada cual comía con cubiertos propios.

Lo más asqueroso era la diferencia en cuanto a la costumbre con los perros. Allí un caballero siempre arrojaba los huesos por encima del hombro derecho para alimentar a los perros y aquí a los perros los dejaban fuera, con lo que los huesos se amontonaban en el plato (un montón horroroso y nada civilizado) hasta que los niños que servían los retiraban.

Y hubo otra cosa que llamó la atención de Gaborn, aunque al principio pensó que se trataba de otra costumbre más en el norte y luego se percató de que era hábito de Iome. En todos los reinos que Gaborn conocía, los criados que servían no podían comer hasta que el rey y los invitados hubieran terminado; como los banquetes solían alargarse desde el mediodía hasta casi la medianoche (los juglares y bufones entretenían a los comensales entre plato y plato, también había juegos de habilidad), los criados no comían hasta entonces. Mientras el rey y los invitados comían, los niños miraban los pollos cebados y los dulces con ojos deseosos.

Gaborn comía ávidamente sin dejar nada en el plato (un gesto de respeto hacia el anfitrión), pero pronto observó que Iome dejaba un bocado o dos de comida en cada plato y aquel dudó si había errado. Estudió lo que hacía Iome: mientras la niña que le servía, de apenas unos nueve años, traía cada manjar se notaba el ansia en el rostro de esta.

Iome sonreía y daba las gracias, como si fuera un caballero o una dama confiriéndole un favor en vez de una simple criada; luego juzgaba si la niña consideraba el plato algo sabroso. Si a esta le gustaba, Iome dejaría restos en el plato y la muchacha los robaría del plato mientras regresaba a las cocinas.

Por tanto, Gaborn se sorprendió cuando Iome apenas tocó la perdiz rellena con salsa de naranja, pero se comió un plato entero de repollo frío y sazonado como si fuera un manjar.

Hasta que no llegaron al cuarto plato, Gaborn no cayó en la cuenta de que el niño que le servía, de cuatro años, había palidecido a ritmo constante ante la idea de que no probaría bocado hasta la medianoche.

Cuando el muchachito trajo una fuente con abundante ternera estofada con vino, cebolla y nueces, Gaborn la rechazó con un gesto de la mano y dejó que el niño se la llevara corriendo y picara un poco mientras seguía caliente.

Ante el asombro de Gaborn, el rey Sylvarresta se percató de ello y le lanzó una mirada severa, como si aquello hubiera sido un insulto. A Gaborn se le quedó grabado.

No obstante, cuando Iome hizo lo mismo apenas cinco segundos más tarde ignorante del error de Gaborn y la reacción de su padre, Sylvarresta, que mascaba la

ternera distraídamente, se dirigió a su hija en voz alta:

—¿No te gusta la comida, querida? Quizá podemos traer a los cocineros y castigarlos si te han ofendido.

Iome se sonrojó ante la broma.

—Esto... no, la comida es demasiado deliciosa, milord. Me temo que estoy algo llena, deberíamos felicitar a los cocineros, no reprenderlos.

El rey Sylvarresta se rio y lanzó un astuto guiño a Gaborn. Aunque este aún no había declarado sus intenciones aquel gesto decía: «Os parecéis, aprobaría la unión».

Pero Gaborn decidió que en realidad, con lo poco que había visto, él mismo no era digno de Iome. Los que estaban a su alrededor se dirigían a ella con un tono entre afectuoso y respetuoso que rozaba la veneración.

A pesar de que Iome tan solo tenía dieciséis años por aquel entonces, los que la conocían no solamente la adoraban, sino que la apreciaban muchísimo.

Cuando llegó la hora de marcharse de Heredon, el rey Orden condujo a su hijo a una audiencia privada con el rey Sylvarresta.

—Vaya, por fin has venido a visitar mis dominios —dijo este.

—Hubiera venido antes, pero me lo impedían los estudios —respondió Gaborn.

—Espero que vengas el año próximo —añadió Sylvarresta—, algo menos disfrazado.

—En efecto, milord —respondió Gaborn.

El corazón le latía fuerte al añadir:

—Me encantaría. Hay un asunto que me gustaría tratar con vos, milord.

El padre de Gaborn le tocó el codo indicando que guardara silencio, pero Sylvarresta simplemente se rio con ojos sabios y cómplices.

—El año próximo.

—Pero es un asunto importante —insistió Gaborn.

El rey Sylvarresta le dirigió una mirada de advertencia y dijo:

—Eres demasiado ansioso, jovencito. Vienes en busca de mi mayor tesoro, y puede que sea tuyo, pero no obligaré a mi hija respecto a este tema, deberás ganártela. El año que viene.

El invierno había sido largo y frío, gris y solitario. Resultaba curioso que Gaborn viniera al norte para conquistar el amor de una muchacha con la que nunca había hablado.

Mientras este meditaba, lo despertó el tañido de un arco seguido de la gran sensación abrasadora en el brazo derecho de una flecha rasgándole la piel.

Gaborn clavó los talones en los costados de su cabalgadura, la cual brincó hacia delante tan rápidamente que el impulso lo lanzó hacia atrás y apenas pudo aferrarse al caballo mientras este galopaba bajo los árboles.

Todo se oscureció, la mente de Gaborn bloqueó el dolor. No podía adivinar la procedencia del disparo ya que no había oído a nadie u oído nada que lo advirtiera.

Casi inmediatamente cruzó un grupo de árboles apiñados. Allí, un jinete, vestido

con cogulla oscura, tiraba el arco de montar y desenvainaba una cimitarra curva de la funda que le colgaba de la espalda. Al pasar por su lado, Gaborn solamente vio el destello frenético y asesino de los ojos del otro, y el filo de la barba de chivo entrecana.

A esto, el caballo de Gaborn pasó al galope por delante, de un salto esquivó un árbol caído, y se convirtió en una imagen borrosa bajo la luz de las estrellas. Gaborn se irguió en la silla, el dolor lo había mareado y notaba cómo la sangre fluía abundante de la profunda herida en el brazo. Unos siete centímetros hacia la izquierda y la flecha le hubiera perforado el pulmón.

A su espalda, el agresor aullaba como un lobo y comenzó a perseguirlo y, a su derecha, Gaborn oyó los aullidos de los perros en respuesta al otro, canes de guerra que encontrarían su rastro.

Durante una larga hora cabalgó por las colinas sin detenerse a contener la herida; había estado en la retaguardia del ejército intentando circunnavegar a los batidores y ahora intentaba eludir la persecución adelantándose al grueso por el oeste, internándose en lo más hondo del bosque.

Conforme se adentraba la luz, las estrellas iban atenuándose, como si las nubes en lo alto taparan el resplandor de estas, lo que dificultaba a Gaborn seguir los senderos.

De modo que, con la esperanza de que los perseguidores pensarán que había huido, Gaborn torció hacia donde se encontraba el grueso del ejército, derecho hacia el peligro, puesto que aún no había descubierto ni el número de soldados ni el tipo de contingente.

Cuando, de repente, salieron las estrellas de nuevo, oyó el ruido del ejército abajo en el bosque (el chascar de las ramas y pies calzados con metal caminando en la noche). El caballo descansaba sobre la cima de un barranco, al amparo de una gruta con vistas a un largo macizo de helechos más abajo.

A su espalda, los perros comenzaron a aullar en la distancia; habían descubierto su ardid.

Gaborn sentado muy recto sobre la silla escudriñaba la oscuridad bajo sus pies, estaba al frente del ejército. A una milla de distancia divisó un claro en el bosque, una amplia ciénaga, un lago helado en invierno cuyas aguas se habían evaporado en verano dejando solamente los juncos.

Allí, entre los juncos, Gaborn de repente observó una luz cuando los tejedores de Raj Ahten dejaban la protección de los pinos: cinco de ellos, desnudos excepto por las llamas rojas que les acariciaban la piel sin vello, cruzaban el pantano descaradamente.

Detrás de estos y a su alrededor, Gaborn vio otra cosa: unas criaturas que saltaban los juncos, sombras más oscuras que las de los pinos, más o menos con forma humana aunque a veces parecía que andaban a cuatro patas, apoyándose sobre los nudillos.

¿*Simios?*, se preguntó Gaborn. Ya había visto tales seres cuando los traían al



norte como curiosidades. El séquito de Raj Ahten estaba compuesto de gigantes frowth y tejedores de llamas, invencibles y canes de guerra. Gaborn imaginó que también sería posible conceder dones a los simios y convertirlos en guerreros.

Aunque su instinto le decía que estas criaturas no eran las que había visto alguna vez, estas eran más grandes. Quizá fueran nomen, seres de los cuales solamente hablaban las antiguas leyendas, o quizás algún nuevo terror de la tierra. Salían por miles de entre los árboles, una marea negra de cuerpos.

Entre ellos caminaban los gigantes, y los invencibles de Ahten los seguían a caballo vestidos con armaduras que resplandecían bajo las estrellas.

Algo más lejos hacia el oeste, los canes de guerra aullaban y gruñían mientras seguían el rastro de sangre de Gaborn. Este vislumbró uno de los perros en el sendero bajo la luz estelar, un enorme mastín con collar de hierro y una especie de pasamontañas de cuero que le protegía la cara y los ojos, el jefe de la manada. Seguramente poseería runas de poder que le permitían correr más velozmente y durante más tiempo que sus hermanos, olfatear la pista de Gaborn más fácilmente y tramar con la astucia supernatural de su raza.

Gaborn no tendría escapatoria si no mataba al líder; de la aljaba extrajo la última flecha. El can entrecano corría por el sendero a una velocidad increíble; al saltar entre los helechos, la cabeza y la espalda aparecían y desaparecían intermitentemente. Gracias a las runas de fuerza y metabolismo, tales animales podían recorrer kilómetros en cuestión de minutos.

Gaborn observó cómo avanzaba y calculó por dónde saldría de la espesura a sus pies. El mastín irrumpió entre los helechos a unos cien metros, gruñendo con rabia. Bajo las estrellas, la máscara le confería cierta apariencia esquelética.

La bestia se encontraba a unos cincuenta metros cuando Gaborn disparó la flecha que hizo diana en la máscara de cuero y rebotó en la cabeza.

El mastín aceleró el paso y Gaborn no tuvo tiempo de desenfundar la espada. Aquel saltó y Gaborn contempló las mandíbulas abrirse de par en par y la enorme muesca en la frente donde la flecha había atravesado el cuero y desgarrado la carne.

Gaborn echó el cuerpo hacia atrás en la silla de montar, el mastín brincó, se abalanzó sobre él y le rozó el pecho. Los pinchos del collar le rasgaron la ropa y le hirieron el torso.

El semental gimió atemorizado, saltó la cima de la colina y echó a correr entre los pinos mientras Gaborn se esforzaba por esquivar las ramas más bajas y no caerse del caballo.

El rocinante galopaba colina abajo por la ladera empinada y rocosa. Gaborn consiguió desenvainar la espada aunque las ramas le habían arrancado el arco.

*No lo necesito*, se dijo Gaborn intentando tranquilizarse. *Me he adelantado a las fuerzas de Raj Ahten y solamente necesito sacarles algo de ventaja.*

Espoleó al caballo para que corriera con ganas y alzó la espada, que centelleó en la noche.

Entre las montañas, el bosque ya no era tan espeso y por primera vez en horas podía probar la velocidad de la montura. Esta saltaba por un crestón de rocas cuando Gaborn oyó un gruñido bajo el codo izquierdo.

El mastín los había alcanzado de nuevo y corría debajo de los cascos del caballo.

—¡Patada! —gritó Gaborn y el caballo brincó y pegó una coza.

Se trataba de una maniobra que todos los caballos de caza de su padre habían aprendido y se utilizaba para apartar a los lobos o a los jabalís que arremetían contra las patas de las cabalgaduras.

El perro recibió un golpe con la herradura de hierro en todo el hocico y aulló al partírsele el cuello.

Pero en la cresta por encima de él, Gaborn percibió los ladridos y gruñidos de una docena de perros. Alzó la cabeza para mirar, batidores con mantos oscuros cabalgaban a rienda suelta detrás de los canes, y uno de aquellos se acercó el cuerno a los labios y sopló para atraer a sus compañeros a la cacería.

Demasiado cerca, estoy demasiado pegado al ejército, presintió Gaborn.

Aunque, por miedo a internarse demasiado entre los árboles viejos, Raj Ahten únicamente bordeaba la orilla del bosque de Dunn con buen motivo.

El otoño anterior, cuando Gaborn había por vez primera participado en una cacería con su padre y el rey Sylvarresta, unos cien hombres se sentaban en círculo alrededor de las hogueras, dándose un festín de castañas, venado fresco, champiñones, y vino dulce caliente. *Sir* Borenson y el capitán Derrow practicaban el manejo de la espada hipnotizando ambos al gentío con sus tácticas. Borenson era experto en el estilo bélico de armas danzantes y podía revolver una espada o un hacha con vertiginosas pautas de movimiento de forma que el contrincante casi nunca lograba esquivar la certera estocada. El capitán Derrow era un combatiente algo más considerado que elegía el momento idóneo para arremeter con una lanza y cortar a un hombre en cachitos con una precisión fascinante.

El padre de Gaborn y el rey Sylvarresta estaban jugando al ajedrez, sentados en el suelo junto a una lámpara, sin prestar atención al simulacro de combate cuando un lamento flotó entre los árboles, un sonido tan claramente extraño y espeluznante que le puso a Gaborn la piel de gallina, le congeló el cuerpo.

Borenson, Derrow, y unos cien criados se detuvieron al instante ante aquel sonido y alguien dijo:

—¡Alto! ¡Alto! ¡Que no se mueva nadie! —Puesto que todos sabían que era nefasto y peligroso atraer la atención de un tumulario.

Gaborn recordaba vívidamente cómo Borenson había sonreído mostrando los dientes de aquella manera suya tan mortífera, mientras permanecía de pie sudando y mirando hacia la ladera de la colina en el pequeño barranco fuera del campamento.

Se trataba de una imagen pálida y montada a caballo, un hombre solitario que gemía como un extraño viento que azotara los peñascos. El jinete irradiaba una luz de color gris.

A pesar de solo haberlo visto unos instantes, el corazón de Gaborn había palpitado aterrorizado ante aquella visión, la boca se le había secado y jadeaba.

Dirigió la mirada hacia donde se hallaba su padre para comprobar su reacción; tanto él como Sylvarresta seguían con la partida de ajedrez, sin molestarse en levantar la cabeza y mirar al tumulario.

El rey Orden movió el mago sobre el tablero comiéndose un peón, y dirigió la mirada hacia Gaborn. El rostro de este debería de haber palidecido como la muerte ya que su padre sonrió irónicamente y dijo:

—Gaborn, cálmate. El príncipe de Mystarria no necesita temer a los tumularios del bosque de Dunn. Aquí se nos permite el paso.

El rey Sylvarresta rio amargamente e intercambió una mirada sigilosa y reservada, como si ambos hombres compartieran un chiste entre ellos.

Gaborn había sentido que era cierto, que de alguna manera estaba protegido contra los tumularios. Antaño se contaba que el rey de Heredon dominaba el bosque y que todos los seres del mismo lo obedecían. Pero los monarcas de Heredon habían perdido su prestigio. No obstante, Gaborn se preguntaba si verdaderamente Sylvarresta tenía a los seres tumularios del bosque de Dunn a su mando.

Ahora, mientras los canes de guerra y los cazadores seguían su rastro, se la jugó a que fuera verdad; espoléó al caballo en dirección oeste y adentrándose en el bosque gritó:

—Espíritus del bosque, soy Gaborn Val Orden, príncipe de Mystarria, ¡os ruego que me protejáis!

Aun clamando amparo sabía que era en vano, al alma de los muertos no les importan los quehaceres de los mortales. Si Gaborn atraía su atención, únicamente intentarían que se reuniera con ellos en el más allá.

El caballo desempedrababa una larga cima camino abajo, al amparo de las ramas de unos enormes robles y derecho a un pantano, donde tuvo que vadear el agua salobre hasta alcanzar la otra orilla.

Gaborn no oyó lamentos aterradores cuando el caballo salió del agua al otro lado, sino solamente los gruñidos y chillidos de cientos de gigantescos puercos que se alejaban de él como si estuviera cazándolos. Sin quererlo, se había introducido entre una manada de jabalís salvajes. Una de las gigantescas bestias negras y peludas, tan grande como su caballo, le plantó cara durante unos instantes con los colmillos de marfil curvos como espadas, y Gaborn se imaginó que iba a ensartar a su cabalgadura como a un pincho. En el último momento, el jabalí se volvió y salió corriendo con el resto.

Gaborn aprovechó para tomar impulso con el caballo dando unas cuantas vueltas en círculo antes de exigirle más que nunca: saltó un biombo de juncos sobre un empinado dique y aterrizó a unos veinte metros donde había cierta profundidad, antes de salir nadando por la orilla más alejada.

Poco después de las doce del día siguiente, Gaborn dejaba atrás el bosque de Dunn, desaliñado y manchado de sangre. A su paso, avisó a los guardias de las puertas de la ciudad sobre el inminente ataque y al mostrarles el sello que lo identificaba como príncipe de Mystarria fue inmediatamente escoltado ante el rey Sylvarresta.

El rey recibió a Gaborn en el gran salón, donde ya se había reunido con sus consejeros. Gaborn se acercó a estrecharle las manos pero el rey lo detuvo con la mirada. Aunque aquel ya lo había conocido anteriormente, el rey parecía algo distante.

—Milord —dijo Gaborn con una ligera reverencia en reconocimiento a la superioridad del otro—. Os vengo a advertir sobre un ataque. Los ejércitos de Raj Ahten están al sur, en el bosque de Dunn, y se acercan aprisa, llegarán cuando caiga la noche.

Una expresión de preocupación e incertidumbre asaltó el rostro del rey, quien mirando al capitán Ault dijo:

—Preparaos para el sitio, rápido.

Muchos otros reyes hubieran delegado en sus capitanes el ocuparse de los detalles, pero Sylvarresta habló... con indecisión, le pareció a Gaborn, enumerando las órdenes como buscando la aprobación de Ault.

—Envía un destacamento por la ciudad que se asegure de que los tejados están preparados contra incendios. En cuanto a los mercaderes acampados en la puerta, mucho me temo que debemos hacerles la afrenta de confiscarles la mercancía. Pero no os enzarzáis en matanzas innecesarias; dejadles las cabalgaduras para que puedan volver a casa y suficientes provisiones para que no mueran de hambre por el camino. Ah, y mata a los elefantes en el exterior del castillo, no consentiré que se usen como ariete contra las puertas.

—Sí, milord —contestó Ault con el rostro empañado de preocupación.

Después saludó y salió aprisa.

Los preparativos comenzaron bastante precipitadamente y, en aquel momento, varios de los consejeros se retiraron de la sala. A Gaborn le daba la sensación de que algo no encajaba en absoluto.

Una vez que se hubieron marchado los consejeros, durante una incómoda pausa Sylvarresta examinó a Gaborn con ojos tristes y consternados.

—Te debo mucho, príncipe Orden. Ya sospechábamos algo así, pero esperábamos que no se nos echara encima hasta la primavera. Anoche fuimos víctimas de una incursión por parte de Raj Ahten. Los asesinos atacaron a los consagrados, pero estábamos sobre aviso y el daño no ha sido demasiado grave.

De repente, Gaborn entendió la frialdad de Sylvarresta, su incertidumbre, el rey no se acordaba de él.

Sylvarresta dijo:

—¡Encantado de conocerte, príncipe Orden!

Luego gritó por encima del hombro de Gaborn:

—Collin, prepara comida y un baño para el príncipe Orden, y ropa limpia. No podemos permitir que nuestros amigos deambulen vestidos con ropas ensangrentadas.

Gaborn se sintió agradecido ante el abrazo pues, en ese instante, lo invadió un pánico insoportable y necesitaba algo de apoyo.

*Si Sylvarresta no reconoce mi cara, pensó Gaborn, ¿qué más habrá olvidado? ¿Estrategia bélica? ¿Autodefensa?*

En efecto, por eso se habían reunido los consejeros del rey, para compartir conocimientos. Pero frente a un monstruo como Raj Ahten, *¿sería suficiente con esos recursos?*

## Capítulo 7



### *Los preparativos.*

**A**quella tarde el personal de Sylvarresta aún estaba preparándose para la batalla. La histeria inicial ante el inminente ataque (niños y campesinos gritando, las prisas locas mientras los ancianos y los enfermos evacuaban la ciudad) ya se había calmado. Ahora los agricultores y soldados vigilaban intranquilos la muralla exterior y, en las calles, habían levantado barricadas provisionales que les sirvieran de atrincheramiento. En cuatrocientos años de historia no se había juntado tanta gente en las murallas, algunos de los que no iban a luchar montaban guardia por simple curiosidad.

Cerdos, ganado, ovejas y pollos correteaban por las calles y los jardines, asustados y desorientados. Todos los animales del campo habían sido introducidos en tropel detrás de las murallas a fin de alimentar a los habitantes durante el asedio y negarle tal privilegio a las tropas de Raj Ahten.

Los mercaderes sureños habían huido de los trigales en el exterior del castillo en desbandada, se habían marchado con los pabellones de colores vivos y poco más.

Durante toda la tarde, las tropas de Raj Ahten comenzaron a apelotonarse en la cima de la colina sur al borde del bosque y las distintas fuerzas militares se agruparon. En un principio, los invencibles fueron los únicos en descubrirse, caballeros vestidos con oscuras armaduras de launas o de placas y casacas de color dorado y rojo. Sin embargo, se mantuvieron a la orilla del bosque para ocultar el número. Conforme se alargaba el día, los gigantes y los canes de guerra también se unieron a los soldados.

En aquel momento, la ciudad se encontraba prácticamente sitiada; nadie se atrevía a entrar o a salir aunque la maquinaria bélica de Raj Ahten todavía no había cruzado todo el bosque. En vez de eso, los soldados del sur se mantenían ocupados talando árboles para construir guarniciones.

Los defensores en las murallas del castillo estaban preparados: arqueros, piqueros, lanceros y artilleros. El rey había enviado mensajeros a los castillos vecinos para solicitar ayuda.

Mientras que el resto del castillo de Sylvarresta estaba listo para la batalla, en el torreón de los Consagrados (el sitio mejor protegido y más céntrico de la fortaleza) los preparativos aún estaban en curso.

Los muros del torreón resonaban de dolor cuando hombres y mujeres ofrecían dones a su rey. Doscientos criados y vasallos de Sylvarresta se habían reunido para ofrecer sus dones. Mientras que el mediador jefe del rey, Erin Hyde, preparaba los marcadores, dos de sus aprendices caminaban entre los voluntarios haciendo pruebas y buscando a los que tenían una fuerza, inteligencia, agilidad o resistencia que justificara la severidad y el coste que conllevaba la cesión de dones. Si un señor necesitaba fuerza, mejor que la consiguiera de quienes la poseían en abundancia.

Uno de los consejeros asesoraba a los que estaban suficientemente bien dotados con los adecuados atributos, ayudaba a los campesinos analfabetos a rellenar contratos que prometían protección y socorro de por vida en contraprestación por los dones.

Entre aquellos que se habían juntado para ceder sus dones deambulaban los consoladores, quienes confortaban a los amigos o familiares de los que pronto quedarían horrorosamente incapacitados.

Por último, en el patio se encontraban aquellos que habían cedido dones a su señor hacía ya tiempo. El torreón alojaba a unos mil quinientos consagrados, la mayoría de los cuales aún poseían la suficiente movilidad para observar las ceremonias de consagración.

Iome conocía bien a muchos de ellos, pues en bastantes ocasiones había ayudado a cuidar de los viejos consagrados: el ciego Carrock, uno de sus criados que había cedido la vista; Mordin a quien se le caía la baba, un joven brillante que cedió su inteligencia. Los sordos, los enfermos, los feos, aquellos casi encamados debido a su debilidad. Cientos y cientos de ellos, un ejército de tullidos.

En el centro de tal multitud en el patio del torreón, lord Sylvarresta, tan implacable como el sol y tan majestuoso como el firmamento plagado de estrellas, se sentaba sobre una roca gris en un océano de hierba, con las armas a mano, la mitad de la armadura puesta y el torso desnudo.

Aquellos que hacían cola para ceder dones estaban tumbados en catres a ras del suelo y esperaban a que Erin Hyde viniera con los hechizos y los marcadores.

Entre los que ya habían cedido sus dones se paseaban el médico jefe y el herbolario Binnesman. Este era bajito y encorvado, vestía ropajes verdes y tenía las manos manchadas de tierra debido a las tareas que desempeñaba. Siempre sonreía cuando hablaba con los nuevos consagrados y les ofrecía consuelo por un lado y el tufillo de aromas medicinales por otro.

En todos los rincones del castillo se requerían las habilidades de Binnesman. El poder de sus preparados de hierbas era legendario: el té de borraja, hisopo, albahaca y otras especias daba a los guerreros valor antes de la batalla, les infundía energía durante el conflicto y ayudaba a curar las heridas más tarde.

A pesar del hecho de que en las murallas lo necesitaban, su presencia en el patio era más apremiante puesto que la cesión de considerables dones podía ocasionar la muerte. Algún enorme bruto que cediera la fuerza a lord Sylvarresta podía después caer en redondo, quizá tan debilitado que durante unos segundos el corazón no le latiera. A aquellos que cedían dones de gallardía, que siempre habían sido ágiles, se les producía un acceso de convulsiones, se transformaban en una especie de tablero rígido, y los pulmones no podían relajarse lo suficiente para respirar.

De momento, Binnesman no podía subir a las murallas, tenía que mantener a los consagrados con vida. Sylvarresta solo se beneficiaría de los dones si el donante seguía vivo.

Iome misma había echado una mano con los preparativos, su días la observaba impasible desde las sombras de la cocina del torreón. En aquel momento, Iome estaba arrodillada frente al catre donde yacía la dama que había cuidado de ella desde su infancia. A pesar de ser una tarde fresca, esta, una mujer fornida llamada Dewynne, sudaba copiosamente, de los nervios. Los altos muros de la fortaleza los mantenía a todos en la sombra.

El padre de Iome habló con el poder de su voz atravesando el patio:

—Dewynne, ¿estás segura de que puedes hacerlo?

Dewynne le sonrió débilmente con la cara aterida por el miedo.

—Cada uno lucha como puede —susurró.

Iome detectó cariño en la voz de Dewynne, afecto por el rey Sylvarresta.

El mediador jefe, Erin Hyde, iba y venía entre esta y el rey mientras examinaba uno de los marcadores. La barra parecía un hierro de marcar animales hecha con metal de sangre rojizo y medía unos treinta centímetros, la runa forjada en la punta en forma de círculo era de dos centímetros y medio de diámetro. Hyde pegó la runa cuidadosamente al gordo brazo de Dewynne y comenzó a recitar el conjuro, con voz de tiple, con palabras que parecían más el trinar de un pájaro que algo pronunciado por un ser humano. Las palabras eran tan rápidas que Iome no distinguía unas de otras. Los mediadores lo llamaban la canción del poder, que junto con las runas forjadas en el marcador extraía los atributos del consagrado.

El símbolo de este marcador le recordaba a Iome un águila en pleno vuelo con una araña gigante sobresaliéndole del pico. Aun así, los trazos sinuosos de la runa eran de varios grosores y se retorcían en curiosos, aunque en apariencia normales, ángulos: era el símbolo de resistencia. Dewynne siempre había gozado de buena salud (nunca en su vida había enfermado). A partir de ahora, lord Sylvarresta necesitaría esa resistencia en el campo de batalla, máxime si lo herían de gravedad.

El mediador continuaba gorjeando con voz de tiple, pero súbitamente profirió un bramido gutural, sonido algo primitivo como la lava rusiente, como los leones rugiendo en la jungla.

La punta del marcador se encendió y el metal de sangre se transformó de apagado rosa oxidado a intenso blanco titanio.



Dewynne chilló:

—¡Ay! Por los Elementos, ¡duele!

Y se apartó de la runa candente. El sudor le corría por el cuerpo como si de una fiebre galopante se tratara y el dolor le desfiguraba el rostro; la mandíbula le temblaba y arqueaba la espalda separándola del colchón. En ese momento empezó a jadear y el sudor a brotarle de la cara.

Iome sujetó a la mujer y la empujó contra el camastro, la inmovilizó. Uno de los recios soldados de Sylvarresta agarró el brazo derecho de Dewynne a fin de que no pudiera separarlo del marcador y estropear el conjuro.

—¡Mira a mi padre! —exclamó Iome en un intento de distraer a Dewynne del dolor—. ¡Busca el amparo de tu señor! Él te protegerá, te quiere, mi padre siempre te ha querido, al igual que tú a él; te protegerá, continúa mirándolo.

Iome lanzó una mirada feroz al mediador para que se apartara y despejara el campo de visión de Dewynne.

—¡Ay! ¡Y yo que pensaba que dar a luz dolía! —Sollozó Dewynne.

No obstante, se volvió para mirar al rey Sylvarresta afectuosamente. Era algo necesario, era fundamental que recordara por qué tenía que padecer tal dolor. Era importante que deseara hacer esto, ceder su resistencia, más que nada en el mundo; y la única manera de que se concentrara en tal deseo era colocar el objeto de esa devoción ante sus ojos.

El rey Sylvarresta, un hombre robusto de unos treinta y cinco años, se sentaba en una piedra del patio con el pecho desnudo. El largo cabello color caoba le colgaba sobre los hombros y llevaba la barba ondulada arreglada con esmero. En ese instante, el armero intentaba convencerlo para que se pusiera el jubón interior preparándolo para la armadura completa, pero Sylvarresta debía dejar el torso al aire a fin de que el mediador pudiera aplicar las runas del poder.

Por un lado, Rodderman, el canciller del rey, exigía que lord Sylvarresta se subiera a las murallas y acrecentara el aplomo de su gente; por otro lado, Chamberlain Inglorians, el viejo sabio al servicio del rey, lo instaba a permanecer allí y aceptar cuantos dones fuera posible.

El rey Sylvarresta decidió quedarse. Dirigió la mirada hacia donde estaba Iome y la cruzó con la de Dewynne, aguantó el sufrimiento de la dama.

Por el momento, aquello era lo más trascendente. El rey se desentendió de los consejeros, del armero, del estrepitoso tumulto de una guerra inminente. En sus ojos había un amor infinito, una infinita tristeza; la mirada comunicaba a Dewynne que sabía lo que le estaba otorgando, que ella importaba. Iome sabía que su padre odiaba hacer esto, odiaba tener que chuparle la sangre a los demás para proteger a sus súbditos.

En ese instante se produjo un cambio en Dewynne, había alcanzado ese punto esencial de deseo, el momento en que las cualidades podían transmitirse. Los bramidos del mediador se convirtieron en gritos exigentes conforme se desataba la

fuerza del conjuro.

El metal blanco y candente de los marcadores comenzó a flamear y a retorcerse como una serpiente en las manos del mediador.

Dewynne aulló al sentir un dolor inimaginable. En su ser algo parecía haberse derrumbado, como si un peso aplastante la ahogase o como si estuviera apagada o hubiera empequeñecido.

El olor a pelo quemado y piel cauterizada se elevaba en espirales de humo.

Dewynne se revolvía intentando escabullirse, pero el sargento la sujetaba con una fuerza sobrehumana.

Esta se volvió a lord Sylvarresta con los dientes apretados, mordiéndose la punta de la lengua con lo que sangre y saliva le gotearon por la barbilla.

Iome imaginó en ese momento que en la expresión de aquella buena mujer distinguía todo el dolor del mundo.

Dewynne perdió el conocimiento, la resistencia la había abandonado tanto que ya no podía mantener los ojos abiertos y soportar las fatigas del día.

En lugar de ello, las runas de metal de sangre brillaban de blanco incandescente y vibraban. El mediador, un hombre de cara enjuta, nariz aguileña y perilla gris, inspeccionó la runa del poder fundida durante un instante. Los ojos de este reflejaban la luz del metal y, entonces, el aullido se tornó en canto jubiloso, triunfante.

Con las dos manos sostuvo el marcador sobre la cabeza mientras lo agitaba para dejar una estela de luz blanca en el aire, como la cola de un meteorito que no se apaga. El hilo de luz quedó suspendido en el aire, tangible. El mediador lo examinó detenidamente como si estuviera midiendo el ancho y el peso.

Comenzó un canto aflautado y corrió hacia Sylvarresta arrastrando el haz de luz. Todos permanecieron inmóviles, nadie se atrevía a acercarse a la luz por miedo a interrumpir el lazo forjado entre el señor y la consagrada.

El mediador hizo una reverencia a la vera del rey y colocó el metal blanco incandescente bajo el pecho de este. Los cantos se suavizaron, tornándose más persuasivos, y poco a poco el metal que sujetaba con la mano comenzó a desintegrarse, a desmenuzarse y a desaparecer en el aire como ceniza blanca, incluso mientras se desvanecía el cordón umbilical de luz.

Iome no había aceptado dones de sus vasallos desde que era una niña, con lo cual no recordaba qué tipo de sensación producían. Al igual que ceder un don ocasionaba un indescriptible dolor al donante, el receptor sentía una sensación de euforia indecible.

Los ojos de lord Sylvarresta se abrieron de par en par y comenzó a transpirar. Se trataba de una veta de emoción, casi un estremecimiento demente; los ojos resplandecieron de júbilo, y todas las arrugas del rostro y todos los músculos quedaron relajados.

Tuvo la decencia de no suspirar para no alardear mucho de placer.

Binnesman se apresuró al lado de Iome y se inclinó cerca de ella. El aliento le olía

a anís y la toga era una prenda verde oscuro tejida con una curiosa tela que parecía raíces machacadas. Desprendía un rico y limpio aroma a hierbas y especias que guardaba en los bolsillos y llevaba hierbas tejidas en el pelo. Aunque no era un hombre apuesto, con las mejillas regordetas y coloradas como manzanas, poseía cierto atractivo sexual. Iome no podía hallarse tan cerca de él y no sentirse excitada, una sensación bastante molesta. Binnesman era guardián de la tierra, un mago de tan grandes cualidades que su poder creativo tenía la tendencia de afectar a los que se encontraban a su lado, aunque no fuera un acto voluntario.

Con las manos sucias se arrodilló y le tomó el pulso a Dewynne en el cuello; el rostro se tornó sombrío.

—Maldito mediador inútil —farfulló entre dientes mientras se hurgaba el bolsillo de la toga manchada de barro.

—¿Qué sucede? —susurró Iome no queriendo arriesgarse a que la oyeran los demás.

—Hyde ha utilizado la versión scorrel de los cánticos, que agota las reservas de esta gente demasiado y espera que yo los pueda curar. Dewynne no duraría otra hora si yo no estuviera aquí, ¡y lo sabe!

Binnesman era un hombre amable y compasivo, la clase de hombre que recogía a los polluelos de gorrión caídos del nido o que curaba a las culebras que habían sido aplastadas por los carros de bueyes. Los ojos azul celeste bajo las tupidas cejas examinaban a Dewynne.

—¿Puedes salvarla? —preguntó Iome.

—A lo mejor, quizá. Pero dudo que pueda salvarlos a todos.

Con una inclinación de cabeza señaló a los otros consagrados que tumbados en las camas se debatían entre la vida y la muerte tras haber concedido sus dones.

—Ojalá vuestro padre hubiera contratado al mediador de la escuela de Weymouth el verano pasado.

Iome no sabía mucho acerca de las escuelas de mediadores. Los directores de las distintas escuelas que competían entre sí solían ser bastante vociferantes respecto a la superioridad de los respectivos centros y únicamente alguien que conociera bien los avances y experimentos de cada facultad podía juzgar cuál era la mejor según el día. Algunos directores sobresalían a la hora de procesar cierto tipo de dones. Hyde era un hombre magnífico para transmitir dones de oído y vista, cualidades que Sylvarresta consideraba muy valiosas en un reino forestal, aunque la labor de aquel en cuanto a dones principales (resistencia y metabolismo en particular) dejaba que desear en comparación. Por lo menos, al contrario que otros mediadores, no gastaba una fortuna en metal de sangre para realizar experimentos con perros o caballos.

Al fin Binnesman encontró algo en el bolsillo, extrajo una hoja fresca de alcanfor, la machacó entre los dedos y colocó cada mitad bajo los orificios nasales de Dewynne.

El sudor del labio superior las mantuvo pegadas.

Del mismo bolsillo sacó pétalos de lavanda, varias semillas pardas y otras hierbas y las aplicó al cuerpo sudoroso de Dewynne, algunas de ellas bajo los labios. Observarlo era toda una maravilla, el viejo hechicero solamente tenía dos bolsillos repletos de una abundante maraña de hierbas sueltas. Ni siquiera se molestaba en mirarse los bolsillos, parecía reconocer aquellas que quería mediante el tacto.

Iome miró hacia otro de los catres donde se hallaba el aprendiz del carnicero, un tosco muchacho de nombre Orín que esperaba tumbado su turno para ceder al rey su cualidad de fuerza física. Al verlo, tan valiente, tan amante de su señor y tan fuerte, casi se le parte el corazón. Si cedía ahora su don, pasaría el resto de su vida sin poder levantarse de la cama; no parecía justo privarlo de vitalidad cuando apenas había comenzado su andadura.

No obstante, el muchacho se enfrentaba a los mismos peligros que ella. Si Raj Ahten conquistaba Heredon, imaginaba que el sino de aquel sería mejor que el suyo. Si su padre resultaba muerto, la fuerza volvería al muchacho. Al ser incapaz de ofrecer ya más dones, podría volver a su oficio en paz. Mientras que, si Raj Ahten derrotaba a la dinastía de los Sylvarresta, *¿qué sería de Iome?, ¿torturas?, ¿la muerte?*

*No, el joven carnicero sabía lo que hacía, se dijo Iome: ha elegido juiciosamente.* Seguramente era la mejor opción disponible: al ceder sus dones al rey en tal momento, probablemente solo perdería un día prestando tan apreciado servicio.

—Apenas hay tiempo —masculló Binnesman mientras restregaba a Dewynne con barros curativos tocando los labios de esta.

La mujer comenzó a jadear, como si cada inhalación supusiera un gran esfuerzo, y Binnesman la ayudó haciendo presión en el pecho.

—¿Qué puedo hacer? —suplicó Iome, temerosa de que la dama de honor muriera allí mismo y todo hubiera sido en vano.

—Pues... Quitaos de en medio —replicó Binnesman con un tono raramente utilizado con los señores de las runas. Ah, casi se me olvida. Hay un joven que quiere veros, arriba. El príncipe de Mystarria.

Iome dirigió la mirada hacia el muro del torreón, una escalera de piedra conducía a la torre sur donde la maquinaria de combate estaba preparada para atacar la ciudad.

Allí arriba en lo alto de la torre podía ver a su dama de honor, Chemoise, haciéndole señas urgentes con la mano. Detrás de Chemoise, uno de los centinelas se paseaba de un lado a otro con su uniforme negro.

—No tengo tiempo para tonterías —dijo Iome.

—Ve a verlo —ordenó su padre a quince metros de distancia.

Había utilizado el don de voz, como si estuviera susurrándole al oído e incluso aquí en el patio con todo el ruido y el alboroto, oiría el comentario en voz baja.

—Sabes cuánto llevo esperando unir a nuestras dos familias.

Así que había venido a pedir su mano. Iome tenía la edad adecuada aunque no contaba con ningún pretendiente que diera la talla. Los hijos de un par de nobles de

menor rango querían casarse con ella, pero ninguno poseía bienes como los de su padre.

*Pero ¿le propondría matrimonio el príncipe Orden en ese momento? Hoy, ¿cuando el reino está a punto de ser atacado? No, no lo hará, solamente se excusará,* pensó Iome. *¡Menuda pérdida de tiempo!*

—Estoy muy ocupada —dijo Iome—, demasiadas cosas que hacer.

Su padre la miró fijamente, los ojos grises llenos de tristeza, era tan apuesto.

—Has estado trabajando durante horas. Necesitas descansar, tómate un respiro ahora. Ve y habla con él durante una hora.

Iome deseaba contradecirle, pero miró los ojos de su padre que le decían: «Ve y habla con él ahora. Nada de lo que hagas cambiará el combate que se avecina».

## Capítulo 8



### *Menos de una hora.*

**U**na hora no es suficiente para enamorarse, pero era lo único que tenían aquella fresca tarde de otoño.

En mejor ocasión, Iome habría agradecido incluso un corto rato a solas con un pretendiente. Durante el invierno pasado, su padre le había hablado sobre Gaborn, lo había elogiado mucho con la esperanza de que cuando este día llegara ella lo aceptaría de buena gana.

En circunstancias normales, Iome hubiera esperado enamorarse, habría preparado su corazón y cultivado sentimientos de amor. Pero en un día como este, cuando el reino de su padre estaba a punto de desmoronarse, reunirse con el hijo del rey Orden no tenía más sentido que el de satisfacer una curiosidad morbosa.

*¿Se habría enamorado de él?* De ser así, este encuentro solamente conseguiría apesadumbrarla como un recuerdo doloroso de lo que pudo haber sido.

Seguramente lo habría despreciado ya que, después de todo, se trataba de un Orden. A pesar de ello, estar casada con un hombre a quien odiaba parecía un pequeño inconveniente en comparación con lo que se avecinaba. En aquel momento era sumamente consciente de la deuda que su gente había contraído con Gaborn por su ayuda y, aunque no quería nada con él, decidió tratarlo cordialmente y sacar lo mejor del momento.

Conforme subía la escalinata de piedra para encontrarse con Gaborn, con su días siguiéndola de cerca y los pasos bisbiseando entre la anciana piedra, Chemoise descendió la mitad del camino.

—Os ha estado esperando —anunció Chemoise con una rígida sonrisa.

Aun así, los ojos de la joven reflejaban cierta emoción. Quizá Chemoise albergaba la esperanza de que Iome encontraría el amor; aquello le recordaba demasiado al amante que había perdido hacía un día. Chemoise había sido la compañera de juegos de Iome y esta conocía hasta el gesto más sutil de aquella. Al alzar la mirada, los rasgos de Chemoise se suavizaron y le brillaron los ojos; era evidente que estaba conforme con el príncipe.

Iome esbozó una sonrisa forzada, de todos los días en que podía observar entusiasmo en los ojos de la otra hoy parecía el menos adecuado. El día anterior se había encontrado confusa, conmocionada por la muerte de su amante, haciendo planes para el nonato y olvidándosele comer si Iome no le rogaba que probara bocado.

Justo entonces parecía que Chemoise no se daba cuenta de que estaban en pie de guerra, parecía tener el cerebro medio dormido. *Igual realmente no es consciente*, pensó Iome. *Es tan ingenua*. En una ocasión el sargento Dreys había bromeado diciendo:

—Chemoise cree que el combate con espadas es como trinchar la carne y que la única diferencia es que uno no termina comiéndose al adversario una vez que lo ha cortado en tajadas.

Chemoise cogió las manos de Iome y con urgencia ascendieron los escalones hasta quedar bajo los rayos del sol. Después de haber estado a la sombra refrescante del torreón, el calor del sol le producía una agradable sensación.

Cuando llegaron a lo alto, Chemoise señaló hacia el príncipe a modo de presentación.

—Princesa Iome Sylvarresta, tengo el honor de presentaros al príncipe Gaborn Val Orden.

Iome no miró al príncipe, sino por encima de las almenas. Chemoise salió disparada hacia el otro extremo de la torre, a unos cuarenta pasos, para dejar a Iome y al príncipe en la intimidad.

Ante la sorpresa de Iome, los jóvenes soldados que vigilaban las catapultas siguieron a Chemoise y les dejaron aún más espacio. Iome echó un vistazo a las catapultas y se fijó en los proyectiles de metal de las cestas. Estos dispositivos no se habían lanzado sobre invasor alguno anteriormente; la única vez que las había visto en uso había sido durante días festivos cuando su padre lanzaba panes, salchichas y clementinas a los campesinos por encima de la muralla del castillo.

La días de Iome se situó a unos doce pasos y dijo:

—Príncipe Orden, vuestro días se encuentra en compañía de vuestro padre por lo que actuaré en su lugar respecto a este fragmento de vuestra crónica.

Gaborn no respondió, aunque Iome oyó el frufú de la capa como si hubiera asentido con la cabeza.

Iome seguía sin mirar en dirección al príncipe y, en vez de hacerlo, se apresuró a cruzar al otro lado de la torre, se sentó sobre una almena y observó las tierras del reino de su padre vestidas de otoño.

Notó que temblaba un poco, no quería volverse hacía Gaborn, no se atrevía a mirarlo cara a cara. Después de todo, se trataba de un señor de las runas, el hijo de uno muy importante y seguramente sería indescritiblemente apuesto. No deseaba que las apariencias influenciaran sus impresiones por lo que miró en sentido contrario, más allá de la muralla del castillo.

No obstante, cuando Gaborn suspiró, apreciando la belleza de Iome, la hizo sonreír ligeramente; estaba segura de que habría visto mujeres de más encanto en el sur.

Se movió un viento liviano, una brisa que transportaba el aroma de los fogones de las cocinas desde el gran salón. Iome cambió de pose en su asiento, lo que hizo que trozos de piedra cayeran unos veinticinco metros en picado. Los gallos cacareaban en el crepúsculo y, entre las murallas exteriores del castillo, las vacas mugían llamando a los ordeñadores.

Los trigales se veían salpicados de casas de piedra con tejados de paja en el exterior del castillo y, desde allí, Iome divisaba varias aldeas al norte y al este por el río Wye; tanto los campos como las aldeas estaban totalmente desiertos.

Labradores, mercaderes y criados se habían unido a los soldados en las murallas del castillo, uniformados de negro y plata; muchachos y hombres estaban de pie preparados con arcos y lanzas, y algunos de los comerciantes locales se desplazaban sigilosamente por las murallas pregonando los pastelillos salados y el pollo, como si fuera la feria y todos estuvieran presenciando los torneos.

En la muralla exterior había carros, barriles y cajas amontonados contra las puertas de la ciudad. Si Raj Ahten conseguía derribarla, sus hombres quedarían atrapados en el patio de armas entre tanta bazofia, que los arqueros de su padre podrían infligir bastante daño.

Ya casi atardecía, los cuervos y las palomas volaban en círculos sobre los bosques de robles y fresnos en la zona sur. Las tropas de Raj Ahten interrumpían el posarse de los pájaros.

Las colinas a los pies de Iome parecían echar humo enfurecidas ya que bajo el toldo del bosque ardían hogueras bajas cuyas llamas resplandecían entre los árboles. Iome no podía atisbar el tamaño del ejército de Raj Ahten que se escondía allí, aunque había indicios de los invasores por doquier. Desde el bosque habían lanzado un globo sonda con forma de pterodáctilo que manejaban dos de los hombres de Ahten y que suspendieron en el aire a unos treinta metros de altura durante casi dos horas. A lo largo de las orillas del Wye, que se enrollaba como un ancho lazo por estos dominios, había dos mil caballos de guerra amarrados formando una oscura hilera. De ellos se encargaban unos cien caballeros y escuderos que parecían despreocupados ante la posibilidad de una acometida. Lanceros y peludos gigantes frowth montaban guardia. Desde lo hondo del bosque, Iome percibía el ruido de las hachas precipitándose sobre los árboles; los hombres de Raj Ahten cortaban madera para fabricar escalas de asalto y máquinas para el asedio. Efectivamente, cada uno o dos segundos, un árbol se estremecía y se venía abajo haciendo un agujero en la bóveda del bosque.

Tantos hombres, un ejército de tal envergadura procedente del sur; Iome seguía sorprendida de que no hubieran recibido noticias previas. El duque de Longmot debería haber avisado, debería haber estado al tanto de las maniobras. Siempre



quedaba la esperanza de que Raj Ahten hubiera logrado atravesar Longmot sin ser descubierto. Si eso era verdad, Longmot podía enviar a sus caballeros para socorrer al rey una vez tuvieran noticias del ataque. Sin embargo, el ambiente olía a traición e Iome se temía que Longmot no enviara ayuda alguna.

El príncipe Orden carraspeó a fin de llamar cortésmente la atención de Iome.

—Este encuentro debería haber sido algo más alegre —dijo con voz amable—, esperaba traer buenas noticias a vuestro reino, no avisos sobre una invasión.

*¡Como si la propuesta de matrimonio hubiera sido motivo de júbilo!* Iome sospechaba que sus súbditos más inteligentes habrían lamentado la unión, aunque apreciado la necesidad de una alianza entre Heredon y Mystarria, el reino más rico de Rofehavan.

—Os agradezco vuestro precipitado viaje —dijo Iome—. Es algo noble arriesgaros así.

El príncipe Orden se acercó a su lado y echó un vistazo por el borde de la torre.

—¿Cuánto tiempo pensáis que tardarán en organizar el ataque?

Sonaba algo desentendido, demasiado agotado para pensar, como si de un muchacho curioso fascinado ante la perspectiva de una batalla se tratara.

—Al amanecer —contestó Iome—, no quieren que nadie más huya del castillo así que atacarán pronto.

Al considerar la renombrada resistencia de las tropas de Raj Ahten (gigantes, hechiceros y legendarios espadachines), Iome sabía que seguramente el reino de su padre sucumbiría a la mañana siguiente.

Iome ojeó el contorno de la espalda de Gaborn por el rabillo del ojo: un joven que desarrollaría hombros anchos cuando creciera del todo, de pelo largo y oscuro, vestido con una capa de viaje limpia y azul, y un sable estrecho.

Entonces apartó la vista, no deseaba observar nada más. Hombros anchos como su padre, por supuesto que debe de ser despampanante. Después de todo, asume la elegancia de sus vasallos.

No como Iome: mientras que algunos señores de las runas tomaban dones de encanto de sus súbditos en demasía, apropiándose de cierto esplendor que ocultara un semblante imperfecto, Iome poseía afortunadamente una belleza natural. Cuando no era más que una niña, dos cortesanas hermosas se ofrecieron voluntarias para dotar a la princesa de sus encantos y los padres de Iome aceptaron. Sin embargo, cuando Iome tuvo edad suficiente para comprender lo que los dones habían supuesto para sus súbditas, rechazó cualquier otra ofrenda.

—Yo no me acercaría tanto al muro —advirtió Iome a Gaborn—. No querréis que os vean.

—¿Quién, Raj Ahten? —inquirió Gaborn—. ¿Y que vería? ¿A un joven hablando con una doncella en la torre?

—Raj Ahten cuenta con docenas de oteadores en sus cuadrillas. Seguro que reconocerían a una princesa al verla, y a un príncipe.

—Una princesa tan hermosa no sería difícil de reconocer —asintió Gaborn—, pero dudo que los secuaces de Raj Ahten se molestaran en mirarme dos veces.

—¿No lleváis el emblema de Orden? —preguntó Iome.

Si Gaborn creía que los hombres de Raj Ahten no reconocerían a un príncipe por su atuendo, no lo iba a contradecir. Aun así, se imaginó el bordado del caballero verde en la capa.

—Mejor que no os descubran entre estos muros.

Entre dientes, Gaborn soltó una risita amarga.

—Llevo puesta la capa de uno de vuestros soldados. No me delataré antes de que arribe mi padre. Si nos dejamos guiar por la historia, podría tratarse de un largo asedio. El castillo de Sylvarresta no ha sido derrotado en ochocientos años. Solamente debéis contener al enemigo durante tres días como mucho, ¡tres días!

El príncipe Orden parecía seguro de sí mismo y deseaba creerlo, creer que las fuerzas de su padre junto con las tropas del rey Orden podrían repeler a los gigantes y hechiceros de Raj Ahten. Orden daría la alarma y pediría socorro a los nobles de Heredon por el camino.

A pesar de los veinticinco metros de altura de las murallas exteriores del castillo, la profundidad del foso del castillo de Sylvarresta, los arqueros y ballesteros apostados en las murallas y los abrojos escondidos en los campos de hierba, la reputación de Raj Ahten era aterradora y derrotarlo era esperar demasiado.

—El rey Orden es un hombre práctico, ¿se personará? Sin duda no pondrá su vida en juego para proteger el castillo de Sylvarresta.

Gaborn se ofendió por el tono de Iome.

—Puede que sea pragmático para ciertas cosas, pero no en lo que respecta a los amigos. Además, luchar aquí es lo correcto.

Iome reflexionó.

—Ya veo, claro, ¿para qué luchar en casa y ver a los suyos sangrar y morir, los muros de su castillo desmoronarse cuando aquí podrían defenderse igual?

Gaborn casi aulló al replicar:

—Mi padre ha viajado aquí durante veinte años en Hostenfest. ¿No sabes la envidia que eso produce a otros? Podía haberse quedado en casa y celebrar allí las fiestas, pero siempre viene aquí. A veces visita a otros reyes por motivos políticos pero únicamente a uno nombra como «amigo».

Iome solamente tenía una ligera idea de lo que los otros monarcas opinaban de su propio padre. En apariencia nada bueno, pensaban que era un «tonto bondadoso». Al ser un señor vinculado por un juramento, había prometido no aceptar dones de sus vasallos salvo que fueran ofrecidos de forma voluntaria aunque podía haberlos comprado, muchos hombres hubieran vendido el uso de la vista o de la voz. Pero Sylvarresta no se rebajaría a comprar los atributos de otros, y mucho menos obligar a la cesión de dones o chantajear a alguien a cambio de los mismos. No era un Raj Ahten, no era un señor de los lobos.

Por otro lado, el padre de Gaborn era distinto. Orden era un «pragmatista» autoproclamado a la hora de aceptar dones. Un hombre que aceptaba los dones que se le ofrecían voluntariamente, pero que, de joven, también estuvo implicado en sospechosos actos de compra de dones. En opinión de Iome, rozaba algo más que el pragmatismo, alguno de dudosa moral. Un hombre que prosperaba demasiado ganándose la confianza de otros de menor rango, que compraba dones muy baratos y muy frecuentemente tanto para él como para sus soldados. En efecto, se contaba que personalmente el padre de Gaborn poseía más de cien dones.

A pesar de eso, Iome sabía que el padre de Gaborn, el rey Orden, no era como Raj Ahten. Nunca había forzado a un campesino a ceder sus dones, ni se había cobrado en especie la resistencia de ningún agricultor pobre en concepto de alquileres atrasados. Jamás habría seducido a una doncella y pedido a cambio sus dones al igual que su corazón.

—Disculpadme —dijo Iome—, no he sido justa con vuestro padre. Me encuentro alterada. Vuestro padre ha sido un buen amigo y un rey honrado con su gente. Pero tengo cierto miedo persistente de que utilice Heredon como escudo y cuando sucumbamos bajo el azote de Raj Ahten nos deje en la estacada y abandone el campo de batalla. Eso sería lo sensato.

—Entonces no conocéis a mi padre —dijo Gaborn—. Es un amigo de verdad.

Aún estaba dolido, pero su tono de voz anidaba tan fluidas notas de sinceridad que Iome se preguntó durante unos instantes cuántos dones de voz poseía Gaborn. Casi le preguntó cuántos mudos tenía a su servicio, segura de que serían una docena.

—Vuestro padre no arriesgará su vida para defendernos o ¿acaso no lo sabéis?

Gaborn dijo fríamente:

—Cumpliré con su deber.

—Ojalá no fuera así —murmuró Iome.

Casi involuntariamente agachó la vista hacia el torreón de los Consagrados, contra el muro al otro extremo estaba una de las bobas apestosas de su padre, una mujer cuya mente estaba tan desecada que ya no podía controlar los esfínteres. Uno de los ciegos la conducía al comedor y, juntos, zigzagueaban en torno a un tipo cuyo metabolismo se había decelerado tanto que solamente podía desplazarse a rastras de una sala a otra en el transcurso de un día entero. De hecho, era uno de los afortunados, pues aquellos que cedían el metabolismo simplemente caían en una especie de sueño hechizado del cual únicamente despertaban cuando el noble que poseía el don moría. Aquellas visiones le producían una sensación de rechazo.

Como señores de las runas, Iome y su familia habían heredado grandes favores de sus súbditos, pero a un precio terrible.

—Vuestra compasión os hace honor, princesa Sylvarresta, pero mi padre no se merece vuestro desafecto. Poco más que su pragmatismo ha protegido nuestros reinos contra Raj Ahten estos últimos doce años.

—Eso no es del todo cierto —replicó Iome—. Mi padre lleva años enviando

asesinos al sur. Muchos de nuestros guerreros más astutos han dado su vida, otros permanecen cautivos. El tiempo ganado lo ha sido en parte a cambio de la vida de nuestros mejores hombres.

—Desde luego —dijo Gaborn en un tono frívolo que insinuadamente restaba importancia a los esfuerzos del rey Orden.

Ella sabía que el padre de Gaborn llevaba décadas preparándose para esta guerra, había luchado más que ningún otro con el objetivo de derrocar a Raj Ahten. También se dio cuenta que había estado intentando incitarlo a discutir, pero Gaborn no poseía el carácter de su padre. Iome deseaba tenerle antipatía, convencerse de que bajo ninguna circunstancia sería capaz de amarlo.

Se sintió tentada a mirarlo aunque no se atrevía. *¿Y si su cara es reluciente como el sol?, ¿y si es indeciblemente hermoso? ¿Palparía su corazón entre las costillas como una palomilla nocturna batiendo las alas contra el cristal?*

A cierta distancia de las murallas del castillo comenzaba a oscurecer. El tono rosáceo de las hogueras en lo hondo del bosque a Iome le recordaba ascuas candentes: llamas rojas parpadeaban bajo las hojas doradas y escarlata. Los gigantes deambulaban a la orilla del bosque y, en el ocaso, uno casi podía confundirlos con pajares, así de peludas eran las cabezas y las espaldas doradas.

—Disculpadme por discutir —dijo Iome—, estoy de un humor de perros. No os merecéis que os trate tan severamente. Imagino que si quisiéramos luchar siempre podríamos bajar al campo de batalla y trinchar algunos de los pajarracos de Raj Ahten.

—¿Sin duda vos no lucharéis? —preguntó Gaborn—. ¡Prometedme que no! Los espadachines de Raj Ahten no son unos plebeyos.

Iome sintió la tentación de reírse ante la idea de entrar en combate. Bajo la falda y atada a la pierna llevaba una pequeña daga, como toda dama de su condición, y sabía cómo utilizarla aunque no era una experta con la espada. Pero decidió pinchar al príncipe una vez más.

—¿Y por qué no? —preguntó exigente y solo bromeando a medias—. En las murallas hay agricultores y mercaderes que aprecian la vida lo mismo que nosotros, únicamente poseen los dones que recibieron de sus madres al nacer. Mientras, yo poseo dones de inteligencia, agilidad y resistencia para defenderme. Puede que mis brazos no tengan la fuerza suficiente para llevar una espada, pero ¿por qué no debo luchar?

Esperaba que Gaborn la previniera acerca de los peligros del combate: los gigantes con músculos de acero y los hombres de Raj Ahten con dones de fuerza, agilidad, metabolismo y resistencia. Además, estaban entrenados para la lucha.

Aun así, Iome se percató en ese momento de que su argumento era justo y no claudicaría ante el sentido común. Sus vasallos valoraban sus vidas tanto como ella la suya, igual podría salvar a uno de ellos, o a dos o a tres; ayudaría a defender las murallas del castillo como lo haría su padre.

La respuesta de Gaborn la sorprendió:

—No quisiera que lucharais porque sería una pena estropear tanta belleza.

Iome se rio de forma abierta y dulce, como el reclamo de un chotacabras cuerporruín en un claro.

—Me he negado a miraros —dijo— por temor a que mi corazón enturbiara mi sentido común. Quizá vos deberíais haber hecho lo mismo.

—Verdaderamente sois hermosa —contestó Gaborn—, pero no soy cualquier niño que se quedaría pasmado ante un rostro bello.

De nuevo utilizó la voz, tan sensato.

—No, es vuestra honradez la que encuentro encantadora.

Y, quizá, intuyendo las tinieblas que sobre ellos se cernían Gaborn dijo:

—Debo seros sincero, princesa Sylvarresta. Hay otras princesas con quienes podría aliarme, en otros reinos, Haversind-by-the-Sea o Internook.

Le dejó tiempo para reflexionar, ambos reinos eran igual de grandes que Heredon, igual de opulentos y, a lo mejor, más defendibles salvo en caso de invasión por el mar. Y la belleza de la princesa Arrooley de Internook era legendaria, incluso aquí, a mil doscientos kilómetros de distancia.

—Vos me habéis intrigado.

—¿Yo? ¿Cómo es posible?

Gaborn dijo con sinceridad:

—Hace unos años tuve una discusión con mi padre porque había acordado comprar un don de agilidad de un joven pescador y yo me negué a aceptarlo. Ya habéis visto cómo los que ceden su agilidad a menudo se aferran a la vida débilmente: los músculos del estómago no pueden estirarse con lo que no digieren la comida, casi no pueden andar, incluso hablar o cerrar los ojos debe de causarles dolor. He visto cómo se deterioran hasta morir. A mi parecer, entre todos los atributos que se donan, este es el más duro de perder.

»Por tanto, rechacé el don y mi padre se puso furioso pero yo le dije que no era correcto continuar con esta economía vergonzosa y aceptar atributos de aquellos vasallos tan pobres de inteligencia y posesiones que se creían afortunados al ceder sus mayores tesoros para beneficiarnos a nosotros.

»Ante esto mi padre rio y dijo que sonaba igual que Iome Sylvarresta, quien lo había llamado glotón la última vez que había comido en su mesa, no por la comida, sino por cómo se alimentaba de la miseria de otros.

Cuando Gaborn citaba a su padre imitaba la voz a la perfección, de nuevo usaba sus dones de voz.

Iome recordaba bien el comentario puesto que, por la impertinencia, su padre le propinó una buena zurra en presencia del rey Orden y luego la encerró en su habitación sin comida ni agua durante un día entero. Iome nunca se arrepintió de aquello.

La cara le ardía de vergüenza. A menudo había sentido ambivalencia entre la

admiración y el desprecio frente al rey Orden. En cierto sentido, era un personaje heroico: Mendellas Draken Orden era un monarca poderoso y tozudo, y se rumoreaba que era buen guerrero. Durante décadas había mantenido unidos los reinos del norte. Su mirada podía intimidar a cualquier tirano en potencia y una palabra brusca podía garantizar la caída en desgracia de un príncipe con su propio padre.

Algunos lo llamaban el Crearreyes, otros el Titiritero. Lo cierto era que Orden se había convertido en un hombre de dimensiones heroicas por motivos concretos: como los señores de las runas de antaño, debía transformarse en superhumano porque sus enemigos lo eran.

—Disculpad tales palabras —pidió Iome—. Vuestro padre no se merecía tal reprimenda de una sabelotodo de nueve años.

—¿Disculpaos? —respondió Gaborn—, no hay nada que perdonar. Yo estoy de acuerdo con vos. Hace mil años a lo mejor se podía justificar que nuestros antepasados sometieran unos a otros al yugo de los marcadores, pero las invasiones de los reaver son agua pasada. La única razón por la que vos y yo somos señores de las runas es porque nacimos dentro de esta economía vergonzosa. Me intrigó tanto vuestro comentario que le pedí a mi padre que me relatara todo lo que habíais dicho en su presencia y las circunstancias del momento. De modo que comenzó a contarme cosas que habíais dicho desde los tres años y recitó todo lo que consideraba pertinente.

Se detuvo unas décimas de segundo para que Iome sopesara la implicación. El rey Orden, como cualquier otro que poseyera un robusto don de inteligencia, podía recordar de manera natural todo lo que había presenciado, cada palabra oída, cada inocente frase. Gracias a los dones de oído, Orden podía percibir un susurro a tres habitaciones de distancia a través de los gruesos muros de piedra de un castillo. De niña, Iome nunca comprendió del todo el alcance de los poderes de un señor de las runas adulto. Sin lugar a duda, habría dicho muchas cosas que no querría que el rey Orden oyera; y este las recordaba todas a la perfección.

—Ya veo... —dijo Iome.

—No os ofendáis —la instó Gaborn—. No hicisteis nada de lo que avergonzaros. Mi padre me contó todas las bromas gastadas a *lady* Chemoise.

Gaborn señaló a esta con la cabeza, aunque, más que verlo, Iome intuyó el gesto.

—Incluso de niña mi padre os consideraba divertida y generosa. Yo quería conoceros, pero tuve que esperar la ocasión ideal.

»El año pasado vine por Hostenfest entre el séquito de mi padre para estudiaros. Me senté en el gran salón y os contemplé durante el banquete y en todas partes. Incluso me atrevo a decir que temía traspasaros con la mirada.

»Me impresionasteis, Iome. Me hicisteis jaque mate al corazón, observé a los que se sentaban a vuestro alrededor: los niños criados, los guardias y las damas de honor, y vi cómo anhelaban vuestra atención. A la mañana siguiente observé cómo una bandada de chiquillos os rodeaban cuando partíamos en caravana y cómo los

mantuvisteis a salvo de los cascos de los caballos. Vuestros súbditos os adoran y vos los amáis sin contrapartida.

»En todos los reinos de Rofehavan, no hay quien os iguale y es por ello que he venido, esperaba que como los que os rodean, un día, pudiera compartir vuestro cariño.

*Tan bellas palabras*, pensó Iome furiosa. El rey Orden siempre traía una docena de criados aproximadamente a la comida en el gran salón. Era justo que los que participaban en la cacería compartieran el jabalí cazado que se servía en pleno festín. Iome intentó recordar las caras de aquellos hombres, varios de los rostros marcados por las runas, lo que los convertía en nobles de menor rango por derecho propio. El príncipe Gaborn debía de haber estado entre ellos y sería uno de los jóvenes.

No obstante, ante los ojos de un hombre, los guardias y criados de Orden eran algo mayores y de más confianza. Orden era lo suficientemente sensato para saber que los mejores luchadores no solían ser jóvenes inquietos llenos de entusiasmo ante la idea de blandir un hacha de armas o una espada. No, los mejores eran hombres maduros con dominio técnico y estratégico, y que frecuentemente defendían firmes su puesto de combate sin apenas moverse, atizando cuchilladas y estocadas con certera eficacia.

Orden no llevaba jóvenes entre su séquito, excepto... se acordaba de uno: un muchacho tímido sentado en la punta de la mesa, un joven apuesto de pelo lacio y ojos azules penetrantes que chispeaban inteligencia, aunque el entorno lo tuviera boquiabierto como a un plebeyo. Iome pensó que se trataba de un criado de confianza, un escudero en periodo de prácticas.

*¡Imposible que aquel joven común fuera un príncipe de los señores de las runas!* La idea misma la inquietaba, hacía que su corazón latiera fuertemente. Iome se volvió para mirar al príncipe Orden y corroborar sus sospechas.

Y rio, un joven no muy atractivo con el cabello lacio y oscuro, y esos ojos azules claro; en un año había pegado un estirón. Iome apenas podía contener su sorpresa: no era nada del otro mundo, no debía de poseer más de uno o dos dones de encanto.

Gaborn sonrió encantado ante la alegría de la otra.

—Ahora que me habéis visto y conocéis los motivos de mi visita —dijo—, ¿si os hubiera propuesto matrimonio, habríais aceptado?

Desde lo más hondo de su corazón Iome respondió sinceramente:

—No.

Gaborn retrocedió un paso como si Iome lo hubiera abofeteado, como si tal negativa fuera lo último que se esperaba.

—¿Por qué?

—Sois un extraño. ¿Qué sé de vos? ¿Cómo podría enamorarme de alguien que no conozco?

—Conoceríais mi corazón —contestó Gaborn—. Nuestros padres desean una unión política, pero mi intención es alcanzar una unión de mentes y corazones

iguales. Descubriréis, *lady Sylvarresta*, que en muchos sentidos somos la misma persona.

Iome se rio un poco.

—Para seros sincera, príncipe Orden, si hubierais venido únicamente en busca del reino de Heredon a lo mejor os lo hubiera entregado, pero venís a conquistar mi corazón, y eso, no puedo prometérselo a un extraño.

—Me lo temía —dijo Gaborn abiertamente—. Aunque solamente somos desconocidos de forma accidental, si hubiéramos sido vecinos habríamos fraguado sentimientos de amor. ¿No puedo persuadiros de alguna manera?, ¿ofreceros algún presente que os haga cambiar de opinión?

—No hay nada que desee —replicó Iome.

En ese momento el corazón le dio un vuelco, las tropas de Raj Ahten estaban a las puertas de su reino y deseaba que desaparecieran. Se percató de que había hablado demasiado precipitadamente.

—Hay algo que anheláis, aunque no lo sepáis —dijo Gaborn—. Vivís aquí, apartada en vuestro castillo cerca del bosque y decís que no queréis nada, aunque ciertamente debéis de estar asustada. En otros tiempos los señores de las runas eran como vuestro padre, hombres sometidos por juramento a servir a sus compatriotas, hombres que no aceptaban más dones de los ofrecidos de propia voluntad.

»Y ahora aquí estamos, acorralados, con Raj Ahten en la puerta. En vuestro entorno, los reyes del norte se proclaman *pragmatistas* y se dedican a acumular riquezas convenciéndose de que no se convertirán en Raj Ahten.

»Vos os dais cuenta de que esos argumentos son una falacia; observasteis la debilidad de mi padre cuando apenas erais una chiquilla. Mi padre es un gran hombre, pero posee algunos vicios, como todos los demás. Quizá haya seguido siendo bueno en parte gracias a gente como vos que a veces expresan su opinión, que le advertían contra la avaricia.

»Por todo ello, tengo un obsequio para vos, princesa Sylvarresta, algo que entrego de forma voluntaria y por lo cual no pido nada a cambio.

Gaborn se adelantó un paso y cogió la mano de Iome. Esta pensó que iba a dejar algo en la palma de la mano, una piedra preciosa o un poema de amor.

En vez de eso, Gaborn tomó la mano en la suya. Iome notó los callos en la palma y sintió el calor de la mano del otro.

Aquel se arrodilló ante ella y, susurrante, pronunció un juramento; un juramento tan antiguo que muy pocos entendían ya la lengua en que se hablaba, un juramento tan abrumador que ningún señor de las runas se atrevía a proclamarlo.

—En vuestra presencia, con mi vida por testigo en todo momento, juro lo siguiente:

»Yo, como señor de las runas, prometo ser vuestro protector. Yo, como señor de las runas, estoy, ante todo, a vuestro servicio. Por el presente, prometo no tomar un don por la fuerza o mediante engaños. Tampoco compraré dones a aquellos que



necesitaren venderlos por dinero. En vez de ello, repartiré oro entre los necesitados libremente. Solamente aquellos hombres que se unan a mí para luchar contra el mal serán mis consagrados.

»Como la niebla surge del mar, así vuelve a posarse.

Había prestado el voto de los señores de las runas juramentados, promesa reservada normalmente para los vasallos, otros nobles de menor rango o monarcas amigos con la intención de defenderlos. No era algo que se ofrecía a una sola persona a la ligera, sino más bien era un juramento vinculante, que definía un estilo de vida. La mera idea de aquello hizo que Iome se sintiera mareada.

Con Raj Ahten al asalto de los reinos del norte, la dinastía de los Orden necesitaría hacer uso de todo su poder. Por eso, parecía algo suicida que Gaborn pronunciara ante ella ese juramento en tales circunstancias.

Iome jamás hubiera esperado tal grandeza de corazón de los Orden, cumplir con esa promesa resultaría algo más que insoportable.

Ella no hubiera hecho lo mismo, era... demasiado pragmática. Iome quedó boquiabierta durante unos instantes con el convencimiento de que si Gaborn hubiera jurado en situación más favorable, habría pensado bien de él. Pero hacerlo en aquel instante, dada la coyuntura, le parecía irresponsable.

Miró a su días a fin de observar su reacción, los ojos de la joven, muy abiertos, mostraban una veta de sorpresa.

Iome volvió la mirada hacia el rostro de Gaborn, quería memorizar su cara, grabar la escena en la memoria.

Una hora no es suficiente para enamorarse, pero aquel día únicamente contaban con una hora. Gaborn había conquistado su corazón en menos tiempo y, a la vez, le había mostrado el suyo propio, claramente. Aquel había descubierto cómo amaba a su gente, y era cierto. Aun así, se preguntaba si Gaborn asumía el juramento como un acto de amor por la humanidad, *¿no sería un simple disparate? ¿Aprecia este su honor más que la vida de sus vasallos?*

—Os odio por lo que habéis hecho —fue lo único que pudo contestar Iome.

Justo en ese momento, del fondo del valle comenzó un fuerte batir de tambores; el sol se ponía en el horizonte. Dos gigantes frowth situados en el borde del bosque aporreaban tambores de cobre grueso, y una docena de caballos picazos salieron espoleados de la penumbra de los árboles. Todos los jinetes vestían cota de malla negra bajo escrocones amarillos con el emblema de los lobos rojos de Raj Ahten sobre el pecho. El más destacado portaba un estandarte triangular verde ensartado en una lanza en solicitud de parlamento.

El resto llevaban hachas y escudos de color cobre (era una tropa de honor, con el emblema de la espada bajo la estrella de Indhopal sobre el escudo). Es decir, todos menos uno vestían el mismo uniforme.

A la grupa del último caballo del grupo, vestido con armadura de cota negra y

alargado yelmo con un majestuoso penacho de plumas de lechuza, apareció el mismo lord Raj Ahten sujetando un escudo con un brazo y un martillo de armas de caballería en el otro.

Al galopar parecía como si resplandeciera, como si de una estrella en una noche oscura y solitaria se tratase, o un humilde barquito de señalización con las piras encendidas en el agua.

Iome no podía apartar la mirada, incluso en la distancia los encantos del lord la dejaron sin aliento. No distinguía bien sus rasgos, puesto que desde tan lejos no era más que una figura diminuta como un palito. Aunque a esta le daba la impresión incluso a lo lejos de que poseía una gran belleza, y sabía que contemplar su rostro sería peligroso.

Iome admiró el yelmo, las dramáticas plumas blancas; en sus aposentos conservaba dos yelmos antiguos de los toth y pensó en lo bien que quedaría aquel yelmo en su colección, con la cabeza de Raj Ahten sonriéndole.

A espaldas de la tropa venía una yegua parda, la del días del Señor de los Lobos, que a duras penas mantenía el ritmo. Iome se preguntaba los secretos que este poseía...

Allí abajo en las puertas, los soldados de su padre empezaron a gritarse unos a otros a modo de advertencia:

—¡Cuidado con la cara! ¡Cuidado con la cara!

Miró a los suyos en las murallas del castillo y observó cómo muchos de ellos manejaban las armas torpemente. El capitán Derrow, quien poseía dones de fuerza, corría por el adarve con una enorme ballesta de acero que ningún otro en el reino podía tensor con la esperanza de disparar a Raj Ahten unas cuantas saetas.

Como si fuera una respuesta a los avisos de los soldados, por encima de Raj Ahten se formó un remolino de luz dorada, un torbellino de ascuas descendiente que atrajo la mirada de muchos hacia los rasgos de aquel.

Se trata de un truco de los tejedores de llamas, resolvió Iome. Raj Ahten quería que los vasallos de esta se fijaran en él.

Desde tan lejos, Iome no sentía temor ante el rostro de Raj Ahten; dudaba que a tal distancia los encantos de este empañaran su buen juicio.

Raj Ahten se apresuró hacia las puertas de la ciudad, los caballos se adelantaban en formación de combate como un vendaval que ondula los campos, puesto que estas bestias no eran cabalgaduras corrientes, sino sementales de fuerza; cabezas de manadas que, al igual que los jinetes que los manejaban, habían sido transformados por las artes mágicas de los señores de las runas. Iome se maravilló ante aquella visión que, sobre el terreno a oscuras, parecía una bandada de cormoranes rozando las olas del mar. Nunca había visto tan elegantes caballos de fuerza galopando al unísono, nada tan magnífico.

El príncipe Orden corrió a lo alto de la escalera y gritó hacia el torreón de los Consagrados:

—Rey Sylvarresta, os necesitamos. Raj Ahten solicita parlamento.

El padre de Iome maldijo y comenzó a colocarse la armadura, que hizo un ruido estrepitoso al ponérsela.

Detrás de Raj Ahten, junto a las granjas abandonadas que se esparcían al borde del bosque, las tropas de este comenzaban a surgir de la oscuridad. Cinco tejedores de llamas, tan próximos a hacerse uno con los elementos que ya no podían ir vestidos con ropa, brillaban como almenaras encendidas, con corazas de fuego verde en forma de lenguas serpenteantes; la hierba seca a sus pies flameaba.

Conforme los guerreros avanzaban desde el bosque en sombras, la resplandeciente luz de los tejedores se reflejaba en las lustrosas armaduras y en las espadas.

Entre los miles de guerreros que se adelantaban, podían observarse criaturas aún más extrañas.

Peludos gigantes frowth de seis metros de altura que avanzaban torpemente con la cota de malla y asiendo enormes peldaños de hierro forjado. A su paso les costaba no aplastar a los espadachines de Raj Ahten.

Canes de guerra que mantenían el ritmo de los gigantes, bestias colosales, mastines con runas marcadas y decenas de arqueros.

En la orilla del bosque titilaban unas sombras oscuras, unas criaturas peludas con crines oscuras que siseaban y gruñían, andaban agachadas y en cuclillas sobre los nudillos con garras y cada una de ellas portaba una gran lanza.

—¡Nomen! —gritó alguien—. ¡Nomen de las tierras al otro lado de Inkarra!

Nomen para escalar las murallas, para trepar por los muros de piedra como los monos, nomen de dientes afilados y ojos rojos.

Era la primera vez que Iome veía uno vivo. Solamente había visto una vez una antigua piel despojada; eran cosa de leyenda.

Nomen, por eso no era de extrañar que el ejército de Raj Ahten se desplazara de día y solamente por el bosque, y que únicamente atacara de noche.

Por supuesto se trataba de aparentar, Raj Ahten mostraba todo su esplendor con su gran séquito. La fuerza de su ejército era asombrosa y su riqueza increíble.

*¿Me veis?*, parecía decir. Vosotros los del norte os escondéis aquí en este reino estéril sin saber lo paupérrimos que sois. Mirad al Señor de los Lobos del sur, admirad este lujo.

Pero los vasallos de Iome estaban dispuestos a combatir, observó a los muchachos y a los ancianos que se agitaban en las murallas del castillo, aferrándose aún más a la empuñadura de las lanzas, alargando la mano para comprobar que las flechas colocadas a su lado seguían allí. Su gente plantaría cara al enemigo y, quizá, sería una de esas batallas sobre la que se cantarían baladas durante años.

Justo entonces, el padre de Iome terminó de vestirse, cogió las armas y subió a saltos los escalones de la torre situados a espaldas de esta. El días del rey, un anciano erudito de pelo canoso, lo siguió con dificultad lo más deprisa posible.

El cambio pilló a Iome desprevenida, en unas cuantas horas el rey había recibido sesenta dones de sus vasallos y su fuerza se había acrecentado bastante; subió los peldaños de seis en seis incluso con las armas y la armadura completa auestas, con la agilidad de una pantera.

Cuando alcanzó lo alto de la torre, los gigantes cesaron el batir de tambores y el ejército de Raj Ahten se detuvo. Los nomen que no estaban amaestrados continuaron siseando y gruñendo como deseosos de entrar en combate.

Lord Raj Ahten gritó mientras tiraba de las riendas del semental, y tal era la fuerza de su reclamo (poseía dones de voz de cientos y cientos de personas) que las palabras se oyeron claramente hasta en lo alto de la ciudadela a pesar del viento que soplaba. Sonaba bondadoso y agradable, pero ocultaba la amenaza inherente en su proceder.

—Rey Sylvarresta, ciudadanos de Heredon —proclamó con una voz tan bella como el tintineo de una campana, tan resonante como un instrumento de viento hecho de madera—. Seamos amigos, no enemigos. Mis intenciones son buenas. Mirad a mi ejército... —Estiró los brazos bien abiertos—. No podréis derrotarme. Miradme, no soy vuestro enemigo. No es posible que nos dejéis a la intemperie fría de la noche mientras vosotros cenáis junto a la chimenea. Abrid el portón y yo seré vuestro señor y vosotros mis súbditos.

La voz de Raj Ahten sonó tan afable, rebotante de razón y amabilidad que, de haber estado en la muralla, a Iome le hubiera resultado difícil resistirse.

En efecto, en ese instante, oyó el rechinar del engranaje del rastrillo principal y el puente levadizo comenzó a descender.

A Iome le dio un vuelco el corazón, se inclinó hacia delante.

—¡No! —gritó, asombrada ante la insensatez de sus súbditos, quienes, abrumados por los encantos y la voz del monstruo, le habían obedecido.

A su lado, el rey Sylvarresta también gritó, ordenando a sus hombres que levantaran el puente, pero se encontraban lejos del portón, en lo alto de la torre, y la celada del yelmo amortiguó su voz; Orden la levantó para que sus gritos sonaran con más claridad.

A tono con la ira que sentía Iome, allá abajo en las puertas, el capitán Derrow disparó al Señor los Lobos. El disparo voló a una velocidad increíble, como la imagen borrosa de un pedazo de hierro negro que hubiera penetrado la armadura de cualquier otro hombre.

Pero la agilidad y fuerza de Raj Ahten eran superiores a las de Derrow, aquel señor de las runas simplemente levantó la mano y cazó la saeta en el aire.

*¡Qué velocidad de reacción!* Raj Ahten había hecho lo impensable: había obtenido tantos dones de metabolismo que, incluso desde allí en lo alto, Iome podía comprobar que se movía cinco o seis veces más rápido que un plebeyo. Vivir a ese ritmo aceleraría el proceso de envejecimiento y le produciría la muerte en cuestión de años, pero antes aprovecharía para conquistar el mundo.

—Vamos, vamos —dijo en un tono razonable—. Dejemos de hacer eso.

Entonces con gran potencia, con tal suavidad en la voz que sobrepasó todas las defensas de Iome, ordenó:

—Tirad las armas y las armaduras. Rendíos ante mí.

Iome se puso en pie de un salto y notó que buscaba su puñal para arrojarlo por el muro. Lo único que la detuvo fue la mano de Gaborn, que impidió que lanzara el arma.

Inmediatamente se arrepintió, se percató de lo disparatado de tal actuación y miró a su padre temerosa de lo enojado que estaría. Pero comprobó que su padre luchaba y luchaba por resistirse y no arrojar el martillo de armas torre abajo.

En menos de lo que tarda en latir el corazón, Iome quedó horrorizada ante la idea de cómo responderían sus vasallos a la voz y los encantos de Raj Ahten, temía que los más cercanos al monstruo quedaran embelesados.

Con gritos de júbilo, como si de una celebración se tratara, su gente comenzó a deshacerse de los arcos y las armas lanzándolos por las murallas del castillo; espadas, gujas, yelmos y escudos hicieron un ruido estrepitoso en las rocas junto al foso. Las ballestas apostadas en la muralla sur se estrellaron contra el agua levantando una columna de espuma. Desde la torre, el ruido de sus súbditos vitoreando a Raj Ahten era casi ensordecedor, como si este fuera un redentor y no un destructor y, en ese instante, el portón de la ciudad se abrió de par en par.

Algunos de los soldados más leales a los Sylvarresta se esforzaron por cerrar las puertas. El capitán Derrow utilizó el arco de acero como un arma para contener a los ciudadanos. Unos cuantos guerreros de gran corazón, pero dotados de menos atributos no pudieron acercarse desde sus puestos en las murallas. Tan pronto gritaron en defensa del castillo los más cercanos a ellos los sujetaron, se produjeron algunas trifulcas. Iome contempló cómo varios soldados de la Guardia de la Ciudad eran arrojados por las murallas y caían en picado.

Desde allí, no se apreciaba la belleza del semblante de Raj Ahten; desde allí, sin duda el viento rebajaba la dulzura de la voz de este.

Desde la muralla del castillo, aunque Iome comprendía que la ciudad estaba derrotada, no podía dar crédito a sus ojos. Estaba aturdida, conmocionada más de lo que hubiera podido imaginar.

El puente levadizo cayó y el rastrillo se elevó, con lo que la puerta interior quedó abierta. Sin siquiera una baja en las filas enemigas, el castillo de Sylvarresta había caído.

Entre aplausos, Raj Ahten entró a caballo en el patio interior de la gran muralla mientras los vasallos de Iome retiraban los carros y barriles que bloqueaban la zona y las gallinas se apartaron volando del paso del Señor de los Lobos.

*¿Cómo he podido estar tan ciega?*, se preguntaba Iome. *¿Por qué no vi venir el peligro?*

Momentos antes, Iome había albergado la esperanza de que su padre y el rey

Orden podrían hacerle frente a Raj Ahten.

*¡Qué ingenua soy!*

A su lado, su padre gritaba desde aquella distancia para que sus hombres se rindieran, no quería verlos morir.

El fuerte viento de la tarde difuminó las palabras.

Trastornada, Iome contempló el rostro de su padre, palidecido y aturdido, abatido, derrotado y completamente desesperado.

*La voz de mi padre es tan árida e intrascendente como un fresno agitado por el viento, pensó Iome, nada en comparación con Raj Ahten. No somos nadie.*

Nunca lo hubiera imaginado.

Raj Ahten se inclinó hacia delante sobre la silla con un movimiento muy suave. De tan lejos, el rostro de este no era más grande que un trocito de cuarzo brillante en la playa dentro del campo de visión de Iome, pero se adivinaba hermoso, parecía joven, bello. La armadura parecía pesarle menos que la ropa a cualquier otro hombre y esta lo observaba admirada. Se rumoreaba que poseía dones de fuerza de miles de hombres. Si no fuera por miedo a romperse los huesos, podría saltar las murallas y atravesar la armadura de un soldado como si cortara un melocotón.

En el campo de batalla sería casi invencible y, con los dones de inteligencia obtenidos de sabios y generales, ningún espadachín lo cogería por sorpresa. Los dones de metabolismo le permitirían desplazarse por el patio, esquivando a los asustados centinelas como una figura borrosa imparable y con suficientes dones de resistencia para aguantar cualquier estocada de combate.

A todos los efectos, Raj Ahten ya no era humano, se había convertido en una fuerza de la naturaleza con la intención de subyugar el mundo.

No necesitaba el apoyo de ningún ejército, ni elefantes de fuerza o gigantes frowth peludos que batearan las puertas de los palacios; ni nomen que escalaran las murallas, ni tejedores de llamas que incendiaran los tejados de la ciudad.

Esos eran distracciones, pequeños horrores de menor importancia como las garrapatas que infestan el pelo de un gigante.

—No podemos luchar —murmuró su padre—. Dios mío, no podemos resistir.

Iome sintió como a su lado la respiración de Gaborn se hacía entrecortada; se había acercado tanto a ella que podía sentir el calor del cuerpo en un lado de la cara.

Esta se notaba desconectada del cuerpo mientras contemplaba cómo avanzaban los acontecimientos a sus pies: gente corriendo hacia el patio intentando acercarse al nuevo señor, su soberano, quien los destruiría a todos.

Iome temía a Raj Ahten como temía a la muerte y, no obstante, parecía acogerlo. El poder de la voz de este hacía que le diera la bienvenida.

El príncipe Gaborn Val Orden dijo en voz baja:

—Vuestros vasallos no han podido resistirse. Mis condolencias a la dinastía de los Sylvarresta, a vuestro padre y a vos, por la pérdida de este reino.

—Gracias —contestó Iome, su voz sonaba débil y muy distante.

Gaborn se volvió hacia el rey Sylvarresta.

—Milord, ¿puedo hacer algo?

Gaborn miraba a Iome, igual esperaba llevársela de allí, apartarla de todo aquello.

El rey se dirigió a Gaborn, aún algo conmocionado, y dijo:

—¿Hacer? ¡Si tan solo eres un muchacho! ¿Qué podrías hacer?

A Iome se le agolparon las ideas rápidamente, quizá Gaborn podría ayudarla a escapar. Pero, no, no podía imaginárselo. Raj Ahten sabía que estaba en el castillo, los miembros de la casa real estaban señalados. Si Gaborn intentaba liberarla, aquel los perseguiría. A lo más que podía aspirar Gaborn era a salvar su propia vida. El Señor de los Lobos no sabía que el príncipe Orden estaba allí.

Por lo visto, el rey había llegado a la misma conclusión.

—Si puedes escapar del castillo, saluda a tu padre de mi parte. Dile que sentiré no poder cazar juntos ya más. A lo mejor, podrá vengar a los míos.

El padre de Iome introdujo la mano bajo el peto y extrajo una bolsa de cuero que contenía un libro pequeño.

—Uno de mis hombres fue asesinado mientras intentaba traerme esto. El libro contiene los escritos del emir de Tuulistan. Algunas divagaciones filosóficas y poesía, pero también informes sobre las batallas de Raj Ahten. Pienso que el emir quería que le sacara algún provecho, aunque aún no he descubierto cómo. ¿Te asegurarás que llegue a manos de tu padre?

Gaborn cogió la bolsa de cuero y se la guardó en el bolsillo.

—Y ahora, príncipe Orden, es mejor que te marches antes de que Raj Ahten se entere de que estás aquí y, teniendo en cuenta el estado mental de los súbitos reales, no tardará en descubrirlo.

—Entonces, sintiéndolo mucho debo despedirme —dijo Gaborn inclinándose ante el rey.

Ante la sorpresa de Iome, Gaborn se adelantó un paso y le dio un beso en la mejilla. Esta quedó asombrada al sentir que el corazón le latía muy fuerte en respuesta a tal gesto. Gaborn la miró fijamente con ojos penetrantes y susurró con convencimiento:

—No os rindáis, Raj Ahten utiliza a la gente, pero no la destruye. Soy vuestro protector y regresaré a por vos.

Rápidamente dio media vuelta y se apresuró hacia la escalera; corría tan silenciosamente que Iome no oía los zapatos rozar el suelo de piedra. Si no fuera por el precipitado latir de su corazón y el calor en la mejilla donde la había besado, casi podría pensar que lo había imaginado.

El capitán Ault salió en pos de Gaborn y lo siguió hasta el patio interior del torreón.

*¿Cómo conseguirá escapar con los guardias de Raj Ahten vigilando la ciudad?*, se preguntaba Iome.

Contempló la espalda de Gaborn en retirada allí abajo, la ondeante capa azul

mientras Gaborn se abría paso entre la multitud de ciegos, sordos, retrasados y otros discapacitados consagrados a la dinastía de los Sylvarresta. No era demasiado alto, un muchacho joven que igual podía escapar inadvertido del castillo.

*Es curioso, pensó aún con las ideas desordenadas, creo que lo amo. Casi se atrevía a esperar que algún día se casaran.*

Aunque primero el príncipe debía ponerse a salvo, ella no podía ofrecerle nada. Y así, desanimada, supo que el día no podía haber acabado de ningún otro modo.

*A lo mejor somos ambos más pragmáticos de lo que queremos creer, meditó.*

—Adiós, milord —murmuró, a espaldas de la figura que se retiraba.

Y añadió la bendición para los caminantes:

—Que las Glorias guíen cada uno de vuestros pasos.

Se giró para mirar a lord Raj Ahten, quien sonreía abiertamente y saludaba con la mano a sus nuevos súbitos. El semental gris pinto trotaba ufano por las calles empedradas y los campesinos, cuyas aclamaciones se hacían cada vez más ensordecedoras, lo dejaban pasar a su aire. Raj Ahten ya había entrado en el segundo nivel de la ciudad por la puerta del Mercado y apretó el paso por las calles, con lo cual durante un instante quedó fuera del campo de visión de Iome.

De repente, Chemoise apareció junto a Iome, codo con codo. Esta tragó saliva preguntándose qué haría Raj Ahten con ella. *¿La ejecutaría, torturaría, deshonraría o la dejaría en algún puesto?, ¿dejaría que su padre reinara como regente?* Parecía algo imposible; siempre cabía la esperanza.

Allí bajo, Raj Ahten dobló una esquina bruscamente con lo cual estaba tan solo a doscientos metros.

Iome podía ver el rostro bajo las amplias plumas blancas del yelmo, la tez limpia, el cabello negro y brillante y los impasibles ojos oscuros; apuesto, era muy apuesto. Tan perfectamente formado como si el amor o la bondad misma lo hubieran esculpido.

Raj Ahten alzó la mirada hacia Iome. Esta, que era bella como solamente una princesa entre los señores de las runas podía ser, estaba acostumbrada a las esporádicas miradas voraces de los hombres; sabía lo mucho que su físico podía excitarlos.

Aunque, entre todas las miradas rapaces que le habían lanzado, ninguna podía compararse a lo que revelaban los ojos de Raj Ahten.



## Capítulo 9



### *El jardín del mago.*

**G**aborn bajó la escalera del torreón de los Consagrados en volandas, se abrió paso entre el gentío del patio, pasando entre los retrasados, que olían, y los lisiados.

El capitán Ault lo acompañaba y dijo:

—Joven *sir*, os ruego que vayáis a las cocinas y esperéis hasta que envíe alguien a recogeros. Pronto se habrá puesto el sol e intentaremos que atraveséis las murallas después del anochecer.

Gaborn asintió con la cabeza.

—Gracias, *sir* Ault.

Hacía horas que sabía que tendría que escapar del castillo de Sylvarresta, pero no se había imaginado que ocurriría en tan poco tiempo. En un principio imaginó que los defensores del castillo plantarían cara ante los invasores. Los muros eran lo suficientemente gruesos y altos para mantener a Raj Ahten a raya.

Gaborn hubiera deseado dormir un poco, casi no había descansado en los últimos tres días. En realidad, no le hacía falta dormir demasiado ya que de pequeño había recibido tres dones de resistencia y, afortunadamente, los donantes aún vivían. De modo que, al igual que otros que contaban con gran resistencia, Gaborn podía descansar montado a caballo, dejando la mente en blanco y moviéndose como si de un sonámbulo se tratara. Pero de vez en cuando le apetecía una siesta.

La comida era otra cosa. Incluso un señor de las runas con gran resistencia necesitaba alimentarse. En aquel momento tenía retortijones en el estómago; sin embargo, apenas contaba con tiempo de comer nada.

Lo que era aún peor, estaba herido y, aunque no era grave, la flecha le había perforado el bíceps derecho, el brazo con el que usaba la espada. Gaborn había lavado y vendado la herida, pero esta le producía un dolor punzante y le ardía.

No tenía tiempo de ocuparse de ninguna de esas necesidades; justo entonces lo que necesitaba era caracterizarse.

Gaborn había despachado a uno de los batidores de Raj Ahten, a tres de sus

gigantes frowth, matado a media docena de perros de guerra a flechazos. Los batidores de este querrían vengarse de él, estaba acorralado. No estaba muy seguro de si lograría escabullirse aunque esperara durante una hora la llegada de la oscuridad total. Gaborn contaba con dos dones de olfato, pero este perspicaz sentido no era nada comparado con los de algunos soldados de Raj Ahten; hombres con una nariz más sutil como la de un sabueso, que le seguirían el rastro.

A pesar de las muestras de confianza que había dado ante Iome, Gaborn estaba aterrorizado.

Aun así, pensó que cada cosa a su momento. De las cocinas de los consagrados percibió el olor a alimentos en cocción y se apresuró por una puerta de anchos tablones de madera; el pomo de latón cedió al asirlo con la mano.

Al abrir la puerta se encontró no en la cocina, sino en la entrada del comedor, a la derecha del umbral y tras las enormes vigas, vio la cocina donde los fogones ardían como altos hornos. De las vigas del techo colgaban gansos desplumados, ristras de ajo, anguilas ahumadas y salchichas; oyó el hervir de la sopa en una de las grandes cazuelas junto a uno de los fogones. El aroma a estragón, albahaca y romero cargaban el ambiente. Entre él y las cocinas había una mesa de trabajo donde una joven ciega amontonaba huevos, nabos y cebollas sobre una bandeja de metal.

A los pies de la joven un gato atigrado jugaba con un ratón mordido y asustado.

Enfrente se extendía una amplia sala sin tabiques, con mesas de tablero grueso ennegrecidas y mugrientas por el uso con banquetas a cada lado; sobre cada mesa había una pequeña lámpara de aceite encendida.

Los panaderos y los cocineros del castillo de Sylvarresta se encontraban muy atareados colocando en las mesas barras de pan, cuencos con fruta y llenando los platos de carne. Mientras que el resto de los adeptos a Sylvarresta se habían apiñado contra las murallas para contemplar boquiabiertos la batalla, los cocineros sabían dónde estaba su deber: debían cuidar de los pobres miserables que habían cedido sus dones a la dinastía de los Sylvarresta.

Como en todas las cocinas de consagrados, los empleados eran en su mayoría consagrados: gente afeada que había cedido sus encantos servía las mesas y dirigía la cocina, mudos y sordos trabajaban en la panadería, los ciegos y los que ya no tenían sentido del olfato o del tacto barrían el suelo de madera y limpiaban el hollín de las cazuelas.

Gaborn inmediatamente notó el silencio que reinaba en la cocina a pesar de que una docena de personas andaban ajetreadas. Nadie hablaba salvo con el objeto de dar alguna que otra orden secamente. Estas personas estaban atemorizadas.

La cocina ofrecía una gama de olores mixtos: el aroma a animales degollados y pan cocido intentaba imponerse al olor del queso en estado de descomposición, del vino derramado y del pringue rancio. Era una mezcla espantosa, sin embargo a Gaborn se le hacía la boca agua.

Aprisa se introdujo en el comedor, tras el cual había un angosto pasillo que daba a

los hornos de los panaderos que olían a levadura y pan fresco aún caliente. Al coger una barra caliente de la mesa, la bonita y joven camarera le lanzó una ceñuda mirada, pero Gaborn se apropió de la comida como si fuera de él y le devolvió una mirada que parecía decir «esto es mío».

La joven no soportó la reprimenda tácita y se marchó precipitadamente, con los brazos pegados al cuerpo al modo prudente de los que habían donado la sensibilidad orgánica. Gaborn agarró un buen cuchillo y trinchó uno de los muslos de un ganso que había en otro plato, se ciñó la daga en el cinturón de la casaca y se llenó la boca de carne, tanto como le cabía; destapó una botella de vino de la mesa y tragó la carne de ganso tan rápido como pudo, sorprendiéndose ante la calidad del vino.

Uno de los perros de caza color canela del rey estaba acostado bajo la mesa y, al ver comer a Gaborn, se acercó y se sentó a sus pies con ojos ilusionados y barriendo el suelo con la cola tranquilamente.

Gaborn le arrojó el jugoso hueso de muslo, se sirvió otra barra de pan y siguió comiendo.

Durante todo este tiempo la cabeza le daba vueltas. Aunque alguien vendría para conducirlo fuera del castillo, sabía que no sería tarea fácil, no podría depender de otros.

Reflexionó acerca de varios planes: el castillo de Sylvarresta estaba rodeado por un foso, en la parte oriental fluía un río donde había una rueda para el molino. En el molino habría un varadero donde los miembros de la familia real podían recrearse en barca. Normalmente habría un pasadizo bajo tierra que condujera desde el castillo hasta el varadero. No obstante, este podría estar bien vigilado por los hombres de Raj Ahten; el Señor de los Lobos contaba con nomen que podían ver en la oscuridad. No parecía probable que Gaborn pudiera alcanzar el varadero.

El personal de cocina tendría alguna alcantarilla que diera al río, aunque era improbable. En la cocina no se tiraba nada, los huesos alimentaban a los perros del rey, los restos de verduras y entrañas de animales se arrojaban a los cerdos, las pieles de los animales iban a parar a las curtidurías, y si sobraba algo se utilizaba en los jardines.

Gaborn tendría que escapar por el río, no podía arriesgarse a hacerlo por tierra firme ya que los perros lo encontrarían. Tampoco podía quedarse, no podía esconderse en el castillo y hacer noche; tendría que marcharse antes del anochecer. Una vez que fuera de noche, los cazadores de Raj Ahten comenzarían a buscarlo con ansias de venganza.

La bonita y joven camarera regresó con otra botella de vino, más pan y carne para reponer lo que Gaborn había consumido.

Gaborn se dirigió a ella mientras la otra le daba la espalda:

—Con permiso, soy el príncipe Orden. Necesito alcanzar el río. ¿Sabrías decirme de algún pasadizo que me lleve hasta allí?

Casi enseguida se sintió estúpido, pensó que no debería haber dado su nombre,

aunque necesitaba resaltar el aprieto en que se encontraba y desvelar su nombre era la forma más rápida de hacerlo.

La muchacha lo miró, los ojos castaños reflejaban la luz de la lámpara. Gaborn se preguntó por qué se había despojado de toda sensación. *¿Una aventura amorosa que había acabado mal?, ¿un deseo de no tocar ni ser tocada de nuevo?* La vida no podía resultar fácil para ella, los que cedían el don del tacto no notaban ni el calor ni el frío, ni sentían dolor o placer alguno. De algún modo, todos los sentidos quedaban mermados, oído, vista y olfato.

Por ello, llevaban una vida vacía como si fueran adictos al opio. A menudo se quemaban o se cortaban sin notarlo. Durante el frío invierno, podían congelárseles los miembros y lo sobrellevaban sin quejarse.

Gaborn no sabía a quién había cedido el tacto (si al rey, a la reina o a Iome), pero estaba seguro de que ejecutarían al rey, probablemente en cuestión de horas antes del amanecer, a menos que Raj Ahten quisiera torturar al hombre primero.

*¿Se sentaría esta joven ante el fuego durante la noche esperando que el calor de la hoguera tocara su piel? ¿Saldría al exterior para que la fría neblina le rozara la cara?*

Sin duda la vida no era fácil para ella.

—Hay un sendero en la parte trasera —dijo con voz sorprendentemente ronca y dulce—. El camino del panadero conduce hasta el molino y los abedules del río se inclinan barriendo el agua; igual lo conseguís.

—Gracias —respondió Gaborn.

Se giró con la idea de salir al patio. Aunque deseaba salir del castillo también deseaba asestar un golpe a Raj Ahten. Entre la hierba había visto docenas de marcadores esparcidos allí donde habían estado trabajando los mediadores recientemente.

Los instrumentos, forjados con el valioso metal de sangre de las montañas de Kartish, eran una amalgama de metales que se creían derivados de la sangre humana. Solamente el metal de sangre servía para fabricar los marcadores. Gaborn no podía permitir que Raj Ahten se apoderara de ellos.

Cuando se disponía a marcharse, la camarera le tocó el hombro y dijo:

—¡Llevadme con vos!

Gaborn vio el miedo en sus ojos.

—Me gustaría —contestó bajito—, si sirviera de algo. Pero estarás más segura aquí.

Según su experiencia, los consagrados casi nunca eran valientes. No eran el tipo de gente que aprovechaba la vida, se aferraban a ella; servían a sus señores pasivamente y no sabía si esta joven tendría la fortaleza emocional suficiente para querer huir.

—Si matan a la reina... los soldados me utilizarán. Ya sabéis cómo se ensañan vengativos con los prisioneros consagrados.

Entonces Gaborn comprendió por qué había renunciado a la sensibilidad orgánica, por qué temía que la tocaran, que la lastimaran; por temor a la violación.

La muchacha tenía razón, los soldados de Raj Ahten le harían daño; estos consagrados eran demasiado débiles para defenderse, o aquellos con metabolismos tan lentos que solamente conseguían parpadear cinco veces por hora. Todos ellos formaban parte del señor de las runas, eran apéndices invisibles, la fuente del poder de este. Al respaldar a su señor se oponían a los enemigos de este.

Si ajusticiaban al rey Sylvarresta, estos pobres lisiados no se escaparían del castigo.

Gaborn quería decirle a la doncella que se quedara, que no podía acompañarle; quería contarle lo peligroso que iba a resultar el viaje, pero quizá, para ella, el peligro mayor radicaba en permanecer allí en el torreón de los Consagrados.

—Mi plan es cruzar el río a nado —le contó Gaborn—. ¿Sabes nadar?

La muchacha asintió con la cabeza.

—Algo.

Esta se estremeció ante la idea de lo que pensaba hacer, le tembló la mandíbula y los ojos se le llenaron de lágrimas. En Heredon nadar no era una destreza práctica, aunque, en Mystarria, Gaborn había aprendido los aspectos más importantes de tal arte de la mano de los magos acuáticos. Todavía estaba bajo el embrujo de conjuros protectores que impedirían que se ahogara.

Gaborn se acercó y le estrujó la mano.

—Se valiente. No te pasará nada.

Este se puso en marcha y la joven lo adelantó rozándole el hombro y cogió una barra de pan para ella mientras tomaba carrerilla. En el umbral de la puerta agarró un bastón y un viejo mantón con el que se cubrió la cabeza, y salió disparada.

En una percha cerca de donde había colgado el bastón, Gaborn vio una casaca de panadero, una prenda demasiado gruesa para llevarla puesta cerca de los hornos. Los panaderos solían quitarse toda la ropa salvo un taparrabos mientras trabajaban.

Gaborn se puso la casaca, una cosa mugrienta que olía a levadura y a sudor ajeno y, en su lugar, dejó la elegante casaca azul de Sylvarresta.

Ahora parecía un insignificante criado, excepto por la espada y la daga, pero no podía evitarlo, las necesitaría.

Salió al patio de forma apresurada a fin de recoger los marcadores. El claro cielo de la tarde se había oscurecido. En el patio, las sombras se habían tornado de un negro extrañamente profundo. Los centinelas salían del cuarto de la guardia portando antorchas para iluminar la zona.

Nada más salir por la puerta, Gaborn se percató del error. El portón de madera del torreón de los Consagrados estaba abierto y la guardia de combate de Raj Ahten acababa de entrar a caballo, hombres que hasta el más ingenuo de los observadores opinaría que se movían a mayor velocidad de lo normal, guerreros con tantos dones que Gaborn no les llegaba a la suela del zapato en comparación. Por todo el patio, los

consagrados de Sylvarresta se agrupaban y contemplaban consternados a las tropas de Raj Ahten.

El Señor de los Lobos en persona, justo en el exterior de las puertas, salía del torreón acompañado por Sylvarresta e Iome.

Gaborn echó un vistazo a su alrededor, los marcadores que quería recoger habían desaparecido, se los habían llevado.

Uno de los soldados de la guardia inmovilizó a Gaborn con la mirada, cosa que le aceleró el corazón violentamente; retrocedió, intentando recordar la formación recibida en la Facultad del Conocimiento.

«Un desgraciado, soy un miserable lisiado», quería decir con su pose. «Otro pobre desdichado al servicio de lord Sylvarresta». Sin embargo, la espada decía lo contrario.

*¿Un mudo? ¿Un sordo que aún albergaba la esperanza de batirse?*

Se alejó otro paso introduciéndose en las sombras, encogió el hombro derecho, dejó el brazo muerto y fijó los ojos en el suelo abriendo la boca en actitud de estúpido.

—¡Tú! —gritó el guardia espoleando a su caballo adelante—. ¿Cuál es tu nombre?

Gaborn torció la cabeza para mirar a los consagrados en torno a él como si no estuviera seguro de ser el aludido. Sin esperanza de formar parte del conjunto, fingió una sonrisa de bobo y desenfocó la mirada. Existía un tipo de sujeto que podía darse entre los consagrados a quien podía imitar, algún criado que no había cedido sus atributos, pero que, por apego a su señor, le servía como buenamente podía.

Entornando los ojos y sonriendo abiertamente, Gaborn señaló con un dedo hacia el semental de fuerza.

—¡Ah! ¡Bonito caballo!

—Te he preguntado tu nombre —exigió el soldado con acento taifán.

—Aleson —respondió Gaborn—. Aleson el Devoto.

Y pronunció «devoto» como si de un título nobiliario se tratara. De hecho, era el sobrenombre que se daba a los que se rechazaba como consagrados, aquellos sin ningún valor; tocó la espada torpemente como si fuera a desenfundarla.

—Esto... Voy a ser caballero.

Gaborn consiguió desenvainar la mitad de la espada como haciendo alarde de ella y luego la volvió a enfundar, puesto que el soldado reconocería acero del bueno al verlo.

Pues ya estaba caracterizado, un joven retrasado mental que llevaba una espada con afectación.

En ese momento, un sólido carro se introdujo por el rastrillo, un carromato sin cubierta lleno de hombres encapuchados (con la boca abierta, la mirada ausente, que habían perdido el juicio). Hombres tan débiles después de ceder la fuerza física que no podían levantarse, solo ir tumbados con los brazos colgando fuera del carro;

hombres tan encogidos por haber donado su agilidad que todos los músculos parecían contraídos (espaldas dobladas, dedos de pies y manos retorcidos con la forma de inservibles garras).

Raj Ahten traía a sus consagrados al torreón. Cuatro percherones tiraban del carro, el semental del soldado de la guardia de honor danzaba y daba coces. El recinto no era lo suficientemente grande para tanta bestia, máxime cuando los consagrados deambulaban por allí boquiabiertos.

—Esa es una espada de calidad, muchacho —refunfuñó el guardia a Gaborn mientras su caballo esquivaba el carro—. Ten cuidado no te cortes. —Y con esas palabras de despedida forcejeó para apartarse del carro sin aplastar a los mirones más cercanos.

Gaborn caminó arrastrando los pies hacia delante, a sabiendas de que la mejor manera de deshacerse de alguien era colgarse de él.

—Oh, no está afilada. ¿Queréis verla?

El carromato se detuvo y Gaborn vio a la dama de honor de Iome, Chemoise, en la parte trasera sujetando la cabeza de uno de los consagrados.

—Padre, padre... —lloraba.

Ahí fue cuando Gaborn descubrió que no eran consagrados cualquiera, sino caballeros capturados por Raj Ahten y que traía de vuelta a su patria como trofeos. El hombre que sostenía Chemoise rondaría la treintena y tenía el cabello castaño claro. Gaborn observó a la dama y a su padre, deseaba salvarlos; deseaba haber salvado todo este reino. *A vosotros también*, prometió en silencio, aturdido. *Si me salgo con la mía, os salvaré.*

De las sombras al costado de Gaborn surgió un hombre grueso vestido con ropa sucia que gruñó:

—Aleson, ¡insensato apestoso! No te quedes parado ahí en medio. ¡No has vaciado los orinales de los dormitorios de los consagrados como te dije! Ven y haz tu trabajo y deja a los buenos señores tranquilos.

Ante la sorpresa de Gaborn, el tipo le entregó bruscamente dos cubos llenos de excrementos y orina, y le propinó un capón. Los cubos apestaban y, para uno que poseía dones de olfato, el olor era inaguantable. Gaborn se aguantó las ganas de vomitar, torció el cuello y dirigió al hombre una mirada enfurecida. El fulano era corpulento, de cejas pobladas y barba castaña algo canosa. Entre las sombras parecía un consagrado más con vestimenta mugrienta, pero lo reconoció, era el herbolario de Sylvarresta, un mago poderoso, Binnesman, guardián de la tierra.

—Sácalos a los jardines antes de que oscurezca demasiado —murmuró el herbolario con crueldad—, o te propinaré otra paliza peor que la anterior.

Gaborn cayó en la cuenta de lo que pasaba: el herbolario sabía que los rastreadores de Raj Ahten habían dado con su pista, pero ningún hombre con dones de olfato se acercaría a los cubos.

Gaborn contuvo la respiración y levantó los contenedores a pulso.

—No tropieces en la oscuridad. ¿Debo vigilarte a cada momento? —dijo Binnesman entre dientes.

Mantuvo la voz baja para que no lo oyeran, ya que sabía que los hombres de la guardia de Raj Ahten poseían suficientes dones de oído con los que percibirían los latidos del corazón de Gaborn incluso a esa distancia.

Binnesman lo condujo a la parte trasera de las cocinas donde se tropezaron con la camarera.

—¡Menos mal que lo habéis encontrado! —le dijo a Binnesman susurrante.

El herbolario simplemente asintió con la cabeza y levantó un dedo para advertirle que no hablara, tras lo cual los guio a través de una pequeña puerta de hierro al traspatio del torreón de los Consagrados por un sendero transitado hasta un jardín de hierbas, el jardín del cocinero.

A lo largo del muro meridional del jardín crecían unas parras verde oscuro que trepaban por la pared de piedra. Binnesman interrumpió el paso y comenzó a coger hojas que, por su forma de pala, hasta Gaborn reconoció en la penumbra como cáñamo.

Tan pronto hubo acumulado unas cuantas, Binnesman las enrolló en la palma de la mano y comenzó a machacarlas; para los no entendidos el cáñamo poseía un ligero aroma maloliente, pero era veneno para los perros y huían de él. Además, Binnesman era un maestro entre hechiceros capaz de aumentar los efectos de las hierbas.

Lo que la nariz de Gaborn percibía en aquel instante era indescifrable: la peste aceitosa que trastornaba el estómago era de pesadilla, como el mal personificado. En efecto, la imagen envolvió la mente de Gaborn como si de repente una araña gigante hubiera tejido una tela asesina en el sendero, algo mortífero. Este se imaginaba cómo aquella sustancia afectaría a los perros.

Binnesman esparció las hojas por el suelo y restregó algunas en los talones de Gaborn. Cuando hubo terminado, condujo a este por el jardín del cocinero sin hacer caso al resto de las plantas; saltaron un muro bajo y alcanzaron la muralla del rey, el segundo nivel de las defensas de la ciudad.

Binnesman guiaba a Gaborn por una estrecha calle entre la muralla y la parte trasera de las tiendas de los mercaderes hasta llegar a una pequeña verja con barrotes de hierro, tan pequeña que para pasar tenían que agacharse. Ante la puerta labrada en la muralla, había dos centinelas apostados y con un gesto de Binnesman, uno de ellos sacó una llave y la abrió.

Gaborn dejó los cubos con excrementos en el suelo, quería deshacerse de la carga, pero Binnesman le dijo entre dientes:

—No los dejéis.

Los soldados los dejaron pasar a los tres. Al otro lado de la muralla había un jardín majestuoso, más exuberante y magnífico de lo que Gaborn jamás hubiera visto. Al verse repentinamente a campo abierto, la última luz del día le permitía ver mucho mejor que en la oscuridad de las angostas callejuelas.



Aun así, la palabra «jardín» no parecía la adecuada. Las plantas no estaban mimadas ni dispuestas en hileras, sino que crecían salvajes, en abundancia, y las había en gran variedad por doquier, como si el terreno fuera tan fértil que no pudiera evitar producir las de tal forma.

Por encima de las cabezas crecían unos curiosos arbustos con flores blancas, como estrellas que formaban un arco; trepadoras que escalaban los muros del jardín como si quisieran escapar.

El vergel se extendía unos ochocientos metros a cada lado, ante ellos había un prado lleno de flores y a su espalda un cerrillo cubierto de pinos y árboles raros procedentes del sur y del este.

En este lugar sucedía algo curioso: un naranjo y un limonero crecían junto a un estanque de agua templada, ese tipo de frutales nunca hubieran sobrevivido los duros inviernos de Heredon. Además había otros extraños árboles con hojas peludas y largas frondas, ramas rojas retorcidas que parecían arañar el cielo.

En el prado, un arroyo tintineaba y un grupo de ciervos bebían en un estanque. Las formas pálidas de flores y hierbas brotaban por todos lados y florecían con profusión.

A poniente y levante crecían bosques exóticos.

Incluso a aquellas horas de la tarde, después de anochecer, el zumbido de las abejas inundaba el aire.

Gaborn respiró hondo. Todos los aromas de los bosques, jardines de flores y especias del mundo se introdujeron precipitadamente en sus pulmones; pensó que podía aferrarse a ese perfume para siempre, que reanimaba cada fibra de su ser.

Todo el cansancio y todo el dolor de los últimos días parecían desvanecerse. El perfume del jardín era empalagoso y embriagador.

Hasta ese momento creía no haberse sentido realmente vivo. No deseaba marcharse, no tenía prisa por hacerlo; como si el tiempo se detuviera allí. No, era una sensación de... seguridad, como si la tierra lo protegiera contra sus enemigos al igual que resguardaba a las plantas de Binnesman de las inclemencias del invierno.

Binnesman se agachó y se quitó los zapatos, después hizo una seña para que Gaborn y la camarera lo imitaran.

Debía de tratarse de su jardín, el legendario jardín que, según algunos, Binnesman nunca abandonaría.

Cuatro años antes, tras la muerte del anciano mago Yarrow, algunos eruditos de la Facultad del Conocimiento querían que Binnesman se uniera a ellos y aceptara el puesto de maestro mayor en la Sala de los Poderes Terrestres. Era un cargo de tanto prestigio que muy pocos hechiceros lo habrían rechazado. Pero algunos años antes se había producido un tremendo alboroto porque Binnesman publicó un tratado herbolario catalogando las plantas medicinales que beneficiarían a la humanidad. Un guardián de la tierra llamado Howell criticó el tratado afirmando que contenía muchos errores y que Binnesman había clasificado algunas hierbas poco comunes

erróneamente, que había dibujado plátanos boca abajo y que su aserción sobre la proveniencia del azafrán no era correcta. El azafrán era una especia misteriosa y valiosa procedente de lejanas tierras del sur que Binnesman creía que derivaba de un tipo de flor aunque, según Hoewell, todos sabían que era una mezcla de pólenes acumulados en los picos de los colibríes anidados.

Algunos respaldaron a Binnesman, pero el otro era un gran erudito y un político despiadado que, de algún modo, había logrado humillar y ofender a varios herbolarios de rango inferior. A pesar de haber recibido formación como guardián de la tierra, las artes mágicas de Hoewell versaban sobre la creación de artefactos, un campo distinto al de los herbolarios. No obstante, sus maniobras políticas convencieron a varios eminentes eruditos y Binnesman no pudo ocupar el cargo de maestro mayor en dicha sala.

En la actualidad, algunos decían que este había rechazado el puesto avergonzado y otros que jamás se habría sancionado tal nombramiento. En opinión de Gaborn, esos eran los rumores y las mentiras que Hoewell sembraba, a fin de enaltecerse.

Aunque Gaborn sí se creía el más persistente de todos los rumores: algunos de los hombres buenos de la Facultad del Conocimiento murmuraban que, a pesar de las súplicas de muchos eruditos, Binnesman no quería ir a Mystarria, no por un puesto de prestigio, no abandonaría su adorado vergel.

Al contemplar los árboles exóticos y sentir el aroma de las poco corrientes especias y las flores melosas en el ambiente, Gaborn comprendió que, por supuesto, el herbolario no abandonaría este lugar, no dejaría la labor de toda una vida; era su obra maestra.

Binnesman dio una patadita a la bota de Gaborn. La camarera ya se había descalzado.

—Perdonadme, alteza —dijo Binnesman—, pero debéis quitaros los zapatos porque este terreno no es nada corriente.

Algo aturdido Gaborn obedeció y se quitó las botas. Después se incorporó con el deseo de pasar el día entero paseando por allí.

Con un gesto significativo, Binnesman señaló los cubos con la cabeza. Gaborn levantó tan indeseable carga y todos reanudaron la marcha, cruzaron un manto de romero y menta que despedía un tufillo agradable y purificante al chafarlo con los pies.

Con Binnesman a la cabeza, atravesaron el prado junto a los ciervos, que solamente miraron al anciano guardián de la tierra con nostalgia. Al alcanzar el punto donde crecía un mostajo, un tipo de árbol enorme, de cono perfecto, lo examinó unos segundos y dijo:

—Aquí es.

Cavó un hoyo pequeño entre los despojos bajo el árbol e indicó a Gaborn que se acercara con los excrementos. Este hizo como le indicaban y Binnesman los vació en el agujero. Algo produjo un sonido metálico, entre las heces Gaborn observó varios

objetos oscuros de metal.

Sobresaltado, Gaborn reconoció los marcadores de Sylvarresta.

—Venga —dijo Binnesman—, no podemos dejar que caigan en manos de Raj Ahten.

Y recogiendo los instrumentos los volvió a meter en los cubos sin hacer caso de la mierda que le cubría las manos.

Binnesman se introdujo en el arroyo y enjuagó los marcadores uno a uno. Luego, los colocó todos juntos en la orilla, cincuenta y seis marcadores. El sol se había puesto hacía casi media hora y los instrumentos asemejaban sombras negras en el suelo.

Cuando el mago hubo acabado, Gaborn se arrancó un trozo de tela de la casaca e hizo un fardo con los marcadores. Al levantar la cabeza vio que Binnesman lo estudiaba con los ojos entornados en la luz crepuscular. El herbolario parecía ensimismado; tenía los formidables carrillos caídos, no era un hombre alto, pero era ancho de hombros, corpulento.

—Gracias por rescatar los marcadores —dijo Gaborn.

Binnesman no contestó, simplemente seguía examinándolo como si intentara penetrar los ojos de Gaborn o intentara memorizar cada uno de los rasgos de este.

—Bueno —dijo tras una larga pausa—, ¿quién sois?

Gaborn soltó una risotada.

—¿Acaso no lo sabes?

—Sí, el hijo del rey Orden —farfulló Binnesman—. Pero ¿quién más sois? ¿Qué compromisos habéis contraído? Un hombre se define por sus compromisos.

Gaborn temía la forma en que el guardián de la tierra había pronunciado la palabra «compromisos», estaba seguro de que se refería al juramento que había hecho a la princesa Sylvarresta aquella misma tarde. Una promesa que prefería guardar en secreto, o quizá el hechicero se refería a la promesa de salvar a la camarera, o la que había suscrito en silencio para salvar a Chemoise y a su padre. Por alguna razón, creía que tales compromisos ofenderían al herbolario.

Aquel miró a la muchacha de la cocina, quien estaba de pie con los brazos cruzados como si temiera tocar algo.

—Soy un señor de las runas, uno vinculado por un juramento.

—Ummm... —masculló Binnesman—. Creo que con eso basta, estáis al servicio de algo más grande que vos. ¿Por qué estáis aquí en el castillo de Sylvarresta hoy y no la semana que viene cuando vuestro padre tenía prevista su llegada?

Gaborn dio una respuesta sencilla:

—Me envió antes de tiempo puesto que quería que viera el reino, que me enamorara de sus tierras y de su gente, como así ha sucedido.

Binnesman asintió pensativo mientras se acariciaba la barba.

—¿Y os gustan? ¿Qué os complace de estos dominios?

Gaborn quiso decir que los admiraba, admiraba la belleza de un reino tan fuerte,

casi perfecto, pero el tono de Binnesman (un tono muy respetuoso al pronunciar la palabra «dominios») hizo pensar a Gaborn que no hablaban de la misma cosa. A lo mejor sí, *¿no formaba este jardín parte de Heredon?, ¿no eran los árboles exóticos recogidos en rincones lejanos del mundo parte de Heredon?*

—El conjunto me resulta admirable.

—¡Ja! —refunfuñó Binnesman mirando los arbustos y los árboles a su alrededor—. Esto no verá la luz del alba. Los tejedores de llamas, ¿comprendéis?... Sus artes mágicas son artes destructoras, las mías conservadoras. Sirven al fuego, y su señor no les permitirá recobrar la forma humana hasta que hayan alimentado a las llamas. ¿Qué mejor pasto que este jardín?

—¿Qué será de ti? ¿Te matarán? —preguntó Gaborn.

—No... eso no lo tienen al alcance de su poder. Hemos llegado al cambio de estación y pronto mis ropas se tornarán rojas.

Gaborn se preguntaba si lo decía en sentido literal. La ropa del anciano era de color verde oscuro, el color de las hojas en pleno verano, *¿cambiaba de color por sí sola?*

—Puedes venir conmigo, te ayudaré a escapar.

Binnesman negó con la cabeza.

—No tengo necesidad de huir, también soy médico y Raj Ahten querrá que le atienda.

—¿Lo harás?

Binnesman susurró:

—Tengo otros compromisos.

Y dijo «compromisos» con la misma extraña entonación con la que hablaba de los dominios.

—Pero vos, Gaborn Val Orden, debéis huir.

En aquel instante, Gaborn percibió el ladrar, los gruñidos y el escandaloso aullar distante de los perros de guerra.

Los ojos de Binnesman se movieron de un lado a otro.

—No temáis, los perros no atravesarán mi barrera. Los que lo intenten perecerán —dijo con cierta tristeza.

A Binnesman le pesaba tener que matar a los mastines, con un gruñido salió del arroyo, los hombros caídos como si algo lo inquietara. Ante la sorpresa de Gaborn el mago se agachó en la oscuridad casi total, arrancó una parra de la orilla y le dijo a este:

—Remangaos, presiento una herida en estado de supuración.

Gaborn obedeció y Binnesman colocó las hojas sobre la herida y las sujetó con la mano. De forma inmediata, las hojas comenzaron a extraer el calor y el dolor. Aquel se bajó la manga con cuidado y dejó que la camisa sujetara la cataplasma.

Como por hablar de algo les preguntó a ambos:

—¿Cómo os sentís?, ¿cansados, nerviosos, hambrientos?

Binnesman empezó a pasearse por el prado y, mientras lo hacía, se agachaba entre las sombras y arrancaba hojas por aquí y flores por allá. Gaborn se cuestionaba cómo podía encontrarlas en la oscuridad, como si el mago hubiera memorizado dónde crecía cada una, la posición exacta. El hechicero restregó los pies de Gaborn con tomillo de limón en principio y luego con algo más picante. Se detuvo para recoger tres flores de borraja de cinco pétalos cada una, cuyas hojas azules brillaban tenuemente en la noche, y, con cuidado, las puso entre los dedos y tiró de ellas para conservar los estambres entre los pétalos. Le dijo a Gaborn que se comiera los melosos pétalos y este así lo hizo, sintiendo una repentina y brusca sensación de calma que se apoderaba de él; cierta intrepidez que nunca pensó que sentiría bajo tanta presión.

El herbolario le dio otras tantas a la camarera, y también romero para combatir la fatiga.

Binnesman se dirigió hacia una pendiente cubierta de hierba, alargó el brazo y quebró el tallo de un arbusto en flor.

—Ojo brillante —murmuró al coger el tallo.

Una savia aromática y aceitosa goteaba del pedúnculo, con ella Binnesman dibujó una raya sobre las cejas de Gaborn y otra en la parte superior de la mejilla.

Súbitamente, las sombras no parecían tan densas y este se maravilló. Aunque poseía dones de vista y podía ver bastante bien en la oscuridad, nunca había imaginado nada como esto: como si el herbolario le hubiera otorgado otra media docena de dones en cuestión de segundos.

No es que Gaborn apreciara más la luz, sino que cuando fijaba la vista en algo que no hubiera reconocido, después de algunos minutos de examen y escrutinio en la oscuridad, ahora distinguía las formas y los colores sin forzar la vista.

Miró hacia el bosque y divisó la figura de un hombre, una sombra oscura, escondido entre los árboles. Un hombre alto con la armadura puesta, fuerte. De no haber sido por el ojo brillante nunca lo habría vislumbrado. Se preguntó qué haría allí aquel tipo, pero, aun así, sabía que encajaba en el entorno.

Cuando Binnesman terminó de aplicarle la hierba a la sirvienta, le dijo en voz baja:

—Guarda este tallo en el bolsillo, igual necesitáis savia fresca antes del amanecer.

Gaborn cayó en la cuenta de que el mago no solamente charlaba por charlar al preguntarles cómo se sentían, y que seguramente los estaba preparando para la huida entre las tinieblas. La ayuda que proporcionaban las plantas restregadas por la piel disimularía su rastro, despistaría a los rastreadores; las otras aumentarían sus habilidades.

Todo esto les llevó menos de tres minutos, tras lo que el herbolario comenzó a hacer preguntas más agudas. Se dirigió a la joven:

—¿Estás muy cansada? ¿Te latió muy deprisa el corazón con la borraja? Te podría dar una escutelaria, pero no quiero sobrecargarte.

Otras veces hablaba rápidamente dando órdenes a Gaborn.

—Guardad estas semillas de amapola en el bolsillo y mascadlas si os hirieren, os aliviará el dolor.

Los condujo a la arboleda, donde tres oscuros árboles con las ramas retorcidas se erguían estirados como grandes bestias, con dedos como ramillas y extremidades cubiertas de musgo, árboles que formaban un corro negro que cercaba un claro. En aquel lugar, Gaborn se sintió asfixiado y coartado. La proximidad de los árboles le daba la sensación de ser observado y juzgado, y que de pronto lo despacharían. En aquel lugar, la tierra lo rodeaba, la notó bajo sus pies, en los árboles del entorno que casi lo tapaban, podía olerla en el barro, en el moho de las hojas, en los árboles vivientes.

Binnesman se detuvo entre los muchos arbustos pequeños que se acurrucaban en un montecillo cerca del centro del claro.

—Esto es ruda, si se coge al alba posee cierto efecto medicinal y culinario, pero si se coge después del anochecer es una planta irritante. Gaborn, si los rastreadores se aproximan en la dirección del viento podéis lanzársela a los ojos o al fuego, el humo que se produce es muy nocivo.

Gaborn no se atrevía a tocar la planta, incluso acercarse a los arbustos le encogió los pulmones y le hizo llorar. Binnesman se acercó a uno de ellos y arrancó algunas flores amarillas y marchitas, también les quitó las hojas sin reacción ninguna.

La camarera tampoco quiso acercarse, aunque ella no sentía nada, estaba acostumbrada a ser cautelosa.

El herbolario volvió la mirada hacia Gaborn y susurró:

—No hace falta que andéis con temor.

Pero Gaborn sabía que no era así.

Binnesman alargó la mano hacia los pies.

—Tomad.

Había cogido un puñado de tierra fértil y margosa, y la dejó en la palma de Gaborn.

—Quiero que suscribáis otro compromiso —dijo Binnesman de esa forma especial que le indicaba al otro que esto iba en serio.

Habló de forma grave y ceremoniosa, semejante a un cántico.

Gaborn estaba aturdido ante lo que estaba pasando, asustado.

Al tomar la tierra en la mano fue como si el suelo se abriera bajo sus pies. De repente, se sentía tan cansado. La tierra era una pesada carga, como si pesadísimas rocas ocultas se escondieran en ella.

*El mago tiene razón, pensó Gaborn. Este terreno no es nada corriente.*

—Repetid conmigo: yo, Gaborn Val Orden, prometo solemnemente que jamás lastimaré a la tierra, que dedicaré mi ser a captener la simiente de la humanidad en los aciagos tiempos que se avecinan.

Binnesman miró a Gaborn fijamente, sin parpadear y conteniendo el aliento,

esperando a que Gaborn repitiera el juramento.

En el fuero interno de este algo se estremecía, notaba como la tierra que sostenía en la mano le producía un cosquilleo en la consciencia, una presencia, una presencia poderosa.

Se trataba de la misma presencia que había reconocido el día anterior en Bannisferre cuando sintió el impulso de pedirle a su guardaespaldas Borenson que contrajera matrimonio con Myrrima.

Aunque en ese momento, la presencia se manifestaba muchísimo más latente; daba la sensación de que se movían las rocas y los árboles respiraban. Una curiosa fuerza pulsante palpitaba bajo sus pies, como si el suelo temblara en actitud expectante. Sí, a través de los pies descalzos podía sentir la fuerza de la tierra alzándose bajo él.

Y Gaborn comprendió que había estado dirigiéndose hacia este destino durante días: *¿no le había dicho su padre que viniera y aprendiera a amar la tierra?, ¿qué Elemento había inspirado a su padre a decir aquello?*

Además, en la posada de Bannisferre donde Gaborn había bebido el vino de baya pocha, el mejor vino que jamás había probado, con la inicial «B» en el tapón de cera, también sintió esa fuerza.

Ahora ya sabía, sin necesidad de preguntar, que Binnesman había preparado aquella botella de vino. *¿De qué otro modo hubiera tenido tan maravilloso efecto?* El brebaje le había acelerado el pensamiento, lo había guiado hasta allí.

Gaborn temía pronunciar el juramento del hechicero y convertirse en servidor de la tierra. *¿Qué exigiría tal promesa?, ¿se convertiría en guardián de la tierra como Binnesman?* Gaborn ya se había comprometido mediante otros juramentos que consideraba sagrados y, como había dicho Myrrima, se tomaba las promesas muy en serio.

Aunque, por otro lado, temía no pronunciar el juramento. Incluso ahora, los rastreadores de Raj Ahten iban tras él, necesitaba ayuda para escapar y quería que Binnesman lo ayudara.

—Te lo prometo —le dijo a Binnesman.

Binnesman se rio entre dientes.

—No, insensato. A mí no me lo tenéis que jurar, prometedlo a la tierra que lleváis en la mano y sobre la que os alzáis. Pronunciad el juramento completo.

Gaborn abrió la boca con plena conciencia de cómo el herbolario estaba pendiente de cada palabra, de cómo este juramento era más trascendente de lo que podía adivinar. Se preguntó cómo mantendría un equilibrio y cumpliría con su promesa a la tierra y a Iome.

—Yo —comenzó a decir Gaborn cuando la tierra tembló a sus pies.

A su alrededor, en el campo y entre los árboles del jardín todo quedó inmóvil: no corría ni un soplo de viento, los animales no bramaban, los árboles oscuros del entorno hicieron amago de alargarse cortando el paso a la luz.

*Oscuridad, tinieblas. Estoy bajo tierra*, pensó Gaborn. Echó un vistazo a su alrededor, asombrado, ya que hasta entonces la noche había estado en calma. Justo en ese instante, reinaba una quietud total sobre la faz de la tierra, y este intuyó que la extraña y poderosa presencia se precipitaba hacia él.

La reacción de Binnesman fue la de apartarse de la ruda, quedó en actitud de asombro, mirando a su alrededor; junto a los pies de este, el suelo empezó a retorcerse y la hierba a abrirse como si un magnífico velo de tela estuviera rasgándose.

De los arbustos al borde de la arboleda apareció un hombre, una figura negra que salía de las sombras. La forma que Gaborn había divisado hacía unos momentos cuando Binnesman terminaba de aplicarle el ojo brillante, pero nunca habría imaginado la verdadera apariencia de la criatura.

Pues no era un mortal, sino más bien un ser de polvo hecho de fértil tierra negra cuyos rasgos estaban formados por unas minúsculas motas de tierra y chinas pegadas.

Gaborn reconoció la silueta de Raj Ahten acercándose a él. O, mejor dicho, un ser de polvo que semejava Raj Ahten en aspecto y andaba por la arboleda con la armadura completa, frunciendo el ceño imperiosamente, con el largo yelmo de alas de lechuza desplegadas, negro como el ónice.

De inmediato Gaborn quedó paralizado de terror, cuestionándose el significado de tal aparición; miró a Binnesman, pero el hechicero había retrocedido boquiabierto.

La criatura de polvo clavó la mirada en Gaborn con una expresión de desprecio burlón en el semblante. Ante un espectador fortuito y mezclado con las sombras de los árboles, tal visión hubiera parecido algo humano, salvo por la ausencia de color. Las pestañas, las uñas, cada rasgo y cada fibra de la vestimenta estaban perfectamente formados.

Entonces la Tierra habló.

El ser de polvo no movía la boca, sino que las palabras parecían provenir de todas partes, la voz era como el sonido del viento que suspira en el prado o que silba entre picos solitarios, como el gemir de las rocas que bajan el arroyo o que ruedan pendiente abajo.

Gaborn no entendía nada, aunque las reconocía como lenguaje. Junto a él, Binnesman escuchaba atentamente e interpretó:

—Os pregunta, Gaborn, si como hijo del hombre juraréis la tierra.

De nuevo se oyeron los raros sonidos y Binnesman quedó pensativo durante un instante y añadió:

—Decís que amáis la tierra, pero ¿cumpliríais tales promesas ante mí, ante la máscara de un enemigo?

Gaborn miró a Binnesman esperando una respuesta y el mago asintió con la cabeza, lo instaba a dirigirse directamente a la Tierra.

Este jamás había visto nada parecido a esta criatura ni oído leyendas sobre ella. La Tierra se había presentado ante él, asumido una forma que Gaborn podía asimilar.



Algunos hombres afirmaban haber mirado el fuego y haber vislumbrado la cara del Elemento creador, aunque según Gaborn el Fuego era el más accesible de todos los elementos y el Aire el que menos. A su conocimiento nunca había llegado que la Tierra se manifestara de esta manera.

—Sí, amo la tierra —dijo Gaborn por fin.

El curioso clamor de distantes sonidos se alzó de nuevo.

—¿Cómo puedes amar lo que no entiendes? —preguntó Binnesman como intérprete.

—Amo lo que entiendo, supongo que amaría el resto —contestó Gaborn, intentando ser sincero.

La Tierra sonrió burlona, los pedruscos retumbaron, y Binnesman dijo:

—Un día me entenderás. El día en que tu cuerpo se mezcle con el mío. ¿Temes tal día?

La muerte, la Tierra quería saber si Gaborn temía a la muerte.

—Sí —dijo, sin atreverse a mentir.

—Entonces no puedes amarme plenamente —murmuró la Tierra—. ¿Apoyarás mi causa a pesar de ello?

Era Raj Ahten, se parecía tanto a este. Gaborn sabía lo que la Tierra esperaba de él, algo más que amar la vida, algo más que prestar servicio a los hombres: deseaba la aceptación de la muerte y la descomposición, la esencia de la Tierra.

Una expresión desconocida asomaba en el rostro de la Tierra, emociones que no eran humanas. Gaborn se fijó en los ojos, los cuales evocaban ciertas imágenes: unos pastos al sur de Bannisferre donde las rocas blancas sobresalían entre la verde hierba como dientes; las pintorescas montañas moradas de Alcair en la distancia, al sur de casa. Y aún más: vastas brechas, cavernas y cañones subterráneos, lugares nunca vistos. Varios subsuelos de muchos colores y toneladas de rocas oscuras y amorfas a tal profundidad que ningún hombre podía asimilarlo, ninguno podía comprenderlo. Gemas, barro y hojas descomponiéndose en el suelo del bosque entre los huesos de hombres. Olores a azufre y ceniza, plantas y sangre. Ríos tintineantes y que fluían hacia los rincones más hondos del mundo, mares infinitos sobre la faz de la tierra como lágrimas dulces.

No es posible que me conozcas, decía la Tierra, no me puedes comprender. Solamente ves la superficie. Aunque me quieres como aliado, también debo ser tu enemigo.

Gaborn examinó cada palabra del juramento concienzudamente, se cuestionaba si podría cumplirlo.

—¿Por qué deseas que preste este juramento? —preguntó Gaborn—. ¿Qué significa no herir a la tierra? ¿Qué significa captener la simiente de la humanidad?

En esta ocasión, Binnesman no vaciló al traducir la respuesta de la Tierra, respuesta que sonó más al susurro del viento que a un quejido.

—Que no te interpondrás en mi camino —dijo la Tierra apoyándose

despreocupadamente en el tronco de un oscuro árbol que parecía acurrucarla como si fuera una mano. Intentarás conocer mi voluntad y aprender a servirme de la mejor manera posible.

—¿En calidad de qué? —inquirió Gaborn intentando matizar lo que la Tierra le pedía.

Siguió el clamoroso estruendo y Binnesman frunció el entrecejo como si no encontrara las palabras. La Tierra dijo:

—Al igual que tú no me comprendes, yo no te comprendo. Pero lo que sé es que amas a tu gente y deseas su bienestar; quieres salvar al hombre.

»Hubo un tiempo en que el Fuego sentía afecto por nosotros, cuando el sol nos calentaba de cerca. Aquellos tiempos pasaron, empero. En esta época tenebrosa, necesito que otros aboguen por mi causa. Lo que te pido es que salves los vestigios de la humanidad.

A Gaborn le dio un vuelco el corazón.

—¿Que los salve de qué?

Chsss, dijo la arboleda.

—Del Fuego. Toda la naturaleza se halla desequilibrada. Eso que vosotros llamáis «el primer Elemento» lleva un tiempo adormecido, pero despertará pronto y arrasará el mundo, trayendo consigo la muerte. La esencia del Fuego es ir en busca de algo que consumir para crecer, lo destruirá todo.

Gaborn entendía lo suficiente de magia como para saber que la unión de los cuatro Elementos creaba vida, la alianza entre ellos era algo inestable ya que cada uno favorecía un tipo de vida. El Aire amaba a las aves, el Agua a los peces, la Tierra a las plantas y a las cosas que le trepaban por la cara. El Fuego solamente amaba a las serpientes y a las criaturas de las tinieblas. La Tierra y el Agua eran elementos de estabilidad, el Aire y el Fuego todo lo contrario. Aquella era protectora y, junto con el Agua, velaban por la naturaleza.

Gaborn llegó a la pronta conclusión de que al ser un señor de las runas, príncipe de Mystarria, un país poderoso en cuanto a artes mágicas acuáticas que adoraba la tierra, la Tierra intentaba aliarse con él.

—Deseas mis servicios —dijo Gaborn—, y solamente un insensato rechazaría tal oferta. He de salvar a alguien y esto lo haré con mucho gusto. Pero ¿qué me ofreces a cambio?

Los pedruscos retumbaron de nuevo y, por allí cerca, el suelo soltó vapor mientras la Tierra se reía. No obstante, Binnesman no sonreía al traducir.

—Únicamente solicito que salves la simiente de la humanidad. Si lo consigues, la obra misma será tu recompensa. Rescatarás a aquellos que merecen vivir.

—Si lo consigo ¿dices? —preguntó Gaborn.

Un viento solitario sopló entre los árboles.

—En otros tiempos, sobre la tierra existían los toth, los duskin... Cuando acabe esta era siniestra, también la humanidad será solamente un recuerdo.

A Gaborn casi se le congela el corazón. En un principio había pensado que la Tierra quería que salvara a la gente de Heredon de las garras de Raj Ahten, pero algo más peligroso que una guerra entre dos naciones los acechaba, algo más devastador.

—¿Qué va a suceder?

Otra vez el viento siseó mientras la Tierra hablaba en voz baja. Binnesman se limitó a fruncir el gesto durante largo rato y luego contestó:

—Gaborn, no puedo transmitirte lo que dice la Tierra, es demasiado difícil de traducir. No sabría responderte completamente. Ni siquiera ella misma está segura de la respuesta, solamente los señores del tiempo pueden ver el futuro aunque la Tierra intuye un aniquilamiento a gran escala. El cielo quedará ennegrecido por el humo y todo arderá. El sol del mediodía brillará a duras penas, teñido de color sangre. Los mares quedarán saturados de ceniza. Esto... No puedo desenredarlo todo, es una maraña enorme.

El hechicero calló y Gaborn apreció que su cara había palidecido, como si intentar interpretar las palabras de la Tierra supusiera un gran esfuerzo hasta para él. O quizá las cosas que había descubierto lo aterrorizaron hasta la médula, tanto que ya no pudo hablar más.

Gaborn no estaba seguro de cómo cumplir con la promesa. Sin embargo, no importaba lo que exigiera, debía prestar juramento. Se arrodilló y juró:

—Yo, Gaborn Val Orden, prometo solemnemente que jamás lastimaré a la tierra, que dedicaré mi ser a captener la simiente de la humanidad en los aciagos tiempos que se avecinan.

A este le temblaba todo el cuerpo. El hombre de polvo se inclinó hacia delante hasta que el yelmo casi rozó la frente de Gaborn; el viento le sopló en los oídos, y la tierra retumbó, siniestra. Binnesman pronunció la respuesta con voz ronca:

—Te exigiré que cumplas con ello, aunque con el tiempo me maldigas.

La Tierra alzó dos dedos de polvo, el índice y el corazón izquierdos y marcó una runa en la frente de Gaborn. Al terminar, posó los dedos en los labios de este y Gaborn abrió la boca, entonces la Tierra introdujo los dedos y aquel los mordió percibiendo el sabor de tierra limpia con la lengua.

En ese instante, los filamentos de pelo de la criatura de polvo se deshicieron, los músculos se aflojaron, hasta que solamente quedó un barrizal en el suelo.

Inmediatamente, la asfixiante presencia del poder de la Tierra disminuyó; los finos rayos de luz penetraron entre los árboles y Gaborn respiró hondo.

Binnesman, hasta ahora inmovilizado, tenía el rostro pálido y contempló el montón de polvo sobrecogido; se agachó y, de forma reverencial, metió el dedo y se lo llevó a la boca. Cogió una pizca de tierra y la espolvoreó por encima del hombro izquierdo de Gaborn, después por el derecho, luego por la cabeza mientras proclamaba:

—¡La tierra cura, la tierra os oculta, la tierra os hace suyo!

»Y ahora —susurró posando las manos sobre los hombros de Gaborn—, Gaborn

Val Orden, os nombro Hijo de la Tierra a todos los efectos. Tal cual servís a la Tierra, así ella os servirá.

En el claro aún olía a ruda, pero el aroma ya solo le producía picor en la nariz. Gaborn se acercó al arbusto, acarició una de las amarillas flores marchitas y arrancó unas cuantas hojas de los tallos.

Se volvió para mirar a Binnesman, cuyo semblante había quedado marcado por el asombro.

Cuando Gaborn hubo terminado de coger una docena de hojas, Binnesman farfulló:

—No necesitáis diezmar una aldea entera. Vamos, el tiempo apremia.

El mago machacó las hojas con las manos y al abrirlas de nuevo, las hojas aparecieron hechas polvo. Binnesman soltó la limosnera que llevaba colgada al cuello, metió las hojas desmenuzadas y colgó la bolsa de la garganta del otro.

Gaborn permanecía rígido con el deseo de hacer mil preguntas. Al entrar en este enredado vergel salvaje se había sentido seguro, cobijado, aunque ahora reconocía que no les sobraba tiempo y tenía una sensación de perentoriedad; no había tiempo para hacer preguntas.

La camarera había estado de pie al borde del claro todo este tiempo con una expresión de temor en el rostro. Binnesman condujo a ambos cuesta abajo hacia el muro sur del jardín, y se apresuraron por el sendero estrecho. Gaborn apretaba los marcadores con una mano y con la otra agarraba la empuñadura de la espada.

Se sentía tan extraño, adormilado; deseaba descansar, contar con tiempo suficiente para aclarar las ideas.

Cuando alcanzaron el otro extremo del prado, bajo la sombra de los árboles exóticos, Gaborn oyó un griterío en la retaguardia y echó un vistazo por el camino andado.

Ya casi era totalmente de noche, podía discernir luces en las atalayas del torreón de los Consagrados y más abajo en el de los Soldados, y también procedentes de los aposentos del rey. Unas cuantas estrellas comenzaron a brillar solitarias en el firmamento, lo cual le sorprendió porque el ojo brillante mejoraba tanto su visión que no parecía de noche.

Aunque pendiente arriba, por el camino detrás de ellos, apareció la figura de un hombre encendido, mucho más rutilante que cualquier otra luz. Llamas verdes ardían sobre los hombros como lenguas de serpiente que lamían la piel limpia del cráneo despojado de cabello.

El tejedor de llamas se encontraba aún al otro lado de la verja, la misma por la que minutos antes habían penetrado en el jardín. Los centinelas retrocedieron ante la presencia del brujo y este extendió el brazo; un rayo de luz que estalló ansioso de la palma de la mano derritió y deshizo la puerta de hierro. El tejedor de llamas cruzó por donde había estado la puerta ahora destruida y entró en el jardín.

Detrás de este aparecieron los rastreadores de Raj Ahten, hombres vestidos de

negro que buscaban el rastro de Gaborn.

—¡Deprisa! —susurró Binnesman.

Si de hombres normales se hubiera tratado, Gaborn no los habría temido, pero intuía que estaba participando en algo más que una lucha entre mortales: el Fuego lo perseguía.

Siguieron corriendo entre los árboles por un terreno fangoso en trayectoria paralela al arroyo, apenas a unos cientos de metros pendiente abajo el arroyo se unía al río Wye y Gaborn esperaba encontrar la manera de escapar por allí. La joven y el hechicero no podían mantener la misma velocidad que él. Gaborn franqueó unos arbustos bajos de un salto y en pocos segundos había alcanzado una casita hecha de zarzos encalados y tejado de paja.

—Debo regresar y salvar mis semillas —siseó Binnesman—. Rowan, tú conoces el camino que conduce al molino, lleva a Gaborn hasta allí. ¡Que la Tierra sea con vosotros!

—Venga —dijo Rowan—, por aquí.

Alargó el brazo hacia atrás para coger la manga de Gaborn y lo condujo por una calzada de ladrillo. Este la siguió aprisa con una nueva sensación de perentoriedad, en los terrenos a su espalda oía gritos. Todavía llevaba las botas en la mano y cada paso que daba le recordaba dolorosamente la necesidad de ponérselas, aunque Rowan corría por encima del accidentado pavimento sin cuidado alguno ya que no sentía nada.

A pesar de todo, mientras corría, Gaborn seguía asombrado, maravillado, incapaz de asumir todo lo que acababa de suceder. Deseaba detenerse y tomarse su tiempo para deliberar, aunque sabía que en aquel instante era peligroso hacerlo.

En los lindes del jardín, Gaborn instó a Rowan a que se parara para que se pusiera los zapatos, antes de romperse todos los huesos de los pies.

Rowan obedeció y Gaborn se colocó las botas, tras lo cual echaron a correr con más velocidad.

Aquella cruzó la puerta de jardín a toda prisa por una calle que daba a las caballerizas del rey, un enorme edificio de madera nueva. Rowan abrió una de las puertas.

Dentro había un mozo durmiendo entre la paja que gritó alarmado, pero Rowan y Gaborn cruzaron por su lado corriendo y pasaron las grandes casillas de largo. Allí, colgados del techo en eslingas estaban los caballos consagrados del rey (caballos despojados de inteligencia, fuerza, resistencia o metabolismo) que habían cedido sus dones para que los caballos de fuerza del monarca poseyeran aún más fuerza. Rowan corrió dejando las casillas atrás y salió por la puerta trasera. En el exterior, el mismo arroyo que fluía por el jardín del mago atravesaba un corral embarrado donde los caballos piafaban y relinchaban de miedo. El arroyo se introducía por debajo del muro de piedra, la muralla exterior de las defensas de la ciudad.

Gaborn no podía escalar el muro pues medía unos quince metros de altura. En vez

de eso, Rowan reptó por debajo del muro donde la piedra se había ido erosionando con el tiempo. La hendidura era estrecha, demasiado angosta para un soldado con armadura; aunque la delgada joven y Gaborn consiguieron apretujarse, mojándose con el agua helada.

El riachuelo fluía cuesta abajo por un empinado campo verde y estaba bordeado por sauces blancos.

Gaborn levantó la cabeza y divisó a un arquero apostado en la muralla justo encima de ellos. El arquero miró hacia abajo y los vio escapar, pero deliberadamente hizo la vista gorda mirando hacia el otro lado.

Era una zona despejada cerca de las murallas donde los arqueros podían disparar desde lo alto. Gaborn nunca se hubiera introducido a hurtadillas en el castillo por allí sin ser visto.

La ladera se hacía bastante más empinada debajo de los sauces, y conducía a una hondonada de abedules y alisos tan oscura que Gaborn no distinguía nada. No obstante, se trataba de un pequeño bosquecillo, un triángulo de árboles de apenas unos doscientos metros de largo por cien de ancho.

Gaborn divisaba el río entre los árboles, ancho y negro; percibía el suave murmullo del agua.

Entonces se paró y agarró el tobillo de Rowan para impedir que siguiera arrastrándose. Al otro lado del río se observaba cierta agitación: los nomen y los gigantes frowth preparaban los campamentos en la penumbra. Los nomen eran sombras negras entre los campos de trigo, encorvados y con garras. Gaborn sabía que los nomen, que preferían abalanzarse sobre sus víctimas desde los árboles a la luz de las estrellas, veían en la oscuridad, pero no estaba seguro de cuánto.

Los nomen habían llegado por mar hacía unos mil años, pero los señores de las runas los habían exterminado casi del todo, incluso se atrevieron a cruzar el mar Caroll y adentrarse en las tenebrosas tierras de los nomen a fin de diezmarlos. Tanto hacía que el hombre había acallado los gritos de guerra de aquellos. Los nomen no eran feroces guerreros, aunque sí astutos luchadores en la oscuridad. En la actualidad, no eran más que una leyenda y, a pesar de ello, se rumoreaba que habitaban las montañas Hest, pasado Inkarra, y que en ocasiones robaban niños para comérselos. Los inkarranos nunca habían podido exterminar del todo a las criaturas de los bosques pluviales. Gaborn no sabía si creerse tales historias del todo; igual los nomen podían verlo en aquel momento.

Por el lado izquierdo, el bosque se espesaba y Gaborn descubrió una presa derivadora hecha de rocas. En el molino, la enorme rueda producía un gran estruendo con el rechinar y el chapoteo del agua.

—Déjame que vaya delante —susurró.

Lentamente se desplazó entre los sauces, serpenteando sobre el estómago y sin querer atraer la atención de los nomen al otro extremo del río hasta que hubieran alcanzado el abrigo del bosque.

Ya se encontraban en el exterior de la muralla de la ciudad, sobre una empinada orilla con vistas al río Wye del lado este y el foso del lado sur. Gaborn ansiaba que Raj Ahten no hubiera emplazado soldados por aquella zona.

Despacio condujo a Rowan hacia el interior del bosquecillo con cuidado de no quebrar ninguna ramilla. En lo alto de las colinas a su espalda, procedentes del centro del castillo de Sylvarresta, percibía el sonido de llantos de consternación en la distancia y gritos; a lo mejor había estallado una contienda.

Otros gritos cercanos se mezclaban con el estrépito, los aullidos de los batidores gritando en taifán:

—¡Por allí! ¡Mirad por aquí! ¡Tras él!

Los rastreadores de Raj Ahten exploraban el terreno al otro lado de la muralla de la ciudad.

Gaborn se arrastró pendiente abajo manteniéndose entre los árboles hasta que él y Rowan alcanzaron el río.

Una vez allí, escudriñó la orilla opuesta desde el espesor de la oscuridad.

En la colina de la retaguardia se había declarado un incendio, olía a humo. El jardín de Binnesman estaba ardiendo, llamas como haces de luz escupidos por un amanecer violento.

Gaborn distinguió gigantes al otro lado del río, vetustos seres con crines peludas sobre cuyos ojos plateados se reflejaban las llamaradas. Los nomen merodeaban entre ellos, desnudos, sombras que se cubrían los ojos debido a la conflagración.

A pesar de que se acercaba el otoño, el nivel del río era bajo, ya que en las últimas semanas no había llovido demasiado. Gaborn temía que aunque buceara muy cerca del fondo los nomen pudieran verlo... Sin embargo parecía que la ciudad entera iba a quemarse y de momento los nomen habían quedado cegados de algún modo.

Gaborn se acurrucó en la penumbra y señaló algunas ramas que Rowan debería esquivar a cada paso.

De repente, oyó el chasquido de una rama, se giró y desenvainó la espada. Uno de los rastreadores de Raj Ahten se encontraba sobre la cresta superior, semioculto entre los árboles, encuadrado por el resplandor de las llamas ardientes en el jardín del hechicero.

El hombre no se precipitó sobre Gaborn y Rowan, sino que permaneció allí en silencio, con la confianza de que la noche lo ocultaba. Rowan se detuvo ante el ruido y miró pendiente arriba; por lo visto no veía al tipo.

El fulano vestía toga oscura y chaleco de cuero laqueado a modo de armadura, y portaba la espada desenfundada en una mano. Solamente gracias al ojo brillante que Binnesman le había dado a Gaborn podía este distinguir al batidor.

De lo que no podía estar seguro era de los posibles dones que poseía, de lo fuerte o rápido que era. Pero el otro debería de sentirse igual de cauteloso respecto a los atributos de Gaborn.

Este desvió la mirada, enfocó la vista hacia la derecha del tipo como si

escudriñara el bosque sin haberlo visto. Tras una larga pausa, Gaborn le dio la espalda y se puso a observar la orilla opuesta del río.

Dejó el fardo de marcadores en el suelo y fingió que se rascaba mientras extraía la daga del cinturón con la mano izquierda; agarró el puño y ocultó la hoja pegándola a la muñeca.

Entonces escuchó: la rueda del molino producía un ruido como el estrépito de rocas rodantes por una pendiente; además, se oían gritos en la distancia, alguien apagando el fuego quizá.

—Esperemos aquí —indicó a Rowan.

Acalló la respiración conforme el rastreador se acercaba en silencio, un hombre sigiloso pero veloz; poseía entonces un don de metabolismo.

Gaborn no poseía metabolismo extra y tan solo se movía con la agilidad de la juventud, con lo que no estaría a la altura de su contrincante. Pero no podía arriesgarse a que diera la alarma y llamara la atención de los nomen.

Esperó hasta que el tipo estuvo a unos seis metros de distancia; una ramilla crujió levemente. Gaborn fingió no haber percibido el quebrar de la rama y esperó medio segundo, hasta que calculó que el otro estaría pendiente de los pies, fijándose en no hacer más ruido. Fue entonces cuando Gaborn se giró y se abalanzó por delante de Rowan.

El batidor levantó la espada, tan rápidamente que se desdibujó, borrosa, y se preparó: dobló las rodillas, la punta de la espada hacia delante. En cuanto a velocidad, Gaborn estaba en desventaja, pero no así en cuanto a astucia.

Gaborn arrojó la daga a tres metros de distancia y el pomo golpeó la nariz del enemigo; en aquella fracción de segundo, aquel se precipitó hacia el rastreador que andaba distraído y le asestó un devastador golpe en la rodilla fracturándole la rótula.

El otro quiso contraatacar dejando caer la punta de la espada e intentar esquivarlo demasiado tarde; con una estocada de revés, Gaborn levantó la hoja rápidamente y degolló al soldado, quien sin advertir que estaba herido de muerte, se abalanzó sobre Gaborn. Este se apartó, pero el filo de la espada del adversario le alcanzó el costado izquierdo. Con una impresión de ardor en las costillas, apartó la espada del otro con la suya y retrocedió.

La garganta del tocado balbuceaba, se tambaleó un paso hacia delante mientras la sangre le chorreaba por el cuello; una fuente que manaba al ritmo de los latidos del corazón.

Gaborn sabía que no tardaría en morir, pero aun así se alejó, temeroso de recibir otra herida. Al hacerlo tropezó con una raíz y cayó al suelo aunque mantuvo la punta de la espada erguida para repeler otro ataque.

Conforme la sangre abandonaba el cerebro del batidor, este comenzó a perder la vista, miró a su alrededor en silencio durante medio segundo; intentó aferrarse a un retoño, soltó la espada y cayó de bruces.

Gaborn contemplaba la cresta, pero no divisó a ningún otro soldado de Raj Ahten



y, en silencio, dio gracias a Binnesman por las especias que habían ocultado su rastro.

Se tocó las costillas y aunque sangraban, no era algo muy grave, no tanto como había temido; contuvo la sangre y a continuación recogió los marcadores.

Rowan resollaba de miedo, lo observó en la oscuridad mientras se acercaba a ella, atemorizada por si la herida resultaba mortal.

Gaborn se enderezó un poco intentando calmarla, luego la condujo pendiente abajo hasta la orilla del río y se escondieron entre los sauces blancos.

Los nomen estaban apostados en alto al otro lado y miraban ansiosos en aquella dirección, habían oído el tintín de las espadas, pero, siempre y cuando el resplandor del incendio los cegara y ellos permanecieran entre las sombras, aquellos oteaban en vano. Puede que el ruido de la rueda del molino río arriba los confundiera y no estuvieran seguros de si en realidad se había producido una reyerta en el bosquecillo. Ninguno de ellos parecía deseoso de cruzar el río y combatir a tientas. Gaborn recordaba vagamente que los nomen tenían miedo al agua.

Con el agua hasta la cintura y vadeando entre los sauces, Gaborn echó un vistazo río abajo.

En el meandro del río había tres gigantes frowth, el agua les llegaba hasta la rodilla. Uno de ellos sostenía una antorcha encendida y los otros, varas de roble a modo de lanzas. Se esforzaban por escudriñar el agua como pescadores a la espera de alguien que intentara escapar.

La luz de las llamas que cegaba a los nomen solo conseguiría alumbrar a los gigantes. Gaborn los estuvo mirando detenidamente, el agua en aquel tramo no podía tener más de un metro de profundidad, por lo tanto, sería imposible que Rowan y él pudieran escapar por allí.

De repente, Rowan emitió un grito sofocado y se dobló del dolor mientras se cogía el estómago.

## Capítulo 10



### *La cara del maléfico.*

**I**ome seguía en lo alto de la torre sur del torreón de los Consagrados mientras Raj Ahten y su séquito entraban montados a caballo por el portón. En la campiña de extramuros ya había anochecido y los tejedores de llamas comenzaban a acercarse a la ciudad atravesando la maleza seca. A su paso dejaban una estela de fuego, pero ante la sorpresa de Iome, no ardía descontroladamente, sino que a cien metros detrás de los tejedores se apagaba. Esto hacía que parecieran cometas cuyas colas se extinguían en pos de ellos.

En la retaguardia, un enorme carro repleto de hombres vestidos con togas surgió del bosque, rebotaba sobre el camino de surcos de barro que conducía del castillo al bosque de Dunn.

Los famosos Invencibles de Raj Ahten también entraban en la ciudad en formación de veinte filas de a cien cada una.

Los demás permanecieron en el llano: los gigantes peludos se quedaron junto a las hileras de árboles, deambulando por la orilla del río; los tenebrosos nomen, cuyos cuerpos desnudos eran más negros que la noche misma, rodearon el castillo ocupando los campos. No habría escapatoria posible esa noche.

Hay que decir, en reconocimiento a los guardias de la puerta del torreón de los Consagrados, que no abrieron el portón inmediatamente. Cuando el Señor de los Lobos se aproximaba por las calles hacia el más vigilado de los torreones del castillo, los centinelas se mantuvieron en sus puestos y esperaron a que el rey Sylvarresta descendiera de la torre, con Iome a su vera, cogidos de la mano. Los cronistas de ambos los seguían de cerca y Chemoise iba la última.

*Bien, pensó Iome, dejemos que el Señor de los Lobos se quede en la puerta un poco más, hagámoslo esperar al verdadero señor del castillo de Sylvarresta. Una pequeña venganza por lo que se les venía encima.*

Aunque Iome no observó ninguna muestra externa de miedo en el semblante de su padre, el rey le apretaba la mano demasiado fuerte, como si empuñara la muerte.

No tardaron mucho en descender de la torre hasta las puertas. Los centinelas del

portón eran los mejores guerreros del reino, puesto que el lugar era sagrado, el seno del poder de Sylvarresta. La muerte de un consagrado mermaría las fuerzas de Sylvarresta.

Los guardias iban muy elegantes con su uniforme negro y plateado sobre la cota de malla.

Cuando el rey se acercó a ellos, ambos hombres esgrimieron las picas con la punta hacia el suelo. Al otro lado del muro, se veía a Raj Ahten a través del rastrillo.

—¿Milord? —dijo el capitán Ault dispuesto a luchar hasta la muerte si así lo deseaba el padre de Iome, o incluso a degollar al rey mismo y a su hija, y salvarlos del tormento final como temía Iome.

—Guardad las armas —ordenó el rey, cuya voz temblaba de incertidumbre.

A Iome le dio un vuelco el corazón; temía que su padre les pidiera que los mataran allí mismo en vez caer en manos del enemigo.

Desde hacía tiempo existía cierto debate entre los nobles de Rofehavan acerca de cómo proceder en tales circunstancias. A menudo el monarca conquistador despojaba a los vencidos de sus atributos y, al hacer eso, acrecentaba su poder. Raj Ahten era ya demasiado poderoso. Algunos consideraban que era más magnánimo suicidarse que rendirse.

Otros opinaban que el deber de uno era el de vivir con la esperanza de poder servir a sus vasallos en un futuro. Iome no estaba segura de ello. En los últimos dos días, Sylvarresta había perdido dos dones de inteligencia, convirtiéndose en una persona muy cautelosa y suspicaz por lo olvidado, temeroso de cometer errores.

El rey Sylvarresta miró a Iome con ternura y dijo:

—La vida es tan bella, ¿no crees?

Iome asintió con la cabeza.

El rey continuó en voz baja:

—La vida, Iome... es algo extraño y hermoso incluso en los momentos más aciagos, siempre ha sido esa mi creencia. Uno debe elegir la vida en la medida de lo posible. Vivamos con la esperanza de prestar algún servicio a los nuestros.

Iome se estremeció por miedo a no tomar la decisión correcta, con la sospecha de que la muerte de su padre y la suya propia beneficiaría más a los súbditos.

El rey se dirigió a Ault y murmuró:

—Abrid la puerta y traednos algunas lámparas, necesitamos algo de iluminación.

El fornido capitán asintió, desalentado ante la perspectiva. Iome leía en la mirada de este que Ault prefería morir a presenciar la derrota de Sylvarresta; no estaba de acuerdo con la decisión del rey.

Y saludó mediante un toque del mango de la pica hasta la visera del casco de hierro, un gesto que decía: siempre seréis mi señor.

El rey le devolvió el saludo con la cabeza secamente. Los guardias desatrancaron la puerta, cada uno agarró una aldaba y empujaron hacia fuera.

Raj Ahten se encontraba sentado sobre el semental gris con motas blancas en la

grupa, rodeado de su guardia. El días de este, un hombre alto e imperioso con las sienes canosas, esperaba a su espalda. Los caballos del Señor de los Lobos eran bestias grandes y magníficas. Iome había oído hablar de aquella raza, pero nunca antes había visto uno. Denominados corceles imperiales, provenían del casi legendario reino de los toth, al otro lado del mar Caroll.

El mismo Raj Ahten era tan majestuoso con su armadura negra que le protegía el cuerpo como si fueran escamas brillantes y las anchas plumas de lechuza atraían la atención hacia su rostro. Impasible, observaba fijamente al rey y a Iome.

La cara no era ni vieja ni joven, ni de hombre ni de mujer; lo habitual en alguien que había adquirido muchos dones de elegancia de personas de ambos sexos. Pero era hermoso, tan cruelmente apuesto que a Iome le dolía el corazón al mirarle a los ojos azabache. Aquel era un rostro para ser admirado, por el cual merecía la pena morir. La cabeza se balanceaba de lado a lado ligeramente, como sucedía a los que poseían muchos dones de metabolismo.

—Sylvarresta —habló, montado en el caballo, omitiendo título alguno—, ¿no es costumbre inclinarse ante vuestro señor?

El poder de la voz de Raj Ahten era tal, que Iome sintió como si desde el suelo alguien le hubiera dado una patada en las piernas. No pudo contenerse y se arrodilló como era su obligación aunque en su fuero interno una vocecita le susurraba: mávalo, antes de que te mate.

El padre de Iome también echó una rodilla a tierra y proclamó:

—Disculpadme, milord. Bienvenido al castillo de Sylvarresta.

—Ahora será el castillo de Ahten —lo corrigió Raj Ahten.

A espaldas de Iome, sonó un ruido metálico mientras los centinelas traían una lámpara encendida del cuarto de la guardia.

Raj Ahten los contempló unos segundos con la luz reflejada en sus ojos, desmontó de la cabalgadura de un salto y se acercó a Sylvarresta.

El Señor de los Lobos era muy alto, le sacaba una cabeza al padre de Iome, aunque esta siempre tuvo la impresión de que su padre era un hombre de cierta talla.

En aquel momento, a Iome la invadió el pánico, no sabía qué esperar. Raj Ahten podía desenfundar la espada en un abrir y cerrar de ojos y decapitarlos a ambos, no tendría tiempo ni de parpadear.

Era imposible anticiparse a este hombre, había conquistado todos los reinos meridionales de Indhopal en los últimos años y acrecentado su poder a una velocidad vertiginosa; podía ser tan magnánimo y gentil, como despiadado y cruel.

Se contaba que habiendo acorralado al sultán de Aven en su palacio de invierno en Shemnarvalla, Raj Ahten capturó a sus mujeres e hijos en la residencia de verano y lo amenazó con catapultar a los hijos del sultán sobre las murallas del palacio. Este respondió desde lo alto sujetándose la ingle y gritando:

—Adelante, ¡poseo martillo y yunques para engendrar más hijos!

El sultán tenía muchos hijos y aquella noche mientras les prendían fuego a estos

los gritos fueron muy desgarradores. Raj Ahten esperó a que acallaran los gritos antes de lanzar los cuerpos contra las murallas del castillo. Aunque el Sultán no se rindió ante esto, sus hombres no soportaron más los llantos y abrieron el portón. Cuando Raj Ahten entró, agarró al sultán con la determinación de hacerlo servir de ejemplo. Lo que acaeció después, Iome no podía decirlo, tales asuntos no eran tema de conversación en países civilizados.

Era sabido que Raj Ahten juzgaba a los monarcas derrotados antes de comenzar sus incursiones; decidía a quién masacraría, a quién esclavizaría, a quiénes de ellos nombraría regentes.

Iome tenía tanto miedo, su padre era uno de los señores vinculados por juramento, un hombre decente y honorable. En su opinión, era el regente más compasivo de todos los reinos de Rofehavan.

Y Raj Ahten era el usurpador más maléfico que había pisado la tierra en ochocientos años; nunca trataba a los monarcas como a iguales, sino que los consideraba vasallos. Los dos no podrían compartir el trono de Heredon.

Raj Ahten extrajo el martillo de armas de caballería de la funda en la parte trasera de la silla, era un arma de mango largo, tan larga como él. Descansó el travesaño en el empedrado junto a sus pies, apoyó las manos en la empuñadura y la barbilla sobre un nudillo; sonreía burlón.

—Tenemos algo entre tú y yo, Sylvarresta..., diferencias de opinión —dijo Raj Ahten.

Con la cabeza señaló hacia la calle detrás de él.

—¿Son estos tus hombres?

El enorme carruaje que Iome había divisado atravesando los campos se acercaba entre las tiendas construidas con piedra gris. En el carromato había hombres, todos soldados, cosa que se adivinaba por la adusta expresión de los semblantes.

Al alumbrarlos con la lámpara, Iome se sintió horrorizada al reconocer a algunos de ellos: el capitán Deliphon, el maestro espadachín Skallery; caras que no había visto en años.

Chemoise, que se encontraba detrás de Iome, soltó un grito sofocado y corrió hacia adelante. Su propio padre, Eremon Vottania Solette, estaba dentro del carro, un pobre desgraciado que no podía parpadear, que tenía la espalda cruelmente torcida y las manos engarradas como puños inservibles; el dolor lo hacía gesticular ya que todos los músculos presentaban una rigidez parecida al *rigor mortis*. Iome dio algunos pasos en pos de Chemoise, pero no se atrevía a acercarse más a Raj Ahten.

Incluso a nueve metros de distancia le llegaba el tufo a peste y suciedad de aquellos cuerpos. Muchos de ellos tenían la mirada vacía, privada de lucidez; algunos iban con la boca abierta del cansancio. Cada uno había sido despojado de uno de los mejores atributos que poseían (inteligencia, fuerza, gracia, metabolismo o resistencia) y así quedaron indefensos.

Chemoise apretaba a su padre contra el pecho y lloraba, Ault se acercó con una

antorcha llameante y, bajo la luz destellante, las caras parecían pálidas y horribles.

—La mayoría fueron mis hombres —admitió Sylvarresta con cautela—. Pero quedaron excusados de mi servicio para convertirse en caballeros equitativos, ya no soy su señor.

Era una negativa un tanto sospechosa. Aunque todos los del carro eran caballeros equitativos, caballeros que habían jurado destruir a Raj Ahten, y tal juramento eximía de los deberes contraídos con cualquier otro señor, Sylvarresta les había proporcionado el dinero y las armas necesarias para cumplir con la misión de acabar con aquel.

Negarse a asumir responsabilidad por las acciones de los caballeros era como el arquero que se niega a aceptar culpa alguna por los daños causados por una flecha una vez que el arco la ha disparado.

Raj Ahten no quiso aceptar las excusas del rey, cierta expresión de dolor asomó en el rostro de este y, durante un segundo, desvió la mirada. Iome notó una sacudida del corazón al ver lágrimas en los ojos de Raj Ahten.

—Me has ofendido en demasía —dijo este—. Tus asesinos a sueldo mataron a mis consagrados, degollaron a mi sobrino, y ajusticiaron a algunos que consideraba amigos queridos, buenos servidores.

El tono de voz hizo que Iome se sintiera muy culpable, un sentido de culpa que la anegaba, como un niño al que habían pescado atormentando a un gatito.

Le dolía aún más porque Iome observaba que la pena de Raj Ahten era sincera, este amaba a sus consagrados.

No, le dijo la vocecita, no debes creerlo. Raj Ahten quiere que pienses que es cierto, pero se trata de un truco muy ensayado, está utilizando la voz. Lo único por lo que siente afecto es el poder que le otorgan los vasallos. Aun así, le costaba aferrarse a ese escepticismo.

—Vamos al salón del trono —dijo Raj Ahten—. No me dejas elección respecto a este asunto, debemos resolver nuestras diferencias. Me apena que tengamos que hablar sobre condiciones de rendición.

El rey Sylvarresta hizo un gesto de asentimiento con la cabeza y la mantuvo agachada, las gotas de sudor le cubrían la frente. Iome comenzó a respirar algo más relajadamente, hablarían, solamente hablarían, se aventuró a esperar clemencia.

Con una simple mirada de Raj Ahten, la guardia montada se introdujo en el torreón de los Consagrados con el caballo de este, mientras que él puso rumbo al torreón del Rey.

Iome seguía a su padre, aterida, los pies no estaban muy cómodos pisando adoquines con las zapatillas. Chemoise quedó atrás en pos del carro, que se introdujo en el patio del torreón; sostenía la mano de su padre y susurraba palabras de consuelo en el oído de Eremon Vottania Solette.

Iome, su padre, y los tres cronistas siguieron a Raj Ahten por el mercado amurallado, en dirección al otro torreón, la calle más opulenta de Heredon; desfilaron

por delante de las tiendas más elegantes donde se vendían plata y piedras preciosas, porcelana fina y telas de calidad.

Las lámparas de aquel lugar ya estaban encendidas, Iome tenía que admitir que era un lugar bastante feo; una mole cuadrada de seis pisos y sin adornar, salvo por las estatuas de granito de antiguos monarcas que rodeaban la base. Las imágenes eran figuras colosales de cinco metros de altura. En los canalones de lo alto del torreón, había sido esculpido un friso de juglares y gárgolas danzantes, aunque tan pequeños que desde abajo no se distinguían bien.

Iome deseaba huir, desaparecer en una de las calles e intentar esconderse detrás de una de las vacas que reposaban allí para pasar la noche.

El corazón le batía a cien por hora.

Casi se desmaya al cruzar el umbral del torreón del Rey. Su padre, que le había cogido la mano, la ayudó a levantarse. Aunque quería vomitar, continuó subiendo la ancha escalera tras su padre, los cinco pisos, hasta que llegaron a las habitaciones privadas del rey.

Raj Ahten los condujo al salón del trono a través de la sala de audiencias. Los tronos del rey y de la reina estaban hechos de madera laqueada, con sendos cojines de seda escarlata. Las hojas talladas en los tronos estaban ribeteadas por filigranas de oro, que además adornaban los cabezales; no se trataba de ornamentos demasiado ostentosos. Sylvarresta poseía mejores tronos almacenados en el ático. La sala sí era enorme, con dos grupos de ventanas circulares orientadas al norte, al sur y al oeste del reino. Dos antorchas encendidas iluminaban ambos laterales del trono y en la colosal chimenea ardía una hoguera.

El Señor de los Lobos se sentó en el trono del rey, parecía cómodo con armadura y todo.

Inclinó la cabeza hacia Sylvarresta y dijo:

—¿Y cómo se encuentra mi prima Venetta? Ve y tráela aquí, puedes asearte de paso. Celebraremos la audiencia cuando te hayas puesto más cómodo. —Señaló la armadura de Sylvarresta con la mano, un gesto con el que le ordenaba que se la quitara.

El rey asintió pero no en reconocimiento, sino que más bien doblaba el cuello sumiso, luego se dirigió a los aposentos reales. Iome estaba tan asustada que fue en pos de su padre en vez de retirarse a su habitación.

Ni el días del rey ni la de Iome los siguieron; aunque su trabajo era dar constancia de cada paso de sus señores, no se atrevían a violar la santidad de los dormitorios.

El días de Raj Ahten los convocó en una antigua alcoba en el exterior del dormitorio, donde solían esperar los centinelas y los criados. Allí, los cronistas comenzaron a hablar en código un corto rato. A menudo se daba este caso cuando los días de reinos enemigos se juntaban fortuitamente. Iome no entendía nada de lo que decían y cerró la puerta mientras charlaban.

En el dormitorio del rey, la reina Venetta Sylvarresta estaba sentada en una silla,

de espaldas a la puerta, y vestida con los mejores ropajes y vestiduras de ceremonia, miraba atentamente por la ventana que daba al sur. Se pintaba las uñas con una laca transparente.

Era una mujer presumida que poseía diez dones de belleza (mucho más hermosa que Iome), tenía el cabello negro y la tez oscura como la de Raj Ahten (la de ambos más oscura que la de Iome). Las diademas de la corona no eran tan preciosas como la hermosura natural de su cara. El cetro con mango de oro y remate de perlas engarzadas reposaba sobre el regazo.

—Bueno —suspiró sin volverse—, has perdido nuestro reino.

A Iome le parecía que sonaba más dolida que nunca.

El rey se quitó los guanteletes y los arrojó sobre la enorme cama de baldaquín.

—Ya te dije que lo perderías —continuó la reina Sylvarresta—. Eres demasiado endeble para conservarlo, solamente era cuestión de tiempo.

Más palabras hirientes, como nunca Iome había escuchado pronunciar a su madre; impropias en ella, estaba segura.

El rey se desabrochó el yelmo y lo tiró junto a los guanteletes, después se ocupó de las hebillas de los brazales.

—Jamás me arrepentiré de mis acciones —contestó—. Nuestros súbditos vivirán una paz relativa.

—Sin aliados, sin un rey fuerte que los proteja —dijo la madre de Iome—. ¿Cuánta paz crees que les has facilitado?

Lo decía con tanto rencor en la voz que sorprendió a Iome; su madre siempre había poseído una personalidad tranquila, austera, respaldaba a su marido discretamente.

—La mejor que pude ofrecerles.

—Y fíjate el afecto que nos tienen por ello. Si fueras mejor regente se alzarían en tu defensa. Aunque se hubiera perdido toda esperanza, lucharían junto a ti.

Iome ayudó a su padre a quitarse las hombreras y luego los guardabrazos. En un momento, se deshizo del peto encima de la cama. Hasta ese instante, Iome no se había dado cuenta que su padre colocaba la armadura como si de un hombre de acero se tratara, acostado boca abajo, asfixiándose en el colchón de plumas.

Venetta tenía razón, Sylvarresta jamás había conseguido el respeto y la admiración que se merecía. Era un señor de las runas vinculado por un juramento y debería tener adeptos, debería poder contar con el respeto de su gente.

En vez de eso, aquellos que donaban sus atributos iban en busca de otros reyes, como el rey Orden, a fin de venderles sus dones a mejor precio.

Un monarca como Sylvarresta casi nunca recibía el apoyo que necesitaba, a menos que alguien como Raj Ahten se presentara en escena; únicamente el verse enfrentados a un usurpador que había adquirido sus dones mediante el chantaje forzaba a los vasallos a cerrar filas bajo el estandarte de un rey como Sylvarresta.

*Claro, esa era la razón por la cual, aunque puede arrasarse otros reinos más*



*cercanos a su territorio, Raj Ahten ataca Heredon primero*, pensó Iome.

—¿No me has oído, milord? —preguntó la reina—. Te estoy insultando.

—Sí, te oigo —contestó lord Sylvarresta—, y te sigo amando.

Entonces fue cuando Venetta se giró con la cara llena de lágrimas de amor, la boca apretada por el dolor; aparentaba ser una mujer joven.

Igual que un perro fiel que herido mordería al amo cuando este intentara salvarlo, la madre de Iome había atacado a su padre y ahora Iome podía ver cómo se arrepentía.

—Te querré siempre —dijo Venetta—. Vales mil veces más que mi malvado primo.

El rey se quitó la cota de malla y se dejó el chaleco de cuero puesto, dirigió una significativa mirada a Iome y esta salió del dormitorio a fin de dejar a sus padres a solas.

No se atrevía a salir al salón del trono, no mientras Raj Ahten estuviera allí. Por lo tanto, esperó en la antesala y escuchó a los cronistas que conversaban animadamente. Antiguamente, la guardia y los criados permanecían apostados en aquel lugar durante la noche, pero el rey Sylvarresta nunca lo había querido así. La pequeña sala amueblada con bancos era lo suficientemente grande para acogerlos a todos.

Algunos minutos más tarde, el rey y la reina salieron de sus aposentos. La reina aún vestía los ropajes reales y su padre llevaba una toga digna de un noble, con expresión resuelta en el semblante.

Al pasar por su lado le dijo su madre:

—Recuerda quién eres.

Su madre pretendía desempeñar el papel de reina hasta el final.

Iome les siguió hasta el salón del trono y quedó sorprendida al ver que dos de los Invencibles de Raj Ahten se habían agregado a la reunión y flanqueaban el trono. Aquellos tres producían una imponente visión.

El rey se acercó al borde de la alfombra roja ante el trono y, doblando una rodilla, inclinó la cabeza.

—Jas Laren Sylvarresta a vuestro servicio, lord. Os presento a mi esposa, vuestra querida prima, Venetta Mosham Sylvarresta, como solicitabais.

La reina contempló a su marido mientras hacía la reverencia, se mantuvo recta sin saber lo que hacer un segundo, y luego se inclinó ligeramente con ojos cautelosos, observando al Señor de los Lobos.

Cuando la cabeza casi le llegaba al suelo, Raj Ahten se abalanzó de un brinco, vertiginoso y desdibujado, y desenfundó la espada. La corona de Venetta, arrancada de una estocada, salió volando y retumbó en el techo de madera.

—¡Cómo te atreves! —le advirtió Raj Ahten.

La madre de Iome miró al Señor de los Lobos.

—Todavía soy la reina —dijo en defensa propia.

—Eso lo decidiré yo —respondió el otro.

Mientras volvía a sentarse, clavó la espada en el cojín del trono de la reina; se quitó los guanteletes y los arrojó allí también. Se aferró a los brazos del asiento, acción que delataba un leve nerviosismo, según dedujo Iome. Esta lo supo, quería algo, necesitaba algo de ellos.

—He sido muy paciente con vosotros. Tú, Jas Laren Sylvarresta, sufragaste a los caballeros, que me atacaron sin ser provocados; he venido para asegurarme de que cesan las incursiones. A cambio, exijo... un tributo razonable.

El padre de Iome no pronunció palabra durante unos instantes, su madre se arrodillaba ante el trono.

—¿Qué podemos ofrecerles? —inquirió Sylvarresta por fin.

—Garantías de que nunca me volverás a atacar.

—Os doy mi palabra —contestó el otro Sylvarresta alzando la vista y centrando toda su atención en el Señor de los Lobos.

Raj Ahten dijo solemne:

—Gracias, tu palabra de honor es algo que respeto. Siempre has sido un honrado regente con tus súbditos, Sylvarresta, equitativo. Tus dominios son tranquilos y prósperos, tus vasallos poseen muchos dones que ofrecerme. Si los tiempos que corren no fueran tan aciagos me hubiera gustado que formáramos una alianza. Pero...

»Al sur de las fronteras se agrupan muchos formidables enemigos.

—¿Inkarranos? —preguntó Sylvarresta.

Raj Ahten agitó la mano, negando.

—Peor todavía, reaver que han estado criando como conejos durante treinta años.

»Ya han arrasado los bosques de Denham y han echado a los nomen de sus santuarios en las montañas. En cuanto pase otra temporada nos atacarán, y tengo la intención de detenerlos, pero necesito tu ayuda y la de todos los reinos del norte; pretendo tomar el control.

Iome quedó algo confundida. Por lo que se ve, su padre estaba igual de confundido.

—¿Podríamos derrotarlos! —exclamó Sylvarresta—. Los reinos del norte se unirían frente a esta causa común. No hace falta que luchéis solo.

—¿Y quién dirigiría a los ejércitos? —preguntó el otro—. ¿Tú?, ¿el rey Orden?, ¿yo? Sabes perfectamente que no es así.

El padre de Iome se desanimó, Raj Ahten tenía razón. Existían demasiadas fisuras políticas, demasiadas trifulcas morales, demasiada envidia insignificante y rivalidad de antaño. Si Orden condujera al ejército hacia el sur alguien se quedaría para atacar las ciudades indefensas.

Lo que es más, quién se fiaría de Raj Ahten, Señor de los Lobos. Durante cientos de años los señores de las runas se hubieron enfrentado a cualquier líder que buscara hacerse con todo el poder, a quien quisiera abarcar demasiado. Antiguamente, algunos ladrones que codiciaban tanto poder como pudieran obtener, utilizaban los

marcadores y despojaban a los lobos de sus atributos, así fue que se les comenzó a llamar «señores de los lobos».

Eran hombres que anhelaban poseer un extraordinario sentido del olfato o de la vista y que, a menudo, los tomaban de los cachorros, porque los perros los ofrecían de forma voluntaria y no requerían de muchos cuidados posteriormente.

Incluso los mastines se criaban con ese propósito y eran desposeídos de resistencia o inteligencia.

Aunque los hombres que hacían eso se convertían en algo infrahumano, en parte animal. Por tanto, el término «señor de los lobos» se hizo término peyorativo y se asignaba a cualquier hombre con pocos escrúpulos, hombres como Raj Ahten, quien igual nunca aceptaría dones de un can.

Ninguno de los monarcas del norte seguiría a Raj Ahten, los que se ganaban el antedicho sobrenombre se convertían en marginados. Los nobles honorables se vieron forzados por el deber a financiar las guerras y asesinatos de los caballeros equitativos. Como a los lobos sorprendidos entre el rebaño de ovejas, a aquellos no se les daba cuartel.

—No tiene por qué ser de este modo —dijo Sylvarresta—. Hay otras formas de continuar esta lucha, un diezmo de caballeros de cada reino...

—Sí tiene que ser de este modo —lo corrigió Raj Ahten—. ¿Te atreves a contradecirme? Yo poseo mil dones de inteligencia comparados con los...

Estudió los ojos del rey en una fracción de segundo a fin de examinar la lucidez de este.

—... dos que tú posees.

Iome pensó que se podía tratar de una conjetura, pero sabía que no. Había un refrán que rezaba: el rey que es sabio no acapara toda la inteligencia, también permite a sus consejeros ser sabios.

En el norte se consideraba un derroche el absorber más de cuatro dones de inteligencia; un noble que lo hiciera recordaría todo lo que había oído, visto, pensado o sentido. Sylvarresta nada más poseía cuatro, pero *¿cómo sabía Raj Ahten que solamente le quedaban dos en activo?*

La declaración de Raj Ahten sobre los mil dones que tenía dejó a Iome sin aliento. No entendía tal cosa. Algunos nobles aseguraban que unos cuantos dones más les proporcionaban algunos beneficios: más creatividad, una sabiduría más honda.

Raj Ahten cruzó las manos.

—He estado estudiando a los reaver, cómo avanzan por nuestros reinos en diminutos grupos, cada uno con una nueva reina, la plaga está muy extendida.

»Y ahora, Sylvarresta, a pesar de esas apacibles garantías necesito algo más de ti. Destápate el pecho.

Algo torpe debido a los nervios y con toda la gracia de un oso amaestrado, el rey Sylvarresta se desabrochó la faja de la toga, sacudiendo la seda azul oscuro, hasta que

el velludo pecho quedó expuesto. Las cicatrices rojas de los marcadores asomaban debajo del pezón derecho, como la marca de los dientes de una amante. Raj Ahten aprendió de la fortaleza de Sylvarresta en un instante.

—Me darás tu inteligencia, Sylvarresta.

El padre de Iome se desmoronó, cayó de rodillas; sabía lo que le esperaba: orinarse en los pantalones, olvidarse de su nombre, no reconocer a su mujer o a sus hijos, a sus amigos más queridos. El día anterior, ya había quedado marcado por la dolorosa pérdida de algunos recuerdos. Negó con la cabeza.

—¿No puedes o no quieres cedérmela? —preguntó Raj Ahten.

Sylvarresta abrió las manos y agitó la cabeza sin poder decir nada.

—¿No quieres? Pero debes hacerlo —dijo Raj Ahten.

—¡No puedo! —exclamó el padre de Iome—. Robadme la vida a cambio.

—No busco tu muerte. ¿De qué me serviría? Pero tu inteligencia...

—¡No puedo!

Ceder un don a otro hombre era una cosa, pero no cedería simplemente su inteligencia. Como Sylvarresta ya poseía dones de otros, Raj Ahten lo convertiría en su vector.

Solamente podía cederse un don por persona, y cuando se transfería el atributo, se creaba una cadena mágica, un lazo entre señor y vasallo que solamente podía separar la muerte. Si el noble moría, el don volvía al donante; si era al revés, el noble perdía los atributos obtenidos.

Pero si alguien como Sylvarresta otorgaba su inteligencia a Raj Ahten, no solamente cedería la suya, sino la de todos sus consagrados y la que podría recibir en un futuro. Como vector, Sylvarresta sería un puente vivo entre Raj Ahten y cientos de personas de las que este podía derivar más inteligencia además de pasarle los dones ya poseídos.

—Me lo darás con el aliciente adecuado —le aseguró Raj Ahten—. ¿Y qué hay de tus vasallos? ¿No los aprecias? Amigos de confianza, criados, entre los consagrados. Tu sacrificio los salvaría. Si tengo que matarte, no los dejaré con vida; esos hombres y mujeres que ya no pueden ceder más dones, que igual intentarán vengarse en mí.

—¡No puedo! —repitió Sylvarresta.

—Ni siquiera para comprar las vidas de cientos de súbitos, ¿mil vidas?

Iome odiaba aquello, odió el expectante silencio a continuación. Raj Ahten debía obtener la cesión del don de forma voluntaria. Algunos lo hacían ofreciendo promesas de amor, otros riquezas... Raj Ahten utilizaba el chantaje.

—¿Y qué será de tu bella mujer, mi prima? —preguntó Raj Ahten—. ¿Su vida a cambio?, ¿su cordura? No querrás ver algo tan hermoso maltratado.

—¡No te rindas! —exclamó la madre de Iome—. ¡No podrá quebrantarme!

—Puedes salvarle la vida. No solamente la dejaría con vida, sino que conservaría el trono, reinaría como regente a mi lado. Ese trono al cual tiene tanto apego.

El rey Sylvarresta se volvió hacia su reina con temblor en la mandíbula y, de forma reacia, asintió.

—¡No! —gritó Venetta Sylvarresta casi a la vez que se giraba y echaba a correr.

Iome pensó que se estrellaría contra la pared, pero se dio cuenta demasiado tarde de que no iba derecha al muro, sino hacia las largas ventanas situadas detrás de los cronistas.

Con un movimiento brusco y más veloz de lo que el ojo podía asimilar, Raj Ahten apareció a su lado y le agarró fuertemente la muñeca derecha. Venetta forcejeaba para desprenderse de la sujeción.

Haciendo una mueca, se volvió hacia él.

—¡Por favor! —dijo sujetando la muñeca de Raj Ahten a su vez.

Entonces inesperadamente clavó las uñas en la muñeca del Señor de los Lobos hasta hacerla sangrar. Venetta profirió un grito victorioso y miró al otro a los ojos, luego se dirigió a su marido en voz alta:

—Ahora, amor mío, verás cómo se liquida a un señor de los lobos.

Iome recordó el brillo de uñas y comprendió: el acto desesperado de la reina había sido un ardid, un truco para que Raj Ahten se acercara a fin de poder hundirle las uñas envenenadas en la carne.

Venetta retrocedió un paso con la mano ensangrentada en alto, como si estuviera mostrándola a Raj Ahten antes de que este se desplomara.

Raj Ahten levantó el brazo derecho y se miró la muñeca consternado: la sangre se tornaba negra y la muñeca comenzaba a hincharse de forma espantosa.

La mantuvo alzada, desafiante, y sostuvo la mirada de Venetta durante un rato, durante varias pulsaciones, hasta que esta palideció de miedo.

Iome observó el brazo de Raj Ahten, los cortes llenos de sangre habían cicatrizado a la perfección en cuestión de segundos y el ennegrecido brazo recuperaba su color natural.

*¿Cuántos dones de resistencia poseía el Señor de los Lobos? ¿Cuántos de metabolismo?* Iome nunca había presenciado tal poder curativo, solamente de oídas a través de leyendas.

Raj Ahten sonrió con una aterradora y rapaz sonrisa.

—Ah, no me puedo fiar de ti entonces, Venetta —farfulló—. Soy algo sentimental y esperaba poder dejar con vida a miembros de la familia.

Con el reverso del puño golpeó a Venetta, el golpe de un señor de las runas. El lado de la cara que había recibido el puñetazo se hundió debido a la intensidad de este, la sangre salpicó el aire y quebró el cuello de Venetta. Además, la hizo retroceder unos cuatro metros hasta que se estrelló contra el cristal de la ventana.

El cuerpo inerte de Venetta rompió el cristal, arrastrando consigo las cortinas rojas y, durante medio segundo, quedó suspendida en el aire antes de caer en picado cinco pisos.

El cuerpo reventó contra las grandes baldosas del patio inferior.

Iome no pudo reaccionar de la conmoción.

Su padre lloraba y Raj Ahten contemplaba contrariado las esquirlas de color de la cristalera y las cortinas rojas que ondeaban en la refrescante brisa.

Raj Ahten dijo:

—Mi más sentido pésame, Sylvarresta. Sabes que no tuve otra elección. Desde luego, siempre hay algunos que piensan que es más fácil matar o morir que vivir a mi disposición. Y tienen razón, la muerte no requiere esfuerzo alguno.

Iome se sentía como si le hubieran taladrado un agujero en el corazón, y su padre, aún arrodillado, se sentaba temblando sobre los pies.

—A ver —prosiguió Raj Ahten—, estábamos a punto de cerrar un trato. Quiero que me concedas tu inteligencia. Unos cuantos dones más no me suponen una gran ventaja, pero a ti sí. Concédemela y tu hija Iome reinara en tu puesto como regente. ¿De acuerdo?

El rey sollozaba y asintió en silencio.

—Traed vuestros marcadores pues. Dejadme que olvide este día, tanto desastre, y que me convierta en un chiquillo.

Cedería el don a fin de mantener a su hija con vida. Iome se arrodilló atemorizada, no podía pensar claramente, no sabía lo que hacer. «Recuerda quién eres» había dicho su madre. Pero, *¿qué quiso decir? Soy una princesa, a disposición de mis súbditos, pensó. ¿Debo intentar atacar a Raj Ahten y acabar como mi madre por la ventana? ¿Y eso qué nos reporta?*

Como regente tendría cierta autoridad, podría luchar soterradamente contra Raj Ahten mientras siguiera con vida; podría ofrecer a los suyos una pizca de felicidad, de libertad.

Por ello seguía vivo su padre, por ello no había decidido luchar hasta la muerte como lo había hecho su madre.

El corazón de Iome latía a cien por hora, no se le ocurría nada, no podía formular un plan de acción que valiera la pena, aunque recordó el rostro de Gaborn de hacía unas horas, la promesa de sus labios: «Soy vuestro protector, regresaré a por vos».

*¿Qué podría hacer este?* No podría derrotar a Raj Ahten, pero Iome albergaba alguna esperanza.

Raj Ahten hizo un gesto con la cabeza a uno de los soldados.

—Llama a los mediadores.

Al poco, los mediadores de Raj Ahten entraron en el salón, bajitos hombres crueles con togas de color azafrán. Uno de ellos portaba un marcador en cojín de satén.

Los mediadores tenían mucha práctica, eran expertos en las artes de su oficio. Mientras uno pronunciaba el conjuro, el otro sujetaba al rey Sylvarresta, preparándolo para el proceso.

—Sir, mirad a vuestra hija —dijo con acento kartish—. Lo hacéis por ella, por ella.

»Ella es todo para vos, la queréis, lo hacéis por ella.

Iome permaneció de pie ante ellos, aturdida, escuchando los gritos de su padre al calentarse el marcador. Le secó el sudor de la frente cuando el metal comenzó a retorcerse como algo vivo; cuando el marcador extraía el don lo miró fijamente a esos ojos grises y claros, privado de toda lucidez, hasta que Iome supo que ya no podría recordar su nombre, sino solamente gritar la agonía de los imbéciles.

Con un último chillido de dolor, se desmayó a los pies de Iome y esta se deshizo en lágrimas.

El mediador se acercó pues a Raj Ahten con el marcador blanco candente que dejaba una estela de luz en la mano, y aquel se quitó el yelmo para que el largo cabello oscuro le cayera por los hombros y después la armadura de escamas, abrió el chaleco y dejó sus pectorales expuestos.

El pecho era un conglomerado de improntas, tan mortificado el tejido por los marcadores que Iome apenas discernía rastro de piel intacta.

Raj Ahten apoyó la espalda sobre el trono con una expresión de placer al recibir el don, observando a Iome de cerca.

Esta deseaba montar en cólera y golpearlo con los puños, aunque no se atrevió a hacer nada más que sentarse junto a la cabeza de su padre, alisándole el pelo e intentando consolarlo.

El rey recuperó el conocimiento y abrió los ojos durante medio segundo, contempló la cara de Iome boquiabierto, como si se preguntara qué era aquella bella criatura ante sus ojos.

—¡Gaaa! —Berreó y tras esto un charco de orina se formó en la alfombra roja sobre la que estaba tendido.

—Padre, padre —susurró Iome besándolo y con la esperanza de que algún día este comprendiera que lo quería.

El mediador se marchó una vez concluido el conjuro. Raj Ahten estiró el brazo y desclavó la espada del trono de la reina.

—Ven, asume tu puesto a mi lado —dijo, de nuevo con aquella mirada de explícita lujuria en el semblante.

Iome no sabía si deseaba poseer su cuerpo o sus dones. A mitad de camino hacia el trono, esta intuyó que Raj Ahten había utilizado la voz para darle la orden; la enfurecía verse manipulada de aquella manera.

Se sentó en el trono e intentó no mirar a Raj Ahten a la cara, a ese rostro tan extraordinariamente hermoso.

—Entiendes por qué debo hacer esto, ¿no? —preguntó.

Iome no respondió.

—Algún día me lo agradecerás.

Raj Ahten la observó abiertamente.

—¿Has estudiado en la Facultad del Conocimiento? ¿Has leído las crónicas?

Iome asintió, había leído las crónicas. Bueno, algunos fragmentos selectos.

—¿Has oído el nombre de Daylan Hammer?

Sí, había oído ese nombre.

—¿El guerrero?

—Las crónicas lo llamaban la «esencia de todos los hombres». Hace mil seiscientos ochenta y ocho años derrotó a los invasores toth y a sus brujos hechiceros aquí en las costas mismas de Rofehavan. Lo hizo casi sin ayuda, contaba con tantos dones de resistencia que cuando una espada lo atravesaba, podía cicatrizar mientras retraían la hoja. ¿Sabes cuantos dones hacen falta para eso?

Iome negó con la cabeza.

—Yo sí —dijo abriéndose la camisa—. Inténtalo si quieres.

Iome llevaba el puñal bajo el vestido, dudó un momento, aquello parecía morboso, pero suponía otra oportunidad para atacar a este hombre.

Esta extrajo el arma y miró en los ojos de Raj Ahten, que la observaba seguro de sí mismo. Iome hundió la daga entre las costillas y comprobó el dolor en la mirada de aquel, oyó un atisbo de grito de espanto; retorció la hoja, pero seguía sin salir sangre. Solamente una fina capa roja supuraba en el punto de la herida. Luego retrajo el arma. La herida se cerró mientras retrocedía el puñal ensangrentado.

—¿Ves? —dijo Raj Ahten—. Ni el veneno de tu madre ni tu daga me pueden hacer daño. Entre los señores de las runas, nadie podía compararse a Daylan hasta ahora. En mi tierra se dice que cuando hubo recibido suficientes dones ya no le hacía falta tomar más, que el afecto de los suyos lo mantenían, fluía en su ser. Y cuando morían sus consagrados, sus poderes quedaban intactos.

Iome jamás había oído eso y resultaba imposible creerlo según los conocimientos que poseía sobre la magia de los señores de las runas. No obstante, anhelaba que fuera cierto, que tal cosa fuera posible, y que un día Raj Ahten dejara de privar a los demás de sus atributos, como a su padre.

—Creo —dijo este, meloso— que me falta poco. Creo que seré su igual y derrotaré a los reaver sin necesidad de causar cincuenta millones de bajas humanas, como sucedería con cualquier otro plan.

Iome volvió a mirarlo a los ojos y esperaba odiarlo por lo que había hecho: su padre acostado sobre sus propios orines en el suelo; su madre muerta sobre las baldosas del patio... Aun así contemplaba la cara de Raj Ahten y no conseguía odiarlo, parecía tan sincero, tan apuesto.

Este estiró el brazo y le acarició la mano. Iome no se atrevía a rechazar el gesto; se preguntaba si intentaría seducirla, si ella tendría fuerzas suficientes para oponerse a ello llegado el caso.

—Tan dulce... Si no fuéramos parientes te haría mi esposa, pero el decoro lo prohíbe.

»Y ahora, Iome, debes cumplir con tu papel para ayudarme a derrotar a los reaver: debes cederme tus encantos.

A esta de nuevo le latió el corazón muy deprisa, se imaginó cómo sería: la piel



seca como el esparto, el cabello como tela de araña sobre la cabeza, varices en las piernas, el aliento seco; un ser repulsivo a la vista y al olfato.

Eso no era todo lo horroroso, la elegancia no era solamente la belleza, era algo más que un agradable aspecto físico. Se reconocía no únicamente por la forma, sino por el color de la piel, el brillo del cabello, el resplandor de la mirada; postura, pose, y actitud resueltas. El quid de todo ello residía en la autoconfianza de una persona, en su autoestima.

Dependiendo de la crueldad del mediador en cuestión, todos esos atributos podían desaparecer y convertir al nuevo consagrado en una criatura fea y amargada.

Iome negó con la cabeza, debía oponerse a Raj Ahten por todos los medios a su alcance, aunque no se le ocurría cómo.

—Vamos, criatura —dijo Raj Ahten dulcemente—. ¿De qué te sirve la belleza si te la dejo? ¿Para seducir a algún príncipe? ¡Qué anhelo tan insignificante! Sí, podrías hacerlo y después te arrepentirías toda tu vida. ¿No ves cómo te miran los hombres con lujuria? Has visto cómo se fijan en ti, siempre deseando poseerte. Sin duda te resulta cansino.

Cuando lo expuso de esa manera, con ese tono tan meloso, Iome se sintió desgraciada; era infame y egoísta querer ser hermosa.

—En el desierto cerca de donde nací hay un monumento grande, una estatua de noventa metros ladeada en la arena. Es la estatua de un rey que ya ha sido olvidado, con la cara erosionada por el viento. A los pies hay un grabado que reza: «Inclinaos todos ante el Gran Ozyvarius, quien domina la tierra, y cuyo reino nunca perecerá».

»Sin embargo, ningún escriba del mundo puede decirme quién es ni cuánto tiempo hace que existió. Somos criaturas efímeras, estamos de paso. Pero juntos, Iome, podremos convertirnos en algo más.

El ansia y el hambre en la voz de Raj Ahten casi la privan de todo juicio, casi la conminan a ceder. Pero la vocecita más sabia dentro de ella gruñó: moriría, no sería nada.

—No morirías —dijo Raj Ahten—. Si me convierto en la «esencia de todos los hombres» tu belleza vivirá en mí. Siempre quedará una parte tuya que sería amada y admirada.

—¡No! —exclamó Iome, horrorizada.

Raj Ahten miró hacia el suelo donde aún yacía el rey Sylvarresta como un hediondo montón de basura.

—Ni siquiera para salvarle la vida.

Iome comprendió, sabía que su padre le aconsejaría no cerrar este trato.

—No —dijo estremecida.

—Dejar a un pobre desgraciado entre los torturadores es algo terrible. Todo ese dolor que tendrá que soportar sin entender el motivo, sin saber que la muerte podría liberarlo mientras los otros repiten tu nombre cada vez que le aplican los hierros candentes. Y pasado un tiempo simplemente gritaría de dolor con solo pronunciar tu

nombre, sería algo verdaderamente horrible.

La crueldad inherente a tal idea la dejó paralizada, le partía el corazón, pero no accedería.

El Señor de los Lobos hizo un gesto con la cabeza a uno de sus hombres.

—Trae a la muchacha.

Este salió de la sala y volvió enseguida con Chemoise. Chemoise, quien debería estar en el torreón de los Consagrados consolando a su padre; Chemoise que ya había sufrido tanto debido a Raj Ahten durante la semana.

*¿Cómo sabía este el afecto que Iome sentía por su querida amiga? ¿Lo había dejado entrever a través la mirada?*

Chemoise tenía los ojos muy abiertos y parecía asustada, al ver al rey tumbado en el suelo comenzó a lloriquear de terror; chilló cuando el soldado la condujo a la ventana como si fuera a arrojarla por el borde.

El corazón de Iome batía tan fuerte al ver a su amiga de la infancia temblando de miedo. Dos vidas, serían dos las vidas que se cobraría Raj Ahten: Chemoise y el neonato.

Perdóname, Chemoise, he de traicionarte, quería decir Iome, puesto que todo su ser le decía que rendirse era lo equivocado. Raj Ahten no seguiría con vida si otros le hubieran plantado cara. Aunque sabía que cederle la elegancia no lo beneficiaría demasiado, salvaría la vida a sus amigos.

—No puedo acceder a daros el don —dijo Iome sin conseguir ocultar el desprecio en su voz.

Era incapaz, no podía cedérselo personalmente.

—Si no a mí, a un vector entonces —ofreció Raj Ahten como alternativa.

A Iome se le cayó el alma a los pies, habían llegado a un acuerdo y así podría ceder su belleza (por su padre, por Chemoise) siempre y cuando no la cediera directamente a Raj Ahten. Con la voz mudada dijo:

—Traed el marcador pues.

Instantes después trajeron los marcadores junto con una pobre mujer que había cedido su encanto. Iome contempló a la arpía de ropajes grises y le pareció reflejarse en un espejo, le costaba ver qué belleza había oculta en aquella mujer.

Entonces comenzaron los cánticos mientras Iome observaba a Chemoise, aún en el alféizar, y en silencio donó su belleza; se obligó a canjearla por algo hermoso y querido, duradero: la vida de una amiga y la otra que esta engendraba.

En la penumbra se oyeron susurros, y apareció una diminuta serpentina de fuego fosforito al aproximarse el mediador y colocar el marcador en la parte inferior del cuello, muy cerca del pecho.

Durante unos segundos no ocurrió nada y alguien murmuró:

—Por tu amiga, hazlo por tu amiga.

Iome asintió con la frente sudada, retuvo la imagen de Chemoise en la mente;

Chemoise con un niño en brazos, besándolo.

El dolor que le produjo el marcador fue indescriptible. Iome abrió los ojos y descubrió la piel de las manos reseca y agrietada, como quemada por un calor infernal. Comenzaban a asomar las venas por las muñecas y las uñas se le hicieron quebradizas; el pecho, caído, al cual se aferró notando mucho el cambio. Se arrepentía del canje, pero era demasiado tarde. Se sentía... como si estuviera en el río y el fondo se desplazara haciéndole perder el equilibrio. Todo lo que había poseído hasta entonces, toda su belleza, atractivo, fluyó de su ser al marcador.

El brillante cabello se había marchitado y retorcido sobre la cabeza como si de gusanos se tratase.

Iome aulló de dolor y de horror y aún más manaba de ella. Por unos instantes, fue como asomarse a una ventana del olvido y verse reflejada, sintió desprecio por tal imagen. Por primera vez en su vida, comprendió que no era nada, siempre había sido insignificante, una don nadie, un misterio. No se atrevía a gritar para que nadie se ofendiera ante el sonido de su asquerosa voz.

Mentira, no soy tan fea como todo eso, decía a Raj Ahten con su alma. Mi belleza te la cedo, pero no mi alma.

Entonces retrocedió ante aquel precipicio sintiéndose tan sola... sola, totalmente sola y experimentando un indecible dolor.

De alguna manera, había realizado una rara proeza: no desmayarse debido a la dura experiencia de los marcadores, a pesar de que uno se consumía en el infierno por el camino.

## Capítulo 11



### *Compromisos.*

**E**l agua del río se arremolinaba entre los muslos de Gaborn, fría y negra, como la mano de un muerto intentando arrastrarlo corriente abajo. En la penumbra de la orilla y a su lado, Rowan gemía desesperadamente de dolor, se doblada de dolor.

—¿Qué ocurre? —susurró Gaborn casi sin abrir los labios al hablar.

—La reina ha muerto —lloriqueó la otra.

Gaborn comprendió que tras años de estar insensibilizada, años de adormecimiento, la envolvía un mundo de sensaciones: el frío del agua y de la noche, el dolor de los pies heridos, el cansancio de una dura jornada de trabajo e infinidad de otras lesiones leves.

Aquellos que cedían la sensibilidad, una vez que recobraban los sentidos, apercibían toda una serie de sensaciones como nuevas, como si fuera la primera vez. La sacudida podía llegar a ser tremenda, incluso mortal ya que esas sensaciones se presentaban con una intensidad veinte veces mayor que anteriormente.

A Gaborn le preocupaba la joven, le inquietaba el hecho de que no pudiera moverse. El agua allí era muy fría y, desde luego, no esperaba que Rowan pudiera soportar la temperatura.

Y lo que era peor, si la reina había fallecido, Gaborn sospechaba que Raj Ahten estaba ajusticiando a los otros miembros de la familia real: al rey Sylvarresta y a Iome.

Promesas, Gaborn había contraído demasiados compromisos y se encontraba agobiado por ello; se había hecho responsable de Rowan y no se atrevía a moverla ni a intentar llevarla por el río. También había prometido rescatar a Iome, regresar a por ella.

Gaborn deseaba arrodillarse en el río y dejar que el frío del agua apagara el ardor de la herida en las costillas. En lo alto, una ligera brisa mecía las ramas de los alisos y los abedules. Entre las tinieblas que los rodeaban divisaba el agua río abajo que reflejaba el tono anaranjado de las llamas.

El jardín de Binnesman ardía y en la otra orilla del río los nomen gruñían, como sombras envueltas en una oscuridad mayor, e intentaban localizar a Gaborn. A pesar de eso, mientras que no se moviera, este estaba bien oculto entre los matorrales. Los gigantes frowth cazaban en las charcas río abajo. Se le antojaba que él solo podría salir de allí a nado, huir del castillo de Sylvarresta, pues era un ágil nadador, y transmitir a su padre la noticia de la rendición. Aunque el agua no tenía demasiada profundidad creía que era un objetivo alcanzable. Pero no lo conseguiría con Rowan.

Gaborn no podía pretender escapar del castillo de Sylvarresta.

Me comprometí con Iome, cayó en la cuenta, contraí una promesa. Se encuentra bajo mi protección, tanto como señor de las runas como mediante el juramento. Eran votos que no podía incumplir.

El día antes en el mercadillo de Bannisferre, Myrrima lo había reprendido por no comprometerse con facilidad y era cierto, no se atrevía a hacerlo.

«¿Qué es un señor de las runas, sino un hombre que mantiene su promesa?», le había adoctrinado su madre de pequeño. «Los vasallos nos ceden dones y nosotros a cambio les otorgamos protección. Con la inteligencia has de ser un líder sabio; con la fuerza has de luchar como un reaver; con la resistencia has de trabajar por ellos durante largas horas. Vives para ellos. Y si los aprecias como debieras, morirás por ellos. Ningún súbdito desperdiciaría un don con un señor de las runas que solamente vive para sí».

Esas habían sido las palabras que la reina Orden enseñó a su hijo. Esta había sido una mujer fuerte que mostró a Gaborn que bajo la curtida piel de su padre había un hombre de robustos principios. Ciertamente que en años anteriores el rey Orden había comprado dones a los pobres, aún siendo considerado algo poco ético por otros (aprovecharse de los pobres), el rey no lo veía así. Solía decir: «Algunos aman el dinero más de lo que aman al prójimo. ¿Por qué no transformar esa debilidad en fortaleza?».

*¿Y por qué no?* Desde luego era un buen argumento según un hombre que quería lo mejor para su reino. Le había dicho a Gaborn: «Me equivoqué, pero aun así seguiría comprando dones si poseyera la sabiduría suficiente para poder sopesar los motivos de quien los vende». Aunque los pobres que ofrecían los dones tenían muchas razones para hacerlo: hasta los más cobardes poseían un afecto ennoblecedor por sus familias y allegados, e imaginaban que vender un don era un acto de sacrificio.

Luego estaban los pobres más desesperados que no veían otra forma de salir de la pobreza más que vendiéndose.

—Comprad mi sentido del oído —había dicho un labrador suplicante al padre de Gaborn después de las grandes inundaciones hacía cuatro años. ¿De qué me sirven las orejas si solamente oigo los lamentos de los niños hambrientos?

El mundo estaba lleno de criaturas desesperadas, gente que por un motivo u otro se habían rendido ante la vida. El padre de Gaborn no compró el sentido del oído del

hombre y, en vez de ello, le proporcionó comida suficiente para todo el invierno, madera y trabajadores para reconstruir su casa, y semillas que plantar cara a la primavera.

Esperanza, le había ofrecido esperanza. Gaborn se preguntaba lo que Iome opinaría de su padre si conociera esta anécdota. Quizá cambiaría de opinión, esperaba que esta viviera para poder contárselo.

Gaborn miró hacia los troncos de los árboles, vetas negras en contraste con el fondo oscuro; mirar hacia la ciudad y hacia las murallas del castillo lo llenaba de desesperación.

Consideró que no podía enfrentarse a Raj Ahten: cierto que podría esconderse en la ciudad, a lo mejor tender emboscadas a algún soldado que otro, pero *¿cuánto duraría?, ¿durante cuánto tiempo podría seguir así antes de que lo capturasen?* No mucho tiempo.

No obstante, ayudar es una de mis obligaciones, *¿qué pasa si huyo ahora?*, se preguntaba. Debería haber hecho algo más, debería haber intentado salvar a Iome, y a Binnesman... y a todos los otros.

Era cierto, su padre necesitaba ser informado de que el castillo de Sylvarresta había caído y de qué manera.

El señuelo del hogar lo atraía sin importar lo que admirara la resistencia de la gente de Heredon, los suntuosos edificios de piedra de altos techos, frescos y abiertos, el placer de cada rincón de sus jardines; aquello no era un sitio que le resultara familiar.

Gaborn no había visitado a menudo la corte de palacio desde hacía ocho años y había pasado casi todo el tiempo a unos cincuenta kilómetros de casa en la Facultad del Conocimiento, entre eruditos resueltos y dormitorios austeros. Después de este viaje, estaba ansioso por volver a casa; hacía años que anhelaba dormir en la gran cama de algodón de su infancia, despertar y sentir el viento de la mañana en los campos de trigo, introducirse por las cortinas de encaje.

Se había imaginado que pasaría el invierno comiendo bien y estudiando estrategia militar con su padre, practicando combates con los soldados de la guardia. Borenson había prometido llevar a Gaborn a las mejores tabernas de Mysteria. Y además pensaba en Iome, cuya amabilidad con su gente lo había seducido tanto como nadie hubiera podido hacerlo; deseaba llevarla a su casa.

Tantos placeres soñados.

Gaborn deseaba marcharse a casa. Tal deseo era una estupidez tan grande... Vivir sin preocupaciones como si fuera un niño.

Gaborn recordaba que de niño cazaba conejos en el huerto de avellanos con su viejo galgo canela; recordaba días en los que su padre lo había llevado a pescar truchas en el arroyo Dewflood, donde los sauces llorones se inclinaban sobre el agua y las orugas verdes pendían de las ramas sobre hilos de seda provocando a las truchas. En aquellos días, la vida parecía un verano sin fin.

Pero Gaborn no podía regresar a casa.

La idea de no escapar con vida del castillo de Sylvarresta lo desesperaba.

De momento, no veía razón alguna de peso para marcharse. El padre de Gaborn pronto se enteraría de la rendición, los campesinos harían correr la voz más allá de las fronteras. El rey Orden ya iba de camino, igual tardaría tres días y seguramente tendría noticias a la mañana siguiente.

No, no le hacía falta advertir a su padre, no podía abandonar el castillo. Lo que tenía que hacer era poner a Rowan a salvo en algún lugar caliente donde pudiera recuperarse; debía ayudar a Iome y se había comprometido aún más: había jurado no lastimar a la tierra jamás. Pensó que tal promesa debía de ser fácil de cumplir ya que no deseaba hacer daño alguno a la tierra. Al meditarlo, se preguntó por el sentido del juramento. Justo entonces, los tejedores de llamas arrasaban el jardín de Binnesman. *¿Lo obligaba el juramento a batirse con los tejedores, a detenerlos?*

Quiso escuchar lo que le decía su fuero interno intentando averiguar lo que la voluntad de la Tierra diría en cuanto al tema.

Las llamas de la colina se agigantaron o quizá el resplandor era tal que se reflejaba en las nubes de humo en lo alto. El olor dulce a humo era empalagoso. Al otro lado del río, ladró un nomen y los demás bramaban según pudo oír Gaborn. Se decía que los nomen tenían miedo al agua y Gaborn albergaba la esperanza de que tal miedo fuera suficiente para que no cruzaran el río en su busca.

En lo concerniente al jardín, Gaborn no apercibió nada, ninguna necesidad imperiosa de apagar el fuego o aceptarlo. En efecto, si Binnesman hubiera querido luchar por salvarlo lo hubiera hecho.

Gaborn salió del agua trabajosamente y se acercó a Rowan, que aún se hallaba agazapada entre los sauces, y la rodeó con un brazo sin saber lo que hacer, dónde esconderse. Ansiaba que la tierra lo ocultara en aquel momento, tener un hoyo profundo en el que meterse e intuyó que eso era lo adecuado, notó que la tierra lo protegería de ese modo.

—Rowan, ¿sabes si en la ciudad hay algún lugar donde podamos escondernos? ¿Un sótano, un foso?

—¿Cómo? ¿No vamos a nadar?

—El agua no es lo suficientemente profunda y está muy fría. No puedes nadar en ella —dijo, chupándose los labios—. Voy a quedarme y a enfrentarme a Raj Ahten lo mejor que pueda; tiene a sus soldados y consagrados aquí, y si me quedo puedo asestarle algún golpe.

Rowan se acercó intentando calentarse, los dientes le castañeteaban. Gaborn percibió la tentadora suavidad del pecho de esta contra el suyo, el pelo rozaba al viento su mejilla. Ella temblaba, pero más de frío que de miedo probablemente: se había mojado cruzando el arroyo y no poseía la resistencia de Gaborn para combatir el frío.

—Os quedáis porque teméis por mí —susurró mientras le castañeaban los dientes

—, pero yo no puedo quedarme. Raj Ahten exigirá que se revise la contabilidad...

Era habitual que un nuevo rey inspeccionara la contabilidad de todos sus súbditos a fin de comprobar quiénes debían dinero al reino y, sin duda, los mediadores de Raj Ahten estarían allí en busca de posibles consagrados. Cuando los hombres de este descubrieran que Rowan había sido consagrada a la reina seguro que la atormentarían.

—Quizá —dijo Gaborn—, es algo de lo que podemos ocuparnos más tarde. Ahora necesitamos un escondite, así pues dime si tal lugar existe. Algún agujero, algún lugar donde haya un fuerte olor.

—¿Los sótanos de especias? —murmuró Rowan—. Cerca de las caballerizas del rey.

»En verano Binnesman guarda allí hierbas para vender y durante el festival el rey compra más. El sótano está a rebosar en la actualidad, hay muchas cajas. Hay que subir la colina y pasar por los establos.

Gaborn meditó, no tendrían que adentrarse mucho en la ciudad y simplemente desandarían lo andado y así confundirían el rastro.

—¿Hay guardas? Las especias son valiosas.

Rowan negó con la cabeza.

—El hijo del cocinero duerme en la habitación de arriba, pero se conoce que no lo despiertan ni las tormentas de truenos.

Gaborn recogió el fardo que contenía los marcadores y se esforzó por que le cupieran en el bolsillo de la toga. Los sótanos sonaban como el tipo de sitio ideal; un lugar secreto, donde se confundiera su rastro.

—Vamos —dijo, aunque no se dirigió directamente ladera arriba.

En vez de eso, cogió a Rowan en brazos y la llevó hasta el río, y comenzó a avanzar lentamente entre las charcas, encogido, intentando enmascarar el rastro.

Se encaminó río arriba entre el cobijo de los juncos. Delante de ellos, el agua parecía fluir más deprisa, había una esclusa del molino que se desviaba del río y desembocaba en el foso. Los bordes de la esclusa eran altos y cuando Gaborn la alcanzó, pudo vadear por las charcas al abrigo de las orillas construidas, hasta situarse justo debajo de la tronante rueda del molino que chapoteaba y crujía. A la derecha había un muro de piedra que separaba la esclusa del cauce principal del río junto con la presa de desviación, a la izquierda tenía la caseta del molino y un sendero empinado que conducía a la muralla del castillo.

Gaborn se detuvo puesto que no podía seguir avanzando, tenía que escalar la orilla de la esclusa y tomar el sendero entre los árboles para subir hasta la muralla.

Se volvió y comenzó a subir la orilla donde la hierba era de color marrón y había resecos rastros de centeno.

En el exterior de la caseta divisó a un ferrin, un hombre feroz con cara de rata y un bastón afilado que empleaba como lanza. Este hacía guardia sobre un hoyo en la base dándole la espalda a Gaborn.



Mientras Gaborn lo observaba, del agujero salió otro ferrin correteando con un pequeño trozo de tela cogido por las puntas. Estaban robando harina del suelo del molino, seguramente las sobras. A pesar de ello, era algo arriesgado para un ferrin: a muchos los habían matado por menos.

Antes de avanzar a la vista de todos y asustar a las criaturas, Gaborn miró río abajo por si había alguna señal de que los seguían, los ojos al nivel del borde de la hierba.

Sí, seis sombras se movían en la orilla bajo los árboles; hombres con espadas y arcos, uno con armadura de launas... Los rastreadores de Raj Ahten habían dado con su rastro de nuevo.

Gaborn se pegó al lateral de la pendiente de la esclusa y se escondió entre los juncos. Durante dos largos segundos, observó a los soldados que habían encontrado el cuerpo de su camarada y habían seguido el rastro de Gaborn y Rowan hasta la orilla del río.

Algunos de ellos miraban río abajo. Claro, imaginaban que había huido nadando por al lado de los gigantes y se había escondido al relativo abrigo del bosque de Dunn, parecía la única opción sensata. Ahora que había escapado del castillo no esperarían que se volviera a introducir a hurtadillas. Allí descubrirían un rastro potente ya que Gaborn había pasado por esa zona a caballo esa misma mañana.

El soldado de la armadura oteaba el molino de agua entornando los ojos. Gaborn se hallaba en la dirección del viento con lo que no creía que el hombre pudiera olfatearlo y puede que este solamente estuviera siendo precavido.

O igual había divisado a los ferrin en la pendiente, localizado sus movimientos. Los ferrin eran de color marrón oscuro en contraste con la pared de granito. Gaborn quería que se movieran para que el rastreador viera a las criaturas más claramente.

Durante sus años de estudiante en la Facultad del Conocimiento nunca se había molestado en estudiar en la Sala de las Lenguas y aparte de su lengua materna, el rofehavanés, únicamente chapurreaba algo de inhopalés. Una vez que hubiera adquirido más dones de inteligencia para entender idiomas más fácilmente, planeaba estudiarlos más a fondo.

Sin embargo, en las frías noches de invierno había frecuentado una taberna con algunos amigos indeseables, uno de los cuales, un choricillo, había adiestrado a un par de ferrin a buscar monedas que les canjeaba por comida. Los ferrin sacaban las monedas de cualquier parte: ya estuvieran olvidadas en la calle, ya robaran del suelo de las tiendas o de los ojos de los muertos, en sus tumbas.

Aquel amigo sabía algunas palabras en ferrin, un lenguaje muy primitivo que consistía en silbidos agudos y gruñidos. Gaborn poseía suficientes dones de voz que le permitirían imitarlos.

Silbó:

—Comida, comida. Yo doy.

En lo alto, el ferrin viró en redondo confundido.

—¿Qué?, ¿qué? —gruñó el que montaba guardia—. Te oigo.

La frase «te oigo» a menudo solicitaba que el interlocutor repitiera lo dicho.

Los ferrin solían localizarse unos a otros mediante silbidos.

—Comida, yo doy —silbó Gaborn con tono amable.

Este dominaba un diez por ciento del vocabulario ferrin. Entre los árboles más allá del molino comenzaron a silbar una docena de voces:

—Te oigo, te oigo.

Luego siguieron frases que Gaborn no comprendía, quizás algún tipo de dialecto que hablaban estos ferrin puesto que algunos de los chillidos y gruñidos le resultaban familiares. Se le antojó que habían dicho «acércate» varias veces.

De repente, media docena de ferrin correteaban por las baldosas de la caseta del molino después de descender de los árboles; Gaborn no había visto que había tantos escondidos.

Olfateaban el aire con el hocico y se acercaban cautelosos a Gaborn y rugían:

—¿Qué? ¿Comida?

Gaborn echó un vistazo río abajo preguntándose por la reacción de los rastreadores. El soldado con armadura de launas podía distinguir a los ferrin, una docena, que se paseaban por la base del molino. Lógicamente, si Gaborn hubiera estado por allí, los ferrin se hubieran dispersado.

Tras unos segundos de vacilación, el soldado hizo señas con la espada a ambos lados del río mientras gritaba órdenes a sus hombres. Gaborn no pudo oír lo que decía con el estrépito de la rueda, pero, al momento, los seis batidores se apresuraron cuesta arriba entre los árboles en dirección sur; iban a batir el bosque río abajo. Gaborn se aseguró que habían desaparecido antes de subir colina arriba con Rowan para no ser observado por ojos curiosos.

## Capítulo 12



### *Canjes.*

**C**hemoise Solette se sentía aturdida al presenciar cómo su mejor amiga, Iome, era despojada de toda su belleza, cosa que horrorizó a aquella hasta la médula. Cuando Raj Ahten hubo terminado con la princesa, se volvió y miró a Chemoise a los ojos, las ventanas de la nariz hinchadas.

—Eres una criatura joven y bella —murmuró este—. Quedarás a mi servicio.

Chemoise no pudo ocultar el asco que le produjeron esas palabras. Iome aún estaba tendida en el suelo, conmocionada, casi inconsciente. El padre de Chemoise aún se encontraba en el carromato en el torreón de los Consagrados.

Esta no contestó y Raj Ahten esbozó una ligera sonrisa. No podía aceptar un don de una mujer que lo odiaba tan intensamente y su voz no podía persuadirla, pero podía arrebatarle otras cosas; deslizó la mirada hacia la cintura como si estuviera desnuda ante él.

—Llevadla al torreón de los Consagrados de momento. Dejadla que cuide de su rey y de su princesa.

Chemoise se estremeció horrorizada y se aventuró a esperar que Raj Ahten se olvidara de ella mientras estuviera en el torreón.

Uno de los soldados asió a Chemoise por el codo y la condujo por la escalera, a través del gran salón y por la calle hasta el torreón de los Consagrados, empujándola por el rastrillo. Allí en inhopalés intercambió algunas palabras con los soldados apostados; estos sonrieron con complicidad.

Chemoise corrió hacia su padre, quien había sido arrastrado hasta el salón de los Consagrados y ahora yacía en un camastro limpio.

Tal visión le resultaba dolorosa, la herida que tenía era profunda y después de tantos años se había infectado. Eremon Vottania Solette era caballero equitativo, vinculado mediante juramento a derrotar a Raj Ahten, Señor de los Lobos. Una promesa contraída hacía siete años, un día que marcaba su abandono del servicio a Sylvarresta a fin de cabalgar por los verdes campos primaverales en dirección hacia el lejano reino de Aven, y que se había tomado muy en serio.

El juramento le salió muy caro. Chemoise lo recordaba erguido sobre el caballo, orgulloso. Era un gran guerrero y ante una niña de nueve años parecía invencible.

Ahora la ropa le olía a paja mohosa y a sudor rancio; los músculos se le habían agarrotado, inservibles, y pegaba la barbilla al pecho. Ella buscó un trapo y agua, y comenzó a lavarlo: gritó de dolor cuando le frotó uno de los tobillos. Chemoise lo examinó y vio que ambas piernas estaban terriblemente marcadas, la piel de los tobillos había enrojecido y ya no les quedaba vello alguno.

Raj Ahten lo había tenido encadenado durante seis años. Tal forma de tratar a los consagrados era algo insólito y, con tantos años del maltrato, se sorprendió de que siguiera con vida. Aquí en el norte, se les mimaba, veneraba y trataba con cariño. Se rumoreaba que para satisfacer la demanda de consagrados, Raj Ahten había esclavizado a gente.

Mientras esperaba a que los cocineros trajeran el caldo de las cocinas, simplemente le sujetaba la mano, besándola una y otra vez. Eremon la miraba fijamente con la mirada como embelesada, sin poder parpadear.

Chemoise oyó un grito proveniente del torreón del Rey, seguramente alguien cediendo dones. A fin de no hacer caso del estruendo, se puso a susurrarle a su padre:

—Oh, padre, estoy tan contenta de veros. Llevo tanto tiempo esperando esta ocasión.

Su padre arrugó los ojos como esbozando una triste sonrisa y respiró con dificultad. No sabía cómo decirle que estaba embarazada, quería hacerlo feliz, que creyera que todo marchaba bien en su vida, pero no quería confesar cómo había deshonrado a la princesa. Esperaba que su padre nunca tuviera necesidad de descubrir la verdad, que cierta ilusión de grandeza le proporcionara algo de paz.

—Padre, estoy casada —susurró— con el sargento Dreys de la guardia de palacio, quien era tan solo un muchachito cuando os marchasteis. ¿Lo recordáis?

Su padre retorció la cabeza de lado a lado, en un medio gesto negativo.

—Es un hombre bueno y amable. El rey le ha cedido una finca cerca de la ciudad.

Chemoise se preguntaba si no se estaría pasando un poco, los sargentos casi nunca recibían tierras.

—Vivimos allí con su madre y sus hermanas, y vamos a tener un hijo, un hijo que crece en mi vientre.

No podía contarle la verdad, cómo el padre había muerto a manos de Raj Ahten, cómo había ido a atraer a su espíritu al lugar donde hicieron el amor tantas noches, cómo había deshonrado a su familia y a la princesa. No se atrevía a contarle que el alma de Dreys apareció ante ella aquella noche, una fría sombra que ahora vivía en su ser. Pero esa misma noche fue cuando sintió los primeros movimientos nerviosos del bebé y le pareció un milagro.

Intentó estirarle los dedos de la mano, que parecían agarrotados y constantemente apretados en forma de puño, que finalmente abrió tras años de inutilidad. Su padre le estrechó la mano como muestra de afecto y de agradecimiento, pero apretó

demasiado puesto que contaba con dones de fuerza, tan fuertemente como un tornillo de banco.

Al principio, Chemoise intentó no hacer caso, pero la asía tan fuerte que tuvo que decir:

—Padre, no apretéis con tanta fuerza.

La mano se tensó del miedo aunque intentó retraer el brazo para aflojar el agarre. Aquellos que cedían el don de la agilidad no podían relajarse, ni estirar los músculos con facilidad, con lo que terminó apretando la mano de su hija aún más y Chemoise se mordió los labios.

—Os lo ruego, por favor... —suplicó esta, sin saber si su padre se había percatado que era mentira e intentaba castigarla.

Eremon Solette hizo una mueca de disculpa, luchó con todas sus fuerzas por relajarse, estirar los músculos y soltar a Chemoise. Durante un minuto solamente consiguió lo contrario, apretar más, pero después Chemoise notó cómo relajaba la mano.

Los cocineros aún no habían traído el caldo para los consagrados que habían donado el metabolismo. El padre de Chemoise no podía tragar nada sólido, los delicados músculos del estómago no podían contraerse correctamente.

—Padre —lloró Chemoise—, os he esperado tanto tiempo, tanto deseaba veros... ojalá pudieseis hablar, me gustaría que me contarais qué sucedió.

Eremon Vottania Solette fue capturado en Aven, en el palacio de invierno de Raj Ahten situado en la costa. Después de haber escalado la torre blanca donde las cortinas de gasa color lavanda ondeaban al viento, se encontró en un dormitorio con un denso ambiente cargado de incienso de jazmín, donde sobre cojines dormitaban muchas mujeres de cabello oscuro. Estaban desnudas salvo por finos velos que les cubrían la piel, era el harén de Raj Ahten.

Sobre una mesilla de sándalo había una cachimba de latón con ocho boquillas protuberantes como los tentáculos de un pulpo. Las bolas enrolladas de opio color verdinegro colocadas en la bandeja de la pipa se habían convertido en cenizas. Durante unos instantes, se detuvo y se permitió admirar la belleza de las mujeres a sus pies. Junto a las camas había colocados braseros dorados donde ardía el carbón y, de no ser por el amargo y fuerte aroma del opio, el dulce almizcle de las damas hubiera convertido el ambiente en un paraíso.

En la habitación contigua se oía la risa delatadora de una trastornada, parecía que alguien retozaba y, de repente, le sobrevino la loca esperanza de despachar a Raj Ahten mientras este yacía desnudo y distraído.

Mientras esperaba y desenvainaba la larga daga sigilosamente, todo vestido de negro y apoyado contra la pared, una de las doncellas despertó y lo descubrió escondido tras las cortinas de gasa. Eremon intentó silenciarla desplomándose desde el rincón de un salto e intentado clavarle el puñal en la garganta, pero no lo consiguió

a tiempo.

Un eunuco mequetrefe que era el vigilante se despertó bruscamente y asestó a Eremon un golpe con un bastón. El eunuco se llamaba Salim al Daub, un hombre robusto, con las formas y voz de mujer, habitual en los de su clase, y ojos marrón claro, como los de una cierva.

Como recompensa por capturar al enemigo, Raj Ahten ofreció a Salim un gran regalo, un don de gracia, la de Eremon.

Eremon hubiera muerto antes que cederle un don a uno de los secuaces de Raj Ahten, pero aquel anhelaba dos cosas, regresar a Heredon un día y ver a su hija de nuevo.

Ahora la contemplaba, se había convertido en una joven mujer como su madre, y no podía evitar llorar al ver su mayor sueño convertido en realidad.

Chemoise observó los ojos de su padre llenos de lágrimas, el esfuerzo que le suponía respirar, cada segundo era una lucha para seguir con vida ya que no podía relajar los pulmones lo suficiente para que se llenaran de aire. Se preguntaba cómo había sobrevivido así durante seis largos años.

—¿Os encontráis bien? —le preguntó—. ¿Qué puedo hacer por vos?

Eremon tardó un rato en pronunciar una sola palabra tras un gran esfuerzo:

—Ma... mátanos.

## Terceer Libro

---

*Vigesimoprimerá jornada del mes La cosecha*



Un día de engaños

## Capítulo 13



### *El pragmático rey Orden.*

**T**reinta kilómetros al sur del castillo de Sylvarresta se erguía un peñasco llamado Tor Hollick a ciento veinte metros por encima del bosque de Dunn, desde cuyas rocas se podía divisar a lo lejos.

Antaño hubo ubicada allí una fortaleza de la cual solamente quedaban unas cuantas ruinas apiladas. El resto se las habían llevado los campesinos para construir las paredes de sus casas.

El rey Mendellas Draken Orden se sentaba incómodo en una columna rota e infestada de líquen oteando las cimas de las colinas y las copas de los árboles que el viento nocturno agitaba. La capa de samite verde ondeaba debido a la leve brisa, en las manos sujetaba una taza de té demasiado dulce que lo calentaba. En lo alto sobrevolaban dos pterodáctilos en círculos, con las correosas alas extendidas, piulando en la oscuridad, tenían forma de murciélagos enormes que contrastaban con las estrellas.

El rey Orden no les hizo caso, estaba absorto en otros asuntos; en una de las colinas en la lejanía ardía un incendio, ¿sería el castillo de Sylvarresta?

La mera idea le resultaba horrenda: era algo más que un dolor en el corazón, producía dolor en la mente y en el alma. Con los años había aprendido a amar estos dominios y a su monarca muchísimo, quizá demasiado ya que ahora se adentraba en el peligro.

Según los exploradores de Orden, Raj Ahten había alcanzado el castillo al mediodía. El Señor de los Lobos no podía haber organizado un ataque precipitado y quemar el castillo.

Pero al contemplar el resplandor en el cielo, Orden se temía lo peor.

En el bosque a los pies de donde estaba apostado el rey, había un campamento de dos mil soldados. Los hombres estaban agotados después de haber cabalgado durante todo un día a un ritmo increíble. Tras separarse de Gaborn, Borenson se había apresurado por encontrarse con su rey y había sido ardua tarea, cuatro asesinos muertos quedaron a su paso.



El rey Orden no podía contener los acelerados latidos del corazón ante la idea de que su hijo se hallara en aquel castillo en llamas; deseaba enviar a un espía y descubrir dónde estaba Gaborn, qué había sido de él; deseaba cargar contra el castillo y salvar a su hijo. Estos eran los pensamientos inútiles que lo acuciaban. Si hubiera tenido suficiente espacio allí donde estaba, se hubiese levantado y caminado de un lado a otro.

No, no podía hacer nada salvo sentirse enojado con Gaborn. Menudo muchacho insensato y decidido, pero a la vez tan sumamente estúpido. *¿De verdad creía este que Raj Ahten solamente quería apoderarse del castillo?* Seguro que sabía que el rey Orden viajaba todos los años a Heredon en la época de caza. La clave para destruir los reinos del norte era destruir la dinastía de los Orden.

No, esta pequeña incursión era algo más que una trampa, era una cacería de leones con batidores escondidos en los arbustos y lanceros en la retaguardia al estilo meridional. Era una jugada inteligente la de batir los arbustos, tomar el castillo de Sylvarresta como señuelo. Orden ya había enviado exploradores hacia el sur y hacia el este con la esperanza de descubrir cuántos lanceros bloqueaban la ruta hacia casa. Sin duda incluso la carretera estaría vigilada. Si Raj Ahten movía bien las piezas, destruiría a los Orden y se llevaría Heredon en una misma jugada. No esperaba noticias al menos hasta pasado un día o dos.

Qué idea tan poco brillante tuvo Gaborn, la de presentarse ante el rey Sylvarresta; poco sensata y a la vez valiente.

El rey Sylvarresta y el rey Orden eran antiguos amigos y sabía que si la situación se presentara al revés, si Orden hubiera sido el primero en saber que Sylvarresta necesitaba ayuda, él mismo hubiera cabalgado sin cesar para ir a luchar junto a su viejo camarada.

De momento, Orden tenía que contentarse con observar la ciudad que ardía a lo lejos mientras esperaba el parte de los exploradores que habían salido al galope, seis de ellos sobre seis buenos caballos de fuerza. No tardarían mucho en regresar. Aunque los soldados y las cabalgaduras necesitaban descanso, Mendellas no podía dormir, ni aquella noche ni seguramente en las noches venideras. Al poseer cuarenta dones de resistencia no le haría falta dormir nunca más si no lo deseaba.

Y por supuesto que Raj Ahten no dormiría esa noche tampoco.

En la roca de arriba se sentaba su cronista y el de su hijo. Orden los miró preguntándose por qué el de Gaborn no iba en pos de su hijo. Si estaba en el castillo aquel debería seguirlo, sabría si otro días lo había localizado. Igual no importaba dónde estuviera, igual su hijo estaba prisionero o muerto.

Durante la siguiente hora de aquella lenta vigilia, dejó divagar el pensamiento y meditó acerca de sus propias defensas en casa. El rey Orden a veces tenía la impresión de peligro, presentía la presencia de los reaver en las fronteras sur de su reino. De niño, su padre le había contado que tales intuiciones eran algo que heredaban los monarcas al nacer por derecho de cuna. Pero en esos instantes no intuía

nada más.

Se preguntaba si las fortalezas de sus fronteras estarían seguras.

Al poco llegó un explorador con noticias: efectivamente, Sylvarresta había caído, el reino había sido capturado al anochecer sin lucha alguna.

Peor de lo que se temía Orden. Ante tal noticia, el rey extrajo un mensaje de una caja de roble laqueada que llevaba guardada en el cinturón. Se trataba de una misiva dirigida al rey Sylvarresta y que portaba el sello del duque de Longmot.

Los exploradores del rey Orden habían interceptado al mensajero de Longmot al alba, si «interceptar» es la palabra adecuada. Más bien tropezaron con el cadáver del hombre, oculto en un arbusto al lado de la carretera, abatido por la flecha de un asesino. Aquellos solamente lo habían descubierto por la peste que echaba el muerto.

La campaña estaba plagada de asesinos apostados por la carretera de dos en dos.

En circunstancias normales, Orden habría respetado la privacidad de las partes interesadas y habría entregado la caja a Sylvarresta él mismo. Pero este se había rendido y Orden temía que Longmot enviaba malas nuevas. Quizá también se encontraba asediado. Junto con el castillo de Sylvarresta, era la segunda mejor fortaleza en todo Heredon. Aunque el reino poseía otras diecinueve fortificaciones, estas solamente protegían pueblos y aldeas más pequeños; se trataba de torreones de menor escala.

Así pues, Orden rompió el sello de cera de la caja, extrajo un rollo fino de pergamino amarillo, lo desenrolló y lo leyó bajo la luz de las estrellas. Era evidentemente la letra de una mujer que había escrito de forma precipitada, había palabras tachadas.

Al más legítimo de los soberanos, Jas Laren Sylvarresta de parte de su más devota súbdita, la duquesa Emmadine Ot Laren con todo respeto y los mejores ~~alegres~~ deseos.

Estimado tío:

Habéis sido traicionado. ~~Mi mar~~ Sin conocimiento de ello, mi marido os ha vendido al permitir a las fuerzas de Raj Ahten atravesar el bosque de Dunn. Al parecer, mi esposo esperaba reinar como regente en lugar vuestro si Heredon caía.

En lo que fue una larga noche, Raj Ahten despojó a muchos de sus dones y recompensó la traición de mi marido con la misma moneda, colgándolo con sus tripas de las rejillas de hierro en la ventana de sus propios aposentos.

Raj Ahten sabe que no se puede confiar en los traidores.

En cuanto a mí, me trató con vileza, me utilizó como solamente un esposo debe usar a su mujer y me obligó a cederle un don de elegancia. Partió habiendo nombrado un regente, algunos estudiosos, y un pequeño ejército para ~~controlar~~ intimidar a la ciudad durante su ausencia.

Durante dos días, el regente ha diezmado estas tierras, ha tomado dones de cientos de personas sin importarle nada si los consagrados viven o mueren; muchos de ellos están tendidos en el suelo del patio y nadie podrá ocuparse de ellos. A mí misma me utilizó como vector a fin de despojar a cientos de mujeres de sus encantos, mientras a mis hijos, Wren y Dru, que apenas son unos niños, los han convertido en vectores de resistencia y agilidad para el Señor de los Lobos.

Aunque hace una hora nuestros criados y algunos soldados han conseguido

sublevarse y derrocar a los que nos atormentaban, ha sido una batalla sangrienta, empero no en vano. ¡Nos hemos hecho con cuarenta mil marcadores!

En este punto el rey Orden se detuvo, porque, de repente, le faltaba el resuello. Se levantó y comenzó a pasear de un lado a otro, mareado.

*¡Cuarenta mil marcadores!* Nunca jamás se había oído semejante cosa. En estos reinos del norte ni siquiera se habían cedido tantos dones en veinte años. Orden echó un vistazo a los cronistas sentados sobre la roca, estos sabían que los marcadores se escondían en Longmot. Por los Elementos, Orden anhelaba conocer una centésima parte de lo que sabían los cronistas. *¡Los robaré!*, pensó Orden. A menos que sea una trampa y Raj Ahten crea realmente que puede defender Longmot.

Orden se puso a deliberar: si uno entraba en un castillo ajeno y tomaba los dones de toda la realeza, de todos los mejores soldados, uno podría suplantar a los enemigos en una sola noche privándolos de la fuerza y dejándolos boquiabiertos ante la derrota.

La duquesa había mencionado que eran los criados quienes dirigían la revuelta junto con unos cuantos soldados, por lo tanto los demás estaban muertos o sin dones; igual no era una trampa.

Raj Ahten había confiado el tesoro a sus hombres en Longmot, un castillo fenomenal con estupendas defensas.

*¿Qué mejor lugar para guardar los marcadores?* Y desde allí transportarlos al castillo de Sylvarresta para desecar a los enemigos. En efecto, seguramente ya tendría algunos consigo.

El rey Orden continuó leyendo.

Confío en que estos marcadores os serán de gran utilidad en esta campaña bélica. Mientras tanto, un ejército ocupante se acerca por el sur y, según la información recibida, deberá llegar en cuatro días.

He enviado aviso a Groverman y a Dreis en busca de ayuda, creo que podremos aguantar el asedio con su apoyo.

El Señor de los Lobos no dejó guardia de palacio ni soldados: los que han cedido dones son vectores para Raj Ahten mediante mis hijos.

Este va de camino hacia vos aunque no creo que alcance el castillo de Sylvarresta hasta la víspera de Hostenfest por la noche.

Es un hombre peligroso, con tantos dones de encanto que brilla como el sol. Durante décadas, Longmot ha sido cuna de muchas mujeres vanidosas, cada cual deseosa de ser más bella que su prójima. Y soy conductora de toda esa belleza.

Yo no defenderé a vuestros enemigos.

Dentro de dos días, todos aquellos que han cedido dones en Longmot morirán a mis manos. Me aflige la idea de asesinar a mis propios hijos, pero únicamente así puedo recuperar el número de soldados suficientes para defender la ciudad.

Los marcadores están escondidos en el huerto de nabos de la mansión de Bredsfor.

Me temo que ya no me veréis más, con vida por lo menos. El capitán Cedrick Tempest, de la guardia de palacio, queda a cargo de Longmot.

Mi marido sigue colgado de la ventana aún, los intestinos le sirven de cuerda para el cuello; lo dejaré ahí, al muy villano. Si me hubiera enterado antes de la traición cometida, no hubiera sido tan indulgente.

Debo dejaros, tengo que afilar un cuchillo. Si fracasara, ya sabéis lo que debéis hacer.

Mendellas Orden terminó de leer la carta con ansiedad y la dejó a un lado. «Ya sabéis lo que debéis hacer», era el lema antiguo de los que hacían de vectores. «Mátame si no puedo hacerlo yo».

El rey Orden había coincidido con la duquesa en varias ocasiones. Siempre le había parecido una diminuta y tímida dama, demasiado tímida para hazañas tan colosales: suicidarse y asesinar a sus hijos era cosa de mujeres de gran entereza. No obstante, Orden sabía que en la vida llegaban momentos en los que uno no podía tomar otros derroteros. O sea, que Raj Ahten utilizaba los dones de los soldados mediante la familia real, los había forzado a ceder dones importantes a fin de que estos no pudieran combatir de nuevo a menos que se ajusticiara a la familia real.

La duquesa tendría que cumplir con su obligación: degollar a sus propios hijos para salvar el reino, qué trueque tan malvado. Mendellas albergaba la esperanza de que su hijo no cayera en las garras de Raj Ahten, suponía que él mismo poseería la fortaleza suficiente para acabar con la vida de su hijo si se diera el caso.

Aunque no quería ni pensar en ello.

El rey Orden volvió la hoja y leyó la fecha: día 19 del mes de cosecha. La carta era de hacía casi dos días y el remitente estaba a más de cien kilómetros.

La duquesa no pensaba que Raj Ahten llegaría al castillo de Sylvarresta hasta mañana con lo que su intención era la de suicidarse al día siguiente antes de que llegaran las fuerzas de ocupación.

Una lástima que no lo hubiera hecho aquella misma mañana ya que igual su sacrificio hubiera beneficiado al rey Sylvarresta.

Apresuradamente, Orden redactó cartas al duque de Groverman y al conde de Dreis (los lores de los castillos más próximos a Longmot) en las que rogaba a ambos que enviaran socorro mientras solicitaban lo mismo de sus vecinos. Y para asegurarse de que Dreis y Groverman vinieran, dijo claramente que Raj Ahten había dejado grandes tesoros en Longmot.

—¿Borenson? —llamó el rey cuando hubo terminado.

El capitán estaba sentado en las rocas de lo alto, a unos pocos metros por debajo de la maraña de ramas del nido de los pterodáctilos.

—¿Qué se os ofrece, milord? —preguntó mientras descendía hasta el nivel de Mendellas.

—Tengo una tarea peligrosa que encomendarte.

—Estupendo —respondió este con voz muy animada.

Borenson se dejó caer junto al rey bajo las estrellas, le sacaba a este una cabeza, el cabello pelirrojo le caía por los hombros debajo del yelmo. No parecía correcto que un vasallo fuera tan grande. Borenson contemplaba a su rey expectante.

—Voy a dirigirme hacia el sur, al castillo de Longmot, con una tropa de

quinientos ahora mismo y, al amanecer, otros mil me seguirán. Quiero que partas ahora con otros quinientos hombres, los exploradores avisan que por los bosques de Sylvarresta merodean unos cuantos miles de nomen. Si galopáis sin deteneros, llegaréis al alba al exterior del castillo donde puedes dejar a los hombres que practiquen con el arco.

»Mantén tus tropas entre los árboles, el Señor de los Lobos no se atreverá a enviar refuerzos desde el castillo si no puede adivinar cuántos sois. Si atacara, retírate elegantemente hacia Longmot. De todos modos, llegado el mediodía tus hombres deberán poner rumbo a Longmot.

»Parece ser que la duquesa de Longmot está en apuros. Raj Ahten se hizo con el control del castillo y robó dones de cientos de personas. Esta planea suicidarse al alba y matar a cualquier otro consagrado a Raj Ahten. Además parece que se ha hecho con un buen botín, por lo que tengo que ir a aliviar su carga y por eso quiero que entretengas al Señor de los Lobos.

El rey Orden deliberó la siguiente jugada: conocía bien estos bosques tras veinte años cazando en ellos y necesitaba sacar partido a esos conocimientos.

—Voy a destruir el puente en Hayworth aunque no sirva de mucho. Enviarás a tus tropas hacia el vado de los Jabalís, al estrecho cañón a los pies del vado. Allí tenderán una emboscada al ejército de Raj Ahten y, cuando estos atraviesen el cañón, tus hombres los atacarán con rocas y flechas desde lo alto, préndele fuego al lado oriental del cañón. Pero no os enfrentéis cuerpo a cuerpo a menos que sea necesario. Luego tus hombres deben ir hacia Longmot, ¿comprendes? Tu única misión es la de acosar al Señor de los Lobos, provocar algunas bajas, causar daños superficiales en sus defensas para retrasar el avance.

Borenson sonreía de oreja a oreja, se trataba prácticamente de una misión suicida. Orden se preguntaba por qué tal proposición lo deleitaba, *¿deseaba este hombre morir o era simplemente el desafío mortal, que lo excitaba?*

—Desgraciadamente, no acompañarás a las tropas.

—¿No? —La sonrisa de Borenson quedó vacilante.

—No, tengo algo más peligroso en mente para ti. Mañana al mediodía, mientras tus tropas se retiran hacia el vado, quiero que tú en persona, solo, entres en el castillo de Sylvarresta y transmitas un mensaje a Raj Ahten.

Borenson comenzó a sonreír nuevamente, pero no la mueca demente y temeraria de antes, sino algo con más determinación. Gotas de sudor comenzaron a brotarle en la frente.

—Deberás ser hosco y ofensivo con Raj Ahten todo lo que puedas. Dile que hemos tomado el control de Longmot, alardea de ello. Y como prueba dile que al amanecer he degollado a sus consagrados.

Borenson tragó saliva.

—Hazle creer que tengo en mi poder cuarenta mil de sus marcadores y que los voy a aprovechar bien. Dile que le venderé... unos cinco mil y que conoce el precio.

—Que es... —preguntó Borenson.

—No se lo menciones —dijo Orden—. Si tiene a mi hijo te ofrecerá a mi hijo, si no lo tiene pensará que te refieres a la familia de Sylvarresta y te ofrecerá al rey a cambio.

»No importa quién sea el prisionero que te ofrezca, primero comprueba en qué condición está: comprueba si Raj Ahten ha obligado a Gaborn o al rey Sylvarresta a cederle un don. Sospecho que utilizará a la familia real como vectores para apoderarse de otros dones de importancia. En quince horas fácilmente podrá hacerse con cientos de esos dones. Si resultara así, ya sabes lo que tienes que hacer.

—¿Cómo? —inquirió Borenson.

—Has oído perfectamente, sabes lo que tienes que hacer.

Borenson comenzó a reír, más que carcajadas parecía tos, pero ya no sonreía ni los ojos chispeaban deleitados. El rostro se tornó severo e imperturbable, y la voz sonó incrédula.

—¿Me decís que mate a Sylvarresta o a vuestro hijo?

En lo alto, una de las aves chilló y voló bajo. En otra época, Orden había sido lo suficientemente ligero para montar en uno de esos colosales reptiles; cuando pesaba unos quince kilos a los seis años de edad, su padre le había permitido volar largas distancias sobre la grupa de pterosaurios amaestrados, junto con otros jinetes por las montañas del lejano reino de Dzerlas en Inkarra. Solamente los muchachos con dones de fuerza, inteligencia, resistencia y agilidad podían hacer tales recorridos.

Aunque cuando Gaborn, el hijo de Orden, se hizo jinete a su vez, no le permitió embarcarse en tales viajes. El rey Orden había intentado proteger a su hijo, quería al niño demasiado y esperaba que el muchacho tuviera la oportunidad de crecer, madurar (un lujo poco común entre los señores de las runas), ya que estos se veían obligados a asumir dones de metabolismo y envejecer antes de tiempo. Gaborn todavía necesitaba aprender ciertas cosas de su padre: el arte de la diplomacia, la estrategia y la intriga, cosas que no aprendía en la Facultad del Conocimiento.

Además, el padre de Orden fue capturado cuando este era apenas un muchacho y forzado a ceder dones a un señor de los lobos en los páramos del sur. Los amigos de su padre lo liberaron de tal sino, con la hoja de una espada.

Borenson no podía hacerse cargo de cuánto dolor le producía darle la orden y el rey Orden resolvió que ninguno de sus hombres lo descubriría. El noble corazón de Gaborn probablemente le había procurado una sentencia de muerte.

El rey le dio una palmadita comprensiva en el hombro al gran guerrero, Borenson se atería. Cuán difícil sería pasar de ser protector declarado a asesino.

—Me has entendido perfectamente. Cuando Raj Ahten reciba tu mensaje se precipitará hacia Longmot para enfrentarse conmigo en combate. Antes del amanecer ya se habrá procurado cientos de consagrados en el castillo de Sylvarresta. Pobres inocentes que no podrá trasladar al sur en un abrir y cerrar de ojos, con lo cual no podrá protegerlos bien.

»Una vez que Raj Ahten parta, quiero que te introduzcas en el torreón de los Consagrados y que degüelles a todos los que queden.

La sonrisita del enorme guerrero se borró del todo.

—Comprendes que debemos hacer esto. Mi vida, tu vida, las vidas de la gente de Mysteria, todos los que conoces y aprecias, dependerán de ello con seguridad.

»No podemos dar muestras de debilidad ni de indulgencia.

De una bolsa colgada en la cadera, el rey sacó una pequeña petaca de marfil que contenía dentro neblinas de los campos de Mysteria. Los magos acuáticos de Orden decían que dentro de la petaca había suficiente niebla para ocultar a un ejército si fuera necesario. Este hizo entrega del artefacto a Borenson y debatió si darle también el escudo de oro mágico, que poseía un potente hechizo acuático. Orden lo había traído como regalo de pedida para Sylvarresta, aunque en aquel momento presintió que debería utilizarlo él mismo.

Orden meditó: no deseaba matar a Sylvarresta, pero si este había sucumbido ante Raj Ahten era su obligación hacerlo. Los reyes de Rofehavan debían saber que nadie podía entregar dones al Señor de los Lobos, que no se permitiría a ninguno hacerlo y seguir con vida, ni siquiera a su mejor amigo.

—Hemos de cumplir con nuestras obligaciones aunque ello suponga ajusticiar a nuestros amigos, a nuestra familia —dijo a Borenson y también a sí mismo—, si se ven al servicio del enemigo. Es nuestro deber. Estamos en guerra.

## Capítulo 14



### *Un hechicero encadenado.*

**J**usto antes del alba, el estruendo metálico de varias cadenas precedió a Binnesman en la sala de audiencias del rey. Los soldados lo arrastraron frente a Raj Ahten, mientras Iome observaba la escena.

Estremecida, esta se escondió en un rincón oscuro de la sala temiendo que Binnesman la localizara y despreciara su mera existencia. En las últimas horas, había tenido ocasión de examinar la runa de poder que le marcaba la piel del pecho. Era algo complejo, algo horripilante que intentaba extraer algo más que su hermosura, intentaba despojarla de orgullo y esperanza. Aunque se resistía a la influencia de la runa, aunque había negado este botín a Raj Ahten, se sentía infrahumana, como un espantajo en una esquina, algo que se encogía y miraba.

Según contaba una leyenda de antaño, el mediador Phedrosh había fabricado la runa de la voluntad, un símbolo que chupaba toda la fuerza mental de sus víctimas. Si Raj Ahten hubiera poseído tal instrumento mágico en el marcador utilizado con Iome, no hubiera sido capaz de negarse.

En aquel instante, daba gracias que Phedrosh había destruido la runa y el secreto de su creación antes de huir a Inkarra.

Los grilletes de Binnesman repiqueteaban conforme lo traían a la sala. Encadenado de pies a cabeza, las manos también, barras de hierro constreñían al mago. Los soldados simplemente lo remolcaron por el suelo de madera y lo arrojaron a los pies de Raj Ahten.

Cuatro de los tejedores de llamas del Señor de los Lobos, calvos y de piel oscura, caminaban junto al herbolario: tres hombres apuestos y una mujer, todos con esa peculiar mirada de llamas bailarinas que solamente los tejedores poseían. Ellos vestían togas de seda color azafrán y ella un mantón carmesí.

Conforme se acercaba la mujer que iba la primera, Iome notaba el calor de la piel de aquella, un calor seco como si la carne fuera una piedra brasero de esas que calentaban las camas en las noches frías. Además, Iome percibía los poderes de aquella de otra forma: le sobrevino cierto deseo mezclado con una extraña excitación



intelectual. Ese deseo no era nada parecido a la sensación de sensualidad que sentía en presencia de Binnesman (el deseo de engendrar hijos, de notar los diminutos labios mamando del pecho). No, los tejedores de llamas portaban una necesidad acuciante de violar, despojar, una rabia diferida y controlada por un agudo intelecto.

El pobre Binnesman parecía un sucio infeliz manchado totalmente de ceniza mugrienta. A pesar de ello, los ojos azul celeste no daban muestras de temor cuando alzó la vista.

*Deberías temer*, pensó Iome, *deberías*. Nadie podía resistirse a Raj Ahten, al resplandor de su rostro, al poder de su voz. En pocas horas, había visto cosas inimaginables: doscientos de los soldados de la guardia de su padre habían cedido dones, la mayoría no necesitaron ser disuadidos. Un vistazo al rostro de aquel y se entregaban.

A muy pocos se les ocurrió resistirse. El capitán Derrow, de la guardia de palacio, había solicitado la absolucón ya que su juramento era ser fiel a la dinastía de los Sylvarresta y no a Raj Ahten con lo que suplicaba hacer de centinela en el torreón de los Consagrados, indicando que otras familias de nobles enviarían asesinos a despachar a Sylvarresta. Raj Ahten accedió, pero únicamente con la condición de que Derrow otorgara un don menor, el del oído.

Otros que no quisieron sacar ventaja recibieron un tratamiento mucho más áspero.

El capitán Ault se negó completamente a servir al Señor de los Lobos, lo maldijo y le deseó la muerte.

Raj Ahten soportó el vilipendio con paciencia y con una sonrisa, pero después, la tejedora de llamas envuelta en carmesí le tomó la mano al capitán tiernamente. Luego los ojos centellearon de risa y este irrumpió en llamas de los pies a la cabeza y permaneció en pie gritando y retorciéndose mientras el fuego le consumía la carne y derretía la armadura.

La sala había hecho eco de los gritos; el olor a carne y pelo chamuscados aún se aferraba a las paredes.

El cadáver carbonizado fue colocado a la entrada del torreón del Rey después de lo cual tantos vasallos del castillo de Sylvarresta se presentaban humildemente ante su nuevo monarca y juraban obediencia. Raj Ahten les hablaba tranquilamente, su rostro resplandeciente como el sol, su voz tan imperturbable como el mar.

Durante toda la noche, los soldados de este habían escoltado a los más ricos mercaderes locales al torreón a fin de obtener de ellos oro y dones. La gente le daba todo lo que pedía, todo lo que tenían.

Así pues, Raj Ahten descubrió el nombre del joven que había despachado a sus gigantes, batidores y mastines mientras iba de camino a avisar al rey Sylvarresta de la inminente invasión. Incluso ahora, los rastreadores de Raj Ahten barrían el bosque de Dunn en busca del joven príncipe Orden.

El rey Sylvarresta se encontraba sentado en el suelo a los pies de Raj Ahten. Le habían amarrado el cuello en la base del trono y este, con toda la ingenuidad de un

gatito, tiraba de la cuerda e intentaba mordisquearla. La idea de deshacer el nudo no era algo que se le pasara entonces por la cabeza. Iome contemplaba a su padre allí postrado al lado de Raj Ahten y este le parecía algo magnífico. Le afectaba tanto el encanto de este que le parecía correcto que su padre estuviera allí. Otros monarcas tenían perros o magníficos gatos a sus pies como mascotas, pero Raj Ahten no era un regente cualquiera, merecía tener a otros reyes a sus pies.

A su vera se situaba la guardia personal, dos consejeros y el quinto de los tejedores de llamas: una mujer vestida con una toga azul marino suelta sobre el cuerpo desnudo, cuya presencia hacía temblar a Iome ya que presentía todo el poder de aquella. Y estaba delante de un brasero de plata, como una enorme fuente sobre un pedestal, y echaba ramillas y bolas de madera ardiendo. Las llamas verdes se elevaban hasta los diez o doce metros por encima del brasero.

Aquella noche apartó la mirada del brasero y la dirigió a Raj Ahten, una mirada de intenso deleite, y le dijo:

—Buenas noticias, resplandeciente señor, parece que vuestros asesinos se han encargado del rey Gareth Arrooley de Internook. Su luz ya no brilla en la tierra.

Al escuchar aquello Iome se sobrecogió. Entonces, Raj Ahten atacaba a más de un rey en el norte. Se preguntó el alcance de sus planes. *Quizá parecemos estúpidos en comparación con él, pensó, igual de ignorantes que mi padre atado a los pies de Raj Ahten.*

Con la luz que desprendía el brasero de la piromántica, Raj Ahten contemplaba a Binnesman y se rascaba la cabeza, pensativo.

—¿Cuál es tu nombre? —preguntó al mago.

—Me llamo Binnesman —dijo este alzando la vista.

—Ah, Binnesman. Conozco bien tu labor, he leído tus tratados herbolarios.

Raj Ahten lo observó sonriendo, paciente, y luego se volvió a la piromántica.

—¿Me lo traes en cadenas? No lo consentiré, es inofensivo.

La tejedora que estaba junto al Señor de los Lobos miró a Binnesman como en un trance, con los ojos desenfocados, fijándose más allá como queriendo prepararse para cargárselo.

—Bastante inofensivo, alteza —dijo Binnesman con voz potente.

Aunque estaba agachado a cuatro patas observaba al otro con indiferencia.

—Puedes levantarte —le ordenó Raj Ahten.

Binnesman asintió y se levantó con dificultad, ya que las cadenas lo mantenían encorvado y no podía estirar el cuello. Iome podía ahora distinguir claramente las esposas en los pies y en las manos, y una corta pero gruesa cadena de hierro enlazaba la de los pies con las manos y el cuello. Aunque Binnesman no podía enderezarse del todo, la postura encorvada no le molestaba: llevaba años agachado cuidando de las plantas y tenía la espalda doblada.

—Cuidado con él, milord —advirtió la piromántica a Raj Ahten de un susurro—. Posee grandes poderes.

—En absoluto —la reprendió Binnesman—. Has destruido mi jardín, una labor de quinientos años a manos de maestros jardineros.

»Las hierbas y especias que he ido cosechando han desaparecido. Se os conoce como hombre pragmático, Raj Ahten.

»Sin duda sabéis que tal acción no os beneficia demasiado.

Raj Ahten sonreía algo burlón:

—Lamento que mis hechiceros hayan destruido tu jardín, pero tú sigues vivo, ¿no es cierto? Puedes cultivar otro jardín. En mis villas y palacios del sur poseo jardines magníficos con árboles de todos los rincones del mundo y suelo fértil, agua de sobra.

Binnesman negó con la cabeza.

—Jamás recuperaré otro como el que habéis quemado. Era mi alma, ¿entendéis? —dijo, aferrándose a los ropajes.

Raj Ahten se inclinó hacia delante.

—Lo siento, era necesario cortarte las alas, guardián de la tierra. —Pronunció tal título con cierta solemnidad, con más respeto del que había conferido a ningún otro aquella noche—. Y aun así, maestro Binnesman, sinceramente, no deseaba lastimaros. Existen muy pocos guardianes de la tierra en el mundo tan notables, yo he probado la eficacia de las hierbas que todos lo de tu clase cultivan, he estudiado los ungüentos y las infusiones que hacéis. Tú, Binnesman, estoy convencido de que destacas en tus artes. Mereces honores más grandes de los que te han concedido: deberías ser maestro mayor en la Sala de los Poderes Terrestres en la Facultad del Conocimiento en vez de ese cantamañanas de Hoewell.

Iome quedó maravillada, incluso tan lejos como en Indhopal se conocía la labor de Binnesman. Le pareció que Raj Ahten era casi omnisciente.

Binnesman lo observó por debajo de las pobladas cejas. Las arrugas de su cara eran arrugas sabias y, después de sonreír durante muchos años, le proporcionaban un aspecto amable y tranquilo. No obstante, tras aquella mirada no había amabilidad alguna: Iome lo había visto destrozarse insectos en el jardín con esa calculadora mirada.

—No me interesan los reconocimientos de los hombres.

—Entonces, ¿qué es lo que te interesa? —preguntó Raj Ahten.

Cuando Binnesman no respondió, el otro dijo melosamente:

—¿Serás mi servidor?

Ese tono de voz, esa entonación sutil, eran tales que muchos otros hombres se hubieran postrado ante ellos.

—Yo no sirvo a rey alguno —respondió Binnesman.

—Estás al servicio de Sylvarresta —le recordó Raj Ahten gentilmente—, ¡al igual que él me sirve ahora a mí!

—Sylvarresta era mi amigo, no mi señor.

—Pero estabas al servicio de su gente. Servías como amigo.

—Yo estoy al servicio de la Tierra y de los que la habitan, lord Raj.

—¿Te entregarás a mí?

Binnesman le lanzó una mirada de reproche, como si Raj Ahten fuera un niño a quien han pillado haciendo algo que no debiera.

—¿Deseáis mis servicios como hombre o como mago?

—Como mago.

—Entonces, lord Raj, no puedo jurar vuestro servicio puesto que disminuiría mis poderes.

—¿Cómo es eso posible? —preguntó Raj Ahten.

—Mi compromiso es el de servir a la Tierra y a ningún otro —dijo Binnesman—: a los árboles cuando lo necesitan, a las raposas y a las liebres. Ayudo al hombre en la misma medida y no con menos devoción de la que dedico a otras criaturas, pero si incumpliera mi promesa con la naturaleza, si quisiera servir a vos, mis poderes desaparecerían. Contáis con muchos hombres que os servirán y que servirán a vuestros intereses, Raj Ahten. Conformaos con ellos.

Iome dudaba de las palabras de Binnesman porque sabía que mentía; sabía que servía a los hombres más que a los animales. Una vez le había contando que esa particular devoción a los humanos era su punto débil, lo cual, según él mismo, era indigno. Iome temía que Raj Ahten percibiera las mentiras y castigara a Binnesman.

La hermosa cara del Señor de los Lobos seguía impassible y a Iome le parecía que aquel semblante era todo bondad.

Binnesman le dijo a Raj Ahten cautelosamente:

—Entendéis, como señor de las runas, que debo cuidar de vuestros consagrados o a la larga morirán de inanición o enfermarán. Si murieran, perderíais los poderes que os alimentan. Lo mismo sucede conmigo... o con los tejedores de llamas: se alimentan del fuego y saben que así, a cambio, aumentará su fuerza.

—Milord —susurró la tejedora situada a la vera de Raj Ahten— permitidme que lo mate. El fuego indica que es peligroso ya que ayudó al príncipe Orden a escapar desde su jardín; respalda a vuestros enemigos. Su luz interna os repudia.

Raj Ahten tocó la mano de la tejedora a fin de calmarla y preguntó:

—¿Es cierto eso? ¿Ayudaste al príncipe a escabullirse?

No contestes, quiso gritar Iome, no lo hagas.

Binnesman se limitó a encogerse de hombros.

—Estaba herido, lo curé como si de un conejo o un cuervo se tratara. Luego le indiqué cómo llegar al bosque de Dunn para que pudiera esconderse.

—¿Por qué? —inquirió Raj Ahten.

—Porque vuestros soldados quieren matarlo —respondió el herbolario—, y yo sirvo a la vida: la vuestra y la de vuestros enemigos, al igual que vos servís a la muerte.

—Yo no estoy al servicio de la Parca, sino al de la humanidad —contestó Raj Ahten tranquilamente con los ojos entornados y el rostro bruscamente algo más duro e insensible.

—Las llamas consumen —dijo Binnesman—. Sin duda cuando os rodeáis de

tantos tejedores de llamas vos también sentís tal atracción, tal deseo de consumir. Os tiene dominado.

Raj Ahten descansó la espalda sobre el respaldo despreocupadamente.

—El fuego también ilumina y revela, empero —dijo—. Nos calienta en las noches frías y, en las manos adecuadas, puede ser un instrumento del bien, incluso puede ser curativo. Los Sabios y las Glorias son criaturas de las llamas. Del fuego nace la vida al igual que de la tierra.

—Sí, puede utilizarse para el bien, pero no es el caso ahora. No lo será en estos tiempos que se avecinan. Desde luego, ninguna otra criatura de la luz vendrá a servirnos; os aconsejo que os deshagáis de estos... elementos. —Hizo un gesto tranquilo con la mano hacia los tejedores—. Otros magos os servirían mejor.

—Entonces, ¿quedarás a mi servicio? —inquirió Raj Ahten sonriendo, con esa sonrisa que iluminaba la sala—. ¿Facilitarás hierbas e ungüentos a mis ejércitos?

*Claro, pensó Iome, Binnesman ayudará.*

—¿Hierbas para los enfermos y los heridos? —inquirió Binnesman—. Eso lo puedo hacer con la conciencia bien tranquila, pero no os serviré a vos.

Raj Ahten asintió con la cabeza, obviamente decepcionado. La devoción de Binnesman hubiera supuesto una bendición.

—Milord —siseó la tejedora de llamas alzando la vista del brasero y mirando a Raj Ahten—, no os es sincero. ¡Sí que sirve a un rey! En las llamas veo a un hombre, un hombre sin rostro, pero con corona. ¡Se acerca un rey que puede destruirnos!

Raj Ahten estudió al herbolario inclinándose más hacia delante en el asiento mientras las llamas verdes del brasero le acariciaban la cara.

—La piromántica observa una visión en el fuego —susurró—. Dime, Binnesman, ¿la Tierra os ha concedido tal poder visionario? ¿Existe un rey que pueda derrocarme?

Binnesman se enderezó un poco más y cruzó los brazos con los puños cerrados.

—No soy amigo de los señores del tiempo, de modo que no conozco el futuro. No contemplo las piedras de la adivinación, pero os habéis procurado muchos enemigos.

—Pero ¿servís a algún otro rey?

Binnesman permaneció ceñudo y ausente durante largo rato. Iome casi se convenció de que este no contestaría hasta que empezó a farfullar:

—Madera y piedra, madera y rocas, forman mi cuerpo; metal, sangre, madera y piedra son míos, son míos.

—¿Qué? —preguntó Raj Ahten seguro de que no había oído mal las palabras del anciano.

—Yo no sirvo a hombre alguno, Raj Ahten. Sin embargo, majestad, se aproxima un rey. Un rey que goza de la buena opinión de la Tierra y quien hace catorce días llegó a Herdon. Esto lo sé únicamente porque he oído el murmullo de las piedras en la noche cuando dormía a la intemperie. Tan claro como el canto de la alondra que anunciaba la llegada de un nuevo Rey de la Tierra, alguien que ya está aquí.

—¡Matadlo! —Rompieron a aullar los tejedores ante tal revelación—. Está al servicio de vuestros enemigos.

Raj Ahten intentó acallar las quejas de estos, levantando la mano y preguntando:

—¿Quién es este Rey de la Tierra? —dijo con ojos encendidos.

Los tejedores continuaban pidiendo la muerte de Binnesman. Iome tenía miedo de que Raj Ahten les concediera tal deseo. El resplandor en la mirada de los tejedores se acrecentó y la mujer junto al brasero alzó el puño en llamas. En poco tiempo ya no importarían los designios de Raj Ahten, los tejedores darían cuenta de Binnesman.

Con la idea de intentar salvar la vida al herbolario, Iome gritó:

—Orden, ¡el rey Orden cruzó vuestras fronteras hace dos semanas!

En aquel mismo instante, las cadenas que sujetaban a Binnesman cayeron al suelo, también los grilletes de las manos y los pies. Este abrió las manos y lanzó algo al aire: pétalos amarillos, raíces marchitas y hojas secas que revolotearon en la luz verde. Los tejedores chillaron consternados y se desplomaron como si el peso de las flores hubiera producido una onda expansiva.

El brasero se extinguió y también las lámparas del salón se apagaron a la vez. La única luz que quedaba era el resplandor estelar de la madrugada que penetraba por las ventanas.

Una vez que se le acostumbraron los ojos, Iome miró a su alrededor algo perpleja. Binnesman había tumbado a los tejedores y, como si los hubiera alcanzado un rayo, tendidos y aturcidos, miraban sin ver, lloriqueaban del dolor.

De repente, la sala se había llenado de un aroma limpio y acre como si el viento hubiera transportado el aire de un lejano prado hasta allí. Binnesman se irguió muy derecho y con los ojos bajo las pobladas cejas observaba a Raj Ahten enfurecido.

Las esposas y los grilletes ahora yacían a sus pies aún con los cerrojos intactos; era como si las extremidades de Binnesman se hubieran simplemente escurrido.

Aunque los tejedores estaban aturcidos y heridos a los pies de Binnesman, Iome no había notado nada durante el ataque, una de las flores le había rozado la cara y luego se había deslizado hasta el suelo, nada más.

Raj Ahten miraba fijamente al herbolario, algo contrariado, aferrándose a los brazos del sillón del trono.

—¿Qué has hecho? —inquirió en voz baja y sin alterarse en la penumbra.

—No toleraré que vuestros tejedores me maten —contestó el mago—. Los he inutilizado durante unos instantes solamente. Y ahora si me disculpáis, majestad, tengo mucho por hacer. ¿No queríais hierbas para el ejército? —Binnesman se volvió con ademán de marcharse.

—¿Es cierto que respaldas al rey Orden? ¿Lucharás a su lado?

Binnesman miró al Señor de los Lobos de soslayo y negó con la cabeza, indignado.

—No deseo enfrentarme a vos —contestó con suave entonación—. Nunca me he cobrado la vida de un hombre. No sois consciente de los poderes de la Tierra, Raj

Ahten. El gran árbol de la vida se cierne sobre vos y las hojas os susurran al oído, pero no escucháis. En vez de ello, estáis dormido entre las raíces y soñáis con la conquista del mundo.

»Vuestra gente os necesita, debéis transformar esos sueños en ideas de protección. Albergo grandes esperanzas de llamaros amigo, Raj Ahten.

Este contempló al viejo mago un momento.

—¿Qué tendría que hacer para que fuéramos amigos?

Binnesman dijo:

—Pronunciad el juramento de la Tierra, decid que no la dañaréis; que protegeréis la simiente de la humanidad en los aciagos tiempos que se avecinan.

—¿Y eso qué significa? —preguntó el otro.

—Deshaceos de los tejedores de llamas que desean consumir la tierra. Valorad la vida, toda la vida, tanto flora como fauna. Alimentaos de las plantas sin dañarlas y sacrificad solamente los animales necesarios. No desperdiciéis la vida de ninguna criatura, ni animal ni humano. Haced que se retire vuestro ejército de esta guerra que habéis iniciado: en las fronteras sur de vuestro reino hay reaver y vuestra lucha es con ellos.

Durante un rato, Raj Ahten siguió sentado en el trono mirando a Binnesman fijamente mientras de la antesala entró aprisa un criado con una lámpara encendida que iluminara la cara del Señor de los Lobos. Esta parecía pensativa.

Iome observó el anhelo en los ojos de Raj Ahten y estuvo a punto de creer que este pronunciaría el juramento.

No obstante, al acercarse el criado con la lámpara, a Iome le pareció que la determinación de aquel parpadeaba como las llamas.

—He jurado proteger a la humanidad de los reaver, por su propio bien —dijo Raj Ahten—. Solamente... hago lo que creo que debo.

—¡Estáis totalmente equivocado! —gritó Binnesman—. Escuchad vuestras palabras: poseéis tantos dones de voz que al hablar os convencéis de vuestros disparatados argumentos. ¡Sois tan ingenuo...!

A Iome le dio un vuelco el corazón al percatarse bruscamente de que Binnesman tenía razón. Aquel estaba autoconvencido por el sonido de su propia voz demente. No se le había ocurrido antes pensar que tal cosa pudiera suceder.

—¡Aún hay algo de tiempo, aunque poco, para cambiar de idea! —exclamó Binnesman—. ¡Despojaos de esas insensatas nociones! ¡No os atreváis a abusar de esta gente y llamaros bueno!

*Este se giró y deambuló por la estancia como un pobre viejo jorobado. Y aun así, caminaba sin miedo como si hubiera sido él el que llevara la voz cantante durante aquella audiencia, pensaba Iome, como si el prisionero encadenado hubiera sido el otro; y después desapareció.*

Iome se quedó boquiabierto ya que nadie había dado la espalda a Raj Ahten voluntariamente, temía que Raj Ahten intentara capturar al viejo mago o traerlo de

nuevo para forzarlo a que se rindiera a su servicio.

Empero, el Señor de los Lobos permaneció pensativo observando el oscuro pasillo por donde Binnesman había salido.

Unos segundos más tarde, mientras los tejedores de llamas volvían en sí, entró un soldado apresuradamente a las salas del rey y anunció que habían divisado al herbolario en el exterior de las murallas de la ciudad, que cojeaba campo atravesada hacia el bosque de Dunn.

—Los arqueros apostados en la muralla podrían haberle disparado —dijo el soldado—, pero no conocíamos vuestra voluntad a este respecto. Los nomen están acampados ahí fuera aunque ninguno le cortó el paso. ¿Debo enviar a los rastreadores tras él?

Raj Ahten frunció el ceño. *¿Cómo en tan poco tiempo había salido de la sala y huido del castillo?* Igual de extraño era que ninguno de los soldados de Raj Ahten, tan bien entrenados, hubiera detenido al anciano.

—¿Ha alcanzado la orilla del bosque? —preguntó Raj Ahten.

—Sí, Milord.

—¿Qué estará tramando? —dijo aquel en voz alta.

Se levantó ágilmente y, meditabundo, agregó:

—Envía una partida de cazadores a por él, si es que pueden encontrarlo.

Iome sabía que era demasiado tarde. Binnesman había llegado al bosque, al vetusto bosque de Dunn, el centro del poder de la Tierra. Ni siquiera los batidores más aventajados de Raj Ahten podrían dar con el guardián de la tierra en el interior del bosque de Dunn.



## Capítulo 15



### *Poética.*

**U**na vez se hubieron marchado los rastreadores, Gaborn salió por el lateral del molino con Rowan a cuestas; esta no suponía una pesada carga para un joven con tres dones de fuerza física. Gaborn también se dio cuenta de que eso tenía sus ventajas, que así no dejaría rastro alguno por el camino.

Encontrar el rastro de un hombre que acaba de salir del agua es ardua tarea. La grasa del cuerpo se la lleva el río con lo que al pisar tierra firme es mucho más difícil olerla. Gaborn quería solamente dejar un rastro mínimo.

Al dejar la esclusa, subió con dificultad por la pendiente y los ferrin lo vieron venir, gruñeron de miedo y echaron a correr en busca de cobijo.

—Comida, comida —silbó, puesto que estas criaturas le había hecho un favor.

Un favor tan grande como nunca sabrían. Gaborn no tenía nada de comida que ofrecerles, pero, una vez alcanzado el molino, descorrió el pestillo en la puerta delantera y entró. Sobre las muelas había una tolva llena de granos de trigo que Gaborn abrió, después se volvió a mirar. A su espalda, los ferrin permanecían parados en el exterior del molino con los ojos bien abiertos en la oscuridad. Una diminuta mujer ferrin de color pardo se retorció ansiosa las manos y husmeaba el aire.

—Comida, yo doy —silbó Gaborn en voz baja.

—Te oigo —gorjeó la otra.

Aquel se deslizó despacio entre los ferrin y los abandonó ante la puerta del molino. Estos esperaron un poco, parpadeaban inquietos, temerosos de introducirse en el molino mientras el otro los observara.

Gaborn se apresuró por el sendero que conducía al castillo, oculto bajo la hilera de árboles siguió el camino hasta llegar al pequeño arroyo entre los sauces blancos.

Allí, se desplazó silencioso por el agua fangosa. El cielo lucía un color rojo sobre la colina y la silueta del arquero contrastaba claramente con el firmamento encendido. Este contemplaba las llamas que quemaban el jardín de Binnesman. La ceniza ascendía lentamente en la atmósfera.

Gaborn se movió con sigilo entre los sauces hasta la muralla de la ciudad sin ser

visto. Una vez allí, soltó a Rowan y se introdujo el primero por la fisura, vadeando el agua fría del arroyo y esperó a la otra. Esta se introdujo a gatas por la muralla, los dientes le castañeaban al sentir el roce del agua helada, una vez en el interior del castillo se puso de rodillas e hizo ademán de desmayarse.

Gaborn consiguió sujetarla a tiempo y tumbarla en la hierba al lado del arroyo; se quitó la capa sucia y la envolvió con ella para que aprovechara el poco abrigo que pudiera proporcionarle. Luego comenzó a deambular por las calles.

Andar por allí le resultaba curioso, con el jardín de Binnesman ardiendo y las llamas que alcanzaban los veinticinco metros de altura. El castillo se encontraba alborotado con gente gritando y corriendo de un lado a otro, con miedo de que se propagara el incendio.

Por la calle que conducía a las caballerizas, docenas de personas sortearon a Gaborn, corriendo muchos con cubos en la mano en dirección al arroyo a fin de empapar los tejados de paja de las casitas y así protegerlas contra las ascuas encendidas que llovían.

Ninguno de los que se cruzaron con Gaborn se detuvo a preguntar su nombre o por qué llevaba a una muchacha inconsciente. Este se preguntaba si la Tierra lo amparaba o si esto era algo tan habitual aquella noche que nadie se fijaba.

Gaborn encontró los sótanos de especias gracias a las indicaciones de Rowan: se trataba de un edificio de buen tamaño, como un almacén excavado en la roca de la colina. En la ancha entrada había un muelle de carga de la altura de un carruaje.

Este abrió la puerta con cautela y descubrió una antesala. El aroma de las especias lo asedió de golpe: ajos y cebollas aireándose, perejil y albahaca, bálsamo de melisa y menta, geranios, hamamelis y cientos más. Se suponía que el hijo del cocinero dormía allí, en un rincón había un catre vacío tapado con una manta, pero no había señal del muchacho. En una noche como aquella, con la ciudad llena de soldados y el gran incendio, el joven andaría por ahí fuera contemplando el espectáculo con los amigos.

Al otro extremo de la antesala había un muro de piedra y mortero y una puerta, hacia la cual Gaborn se dirigió con Rowan y que abrió de par en par. Al otro lado había una enorme sala, y de una de sus paredes colgaba una lámpara con poca llama, junto a una bota de aceite y otras dos lámparas de repuesto. Gaborn echó aceite en una de ellas y encendió la mecha para que alumbrara más; lo que vio lo dejó boquiabierto.

Este sabía que el rey negociaba con especias, pero no sabía hasta qué punto. La estancia estaba repleta hasta el techo de cajas y sacos. A mano izquierda había especias corrientes para la cocina en grandes contenedores, lo suficiente para abastecer a la ciudad durante un año; delante de él, había cajas más pequeñas con las hierbas y mejunjes medicinales de Binnesman preparadas para despacharlas. A mano derecha, miles de botellas de vino, barriles de cerveza, güisqui y ron. Aquel lugar debía de internarse unos treinta metros bajo la roca y desprendía un torrente de

olores: especias echándose a perder, especias frescas, polvo y moho. Gaborn sabía que había llegado a puerto seguro; allí, bajo tierra, en las cámaras bajo la base de la colina ningún rastreador podría encontrarlo.

Cerró la puerta y se acercó con la lámpara a un rincón del sótano donde se apilaban cajas de forma que proporcionaban cierto abrigo y tendió a Rowan entre ellas.

Él se tumbó a su lado y calentó el cuerpo de aquella con el suyo. Durante un tiempo durmió así, acurrucado contra la espalda de Rowan.

Al despertar vio que Rowan se había girado y lo miraba fijamente a los ojos: notó cierta presión en los labios y advirtió que esta lo acababa de despertar con un beso y respiraba tranquilamente.

Rowan era de tez oscura y cabello negro abundante y brillante, de cara gentil y cariñosa; resolvió que no era bella sino simplemente bonita, no como Iome o incluso Myrrima. Estas dos gozaban de dones que las convertían en algo más que humano, ambas poseían rostros que podían hacer que un hombre olvidara su nombre u obsesionarlo durante años tras un simple vistazo.

Rowan lo besó de nuevo, suavemente, y susurró:

—Gracias.

—¿Por qué? —inquirió Gaborn.

—Por calentarme, por traerme con vos.

Se apretó más contra él y tapó también a Gaborn con la capa.

—Nunca me había sentido... tan viva como en este momento.

Le tomó la mano y la dejó sobre una de sus mejillas, deseaba que la acariciara.

Gaborn no se atrevió a hacerlo, sabía lo que aquello significaba. Rowan acaba de despertar ante un mundo de sensaciones y ansiaba recibir caricias, el calor de su cuerpo, su roce.

—No creo que... debamos hacer esto —dijo Gaborn y se volvió, dándole la espalda.

Notó como a Rowan se le tensaba el cuerpo, dolida y avergonzada.

Pasados unos instantes durante los que hizo caso omiso, del bolsillo de la toga extrajo el libro que Sylvarresta le había dado aquel mismo día: Las crónicas de Owatt, emir de Tuulistan.

La tapa de piel de cordero era suave y nueva, la tinta aún olía fresca. Gaborn lo abrió temiendo no poder leer el idioma en que estaba escrito pero el emir ya las había traducido.

En la contraportada había escrito con letra clara y firme:

A mi querido hermano de rectitud, rey Jas Laren Sylvarresta, saludos:

Ya han pasado dieciocho años desde que cenamos juntos en el oasis cerca de Binya y, a pesar de ello, pienso en vos con afecto a menudo. Han sido años muy duros, con muchos pesares. Este libro supone mi último regalo para vos.

Os ruego que únicamente lo mostréis a aquellos en los que tengáis confianza.

Gaborn meditó sobre la advertencia. El emir no se había molestado en escribir su firma al pie de la página ya que no le quedaba espacio.

Gaborn se tranquilizó y se dispuso a memorizar todo el libro; con dos dones de inteligencia era tarea desalentadora, pero no imposible.

Comenzó a leer deprisa, los primeros diez capítulos versaban acerca de la vida del emir (juventud, matrimonio y las relaciones de su familia, datos sobre las leyes que había promulgado, hazañas llevadas a cabo); los diez siguientes trataban sobre las diez batallas de Raj Ahten, campañas contra casas reales.

El Señor de los Lobos había iniciado su campaña destruyendo las familias indhopalesas de menor curia, aquellos a los que más despreciaba. La estrategia de aquel no era la de asaltar los castillos o arruinar a la ciudad, sino la de diezmar dinastías enteras. En el sur, el código de honor dictaba que uno debía vengar a su familia.

Junto con los jinetes de Deyazz atacaba un determinado palacio en un lugar, mataba a los caballos consagrados de aquellos que pudieran venir a socorrer a la ciudad mientras que en otros frentes secuestraba a niños y pedía rescate por ellos; sorprendía al enemigo mediante incursiones múltiples.

Gaborn dedujo enseguida que Raj Ahten era un maestro ilusionista: siempre se veía el cuchillo destellar en la mano derecha mientras la izquierda se ocupaba de otras cosas. En otra ocasión, un pequeño ejército asedió un castillo en un reino a la vez que otros cinco se encargaban de rasgar el punto flaco de algún noble a dos reinos de distancia.

El príncipe Orden estudió las pautas de asalto y quedó aterrorizado.

Raj Ahten se había hecho con el control del castillo de Sylvarresta con poco más que los dones de encanto y menos de siete mil caballeros y hombres armados. Es cierto que había traído a los invencibles, lo mejor de su ejército, pero también dejaba muchos interrogantes: Raj Ahten contaba con millones de hombres que podían ponerse en marcha con solo dar la orden. *¿Dónde estaban esos hombres?*

Gaborn se preguntaba al leer cuál era la clave, ya que las anécdotas de las batallas de Raj Ahten no parecían arrojar luz sobre esa cuestión. El emir había explicado claramente las tácticas bélicas de Raj Ahten, pero un buen espía podía haber deducido esos datos.

Leyó por encima los poemas del emir ya que le resultaron aburridos, puros ripios, cada verso acababa en rima consonante y la métrica era perfecta.

Algunos eran sonetos que animaban al lector a ir en pos de ciertas virtudes, como los poemas que se leen a los niños cuando comienzan a leer. No obstante, los poemas del emir eran de rima asonante. Y al leer algunos de pasada, las asonancias saltaban de la página.

Hasta que no hubo leído diez páginas no se tropezó con el primer patrón de rima asonante, un curioso poema, una forma llamada *sonnette menor* compuesta de un

cuarteto y un pareado.

El príncipe se detuvo en aquellas estrofas puesto que en el título figuraba el nombre de Sylvarresta.

### **Un sonetillo para Sylvarresta.**

Cuando el viento acaricie el desierto por la noche,  
para que un velo de arena oculte las estrellas,  
nos tumbamos en almohadas junto al fuego y leemos  
libros de poderosa filosofía.

Ah, icómo tonifican la mente y centran la vista  
de aquellos hombres que perviven, aman y mueren!

Gaborn barajó mentalmente las palabras de cada verso a fin de comprobar si formaban frases con sentido oculto, pero no descubrió nada.

Quedó maravillado ante los versos y anheló los tiempos pasados en que los habitantes del norte podían viajar tranquilamente por Indhopal. Recientemente, había oído a un mercader lamentarse de ello diciendo: «Hubo una época en la que existían muchos indhopaleses buenos. Ahora parece que todos han perecido, quizá, simplemente, forzados por el miedo a hacer el mal».

Cinco poemas más adelante, Gaborn encontró otro con la misma estructura, pero la rima asonante aparecía en los dos primeros versos y pensó en la anterior rima: «Leemos, filosofía», y en las que ahora leía: «Detrás, lomo».

Pasó las siguientes cinco páginas con el dedo pulgar rápidamente y encontró una tercera rima: «Sala, de los Sueños».

—Leemos filosofía en el lomo. Sala de los Sueños —dijo entre dientes.

El corazón le dio un vuelco: las enseñanzas que aprendían los cronistas en la Sala de los Sueños estaban prohibidas a los hombres. Sin duda, aquellos destruirían este libro si descubrieran que el emir estaba divulgando tales conocimientos entre los señores de las runas.

De ahí que el emir hubiera advertido: «Os ruego que únicamente lo mostréis a aquellos en los que tengáis confianza».

Gaborn ojeó el resto del libro, la última sección estaba dedicada a contemplaciones de corte filosófico, tratados sobre «El talante de un príncipe devoto» que instaba a los futuros monarcas a cuidar de sus modales y a no degollar a sus padres mientras esperaban el fallecimiento de estos.

Las cubiertas y el lomo del libro estaban hechos de cuero rígido cosidos a otra cubierta más suave de piel de cordero.

El príncipe miró por encima del hombro, llevaba muchas horas leyendo. Rowan yacía inmóvil con la respiración sosegada de los que duermen.

Gaborn desenvainó el puñal y cortó los hilos de la tapa del libro torpemente puesto que le temblaban las manos.

Durante generaciones, sus antepasados siempre se habían interesado por las enseñanzas de la Sala de los Sueños; un hombre había perecido al intentar entregar el libro a Sylvarresta, algo tan absurdo. El espía sabía que el libro era de Tuulistan y se habría imaginado que anunciaba la invasión de Raj Ahten, por lo que sesgó la vida de un inocente.

A pesar de ello, a Gaborn le preocupaba encontrar el mismo sino (aunque sospechaba que era un miedo irracional) si los cronistas se percataban de que había leído aquella doctrina.

Cinco páginas finas de papel se desprendieron de entre las tapas, escrita había una nota con un diagrama.

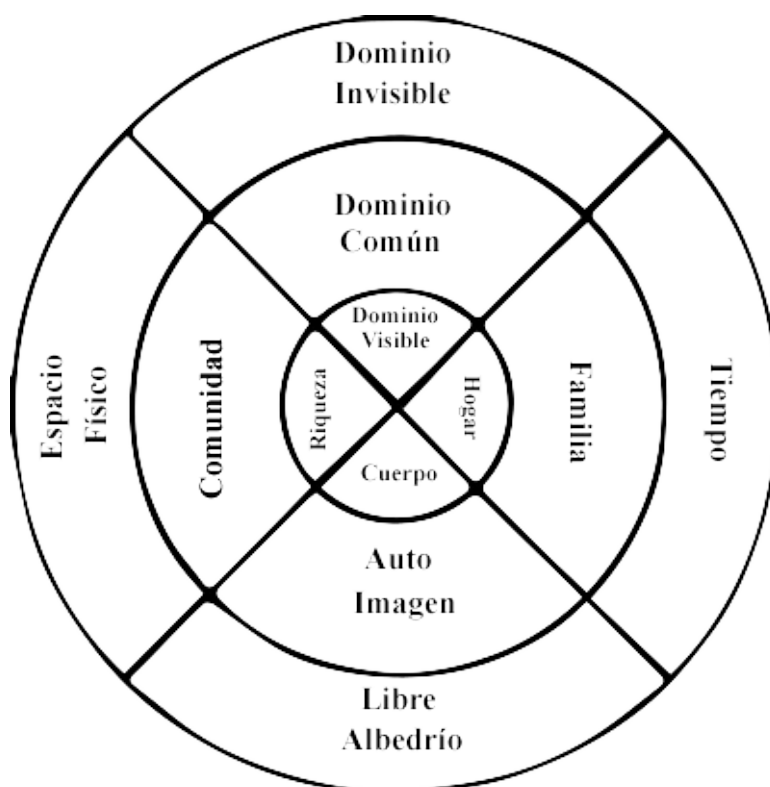
Mi querido Sylvarresta:

Recordaréis que en Binya hablamos acerca de aquellos hombres que se sublevaron contra mí porque decían que robaba el agua de sus pozos para dar de beber a mi ganado. Como infante había aprendido que todas las tierras de mi reino me pertenecían, al igual que sus habitantes; que esas cosas eran mías por derecho de cuna, otorgadas por los Elementos. Por tal afrenta planeaba castigarlos.

En vez de eso, me exhortasteis a que sacrificara las reses. Decíais que todo hombre era dueño de sus tierras y que mi ganado debería servir a mis súbditos y no al contrario; opinabais que los señores de las runas solamente podíamos reinar si los vasallos nos apreciaban y servían, que gobernamos a su antojo.

Tales ideas me parecieron algo extravagantes, pero me incliné por vuestra sabiduría. Desde aquel entonces, llevo años meditando el carácter de lo justo y lo injusto.

Ambos hemos oído hablar de extractos de la doctrina que emana de la Sala de los Sueños y, hace poco, he descubierto algo muy confidencial a ese respecto. Os dejo este diagrama para que lo estudiéis.



## *Las tres esferas del hombre*

En la Sala de los Sueños, los cronistas reales aprenden que hasta el más feo de los gorriones sabe que es señor de los cielos y sabe en su fuero interno que posee todo lo que su vista alcanza.

Les enseñan que todos los hombres son iguales, que se definen a sí mismos como nobles y que al nacer heredan las tres esferas: la de lo visible (lo que percibe la vista y el tacto), la de lo comunal (formada por las relaciones con el prójimo) y la de lo invisible (los territorios que no pueden verse, pero que aun así protegemos).

Mientras algunos dicen que el bien y el mal lo definen los Elementos o sabios monarcas regentes o que cambian según la coyuntura, los días afirman que el bien y el mal son inherentes al hombre y que las justas leyes humanas vienen escritas en nuestros corazones. Enseñan que las tres esferas son el único medio por el cual la humanidad define el bien y el mal.

Si algún otro hombre viola nuestra esfera, si intenta privarnos de nuestro derecho de cuna, decimos que es «malvado». Si nos usurpa los bienes o la vida, si ataca a nuestra familia o afrenta nuestro honor o a nuestra comunidad, si intenta despojarnos de libre albedrío, tenemos derecho a defendernos.

Por otro lado, los días definen la bondad como la ampliación voluntaria de la esfera del prójimo. Si donamos dinero o bienes, si concedemos honores o brindamos nuestra amistad, entonces, nos definimos como buenos.

La doctrina de los días implica un dogma tan diferente al que aprendí de mis antepasados. Mi padre me enseñó que los Elementos habían dispuesto que fuera señor de mis dominios. Y con tal derecho, podía tomar los bienes de cualquier hombre, el amor de cualquier mujer puesto que son de mi pertenencia.

Ahora estoy confundido, aunque mantengo las enseñanzas de mi padre intuyo que me equivoco al hacerlo.

Me temo, viejo amigo, que los días nos juzgan y que este diagrama muestra el baremo con el que nos miden. No sé si pretenden manipularnos puesto que, según sus propios principios, ajusticiarnos supondría hacer el mal.

Algunos libros dicen que las Glorias juntaron a los nobles con los días aunque antaño estos se llamaban «los guardianes de los sueños». Luego me pregunto si es posible que estos cronistas nos manipulen de forma extraña; que manipulen nuestros anhelos y aspiraciones. Y, en particular, redactan las crónicas de nuestras vidas, pero ¿son fieles a la realidad?

¿Existieron aquellos héroes a los que intentamos emular?, ¿fueron realmente heroicos según su propio criterio?, o ¿tergiversan los días la realidad con intenciones que desconocemos?

Así pues, he escrito este libro en secreto y os lo envío. Envejezco y ya no viviré mucho más; cuando muera los cronistas escribirán la historia de mi vida y me gustaría que comparaseis ambas crónicas a ver lo que descubris. ¿Qué parte de mi vida omitirán y qué parte exagerarán?

Adiós, hermano de rectitud

Gaborn leyó el documento varias veces. Las enseñanzas de los cronistas reales no parecían ser especialmente profundas. En efecto, eran algo evidente y sencillo aunque este nunca había leído nada parecido. No veía motivo alguno por el cual debían mantenerlas ocultas, apartadas de los ojos de los señores de las runas.

En fin, el emir había protegido el libro y temía algún tipo de represalia inexpresable.

Pero Gaborn sabía que, a veces, las cosas pequeñas pesaban mucho. Cuando tenía

cinco años, habiendo recibido un primer don de fuerza, solía intentar levantar las alabardas de los soldados de su padre apostados en el rastrillo a fin de probarlo de inmediato, y descubrió que podía levantarlas y manejarlas, con lo que un solo don de fuerza física le pareció algo estupendo. En la actualidad, como señor de las runas, sabía que aquello no era nada.

Aquella doctrina parecía sencilla, pero los días no eran simples, todo lo contrario. Una extraña dedicación a una causa, llevada al extremo, podía acarrear graves consecuencias; al igual que el mero gusto por la comida provocaba la obesidad y la muerte.

Gaborn apenas se había cuestionado si era bueno, pero al leer las enseñanzas de la Sala de los Sueños se preguntó si era posible ser «bueno». Los que cedían dones a menudo se arrepentían de haberlo hecho con el tiempo, pero los dones no podían devolverse. En ese punto, cualquier don cedido a un señor de las runas era considerado como una violación por los días.

*¿Habría alguna circunstancia aceptable mediante la que fuera aceptable conceder un don?* Quizá si dos hombres deseaban aunar sus fuerzas para combatir un mal grande, aunque eso solamente sucedería si el hombre y el consagrado fueran uno en espíritu.

Pero la base del dogma de los cronistas era un concepto que casi no podía entender: todo hombre es noble, todos los hombres son iguales.

Gaborn era descendiente de Erden Geboren, quien daba vida y la quitaba, a quien la Tierra misma había proclamado rey. Si los Elementos demostraban predilección por un hombre sobre otro, no podía considerarse iguales a los hombres. *¿Dónde radicaba el equilibrio?* El príncipe notaba que estaba a punto de toparse con una revelación.

Siempre se había creído señor legítimo de sus súbditos, aunque también estaba al servicio de estos. El deber de un señor de las runas era el de proteger a sus vasallos, defenderlos con su vida propia.

Y ahora descubría que los días consideraban a todos los hombres nobles: *¿Significaba aquello que ningún hombre era plebeyo? ¿No tenía él derecho legítimo a su título?*

En los días transcurridos se había preguntado si era un buen príncipe, confundido ante la idea sin tener muy clara la noción del bien. Gaborn comenzaba a poner a prueba las enseñanzas de los cronistas, a considerar qué implicaban.

Mientras yacía tendido en el suelo del sótano, esa doctrina comenzaba a cambiar su forma de pensar para siempre.

*¿Cómo protegerse sin violar la esfera de los demás? El círculo exterior del diagrama, la esfera de lo invisible, era un área algo desdibujada. ¿Dónde termina mi espacio y comienza el del prójimo?*

*A lo mejor, pensó, existe una lista autorizada de reacciones. Si alguien se introduce en la esfera de lo invisible de uno, se les puede advertir; simplemente*



*hablar con esa persona. Pero si se entrometiera en la esfera de lo comunal, pongamos que intentara arruinar mi reputación, se presentaría una causa ante los demás, se haría una demanda pública. Y si una persona violare la esfera de lo visible, si quisieran matarme o robar mis bienes, no habría más remedio que darse a las armas.*

Probablemente fuera esa la respuesta. Le parecía inevitable que cada esfera se estrechara desde fuera hacia dentro y que, por tanto, a fin de defender una de las más íntimas zonas haría falta recurrir a una respuesta algo más forzada.

*¿Y eso era bueno? ¿Cómo encajaba la bondad ahí?* Una comedida reacción parecería lo adecuado, algo justo, pero el diagrama indicaba que la justicia y la virtud no eran lo mismo. Un hombre bueno podía agrandar la esfera de los demás y no solamente proteger la suya. Y si al hacer justicia había que elegir, *¿sería mejor ser un hombre justo o un hombre bueno en ese momento?*

*¿Soy generoso con el que me roba y alabo al que me ofende?*

Si Gaborn intentaba ser bueno no podía hacer mucho más; si deseaba defender a los suyos *¿era eso ser bueno también?* Si se erigía como defensor de su gente no podía ser virtuoso.

Aquellas enseñanzas de los días parecían un embrollo. A lo mejor, los días lo esconden por compasión, imaginó. Según su criterio, que un hombre fuera virtuoso era cosa difícil. Raj Ahten quiere usurpar mis dominios y, según lo que he leído, debería entregárselos si fuera bueno.

Aquello parecía equivocado. Quizá las virtudes de un señor de las runas son las de ser justo y equitativo.

Se preguntó si los días se daban cuenta de lo que implicaba aquel diagrama; igual se trataba de algo más que tres círculos concéntricos que marcaban esferas. Si los ordenaba de otra forma, en nueve círculos, podría calcular cómo reaccionar ante el intento de violación de cada uno de ellos.

En cuanto a Raj Ahten, el Señor de los Lobos se había introducido en todas las esferas de los demás; los había despojado de sus riquezas y de sus hogares, había destruido familias, asesinado, violado y esclavizado. Gaborn necesitaba defenderse a sí mismo y a los suyos de esta bestia que arrasaba con todo. No obstante, no podía sencillamente asustarlo o forzarlo a marcharse, o razonar con él o intimidarlo con denunciarlo ante la gente.

Lo único que podía hacer para salvar al mundo era encontrar la forma de eliminar a Raj Ahten.

Gaborn escuchó atentamente, preguntó a la Tierra si era esa su voluntad, pero no sintió respuesta alguna, ningún movimiento, ninguna sensación de ardor en el corazón.

En aquel momento, Raj Ahten era tan poderoso que no podría tocarlo, pero Gaborn creía poder espiarlo y descubrir la mejor forma de herirlo.

Igual valoraba a los consagrados que traía consigo, o era algún consejero en

concreto quien instigaba al Señor de los Lobos implacablemente a la conquista de todo. Si mataba a uno de los consejeros conseguiría bastante.

Si quería enterarse de tales temas debería acercarse primero, tendría que encontrar la forma de introducirse en los círculos íntimos del castillo.

Gaborn se preguntó si la Tierra estaría de acuerdo. *¿Debía luchar contra Raj Ahten? Y, si lo hacía, ¿estaba quebrantando su promesa?*

La idea de espiar al Señor de los Lobos y descubrir sus puntos flacos parecía un buen plan, un plan osado.

Ya contaba con una tapadera, Aleson el Devoto; calculó que si él y Rowan se acercaban al portón del torreón de los Consagrados justo después del alba, durante el cambio de la guardia nocturna, y se llevaban algunas especias con ellos podrían conseguir entrar.

Se quedó despierto toda la noche, cavilando...

El cielo amaneció rosa por oriente, removiendo el fresco del amanecer cuando Gaborn y Rowan salían del almacén de especias con pequeñas fardos de perejil y esencia de menta. Del río se venía formando un banco de niebla que envolvía las murallas y cubría la campiña como un manto. El sol que despuntaba teñía ese manto de color dorado.

Gaborn se detuvo en la puerta olfateando la neblina que desprendía un curioso aroma a salitre cuando no debería. Casi podía imaginarse los graznidos de las gaviotas en la niebla, el ruido de los barcos zarpando del muelle; sintió añoranza de su hogar aunque pensaba que era simplemente su imaginación la que producía aquel olor.

El ajeteo de aquella mañana era como el de cualquier otra: las vacas y las ovejas aún deambulaban por la ciudad y los berridos y balidos llenaban el aire; las grajillas charlaban animadamente desde los nidos entre las chimeneas de las casas; el martillo del herrero tintineaba y, procedente del torreón de los Soldados, uno podía percibir el olor a pan fresco cociéndose en el horno. Entre el suntuoso aroma de la comida e incluso de la neblina había un hedor amargo a hierba chamuscada.

Gaborn no tenía miedo de que nadie lo viera ya que tanto él como Rowan iban vestidos como plebeyos, como habitantes anónimos del castillo.

Rowan lo condujo por una calle envuelta en niebla hasta que llegaron a una vieja chabola, una especie de ermita en una de las empinadas laderas de la colina cerca de donde había estado el jardín del mago. Por el muro trasero de la choza trepaban unas parras y solamente haría falta una leve helada para acentuar el dulzor de las uvas.

Gaborn y Rowan comieron hasta saciarse al no saber qué otra comida podrían conseguir aquel día. Dentro de la ermita alguien comenzó a toser y Gaborn se puso en pie y se dispuso a alejarse de allí. Del interior de la casita provenía el ruido de golpes y de pasos dificultados con un bastón. Era cuestión de segundos antes de que el ocupante saliera al exterior y los descubriera.

Gaborn levantó a Rowan justo cuando en los campos al sur del castillo comenzaron a sonar los olifantes.

Al atronamiento de las trompas siguió inmediatamente gruñidos y gritos. Gaborn escaló un poco la ladera sobre la muralla exterior para otear los campos cubiertos por la niebla. Al este quedaba el río y los campos al otro lado; los árboles del bosque de Dunn se asentaban sobre una colina al otro lado del valle en dirección sur.

Ante sus ojos, unos mil nomen huían despavoridos, negras sombras corriendo a cuatro patas, chillando y aullando. Los nomen se dirigían hacia el castillo casi cegados por la luz del día.

Gaborn divisó a un jinete vestido con el uniforme azul marino de la dinastía de los Orden y el emblema del caballero verde.

No podía entenderlo: su padre atacaba el castillo. ¡No!, quiso decir a voces. Era un ataque suicida. Las tropas de su padre no venían preparadas para el combate, simplemente como escolta ligera, decorativa. No tenían maquinaria de asedio ni hechiceros ni ballesteros.

No importaba todo lo que Gaborn pensara; su padre estaba convencido de que estaba allí dentro y de que el castillo había caído en manos de Raj Ahten, con lo que haría todo lo que creyera necesario para rescatar a su hijo.

Tal apreciación hizo que Gaborn se sintiera culpable y horrorizado, pensar que su cabezonería, su estupidez, había puesto tantas vidas en peligro sin esperarlo.

Aunque los soldados de Orden venían como «mero adorno», no luchaban como tal. Los caballos se lanzaban pendiente abajo agitando la niebla, con las hachas pico levantadas en alto. Gaborn observó a los nomen que corrían desnudos y huían del hacha de los caballeros; gritaban atemorizados enseñando los colmillos amarillentos. Algunos se giraron y clavaron el mango de las jabalinas en el barro.

Las tropas de su padre se abalanzaban sobre la grupa de caballos bardados: lanzas hechas añicos, hachas que caían, sangre, barro y pelo anegaban el aire junto con los aullidos de los nomen y los alaridos de los que perecían.

Del sur provenía el estrepitoso batir de cascos y cientos de voces proclamaban el grito de guerra: «¡Orden! ¡Valiente Orden!».

El este respondió con un tremendo rugido, un contingente de gigantes frowth se precipitaba desde allí a campo traviesa desde el otro extremo del río hacia el bosque de Dunn; ochenta gigantes cargaban como moles desplazándose en la niebla.

Los soldados apostados en las murallas del castillo empezaron a gritar, el clamor de las trompas de Raj Ahten tocaban diana llamando a los soldados que aún dormían. Gaborn temía que Raj Ahten enviara a sus caballeros montados al campo de batalla. Los Orden contaban con unos dos mil hombres como mucho, a menos que su padre hubiera conseguido refuerzos en una de las fortalezas más pequeñas de Sylvarresta.

Tan pronto le surgió el miedo a un contraataque de Raj Ahten, así quedó mitigado. Gaborn escuchó un griterío de voces en el portón sur, el sonido metálico del engranaje del puente levadizo que los soldados de aquel intentaban elevar. La

niebla se hizo tan espesa en el valle que Gaborn ya no distinguía si algunos nomen habían cruzado el foso.

Raj Ahten no podía permitirse un contraataque puesto que no estaba seguro del tamaño de las fuerzas que Orden traía, e igual se veía rodeado por un ejército tan extenso que no podría hacerle frente. Después de todo, era táctica habitual engañar al enemigo y hacer salir a las tropas del castillo fingiendo un número inferior de soldados en el otro bando.

Del este soplaban un viento incordiante que repentinamente espesó la niebla aún más. Gaborn ya no veía el combate, hasta los gigantes habían desaparecido en la neblina.

Aunque sí podía oír a los caballos relinchar de miedo, los gritos de guerra de la dinastía de los Orden. En la ladera opuesta del valle sonaron los olifantes, dos toques cortos y uno largo, toque de reagrupación.

—Vamos —dijo Gaborn a Rowan cogiéndole la mano.

Juntos subieron la calle pendiente arriba hacia el torreón del Rey de manera precipitada.

La ciudad estaba sumida en el caos. Las tropas de Raj Ahten se ajustaban las armaduras apresuradamente y corrían a defender las murallas de la ciudad.

Mientras Gaborn y Rowan corrían hacia la puerta del Rey, los soldados bajaban el rastrillo que daba a la zona de comercio y ordenaron a Gaborn que se volviera.

Quinientos soldados del ejército de Raj Ahten salieron a toda prisa del torreón del Rey hacia la muralla exterior. Un hatajo de ganado corría espantado delante de ellos, intentando escapar.

Ante tanta confusión, Gaborn y Rowan se introdujeron aprisa por el rastrillo en el mercado con los fardos de especias al hombro. La zona del mercado estaba indefensa, los hombres de Raj Ahten aún no habían formulado un plan de defensa. Ninguno de los soldados tenía órdenes concretas en cuanto a las torrecillas en que debía apostarse. Al contemplar las murallas, Gaborn observó a docenas de soldados abalanzarse sobre las catapultas, otros vigilaban las atalayas que formaban las esquinas del castillo. Pero las tropas del Señor de los Lobos se habían dispersado demasiado: algunos fueron a la muralla exterior, otros intentaron apuntalar puntos de defensa en el torreón de los Consagrados.

La segunda muralla de la fortaleza, la muralla del rey, estaba prácticamente desierta.

Del llano más abajo, entremezclados con los gritos de los nomen, el relinchar de los caballos y los bramidos de los gigantes, los caballeros de Orden irrumpieron con sus voces graves en cantos que celebraban el esplendor de la guerra.

El padre de Gaborn siempre había insistido en que cada uno de los soldados de su guardia personal poseyeran tres dones de voz a fin de poder gritar órdenes fácilmente en el campo de batalla. Aquel cántico fatídico que estalló entre la niebla, hizo temblar las piedras del castillo de Sylvarresta y resonó entre las colinas. Era un canto guerrero

para infundir terror en el fuero interno del enemigo.

Traed vuestro honor, presentad la espada,  
poderosos soldados de Orden.  
Regad el campo con la sangre del enemigo,  
vosotros, ¡hombres sangrientos de Orden!

Seguía produciéndose un estruendo de caballos que relinchaban agonizantes, tantos eran los caballos. Gaborn no comprendía por qué, hasta que advirtió que las cabalgaduras de Raj Ahten permanecían atadas en una de las colinas lejanas. Los soldados de su padre daban cuenta de las monturas del Señor de los Lobos.

Gaborn y Rowan se detuvieron en una de las calles empedradas a unos cien metros de distancia bajo el torreón del Rey y se pararon a contemplar los campos cubiertos de niebla intentando ver la contienda. De repente, cayó en la cuenta de que varios hombres pasaban de largo a toda marcha. Al volverse, uno de los fornidos soldados lo apartó de un empujón y gritó:

—¡Apártate!

Y allí, corriendo con la armadura negra de placas y las blancas plumas de lechuza aleteando estaba Raj Ahten junto a su guardia personal, consejeros y días; también con tres agotados tejedores de llamas a su lado.

Gaborn hizo ademán de desenfundar el arma y asestar un golpe al Señor de los Lobos pero sabía que eso era una insensatez, con lo que se apartó mientras le venía la sangre al rostro de la rabia.

Raj Ahten pasó por su lado casi al alcance de su mano mientras gritaba órdenes a los soldados en indhopalés:

—¡Preparad a los hombres y a los caballos! Tejedores, a las murallas. Quiero que lancéis rayos de fuego al bosque para que podamos ver en la niebla. ¡Yo dirigiré el contraataque! ¡Maldito e insolente Orden!

—No es una niebla cualquiera —dijo uno de los tejedores inquieto—. Es el hechizo de un mago acuático.

—Rahjim, ¡no me digas que temes a un advenedizo mago acuático que ni siquiera tiene aún agallas! —Se mofó Raj Ahten—. Esperaba otra cosa de ti. La niebla también es un obstáculo para Orden al igual que una ayuda.

El mago tejedor negó con la cabeza lamentándose.

—Algún Elemento se enfrenta a nosotros, lo presiento.

Gaborn podía haber estirado el brazo y tocado al Señor de los Lobos, podía haberle cortado la cabeza, empero, no hizo nada.

La importancia de la oportunidad desperdiciada le pesaba. Conforme se apresuraban las tropas por la calle del Mercado, Gaborn buscó a tientas la espada.

—¡No! —susurró Rowan, sujetándole la muñeca con lo que la hoja se deslizó en la vaina.

Ella tenía razón. No obstante, al inspeccionar el terreno vio que era el lugar

perfecto para una emboscada. Las tiendas no abrirían hasta pasadas dos horas, y este no era un día normal ni por asomo; igual ni abrirían.

La calle de Mercado torcía en dirección suroeste, por lo que aunque no estaban muy alejados del torreón del Rey y de la zona interna de las defensas de la ciudad, no podían ser vistos desde los muros del torreón en lo alto o desde las murallas exteriores más abajo. Los edificios de tres pisos en aquella calle obstruían el panorama.

Gaborn se detuvo, la calle estaba desierta y la penumbra de la mañana aún era bastante espesa. Se preguntó si debía esperar a que Raj Ahten regresara por la calle empedrada.

Echó un vistazo al torreón del Rey y comprobó que una mujer corría hacia allí, una mujer vestida con un manto de seda azul marino descaradamente abrochado que dejaba entrever los firmes pechos. En la mano derecha portaba una cadena de plata con una bola pequeña para quemar incienso, aunque en vez de echar humo el incensario más bien ardía. Luces de fuego le bailaban frenéticas en los ojos oscuros y era calva; andaba con tal autoridad que Gaborn pensó que debía de ser alguien importante.

Hasta que no la tuvo casi encima no notó el calor que desprendía la mujer, el calor seco bajo la piel de aquella, y dilucidó que se trataba de una tejedora de llamas.

La tejedora se detuvo de golpe y lo miró fijamente como si lo reconociera.

—¡Tú! —aulló la tejedora de llamas.

Gaborn no se lo pensó dos veces, todo su ser le decía que era una adversaria, con un movimiento preciso extrajo la espada de la funda y, de una estocada, le cortó la cabeza.

Rowan profirió un grito sofocado, se tapó la boca y retrocedió un paso.

Durante medio segundo la tejedora quedó inmóvil con la cabeza colgando y el incensario aún en la mano.

De manera brusca, todo el cuerpo se tornó en una columna de llamas verdes que crecieron hacia lo alto. La temperatura que produjo hizo que las baldosas a los pies de esta chirriaran en tono de queja, carbonizó su propio cuerpo en cuestión de un instante, e incluso Gaborn notó cómo se le retorcieron y chamuscaron las cejas. La hoja de la espada ardió en llamas como azotada por una maldición, el fuego se deslizó rápidamente por el metal manchado de sangre hasta la empuñadura con lo que Gaborn tuvo que arrojarla al suelo.

Por si acaso, Gaborn sintió la necesidad de desenfundar la daga y deshacerse de ella, como si fuera a arder debido a la conexión que ambas armas habían compartido desde hacía tiempo.

Ya era demasiado tarde cuando se percató del error que suponía matar a un tejedor de llamas. Estos no mueren, pueden desaparecer en cuerpo, disiparse con el tiempo y unirse a su elemento. Pero entre la muerte y la disipación existe un momento en que se desencadena todo el poder de estos hechiceros; el momento de la

unión con el elemento al que sirven.

Gaborn se tambaleó hacia atrás lo más deprisa que pudo y tiró de Rowan. Incluso en la muerte, la tejedora intentaba conservar forma humana y, así, ora era una fuente de fuego verde que brotaba hacia el firmamento, ora una colosal mujer de llamas de unos veinticuatro metros de altura que comenzaba a tomar forma.

Aquella figura infernal asumió consistencia humana, un surtido fenomenalmente compacto de llamas color topacio y esmeralda, de ojos y mejillas perfectas, pechos pequeños y fuertes muslos; una reproducción de prodigiosa exactitud. Se quedó allí como aturdida, mirando a ciegas hacia el sur y hacia el este de donde provenía todo el estruendo y el clamor de la batalla.

El espíritu elemental se estiró, curioso, tocó el tejado de una de las viejas tiendas de la calle del Mercado. Mientras se estabilizaba tocó el plomo del tejado con una mano en llamas y este se derritió y comenzó a deslizarse por los canalones.

Esta era una zona opulenta y muchas de las tiendas tenían grandes escaparates de cristal que se hicieron añicos debido al calor abrasador. Los postes y carteles de madera comenzaron a arder.

Sin embargo, el espíritu no estaba del todo espabilado, quizá la tejedora no sabía que la habían asesinado. Gaborn sospechó que estarían seguros durante algunos instantes y luego vendría a por él.

—¡Corre! —le susurró a Rowan mientras tiraba de ella.

Pero la otra no podía moverse de la conmoción, notaba el intenso calor mucho más que él y gritaba del dolor, las terminaciones nerviosas apenas recuperadas sufrían ante la proximidad del espíritu elemental.

A la izquierda había una tienda de porcelana fina, mientras Gaborn levantaba un brazo y se introducía corriendo por el escaparate albergaba la única esperanza de que tuviera una puerta trasera.

Fragmentos de cristal que le cortaron la frente llovían desde lo alto, aunque no se atrevía a detenerse a fin de comprobar las heridas; seguía arrastrando a Rowan en aquel desorden y corría hacia la trastienda, hacia una puerta abierta que daba al taller. Gaborn miró por encima del hombro a tiempo de ver cómo una mano de fuego verde se introducía en la tienda en pos de ellos.

Uno de los dedos tocó la espalda de Rowan y esta profirió un grito espeluznante cuando el fuego la atravesó como una espada. Una lengua en llamas se asomó por el estómago.

Gaborn quedó tan asombrado por el dolor en la mirada de Rowan, por el horrible grito de agonía, que le soltó la mano. Se le partió el alma, no podía hacer nada por ella.

Cruzó el umbral del taller y cerró la puerta de golpe. Los escoplos y los punzones del ebanista estaban esparcidos por allí, y el suelo estaba cubierto de virutas de madera.

*¿Por qué ella?, se preguntó Gaborn. ¿Por qué el espíritu se la lleva a ella y no a*

*mí?*

En el taller estaba la puerta trasera con el cerrojo echado por dentro, Gaborn lo abrió mientras sentía una ráfaga de calor acercándose por detrás y salió huyendo al callejón.

Después comenzó a escabullirse hacia la izquierda, subió por un cambio de rasante y al final torció a la derecha. Se introdujo en un estrecho bulevar de unos tres metros de ancho.

Se encontraba desconsolado, dolido, recordando la expresión de Rowan al morir ya que él solo había intentado protegerla y su impetuosidad la había matado. Casi no podía creerlo y quería volver a por ella.

A todo esto, dobló otra esquina y se tropezó con dos de los espadachines de Raj Ahten a unos cinco metros de distancia con los ojos bien abiertos por el miedo. Ambos retrocedieron torpemente intentando escapar sin fijarse en Gaborn.

Gaborn se volvió para ver qué era lo que los tenía tan extasiados.

El espíritu de la tejedora se había encaramado a uno de los tejados y lo montaba a horcajadas como si fuera un amante. Todo el tejado estaba en llamas, un infierno horrible de humo asfixiante e irritante, negro como la noche.

El elemental perdía la forma de mujer, las llamas lo iban lamiendo con avaricia, estirándolo en todos los sentidos posibles para destruirlo. Cada vez que las llamas tocaban un edificio, aumentaba el tamaño del espíritu y desaparecía su consistencia humana.

Los blancos de los ojos encendidos miraban a su alrededor buscando en todas direcciones. Aquí un mercado que poder quemar, allí abajo divisaba los edificios de madera de los mercaderes más pobres; al este las caballerizas y al sur el bosque de Dunn envuelto en la niebla y en gritos de guerra y horror.

La mirada pasó a Gaborn de largo y se posó en los soldados que estaban a su alcance. Estos dieron media vuelta y echaron a correr. Gaborn simplemente permaneció parado por miedo a que este espíritu, al igual que los tumularios, se viera atraído por el movimiento.

El elemental fijó su atención de nuevo en las inmensas y onduladas colinas del bosque de Dunn, donde las copas de los árboles asomaban entre la niebla. Era un plato demasiado delicioso como para despreciarlo ya que la tejedora se había convertido en un monstruo hambriento, una devoradora, y los edificios de piedra del mercado no le proporcionarían un buen sustento.

Estirando la mano agarró un campanario y lo utilizó de palanca para levantarse y comenzar a correr hacia el bosque con las piernas de fuego desplegadas entre las azoteas.

Cuando alcanzó el rastrillo del torreón del Rey se oyeron gritos de consternación; la proximidad del elemental prendió fuego a los soldados que vigilaban el portón, se desplomaron como trozos de carne asada sobre una fogata de campamento.

Amigos, enemigos, árboles o casas, el espíritu no se cuidaba de lo que consumía.



Gaborn se encaramó a la escalinata exterior en el traspatio de una posada a fin de poder ver mejor, y allí se agachó bajo el alero del terrado.

Las torres de piedra a ambos lados del rastrillo se agrietaron y se ennegrecieron con el calor que desprendía el elemental al pasar entre ellas; las barras de hierro del rastrillo mismo se derritieron.

Al precipitarse pendiente abajo en uno de los patios inferiores camino a las puertas de la ciudad, cientos de voces gritaron aterrorizadas.

Cuando alcanzó el exterior del portón, la tejedora ya no poseía forma humana alguna y, en vez de eso, era una desagradable columna de fuego que escalaba la muralla de la ciudad por encima del puente deteniéndose un instante sobre las torres quizá por temor al foso. Las llamas que habían formado un rostro, un rostro de mujer, se volvieron anhelantes a contemplar las chozas de madera en la parte baja de la ciudad hacia el paseo de los Mantequeros.

Después, las llamas sortearon la muralla y el foso, y se abalanzaron por los campos hacia el bosque de Dunn.

En la distancia, Gaborn de nuevo se fijó en el estruendo de la guerra, las trompas de los soldados de su padre tocaban retirada en aquellos cambios cubiertos por la niebla. El corazón le había latido tan fuerte que durante medio minuto no había oído otra cosa.

El resplandor de las llamas del elemental brillaba en el banco de niebla, cortándola. Gracias a la luz que desprendía, como el centelleo de un rayo, Gaborn pudo distinguir a tres soldados a caballo luchando entre los nomen, blandiendo las hachas pico por encima de la cabeza, enzarzados en un frenético combate.

Enseguida desaparecieron consumidos por el fuego. El espíritu causaba estragos por el llano, tan ávido de hierba seca, madera y vidas humanas que parecía desdibujarse del todo, perder el conocimiento, disiparse completamente transformándose un ancho río de llamas que arrasaba el campo.

Gaborn sintió cómo se le desplomaba el alma. Cuando el elemental había atravesado el cuerpo de Rowan casi lo sintió en su propia carne. Ahora escuchaba a lo lejos los gritos desesperados mezclados con los gritos de los heridos y de los que agonizaban dentro del castillo. No podía apartar de su mente la imagen de la horrorosa expresión de dolor en el semblante de Rowan, casi una expresión de traición.

No sabía si había obrado correctamente o equivocadamente al asesinar a la tejedora de llamas; había sido un acto impulsivo, un reflejo que en su momento le pareció adecuado, pero que conllevaba consecuencias nefastas.

De momento, la cortina de llamas que se levantaba en los campos impedía a Raj Ahten salir del castillo de Sylvarresta, le impedía enviar a sus hombres al campo de batalla.

*Puede que sea un golpe de gracia respecto a mis hombres,* pensó Gaborn. Igual no, no tenía ni idea de cuántas bajas habría provocado ese río de llamas. Solamente

esperaba que, envueltos en la niebla, los hombres hubieran divisado al espíritu encendido y agazapado en las murallas del castillo y hubieran podido huir.

Dentro del castillo había muertos y agonizantes; docenas, quizá cientos de hombres de Raj Ahten habían muerto pasto de las llamas. El rastrillo de la puerta del Rey había quedado incinerado.

Incluso ahora, Gaborn comprobó que el puente de roble de la puerta Exterior ardía; las torres a ambos lados se desmoronaban esquilmadas; del engranaje del puente solo quedaban restos derretidos.

Con una única estocada, Gaborn había comprometido las defensas del castillo de Sylvarresta. Si su padre intentaba asaltarlo durante ese día, podría entrar perfectamente.

Gaborn se percató de la diminuta figura apostada sobre la muralla exterior que observaba el espectáculo de llamas; la silueta de un hombre con armadura negra y yelmo de plumas blancas de lechuza que ondeaban hacia atrás.

Con una mano agarraba un martillo de armas y gritaba con la voz de mil hombres, con lo que sus palabras resonaron claramente por las colinas e hicieron retumbar los muros del castillo.

—Mendellas Draken Orden, ¡te mataré a ti y a tu descendencia!

Desde su puesto en lo alto de la escalinata, Gaborn corrió a esconderse en el callejón más cercano.

## Capítulo 16



### *Amenaza de ataque.*

**D**urante el trayecto desde Tor Hollick, Borenson estuvo absorto, el inminente combate no era lo que ocupaba sus pensamientos sino Myrrima, la mujer a la que se había prometido en Bannisferre. Dos días antes la había escoltado a ella, a sus hermanas y a su madre, a la ciudad para apartarlas del peligro según las huestes de Raj Ahten causaban estragos en la campiña.

Myrrima soportó bien el ataque y se mantuvo resuelta, sería la mujer adecuada para un soldado.

Durante aquellas tiernas horas con ella, Borenson se había enamorado profunda e irrevocablemente. No se trataba únicamente de su belleza, aunque eso era algo que apreciaba también, sino de todo lo demás: la astuta y calculadora personalidad de la joven, su talante codicioso, la descarada lujuria en la mirada mientras cabalgaban juntos y solos hacia la granja de su madre.

Esta lo había mirado y le había sonreído con ojos totalmente inocentes:

—*Sir Borenson, ¿imagino que sois hombre que posee dones de resistencia?*

—Tengo diez —respondió él jactándose de ello.

Myrrima enarcó una de las negras cejas.

—Qué interesante, tengo entendido que en la noche de bodas las doncellas suelen averiguar en la cama que los soldados de gran resistencia sirven para algo más que para garantizar que no mueran en el campo de batalla debido a las heridas. ¿Es eso cierto?

Borenson intentó balbucear una respuesta. Nunca hubiera imaginado que una mujer tan encantadora pudiera hacer preguntas sobre sus dotes en el lecho de manera tan franca. Antes de que tuviera ocasión de responder, Myrrima lo interrumpió diciendo:

—Os sienta bien el color rojo, especialmente en la cara.

Borenson se sonrojó aún más y quedó aliviado cuando la otra dejó de mirarlo.

Más de una vez se le había extraviado el corazón, pero esta ocasión era distinta: no había enfermado como el ternero que locamente berrea por la vaquilla en la noche.

Esto... era lo justo, amarla era lo correcto, esa intuición le calaba muy hondo.

Cayó en la cuenta de su enamoramiento durante el recorrido para ir a advertir al rey Orden acerca de la invasión; había cabalgado a toda velocidad por la carretera cuando pasó de largo a tres hermosas doncellas que recogían bayas al borde del camino. Las jóvenes le habían sonreído seductoras y Borenson, tan enfrascado en Myrrima, no advirtió que no les había devuelto la sonrisa hasta que no hubo recorrido otros diez kilómetros.

Así de locamente se había enamorado.

Al dirigirse al castillo de Sylvarresta, la imagen de Myrrima se desvaneció con el siguiente planteamiento: cuanto antes concluya esta batalla, antes podré volver a verla.

Mucho antes de llegar al castillo, las tropas de Borenson ya se habían topado con los exploradores de Raj Ahten por la carretera, partidas de batidores de cinco y diez hombres cada una. Los caballeros más rápidos se regocijaron al perseguir y matar a algunos de ellos mientras Borenson planeaba el ataque contra los nomen.

Se detuvo cerca del castillo en la orilla del río Wye donde abrió la petaca de niebla que el rey orden le había entregado. Le costó que no se le cayera de la mano, ya que violentos vendavales soplaban en el cuello de la botella. Al decantarla sobre el agua, duplicó la cantidad de niebla que normalmente produciría con lo que volvió a ponerle el tapón cuando aún quedaba la mitad.

El olor a salitre de la niebla, que se deslizaba por los pequeños valles en torno al castillo de Sylvarresta, y el sabor a sal en la atmósfera evocaron recuerdos del hogar. Borenson soñaba con regresar allí con Myrrima, a su nueva mansión en Drewverry March. Conocía la finca, una gran casa con una chimenea en la alcoba principal.

Enseguida apartó tales ideas de su mente, ordenó a los arqueros encordar los arcos y cargar por el bosque mientras amanecía. Cinco minutos más tarde, sus hombres sorprendían a los nomen dormidos entre los árboles: lluvia de flechas, nomen cayendo (algunos muertos y otros corriendo hacia el castillo en busca de cobijo) como fruta madura de los robles en el bosque de Dunn.

Los hombres de Orden bramaron y aullaron por las colinas, azuzando a los nomen, un hormiguero de pelajes negros que enseñaba los colmillos y los ojos rojos como llamaradas de miedo y rabia.

A Borenson le contaban que siempre reía durante el combate aunque apenas se daba cuenta de ello. Era un amaneramiento que había aprendido de joven, cuando Poll el escudero solía pegarle. El otro, que era algo mayor, siempre reía cuando le zurraba y, cuando Borenson hubo crecido lo suficiente como para devolverle los golpes, tomó la misma costumbre. Aquel hábito atemorizaba a algunos enemigos y encolerizaba a otros. De todas formas, tal actitud hacía que sus adversarios cometieran errores, mientras que animaba a sus compañeros.

Así pues, se vio en medio del llano rodeado por un banco de niebla y de una docena de nomen, criaturas que siseaban y rugían.

A todo esto puso el martillo de armas a trabajar y el escudo a esquivar golpes, mientras ordenaba al caballo que diera coces en el aire y dispersara a los contrincantes.

Ensimismado como estaba con cada estocada del martillo de armas, se sobresaltó cuando una enorme cortina de llamas atravesó la niebla por el flanco izquierdo.

Borenson dio la orden de retirada a su caballo a fin de escapar de allí con vida. El corcel era un semental de fuerza y, ante todo, podía volar más deprisa que el viento. Sin embargo, las llamas cambiaron de sentido y se alargaron intentando envolverlos a todos, como si de un monstruo viviente que quería meterles mano se tratase.

Al verse con la muerte en los talones, uno de los nomen tiró del pie de Borenson intentando desbocarlo para que ambos perecieran aferrados el uno al otro.

Pensando que iba a morir y que nunca podría entregar el mensaje que el rey Orden le había encomendado que transmitiera a Raj Ahten, Borenson asestó unos cuantos hachazos a la criatura con el martillo de armas y consiguió plantarle el arma de lleno en la cara al nomen, se deshizo del cuerpo de una patada y se abalanzó con el caballo en la niebla.

Borenson se volvió al galope por el llano gritando:

—¡Orden, Orden! —Quería reagrupar a los hombres.

Las llamas lo perseguían como finos dedos que podían alcanzarlo y aplastarlo. Luego se introdujo entre los oscuros árboles.

Cuando el fuego alcanzó los robles vaciló un segundo, como inseguro... Dio un toquecito a uno de los grandes robles y este comenzó a arder, con lo que pareció olvidarse de Borenson.

Tan solo una docena de soldados habían conseguido seguir a Borenson y refugiarse en el bosque, muchos otros se habían ocultado entre los bancos de niebla.

Este esperó varios largos minutos a que sus hombres se reagruparan con la esperanza de que se hubieran puesto a cubierto. Allí entre los árboles se sentía seguro, oculto. Las hojas de los árboles se cernían en lo alto, encerrándolo y envolviéndolo como una capa; las ramas eran escudos contra las flechas y las garras enemigas, un muro de contención frente a las llamas.

Abajo, en el valle, Raj Ahten gritaba amenazas de muerte contra los Orden, las cuales provocaban un tremendo estrépito. Borenson no entendía el motivo, pero el hecho de que aquel estuviera tan enojado le produjo una sensación de vértigo.

Tocó reagrupación con el olifante y, minutos más tarde, cuatrocientos soldados esparcidos por el valle cerca del castillo de Sylvarresta volvieron a juntarse. Algunos traían alarmantes nuevas sobre los gigantes combatientes en la parte este; otros decían que los nomen se reagrupaban intentando alcanzar el portón del castillo; otros que habían perseguido a los nomen que se internaban en el bosque y habían dado buena cuenta de ellos. Algunos se dedicaron a degollar a los caballos de Raj Ahten. Este combate era una contienda demencial que perdía todo sentido y Borenson casi deseaba no haber envuelto el terreno de batalla en un manto de niebla.

Meditó sobre el siguiente paso y decidió que lo más seguro era permanecer en el bosque y dar caza a los nomen restantes, aunque la mejor jugada estuviera ante el castillo, entre la neblina.

—Bien —ordenó—, haremos un barrido de este a oeste delante del castillo. Los lanceros al frente para contrarrestar a los gigantes y los arqueros en los flancos para eliminar a los nomen.

El aire se llenaba de humo procedente de las llamas de la campiña y de los árboles colina abajo.

Los caballeros de Orden formaron filas y cargaron entre los árboles contra el frente este. Borenson no tenía lanza y se quedó en el centro de la formación entre las primeras filas a fin de dirigir el ataque.

Galopando entre la niebla descubrió a un colosal gigante que se le echaba encima por el flanco izquierdo, una peluda mole en la espesa neblina. Dos de los lanceros se desviaron y se precipitaron sobre la bestia.

El monstruo rugió herido, rasgó el aire con las enormes garras, tumbando a uno de los caballos como si fuera un cachorrillo y partiendo a uno de los soldados en dos con las tremendas mandíbulas.

Dos de los arqueros se unieron a la refriega mientras Borenson pasaba de largo. Otros dos gigantes se acercaban vadeando la neblina, algunos nomen se habían arrojado a su lado envalentonados; veinte de los hombres de Borenson se enfrentaban a ellos mientras a este el corazón le aporreaba el pecho. Uno de los gigantes rugía llamando a los otros.

Una horda compuesta de gigantes y nomen se abalanzaba a toda prisa, seguidos de una marea negra de piqueros que ennegrecía las colinas. Las gargantas de los gigantes proferían aullidos victoriosos.

A Borenson casi se le congela el alma, entre ellos cabalgaban cientos de soldados con escudos de latón y, en la vanguardia, despuntaba un enorme guerrero vestido con armadura negra de escamas y con yelmo de plumas de lechuza, blandiendo un martillo de armas y gritando la consigna guerrera con la voz de mil hombres:

—¡Kuanzaya!

A Borenson se le pusieron los pelos de punta, aquel fulano llevaba armadura y armas dignas de un rey.

Raj Ahten llevaba la celada subida y parecía el hombre más despampanante que Borenson jamás hubiera visto. El magnífico volumen de la voz de este señor de las runas hizo que la montura de aquel se tambaleara: muerto de miedo al oír el estruendo del grito de guerra forcejeaba por retirarse. Borenson lo exhortó a gritos para que siguiera la marcha pero la voz de Raj Ahten era tan ensordecedora que quizás había dañado el oído de la montura.

El caballo se detuvo de golpe intentando soltar las riendas y revolverse contra Borenson. Este consiguió enfilarlo hacia el enemigo y se vieron en el grueso de la batalla: los lanceros de Orden cargaban frenéticamente contra los gigantes,

dispersando la caballería de manera peligrosa; los arqueros disparaban una lluvia de flechas y, mientras, Borenson luchaba por precipitarse sobre Raj Ahten.

El caballo se resistía a acercarse a este y, en vez de eso, quería huir. Se desbocó por el flanco izquierdo y Borenson se encontró cargando contra el grueso de gigantes mientras Raj Ahten le pasaba de largo como una flecha, blandiendo el martillo de armas a una velocidad tan vertiginosa que dejaba un rastro sangriento entre las filas defensoras a su paso.

Uno de los gigantes frowth arremetió contra Borenson entre la niebla, levantando un asta de roble. Este esquivó el golpe y lo dejó atrás, pero se introdujo entre un grupo de nomen que siseaban y gruñían, contentos de tener a un solo soldado acorralado. Otros gigantes corrían por el flanco de Borenson hacía el meollo del combate.

A su espalda, uno de los tenientes comenzó a tocar retirada con la trompa de manera desesperada.

Borenson alzó el martillo y el escudo y, riéndose, comenzó a defenderse.

## Capítulo 17



### *En la tumba de la reina.*

**T**res horas después de un perfecto y anaranjado amanecer, Iome se encontraba en lo alto del torreón de los Consagrados observando cómo Raj Ahten y un millar de los invencibles cabalgaban de regreso al castillo junto con docenas de gigantes frowth y cientos de canes de guerra, entre aplausos y vítores de celebración. La niebla de las colinas había desaparecido, aunque aún quedaban algunas briznas entre las sombras del bosque de Dunn.

Parece ser que el Señor de los Lobos se había arriesgado bastante al enfrentarse a las tropas de Orden en el bosque y había conseguido matar a una parte y dispersar a la otra.

Los hombres de Raj Ahten trotaban orgullosos saludando con las armas en alto.

Chemoise había traído a Iome al torreón a la primera señal de ataque.

—Es por vuestro propio bien —le dijo.

Los restos de muchos pabellones y granjas aún humeaban en los campos y un incendio incontrolado recorría el bosque de Dunn a dos kilómetros del castillo, atizado por los vientos de poniente.

Durante un rato, las llamas se retorcieron como un ser viviente (tentáculos que brotaban en inesperadas direcciones) ora arrancando árboles, ora prendiendo fuego a los pajares, ora consumiendo casas glotonamente.

Los incendios dentro del castillo estaban apagados porque los tejedores de llamas de Raj Ahten habían absorbido la fuerza de esas llamas. Y aunque este había enviado hombres por las calles para capturar al asesino de la tejedora, de su piromántica querida, todo fue en vano.

El elemental había consumido gran parte de la calle del Mercado y destruido cualquier rastro que pudiera identificar a su verdugo.

Entre las ruinas carbonizadas y humeantes fuera de las puertas del castillo de Sylvarresta, uno podía observar los estragos causados: unos mil nomen habían ardido cerca del foso allí donde habían intentado hacer frente a la caballería de Orden y, entre ellos, también habían caído unos doscientos bultos ennegrecidos que habían



sido hombres con armaduras lustrosas y que se agolpaban como fardos humeantes en las filas del frente.

Desparramados a orillas del bosque había cientos más de nomen por donde primero debía de haberse iniciado la violenta contienda. Allí los árboles habían quedado reducidos a espectros carbonizados.

Esparcidos por el campo de batalla había tres docenas de gigantes frowth, criaturas de aspecto raro, con el pelaje quemado. Iome nunca los había visto así: la piel rosa, el morro largo como el de los camellos, las enormes garras; desde lo alto del torreón de los Consagrados parecían ratones deformados y despellejados que salpicaban el campo de batalla. Algunos de ellos aún sujetaban caballeros y caballo incluido, entre las zarpas.

Las cabalgaduras de Raj Ahten habían muerto al igual que los centinelas que las cuidaban a orillas del bosque.

A pesar de ello, los soldados celebraban la victoria de la batalla ganada.

Iome no sabía si debía regocijarse ante el éxito de Raj Ahten o llorar por Orden. Ahora estaba consagrada a aquel y, en vez de temerlo, debería temer el ser asesinada a manos de los otros monarcas o a manos de los caballeros equitativos, quienes luchaban una campaña contra el Señor de los Lobos.

Chemoise permaneció junto a Iome contemplando los campos tiznados y llorando mientras las tropas de Raj Ahten regresaban al castillo. La ceniza aún humeaba, y entre el valle y el bosque los tocones todavía ardían.

*¿Por qué llora Chemoise?*, se preguntaba Iome. Entonces se percató de que ella misma también tenía los ojos llenos de lágrimas.

Esta comprendió que la otra lloraba porque el mundo había quedado ennegrecido: campos, bosques tiznados y días aciagos que se avecinaban. Iome tiró de la capa con capucha que llevaba puesta para envolverse más y ocultar el rostro; la gruesa lana no parecía ser protección suficiente.

Algunos de los soldados esperaban en el patio exterior a que Raj Ahten cruzara el portón de la ciudad desde el campo de batalla para reunirse con los tejedores y consejeros. Incluso los gigantes se agacharon por la barbacana y entraron buscando el abrigo del patio exterior.

En las colinas al sur del castillo sonó una trompa de caza seguida de otras hacia el este, y luego de otra; serían algunos rezagados del ejército de Orden que intentaban comunicarse entre ellos.

Iome esperaba que los hombres de Raj Ahten dieran media vuelta y salieran al galope a despachar a los supervivientes. Dada la envergadura del contingente de este, no entendía por qué tantos de ellos se habían quedado dentro del castillo... A menos que algo hubiera ocurrido durante la batalla que no había podido observar. Igual Raj Ahten tenía miedo por sus hombres, quizá eran más endebles de lo que ella imaginaba. El Señor de los Lobos debía de haber temido continuar la persecución por si acaso se topaban con una emboscada.

La sabiduría de este superaba la de Iome y si estaba atemorizado, sería con buen motivo. El día anterior, Gaborn le había contado que el rey Orden pronto llegaría al castillo con refuerzos.

En aquel momento, Iome no le había prestado mucha atención a esa idea ya que Orden solía ir acompañado de un séquito de doscientos hombres. *¿Y qué podrían hacer ellos?*

Aun así, Gaborn estaba convencido de que los soldados de su padre eran fuerza suficiente para arremeter contra Raj Ahten. Iome recordaba que no había especificado el número de tropas, algo muy sensato. La dinastía de los Sylvarresta no podría divulgar información que no figurara en su haber.

Iome le dirigió una mirada a su días, quien estaba sentada a unos pasos de distancia junto con la de su madre: ambas contemplaban la calcinada panorámica.

Ellas sí sabrían cuántos hombres traía Orden consigo, conocerían cada paso que daba; pero para bien o para mal, aquellas únicamente se dedicaban a observar cómo se movían los ejércitos, como si fuesen fichas de ajedrez sobre el tablero.

*¿Cuántos hombres acompañaban a Orden para Hostenfest este año?, ¿mil?, ¿cinco mil?*

Mystarria era un país rico, densamente poblado. El rey Orden venía con su hijo y una propuesta de matrimonio y, en esos casos, era habitual que la familia real hiciera alarde de opulencia, que oficiaran justas amistosas con soldados y caballeros.

Orden seguramente tenía a mano a sus mejores hombres, quinientos o más. Aunque era un hombre tan arrogante, tan dado a exhibiciones, que mejor duplicar esa cantidad.

Los guerreros de Mystarria eran implacables: los arqueros se entrenaban a disparar montados a caballo desde jóvenes; las hazañas de los caballeros con hachas y martillos de armas eran legendarias.

Quizá por esa razón Raj Ahten mantuvo la distancia, la fama de los guerreros de Mystarria haría que no se alejara del castillo nuevamente o, a lo mejor, temía la presencia del Rey de la Tierra sobre quien los pirománticos le habían advertido.

Iome estuvo mirando un buen rato desde el torreón; nadie más entró en el castillo, ni un solo nomen de crin oscura.

Los olifantes sonaban desafiantes en el Este, el Sur y en el Oeste; estruendos en una docena de direcciones, toque de carga, toque de reagrupación.

Los caballeros de Orden todavía cargaban contra algunos nomen en el bosque; sería una larga y agotadora jornada para aquellos guerreros.

Allí abajo, junto a las puertas de la ciudad, Raj Ahten se revolvió en la silla y escudriñó el campo por última vez, como si estuviera decidiendo si montar otro contraataque, tras lo cual entró en la ciudad y sus hombres subieron el maltrecho puente levadizo.

El cotidiano ajeteo de la ciudad continuaba como si nada, Iome podía divisarlo casi todo: junto al torreón de los Soldados mujeres y niños buscaban los huevos

puestos por las gallinas; el molinero molía trigo a orillas del río; el aroma de los hornos se mezclaba con el humo y la ceniza del combate... A Iome se le revolvió el estómago.

Cuando consideró que ya había visto bastante, descendió al patio interior de los consagrados con su días detrás. La días de la reina permaneció en la torre contemplando los campos.

El padre de Iome se encontraba sentado al sol y jugaba con un cachorrillo que le enseñaba los dientes y le mordía la mano. Se había ensuciado los pantalones mientras Iome estaba fuera, por lo esta tuvo que ponerse manos a la obra con un cubo y un trapo, a lavarlo. Sylvarresta no se resistía, sencillamente se dedicaba a observar el estropeado rostro de su hija; la fealdad de esta lo asustaba puesto que no sabía quién era.

Él seguía siendo igual de apuesto, los dones de encanto intactos, más fuerte que nunca; un superhombre con la mente de un niño. Mientras le limpiaba las heces, el rey la miraba con los ojos bien abiertos y embobado, haciendo pucheros. Sonreía inocente ante aquel recién descubierto placer.

Iome casi se puso a llorar. Ya habían pasado doce horas desde la cesión de los dones y era un momento crucial, ese primer día, el peor de todos. Los consagrados que otorgaban dones mayores atravesaban un periodo de grave peligro que los mediadores solían llamar «conmoción del donante». A veces se olvidaban de respirar, o el corazón dejaba de latirles; pero si el rey sobrevivía al primer día, superaba la conmoción, podría recuperar algo de inteligencia. De alguna manera su cuerpo recobraría una pequeña parte, lo suficiente para sobrevivir. En aquel momento, su padre estaba en el punto más delicado, indefenso, aunque más tarde experimentaría un «despertar» durante el cual el don entre el señor y el vasallo se afianzaba y este recobraría una diminuta porción de las funciones mentales.

Afortunadamente, el padre de Iome no había sufrido los peores efectos de la conmoción del donante y, ahora que habían transcurrido doce horas, aquella albergaba la esperanza de que «despertara» ligeramente. Era posible... si no deseaba ceder el don completamente, si el marcador no estaba perfectamente formado, si el mediador no había sido totalmente preciso con sus conjuros, era posible que incluso recordara el nombre de su hija.

Por el momento, Iome arrullaba dulcemente a su padre conforme terminaba de lavarlo y vestirlo. Y, aunque no parecía reconocerla, sonreía con todas las canciones.

*Aunque no recuerde quién soy, pensó Iome, al menos merece la pena cantarle. Con el tiempo, aprenderá a apreciar eso.*

Cuando terminó de cambiarlo le puso un pañal de tela bajo los calzones.

El patio de los Consagrados estaba inundado de hombres y mujeres malparados que habían cedido dones la noche anterior; tal afluencia agobiaba a los cuidadores. Tan pronto como Iome y Chemoise hubieron arreglado a sus padres, se pusieron a cuidar de otros hombres, soldados que habían sido fieles a la dinastía de los

Sylvarresta desde la infancia.

Cuando los cocineros terminaron de preparar el desayuno, Iome repartió platos de bollitos rellenos de dulce de moras entre los consagrados. Se arrodilló para despertar a una joven que dormía al sol debajo de una manta verde, una soldado de nombre Cleas, quien la había escoltado en muchas ocasiones por las colinas.

No era habitual que las mujeres fueran soldados, incluso menos corriente que sirvieran como soldados al frente. Cleas había sido ambas cosas, poseía la fuerza de ocho hombres y había sido una de las espadas más fuertes al servicio de Sylvarresta. Raj Ahten se deleitó al despojarla de esa fuerza. Cleas ya no respiraba, durante la noche se había debilitado tanto que se quedó sin resuello.

Iome se apenó tanto al verla, aunque no sabía si encolerizarse o sentirse agradecida. La muerte de Cleas suponía la recuperación de otras quince personas consagradas a ella, con lo que se aliviaba un poco la congestión en el torreón de los Consagrados. Pero había perdido a un ser querido, se le hizo un nudo en la garganta y allí, arrodillada, comenzó a llorar. Al volver la cabeza vio que su días estaba de pie contemplando la escena. Iome se esperaba la habitual frialdad e imparcialidad por parte de días, en ese pequeño rostro puntiagudo, taciturno y ausente. En de vez de ello, distinguió arrugas de pesadumbre en el semblante de aquella.

—Era una buena mujer, una buena soldado —dijo Iome.

—Sí, es una lástima haberla perdido —asintió la días de Iome.

—¿Me ayudarás a llevarla al cementerio? —inquirió Iome—. Sé de una tumba a donde podemos llevarla, un nicho de honor para los soldados. La dejaremos junto a mi madre.

La días asintió levemente; en un día tan aciago como aquel tal gesto impresionó a Iome profundamente, se sintió agradecida.

Así pues, terminó de repartir el desayuno entre los consagrados y, después, ambas mujeres cogieron un camastro y cubrieron a Cleas con un paño que hiciera la función de mortaja y la portearon hasta el muro sur del torreón donde la dejaron en el suelo con otros cinco camastros amortajados, cuatro de los otros eran consagrados que tampoco habían sobrevivido a la noche.

El cuerpo de la reina Venetta, la madre de Iome, yacía bajo la última arpillera negra; identificada por una fina anilla de oro sobre el pecho. Una araña saltarina de color negro y blanco se había encaramado a la anilla al acecho de una mosca verde que zumbaba por allí.

Iome no había visto el rostro de su madre desde su fallecimiento; apenas se atrevía a tirar de la sábana y mirarla, pero tenía que comprobar si habían preparado el cuerpo adecuadamente; obligación que estuvo intentando eludir toda esa mañana.

El canciller Rodderman se había encargado de organizar el funeral la noche anterior e Iome no lo había visto desde entonces. Probablemente estaba ocupado en el torreón del Rey, aunque esta sospechaba que había decidido evitar toparse con Raj Ahten e incluso eludir la responsabilidad de preparar el cadáver.

Los hombres de Raj Ahten habían trasladado el cuerpo de la reina al torreón de los Consagrados en contra de la costumbre de dejarlo en el gran salón a fin de que los vasallos presentaran sus respetos. La reina muerta sobre una camilla para que todos la vieran podría provocar la discordia en la ciudad, cosa que Raj Ahten no deseaba.

Así que la había quitado de en medio, dejado entre los muros más altos y estrechos del torreón más apartado, donde únicamente los consagrados la verían.

Iome retiró la mortaja negra, el rostro de su madre no era como lo había imaginado: salvo la enorme herida, era como contemplar la cara de un extraño. En vida fue una gran belleza gracias a los dones de encanto, pero muerta toda la hermosura la había abandonado. Era sorprendente ver algunas canas entre los mechones negros; las ojeras oscuras y hundidas; las arrugas de un tierno semblante ahora más pronunciadas y envejecidas.

Aunque la habían lavado y arreglado, no había forma de ocultar ni la profunda herida en la mejilla izquierda donde el sello de Raj Ahten le había rasgado la piel, ni la hendidura en el cráneo debido a la caída sobre las baldosas.

Aquel era el cuerpo de una extraña.

No, Raj Ahten no tenía por qué temer la reacción de los súbditos, quienes no se sublevarían alterados por la muerte de esta vetusta cosa.

Iome se acercó al capitán de la guardia junto al rastrillo, un hombre bajito con bigote oscuro vestido con una impresionante armadura y un yelmo decorado con relieves de plata. Era curioso que Ault ya no estuviera allí, o Derrow, después de tantos años de servicio apostados en el nicho de piedra.

—*Sir*, necesito permiso para trasladar a los muertos al panteón del rey —dijo Iome conteniendo el aliento.

—Nos atacan, en el castillo —dijo torpemente con acento taifán—, no seguro.

Iome contuvo las ganas de escabullirse, no tenía ganas de enfrentarse al capitán aunque dar sepultura a su madre era un deber sagrado, un último acto de dignidad.

—No nos atacan —intentó explicarle Iome en tono razonable—, solamente unos cuantos nomen atrapados en el bosque son asediados.

Con un gesto de la mano señaló hacia el chamuscado campo de batalla en el exterior.

—Si Orden nos atacara, lo veríais venir a una legua.

»Además, tendría primero que atravesar la muralla exterior. No parece probable que nadie alcance el torreón de los Consagrados.

El hombre enano escuchaba atentamente con la cabeza ladeada. Iome no sabía si la estaba entendiendo o no; quizá hablaba muy deprisa, quizá podría haberse dirigido a él en chaltic aunque dudaba que hablara tal lengua.

—No —contestó el hombrecillo.

—Pues que su alma se vengue en ti, yo me lavo las manos. No quiero que se me aparezca un señor de las runas.

Los ojos del hombrecillo resplandecieron de miedo; se decía que el espíritu de los

señores de las runas ocasionaba más problemas que ningún otro, especialmente si morían de forma violenta. Aunque Iome no temía a la sombra de su madre, este diminuto capitán taifanés era oriundo de tierras supersticiosas.

—Apresuraos —respondió el capitancillo—. Hacedlo ahora, pero no tardéis más de media hora.

—Gracias —dijo Iome y alargó la mano para tocarlo agradecida, pero él retrocedió ante el gesto.

Iome llamó a Chemoise y a su días.

—¡Vamos! Necesitamos que los porteadores carguen con los camastros, y también ropajes funerarios.

Chemoise se introdujo corriendo en las cocinas y reclutó a algunos de los panaderos sordomudos, al carnicero y a su aprendiz, y a los ayudantes de cocina que no tenían ya sentido del olfato. Al poco tiempo, se juntaron dos docenas de personas para ayudar con los muertos.

El carnicero entró arrastrando los pies en el salón de los consagrados y regresó con un puñado de capas fúnebres de amplias capuchas y largas mangas.

Cada uno de los costaleros se vistió con una, así los fantasmas sabrían que no eran ladrones de tumbas, cada faldón llevaba una campanilla de plata cuyo tintineo ahuyentaría a los espíritus malignos.

Una vez vestidos se acercaron a las literas y comenzaron a sacar a los muertos hacia el rastrillo. Iome ocupó el lugar que le correspondía, se encargó del asidero derecho delantero.

Cuando estuvieron preparados, el capitán taifanés y su sargento pusieron manos a la obra y levantaron el rastrillo rápidamente, instaron al grupo a que salieran del torreón.

—Volved en veinte minutos, ¡no más!

Iome sabía que no era tiempo suficiente para dejar los cuerpos y oficiar los cantos fúnebres, pero asintió con la cabeza a fin de tranquilizar al capitán.

Después empezaron a desplazarse hacia la parte trasera del torreón de los Consagrados, hacia el panteón del rey, por un hueco con umbral de madera.

Iome nunca había hecho trabajo tan pesado, ni siquiera se había alejado más de doscientos metros de la puerta en la esquina de la calle Feet cuando se notó el pulso acelerado y además sudaba; pidió a los otros que se detuvieran.

Ya era casi mediodía. Mientras descansaba bajo los rayos del sol, entre el olor de las cenizas que saturaba el aire, un personaje encorvado y mugriento envuelto en un manto con capucha grande, salió como una flecha de la sombra que proyectaba de los toldos del mercado.

Inmediatamente supo que era Binnesman, sentía el poder mágico emanante y se preguntaba qué lo habría hecho regresar, por qué la buscaba.

El jorobado se acercó a Iome furtivamente, obligándola a retroceder un paso.

—Dejad que el viejo Aleson os eche una mano, joven —susurró, retirándose un

poco la capucha y cogiendo el asidero derecho de la litera.

No era Binnesman. Iome se asombró al reconocer la cara de Gaborn bajo una generosa capa de suciedad. El corazón le dio un vuelco, algo pasaba. Por alguna razón, Gaborn no había podido salir del castillo y necesitaba su ayuda. Aunque, de algún modo, Gaborn había crecido en las horas transcurridas con los poderes de la Tierra.

Iome ocultó el rostro en la capucha y, durante unos segundos, sintió que todo su orgullo y valentía la abandonaban nuevamente. El hechizo de los marcadores de Raj Ahten seguía intentando despojarla de toda autoestima.

Una y otra vez repetía esta letanía en silencio: «Esto te niego, esto te niego».

No soportaba la idea de que Gaborn pudiera reconocerla y le permitió que llevara la litera mientras ella caminaba a su vera y los costaleros cruzaban un callejón y se dirigían hacia el cementerio por las angostas callejuelas.

Las sepulturas de la dinastía de los Sylvarresta consistían en cientos de mausoleos de piedra pintados de color hueso, erigidos en un resguardado huerto de cerezos. Muchos de los mausoleos habían sido construidos a semejanza de palacios, pero en miniatura, con pináculos absurdamente altos y estatuas de reyes y reinas muertos erguidos en los pórticos de cada palacete. Algunos otros de los mausoleos estaban reservados para los ayudas y soldados de confianza y se trataba de sencillas construcciones de piedra.

Al llegar al abrigo del huerto, Gaborn y los otros dejaron la carga en el suelo. Gaborn le dijo a Iome en voz bajita:

—Soy Gaborn Val Orden, príncipe de Mystarria. Siento tener que molestaros pero he estado escondido toda la noche y necesito información. ¿Podéis decirme qué ha sido de los Sylvarresta?

Sobresaltada, Iome advirtió que Gaborn no la había reconocido; no sin su belleza y con la piel tan basta como el esparto. Detrás de ellos iba la días de Iome con los ropajes de cronista tapados por los fúnebres, otro costalero anónimo.

Iome no quiso identificarse, no soportaba la idea de mostrarse así de fea ante él. Además, otro de los temores que la asaltaban era que Gaborn tuviera que matarla puesto que se había convertido en consagrada de un rey enemigo; razón suficientemente convincente.

Esta habló en voz baja y asustada, con la esperanza de no delatarse.

—¿No sabéis de quién es el cuerpo que transportáis? La reina ha muerto pero el rey sigue vivo y ha cedido su inteligencia a Raj Ahten.

Gaborn le agarró el brazo.

—¿Y qué ha sido de la princesa?

—Está bien, le dieron a elegir entre la muerte o la vida de regente al servicio de su gente. Se vio forzada a ceder un don también.

—¿Cuál ha sido? —preguntó Gaborn conteniendo el aliento, horrorizado el semblante.

Iome se planteó contar la verdad, descubrir su verdadera identidad, pero no pudo.

—Ha dado la vista.

Gaborn permaneció en silencio. Bruscamente levantó la litera marcando la conclusión del descanso y comenzó a andar entre las tumbas otra vez, pensativo. Iome lo condujo a él y a los costaleros al panteón de sus padres: un diseño clásico que contaba con nueve chapiteles de mármol en lo alto de la bóveda; e imágenes del rey Sylvarresta y de su esposa en el pórtico, estatuas esculpidas en mármol hacía dieciocho años poco después de las nupcias. Iome indicó a los costaleros que trajeran el cuerpo de Cleas, quien, como soldado fiel de la guardia, se había ganado el derecho a yacer junto a su reina.

Al adentrarse en el mausoleo, Iome percibió el olor a muerte y rosas: docenas de esqueletos de soldados fieles descansaban allí, huesos grises y enmohecidos. La noche anterior alguien había traído pétalos de rosas color rojo vivo y los había esparcido por el suelo de la sepultura a fin de despejar el ambiente.

Gaborn llevó a la reina Sylvarresta a su sarcófago situado en el sanctasanctórum, un cajón de arenisca roja con su imagen grabada en la tapa, al fondo del panteón. El techo era una losa de mármol puro, tan fina que la luz se colaba por ella e iluminaba el sarcófago.

En aquel rincón apartado el aire que circulaba entraba a través de dos diminutas grietas en el muro de piedra, para contener el olor a muerto.

Gaborn y dos de los panaderos hicieron un esfuerzo sobrehumano y empujaron la tapa del sarcófago dejando el ataúd vacío a la vista; allí depositaron el cuerpo de la reina y cuando estaban a punto de cerrar el sarcófago Iome les rogó que se detuvieran, quería contemplarla durante un rato.

Los costaleros colocaron a Cleas sobre un nicho de piedra, apartaron los restos de algún otro soldado leal de antaño y la tendieron allí.

No llevaban ni la armadura ni las armas de Cleas con que enterrarla, así que uno de los panaderos tomó un martillo de armas prestado de otro cuerpo y lo colocó sobre el pecho de esta, las manos sobre la empuñadura.

En la tenue luz, Gaborn examinó los esqueletos enmohecidos unos instantes, muchos de ellos aún con la armadura puesta, con el arma sobre el torso. Aunque el recinto era algo pequeño, unos doce metros de largo por seis de ancho, habían esculpido cinco hileras de nichos de piedra en los muros. Algunos de los soldados llevaban sepultados más de veinte años y las ratas habían desparramado los huesecillos de los nudillos y los dedos de los pies por el suelo.

Gaborn parecía querer hacer una pregunta.

—Aquí podéis hablar tranquilamente —le dijo Iome que seguía arrodillada junto al sarcófago de su madre—. Los costaleros son sordos o mudos y sirven a la familia de Sylvarresta. Ninguno os traicionará.

—¿Aquí enterráis a los muertos con las armas?

Iome asintió.



Aquel parecía complacido, como si quisiera robar algo.

—En Mystarria legamos las armas y las armaduras a los vivos para que puedan aprovecharse.

—En Mystarria no hay tantos herreros como aquí que tengan suficiente trabajo —contestó Iome secamente.

—Entonces, a nadie le importará si tomo un arma prestada ¿no? —inquirió el otro—. La mía ha sido destruida.

—¿Quién sabe lo que afrenta a los muertos?

Gaborn no cogió ningún arma inmediatamente, sino que se paseó de un lado a otro nervioso.

—Esto... —dijo por fin—, ¿ella está en el torreón de los Consagrados?

Iome vaciló antes de contestar ya que Gaborn no había dicho por quién preguntaba y parecía algo angustiado.

—La princesa estuvo en el torreón esta mañana lavando a su padre y dándole el desayuno. La guardia de Raj Ahten la trasladó allí durante el ataque para protegerla. Aunque es libre de ir y venir cuando quiera, creo que aún ocupa sus aposentos en el torreón del Rey y cuenta con criados que la atienden.

El otro se mordió el labio, apretó el paso, pensaba desenfrenadamente.

—¿Podrías darle un mensaje de mi parte?

—No será difícil —respondió Iome.

—Decidle que los Orden han jurado defenderla, que mataré a Raj Ahten y que, algún día, nos volveremos a ver y ya no será una consagrada.

—No... Os ruego que no lo intentéis —dijo Iome intentando controlar un sollozo.

La voz se le quebraba y temía que Gaborn lo notara y descubriera el disfraz.

—¿Intentar el qué? —preguntó el otro.

—Asesinar a Raj Ahten —dijo en tono grave—. La reina Sylvarresta le clavó las uñas envenenadas y aquel contrarrestó el veneno. Se dice que al clavarle una espada en el corazón, la herida se cierra antes de retirar la hoja.

—Debe de haber algún modo de cargárselo —musitó Gaborn.

—Os veréis forzado a matar a la dinastía de los Sylvarresta ya que tanto el rey como su hija se han consagrado a Raj Ahten. Lord Sylvarresta recibió anoche ochenta dones de inteligencia, todos como vector de Raj Ahten.

Ante esa noticia, Gaborn se giró y se acercó a la puerta del panteón para mirar afuera donde había luz, meditabundo.

—No mataré a mis amigos —afirmó—; o a los consagrados. Si cedieron dones no lo hicieron por voluntad propia, no son mis enemigos.

Iome se maravilló ante aquello: la práctica acostumbrada era la de matar a los consagrados del adversario, era un mal necesario; muy pocos señores de las runas ignorarían tan odiosa responsabilidad. *¿Esperaba Gaborn dejarlos con vida por el mero hecho de que las intenciones de los otros eran buenas?*

—Aunque les perdonéis la vida a los Sylvarresta y miréis hacia otras familias

reales, matéis a otros reyes, esos otros también son inocentes y merecen vivir. No son partidarios de Raj Ahten.

—Debe de haber una forma de liquidarlo sin asesinar a otros —dijo Gaborn—. La decapitación.

Iome no sabía qué aconsejarle. Entre los poderosos señores de las runas, la decapitación era el método más seguro de garantizar la muerte. Pero planear tal hazaña y llevarla a término eran dos cosas distintas.

—¿Y quién lo hará? ¿Vos?

Gaborn se volvió hacia ella.

—Podría intentarlo si pudiera acercarme lo suficiente. Dime, ¿Binnesman el herbolario está bien? Necesito hablar con él.

—Se ha marchado —dijo Iome—. Desapareció durante la noche y los hombres de Raj Ahten lo vieron internándose en el bosque.

Quizá de todas las noticias que le había comunicado, esta parecía la que más lo consternó.

—Bueno... —dijo Gaborn extraviado—, he de cambiar de plan entonces. Si el mago se encuentra en el bosque, igual puedo ir a buscarlo allí. Gracias por decírmelo, lady...

—Prenta —susurró Iome—, Prenta Vass.

Gaborn le tomó la mano y la besó como si de una servicial dama de honor se tratase; sostuvo la mano, demasiado tiempo, justo lo suficiente para olfatear el aroma del perfume en la muñeca. A Iome le saltó el corazón en el pecho: la voz no la había delatado, de ello estaba segura; no la habría reconocido por la voz. Pero, *¿reconocería el perfume?*

Aquel la miró fijamente con esos penetrantes ojos azules y, aunque frunció ligeramente los labios, no dijo nada. Iome retiró la mano y volvió la cabeza mientras el corazón latía a rienda suelta, temerosa de haber sido descubierta.

Sabía que su apariencia era espantosa, que andaba despojada de toda veta de belleza: aquellos ojos amarillos, la piel arrugada, eran bastante horripilantes. No obstante, lo peor era el horror interno que sentía, esa insidiosa fuerza gravitatoria hacia la repulsión.

Sin duda la rechazaría, se apartaría de ella con desprecio. En vez de ello, dio un paso en torno a ella a fin de verle mejor el rostro.

Iome sospechaba que Gaborn la había reconocido puesto que ahora la contemplaba silencioso, intentando distinguir algún rastro de la mujer con la que había estado el día anterior. Este no quiso avergonzarla manifestando su reconocimiento. Iome ya no podía soportar más la mirada y se vio obligada a alzar una mano y con ella escudarse de aquellos ojos.

—No os escondáis, Prenta Vass —dijo Gaborn dulcemente, retirándole la mano de la cara.

Vaciló al pronunciar aquel nombre, sabía quién era.

—¿Os puedo servir en algo?

A espaldas de Gaborn, la días de Iome se agitaba nerviosa. Inesperadamente, los panaderos salieron del mausoleo como si se hubieran acordado de asuntos urgentes a los que debían atender. Iome quería llorar y caer rendida en sus brazos, pero permaneció de pie temblando como una hoja.

—No, en nada.

Gaborn tragó saliva.

—¿Podrías llevar otro mensaje a la princesa de mi parte?

—¿Cuál?

—Decidle... que se me aparece en sueños, que en mi recuerdo su belleza es indescriptible; que espero salvarla y servirla en algo y que, a lo mejor, hice algo positivo al matar a uno de los poderosos tejedores de llamas. Mi presencia aquí ha atraído a mi padre, aunque algo tarde. Decidle que me pasé la noche en el castillo aunque ahora debo marcharme. Los soldados de mi padre me buscan en el bosque y no me atrevo a quedarme. Voy a intentar huir por el bosque, antes de que mi padre arremeta contra la ciudad.

Iome asintió con la cabeza.

—¿Me acompañaréis? —inquirió Gaborn.

Gaborn escudriñó el semblante de Iome, esta sabía que sin duda la había reconocido. La miraba no con odio, sino con dolor y con tanta ternura que Iome deseaba lanzarse a sus brazos..., pero no se atrevía a moverse.

Se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¿Acompañaros? ¿Y dejar a mi padre? No.

—Raj Ahten no le hará daño.

—Lo sé, no sé qué pensar. Raj Ahten no es del todo malvado, no como yo temía. Binnesman alberga la esperanza de que haga el bien.

—«Cuando contempléis el semblante del maléfico, os parecerá hermoso» —dijo Gaborn, citando un antiguo refrán de los señores de las runas.

—Afirma que quiere enfrentarse a los reaver, que desea unir a la humanidad en defensa de todos.

—Y cuando acabe la guerra, ¿os devolverá el Señor de los Lobos los dones? ¿Se quitará la vida para que los despojados de dones puedan recobrarlos como hizo el buen rey Herron? Lo dudo mucho, se quedará con ellos.

—Eso no lo sabemos —dijo Iome.

—Yo sí lo sé —insistió Gaborn—. Raj Ahten ha revelado su verdadero talante y no respeta a nadie. Usurpará lo que le venga en gana y no os dejará nada.

—¿Cómo podéis estar seguro? Binnesman quería que cambiara, intentó convencerlo para que despidiera a los tejedores.

—¿Creéis que lo hará realmente? Aquí, junto al cuerpo yacente de vuestra madre ¿podéis decir que Raj Ahten posee una pizca de decencia?

—Cuando habla, cuando se le mira a la cara...

—Iome —dijo Gaborn—, ¿cómo podéis dudar de la maldad de Raj Ahten? ¿Qué es lo que no ha enajenado todavía? ¿Vuestro cuerpo, familia, hogar, libertad, riquezas, posición, reino? Os ha quitado la vida como si os hubiera degollado ya que desea despojaros de todo lo que sois y de todo a lo que aspiráis. ¿Qué más tiene que hacer para convenceros de que es maléfico?, ¿qué más?

Iome no podía responder.

—Le voy a cortar la cabeza a ese hijo de su madre —dijo Gaborn—. Encontraré la forma de hacerlo, pero primero necesito escapar con vida. ¿Vendréis conmigo si sacamos a vuestro padre de aquí?

Nuevamente este le cogió la mano y al tocarla, se dispersaron todas las tinieblas; el corazón le latía tan fuerte... Casi no se creía su suerte. Al mirar en los ojos de Gaborn, todos sus miedos y la sensación de repulsión que sentía por sí misma, toda la fealdad, se desvanecieron. *Era como si hubiera encontrado un talismán viviente que iluminaba su alma. Una fortaleza de roca*, pensó, un lugar seguro.

—Os lo ruego —suplicó él con todo el poder de su voz.

—Os acompañaré —asintió ella, algo paralizada.

Gaborn le estrechó la mano.

—Aún no sé cómo lo haré, pero volveré a por vos y a por vuestro padre, pronto. Nos veremos en el torreón de los Consagrados.

Iome sintió de nuevo esa excitación sensual, el corazón acelerado, ese deseo que asociaba con la presencia de Binnesman. Gaborn la abrazaba tiernamente como si aún poseyera los dones de encanto, como si aún fuera bella.

Gaborn dio media vuelta y fue a quitarle un arma a uno de los cadáveres, la cual introdujo entre la ropa y salió de allí apresuradamente, su sombra tapó los fríos rayos del sol momentáneamente.

Mientras escapaba, Iome no sabía si creer que regresaría a por ella, que podría salvarla. Aunque tenía una agradable sensación de certeza de que sí volvería.

Cuando hubo desaparecido del todo, la días de Iome dijo:

—Debéis tener cuidado con ese.

—¿Por?

—Os puede romper el corazón.

Iome percibió algo curioso en el tono de voz de la días, respeto.

Se sintió atemorizada. Si Raj Ahten la pillaba intentando huir, no le mostraría clemencia alguna. Pero el corazón no le saltaba en el pecho de miedo, sino por otros motivos, intentó calmarse poniendo la mano sobre el pecho.

*Creo que ya me lo ha roto*, se dijo.

## Capítulo 18



### *Duelo con el engaño.*

**D**os horas después de que Gaborn se alejara del mausoleo, Borenson se aproximaba al maltrecho portón del castillo de Sylvarresta con una bandera verde en señal de tregua atada a la lanza de uno de los nomen abatidos y con una sonrisa forzada.

Le dolían los músculos y llevaba la armadura toda salpicada de sangre; montaba el corcel de un compañero a quien ya no le haría falta.

Enfrentarse al ingenio de Raj Ahten iba a ser una partida interesante, una que no deseaba jugar. La suerte no les había sido propicia, la mayoría de sus hombres habían sido masacrados. Cada pequeña victoria les había costado cara: sus tropas habían matado a más de dos mil nomen; la mayoría de los soldados de Raj Ahten quedaron sin montura, y habían conseguido matar o desplazar a cierta cantidad de gigantes frowth (aunque una docena más de las criaturas habían perecido en aquel terrible incendio). Docenas de los famosos Invencibles de Raj Ahten habían perseguido a sus hombres hasta el bosque y, ahora, los cuerpos de estos parecían puercoespines tumbados acribillados con flechas.

Sin embargo, a pesar de las bajas enemigas, Borenson no había alcanzado una victoria limpia. Raj Ahten había abandonado el contraataque cuando los otros se internaron en el bosque ya que aquel temía una emboscada. En parte, aquel deseaba que Raj Ahten se hubiera atrevido a entrar en el bosque donde estaba seguro que sus hombres estaban aventajados.

Por otro lado, era también necesario que Raj Ahten pensara en lo de la emboscada, que creyera que el bosque estaba infestado de hombres. El rey Orden solía decir que incluso se puede engañar a un hombre con muchos dones de inteligencia puesto que «Hasta los planes del más sabio solo valen lo que vale la información que posee».

Así fue como Borenson llegó hasta la puerta del castillo y se detuvo ante el foso, tirando de las riendas y sonriendo.

En lo alto de la muralla chamuscada sobre las torres maltrechas, uno de los

hombres de Raj Ahten agitó su arma tres veces indicando que aceptaba la solicitud de tregua. Después, le hizo un gesto con la mano para que entrara al castillo. El puente levadizo estaba bajado y carbonizado, tenía un agujero tan grande que se podría colar un hombre.

Borenson se quedó donde estaba ya que no quería entregar su mensaje en privado, y gritó:

—No tengo ganas de nada, y menos con esta armadura. Raj Ahten, ¿os traigo un mensaje! ¿Vais a dar la cara u os ocultáis detrás de estas murallas?

Acusar al Señor de los Lobos de cobardía era una locura, pero Borenson había resuelto hacía algún tiempo que la cordura no era virtud adecuada a un mundo demente.

Transcurridos veinte segundos sin haber tenido respuesta, Borenson gritó nuevamente:

—Raj Ahten, en el sur os llaman Señor de los Lobos, pero mi señor afirma que no sois tal, que sois el hijo de una zorra cualquiera y que no poseéis los afectos naturales de un hombre. En vez de ello, sois dado a retozar con las perras. ¿Qué me decís?

De repente, en lo alto de la muralla apareció Raj Ahten rutilante como el sol, con las plumas de lechuza ondeantes sobre el yelmo negro. Este miró hacia abajo, imperioso, impasible ante los insultos.

—Servidme —dijo tranquilamente, de manera tan seductora que Borenson casi salta del caballo e hinca la rodilla en tierra.

Enseguida reconoció el uso de la voz y pudo hacer caso omiso. Un capitán de la guardia de Orden no podía ser fácilmente persuadido por dones de voz.

—¿Serviros a vos que habéis estado aullando amenazas contra mi señor desde aquí toda la mañana? ¡Estáis loco! —dijo Borenson, tras lo que escupió en el suelo—. Me temo que no resultaría provechoso, os queda muy poco tiempo de vida.

—¿Cuál es tu mensaje? —preguntó Raj Ahten.

Borenson pensó que parecía demasiado ansioso de cortar los insultos por lo sano. Y deliberadamente paseó la mirada entre los soldados apostados por toda la muralla: miles de arqueros, piqueros y otros armados con espadas. En los adarves detrás de ellos, estaban los ciudadanos del castillo de Sylvarresta: muchachos curiosos que deseaban escuchar las noticias; agricultores, mercaderes y comerciantes listos para luchar por Raj Ahten al igual que defendieron a Sylvarresta el día anterior. Borenson sabía de sobra que el mensaje era para los soldados y ciudadanos de Heredon más que para Raj Ahten. Un anuncio que presagiara la muerte transmitido en privado podría desmoralizar al líder, pero lo mismo dicho ante un ejército podría arengar a toda una nación.

—Tan exiguo ejército, atrapado tan lejos de casa —dijo Borenson, como si hablara solo en voz alta a fin de que lo oyeran hasta los de las murallas interiores.

—Son un ejército de élite —contestó el otro—, a la medida de fulanos como tú.

—En efecto, os felicito. Vuestros hombres murieron exquisitamente en el bosque

esta mañana. Combatieron tal cual se esperaba de ellos.

Los ojos de Raj Ahten ardieron enfurecidos, Borenson había logrado encolerizarlo. Aunque seguramente eso no era lo más sensato que jamás había hecho.

—Ya basta —dijo Raj Ahten—. Tú también tuviste bajas. Si se trata de comparar quién muere mejor debo reconocer que son los tuyos, ya que me he cargado a suficientes hoy. Y ahora, dime qué quieres, ¿o solamente has venido a poner a prueba mi paciencia?

Borenson enarcó una ceja y se encogió de hombros.

—Os vengo a informar de que hace dos días el rey Mendellas Draken Orden se hizo con el control del castillo de Longmot.

Esperó un poco a que la noticia fuera asimilada y después añadió:

—Y aunque habéis enviado tropas de ocupación, el rey Orden me ordena comunicaros que todos los refuerzos han sido abatidos hasta el último hombre.

La nueva pilló a los defensores del castillo por sorpresa, se miraron unos a otros sin saber cómo reaccionar.

—Mientes —afirmó Raj Ahten sin alterar la voz.

—¿Me acusas de mentiroso? —gritó Borenson utilizando su propio don de voz lo mejor que pudo, a fin de darse aires de superioridad e indignación. Conocéis la verdad. Como muestra, haced un poco de introspección. Esta mañana al despuntar el alba, el rey Orden ajustició a todos los que os cedieron dones en Longmot. Vos sentisteis el ataque, el castigo. ¡No lo negaréis!

»Os voy a contar cómo lo hicimos: comenzamos la marcha hace tres semanas y media. —Esto lo dijo sinceramente puesto que fue entonces cuando habían partido de Mystarria, y después calculó cuándo se habrían puesto en marcha las huestes de Raj Ahten—. Al poco de recibir aviso de vuestra salida desde el sur, el rey Orden envió aviso a todos los lugares remotos de Rofehavan, tendiendo la trampa al mequetrefe del Señor de los Lobos. Pronto os ahogaréis, ¡el ansia de poder os perderá!

Los hombres apostados en la muralla empezaron a hablar entre ellos, a mirarse consternados, y Borenson adivinó lo que pensaban.

—¿Os preguntáis cómo mi señor sabía que ibais a atacar Heredon? —dijo encogiéndose de hombros—. Orden sabe muchas cosas. Se informó de vuestros planes a través de espías entre vuestro séquito.

Borenson paseó la mirada con mordacidad entre los consejeros y los magos situados junto a Raj Ahten, casi sin poder contener una sonrisa. Clavó los ojos en el imperioso días de Raj Ahten. Igual este aún confiaba en estos hombres, aunque ahora Borenson sospechaba que había sembrado la discordia entre ellos mismos.

Raj Ahten se rio a carcajadas ante la estratagema de Borenson y respondió con palabras que atemorizaron a este:

—Así que el rey Orden os ha enviado a que averigüéis cómo está su hijo. No te preocupes, está en venta. ¿Qué ofrece Orden como rescate?

Borenson respiró hondo y, desesperado, echó un vistazo a las murallas; tenía

instrucciones de ofrecer un rescate por un rehén anónimo para que Raj Ahten mismo descubriera los nombres de los cautivos, pero este había apercibido la trampa.

Borenson albergaba la esperanza de poder desanimar al Señor de los Lobos aún más con lo que dijo a continuación:

—Mis órdenes son las de examinar al príncipe primero antes de ofrecer un rescate.

Raj Ahten sonrió burlón.

—Si el rey Orden no puede seguirle la pista a su propio hijo, yo no puedo complacerle. Además, la visión no te complacería.

Borenson pensó que se le complicaba la jugada y no le hacía mucha gracia. Si de verdad Gaborn era prisionero de Raj Ahten, no debería haber dudado en mostrarle al muchacho... salvo que hubiera matado al príncipe.

Pero, si no lo había capturado, al decir Borenson que tenía que verlo admitía ante el otro que no sabían dónde estaba Gaborn.

Algo tarde, Borenson se fijó en que se había desviado del guión que el rey Orden le había preparado; se había pasado de listo al esforzarse por no volver con las manos vacías. Y al hacerlo, igual había puesto en peligro toda la misión.

La cara le ardía de vergüenza. Dio media vuelta con la montura y puso rumbo al bosque; dudaba que Raj Ahten lo dejara marcharse ya que debía de estar aterrizado ante la idea de que Orden hubiera encontrado los marcadores en Longmot; tendría que estar preguntándose cuántos iban a ofrecerle como rescate.

—¡Espera! —exclamó este a su espalda.

Borenson miró por encima del hombro.

—¿Qué me ofreces si te enseño al príncipe?

Borenson no dijo nada, durante unos instantes temió hablar y simplemente instó al caballo a que se alejara despacio.

Anduvo unos cien metros, consciente de que este careo podría descarriarse: estaba a tiro de flecha del castillo y los magos de Raj Ahten también controlaban las murallas. Este no lo dejaría escapar sin intentar extraerle más información. Pero, *¿por qué no le mostraba a Gaborn?*

Borenson se giró con el caballo y fijó la mirada en los ojos oscuros de Raj Ahten.

—Gaborn llegó sano y salvo al campamento anoche —mintió descaradamente—, con lo que me temo que ya no puedo ofrecer rescate alguno. Solamente vine a traeros ese mensaje.

Raj Ahten no se inmutó aunque las caras asustadas y tímidamente resueltas de los consejeros lo decían todo. Borenson estaba seguro de que había dado en el clavo, que Raj Ahten no tenía al príncipe; recordaba que la noche anterior sus hombres habían abatido a unos cuantos exploradores y que, hacía una hora, otra cuadrilla de aquellos y sus hombres se habían batido en el interior del bosque. *¿Por qué otro motivo estarían batiendo el bosque con tantos efectivos?*

—Empero —siguió Borenson—, la dinastía de los Sylvarresta son antiguos y



queridos aliados de mi señor; podría ofrecer algo por la familia real, por su restitución garantizada.

—¿El qué? —inquirió Raj Ahten.

Borenson se salió aún más del guión que lord Orden había elaborado para él.

—Cien marcadores por cada miembro de la casa real.

Nuevamente Raj Ahten se echó a reír, reía aliviado y desdeñoso. En el norte, donde el metal de sangre escaseaba, trescientos marcadores supondrían una espléndida fortuna, pero para alguien que poseía cuarenta mil marcadores escondidos en Longmot no era nada. Raj Ahten ya no se creía que Orden había tomado el control de Longmot, tal era la intención de Borenson.

—Considerad bien la oferta antes de rechazarla con desdén —dijo Borenson.

Había llegado la hora de apretarle las tuercas a Raj Ahten.

—Lord Orden tiene en su haber cuarenta mil marcadores descubiertos en Longmot y, durante los últimos dos días, ha ordenado a una docena de mediadores que hagan uso de ellos.

»Para alguien tan rico como vos, tal pérdida no significa nada, pero Orden no subirá el precio del rescate del rey y de la familia real. ¿De qué le sirven cuando son vuestros consagrados? Cien marcadores por cada uno de ellos y no más.

Borenson observó cómo temblaban los consejeros de Raj Ahten ante la noticia y se sintió muy satisfecho. Aunque el Señor de los Lobos aparentaba cierto estoicismo fue palideciendo paulatinamente.

—Mientes —respondió sin dejar entrever temor alguno—. No tenéis al príncipe y no tenéis marcadores algunos en vuestro poder. No hay espía alguno. Conozco tu estrategia, mensajero, y no me impresiona nada tu ardid... Simplemente, me molestas.

Mediante el uso de la voz, intentaba inspirar confianza entre los suyos, pero el daño ya estaba hecho. En comparación con el efecto escarificador del mensaje de Borenson, las palabras de Raj Ahten sonaron huecas, proferidas inútilmente como último recurso.

Aun así, aquel temía que el Señor de los Lobos descubriera la verdad; algo que le inquietaba insistentemente.

Borenson picó espuelas y se apartó de la quemada hierba de delante del castillo por donde aún brotaban pequeñas nubes de humo. Cuando se hubo apartado lo suficiente hasta donde juzgó que no lo alcanzarían las flechas, enfiló el caballo hacia las murallas.

—Raj Ahten —gritó—, mi señor os reta a que os atreváis a ir a Longmot. Traed con vos a todo insensato que quiera perecer, vuestros cinco mil contra nuestros cincuenta. Y jura que allí no os dará cuartel, ¡os apaleará como al perro callejero que sois!

Luego levantó el brazo, la señal para que sus hombres comenzaran a tocar los olifantes en el bosque, olifantes que resonaron por las colinas. Las notas cortas y

desligadas eran la orden para que cada escuadra formara filas.

El rey Orden había enviado doscientos olifantes en esta expedición a fin de hacerlos sonar en las montañas cuando su hijo e Iome se hubieran comprometido.

Aunque en tiempos de guerra, solamente un capitán entre cada cien hombres llevaba uno. Raj Ahten lo sabía y, por ello, Borenson esperaba que el oído de aquel fuera tan agudo como para contarlos.

Lo mejor era convencer a Raj Ahten de que los ochenta hombres que habían sobrevivido eran ocho mil.

## Capítulo 19



### *La crika.*

**J**ureem, el más devoto de los consejeros de Raj Ahten, contemplaba a este con los ojos entrecerrados en lo alto de las ennegrecidas murallas del castillo mientras Borenson se alejaba al galope. La cara de su dueño y señor resplandecía hermosa, casi translúcida; un rostro tan brillante que iluminaba el mundo entero. Raj Ahten parecía no haberse inmutado ante las graves noticias.

A pesar de esa impassibilidad, Jureem se estremeció. Aunque Raj Ahten lo negara, algo no andaba bien. Jureem solamente podía especular, ya que su señor apenas le hacía confidencias o solicitaba sus consejos.

Durante años esta gente del norte había supuesto un quebradero de cabeza para Raj Ahten, con los caballeros equitativos despachados para asesinar a los consagrados. Su querida hermana había perecido entre sus brazos a consecuencia de una herida provocada por uno de ellos. Con el tiempo el consejero había aprendido a odiar a estos norteños de tez pálida, e incluso ahora que Raj Ahten los despojaba de sus dones y planeaba cómo mejor utilizarlos, no sentía nada por ellos: ningún sentimiento de culpa, nada de pena ni de compasión ajena.

Y luego esto. Jureem se encontraba muy alterado, quería correr hacia Longmot y cerciorarse de si el mensaje de Borenson era verdad; deseaba disparar a Borenson por la espalda, que este nunca hubiera abierto la boca. Además, los tejedores de Raj Ahten habían adivinado visiones de un rey entre las llamas, un rey que lo destruiría, el rey Orden.

También Binnesman había ido a unirse al enemigo de Raj Ahten.

Jureem apretó las manos intentando ocultar a los otros que le temblaban. Se le había antojado fácil eliminar a la dinastía de los Orden, pero el asunto se presentaba algo más complicado.

En un libro faltarían páginas para contar todos los planes urdidos por Raj Ahten. Jureem únicamente comprendía parte de ellos. El rey Orden acostumbraba a cazar en el castillo de Sylvarresta con un séquito de unos doscientos efectivos.

Según había decidido Raj Ahten, este año el príncipe tendría edad suficiente para

acompañar a su padre. Por tanto, tendió la trampa al asediar el castillo con unos cuantos hombres con la esperanza de espantar a Orden hacia el sur, donde sus tropas apostadas en el camino hacia Mystarria acecharían al rey y a su hijo, y los matarían. Si Orden no huía por el sur, los rastreadores lo encontrarían.

Esa era una de las muchas tramas fraguadas que estaban en marcha; aquel mismo día, docenas de cuadrillas de asesinos atacarían varios blancos.

Ejércitos preparados para marchar contra fortalezas al oeste y al sur. En otras partes, las tropas simplemente se dejarían ver y desaparecerían en algún bosque o desfiladero y, así, mantener ciertas fuerzas cruciales ocupadas o alejarlas del objetivo.

Jureem sabía que la clave de los planes de su señor radicaba en la idea de abatir a Orden y a Sylvarresta.

Estrategema que se veía amenazada por malos augurios: la piromántica había visto a un rey, un rey que podría destruir a la Gran Luz de Indhopal.

Raj Ahten se había expuesto demasiado al traerse al castillo de Sylvarresta menos de mil marcadores, más de la mitad de los cuales habían gastado la noche anterior; consumidos por los conjuros que vinculaban a este a los consagrados. Ciertamente había dejado cuarenta mil marcadores en Longmot pensando que allí estarían seguros ya que Longmot era una magnífica fortaleza con grandes murallas protegidas por hechizos. Y aunque las tropas de Raj Ahten apostadas en Longmot no eran numerosas, pronto recibirían refuerzos.

La oportunidad de ataque había sido sumamente limitada y, dadas las defensas disponibles, Longmot podría aguantar una embestida de otras fortalezas cercanas de menor guarnición. Los castillos de Groverman y Dreis estaban situados a días de distancia, pero los exploradores de Raj Ahten habían informado que se trataba de guarniciones menores. Los espías de Jureem no descubrieron tropas de Orden en ninguna de ellas, sino únicamente que Orden venía con un séquito «con más personal de lo normal» para celebrar Hostenfest y que estaba acampado junto a la aldea de Hazen, en las fronteras sur de Heredon. A lo sumo, un grupo de tres mil hombres (caballeros, escuderos, cocineros y comitiva incluidos). Suponía un contingente grande, mayor de lo anticipado por Raj Ahten. Orden solía acudir a la cacería acompañado de menos de trescientos hombres.

Los batidores refirieron que la noche anterior, más de dos mil caballeros montados se dirigían hacia el castillo de Sylvarresta. *¿Cómo podía ser eso? ¿Traía Orden dos contingentes, uno que asediara Longmot y otro el norte?*

Jureem llevaba dos días sin tener noticias de Longmot y ya debería de haber recibido un informe, por lo cual sospechaba que la fortaleza había sucumbido, que el rey Orden había tomado el control del castillo de algún modo.

El emisario había dicho cincuenta mil, *¿cincuenta mil?*

Una trama tan sumamente elaborada corría peligro de derrumbarse. Raj Ahten tenía que hacerse con el norte y tendría que apresurarse. Durante años el metal de sangre de las minas de Kartish se había ido agotando y, a mitad de ese invierno, ya no

quedarían reservas.

Solamente en Inkarra podrían obtener más metal de sangre, las minas allí aún producían bien.

A pesar de ello, ningún lord de Rofehavan o de Indhopal había jamás conseguido invadir Inkarra. Los magos de allí no eran muy poderosos pero sí abundaban y los inkarranos habían adoptado tácticas bélicas que se ajustaban a su topografía: rápidas incursiones en las colinas montados sobre percherones. Además, salvo que uno pudiera derrotar a los grandes lores de los arr, no podría vencer a los inkarranos.

Lo peor de todo era que, en tiempos pasados, cierto maestro mediador llamado Tovil había huido de Rofehavan a Inkarra y había fundado una nueva escuela para el estudio de los marcadores. Allí mismo, se hicieron asombrosos descubrimientos, avances que ningún otro hechicero había podido reproducir. Se fabricaron marcadores que no dejaban cicatriz alguna, con lo cual nadie podía adivinar la forma de la runa marcada. Esos marcadores transmitían habilidades y destrezas especiales de una persona a otra.

Ni siquiera después de años de espionaje, los señores de Rofehavan e Indhopal habían logrado reproducir las artes de los inkarranos.

Cada vez que algún noble del norte intentaba invadir el sur, inmediatamente descubría que los sureños no solamente se oponían, sino que además pasaban marcadores a los enemigos de aquellos.

Jureem sabía que Raj Ahten debía actuar con rapidez, debía diezmar los reinos del norte cuanto antes, someterlos y seguir la marcha. Era posible que en los días de Daylan Hammer, tiempos convertidos en leyenda, este hubiera asumido dones de voluntad y de talento que suponían la pieza clave que aquel necesitaba para convertirse en la «esencia de todos los hombres».

Jureem se enorgullecía del hecho de que no se dejaba engañar fácilmente y sospechaba bastante que Borenson había elaborado un farol basado en hechos reales, pero aderezado generosamente con mentiras. Según consideraba el mensaje de Borenson, era endiabladamente difícil averiguar dónde terminaba la verdad y comenzaban las mentiras.

Tras unos segundos en la muralla del castillo, Raj Ahten miró a Jureem.

—Mis consejeros, caminemos —dijo.

El Señor de los Lobos apenas consultaba ya con Jureem y con Feykaald. Sin duda, su señor estaba preocupado.

Bajaron los peldaños de la escalinata de la muralla y se encaminaron por una ligera pendiente hacia las caballerizas, pronto dejaron atrás a la muchedumbre.

—Feykaald, ¿qué opinas?, ¿tiene el rey Orden a su hijo? —preguntó Raj Ahten al más anciano de sus consejeros.

—Por supuesto que no —siseó este—. El emisario se inquietó demasiado cuando mencionasteis el rescate, demasiado asustado. Mentía, ni una sola palabra de verdad dijo.

—No tiene a su hijo —añadió Jureem recordando cada matiz de la voz de Borenson, cada expresión.

—De acuerdo —dijo Raj Ahten—. ¿Y qué hay de Longmot?

—Puede que se hayan hecho con el control —respondió precipitadamente Feykaald.

—Sí lo han hecho —afirmó Raj Ahten, sin que en su voz se apreciara inquietud alguna por el hecho.

A Jureem se le congeló el alma ante tal idea.

—Oh, Luz de Luces —dijo Jureem—. No estoy de acuerdo con vos, la conducta del emisario claramente indicaba que esto también era mentira. ¡Orden es un ingenuo enviando a alguien que no sabe mentir con tal cometido!

—No fue su actitud lo que me convenció —dijo Raj Ahten—. Al amanecer me asaltó cierto vértigo y perdí facultades. Cientos de consagrados han perecido y con ellos he perdido sus dones, de eso estoy seguro.

La pérdida de tantos dones era un duro golpe, una herida profunda, aunque eso no atemorizaba a Jureem. En las apartadas tierras del sur, los mediadores de Raj Ahten trabajaban asiduamente buscando nuevos consagrados. Estos mediadores eran hombres con poderes de encanto y voz que podían convencer a otros para que se pusieran al servicio de Raj Ahten y aplicarles los marcadores. El Señor de los Lobos se encontraba en estado de flujo constante, acumulaba fuerza, inteligencia, encantos y resistencia a una velocidad apabullante. Jureem había perdido la cuenta de cuántos miles habían sido consagrados a su señor. Solamente sabía que el poder de este se acrecentaba día a día y no podía imaginar lo que sería cuando se convirtiera en la esencia de todo.

No obstante, aquella mañana había sufrido un contratiempo.

En uno o dos días, llegarían las fuerzas de ocupación de Raj Ahten, unos cien mil efectivos que sitiarían a los otros monarcas. Orden no podía haber supuesto un ejército de tal envergadura.

Al mismo tiempo, otros tres ejércitos entrarían en el reino de Orwynne al oeste, y el rey Theros Val Orwynne no tendría más remedio que rendirse ante la difícil situación o atrincherarse. No podría enviar ayuda a Orden en Longmot.

Mientras tanto, los saboteadores en Fleeds ya habían comenzado a envenenar las reservas de grano de las caballerizas del rey Connel, a fin de impedir que los clanes de caballería montaran un formidable contraataque.

No, Orden debía de estar aterrorizado y por eso enviaba a este chucho mensajero a ladrarle a Raj Ahten.

—Quizá —dijo Jureem—, Orden haya tomado Longmot, pero no podrá defenderlo.

Si Raj Ahten estaba en lo cierto, si Longmot había caído y el emisario había conseguido fingir que mentía durante su discurso, *¿era entonces posible que hubiera dicho la verdad?*

Raj Ahten dijo lo que más temía Jureem:

—¿Hay algún espía entre nosotros?

Jureem meditó unos segundos, esa habría sido la única manera en que Orden se enterara que Raj Ahten planeaba atacar Heredon. Si no, *¿cómo sabía también que había marcadores escondidos en Longmot?, ¿o que la guarnición no estaba lo suficientemente vigilada?*

De inmediato, Jureem se preocupó por si había sido él mismo. *¿Habría hablado de tales cosas con alguno de sus amantes? ¿Había dicho algo delante de los criados o de algún extraño? ¿Se le había escapado algo delante de la persona equivocada?*

*Puede que fuera yo*, pensó Jureem. Recordaba haber comentado que le preocupaba dejar Longmot tan desprotegido con uno de sus amantes, un jinete que criaba sementales. *¿Había mencionado también que los marcadores estaban allí? No, no los había mentado.*

Este miró hacia un lado, Feykaald había estado al servicio de Raj Ahten durante muchos años y confiaba en él. En cuanto a los tejedores de llamas, no es que tuvieran demasiado afecto por Raj Ahten ya que servían a los fuegos elementales y solamente seguían a este porque les prometía guerra y pasto para las llamas.

Así pues a Jureem no le preocupaban estos. Ciertamente, *¿podría tratarse de uno de los capitanes de la guardia?... Pero ¿cómo? ¿Cómo podía alguien haber avisado a Orden sobre Longmot con tan poco tiempo?*

No, debía de tratarse del días, aquel hombre alto y de pelo canoso y cincelado, de rasgos imperiosos que inquietaban a Jureem demasiado. Solamente él podía haber ayudado a Orden en esta contienda.

Jureem había temido este momento y llevaba mucho tiempo sospechando que llegaría; los cronistas afirmaban que eran imparciales, que nunca favorecerían a un monarca más que a otro. Tomar parte en la guerra de unos contra otros era participar en los asuntos de los hombres, algo que los cronistas mismos decían que los señores del tiempo no consentirían, con lo cual únicamente hacían las veces de biógrafos. Jureem, empero, había oído varios rumores, demasiados chismes acerca de turbios manejos en el pasado. Durante años, el poder de Raj Ahten había ido creciendo hasta el punto en que Jureem sospechaba que los cronistas se unirían para hacerle frente.

Jureem creía que, a su manera, los días eran más peligrosos que los caballeros equitativos. Los cronistas conocían todas las acciones de Raj Ahten, y sabían de antemano que planeaba asaltar Longmot, sabían que había dejado tropas insuficientes. El hombre o mujer emparejado con el días que habitaba en el monasterio del norte, que compartía su mente, conocía lo sucedido, y lo que uno sabía, podía fácilmente transmitirse a muchos otros.

—Temo que alguien nos haya traicionado, milord... —dijo Jureem mirando casualmente en dirección al días—. Aunque no sé cómo.

Eso era todo lo que Jureem podía hacer en vez de volverse y degollar al cronista.

Raj Ahten se percató de la disimulada mirada acusatoria, pero *¿qué podía hacer?*

Si Jureem lo acusaba en falso y lo mataba podrían empeorar las cosas; todos los días lucharían abiertamente contra Raj Ahten, divulgarían todos sus secretos.

Por otro lado, si Jureem no hacía nada el espía permanecería entre ellos.

Raj Ahten se detuvo.

—¿Qué haremos? —dijo Feykaald retorciéndose las manitas que sobresalían entre las vestiduras de seda turquesa como los nudos distorsionados de la rama de un árbol.

—¿Qué crees que debemos hacer? —inquirió Raj Ahten—. Tú eres el consejero, Feykaald, aconséjame pues.

—Debemos enviar un mensaje al general Suh —susurró—, y desviar esas tropas hacia aquí como refuerzos en vez de atacar a Orwynne con ellas.

Feykaald era anciano, fuerte y con mucha experiencia; había llegado a viejo siendo precavido. Aunque Jureem sabía que Raj Ahten a menudo anhelaba escuchar consejos más temerarios y el poder del Señor de los Lobos había aumentado gracias a él, con lo cual le dijo:

—¿Y tú qué harías?

Jureem inclinó la cabeza y habló cautelosamente mientras pensaba en alto:

—Perdonadme, Luz Bendita, si en esta cuestión no parezco alarmarme tanto. —Lanzó una mirada de desconfianza a Feykaald—. Puede que sea cierto que Orden se haya apoderado de vuestros marcadores pero ¿con quién los va a utilizar? Vos ya habéis obtenido todos los dones posibles de los que merecen la pena en Longmot. Orden ya no puede emplearlos con los ciudadanos de Longmot, lo que significa que tendría que obtener dones de sus guerreros. Una perspectiva algo desafortunada ya que por cada don que obtuviera, minaría la fuerza de su ejército.

—Entonces, ¿qué propones?

—¡Id a Longmot y recuperad los marcadores!

Era, desde luego, la única respuesta posible. Raj Ahten no podía permitirse el lujo de esperar a que llegaran los refuerzos, porque con ello Orden ganaría tiempo para escabullirse con el botín o reforzar su propio ejército.

Raj Ahten sonrió ante esta solución. Se trataba de algo arriesgado, Jureem lo sabía. Igual Orden quería hacerlos salir del castillo de Sylvarresta donde les había tendido una emboscada. Todo en la vida supone un riesgo y Raj Ahten no podía quedarse de brazos cruzados.

Con seis dones de metabolismo, el Señor de los Lobos podía frustrar cualquier intento de asesinato que le saliera al paso una y otra vez.

Esos dones suponían también un grave peligro, la certeza de una muerte prematura. El metabolismo era un arma de doble filo. Una vez se dio el caso de un consagrado que donó su metabolismo a un gran rey, según la leyenda... Luego, los enemigos de ese rey secuestraron al consagrado obligándolo a recibir cientos de dones de metabolismo como vector, con lo que en cuestión de semanas el rey había muerto de viejo. Por esa razón, Raj Ahten había administrado todo su metabolismo a



través de un solo consagrado, un hombre que siempre permanecía a su lado en caso de que necesitara matarlo y así desatar el vínculo.

Muy pocos reyes se atrevían a tomar más de uno o dos dones de metabolismo; los seis de Raj Ahten le permitían correr seis veces más rápido que cualquier otro hombre aunque también envejecía a ese ritmo. A pesar de que el señor de Jureem poseía miles de dones de resistencia y envejecería con cierta elegancia, este sabía que el cuerpo humano se desgastaba con el tiempo. Raj Ahten tenía treinta y dos años, pero, debido a esa agilidad, había envejecido mucho más. Físicamente, equivalía a unos ochenta y cinco años.

Desde el punto de vista biológico, Raj Ahten no viviría mucho más de ciento diez años ni podría sobrevivir sin esos dones.

Unos años atrás, Raj Ahten había cometido la torpeza de liquidar a unos cuantos de sus consagrados a fin de decelerar ese proceso de envejecimiento y, en una semana, uno de los asesinos del norte por poco logró cargarse al Señor de los Lobos. Desde entonces, Raj Ahten se había visto obligado a sobrellevar la solitaria carga de ese formidable metabolismo.

En tres años debía unificar el mundo, convertirse en la «esencia de todos los hombres» en ese tiempo o moriría. Necesitaba un año para consolidar los territorios del norte, dos para conquistar el sur. Si moría, con él moriría la esperanza de supervivencia de la humanidad. Los reaver eran muy poderosos.

—Pues vamos a Longmot —decidió Raj Ahten—. ¿Qué hay de las tropas de Orden en el bosque de Dunn?

—¿Qué tropas? —preguntó Jureem, seguro gracias a varios indicios de que no suponían una gran amenaza—. ¿Habéis visto algún ejército? Oímos las trompas sonando, pero no hemos oído el relinchar de mil caballos. ¡No! La niebla ha sido un ardid para ocultar la flaqueza de su ejército.

Jureem entornó los ojos al mirar a su señor. Era tan obeso y calvo que parecía un patán, pero Raj Ahten sabía desde hacía tiempo que era tan peligroso como una cobra. Jureem se encontró diciendo:

—Tenéis veinte legiones cerca de Longmot. Un ejército que ni siquiera Orden podrá contener, no con vos al frente. Debemos ir y recuperar Longmot.

Raj Ahten asintió solemnemente. Esos cuarenta mil marcadores eran la labor de tres años de miles de mineros y artesanos. Una bolsa de metal de sangre completamente explotado. Eran irremplazables.

—Preparad a los hombres para la marcha —ordenó Raj Ahten—. Vaciaremos las arcas de Sylvarresta, nos abasteceremos de provisiones al paso por las aldeas. Partimos en una hora.

—Milord, ¿qué hacemos sin monturas? —inquirió Feykaald—. Necesitamos caballos.

—Nuestros soldados poseen suficientes dones y la mayoría no los necesitan —contestó Raj Ahten. Los caballos comunes necesitan comida y descanso, más que los

hombres. Mis guerreros correrán a pie hasta Longmot. Utilizaremos los que podamos, vaciaremos las caballerizas de Sylvarresta.

Ciento sesenta kilómetros de camino. Jureem sabía que Raj Ahten podía recorrer esa distancia en pocas horas, pero la mayoría de sus arqueros tardarían al menos un día a Longmot, ya que no podrían soportar más que un don de metabolismo.

Tendrían que dejar a los nomen allí, solo conseguirían retrasar la marcha. Los gigantes y los canes de guerra podían aguantar tal paliza.

—Pero... —balbuceó Feykaald—, ¿y los consagrados? En el torreón hay unos dos mil y no tenemos caballos para transportarlos o suficientes centinelas para protegerlos.

Había desviado la atención al tema de la logística también.

La respuesta de Raj Ahten fue escalofriante:

—No hace falta dejar a nadie a cargo del torreón de los Consagrados.

—¿Qué? —Se sorprendió Feykaald—. Eso es pedirle a Orden que ataque, los matará a todos.

—Efectivamente, pero sus muertes servirán a una causa mayor.

—¿Qué causa mayor? ¿A qué otra pueden servir? —inquirió Feykaald retorciéndose las manos, perplejo.

Sin embargo, Jureem adivinó al instante la crueldad y el esplendor del plan.

—Su muerte favorecerá el separatismo —dedujo Jureem—. Durante años, las naciones del norte se han unido frente a nosotros, pero si Orden asesina a los consagrados de Sylvarresta, como debe hacer, destruirá a su más antiguo y querido amigo. ¿Qué ganará con ello? Puede que mine nuestras fuerzas durante unos días, pero se perjudicará a sí mismo para siempre. Aunque escape con los marcadores, los señores del norte temerán a Orden, incluso algunos aquí en el norte lo vilipendiarán e igual querrán vengarse de él. Todo esto desfavorece los intereses de la dinastía de los Orden y, destruir a los Orden, es esencial para tomar el control de los reinos del norte.

—Sois sumamente astuto —murmuró Feykaald mirando primero a Raj Ahten y luego a Jureem con admiración.

A Jureem le apenaba tener que malgastar la vida de tantos, mucha gente vivía la vida sin aprovecharla y tenía sentido que de ellos se extrajeran dones que fueran útiles. Pero desperdiciar así las vidas de los consagrados era una verdadera lástima.

Jureem y Feykaald vocearon órdenes secamente y, en pocos minutos, las murallas del castillo cobraron vida mientras las tropas se preparaban para la marcha; los hombres corrían de un lado a otro.

Raj Ahten desapareció por las angostas calles empedradas, quería pensar a solas, pasó por la puerta de las caballerizas del rey: una magnífica construcción de dos pisos, el primero contenía paja y grano y la planta baja, los establos.

Conforme pasaba, Raj Ahten echó un vistazo por varias puertas abiertas: los caballos consagrados vivían en las casillas, muchos colgaban de cabestrillos, donde

los jefes de cuadras cepillaban y mimaban a esas desgraciadas bestias. Algunas golondrinas de granero revoloteaban entrando y saliendo por las puertas abiertas, piando alarmadas.

En las cuadras comenzaba a bullir mucho ajetreo. Algunas de las mejores bestias de Raj Ahten estaban allí desde la noche anterior, con las monturas de Sylvarresta, para que los jefes de cuadra de aquel se encargaran de ellas. Tenía suficientes caballos de guerra para organizar una formación de caballería decorosa.

Raj Ahten se introdujo en la última cuadra. El olor a boñiga y a sudor de caballo inundaba el ambiente, tal hedor molestaba a Raj Ahten debido a su superdesarrollado sentido del olfato. El jefe de cuadras lavaba los caballos con agua de lavanda y perejil dos veces al día con la intención de camuflar tales repugnantes olores.

En la parte delantera, uno de los mozos de pelo oscuro estaba plantado delante de una casilla; había embridado a uno de los caballos de fuerza (uno de los mejores a juzgar por el número de runas que poseía) y lo almohazaba preparándolo para colocarle la silla. Otros caballos de la misma guisa andaban por allí. El muchacho era demasiado pálido para ser uno de los mozos de Raj Ahten, debía de ser uno de los legados de Sylvarresta.

El joven se volvió con el ruido de la entrada de Raj Ahten y miró nervioso por encima del hombro.

—¡Fuera! —ordenó Raj Ahten—. Conduce los caballos hasta el portón y quédate con ellos. Entre los de aquí, reserva los mejores para mis consejeros Feykaald y Jureem únicamente. ¿Comprendido?

Raj Ahten señaló a Jureem, quien estaba ante la puerta de los establos y quien asintió secamente con la cabeza.

El joven repitió el gesto, le puso al caballo una pequeña silla de caza y salió disparado pasando junto a Raj Ahten y sus consejeros, embobado y aterrorizado.

Raj Ahten solía producir ese efecto entre la gente, lo cual le hacía sonreír. Por detrás el muchacho le resultaba familiar, aunque sintió cierto embotamiento, perdió la claridad de las ideas al intentar recordar. Pero después le vino en mente, había visto al muchacho en la calle esa misma mañana.

O quizá no, no se había tratado del joven sino de una estatua que se le parecía. Al salir de allí, el mozo abrochó la ventrera de la silla y ató las bizazas allí donde ya no alcanzaba el oído.

Raj Ahten quedó a solas en la penumbra de las cuadras con su días. De repente, se giró y agarró al cronista por el pescuezo. Este lo había seguido a dos pasos más de distancia de lo habitual, quizá en señal de culpabilidad o de temor.

—¿Qué sabes de ese ataque contra Longmot? —le preguntó, levantándolo del suelo—. ¿Quién me ha traicionado?

—¡Ay, yo no!... —respondió el otro.

El días sujetó la muñeca de Raj Ahten con ambas manos, aferrándose a la vida, mientras intentaba que el otro no lo estrangulara; la cara marcada por el miedo y la

frente sudorosa.

—No te creo —siseó Raj Ahten—. Tú eres el único que puede haberme traicionado, tú y los tuyos.

—¡No! —gritó el cronista sofocado—. Nosotros, uf, no tomamos parte en los asuntos de Estado, eso son... cosas vuestras.

Raj Ahten le clavó los ojos en el rostro, el otro parecía estar aterrorizado. Este lo sostenía con músculos tan fuertes como el acero del norte y contempló la idea de quebrarle el cuello. Igual decía la verdad, aunque era un hombre peligroso. Raj Ahten deseaba reventarlo, deshacerse de aquella plaga, pero si lo hacía todos los cronistas del mundo se alzarían en su contra y divulgarían todos sus secretos a los adversarios: cuántos ejércitos poseía, emplazamiento de los consagrados ocultos, etcétera.

Al dejarlo en el suelo le dijo con un gruñido:

—Estaré pendiente de ti.

—Al igual que yo de vos —contestó el días frotándose el cuello dolorido.

Raj Ahten dio la vuelta y salió del establo. El capitán de la guardia le había informado que uno de sus rastreadores había sido muerto por Gaborn Val Orden cerca de allí. El príncipe habría dejado un rastro y, como aquel poseía miles de dones humanos de olfato y sus rastreadores dones caninos, temían el veneno para perros que portaba el príncipe.

—Milord, ¿qué hacéis? —preguntó Jureem.

—Voy en busca del príncipe Orden —decidió el otro impulsivamente.

Los hombres tardarían un rato en prepararse para la marcha y con sus propios dones de agilidad podría aprovechar el tiempo mientras los otros estaban ocupados.

—Puede que aún esté dentro de la ciudad. Algunas tareas no se pueden encargar a los infradotados.

## Capítulo 20



### *Un príncipe desenmascarado*

—¡**P**ero órdenes son órdenes! Su excelencia me ha encomendado que diera al rey y a su hija caballos de los buenos, incluso si tenía que atarlos a la silla. El carromato es demasiado lento para una marcha tan larga bosque a través —decía Gaborn, fingiendo acento de Fleeds.

Los mejores jinetes eran los de Fleeds, y quería hacer las veces de mozo de cuadra de confianza.

Montado sobre la grupa de su semental, Gaborn observaba al capitán en el torreón de los Consagrados. Los guardias habían elevado el rastrillo y estaban entretenidos metiendo a los consagrados entre los súbditos de Sylvarresta en una carreta. Se trataba de los que hacían de vectores para Raj Ahten, incluido el rey Sylvarresta.

—¡A mí no me dijo nada de eso! —respondió el capitán con burdo acento taifán y mirando nervioso a su alrededor.

Sus hombres, habiendo abandonado el puesto, saqueaban las cocinas en busca de provisiones; algunos metieron mano a las arcas de Sylvarresta y otros rompían escaparates en la calle del Mercado. Cada minuto que perdía hablando con Gaborn significaba que no estaba llenándose los bolsillos.

—¿Ah, y yo qué sé? —dijo Gaborn.

Gaborn hizo ademán de marcharse picando espuelas y tirando de los cuatro caballos que llevaba de las riendas. Era un momento crucial y el corcel de Gaborn se asustó doblando las orejas y poniendo los ojos en blanco. Algunos soldados corrían hacia el interior del torreón para echar mano a las arcas y el caballo se estremecía cada vez que pasaba uno de los soldados, incluso intentó cocear a uno de ellos, con lo cual uno de los otros sementales se corcoveó ante la sacudida. Gaborn tuvo que tranquilizarlos y susurró palabras en los oídos de su montura a fin de evitar que se desbocara todo el grupo.

En unos pocos minutos y de forma inesperada, las calles de la ciudad se habían llenado de gente: la turba de Raj Ahten corría a la armería para abastecerse de provisiones, armas, caballos... Los mercaderes iban de un lado a otro intentado

proteger sus pertenencias ante el saqueo.

—¡Alto! —gritó el capitán de la guardia antes de que Gaborn hubiera podido enfilear a los caballos hacia la salida—. Yo pongo a rey sobre caballo, ¿quién es?

Gaborn hizo un gesto como si la respuesta fuera obvia. Si de verdad era mozo de cuadras sabría qué montura era la más sosegada, cuál sería la ideal para que el atontado rey no se cayera. Tal como se presentaba la situación, se temía que todos los caballos se desbocaran en cualquier momento. Su propio caballo, sobre cuya grupa había entrado en la ciudad el día anterior, había sido entrenado para reconocer a los soldados de Raj Ahten por el escudo de armas y para arremeter contra ellos con «cascos y dientes»; al verse rodeado por las tropas de Raj Ahten, sacudía la cabeza de un lado a otro y se removía agitado e inseguro, lo que inquietaba a las otras bestias.

—Anda, ¿hoy quién sabe? —dijo Gaborn—. El aire huele a tormenta y están todos un poquillo volubles.

Examinó a los caballos, en realidad, dos de ellos parecían algo más tranquilos ante tanto alboroto.

—Monta al rey sobre Polvorilla y ¡esperemos que no se caiga!

Gaborn acarició a la ruana bestia habiendo improvisado el nombre en aquel momento.

—La princesa montará a su hermana, Castigo, y los cronistas reales pueden subirse a los asustadizos y caerse por la cuenta que me traen. Ah, y cuídate de esa cincha en la silla del rey que tiende a soltarse... Ah, y ata a Campanas Fúnebres la última porque da coces.

Gaborn entregó las riendas de las cuatro monturas al capitán y se preparó para marcharse.

—¡Espera! —dijo el otro, como Gaborn esperaba que hiciera.

El príncipe torció el cuello y lo miró con expresión aburrida.

—¡Encárgate tú!... del rey, de todos. Hazlo tú y sácalos por la puerta.

—Estoy ocupado —respondió Gaborn, ya que a veces la mejor forma de asegurarse una tarea era fingir desapego—. Quiero ver a los soldados partir.

—¡Hazlo ya! —gritó el capitán.

Gaborn se encogió de hombros y se introdujo con los caballos en el patio interior de los consagrados por el rastrillo, hasta llegar junto al enorme carromato. Todavía no habían traído los caballos de enganche con lo cual la carreta estaba allí parada, el eje delantero aún en el suelo.

Gaborn miró dentro, intentando no fijar mucho la vista en Iome; se limpió el sudor de la frente con la manga y desmontó para ayudarla a montar en Castigo. No tenía ni idea de si sabía montar y suspiró aliviado cuando esta se subió a la yegua ágilmente y sujetó las riendas con desenvoltura.

El rey babeante era harina de otro costal. Con los ojos abiertos de miedo abucheó a la bestia y se aferró a su cuello con ambas manos, pero tan pronto como Gaborn lo hubo acomodado en el caballo intentó desmontarse. Aunque en otros tiempos el rey

había sido un formidable jinete, ahora no daba muestras de ello. Gaborn se dio cuenta de que realmente tendría que amarrarlo a la perilla. Con una de las cuerdas de guía enlazó la cintura del rey dos veces y luego la ató a la perilla de la silla de montar.

El corazón le saltaba en el pecho, el riesgo que corría parecía una locura. Iome podía montar, pero el rey suponía un grave problema. La idea era la de salir por el portón de la ciudad, cabalgar hacia el bosque y allí las tropas de su padre los defenderían; esperaba que ninguno de los arqueros enemigos se atreviera a disparar al rey ya que, como vector de Raj Ahten, era muy valioso.

Aunque le preocupaba que las huestes montadas de Raj Ahten decidieran organizar una cuadrilla y seguirlos.

Afortunadamente, los gritos de alegría y los apretones del rey intrigaban más al caballo que lo asustaban.

Una vez que Gaborn terminó de asegurar al rey a la silla, Sylvarresta desvió su atención a acariciar y a besuquear el cuello del caballo, y ya no intentó bajarse.

Raj Ahten olfateaba el rastro de Gaborn a gatas sobre el suelo manchado de sangre en el huerto de abedules. En el promontorio de lo alto estaban los consejeros y dos soldados iluminados por el sol del mediodía. Raj Ahten rastreaba solo entre las sombras del bosque.

—Ahí mismo —avisó uno de los capitanes.

Empero el suelo solamente olía a moho y a humus, a hojas desecadas. El rastro había quedado contaminado por las cenizas llovidas del jardín del mago incinerado, aunque en el aire olía fuertemente a sangre de soldado.

El príncipe había atravesado el jardín del herbolario con lo cual su olor natural había quedado oculto gracias a las ramas de romero, jazmín, hierbas y otros fuertes aromas. La pista se había desvanecido aún más debido a las avanzadillas de soldados que anduvieron por allí la noche anterior.

Cuanto más saboreaba el ambiente más difícil de localizar se hacía el rastro.

Ninguno de los sabuesos de Raj Ahten podía seguir la pista de alguien tan bien como él mismo por lo cual el Señor de los Lobos se había arrodillado, olfateaba cuidadosamente, descartaba algunos olores y buscaba el rastro de Gaborn. Se arrastró hacia delante buscando la pista entre los árboles. Igual el joven había rozado una hoja de enredadera o tocado el tronco de un aliso. De ser así, habría dejado el rastro plasmado en aquel lugar.

Raj Ahten no encontró nada cerca de la sangre aunque descubrió algo interesante: el almizcle de una mujer, de una criada de las cocinas; resultaba extraño que ninguno de los rastreadores hubieran referido tal dato. A lo mejor no era nada, o quizá la mujer acompañaba al príncipe.

De repente, Raj Ahten se incorporó sorprendido y escuchó el viento que soplaba suavemente entre los árboles. Media docena de pinzones posados en un árbol cercano levantaron el vuelo sobresaltados. Este reconoció la pista de la muchacha, un aroma

que ya había percibido esa misma mañana en la calle del Mercado, justo en la puerta del torreón del Rey.

Raj Ahten poseía la inteligencia de más de mil hombres y podía recordar cada latido de su corazón y cada palabra que había oído. En ese momento podía formarse la imagen de la joven, por lo menos la nuca: una muchacha bien proporcionada y joven, vestida con una toga encapuchada, de pelo oscuro, de pie junto a la estatua de granito. De nuevo sintió esa curiosa sensación, un peculiar embotamiento mental.

Pero, no, enseguida intuyó que no, lo otro no podía haber sido una estatua porque se había movido. Aun así, al pasarlo de largo le había parecido de piedra.

Intentó recordar el rostro de la figura; imaginársela, aquello que, él como carne y hueso, había dejado atrás. Pero no podía verla, no podía visualizar aquella estatua de un muchacho sin rostro y poco atractivo envuelto en una toga sucia.

Ambos habían estado en la calle donde había muerto la piromántica.

Por fin, Raj Ahten percibía el rastro, lo recordaba, tomó nota mentalmente. Sí, habían pasado por la arboleda. También lo había sentido en las caballerizas, aquel joven mozo de cuadras, hacía unos minutos.

El Señor de los Lobos tenía la capacidad de reproducir todo lo que durante años había pasado ante sus ojos y, ahora, intentaba sacar a relucir la cara del joven, imaginárselo en el establo.

En vez de ello, imaginó un árbol, un enorme árbol en medio del bosque en el atardecer... Tan colosal que las ramas se mecían entre las estrellas. Había tal quietud bajo aquel árbol que, contemplándolo, Raj Ahten levantó los brazos y notó cómo el calorcillo de la luz estelar le penetraba las manos.

Ansiaba convertirse en ese árbol que se mecía en el viento, pero quieto, inamovible; deseaba ser nada más que tronco y raíces, y hundirse en la tierra como zarcillos cosquilleados por el paso de innumerables lombrices. Respiraba hondo y los pájaros planeaban entre sus ramas, picoteando larvas y termitas escondidas entre los pliegues de la corteza.

Con la respiración contenida, Raj Ahten permaneció allí entre los árboles, mirando hacia sus pequeños hermanos en lo bajo y saboreando el viento que serpenteaba tranquilamente en lo alto y a través de él. Sin preocupación alguna, toda esperanza y aspiración perdían intensidad. Era un árbol sosegado y quieto.

*¡Ah, quedarse así para siempre!*

Del tronco brotaron llamas.

Raj Ahten abrió los ojos para ver a uno de los tejedores de llamas observándolo enojado, lo había pinchado con un dedo caliente.

—Milord, ¿qué estáis haciendo? ¡Lleváis así cinco minutos!

Raj Ahten suspiró, como sorprendido, y echó un vistazo a los árboles de su entorno, inesperadamente inquieto.

—Esto... Gaborn todavía está dentro de la ciudad —respondió.

No obstante, era incapaz de describir el rostro del muchacho, no podía verlo. Se



concentró de nuevo y visualizó la sucesión rápida de una piedra, una montaña solitaria, un desfiladero.

*¿Por qué no puedo ver su cara?*, se preguntó.

Alzó la mirada a las copas de los árboles y cayó en la cuenta. Aquella fina hilera de árboles a lo largo del río, era una extremidad del bosque de Dunn aunque muy poderosa.

—Prende fuego a esta arboleda —ordenó al tejedor de llamas.

Raj Ahten echó a correr hacia las puertas de la ciudad con la esperanza de que no fuera demasiado tarde.

A Gaborn le corría el sudor por la cara mientras instaba a los caballos a cruzar el patio exterior. Miles de soldados entorpecían el paso por las puertas.

Unos quinientos caballeros acordonaban la zona exterior de la ciudad, las monturas de guerra vestían las mejores bardas que los herreros de Sylvarresta pudieron forjar, ennegrecidas y lustrosas. Unos mil arqueros listos junto a las murallas con los arcos encordados, por si acaso algún ejército se precipitaba desde el bosque.

A pesar de que tantos hombres habían salido del castillo, no se disipaba la congestión puesto que ese número de soldados no viajaba totalmente solos; las calles estaban atestadas de escuderos, cocineros, armeros, sastres, abanderados, flecheros, prostitutas y lavanderas. Raj Ahten contaba con seis mil hombres, aunque este séquito disponía de otros mil de comitiva: armeros que vestían a los caballos en el patio; niños por en medio corriendo; también dos vacas habían bajado el paseo de los Mantequeros y deambulaban entre el gentío.

Gaborn intentaba salir a caballo del castillo entre tanta conmoción con la montura de Iome, la de su padre, la de los cronistas reales a la zaga, y su propio caballo, que quería cocear y morder a todo soldado que mostraba los lobos rojos de Raj Ahten en el escudo o en el escrocón.

Uno de los sargentos de tez oscura asió las riendas del semental de Gaborn y le gritó:

—Dame los caballos, muchacho. Me quedo con este.

—Raj Ahten me ordenó que los llevara yo —contestó Gaborn—. Es para Jureem.

El sargento apartó la mano como si las palabras lo hubieran escaldado y miró al caballo con nostalgia.

Gaborn siguió la marcha entre apretujones de cuerpos hacia la multitud de soldados agrupados sobre la chamuscada hierba en el exterior del castillo de Sylvarresta. Sujetaba la guía del caballo del rey firmemente y miró hacia atrás.

El rey bobo sonreía a todos con la boca bien abierta y saludaba. El caballo de Gaborn, a pesar de su hosco talante, se abría paso entre la multitud haciendo camino para los caballos que lo seguían, los cronistas venían en último lugar.

Al aproximarse a las puertas quemadas todos intentaban salir en tropel por el

desvencijado puente levadizo. Un lado había quedado dañado por las llamas del espíritu elemental, pero lo habían reparado de prisa.

—¡Dejen paso a las monturas del rey! ¡Cuidado con los caballos del rey! — gritaba Gaborn.

Mientras cruzaban la muralla, Gaborn alzó los ojos y observó a los arqueros que vigilaban la muralla exterior. La mayoría de los soldados de a pie habían abandonado sus puestos.

Entonces atravesaron el arco principal. Gaborn no se fiaba del todo del puente levadizo, no estaba seguro de si aguantaría el peso de su comitiva y los caballos. Sobre la grieta habían colocado algunos tablones de madera de pinta endeble, con lo cual Iome y él desmontaron. El rey siguió montado y, cuidadosamente, cruzaron al otro lado uno a uno y se introdujeron entre los soldados que acordonaban el exterior.

Los soldados de Raj Ahten vigilaban las colinas nerviosos y deseosos de ponerse en marcha. Los soldados se apiñaban en grupos, como suelen hacer los hombres cuando tienen miedo. El estrépito de las trompas de caza del rey Orden hacía menos de una hora los había desalentado.

Iome cruzó el puente, tras lo cual Gaborn la ayudó a montar de nuevo, después condujo las monturas por el camino de tierra, sujetando las riendas de su caballo como si fuera un mozo de cuadra que iba a hacer entrega de las bestias.

A su espalda se produjo un gran alboroto, una potente voz gritó:

—¡Tú, príncipe Orden!

Gaborn se subió a la bestia de un brinco y clavó espuelas ordenando al caballo que se pusiera en marcha. El semental obedeció tan bruscamente que Gaborn casi se cae de la silla.

Esperaba que las bestias de las caballerizas de Sylvarresta estuvieran entrenadas para la carrera y, tras dar la orden, empezaron a galopar como el viento. Aquellos caballos habían sido criados para terreno forestal, con piernas robustas y gran pechera.

Uno de los soldados reaccionó sagazmente y se interpuso en su camino blandiendo el hacha de armas.

—¡Ataque! —gritó Gaborn.

Su montura se levantó sobre la grupa y asestó un golpe con uno de los cascos delanteros que partió el cráneo del soldado con el borde de la herradura.

Desde lo alto de la muralla del castillo, Raj Ahten aullaba, la voz haciendo eco en las colinas:

—¡Detenedlos! ¡Antes de que se internen en el bosque!

Gaborn alcanzó los campos mientras Iome cabalgaba a su lado y gritaba asustada, aferrándose a las riendas de la montura de su padre.

Tras ellos, ambos cronistas quedaron rezagados por no espolear a los caballos. Uno de los soldados enganchó al días del rey por el dobladillo de la toga y consiguió desmontarlo con ayuda de otros tres mientras el caballo corcoveaba. La de Iome, una

enjuta mujer de labios rectos, dejaba que su montura girara en la retaguardia entre el bullicio.

Docenas de caballeros picaron espuelas, se trataba de caballos de armas preparados para el combate. Gaborn no les tenía miedo, con el peso las sólidas bardas y las armaduras de los jinetes se quedarían atrás. Aunque seguían siendo caballos de fuerza y resistencia sobrenaturales.

Gaborn miró por encima del hombro y gritó a Iome para que esta galopara más aprisa; solamente llevaba una espada corta, lo cual no era gran cosa frente a aquellos guerreros.

Los arqueros emplazados en las murallas poseían colosales arcos de acero cuyos disparos podían alcanzar los quinientos metros, muchos de los cuales cargaron flechas. A tal distancia ninguno podía ser certero, pero un disparo afortunado era igual de letal que uno diestro.

La montura de Gaborn galopaba con tanta soltura que parecía una criatura del viento que había cobrado vida, con los cascos retumbando al compás de cuatro. El semental puso las orejas tiasas y levantó la cola satisfecho, agradecido de verse fuera del establo y zumbando como un rayo.

El bosque parecía abalanzarse sobre Gaborn. Una flecha le rozó el cuello rasguñando la oreja del caballo.

A su espalda, uno de las monturas relinchaba de dolor y, al volverse, comprobó que una flecha había alcanzado a la montura de la días de Iome en el cuello, derrumbándola. La cronista puso cara de sorpresa y salió disparada hacia delante dando de cabeza en el suelo chamuscado con una flecha clavada en la espalda.

Media docena de arqueros habían disparado, las flechas llovían en dirección a Gaborn en forma de arco. Gaborn ordenó:

—¡Derecha!

Y los tres caballos que quedaban viraron hacia la derecha al unísono y se apartaron de la trayectoria de las flechas.

—¡Alto el fuego, arqueros! —rugía Raj Ahten.

Aquellos imbéciles iban a cargarse a sus consagrados.

Cinco docenas de caballeros los perseguían por los campos ennegrecidos y moteados por los nomen y los gigantes frowth muertos hacia las colinas más cercanas, donde algunos árboles carbonizados les plantaban cara con retorcidas extremidades. Si aquellos no alcanzaban al príncipe antes de llegar al bosque, Raj Ahten se temía que Gaborn encontraría refugio entre las tropas del rey Orden.

Temores que se confirmaron al sonido de un solo olifante, un estruendo agudo y aislado, procedente de la cresta de la primera colina; toque de carga.

*¿Quién sabe cuántos caballeros había al acecho?*

Raj Ahten y dos de los tejedores de llamas corrieron al punto más elevado de la muralla. Estos hombres sin pelo saltaban tras él sembrando las llamas con el calor

que desprendían sus cuerpos.

Raj Ahten se limitó a señalar, no veía la cara del muchacho aunque este se volviera. Por alguna razón, no podía centrarse en su rostro, pero conocía la espalda, la forma del joven.

—Rahjim, ¿ves al joven que queda rezagado preparándose para el combate? Quémalo.

Una veta de satisfacción brilló en la mirada del tejedor de llamas. Rahjim espiró nervioso; le salía humo de la nariz.

—Sí, Gran Luz.

Rahjim dibujó una runa de poder ardiente en el aire con un dedo, después alzó la mano en alto y, durante unos segundos, se estiró hacia el sol que resplandecía en su cenit. De repente, el cielo se encapotó mientras el tejedor hilaba rayos de sol, hilos de seda derretida, y los hacía descender retorcidos como estelas de energía con la mano hasta llenarse la palma de llamas. Durante unos instantes, las retuvo en la mano mientras enfocaba el blanco y luego los lanzó con todas sus fuerzas.

Gaborn se desplomó hacia delante al ser golpeado en la espalda por una onda de viento y energía, notó una sensación ardiente y se preguntó si lo habría alcanzado alguna flecha, pero era el escrocón que ardía.

Mientras tanto, uno de los soldados de Raj Ahten se adelantó junto a Iome e intentó sujetar las riendas de la montura de esta.

Gaborn se arrancó el sucio y mugriento tejido que lo envolvía y lo arrojó al aire justo cuando se prendía del todo. Se le antojó que el barro de la capa había impedido que se quemara en tan corto y valioso espacio de tiempo.

La prenda cayó sobre la cara de la montura del asaltante de Iome prendiendo el yelmo de este, casi como un truco de magia.

El caballo relinchó aterrado, se tambaleó y desbocó al jinete.

Gaborn tomó nota de la distancia que lo separaba del tejedor de llamas, cientos de metros, fuera del alcance de los conjuros más peligrosos, quien habiendo errado el primer tiro demostraría todo su poder enfurecido.

En lo alto de la colina por el sinuoso camino volvió a sonar el olifante de armas ordenando la carga de los soldados del rey Orden. Gaborn tenía miedo de que si lo hacían, Raj Ahten descubriría el número de soldados que tenía su padre.

Por segunda vez el cielo se oscureció y aquella oscuridad duró algo más que la primera. Gaborn se volvió y divisó al tejedor de llamas con las manos alzadas, sostenía una bola de llamas, tan reluciente y ardiente como el sol, que se iba formando entre los dedos de aquel.

Gaborn agachó la cabeza y apretó la cara contra la de su montura, pudo oler el sudor del caballo, el dulce aroma de la crin.

El camino se retorcía primero en dirección este, pero luego se desviaba hacia el sur. Era un sendero ancho y polvoriento en aquella época del año, pisoteado por los

animales de miles de mercaderes. En la distancia, penetraba entre los chamuscados árboles hacia el prometedor y seguro refugio del bosque. De allí provenía el sonido del olifante, aunque si se desviaba en aquel punto y seguía recto, entraría antes en el bosque. Y una vez allí dentro, estarían más seguros y fuera del campo de visión del tejedor.

—¡Derecha! —ordenó, instando a los caballos a abandonar el camino.

Por delante, la montura de Iome obedeció y la de su padre también. Ante el brusco desvío, el rey Sylvarresta aulló asustado y se aferró al cuello de su corcel. Gaborn dejó que su caballo saltara por encima del talud como una liebre, sorteando unos troncos carbonizados. A su izquierda pasó volando la bola de fuego cuyo tamaño, a pesar de haber perdido fuerza en la distancia recorrida, era el de una pequeña carreta.

Aquella ráfaga de calor y luminosidad chocó contra la turba ennegrecida y explotó dejando un manto de cenizas y llamas en el aire.

Gaborn galopaba entre troncos chamuscados, sorteaba árboles, aprovechándolos como escudo. Incluso muertos, brindaban cierto abrigo.

Las tropas de Raj Ahten los perseguían maldiciendo en lenguas sureñas, los rostros encolerizados.

El hecho de que ya no contaba con la protección de la ropa, nada más que le cubriera la piel, le recordó a Gaborn las hierbas de Binnesman en la limosnera que llevaba al cuello, la ruda.

Echó mano a la bolsa, se la arrancó del cuello y la agitó en el aire. Las hojas comenzaron a desprender un polvillo que formó una nube flotante. Los efectos fueron devastadores: los soldados atrapados en la nube empezaron a toser, los caballos a relinchar doloridos y a desplomarse temblorosos. Los hombres gritaban y por el suelo resonaba un estruendo metálico. Gaborn miró hacia atrás y vio a una docena de caballeros tosiendo sobre la ladera ennegrecida.

Otros esquivaban a sus compañeros sin explicarse tal caída; la mayoría consideraron que lo mejor era retirarse ante aquel insistente sonar de trompas y regresaron a brida suelta hacia el castillo de Sylvarresta.

Gaborn subió un pequeño montículo desde el que se divisaba la carretera de tierra que, desde el castillo, serpenteaba por el angosto valle.

Entre los árboles carbonizados próximos a la cresta había un guerrero solitario montado en una yegua gris sin arnés alguno. En la mano izquierda portaba el escudo, un objeto redondo no mucho más grande que una fuente de servir.

Era Borenson que esperaba. Los blancos dientes centelleaban en contraste con la barba pelirroja, el enorme guardaespaldas sonreía dando la bienvenida a su príncipe. Gaborn nunca se había sentido tan feliz de ver el caballero verde de los Orden sobre un escudo.

Borenson se acercó el olifante a los labios de nuevo y sopló el toque de carga mientras galopaba hacia Gaborn.

Aquel corcel esquivó el cuerpo de un gigante de un salto y se lanzó colina abajo.  
—¡Arqueros, apunten! —ordenó Borenson a modo de argucia.

Al otro lado del valle solamente había árboles chamuscados y rocas. Borenson desenvainó un hacha de armas de empuñadura larga que llevaba en la silla y, blandiéndola en el aire, pasó estrepitosamente por al lado de Gaborn a fin de cubrirle la retirada.

Solamente uno de los guerreros de Raj Ahten se había aventurado a cruzar el montículo y se acercaba al galope. Se trataba de un enorme soldado montado en un caballo negro, quien enfilaba la lanza de armas blanca como una lanza de luz, vestido con cota de malla negra bajo un escrocón dorado con el emblema de los lobos de Raj Ahten estampado en rojo. La lanza, de color marfil, estaba manchada de sangre; las alas blancas pintadas que le adornaban el yelmo indicaban que no era un soldado cualquiera, sino uno de los invencibles, la guardia de Raj Ahten, con no menos de cincuenta dones.

Borenson no le llegaba a la suela de las botas. Aun así, este arremetió contra el caballero de frente, mientras su corcel levantaba tierra a cada trote.

Gaborn comprendió entonces que las tropas de su padre ya se habían marchado y que no vendrían a rescatarlo. Borenson tendría que derrotar al otro o perecer en el intento para que Raj Ahten no averiguara la verdad.

Gaborn extrajo la espada que llevaba ceñida a la cintura.

El invencible cargaba pendiente arriba con la lanza preparada, tan firme como una roca. Borenson levantó el hacha en alto, lo mejor sería asestar el golpe en el momento justo y parar la lanza antes de que la punta le atravesara la armadura.

Pero estos eran guerreros de fuerza, y Gaborn no sabía qué habilidad y destreza poseían los invencibles, no estaba preparado en ese tipo de tácticas.

En el momento en que parecía que Borenson iba a recibir el golpe dio la orden de despeje a su caballo y este saltó y coceó.

El invencible hendió la lanza en el cuello de la montura y fue entonces cuando Gaborn distinguió que se trataba de una «lanza abrochada» (una lanza enganchada por medio de un pasador de metal a los guanteletes del guerrero). Los pasadores suponían una salvaguarda al batirse con un adversario con armadura puesto que garantizaban que el otro no soltara la lanza una vez que esta chocaba contra el metal.

Desgraciadamente, para soltar la lanza había que desmontar las pesadas chavetas de acero que la sujetaban a los guanteletes. Conforme la lanza se hundía en la carne del caballo, el peso de este le hizo una llave al brazo del caballero y lo partió destrozándole los huesos, a pesar de que la lanza misma se quebró bajo tanta presión.

El invencible chilló encolerizado, con aquel brazo ya inútil aún enganchado a la lanza rota.

Hizo ademán de sacar la maza con la mano izquierda y, mientras tanto, Borenson se abalanzó desde su montura y le asestó al otro tal estocada con su formidable hacha que le atravesó la cota y el chaleco, penetrando el hueco clavicular.

Borenson se desplomó sobre el arma y el escudo chocó contra el enorme soldado; ambos rodaron por la grupa del caballo y cayeron en las cenizas del suelo.

Aquellos golpes tan violentos hubieran acabado con la vida de un hombre normal, pero el sangriento Invencible de Raj Ahten profirió un grito de guerra y empujó a Borenson colina abajo unos cuantos metros.

El invencible se incorporó de un brinco y sacó la maza. Gaborn no sabía si este haría honor a su fama, pero parecía ciertamente indestructible. Algunos de estos soldados poseían más de veinte dones de resistencia y podían recuperarse de cualquier estocada.

Se precipitó desdibujado hacia Borenson que estaba tendido boca arriba. Al instante, este le propinó una patada en el tobillo con una de las botas de hierro; los huesos del invencible volvieron a fracturarse, restallando como un eje que se quiebra.

Este hizo girar la maza y Borenson intentó parar el golpe con el borde del escudo... El impacto chafó el escudo y el filo inferior se le clavó en el estómago.

Borenson gimió, herido.

Gaborn estaba muy cerca de ambos y se acercaba a matabalho. Se abalanzó desde la grupa de su corcel al tiempo que el invencible se revolvía con la maza en alto, listo para golpearlo con las trinchadoras de hierro. El yelmo no le permitía una visión periférica, con lo cual no veía a Gaborn si este se desviaba. Conforme se giraba, Gaborn enfiló la espada hacia los orificios de la celada. La hoja penetró con un escalofriante ruido sordo y Gaborn se apoyó en la empuñadura, con lo cual tumbó al caballero y le atravesó el cráneo mientras caía sin aliento encima del invencible... Permaneció así unos segundos, contemplando el rostro del otro para asegurarse de que estaba muerto.

Le había clavado la espada a fondo, atravesándole el cráneo y perforando la cimera del yelmo; ni un invencible podría sobrevivir con tan devastadora herida. Este había quedado hecho papilla.

Gaborn se levantó conmocionado y consciente de aquel roce con la muerte. Rápidamente se examinó por si estaba herido y miró colina arriba en caso de que hubiera más soldados. Aunque intentó recuperar la espada de un tirón, el arma no quería soltarse.

Después se puso a cuatro patas y observó a Borenson que jadeaba. Este se volvió boca abajo y comenzó a vomitar sobre la tierra chamuscada.

—Bien hecho, amigo —dijo Gaborn sonriendo.

Le parecía que era la primera vez que lo hacía en semanas aunque solamente habían pasado dos días desde que se separó de Borenson.

Borenson escupió para aclararse la garganta y sonrió también.

—Creo que tendríais que largaros de aquí antes de que Raj Ahten aparezca por el camino.

—Y yo también me alegro de verte —respondió él.

—Lo digo en serio —masculló Borenson—. No dejaré que escapéis tan

fácilmente. ¿Es que no os dais cuenta de que vino hasta aquí para destruir a los Orden?



## Capítulo 21



### *Despedida.*

**E**n el torreón de los Consagrados, Chemoise gemía al esforzarse por levantar a su padre del camastro de paja y lavanda seca, y trasladarlo al césped del patio interior a fin de que montara en el carromato que lo llevaría al sur. Mover a un hombre tan grande era ardua tarea.

Y no era el peso lo que dificultaba el trabajo, sino la forma en que se aferraba a ella, agarrándose con fiereza a los hombros de su hija, clavando los fuertes dedos en la piel de esta y sin poder relajar las piernas para andar.

Chemoise pensaba que lo había abandonado años atrás al permitirle marcharse al sur a enfrentarse a Raj Ahten. Entonces se imaginó que no regresaría, que lo matarían, aunque esperaba que tal temor fuera tan solo una ansiedad de niña. Aunque después de tantos años como prisionero, Chemoise estaba convencida de que había sido una premonición, una escalofriante certeza que sus antepasados le habían enviado del más allá.

En el presente no solamente soportaba el peso de su padre, sino también el de su conciencia por haber fracasado tantos años atrás, un peso que se mezclaba con el sentimiento de insuficiencia que sentía al haberse quedado embarazada; ella, la dama de honor de la princesa.

El gran salón de poniente de aquel torreón era enorme, una sala de tres pisos que alojaba a unos mil quinientos hombres todas las noches. El suelo era de madera de nogal y en cada pared había una colosal chimenea que mantenía el salón a una temperatura agradable durante todo el invierno. El gran salón de oriente, al otro lado del patio interior alojaba a unas quinientas mujeres.

—¿Adónde?... —preguntó el padre de Chemoise mientras lo arrastraba entre los grupos de camastros donde yacían los consagrados.

—A Longmot en el sur, creo —respondió la otra—. Raj Ahten ha ordenado que os trajera aquí.

—Al sur... —asintió su padre, con un susurro inquieto.

Se les hizo algo difícil pasar entre el camastro de uno que había ensuciado la

cama. Si hubiera tenido tiempo, se habría ocupado del pobre desgraciado, pero no quería arriesgarse a verse separada de su padre ya que el carromato partiría en cualquier momento.

—¿Tú... vienes? —preguntó su padre.

—Claro —contestó Chemoise.

En realidad, no podía prometer tal cosa, todo dependía de la compasión de los hombres de Raj Ahten, quedaría a su merced y esperaba que la dejaran cuidar de su padre. Se dijo que la dejarían, los consagrados necesitaban cuidadores.

—¡No! —refunfuñó su padre.

Quiso detenerse y dejó una pierna muerta haciendo que su hija se tambaleara. Chemoise aguantó el peso e intentó arrastrarlo por la fuerza.

—¡Dejar morir!... —murmuró violentamente—. Dame... dame veneno. Enfermar... morir.

Aquella súplica la preocupaba, el suicidio era la única manera de asestarle un golpe a Raj Ahten. No obstante, Chemoise no soportaba la idea de matar a ninguno de aquellos hombres a pesar de que sabía que la vida para ellos sería terrible, encadenados a quién sabe que mugriento suelo. Albergaba la esperanza de que su padre regresara algún día, sin haber sido maltratado.

Chemoise abrazó a su padre y lo llevó hasta la gran puerta de roble, a la luz. El viento limpio olía a lluvia. Los hombres de Raj Ahten corrían por doquier en busca de las arcas del rey y de la armería en la planta superior a las cocinas. En la calle sonaba un estrépito de cristales rotos y gritos de mercaderes.

Acercó a su padre a la enorme carreta entoldada situada en el patio. Los laterales y el toldo estaban hechos de gruesos maderos de roble y solamente había un diminuto ventanuco con barras que dejaba entrar luz y aire. Uno de los soldados agarró a su padre por el pescuezo y, como si fuera un saco de patatas, lo levantó.

—Ah, el último —dijo con un fuerte acento muyyatín.

—Sí —dijo Chemoise.

Todos los vectores de Raj Ahten estaban ya dentro, el soldado dio media vuelta.

A través de la puerta del rastrillo, Chemoise divisó asombrada a Iome, al rey Sylvarresta, a dos cronistas reales y al príncipe Orden pasando por la calle del Mercado, montados en bonitos corceles en dirección hacia el portón de la ciudad.

Deseó marcharse con ellos, o lanzarles una bendición para el camino.

Esperó a que el soldado que intentaba meter a su padre por la puertecilla hubiera terminado, la carreta se movía con el meneo. En la parte delantera, unos jinetes comenzaron diestramente a uncir los caballos de tiro a las guías dando marcha atrás y enganchándolos a la barra del eje.

Chemoise subió los peldaños de la escalerilla y echó un vistazo dentro de la carreta: el olor fétido de sudor y orina rancios penetraba el suelo y las paredes de madera; buscó un hueco donde sentarse entre aquellos derrotados (ciegos, sordos, retrasados). Justo en ese momento, el soldado que dejaba a su padre tendido sobre la

paja miró a Chemoise por encima del hombro.

—¡No! ¡Tú no entrar! —exclamó, e intentó empujarla por la puerta apresuradamente.

—Pero... ¡Mi padre! ¡Mi padre está ahí! —gritó Chemoise.

—¡No! ¡Tú no! —dijo el otro, echándola a empujones.

Chemoise retrocedió del todo intentando no perder el pie en la escalerilla mientras el otro le daba empellones; esta cayó al grasiento suelo del patio.

—Esss... militar, solo para militares —explicó el otro con un gesto tajante de la mano.

—¡Espera! ¡Mi padre está ahí dentro!

El soldado la observó impasible, como si el amor de una hija por su padre fuera un concepto ajeno a él, y posó la mano sobre la empuñadura de la daga curva que llevaba ceñida. Chemoise comprendió que no habría forma de hacerlo razonar, no tendría piedad ninguna.

El conductor del enorme carromato profirió un «Arre» y un silbido, e inició la marcha, dejando atrás el torreón de los Consagrados. Varios soldados corrían delante y detrás de la carreta.

Chemoise no pudo seguirlos a Longmot y estaba convencida de que ya nunca más vería a su padre.

## Capítulo 22



### *Una decisión difícil.*

**B**orenson sonreía al príncipe y lo observaba mientras este llegaba a la conclusión de que el principal objetivo de Raj Ahten era el de asesinarlos a él y a su padre.

Una nube de desesperación oscureció la mente de Borenson: ahora que veía al rey Sylvarresta se dijo que él no era la parca, no era un justiciero. Siempre había intentado ser un buen soldado y, aunque la espada era su sustento, no disfrutaba matando. Luchaba porque quería proteger a otros, defender las vidas de sus amigos, no por sesgar la vida a sus enemigos; ni siquiera sus compañeros de armas comprendían esto. A pesar de que sonreía durante los combates, no lo hacía con regocijo o por sanguinario, sino porque había aprendido hacía tiempo que la sonrisa aterrorizaba a los adversarios.

Su rey le había encomendado la misión de matar a los consagrados de Raj Ahten aunque estos fueran algunos de los más antiguos y queridos amigos de aquel, incluso si hubiera sido el propio hijo del rey.

Era evidente que el rey Sylvarresta había cedido sus dones: el pobre desgraciado ya no sabía cómo montar a caballo; tumbado hacia delante con los ojos abiertos de miedo, gimiendo incomprensiblemente, atado a la perilla de su silla.

Además, a su lado montaba Iome o la reina, no sabía decir quién era, drenada de todo encanto, la piel áspera como el cuero curtido, irreconocible.

*No soy un asesino*, se dijo Borenson nuevamente, aunque sabía que tendría que ocuparse de esos dos; la mera idea le repugnaba.

*Me he sentado como comensal a la mesa de Sylvarresta*, pensó al recordar las visitas de Orden durante Hostenfest en años pasados. El olorcillo de cerdo asado, vino joven y rábanos siempre presente en aquella mesa, junto con el pan de miel recién sacado del horno y naranjas de Mystarria. Sylvarresta siempre había hecho las veces de anfitrión generoso con el vino y los chistes.

Si no fuera porque no eran de la misma posición social, orgulloso lo habría llamado amigo.

Borenson había nacido en la isla de Thwynn donde el protocolo de hospitalidad decía claramente que matar a alguien que te había alimentado era ruin y no habría miramientos con quien lo hiciera. Una vez había presenciado la lapidación de un hombre que había ofendido a su anfitrión, quien lo dejó medio muerto.

Borenson había viajado hasta allí con la esperanza de no tener que acometer las órdenes del rey Orden, esperando que el torreón de los Consagrados estuviera tan bien vigilado que no tendría ocasión de introducirse en él; con la esperanza de que Sylvarresta se hubiera negado a la cesión de dones.

Era Iome, ahora reconocía a la princesa no por sus rasgos, sino por su grácil físico. Recordaba una ocasión hacía siete años cuando estuvo sentado junto a una crepitante chimenea en el torreón del Rey, bebiendo vino dulce, mientras Orden y Sylvarresta intercambiaban graciosas anécdotas de cacerías de antaño. En aquella ocasión, Iome, que se despertó con las risotadas en la estancia del piso inferior, había subido a escucharlos.

Ante la sorpresa de Borenson, la princesa entró en el salón y decidió sentarse en su regazo, donde el calor de la hoguera más le calentaba los pies. Ni siquiera se acercó a su padre o a los soldados de la guardia, lo había elegido a él. Y estuvo allí junto a la chimenea, mirando embobada la barba pelirroja. Incluso de niña era tan bella que Borenson se sintió protector al imaginar que un día tendría una hija tan bonita.

Intentó ocultar su rabia, aquel desprecio por sí mismo, sonriendo a Gaborn, ya que debía cumplir con su deber. No soy un asesino.

El caballo de armas del enemigo muerto había escapado colina abajo y permanecía quieto con las orejas echadas hacia atrás, contemplando la situación tranquilamente. Iome se acercó a él montada, le susurró al oído suavemente y tomó sus riendas. Aunque intentó darle un mordisco, Iome golpeó la cara acorazada dándole a entender quién mandaba y lo trajo hasta Borenson.

Conforme se acercaba tensó el cuerpo, los ojos amarillentos expresaban miedo... Dijo:

—Tomad, *sir* Borenson.

Borenson no asió las riendas de inmediato, la otra quedó tan próxima al inclinarse que Borenson podría asestarle un golpe con el guantelete y quebrarle el cuello sin desfundar arma alguna. Sin embargo, allí estaba a su servicio, haciendo de anfitriona de nuevo. Borenson quedó paralizado.

—Nos habéis ayudado mucho hoy —dijo Iome—, al provocar la partida de Raj Ahten del castillo.

Borenson sintió una punzada de esperanza, sería posible que no sirviera como vector de Raj Ahten y que solamente hubiera cedido un don y, por lo tanto, no suponía una amenaza para Mystarria, lo cual le daba motivos para perdonarle la vida.

Con el corazón acelerado, Borenson tomó las riendas que Iome le tendía. El semental no se resistió ni se asustó ante la armadura ajena. Simplemente sacudió la

cola trenzada espantando algunas moscas de la grupa.

—Gracias, princesa. —Respondió el otro con pesadumbre.

Tengo órdenes de mataros, quiso decirle, desearía no haberme tropezado con vos.

Aunque, de hecho, se maravillaba ante el plan de Gaborn, quien igual tenía razones concretas por las cuales rescataba a Iome y al rey... Algo que Borenson no alcanzaba a descifrar.

—Oímos más de un olifante en el bosque —dijo Iome—. ¿Dónde están vuestros hombres? Me gustaría darles las gracias.

Borenson se apartó.

—Se marcharon hace una hora, estamos solos. No tenían tiempo para conversar. Recuperó las armas de su montura inerte, las ató al caballo de su adversario y lo montó.

Se alejaron a rienda suelta entre los carbonizados árboles hasta alcanzar la senda, luego siguieron por ella, galopando por las arrasadas colinas hasta llegar a una zona intacta que prometía cobijarlos.

Gaborn dio el alto junto a un arroyo que borboteaba, hasta los caballos marcados con las runas de poder necesitaban reponer energías y beber agua.

Además, en la maleza a la orilla del arroyo yacía uno de los soldados de Orden, con la lanza de un nomen clavada en el ensangrentado cuello; horripilante recordatorio de que aún corrían peligro aunque se internaran en el bosque de Dunn.

Cierto, Borenson y sus hombres habían ido a la caza de los nomen toda esa mañana y habían conseguido dispersar a una de las cuadrillas, pero los nomen eran astutos cazadores nocturnos que solían atacar en grupos reducidos y algunos de ellos andarían por allí escondidos, al acecho entre las sombras.

Mientras los caballos abrevaban, Gaborn desmontó y fue a examinar el cuerpo del soldado, le levantó la celada.

—Pobre Torin —gruñó Borenson.

Torin había sido un buen soldado, especialmente diestro con el lucero del alba. Vestía el uniforme oficial de un guerrero mystarriano: loriga negra sobre un chaleco de piel de borrego y un escrocón azul marino con el emblema de Mystarria, el caballero verde (el rostro de un hombre con hojas de roble en el pelo y la barba). Gaborn siguió el contorno del emblema con el dedo.

—Qué colores tan bonitos —susurró Gaborn—, los más bellos que un hombre puede vestir.

Después, comenzó a despojar al cadáver de sus ropajes.

—Este es el segundo muerto que atraco hoy —refunfuñó Gaborn, disgustado ante la perspectiva.

—Ah, milord, aportáis cierta dignidad a la profesión —dijo Borenson sin desear discutir la cuestión a la cual se enfrentaba.

Miró a Iome, la postura de esta delataba el miedo que sentía. Sabía lo que Borenson tenía que hacer, hasta ella lo sabía.

Sin embargo, Gaborn parecía totalmente inconsciente de ello. *¿Había perdido la cabeza? ¿O era simplemente inmadurez?, ¿qué le hacía pensar que podía huir de Raj Ahten con una mujer y un retrasado a cuestas?* Los corceles no servían de nada si no pueden montarse bien y, evidentemente, Sylvarresta no podía.

—¿Dónde está mi padre? —preguntó Gaborn mientras seguía manos a la obra.

—¿No lo adivináis? —dijo Borenson que no estaba preparado para responder a tal pregunta. En este momento, a quince kilómetros de Longmot intentando llegar al anochecer. Raj Ahten tiene allí escondidos cuarenta mil marcadores bajo un cultivo de nabos; detrás de la mansión de Bredsfor, ¿sabéis dónde está?

Gaborn negó con la cabeza.

—Tres kilómetros al sur del castillo siguiendo la carretera, un edificio gris con un tejado de plomo y dos alas. Conseguimos interceptar un mensaje de la duquesa Laren que decía que Raj Ahten espera refuerzos en Longmot en un día o dos. Vuestro padre espera llegar antes que ellos al tesoro.

—¿Raj Ahten sabe eso? —inquirió Gaborn, justo cuando desabrochaba la loriga del soldado muerto—. ¿Por eso abandona el castillo de Sylvarresta? ¿Para hacerse con los marcadores?

Era evidente que Gaborn pensaba que el plan era una insensatez y, enojado, desabrochó el chaleco del soldado. Borenson se preguntaba en qué estaría pensando el príncipe. *¿No se daba cuenta de que Sylvarresta debía morir? ¿Dónde tenía la cabeza?*

—Vuestro padre intentaba convencer al Señor de los Lobos que hace dos días se hizo con el control de Longmot —explicó Borenson—, y que ha estado cobrándose dones sin parar desde entonces.

—Un farol algo desesperado —dijo Gaborn mientras inspeccionaba el chaleco por si tenía pulgas o piojos.

Si en vida Torin había tenido que soportar a las pulgas, ya habrían desaparecido nada más enfriarse el cuerpo.

Se puso el chaleco, la loriga y el escrocón, que le quedaban algo holgados. Junto a la mano derecha de Torin había un escudo: una diana de madera recubierta de latón y pintada de azul marino cuyo borde inferior estaba afilado. Si uno asestaba un golpe con ese filo, podía cortar la garganta de un hombre como si llevara un cuchillo.

Normalmente, únicamente un hombre con un don de metabolismo podía manejar un escudo tan pequeño que, con el empuje adecuado, servía como arma. Gaborn se apoderó del escudo.

—¿Y qué hay de Raj Ahten? —preguntó Borenson—. Por lo que veo se ha puesto en marcha, ¿irá a Longmot?

—Como padre esperaba, partirá en una hora —dijo Gaborn.

Borenson asintió. El sol hacía brillar sus ojos azules y sonrió, pero no aliviado, sino con una dura expresión, aquel gesto de combate. Con la cabeza señaló a Iome y al bobalicón de su padre.

—Decidme, ¿adónde los lleváis? —preguntó, apenas susurrando.

—A Longmot —contestó el otro—. Para ello saqué los mejores caballos de las cuadras del rey, podemos alcanzar el castillo antes del anochecer.

A lo mejor, si estos que están a vuestro cargo pudieran montar como Dios manda, quiso decir.

Borenson se mojó los labios y susurró:

—Es un largo y arduo recorrido. Quizá lo mejor sería que dejarais a Sylvarresta aquí, milord.

Lo dijo como sugerencia amable intentando ocultar la aspereza en el tono de voz.

—¿Después de todas las molestias que me he tomado para alejarlos de Raj Ahten?

—¡No os hagáis el inocente conmigo! —exclamó Borenson en voz alta, encolerizado.

Se le había encendido la cara, todo su cuerpo ardía.

—Sylvarresta ha sido amigo durante mucho tiempo, pero ahora sirve al Señor de los Lobos.

»¿Cuántos dones de inteligencia canaliza para Raj Ahten?, ¿cuántos de belleza la princesa?

—Eso no importa —afirmó Gaborn—. No mataré a mis amigos.

Borenson se detuvo un instante mientras intentaba contener la ira que iba acumulándose en su fuero interno.

*¿Puede siquiera un príncipe permitirse tal generosidad de espíritu?*, deseaba decir a toda voz, aunque no se atrevía a insultar a Gaborn.

En vez de eso, razonó:

—Ya no son amigos, están consagrados a Raj Ahten.

—Puede que sean conductores de dones, pero han elegido vivir y, al hacerlo, servir a los suyos —dijo Gaborn.

—¿Permitiendo que Raj Ahten destruya Mystarria? ¡No seáis tan ingenuo! Milord, están de parte de vuestros enemigos. Los vuestros, de vuestro padre, de Mystarria... ¡y los míos! Cierto que es involuntario, pero eso no cambia nada, sirven como si fueran guerreros.

Ah, cómo envidiaba Borenson a veces a los consagrados, que vivían como ganado engordándose con la riqueza de su señor, mimados.

Sin duda Gaborn podía comprobar cómo Borenson servía a su padre completamente, entregándose en cuerpo y alma, día y noche; sudando, sangrando y sufriendo. Este había aceptado un don de metabolismo, con lo cual cada doce meses envejecía dos años. Y aunque apenas había cumplido los veinte, algo mayor que Gaborn, se estaba quedando calvo y tenía mechadas canosas en la barba. La vida transcurría velozmente para Borenson como si fuera en un bote a la deriva y la orilla se fuera alejando, sin poder aferrarse a nada, incapaz de detenerse unos instantes.

Mientras tanto, la gente admiraba a los consagrados por su «sacrificio». Hasta el



padre de Borenson había donado su metabolismo a uno de los soldados del rey antes de que este naciera y, así, había permanecido en un trance, encantado durante los últimos veinte años. A Borenson eso le parecía un fraude, permanecer joven, sin sufrimientos, mientras que el soldado envejecía y se marchitaba. *¿Qué era lo que había sacrificado su padre?*

No, eran los hombres como Borenson los que más sufrían en favor de sus monarcas, no los malditos consagrados que no se atrevían a vivir la vida.

—Debes matarlos —lo exhortó Borenson.

—Soy incapaz —respondió Gaborn.

—Entonces, ¡por los Elementos que me obligáis a hacerlo!

Hizo ademán de extraer el hacha de la funda mientras dirigía la mirada al rey Sylvarresta. Iome percibió el rozar del arma con el cuero, se sobresaltó y miró fijamente a Borenson.

—¡Alto! —dijo Gaborn en voz baja—. Es una orden. Están bajo mi protección, he jurado defenderlos.

Una ráfaga de viento arrastraba cenizas por el suelo.

—Y yo tengo órdenes de matar a los consagrados de Raj Ahten.

—Yo te doy la contraorden —dijo Gaborn decididamente.

—¡No podéis! —dijo Borenson, tenso—. Son órdenes de vuestro padre y no podéis anularlas. Vuestro padre ha dado una orden, una que ningún otro le envidiaría, y debo cumplirla. Yo sirvo al rey Orden aunque vos no lo hagáis.

Borenson no quería discutir. Apreciaba a Gaborn como a un hermano, pero no veía la forma de ser fiel a la dinastía de los Orden si el príncipe y el rey no estaban de acuerdo en este tema.

En la distancia cerca del castillo de Sylvarresta, sonó el agudo reclamo de las trompas de guerra del sur: Raj Ahten ponía a sus tropas en marcha.

Borenson se sobresaltó; la idea había sido que sus tropas entretuvieran al ejército del otro y sus hombres iban camino del vado de los Jabalís donde no servirían de mucho.

Borenson volvió a enfundar el hacha, extrajo su olifante y sopló dos toques largos y uno corto, toque de armas. Las tropas de Raj Ahten no se darían mucha prisa si tenían que cuidarse de una emboscada a cada momento. Aquel anhelaba tener allí a sus hombres para poder luchar.

Borenson se sintió a la intemperie allí a orillas del bosque de Dunn. Gaborn tomó el yelmo del fallecido Torin y se lo colocó en la cabeza.

E irguiendo la cabeza dijo:

—Escucha, Borenson, si tenemos cuarenta mil marcadores, mi padre no tiene por qué matar a sus amigos, sino que puede liquidar a Raj Ahten y devolverle el trono a Sylvarresta que bien le pertenece.

—Ese «si» me da miedo —respondió el otro—. ¿Podemos correr ese riesgo? ¿Qué pasa si Raj Ahten mata a vuestro padre? Al perdonarle la vida a Sylvarresta,

puede que sentenciéis a vuestro padre.

Gaborn palideció. Sin duda, había considerado tal peligro y sabía lo que se jugaban con esta batalla. *No*, pensó Borenson, *el muchacho es demasiado ingenuo*.

—No dejaré que eso suceda —prometió Gaborn.

Borenson puso los ojos en blanco y apretó los dientes.

—Ni yo —contestó Iome desde su emplazamiento al borde del arroyo—. Antes me suicidaría que ver a otro morir por culpa mía.

Borenson había intentado hablar en voz baja a fin de que esta no los oyera, pero al encolerizarse fue subiendo la voz. Reflexionó sobre el asunto: *en ese mismo momento el rey Orden se dirigía a la carrera hacía Longmot con mil quinientos soldados; también había enviado emisarios a otras fortalezas reclamando ayuda, igual se juntarían unos tres o cuatro mil en Longmot antes del amanecer*.

Aunque Raj Ahten capitanearía un colosal ejército una vez que llegaran los refuerzos del sur.

El rey Orden debía hacerse con esos marcadores y atrincherarse en Longmot, en aquel reino no había otro castillo más inexpugnable que este.

De perdidos al río. Lo más probable era que Raj Ahten poseyera tantísimos dones de sus propios súbditos, que si Borenson asesinaba a Sylvarresta y a Iome, no conseguiría mucho. Al menos, eso creía Gaborn.

Por otro lado, corrían tiempos inseguros. Orden y otros monarcas habían enviado asesinos hacia el sur; puede que incluso hubiera traidores entre los vasallos de Raj Ahten y aprovecharan la ausencia de este para hacerse con el poder. Nunca podía descartarse la posibilidad de que, en cualquier momento, Raj Ahten dependiera completamente de los dones obtenidos aquí en Heredon.

No, tendré que matar a estos vectores, suspiró. Con el corazón oprimido sacó el hacha y picó espuelas en dirección a los otros.

Gaborn agarró las riendas del caballo.

—¡Mantente alejado! —gritó el príncipe con tono nunca antes utilizado ante Borenson.

—Tengo un deber que cumplir —dijo Borenson apesadumbrado.

No deseaba cumplir con las órdenes, pero había razonado la cuestión de forma tan convincente que no tenía más remedio que acatarlas.

—Tengo la obligación de defender a Iome y a su padre —advirtió Gaborn—, como un noble vinculado por un juramento a otro.

—¿Juramento? ¿Cómo? —dijo Borenson boquiabierto—. ¡No! ¡Sois un insensato!

Ahora todo estaba claro. Gaborn había permanecido algo distante las últimas dos semanas durante el viaje a Heredon. Por primera vez, había ocultado algo.

—Es cierto —afirmó Gaborn—. Pronuncié el juramento ante Iome.

—¿Quién hizo de testigo? —Fue lo primero que se le ocurrió a Borenson.

—Iome y su dama de honor.

Borenson se preguntaba si podría ocultar la noticia del juramento... Si matara a los testigos podría subsanar el daño causado.

—Y la días de Iome —añadió el otro.

Borenson dejó descansar el hacha sobre la perilla de la silla y lanzó una dura mirada al rey Sylvarresta. *¿Quién sabía si la noticia se había hecho pública?* De la dama de honor al consejero del rey propagada por todo Heredon, no podría ocultar tal hazaña.

Gaborn lo miraba con fiereza. *¡Qué osadía! ¡Vaya un mequetrefe! Realmente pretende enfrentarse conmigo, ¿lo hará?*

Borenson sabía que era cierto puesto que el juramento de protección era algo serio, era cuestión sagrada, y este no se atrevía a levantarle la mano al príncipe, eso sería traición. Aunque acatara todas las órdenes de Orden, podrían ajusticiarlo si golpeaba al príncipe.

Gaborn había estado escudriñando la expresión del otro y se atrevió a decir:

—Si no me permites anular la orden de mi padre, déjame que te ordene que esperes un tiempo antes de ejecutarla. Espera hasta que lleguemos a Longmot y yo hable con mi padre.

Gaborn podría llegar antes que Borenson al castillo y, allí, el rey tendría que resolver tan enmarañado asunto.

Borenson cerró los ojos y dejó caer la cabeza en señal de aquiescencia.

—Como ordenéis, milord.

A pesar de ello, se sentía terriblemente culpable. El rey le había ordenado matar a los consagrados de Raj Ahten en el castillo de Sylvarresta, y si se encargaba de estos dos salvaría la vida a tantos otros cuyos dones canalizaban. Pero matar a Sylvarresta sería algo cruel, Borenson no quería liquidar a un amigo a pesar de lo que estaba en juego. Y no se atrevería a levantar el arma contra su propio príncipe.

A Borenson se le agolpaban los argumentos, fragmentados. Nuevamente miró a Sylvarresta, justo cuando por encima de su cabeza sobrevoló un arrendajo como una estela azul; ya no gemía de miedo.

Y si no los mataba ahora, *¿cuántos tendría que asesinar en el torreón de los Consagrados? ¿Cuántos dones poseía Sylvarresta? ¿Valían más las vidas de aquellos dos que las de otros consagrados?*

*¿Qué daño había hecho ninguno de ellos?* Ninguno de los que vivían en el torreón se atrevería a lanzar siquiera manzanas podridas a nuestros hombres. Pero... su mera existencia, aumentaba el poder de Raj Ahten.

Borenson apretaba los dientes, sumido en cavilaciones, cuando comenzó a llorar al llegar a la conclusión de que el príncipe lo obligaba a matar a los consagrados unidos a Iome y a Sylvarresta; era la única posible elección. Amaba al príncipe y siempre le sería leal.

*Pues que así sea, pensó. Aunque luego me desprecie a mí mismo, lo haré por vos.*

Aunque algo en su fuero interno gritaba que no.

Borenson abrió los ojos y los clavó en Gaborn, quien no soltaba las riendas de su montura, como si se preparara para tirar a Borenson de la silla si fuera necesario.

—Marchad en paz, milord —dijo Borenson, intentando ocultar la pena que sentía. Gaborn se relajó inmediatamente.

—Necesito un arma —dijo este—. ¿Puedo llevarme una de las tuyas?

Aparte de la lanza negra que atravesaba la garganta de Torin, no había nada más a mano.

El corcel de armas del invencible que montaba Borenson llevaba un martillo que había pertenecido a aquel. No era un arma elegante y Borenson sabía que Gaborn prefería la espada porque le gustaba dar estocadas rápidas y ágiles. Aunque el martillo era útil en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con un adversario acorazado, siempre penetraría la armadura fácilmente o el yelmo. Durante tal tipo de combate, la espada podía partirse lo mismo que penetrar la armadura.

Borenson extrajo el martillo de armas y se lo lanzó a Gaborn; la decisión tomada lo inquietaba. Incluso en aquel instante, apenas podía contener el deseo de agredir a Sylvarresta. *No soy un asesino*, se dijo de nuevo. *No debo luchar contra mi príncipe, mi deber no es el de matar a otros reyes.*

—Apresuraos hacia Longmot —suspiró—. Se avecina una tormenta que borraré vuestro rastro, será difícil seguir la pista. Debéis seguir la carretera principal en dirección sur, pero no la sigáis hasta el final, el puente de Hayworth está quemado. Desviaos por el bosque hasta alcanzar la cordillera de Ardamom y atajad por el vado de los Jabalís. ¿Lo conocéis?

Gaborn negó con la cabeza, era obvio que no lo conocía.

—Yo sí sé —dijo Iome.

Borenson observó a la princesa, tranquila, segura de sí misma a pesar de aquella fealdad. Ya no daba muestras de miedo, al menos sabía cómo montar.

Borenson se adelantó un paso sobre su montura y extrajo la lanza del cuello de Torin, la quebró y arrojó la hoja a la princesa quien la paró con una mano.

—¿No nos harás de escolta? —preguntó Gaborn.

¿*No se da cuenta de lo que debo hacer?* Borenson aún no había explicado que planeaba degollar a todos los consagrados del castillo.

No, decidió, Gaborn no lo sabe. El joven era tan inocente. En efecto, si hubiera sospechado algo, Gaborn hubiera intentado detenerlo, y Borenson no podía permitirlo. *Esto lo tengo que hacer solo*, pensó. *Esta cruz es mía, y tengo que mancharme las manos de sangre para que vos no tengáis que hacerlo.*

—Tengo que atender otros menesteres —mintió Borenson, negando con la cabeza.

Y, para tranquilizarlo, dijo:

—Seguiré al ejército de Raj Ahten, me aseguraré que no ataca objetivos inesperados.

A decir verdad, en parte deseaba acompañar a Gaborn, escoltarlos seguros por el

bosque porque sabía que el príncipe necesitaría ayuda. Por otro lado, no se fiaba de sí mismo, ni por una hora. En cualquier momento, podría sentir la necesidad de enfrentarse a Gaborn y matar al buen rey Sylvarresta.

—Para ponértelo más fácil —dijo Gaborn—, cuando lleguemos a Longmot le explicaré a mi padre que no nos vimos. No hace falta que lo sepa.

Borenson asintió con la cabeza, impasible.

## Capítulo 23



### *Comienza la cacería.*

**R**aj Ahten, de pie junto al invencible abatido, apretaba los puños. Colina abajo, su ejército continuaba la marcha hacia Longmot; los arqueros corrían por la sinuosa carretera y las túnicas de colores los hacían parecer una serpiente dorada que serpenteaba a través de un negro bosque.

El canciller Jureem se encontraba arrodillado junto al caído, con la ropa manchada, y estudiaba las huellas entre la ceniza. No hacía falta ser un genio para averiguar lo sucedido: un hombre, un hombre había despachado al invencible de su señor, había robado el caballo, y había desaparecido con Gaborn, el rey y su hija. Jureem reconoció la yegua que yacía inerte en el suelo allí cerca, era la montura del hosco emisario de Orden.

La idea le repugnaba, si unos cuantos jinetes más hubieran seguido el ritmo, Gaborn habría caído en sus manos.

—Son solo cinco —dijo Feykaald—. A campo a través van, en vez de siguiendo el sendero. Podríamos enviar a los rastreadores, pero con los hombres de Orden en el bosque... igual es mejor que los dejemos marcharse.

Raj Ahten se lamió los labios, Jureem comprobó que Feykaald no sabía ni contar. Solamente había huellas de cuatro personas. El Señor de los Lobos ya había perdido dos de sus batidores, canes de guerra, gigantes y una piromántica a manos de Gaborn, y ahora uno de los invencibles. El príncipe Orden parecía ser algo más que un advenedizo, aunque Jureem se preguntaba si no habría adquirido varios dones en secreto.

Los hombres de Raj Ahten habían subestimado al mocoso de Orden en demasiadas ocasiones; a juzgar por las monturas que Gaborn había elegido, imaginó que su intención era la de internarse en el bosque y dejar de lado la senda.

*Pero, ¿por qué? ¿Quería tenderle una trampa a Raj Ahten? ¿Tenía el muchacho hombres escondidos en el bosque de Dunn?*

*¿O simplemente temía desplazarse por la vía? A Raj Ahten únicamente le quedaban unos cuantos corceles, monturas de calidad y largo linaje, criados para la*

llanura y el desierto. Quizá el joven sabía que sus caballos no podrían adelantar a los del Señor de los Lobos sobre terreno llano.

Pero les resultaría casi imposible seguir el ritmo de las monturas cazadoras de Gaborn por aquel terreno, criadas para la montaña, con sus robustos esqueletos y fuertes cuartos traseros. Jureem sospechaba que Gaborn e Iome conocían el bosque como el mejor informado de los espías.

El canciller respiraba de manera irregular mientras calculaba cuántos hombres deberían enviar. Gaborn Val Orden sería un magnífico rehén en caso de que el Señor de los Lobos descubriera que las cosas en Longmot estaban mal.

Aunque ahora todo estaba en calma, hacía menos de una hora que Jureem había oído las trompas de guerra de Orden en el bosque de Dunn. Y lo más probable era que Gaborn se hubiera unido a los soldados de su padre y estuviera rodeado de cientos de ellos.

No obstante, no podía dejar el tema tan fácilmente. La idea de que escapara le produjo cierta cólera absurda y furiosa.

—Debemos enviar hombres tras el muchacho —aconsejó—. Unos cien de los mejores batidores...

Raj Ahten se irguió.

—No. Tráeme a veinte de mis invencibles, despojad a los caballos de las lorigas. También quiero veinte mastines para seguirle la pista al príncipe.

—Como deseéis, milord —dijo Jureem, dando media vuelta como si fuera a gritar las órdenes al ejército que marchaba en la distancia cuando le asaltó una idea—. ¿Cuál de vuestros capitanes irá a la cabeza?

—Yo mismo —respondió Raj Ahten—. Resultará un pasatiempo interesante la caza del príncipe.

Jureem lo miró de reojo al tiempo que enarcaba una de las oscuras cejas. Luego se inclinó en señal de conformidad.

—¿Lo creéis sensato, milord? Podemos dejar que lo hagan otros, incluso yo mismo me uniré a ellos.

La idea de la cabalgata, el dolor de nalgas que tendría que soportar hizo que callara.

—Otros podrían perseguirlo, pero ninguno con la misma tenacidad que yo mismo.

## Capítulo 24



### *Esperanza para los harapientos.*

**L**a carretera de Longmot se había embarrado con las tormentas que abrieron el cielo antes del mediodía. El rey Orden galopaba en dirección sur hacia la aldea de Hayworth, un recorrido de noventa y ocho kilómetros. Hayworth era un lugar apacible que se extendía por la ribera del río Dwindell, una aldea con un pequeño molino, entre verdes colinas hasta donde alcanzaba la vista, cubiertas de grandes robles.

Los aldeanos llevaban una vida tranquila, la mayoría eran toneleros que fabricaban barriles para el vino y el grano. Durante la primavera, cuando el río se desbordaba, a menudo los hombres fabricaban balsas con barriles atados para transportar la mercancía al mercado.

A Mendellas Orden no le satisfacía la idea de tener que quemar el puente. Durante sus muchos viajes acostumbraba a detenerse allí y saborear la cerveza en la posada Dwindell situada sobre un promontorio junto al puente, con vistas al río.

Cuando Orden llegó a Hayworth la lluvia había empapado el puente. Llovía a cántaros mientras sus hombres intentaban trabajar y el agua chorreaba entre las grietas de cada tablón de diez centímetros de ancho. Ya habían intentado prender fuego a unos arbustos de bayas que crecían frondosos bajo el lado norte del puente, pero las orillas del río eran empinadas y la carretera se inclinaba a fin de drenar el agua en forma de riachuelo desaguador.

Orden pensó que un par de antorchas con mucho aceite serían suficientes aunque ese plan también había fracasado. Justo el momento en que este maldecía su suerte, se acercaron un par de muchachos del pueblo que sacaron al tabernero de su establecimiento, el viejo Stevedore Hark. Orden había tenido la buena fortuna de conocer la hospitalidad del hombre en muchas ocasiones.

—Hola, hola, majestad, ¿qué hacéis vos y vuestros hombres? —inquirió en tono beligerante mientras vadeaba calle abajo.

La gran tropa no parecía intimidar al hombre lo más mínimo. Era un hombre robusto con pantalones bombachos y un delantal que le tapaba la ancha barriga; con



la cara roja bajo la canosa barba. La lluvia le caía por las mejillas.

—Me temo que debemos quemar el puente —respondió Orden—. Raj Ahten pasará por aquí esta noche y no puedo permitirme llevarlo en la retaguardia. Con placer compensaré a la ciudad por las molestias causadas.

—Oh, pues no vais a poder hacerlo en un santiamén —rio el posadero—. Es mejor que entréis y toméis una copa. Puedo ofreceros a vos y vuestros capitanes un buen estofado, si no os importa que esté caldoso.

—¿Por qué no arde? —preguntó Orden.

—Por arte de magia —dijo el otro—. Hace quince años cayó un rayo que lo destruyó. Cuando volvimos a reconstruirlo, pedimos a un hechicero acuático que le echara un conjuro y ahora el fuego no prende la madera.

Orden, de pie bajo la lluvia, quedó descorazonado antes las nuevas. Si tuviera consigo a su propio mago acuático podría deshacer el conjuro fácilmente, pero no era el caso. Además, con la que estaba cayendo igual no prendería de todas formas.

—Pues habrá que romperlo a hachazos —dijo Orden.

—Bueno, bueno —dijo el posadero—, no hace falta ponerse así. Si queréis podéis desmontarlo, pero dejad los tablones para que podamos reconstruirlo pasado mañana. La madera podemos almacenarla en el molino.

Orden consideró tal proposición, Stevedore Hark era algo más que un posadero según recordaba. También había sido alcalde, un hombre con buen ojo para los negocios. El puente estaba hecho de enormes tablones, perforados y unidos mediante pasadores, apoyados sobre tres pilares de piedra plantados en el río. Desmontar el puente pieza por pieza les llevaría algo más de tiempo aunque con mil quinientos hombres manos a la obra, no resultaría muy difícil. Hasta los Elementos sabían que los caballos de fuerza tenían que descansar.

También estaba la cuestión de la amistad. Orden no podía destruir el puente del hombre sin más. Si lo hacía, la próxima vez que pasara por allí descubriría que la cerveza se había convertido en vinagre.

—Te agradecería que me ofrecieras algo de comer, viejo amigo, mientras escondemos el puente.

Aquello era trato hecho.

Mientras sus hombres trabajaban bajo la intensa lluvia, Orden entró en la posada y se sentó ante la chimenea, meditabundo.

Stevedore le había prometido un estofado caldoso, pero media hora más tarde apareció con un pudín de pan y un trozo de cerdo asado de uno de los jabalís que hacían las cacerías en el bosque de Dunn tan famosas. La carne olía deliciosa, aderezada con pimienta y romero, marinada en cerveza negra y cocida sobre una guarnición de zanahorias, champiñones silvestres y avellanas. Sabía tan bien como olía.

No obstante, estaba totalmente prohibido que los plebeyos cazaran los jabalís del rey. Stevedore Hark podía recibir algunos azotes por ello.

La carne era un regalo suntuoso y apropiado. Aunque la intención de Hark había sido la de animar a Orden, aquel amable gesto tuvo el efecto contrario: sumió a Orden en un estado de extrema melancolía; sentado junto al fuego, se acariciaba la barba con los dedos, sorprendido ante sus planes.

*¿Cuántas veces había comido en aquella posada durante las visitas a Sylvarresta? ¿Cuántas veces había celebrado festines con la caza cobrada en aquellos parajes? ¿Cuántas veces se había emocionado ante los aullidos de los perros persiguiendo a los jabalís gigantes, al lanzar la jabalina mientras perseguía a uno de ellos?*

La hospitalidad del mesonero, la calidad de la comida, hacían al rey Orden sentirse algo desolado...

Cinco años atrás, cuando Mendellas Orden cazaba por allí, un asesino se había introducido en su torreón y había asesinado a su esposa en el lecho y a un neonato, cuando hacía apenas seis meses de la muerte de sus dos hijas durante una incursión anterior. El asesinato de su esposa y del bebé provocó una reacción generalizada aunque nunca se encontró al asesino. Los batidores le siguieron la pista, pero el rastro se desvaneció en las montañas al sur de Mystarria; igual huía hacia Inkarra, en el sureste, o se dirigía al suroeste, hacia Indhopal.

Orden imaginó que era inhopalés o muyyatín, pero no podía agredir a sus vecinos sin prueba alguna, ciegamente. Por lo que esperó y esperó a que volvieran a por él personalmente. Nunca lo hicieron.

Orden sabía que había perdido parte de su ser, a su esposa, el amor de su vida. Ya no había vuelto a casarse ni tenía intención de hacerlo. Si no se puede reemplazar una mano o una pierna, *¿cómo iba a suplantar a su otra mitad?*

Durante años había acarreado la pena... Con tantos dones de inteligencia recordaba perfectamente su voz, su rostro. Corette se le aparecía en sueños y hablaba con él. Al despertar durante las frías mañanas de invierno, aún se sorprendía al no percibir el suave cuerpo acurrucado contra el suyo, buscando su calor, como solía hacer en vida.

Le costaba mucho describir la sensación de pérdida que sentía, aunque en una ocasión intentó explicársela a sí mismo.

Sin embargo, no había perdido su futuro, su vida no terminaba allí, todavía tenía a su hijo. El rey Orden continuaría viviendo sin su mujer, Elementos mediante.

Tampoco pensaba que había perdido el pasado, pues recordaba cada beso de Corette, el sabor de sus labios durante la noche de bodas, cómo lloraba de alegría cuando amamantó a Gaborn por primera vez.

No, era el presente lo que se le escapaba; la oportunidad de vivirlo con su esposa, de pasar cada momento en compañía de ella.

No obstante, mientras estaba allí sentado en la posada de Dwindell, engullendo un asado en una fuente de porcelana fina, descubrió que algo le había sido arrebatado: su pasado.

Todos los recuerdos felices pronto se tornarían insoportables. El rey Sylvarresta aún vivía, pero, en lo tocante a él, aquella tarde Borenson intentaría acatar sus órdenes. Orden se veía forzado a matar a su más querido y admirado amigo.

Era algo nauseabundo, el condimento amargo de una espléndida comida.

Stevedore Hark quizá comprendía lo que sentía, después de servir el estofado a algunos de sus hombres, vino a sentarse a los pies de Orden durante unos instantes, como expresando sus condolencias.

—Anoche nos llegaron noticias del castillo de Sylvarresta —murmuró—. Malas noticias, las peores de mi vida.

—Sí, las peores en varias generaciones —gimió Orden, mirando al posadero.

Stevedore tenía algunas canas más en las patillas este año. Efectivamente, el pelo era más canoso que grisáceo.

Se contaba que cada año los señores del tiempo tocaban una campanilla de plata y que, todos los que la oyeran, envejecían un año. Aquellos que no complacían a los señores del tiempo podían llegar a oírla más de una vez, y aquellos a quienes favorecían nunca jamás la oirían.

Stevedore no había sido favorecido por aquellos este año. Tenía los ojos hinchados, *¿era falta de sueño?* No, el pobre no habría dormido la noche anterior tras recibir las trágicas nuevas.

—Milord, ¿podréis desplazar a ese monstruo? —preguntó Stevedore Hark—. Os supera en número.

—Espero poder derrotarlo —dijo Mendellas.

—Si lo lográis, seréis nuestro rey —concluyó el posadero tajantemente.

El rey Orden no había considerado tal posibilidad.

—No, vuestra casa real está intacta. Si cayera la dinastía de los Sylvarresta, la condesa de Arens es la sucesora al trono.

—Es poco probable que la gente la aceptara, puesto que se casó y se marchó a Seward, está muy lejos para reinar. Si vos recuperáis Heredon, los súbditos no querrán a ningún otro monarca.

Orden se sobresaltó ante la idea. Desde siempre había apreciado los bosques y las colinas de Heredon, su gente pulcra y amable, el aire puro que se respiraba allí.

—Echaré a Raj Ahten —afirmó Orden.

Sabía que echar a Raj Ahten de allí no bastaría, tendría que ir más lejos, tendría que aniquilarlo, como si de un perro rabioso se tratara. El Señor de los Lobos no era un cachorrillo a quien se pudiera castigar.

Presintió una visión de la guerra extendiéndose ante él, tendría que prepararse para dirigirse al sur y atacar Deyazz, Muyyatin e Indhopal al llegar la primavera y desde allí arrasar Khuram y Dharmad, y los dominios más lejanos.

Hasta que todos los consagrados de Raj Ahten no hubieran muerto, no podría acabar con el Señor de los Lobos.

Si ganaba la guerra tendría que saquear algunos reinos y, aunque no le interesaban

demasiado los reinos meridionales, podría hacerse con el control de las minas de metal de sangre en Kartish, al sur de Indhopal.

El rey Orden cambió de tema y conversó sobre días pasados con el posadero, sobre las cacerías con Sylvarresta.

—Si se presentara el día en que sea rey de Heredon, imagino que tendré que invitarte a la próxima cacería —bromeó Orden.

—Así es, me temo que sea la única forma de impedir que me dedique a la caza furtiva, majestad —rio Stevedore Hark. tras lo cual dio una palmadita al rey en la espalda.

Un gesto tan informal que nadie en Mystarria se hubiera atrevido a hacer algo parecido.

Orden supuso que Sylvarresta había recibido muchas palmaditas en la espalda en muchas ocasiones por parte de sus amistades. Era esa clase de hombre que no necesitaba ser frío y distante para ser majestuoso.

—Entonces, amigo mío, quedamos en eso —dijo Orden—. Me acompañarás durante el próximo evento de caza.

De nuevo cambió de tema.

—Y ahora te pido un favor. Cuando pase Raj Ahten por aquí esta noche y se encuentre el puente desvencijado, te pido que le recuerdes que el vado de los Jabalís es lo bastante llano como para cruzarlo.

—Bueno, naturalmente es hacia donde se dirigirían, ¿no? —preguntó Hark.

—Son forasteros en estas tierras —respondió Orden—. Igual sus espías solamente han dibujado puentes en los mapas.

—¿Tenéis una sorpresa bajo la manga? —inquirió Hark.

Orden asintió.

—Entonces, les diré que vayan por allí.

Tras intercambiar impresiones, el tabernero volvió a su tarea. Poco después, la lluvia amainaba y el rey Orden salió de la posada, listo para continuar la marcha.

Orden se aseguró de que el puente de Hayworth estuviera desmontado, que las enormes vigas y tablones hubieran sido almacenados sin incidentes, y permitió a sus hombres y a las monturas terminar su refrigerio.

Los capitanes habían adquirido grano para los caballos y se abrieron barriles de cerveza para los hombres. Aunque había perdido una hora de camino, después de aquello quedaron revitalizados.

De modo que reanudaron la marcha por la carretera hacia Longmot, repuestos, y a rienda suelta. Siguieron el camino de las montañas Durkin durante toda la tarde, al galope junto a la cordillera a fin de llegar a Longmot antes de la puesta de sol.

El castillo de Longmot se asentaba sobre un montículo empinado y angosto rodeado de colinas. Situada entre el sur y el oeste, estaba la pequeña y alegre villa. En comparación con otras fortalezas, no era un castillo colosal, pero sus murallas eran altísimas. Los matacanes eran de construcción sólida, por los cuales los arqueros

podían disparar o arrojar aceite o rocas sobre posibles invasores en cualquier punto de las murallas sin temor a que se produjeran represalias.

La mampostería de las murallas era magnífica: muchas de las piezas eran rocas de doce o catorce toneladas cada una y, no obstante, encajaban perfectamente. A cualquiera le resultaría difícil encontrar asideros.

Muchos consideraban que Longmot no podía escalarse, nadie había logrado encaramarse por las murallas exteriores. El castillo había sucumbido en una ocasión, hacía unos cien años, cuando un grupo de zapadores excavaron bajo la muralla de poniente y así la derrumbaron. Salvo eso, era impenetrable.

Conforme se acercaban más a Longmot, el rey Orden deseaba ponerse a salvo; no se encontraba preparado para asumir la desolación que se presentó ante sus ojos.

La aldea al pie del castillo había sido diezmada: cientos de hogares, graneros y almacenes, todos calcinados, no quedaban más que los cimientos de piedra. Algunas de las casas aún desprendían espirales de humo. Los animales habían desaparecido, ni vacas ni borregos pacían en los campos.

Los banderines de Longmot ondeaban en las torres y las banderas colgaban de las murallas aunque rasgadas y destrozadas. Unas cuantas docenas de soldados vigilaban las murallas exteriores.

Orden esperaba haber encontrado la aldea tal cual la dejó la última vez y se preguntaba qué tipo de contienda había tenido lugar allí sin su conocimiento.

Entonces cayó en la cuenta de lo ocurrido en aquellos dominios, anticipándose al asedio de Raj Ahten y sus refuerzos al día siguiente, los soldados de Longmot lo habían incendiado todo y habían guardado las bestias en la fortaleza. Así, el ejército de ocupación no podría resguardarse cómodamente entre aquellas ruinas y, en aquel lugar, ante el acecho del invierno, era muy importante encontrar cobijo.

Mientras Orden y sus tropas se aproximaban al portón del castillo, distinguió los semblantes aliviados de los soldados emplazados en la muralla. Uno de ellos tocó el olifante, un breve riff que anunciaba la llegada de fuerzas aliadas.

Bajaron el puente levadizo y Orden y los suyos, escasa tropa, entraron montados entre vítores; eran pocas las voces que provenían del castillo.

Nuevamente enfrentados a escenas devastadoras: a lo largo del muro del torreón yacían los cuerpos inertes y heridos de aldeanos, a la intemperie; muchos aún con armaduras, escudos y yelmos sustraídos a las abatidas tropas de Raj Ahten. La sangre manchaba el empedrado del camino de ronda. Ventanas rotas, hachas, flechas y lanzas clavadas en las vigas de los edificios. Una de las torres de una noble finca estaba calcinada.

Allí, en el exterior del torreón del Duque, el duque mismo colgaba de una ventana estrangulado por sus propios intestinos, tal y como lo había descrito la duquesa Emmadine Ot Laren.

Por doquier muestras de lucha, pocas señales de supervivientes.

Aquí vivían unas cinco mil personas: hombres, mujeres y niños que habían

peleado con uñas y dientes a fin de expulsar a los hombres de Raj Ahten.

No contaban con soldados de muchos dones y con años de formación, ni armas potentes. Pero, quizá, poseían el factor sorpresa y la nobleza de corazón.

Apenas salieron victoriosos, muchas de las familias huyeron por miedo a la venganza de Raj Ahten.

El rey Orden en un principio pensó que podría contar con los cuatro o cinco mil que ocupaban aquel asentamiento, que los utilizaría como refuerzos propios, gente de la cuál podría extraer dones.

Gallinas y gansos se sentaban en perchas dentro del torreón; algunos puercos hozaban la tierra del patio.

Los apagados aplausos que dieron la bienvenida a Orden pronto se desvanecieron y uno de los hombres gritó desde el torreón de los Consagrados.

—Rey Orden, ¿qué nuevas de Sylvarresta?

Orden alzó la mirada. El soldado iba vestido con un elegante uniforme de capitán... Sería el capitán Cedrick Tempest, edecán de la duquesa, que estaba provisionalmente a cargo de las defensas del castillo.

—El castillo de Sylvarresta ha caído en manos de Raj Ahten y sus tropas.

Una expresión de helado espanto asomó al rostro del capitán. Evidentemente, esperaba mejores noticias. Apenas contaba con unos cien hombres y, realmente, no podía defender la fortaleza, sino simplemente aguantar con la esperanza de que Sylvarresta hubiera enviado ayuda.

—¡Ánimo, hombres de Sylvarresta! —exclamó Orden y su voz resonó en los muros—. El reino aún sigue en pie y lo recuperaremos en nombre de Sylvarresta.

Los soldados aclamaron a Orden desde las murallas:

—¡Orden! ¡Orden! ¡Orden!

Este se volvió al hombre que montaba a su vera, el capitán Stroecker, y le susurró:

—Capitán, quiero que te dirijas solo hacia el sur, a la mansión de Bredsfor y examines el huerto de nabos. Donde encuentres indicios de excavación reciente, allí estarán algunos de los marcadores enterrados. Si los hallas, tráeme unos veinte con las runas de metabolismo y tapa el resto. Escóndelos bien.

El rey Orden sonrió y saludó a los malparados defensores de Longmot. No haría falta traer todos los marcadores al castillo, no cuando Raj Ahten podía atacar y destrozar el castillo en busca de ellos.

A su entender, solamente tres personas que aún vivían conocían el emplazamiento de los marcadores: él mismo, Borenson, y ahora el capitán Stroecker.

Y el rey quería asegurarse de que seguiría siendo así.

## Capítulo 25



### *Rumores.*

**I**ome llevaba solamente una hora internada en el bosque de Dunn cuando oyó por primera vez el aullido de los canes de guerra, un sobrecogedor sonido que flotaba como un banco de niebla procedente del valle a su espalda.

Apenas habían comenzado a caer unas húmedas gotas que los salpicaban cuando un tronar distante hizo retumbar las montañas. Las corrientes de viento que constantemente cambiaban de sentido hacían que ora se escuchara claramente a los perros, ora se desvanecieran los aullidos y volvieran con la siguiente sacudida de aire.

Allí, sobre una cresta rocosa y árida todo parecía sonar muy distante, a kilómetros de distancia. No obstante, Iome sabía que era un engaño, los canes de guerra con sus dones de fuerza y agilidad podían recorrer kilómetros y kilómetros en cuestión de instantes; y sus caballos empezaban a fatigarse.

—¿Los oís? —Iome gritó a Gaborn—. ¡No están muy lejos de aquí!

Gaborn torció la cabeza mientras superaba un alto brezo y se zambullía en el espesor del bosque; había palidecido y además fruncía el ceño al concentrarse.

—Los oigo —dijo—. ¡Deprisa!

Y prisa se dieron... Gaborn agarró el martillo de armas y, en vez de sortear los árboles, instó a su montura a seguir adelante mientras él cortaba ramas para que Iome y su padre no tuvieran que esquivarlas.

A Iome le parecía una carrera de locos, su padre estaba desorientado, no sabía el peligro que corrían; simplemente miraba hacia lo alto, observaba la lluvia que le caía encima, como si nada.

El pobre no recordaba cómo sentarse sobre el caballo y sus perseguidores eran jinetes expertos.

Gaborn reaccionó ante el peligro acelerando la marcha. Cuando pasaron la pineda, arreó su corcel nuevamente por la pendiente de una loma, internándose aún más en el bosque de Dunn, en dirección oeste.

El estampido de los cascos, la respiración forzada de los caballos por el esfuerzo, quedaron ensordecidos por los enormes y oscuros árboles, árboles más grandes de lo

que Iome recordaba haber visto en el bosque de Dunn.

Por allí, los caballos de fuerza galopaban con reavivada velocidad. Gaborn les dio rienda suelta, de forma que las bestias casi volaban cañón abajo hacia la intensa penumbra. En lo alto, el cielo retumbaba con el estruendo de los truenos. Las ramas más altas de los pinos se mecían con el viento y los árboles crujían de la copa a las raíces, pero en aquella zona del bosque ya no llovía. A veces, algunas gruesas gotas se colaban entre las ramas, pero no muchas.

Puesto que los caballos arreaban entre los árboles, a Iome no le importaba que Gaborn siguiera adentrándose en lo más hondo del cañón, rodeando el pie de la montaña hacia el noroeste, habiendo virado hacia el castillo de Sylvarresta.

*Pero no, pensó después, no enfilaban hacia el castillo, sino más hacia el oeste, hacia el bosque del oeste; hacia las Siete Moles Erguidas en el corazón del bosque.*

La idea era un tanto perturbadora. Nadie se acercaba a las Siete Moles y vivía para contarlos, al menos nadie de las últimas generaciones los había visto. Su padre le había contado que no debía temer a los espíritus que, entre aquellas moles, habitaban en el bosque.

—Erden Geboren nos cedió el bosque en vida, y nos nombró dueños de estos terrenos —había dicho Sylvarresta—. Era amigo de los duskin, con lo cual, nosotros también.

Sin embargo, su padre los evitaba. Se decía que el linaje de los Sylvarresta se había acobardado durante generaciones. Otros decían que los espíritus de los duskin ya no recordaban sus promesas y que no protegerían a los que buscaran las moles.

Iome reflexionó sobre ello durante otra hora mientras Gaborn los conducía a rienda suelta en dirección oeste, mientras atravesaban zonas más fúnebres y vetustas a cada minuto hasta alcanzar una cima llana donde, bajo los oscuros robles, Iome distinguió unos pequeños hoyos en el suelo a su alrededor. En lo hondo se escuchaba un clamor de voces, el sonido metálico de armaduras, el relinchar de caballos y el estruendo de antiguas batallas.

Iome conocía aquel lugar, era el Campo de la Muerte de Alnor. Los pozos eran los escondrijos de los tumularios, allí se ocultaban de la luz del día.

—Gaborn, Gaborn. ¡Hacia el sur! —gritó Iome.

Gaborn miró por encima del hombro con los ojos desenfocados, como si estuviera sumido en sueños. Iome señaló hacia el sur y gritó otra vez:

—¡Por allí!

Aliviada comprobó que Gaborn viraba hacia el sur, espoleó al caballo para que subiera una larga colina. A los cinco minutos llegaron a la cima de una montaña rodeados de abedules y robles donde brillaba el sol. Debido a que las ramas de aquellos árboles a menudo rozaban el suelo, además del abundante tojo bajo, los cascos de las monturas, los caballos redujeron la marcha.

De repente, se vieron saltando por un montículo bajo y dieron con una depresión del terreno donde descansaba una manada de jabalís gigantes a la sombra de los



robles. La tierra parecía arada, seguramente debido al cefear de los puercos en busca de bellotas y gusanos.

Encolerizados, los jabalís chillaron al ver los caballos. Uno de aquellos, casi a la altura del hombro a la montura de Iome, se plantó y gruñó, agitando los enormes y curvos colmillos, con gesto amenazante.

La cabalgadura de Iome hizo ademán de abalanzarse sobre el otro animal, pero al instante viró con destreza y casi desmonta a Iome al pasar al jabalí de largo y lanzarse colina abajo.

Iome se giró a fin de comprobar si la bestia los seguía, pero los caballos de fuerza corrían tan veloces que los puercos se conformaron con gruñir sobresaltados y contemplar a Iome con ojos oscuros y brillantes.

Gaborn galopaba entre los abedules, loma abajo, hacia un río de unos doce metros de ancho, de poca profundidad y cuyo fondo era de gravilla.

Al ver el río, Iome supo que estaba totalmente desorientada. Solía pasear a caballo por el bosque de Dunn pero siempre por la orilla oriental del bosque. Nunca había visto este río: *¿era el nacimiento del río Wye o el arroyo Fro?* Si era el Fro, en esta época del año no tendría caudal alguno; si se trataba del Wye, se habían desviado más al oeste en la última hora de lo que en principio sospechaba.

Gaborn incitó a los caballos a meterse en el agua y los dejó abreviar un rato. Las monturas sudaban copiosamente y jadeaban; poseían cuatro dones de metabolismo cada una y algunos otros de fuerza y resistencia. Iome hizo un rápido cálculo mental: llevaban dos horas galopando a brida suelta sin comida o agua, lo que equivalía a ocho horas para un caballo corriente, que ya se habría desplomado varias veces a un ritmo tan violento. Por la manera en que estos sudaban y jadeaban, no estaba segura de si sobrevivirían a tan traumática experiencia.

—Tenemos que dejar que los caballos descansen —le susurró a Gaborn.

—¿Creéis que los que nos persiguen lo harán? —preguntó Gaborn.

Iome sabía que no lo harían.

—Pero nuestras monturas perecerán.

—Son fuertes —dijo Gaborn afirmando lo evidente—. Los del enemigo morirán antes.

—¿Cómo podéis estar seguro?

Gaborn negó con la cabeza, no estaba seguro.

—Es lo que espero. Yo llevo una cota ligera, de la caballería de mi padre, pero los Invencibles de Raj Ahten se visten con corazas de hierro sobre las lorigas, guanteletes y grebones más pesados. Cada caballo debe de soportar unos cien kilos más que la mayoría de nuestras bestias. Además, los suyos están acostumbrados al desierto, con cascos anchos, pero herraduras estrechas.

—¿Esperáis que queden incapacitados?

—Por eso he elegido las lomas más rocosas por las que saltar. No creo que sigan calzados mucho tiempo. Vuestra montura ya ha perdido una herradura. Si he sabido

analizar bien la situación, la mitad de sus caballos estarán ya cojos a estas alturas.

Iome lo miró fascinada. No se había percatado de que a su yegua le faltaba una herradura, pero ahora, en el agua, se fijaba en cómo se cuidaba de la pezuña delantera izquierda.

—Tenéis una mente retorcida, incluso para un Orden. —Le dijo a Gaborn.

Su intención era la de dirigirle un cumplido, aunque temió que no había sonado como tal.

Gaborn no parecía haberse dado por aludido.

—En estas refriegas, de poco sirven las armas... —dijo—. Se ganan gracias a cascos rotos o a la caída de un jinete. —Bajó la mirada hacia el martillo de armas que apoyaba en la perilla de la silla como si fuera una fusta de montar y añadió con la voz ronca—: Si nos alcanzaran, me volveré para hacerles frente y así cubrir vuestra retirada. Pero os advierto de que no poseo ni los dones ni las armas adecuadas para derrotar a los hombres de Raj Ahten.

Iome comprendió y, desesperadamente, quiso darle otro giro a la conversación.

—¿Hacia dónde nos dirigimos?

—¿Dirección? Hacia el vado de los Jabalís y después a Longmot.

Iome escudriñó la mirada de Gaborn, este tenía los ojos medio escondidos detrás del yelmo, que le quedaba grande, a fin de comprobar si mentía o se había vuelto loco.

—El vado queda al sureste y nos habéis estado guiando hacia el noroeste las últimas dos horas.

—¿De veras? —preguntó el otro asombrado.

—En efecto —dijo Iome—. Pensé que quizá intentabais despistar incluso a Borenson. ¿Teméis llevarnos a Longmot? ¿Intentáis protegernos de vuestro padre?

Iome sentía miedo, sospechaba de la manera en que Borenson la había mirado, no se fiaba de él. Seguro que quería matarla, aquel sentía que era su deber. Iome temía que atacara a los consagrados aunque Gaborn no parecía preocupado por ello, había aceptado la explicación del otro de seguirle la pista a las tropas de Raj Ahten, se sintió obligada a creérselo. Aun así, le zumbaba la mosca detrás de la oreja.

—¿Protegeros de mi padre? —preguntó Gaborn un poco sorprendido ante la acusación—. No.

Iome no sabía cómo plantear la siguiente pregunta, pero lo hizo con delicadeza.

—Nos querrá muertos, lo interpretará como una necesidad. Asesinará a mi padre y, si no puede deshacerse de la mujer que es mi vector con Raj Ahten, me deseará la misma suerte. ¿Es por ello que os desviasteis del camino hacia el sur?

Se preguntaba si temía tanto ir hacia el sur que, inconscientemente, se había alejado de allí. Sin duda, si el rey Orden consideraba necesario matar a Sylvarresta, Gaborn no podría disuadirlo, no podría salvarla tampoco.

—No —respondió sinceramente, ceñudo y perplejo.

Después se irguió.

—¿Oís eso?

Iome intentó escuchar, contuvo el aliento. Esperaba oír el ladrido de los canes de guerra, o las voces de los perseguidores, pero no oía nada. Solamente el viento en lo alto de la loma que racheaba entre las amarillentas hojas de abedul.

—No oigo nada —confesó—. Vuestro sentido del oído debe de ser más agudo que el mío.

—No, escuchad. Entre los árboles, ¿no lo oís?

Gaborn señaló hacia la loma en dirección norte y oeste.

De repente, el viento dejó de soplar y las hojas cesaron sus sacudidas. Iome seguía esforzándose... el quebrar de una ramita, pasos sigilosos... nada.

Gaborn se levantó bruscamente sobre los estribos, erguido en la silla parecía más alto, y escudriñó entre los árboles.

—¿Qué ha sido? —susurró Iome.

—Una voz entre los árboles —dijo Gaborn—, una voz susurrante.

—¿Y qué os decía? —inquirió Iome espoleando a su montura intentando ver mejor el claro al que se refería Gaborn desde otro ángulo.

Pero no distinguía nada, solamente la corteza blanca de los árboles y las verdes y doradas hojas que ondeaban, y algunas sombras en el fondo de la arboleda.

—¿Qué dijo?

—Lo he oído tres veces hoy. Al principio imaginé que se trataba de mi nombre pero esta vez lo he oído claramente... decía «Erden, Erden Geboren».

A Iome le subió un escalofrío por la espalda.

—Estamos demasiado al oeste —siseó—. Aquí hay tumularios y os hablan. Debemos marcharnos al sur antes de que anochezca, ahora mismo.

Aunque aún faltaban tres horas para la puesta de sol, se habían acercado demasiado al bosque del oeste.

—¡No! —dijo Gaborn y se volvió hacia Iome con la mirada ausente, como adormecido—. Si se trata de un espíritu no desea lastimarnos.

—Igual no —comentó Iome bruscamente—, pero no merece la pena correr riesgos.

A pesar de las garantías ofrecidas por su padre, la princesa temía a los tumularios.

Gaborn enfocó la mirada como si se le hubiera olvidado antes que Iome estaba delante de él. Sobre la colina, los abedules se agitaron de nuevo. Iome miró hacia la arboleda, empezaba a lloviznar, una ligera lluvia gris acompañada, lo que hacía más difícil distinguir entre las sombras.

—¡Otra vez! —gritó Gaborn—. ¿No lo oís?

—Yo no oigo nada.

Los ojos de Gaborn centellearon repentinamente.

—¡Lo entiendo! ¡Ahora lo entiendo! —susurró con urgencia—. Erden Geboren, eso quiere decir «Hijo de la Tierra» en lengua antigua. El bosque está enojado con Raj Ahten, lo ha maltratado. Pero yo soy el Hijo de la Tierra, quieren protegerme.

—¿Cómo lo sabéis? —inquirió Iome.

Quizá Gaborn había dicho más de lo que sabía al declararse Hijo de la Tierra.

Erden Geboren fue el último gran monarca de Rofehavan cuando la región era una única nación, quien donó el bosque al guardián Heredon Sylvarresta por su espléndido servicio en las guerras contra los reaver y los magos toth.

Con el tiempo, los antepasados de Iome se habían convertido en reyes, por derecho propio, aunque de menor rango que los que descendían de Geboren. En los dieciséis siglos transcurridos, la sangre de Geboren se había extendido tanto entre la nobleza de Rofehavan que resultaba difícil saber quién era descendiente directo del último gran rey.

Gaborn posiblemente podía ostentar ese título con la unión de los Val y de los Orden, si se atrevía. *¿Eso era lo que pretendía al autoproclamarse «Hijo de la Tierra»? ¿Reclamar la titularidad del bosque como reino propio?*

—Estoy seguro de que los espíritus, si lo son, no desean hacernos daño —contestó Gaborn.

—No, no... Lo que quiero saber es cómo tenéis la certeza de ser el Hijo de la Tierra.

—Binnesman me otorgó el título, en su jardín —dijo Gaborn sin más. La Tierra me pidió que pronunciara un juramento a fin de defenderla, y Binnesman espolvoreó un poco de tierra y me declaró Hijo de la Tierra.

Iome se quedó pasmada, boquiabierta; conocía a Binnesman de toda la vida y el viejo herbolario una vez le contó que los guardianes de la tierra solían bendecir a los nuevos reyes, ungiéndolos con el polvo de la tierra que habían jurado proteger. Sin embargo, esta ceremonia no se había celebrado durante siglos. Según Binnesman, la Tierra había «retirado tales privilegios» a los monarcas actuales.

Las palabras de Binnesman en el torreón de su padre mientras este se dirigía a Raj Ahten le vinieron en mente: «El nuevo Rey de la Tierra está cerca»; pensó que se había referido al rey Orden puesto que este era quien había entrado en el reino de su padre el día en que se pronunciaron las piedras. La Tierra no proclamaba al viejo rey, sino a Gaborn, quien se convertiría en rey.

Pero Raj Ahten creía que Mendellas Orden era el rey que los pirománticos habían visto entre las llamas. Orden era el rey al cual temía, por ello viaja a Longmot, a fin de destruirlo.

De repente se sintió tan débil que tuvo que desmontar para no caer de bruces, puesto que tuvo una premonición, cierto temor al enfrentamiento de Orden y Raj Ahten en Longmot, que ningún Elemento salvaría a Mendellas Orden.

Se deslizó hasta el suelo y permaneció de pie en el arroyo, con el agua fría hasta los tobillos, necesitaba pensar... Temía ir a Longmot porque sabía que Orden tendría que matarla, aunque al mismo tiempo temía no ir. Si Binnesman estaba en lo cierto, entonces Gaborn era el único que podía salvar a su padre.

Al hacer eso, sacrificaba su vida y la de su padre por la de un hombre que siempre

había detestado. Aunque Orden no le complaciera, y no confiara en él, no podía dejarlo morir. Tampoco podía sacrificar a su padre por el otro.

Su padre seguía sentado sobre el caballo mirando el arroyo, embobado, ignorante de la conversación en torno a él. Cuando las gotas de lluvia le salpicaban movía la cabeza aquí y allá intentando averiguar qué era lo que le aporreaba, sin esperanza. Era una situación desesperada para Iome.

Gaborn la observaba como preocupado por su salud. Iome notó que no se daba cuenta del dilema. Este era natural de Mystarria, un reino cerca del océano, donde se congregaban los hechiceros acuáticos, y no tenía ni idea de la tradición de los guardianes de la tierra, ni de que había sido proclamado Rey de la Tierra siquiera, o que Raj Ahten lo temía y que lo mataría si conociera su verdadera identidad.

En la colina sopló otra ráfaga de viento; Gaborn escuchaba atento en la distancia. Hacía unos minutos pensaba que estaba loco, pero ahora era consciente de que algo maravilloso estaba acaeciendo. Los árboles se dirigían a Gaborn, lo llamaban, con qué propósito ninguno de los dos lo sabía.

—¿Qué debemos hacer, milord? —preguntó Iome.

Era la primera vez que utilizaba ese tratamiento con otro hombre que no fuera su padre, nunca se había sometido a la voluntad de ningún otro monarca. Si Gaborn percibió el cambio en la relación no dio muestra de ello.

—Debemos poner rumbo al oeste —susurró—. Hacia el centro del bosque, más adentro aún.

—¿Al sur no? —inquirió la otra—. Vuestro padre podría correr peligro, más de lo que él mismo piensa, y podríamos serle de utilidad.

Gaborn sonrió al oír eso.

—¿Os preocupáis por mi padre? Cuánto os aprecio por ello, princesa Sylvarresta.

Aunque lo dijo como sin darle importancia, el tono era inconfundible, se sentía verdaderamente agradecido y la amaba.

La idea la hizo estremecer, lo deseaba más de lo que jamás había deseado a ningún hombre. Iome siempre había sido susceptible a la magia y sabía que aquel deseo era fruto de los poderes de la tierra que crecían en él. *En realidad, se dijo, no era apuesto, no mucho más que cualquier otro. Se sintió atraída a él.*

*¿De verdad podría amarme?, se preguntó. ¿Cómo es posible que amara este rostro?*

Se interponía entre ambos como un muro, aquella pérdida de encantos, aquel desprecio y desesperanza. Aun así, cuando habló con ella y dijo que la amaba, Iome sintió cierto calorillo recorrerle el cuerpo, aún cabía alguna esperanza.

Gaborn fruncía el semblante, ensimismado, y dijo en voz baja:

—No, no debemos ir al sur. Debemos seguir nuestro camino hacia el oeste. Los espíritus me guían. Mi padre se dirige a Longmot donde las murallas del castillo lo envolverán, abracadabra, los poderes de la tierra lo protegerán. Estará más seguro allí que nosotros aquí.

Así, arreó a su montura y tendió una mano a Iome para ayudarla a subirse a la silla.

Las rachas de viento traían el sonido de los canes de guerra aullando en la lejanía de las lomas.

## Capítulo 26



### *Un presente.*

**C**abalgaron durante horas y horas sorteando álamos tumbados por el viento y subiendo y bajando por las laderas de las colinas. Iome dejó que Gaborn dirigiera la marcha, maravillada ante los caminos que elegía.

El tiempo parecía haberse borrado, los árboles perdían definición, el tiempo se había desenfocado.

En una ocasión, Gaborn comentó que el padre de Iome parecía haber mejorado, como si hubiera recuperado parte de sus facultades y reconociera cómo montar ágilmente.

Iome no estaba convencida. Gaborn se detuvo en un arroyo donde Sylvarresta seguía contemplando las moscas que zumbaban a su alrededor mientras aquel le preguntaba una y otra vez:

—¿Sabéis montar? Si os desato las manos, ¿os mantendréis sobre la montura?

El rey Sylvarresta no respondía, se limitaba a contemplar el cielo y a entornar los ojos bajo el sol, balbuceando.

Gaborn se volvió hacia Iome.

—Podría estar diciendo que sí.

Pero cuando Iome miró a su padre a los ojos no distinguió lucidez alguna. No contestaba, era un galimatías.

Gaborn sacó un puñal, se acercó al rey, y cortó las ligaduras que lo ataban a la perilla de la silla.

El rey parecía hipnotizado por la daga e intentó cogerla.

—No toquéis la hoja —dijo Gaborn.

Sylvarresta no hizo caso y la agarró, cortándose, se quedó mirando la mano que sangraba, maravillado, aunque solamente se trataba de una herida superficial.

—Sujetaos a la perilla de la silla —ordenó Gaborn mientras envolvía la mano en la perilla—. Manteneos así.

—¿Creéis que funcionará? —preguntó Iome.

—No lo sé. Se aferra firmemente, puede que así se mantenga sobre el caballo.

Iome estaba indecisa entre el deseo de liberar a su padre, sin estorbos, y el de mantenerlo seguro, atado a la silla.

—Lo vigilaré —dijo Iome.

Dejaron a los caballos pastar entre la maleza dulce de un montículo durante algún tiempo. Entre los picos de las montañas rugían los truenos, Iome permanecía absorta, y comenzó a chispear. Una mariposa dorada revoloteaba cerca del caballo de Sylvarresta llamando la atención de este, quien estiró la mano cuando esta escapaba hacia la penumbra de los árboles.

Unos instantes más tarde, se internaron en las sombras del bosque. Allí los árboles ofrecían cierto cobijo de los chubascos pasajeros. Siguieron a la carrera durante otra hora, en la espesante oscuridad hasta llegar a un antiguo sendero junto a otro arroyo.

Mientras cabalgaban otra mariposa monarca apareció entre la hierba, el rey quiso tocarla y dijo algo:

—¡Alto! —gritó Iome desmontando de un salto.

Corrió hacia su padre que había ladeado el cuerpo en la silla atento a la respiración de su montura con el brazo alargado.

—¡Ma-ri-po-sa! —exclamó ante el insecto que se exhibía como si compitiera con los caballos—. ¡Ma-ri-po-sa! —dijo con los ojos llenos de lágrimas, lágrimas de felicidad.

Iome no observó pena alguna en la mirada de su padre, ni conciencia por la pérdida de facultades. Eran lágrimas de descubrimiento.

El corazón le saltó en el pecho y tomando la cara de su padre intentó abrazarlo. Esperaba que recobrar algo de inteligencia, lo suficiente para poder hablar, y lo había conseguido, si sabía una palabra podría aprender otras. Acababa de «despertar», ese momento en que el vínculo entre el nuevo consagrado y el señor se consolidaba, y los lazos del don se estrechaban.

Con el tiempo, su padre aprendería a decir su nombre e igual averiguaría cuán perdidamente lo quería; aprendería a controlar los esfínteres y a comer solo.

De momento, mientras intentaba acercarse a él, el rey vio la maltrecha cara de su hija, gritó asustado y se apartó.

Sylvarresta era un hombre fuerte, mucho más fuerte que Iome. Con tantos dones, se deshizo del abrazo y la empujó con tanta violencia que esta temió haberse roto la clavícula.

No le importaba, el dolor no restaba importancia a su gozo.

Gaborn retrocedió hacia donde estaban e, inclinado desde la silla, tomó la mano de Sylvarresta.

—Milord, no tengáis miedo —dijo tranquilizador.

Acercó la mano del rey a la de Iome y la colocó encima de la mano de la otra, dejó que la acariciara.

—¿Veis? Es agradable. Es Iome, vuestra hermosa hija.



—Iome... —pronunció la princesa—. ¿Recordáis? ¿Os acordáis de mí?

Si se acordaba, el rey no dio muestras de ello. Aún tenía los grandes ojos llenos de lágrimas y solamente le acariciaba la mano, nada más.

—Iome —interrumpió Gaborn—, debéis subir al caballo. Aunque no los oís, los mastines aúllan en el bosque, nos pisan los talones. No hay tiempo que perder.

A Iome le latía tan fuerte el corazón que temía que se le iba a parar. Las tinieblas no quedaban muy lejos. Había dejado de llover momentáneamente.

—Está bien —contestó y se subió a su montura. En la distancia los perros comenzaron a ladrar y, más cerca, algún lobo solitario alzó su voz como respuesta.

## Capítulo 27



### *Los desfavorecidos.*

**E**ntre las sombras de los abedules, Jureem observaba a los invencibles tirándose al suelo mientras se tomaba un corto descanso. Al otro lado de la loma, las montañas se torcían y replegaban como el metal, y los árboles se erguían colosales. Gaborn huía hacia la zona más lúgubre del bosque de Dunn.

Jureem conocía la región lo suficiente como para temerla al igual que los invencibles. Los mapas solamente mostraban un blanco donde debía estar el bosque del Oeste y en el centro un bosquejo de las Siete Moles Erguidas del bosque de Dunn. En Indhopal se contaba que el universo era una enorme tortuga y que sobre la grupa del animal se asentaban las moles y sobre ellas, el mundo. *Una absurda leyenda, pensaba Jureem, aunque interesante, ya que las antiguas crónicas decían que hacía algunos milenios, los duskin, señores del infierno, habían levantado las Siete Moles con el objeto de «sostener» el mundo.*

Los invencibles buscaban el rastro de Gaborn al pie de los abedules. Por alguna razón, no conseguían hacerse con la pista del príncipe. Los canes ladraban sin motivo con el hocico en el aire intentado olfatear el rastro.

Aquello no podía ser, el joven príncipe Orden llevaba a otros dos a caballo y el rastro del grupo debería de ser tangible en el ambiente, y las huellas de los cascos haber quedado plasmadas en el suelo. Ni siquiera Raj Ahten lograba oler el rastro del muchacho, y la tierra estaba tan seca y tan pedregosa que las pisadas no dejaban huella.

La mayoría de la cuadrilla se había quedado sin monturas, doce caballos muertos y algunos canes también. Los hombres que corrían a pie podían mantener el ritmo de Gaborn, pero se lamentaban de que el suelo era demasiado duro y que no podían andar bien.

Uno de los invencibles estaba sentado sobre un tronco y se había quitado una de las botas. Jureem vio los moratones en la planta del pie, terribles ampollas en los talones y los dedos. Aquellas inhóspitas colinas habían acabado con la mayoría de los caballos y los perros; y acabarían además con los hombres. Hasta ahora, Jureem había

sido muy afortunado y conservaba su montura aunque le dolían tanto las posaderas que no se atrevía a desmontar por si ya no podía volver a subir. Lo que era aún peor, temía que en cualquier momento su caballo reventara y si no podía seguir el ritmo de los invencibles, lo abandonarían allí mismo.

—¿Cómo lo hace? —se preguntaba Raj Ahten en voz alta.

Llevaban seis horas siguiendo a Gaborn, se maravillaba de cómo los había esquivado el príncipe, y siempre entre los abedules. En cada ocasión que le habían perdido la pista tuvieron que dar un rodeo hasta encontrar las pisadas. Cada vez se hacía más difícil dar con el rastro.

—Binnesman —dijo Jureem—. Binnesman lo oculta con algún conjuro suyo, lo protege.

Gaborn los conducía a donde ninguno quería ir.

Salim al Daub, uno de los capitanes de Raj Ahten, dijo solemnemente con voz dulce y afeminada:

—Oh, Luz del Mundo, quizá fuera mejor abandonar esta persecución inútil. Los caballos mueren, el vuestro perecerá.

El magnífico corcel de Raj Ahten comenzaba a dar muestras de cansancio aunque Jureem no creía que fuera a morir.

—Además —añadió Salim—, esto no es normal. Allí por donde pisamos el suelo se endurece, pero el príncipe galopa como el viento. A su paso caen hojas que ocultan su rastro. Ni vos podéis ya seguirle la pista. Estamos muy cerca del bosque embrujado. ¿No lo oís?

Raj Ahten permaneció en silencio, el bello rostro impasible mientras escuchaba. Como poseía cientos de dones de oído, cerró los ojos y escuchó al bosque.

Jureem se imaginaba que su señor podía oír a sus hombres escarbando el suelo, los latidos de sus corazones, su respiración, el ruido que les hacían las tripas.

Aparte de eso... sería todo silencio. Un puro y profundo silencio en los oscuros valles más allá. Jureem escuchó: ni pájaros trinando, ni ardillas parlotando, nada; un silencio de ultratumba como si los árboles estuvieran conteniendo el aliento expectantes.

—Lo oigo —susurró Raj Ahten.

Jureem percibía el poder del bosque y se maravillaba. Su señor temía atacar Inkarra precisamente por eso, porque poseía antiguos poderes ocultos, la fuerza de los arr. Sin embargo, aquí en Heredon la gente del norte vivía pegada al bosque y no aprovechaba la magia o no estaba en sintonía con ella. Sus antepasados sí formaron parte del bosque, pero, en la actualidad, los norteños se habían apartado de la tierra y habían olvidado toda la sabiduría de antaño.

O quizá no, Gaborn recibía ayuda del bosque. Raj Ahten había extraviado la pista del muchacho completamente.

Raj Ahten dirigió la vista hacia el Noroeste, mirando sobre los valles. Durante unos instantes, el sol brilló sobre el Señor de los Lobos mientras este escudriñaba uno

de los hondos valles en la lejanía.

Era allí donde parecía reinar el silencio.

—Gaborn se dirige hacia aquel lugar —afirmó Raj Ahten con certeza.

—Luz del Alba —suplicó Salim—. Haroun nos ruega que lo dejemos aquí. Intuye la presencia de espíritus maléficos. Vuestros tejedores agredieron al bosque y los árboles claman venganza.

Jureem no sabía por qué esto encolerizó a Raj Ahten. Quizá porque era Salim quien lo pedía; Salim había sido un excelente soldado durante mucho tiempo, pero había fracasado como asesino y ya no contaba con el visto bueno de Raj Ahten.

El Señor de los Lobos se acercó montado hacia Haroun, hombre de confianza, que se había sentado en un tronco y se había quitado los zapatos y ahora se frotaba los pies maltrechos.

—¿Deseas quedarte atrás? —preguntó Raj Ahten.

—Con vuestra venia, excelentísimo —rogó el herido.

Antes de que este pudiera moverse, Raj Ahten desenfundó la daga, se abalanzó sobre él y le atravesó un ojo. Haroun gritó sofocado e intentó levantarse, dio un traspié con el asiento y se desplomó hacia atrás atragantándose.

Jureem y los otros invencibles observaron a su señor, aterrorizados.

Raj Ahten preguntó:

—¿Alguien más quiere quedarse?

## Capítulo 28



### *Ante las Siete Moles Erguidas.*

**G**aborn galopaba a rienda suelta y aunque su montura era uno de los mejores caballos de cacería en Mystarria, aquella misma tarde se había desplomado, jadeante, con las orejas caídas, casi totalmente tumbado; serios indicios de fatiga. Después del incidente, sorteaba árboles o esquivaba el tojo de manera descuidada, permitiendo que las zarzas le arañaran las patas traseras y apoyando las pezuñas sin precisión. Si Gaborn no se detenía pronto, el corcel se lesionaría. Durante las últimas seis horas, habían recorrido unos doscientos kilómetros dando un rodeo hacia el sur y luego desviándose hacia el noroeste.

Gaborn estaba convencido de que los rastreadores de Raj Ahten ya habrían perdido algunas de sus monturas y solamente oía los ladridos de dos o tres perros. Incluso los canes de guerra de Raj Ahten comenzaban a agotarse; lo suficiente, esperaba, para cometer errores.

Siguió adelante y condujo a Iome por un desfiladero cuando ya empezaba a oscurecer, pero veía bastante bien, como si el ojo brillante que Binnesman le hubo aplicado la noche anterior aún surtiera efecto. Esto lo dejó asombrado, puesto que esperaba que hubiera perdido toda su fuerza hacía tiempo.

No tenía ni idea de dónde estaban, ni de cómo había llegado hasta aquel lugar pero se internó en un hondo barranco cubierto de pinos bastante despreocupadamente.

Allí descubrió algo que no se esperaba tan adentrado en el bosque de Dunn, una antigua senda de piedra. Con los años, las agujas de los pinos lo habían ido tapando y los árboles crecían en medio del camino. Y con todo, cuando más se internaban en el desfiladero mejor se podía seguir el camino.

Realmente era una curiosa senda, demasiado estrecha para incluso un carro pequeño, como si hubiera sido construida para gente diminuta.

Iome tampoco se esperaba aquello ya que la contemplaba con los ojos abiertos, mirando aquí y allá, con las pupilas dilatadas en la oscuridad.

Todo era silencio mientras continuaban la marcha durante otra media hora, los

árboles eran inmensos. El trío descendió de la pinada a un huerto de enormes robles, los árboles más grandes que Gaborn jamás había visto o imaginado, alzándose majestuosos sobre sus cabezas, las ramas crujían suavemente en la noche.

Incluso las ramas más bajas estaban situadas a una altura de unos veinticuatro metros. La usnea colgaba de las ramas como amplias cortinas, de unos nueve o doce metros de longitud.

Entre los troncos de los árboles de la ladera, Gaborn distinguió unas luces intermitentes. En la pared de la roca había unos diminutos agujeros excavados. Un guerrero ferrin pasó corriendo entre la luminosidad, meneando la cola.

Ferrin salvajes, que se alimentaban de bellotas y champiñones. Algunos habitaban las cuevas en lo alto y otros los troncos de los árboles. Las luces entre las ramas y los troncos provenían de sus lámparas. Los ferrin de ciudad no solían hacer hogueras ya que el resplandor atraía a los hombres, que los expulsaban de las madrigueras. Por alguna razón, la presencia de ferrin salvajes consolaba a Gaborn.

Aguzó el oído, pero no percibió rumor alguno de persecución, solamente el torrente de un río a su diestra que descendía por el barranco.

El sendero continuaba su descenso.

Los árboles eran cada vez más vetustos y vastos, ninguna otra planta crecía bajo estos colosos; ni tojo, ni arce de vid trepadora. El esponjoso suelo estaba cubierto de abundante musgo donde no había rastro alguno de pisadas.

Mientras seguían avanzado al trote Iome gritó y señaló algo en la distancia delante de ellos. Oculta entre las sombras, se agazapaba una figura gris: un corpulento hombre sin barba que los observaba con enormes ojos.

Gaborn llamó al anciano, pero este se disipó como la neblina bajo el sol.

—¡Un tumulario! —chilló Iome—. El fantasma de un duskin.

Gaborn nunca había visto un duskin, ningún humano lo había hecho. Aunque aquello parecía el fantasma de un hombre más bien; demasiado rechoncho y redondo.

—Si es el espíritu de un duskin, estamos de buenas —comentó Gaborn, intentando poner al mal tiempo buena cara—. Los duskin estuvieron al servicio de nuestros antepasados.

Aunque Gaborn no creyó ni por un segundo que todo fuera bien, picó espuelas para ir algo más rápido.

—¡Esperad! —dijo Iome—. No podemos seguir adelante. He oído hablar de este lugar, existe una antigua carretera de los duskin que conduce a las Siete Moles Erguidas.

Gaborn se estremeció ante la noticia.

Las Siete Moles Erguidas marcaban el epicentro del bosque de Dunn y formaban su núcleo energético.

Pensó que lo mejor sería poner pies en polvorosa, pero ansiaba llegar al centro, los árboles lo llamaban.

Nuevamente aguzó el oído, nada, nadie les seguía la pista. En la distancia los

árboles se agitaban con el viento, decían algo... no podía distinguir bien el qué.

—No queda mucho —le dijo a Iome mojándose los labios.

El corazón se le aceleró porque sabía que era cierto, no quedaba mucho para alcanzar aquello, cualquier cosa que fuera.

Comenzó a avanzar a medio galope intentado recorrer la mayor distancia posible bajo la luz del crepúsculo.

A lo lejos escuchó un ruido áspero, como un fuelle. A Gaborn se le heló la sangre, nunca había percibido tal sonido aunque lo reconocía al haber escuchado descripciones de terceros. Era el ronquido del aire filtrándose en los pulmones de un reaver.

—¡Alto! —gritó con el deseo de dar media vuelta a su montura y retirarse.

Casi de inmediato oyeron un grito humano, era Binnesman que decía:

—¡Deteneos! ¡Deteneos, os digo!

Sonaba aterrado.

—¡Arre! —exclamó Gaborn.

Galopaba como el viento, los cascos de su corcel pateaban el sendero cubierto de moho bajo las negras ramas de los robles.

Desenfundó el martillo de armas y clavó las espuelas en las costillas de su desvencijada montura con los talones.

Hacía unos mil seiscientos años, Heredon Sylvarresta había abatido a un hechicero reaver en el bosque de Dunn clavándole una lanza en el paladar. La hazaña se convirtió en leyenda.

Gaborn no llevaba lanza y no sabía si un hombre podría matar a un reaver con un martillo.

—¡Esperad! ¡Deteneos! —gritó Iome.

Más adelante, el camino descendía bruscamente por la interminable quebrada. Cuando Gaborn alzó la vista entre las ramas le dio la impresión de que en lo alto y a su alrededor todo era infinito.

Que la tierra os oculte... recordaba las palabras ahora. Iome y su padre fueron en pos de Gaborn, parecía que este iba a ser engullido en la panza de la tierra.

Galopaba bajo los enormes robles que se cernían sobre él más grandes de lo que podía imaginar. Se preguntaba si estos eran milenarios. De repente, vio el final del camino justo delante, de allí provenía el bronco sonido del reaver.

A unos cien metros, a un lado, unas deformes rocas formaban un círculo. Sombrías y misteriosas, parecían siluetas de hombre a medio esculpir. Gaborn se acercó hacia ellas bajo la luz de las estrellas, precipitándose entre los brunos árboles.

Algo no andaba bien. Apenas hacía unos instantes que en lo alto de la colina el sol se ponía, era la hora del crepúsculo. Pero allí, en aquel abismo rodeado de empinadas montañas, parecía ser completamente de noche, aunque las estrellas brillaban espléndidas.

A pesar de que la leyenda designaba aquel lugar como las Siete Moles Erguidas,

quizá no era el nombre más apto ya que solamente quedaba una mole en pie, la más próxima a Gaborn, a la cual hacía frente. Sin embargo, era algo más que una roca, podía haber tenido forma humana cuyos rasgos el tiempo había erosionado y desconchado. La estatua resplandecía tenuemente como dotada de luminiscencia verdosa producida por el líquen. Las otras seis moles, todas de diseño parecido, parecían haberse desplomado en aciagas eras pasadas; todas tumbadas de espaldas.

Se asemejaban las unas a las otras, pero no eran iguales: la cabeza de una ladeada, la pierna de otra en el aire, otra parecía que quería escapar a gatas.

Un haz de luz restalló procedente de lo que Gaborn había creído un pedrusco gigante, un haz de fuego que alcanzó la estatua que quedaba en pie. Este notó que el pedrusco se movía, dando un paso, a continuación otra explosión, un haz de escarcha congeló el aire y rajó los bordes de la estatua y los hizo añicos.

Un enorme hechicero reaver plantado delante de la roca se giró hasta quedar de cara a Gaborn.

Binnesman gritó:

—¡Cuidado, Gaborn!

Gaborn no veía al viejo mago, sino que lo primero que distinguió fue la cabeza del reaver, un conglomerado de dientes cristalinos que brillaban como hielo en la noche al abrir la boca.

No tenía antepasados en común con el ser humano, no se parecía a ninguna otra criatura sobre la faz de la tierra ya que los reaver habían evolucionado en el averno. Eran descendientes de organismos formados en charcas de lava hacía innumerables siglos.

A pesar de ir montado, la primera impresión de Gaborn fue el descomunal tamaño de la criatura: de los pies a los hombros medía cinco metros y tenía una colosal cabeza coriácea, del tamaño de una pequeña carreta, enhiesta entre los hombros. No tenía ojos, orejas o nariz; solamente una fila de pelillos sensores que rodeaban la nuca y seguían el contorno de la mandíbula como una gran melena.

El reaver andaba a cuatro patas, cada una aparentemente de hueso ennegrecido, tan ágilmente como una cucaracha; patas que mantenían el esbelto abdomen a cierta altura del suelo. Cuando Gaborn se acercó levantó con actitud amenazante los colosales brazos en los que sostenía una estalagmita que le servía de arma, un largo báculo de ágata transparente. La estalagmita ardía gracias a las runas de fuego que llevaba marcadas, el temible símbolo de los tejedores de llamas.

Gaborn no temía a los glaciales dientes, ni a las mortíferas garras en los extremos de los brazos largos. Los reaver eran guerreros crueles y magos malignos.

De hecho, las artes mágicas de los señores de las runas eran imitación de la magia de los reaver. Cuando fallecía uno de ellos, los otros de su especie consumían el cuerpo del muerto, absorbiendo así todos sus conocimientos, fuerza y magia acumulada. Y de todos los reaver, los hechiceros eran los más temibles, puesto que habían amasado los poderes de cientos más.



Este embistió a Gaborn de lado mientras el príncipe, que cargaba a caballo, percibía el ronquido del aire que escapaba por las agallas de la espalda. En esa exhalación oyó un susurro, una fórmula mágica.

Gaborn gritó con todas sus fuerzas utilizando su don de voz; había oído contar que algunos guerreros de voz potente conseguían aturdir a otros simplemente con un grito.

Aunque Gaborn no poseía tal don, sabía que los reaver detectaban movimiento (ya fueran ruidos o vibraciones bajo la tierra) y esperaba poder confundir al monstruo, cegar lo mientras arremetía contra él.

La bestia apuntó la estalagmita hacia Gaborn, siseó impetuoso, y lo atravesó con un haz invisible de frío, algo que escocía como el más crudo de los inviernos. El aire en su entorno se congeló y Gaborn levantó el escudo.

La leyenda contaba que los conjuros de los mejores tejedores podían extraer todo el calor del cuerpo de un hombre al igual que lo hacían del fuego o del sol, podían succionar los pulmones y el corazón de un hombre y dejarlo helado en un día soleado.

Aunque este tipo de encantamiento era tan complejo que requería mucha concentración y, por lo que Gaborn conocía, ningún tejedor dominaba ese conjuro.

Al notar los efectos del golpe, se tiró de la silla, desmontando a galope tendido. El frío le había calado hasta los huesos y cortado la respiración; mientras se abalanzaba sobre su contrincante dejó que su cuerpo escudara el embate.

—¡No! ¡Retroceded! —gritaba Binnesman detrás del círculo de estatuas caídas.

Gaborn respiró hondo y cargó contra el monstruo. El reaver no dejaba rastro, casi nunca lo hacían, ya que solían imitar el aroma del terreno en el que se desplazaban.

Extremadamente furioso, el hechicero reaver resoplaba como un fuelle; expulsaba el aire por el torso sibilante.

La montura de Gaborn se tambaleó bajo el haz de frío, cosa que este aprovechó para saltar sobre la bestia abatida, se precipitó sobre el reaver a la altura del estómago haciendo girar el martillo con todas sus fuerzas. El reaver intentó retroceder y empalarlo con la estalagmita, pero Gaborn esquivó la estocada y le dio impulso al brazo, desplomando el martillo en la piel gris y correosa del reaver. Rápidamente, extrajo el peto del arma y comenzó los movimientos giratorios del brazo por segunda vez con la intención de clavárselo en la herida y hacerla más profunda.

Gaborn consiguió asestarle un golpe en la gran zarpa, le perforó uno de los talones y la cabeza de hierro; arremetió contra el báculo ardiente y destrozó la estalagmita de ágata completamente. Entonces, de la garra del reaver surgió una llama, una ráfaga ardiente, que rajó el mango de madera del martillo.

Iome se acercó a Gaborn a la carrera y empezó a gritarle a la bestia, mientras el rey Sylvarresta correteaba por el flanco izquierdo. El tumulto y los caballos en torno a él lograron confundir al monstruo de tal manera que sacudía el arma en todas direcciones.

Gaborn no llegó a ver lo que ocurrió después ya que, en cuestión de un segundo, el reaver decidió huir pasándole por encima de tal modo que el enorme abdomen de este lo derribó. Gaborn cayó al suelo de espaldas, sin resuello, mientras el otro se escabullía y este se preguntaba si moriría después de aquella embestida. Una vez cuando era niño se había caído de la silla mientras practicaba la justa y un caballo totalmente acorazado le pasó por encima, pero este reaver superaba con creces el peso de aquel corcel.

Gaborn oyó el ruido que produjeron las costillas al romperse y vio las estrellas, tuvo la sensación de caer como una hoja que gira al precipitarse en un hondo e infinito vacío.

Cuando recobró el conocimiento, los dientes le castañeaban y bajo la nariz percibió un dulce olor a hierbas. Binnesman le frotaba el pecho bajo la loriga con tierra curativa mientras recitaba:

—La tierra os cure, la tierra os cure.

La tierrecilla le calentaba el cuerpo y, aunque aún estaba totalmente helado hasta la médula, la tibia cataplasma curativa parecía aliviarle las heridas.

—¿Vivirá? —preguntó Iome.

Binnesman asintió con la cabeza.

—En esta zona los poderes de la tierra son bastante curativos. ¿Veis como ya abre los ojos?

Gaborn parpadeó con la mirada fija como si no entendiera, no podía enfocar los ojos. Intentó mirar a Binnesman, pero aquello requería demasiado esfuerzo.

El viejo hechicero, apoyado sobre su báculo de madera, se inclinaba sobre Gaborn; tenía un aspecto horrible, la cara manchada de mugre y de sangre, los ropajes chamuscados y la mano congelada, como pudo comprobar el mago al tocarle.

El reaver también había intentado matar a Binnesman.

La expresión de su semblante era de dolor y conmoción, temblaba, cada arruga de la cara mostraba terror.

La estatua que quedaba en pie resplandecía de manera intermitente. La arremetida de hielo había destrozado las aristas y la había rajado. Gaborn permaneció tumbado unos instantes, notaba un helor punzante en el aire, producto de la brujería del mago reaver.

En la distancia aullaron los canes de guerra... Binnesman susurró:

—¿Gaborn?

La estatua parecía estar temblando y la vieja cara, mitad humana, esculpida en la roca lo miraba fijamente. Gaborn creyó que le fallaba la vista, aunque en aquel momento, se extinguió la luz en el interior de la estatua, ennegreció, como una vela recién apagada.

Un estampido ensordecedor rasgó el aire.

—¡No! ¡Todavía no! —gritó Binnesman mirando hacia la mole.

Como a despecho de la súplica de Binnesman, la mole se partió en dos y se desplomó, la cabeza rodó hasta los pies de Gaborn. La tierra soltó un gemido como si fuera a partirse también.

Gaborn recuperaba la claridad de ideas lentamente, observó la estatua a menos de tres metros de distancia y escuchó los aullidos de los perros.

*Las Siete Moles Erguidas se han derrumbado, pensó. Las moles que sostenían el mundo.*

—¿Qué... sucede? —dijo jadeante.

Binnesman lo miró a los ojos y dijo en voz baja:

—Puede que el fin del mundo.

## Capítulo 29



### *Un mundo perdido.*

**B**innesman seguía inclinado sobre el príncipe y examinaba las heridas de este.

—Luz —refunfuñó el mago.

Del báculo mágico emanaba una tenue luz verde que no eran llamas, sino el resplandor de cientos de luciérnagas agrupadas en el pomo. Algunas revolotearon en torno al rostro de Binnesman.

Ahora Gaborn apreciaba la cara del anciano claramente: tenía la nariz ensangrentada y las mejillas salpicadas de barro. Aunque no parecía estar gravemente herido, parecía realmente angustiado.

Binnesman sonreía lúgubrementemente a Gaborn y a Iome, torció una oreja para escuchar los ladridos de los perros en el bosque.

—Vamos, amigos. Entremos en el círculo donde estaremos más seguros.

Iome no necesitaba que le insistieran mucho, agarró las riendas de su caballo y las de su padre y los condujo entre las estatuas caídas.

Gaborn se puso de rodillas, le dolían tanto las costillas que respirar era agonía. Binnesman brindó su hombro a Gaborn y con dificultad caminaron hasta el círculo. El corcel del príncipe ya había entrado y pacía entre la hierba rasa apoyándose sobre la pata delantera derecha. Gaborn se sintió agradecido de que su montura hubiera sobrevivido el conjuro del mago reaver.

Sin embargo, era reacio a entrar en el círculo, intuía el poder de la tierra. Aquel antiguo y sombrío lugar, enemigo de los que no pertenecieran en él.

—Venid, Hijo de la Tierra —lo instó Binnesman.

Iome caminaba muy rígida, mirándose los pies, aparentemente nerviosa debido al poder que emanaba del suelo. Gaborn también sentía la poderosa energía, tan palpable como el calor del sol en la piel, que arreciaba bajo sus pies y reanimaba cada célula de su ser.

Se arrodilló para quitarse las botas y absorber mejor aquella sensación. Dentro del círculo, la tierra desprendía un fuerte olor mineral. Y aunque estaba cercado por colosales robles, más grandes de lo que jamás había visto, ninguno crecía cerca de su

epicentro, solamente algunos arbustos de bayas blancas crecían allí. Un fuerte y recio olor no permitía que nada más floreciera. Gaborn se descalzó y se sentó sobre la hierba.

Binnesman permaneció de pie mirando a su alrededor como un guerrero que otea el campo de batalla.

—No temáis —susurró—. Este es un lugar de mucha potencia para los guardianes de la tierra.

No obstante, no sonaba muy convencido de ello ya que había estado luchando contra el reaver y había perdido.

Binnesman rebuscó en el bolsillo de la toga y extrajo unas hojas de cáñamo con forma de pica, las chafó y las arrojó.

Por la antigua senda, se oían los ladridos furiosos de los canes de guerra, agudos alaridos que hacían eco entre las extremidades de los robles milenarios. El estrépito le produjo escalofríos a Gaborn.

Sentado y con la cabeza dándole vueltas dijo:

—Los árboles me guiaron hasta aquí.

Binnesman asintió.

—Yo se lo pedí. Y lancé encantamientos protectores para evitar que Raj Ahten os siguiera. Aunque a tanta distancia, no han servido de gran cosa.

—¿Por qué los árboles me llaman por otro nombre? —inquirió Gaborn—. ¿Por qué me llaman Erden Geboren?

—Son viejos y olvidadizos —explicó Binnesman—. Pero recuerdan a su rey todavía puesto que este bosque es leal a Geboren y vos os parecéis a él.

»Además, se suponía que vuestro padre os iba a bautizar con el nombre de Erden Geboren.

—¿Qué quieres decir con «se suponía»?

Binnesman respondió:

—Los señores del tiempo predijeron que cuando cayeran las Siete Moles Erguidas, Erden Geboren volvería aquí con su guardián de la tierra y un séquito de príncipes y monarcas fieles para ser coronado, para planificar el fin de una era, con la esperanza de que la humanidad sobreviviría.

—¿Me hubieras ungido como rey? —preguntó Gaborn.

—Si no se hubiera torcido el asunto —contestó Binnesman.

—¿Y Raj Ahten?

—En un mundo ideal, hubiera sido uno de vuestros adeptos más fervientes. Los obalines lo han conducido hasta aquí al igual que a vos y al rey Sylvarresta —explicó Binnesman señalando la abatida criatura en forma de estatua con la cabeza.

Gaborn nunca había oído el término «obalín», pero así se denominaba a las moles.

—Gaborn, corremos tremendo peligro. Las cosas no son como debieran: todos los monarcas de Rofehavan y de Indhopal deberían estar presentes esta noche. Los

hombres que deberían haber sido héroes de la guerra que se avecina han muerto o se han consagrado a Raj Ahten. Todos los Elementos participarán en esta guerra aunque los protectores de la Tierra son pocos y débiles.

—No te entiendo —dijo Gaborn.

—A ver si me explico, cuando llegue Raj Ahten...

Inesperadamente, las opacas siluetas de los mastines irrumpieron entre los árboles, ladrando violentamente. Detrás de los perros, aparecieron al instante hombres y unos cuantos caballos, algunos hombres aún conservaban las monturas; las otras habían ido desplomándose por el camino durante la batida. Junto a los caballos, marchaban unos doce soldados. El hecho de que esa docena de invencibles hubiera resistido durante tanto tiempo, bajo el peso de las armaduras, atravesando un terreno poco indulgente, puso a Gaborn nervioso. Esos guerreros serían increíblemente resistentes.

Los estridentes perros se acercaron corriendo a unos treinta metros de las moles caídas; con las máscaras de rojo chillón, gruñían y saltaban como si defendieran un muro; parecían sombras arrojadas por una hoguera chispeante. No se acercarían demasiado por temor al cáñamo de Binnesman, algunos merodeaban entre las estatuas.

—¡Silencio! —ordenó Binnesman. Los feroces mastines se encogieron y metieron la cola entre las patas traseras, sin atreverse siquiera a gimotear.

Jureem siguió a su señor hasta el círculo de piedras tumbadas. El semental de aquel sudaba, calado como si hubiera vadeado un río, con los pulmones funcionando como fuelles. No habría sobrevivido otros diez kilómetros.

Jureem quedó algo asombrado al comprobar que las monturas del príncipe Orden aún vivían, que cojeaban entre las derribadas estatuas.

Un extraño aroma a humo, hielo y polvo anegaba el aire.

Raj Ahten clavó los ojos en Gaborn, con la mirada ladeada, como si buscara algo concreto.

Jureem advirtió que algo no encajaba. Las Siete Moles abatidas, siluetas amorfas de hombres deformados, agonizantes. El aroma a humo y hielo indicaba que allí había tenido lugar alguna refriega. Binnesman estaba herido, sucio y con la cara ensangrentada.

En lo alto, soplaba una ligera brisa que mecía los gigantescos robles, los cuales chirriaban mientras saludaban a las estrellas. Dentro de aquel ruedo, brillaba una tenue luz.

El guardián de la tierra estudiaba a los hombres de Raj Ahten bajo las pobladas cejas, con la luz estelar reflejada en la barba desgredada; seguro de sí, mugriento y manchado de sangre, demasiado seguro de sí. Jureem deseaba que los tejedores de llamas estuvieran allí, había sido un error adentrarse en aquel bosque sin ellos.

Finalmente, Raj Ahten se deslizó por la grupa de su desvencijada montura y se

quedó de pie, sujetando las riendas del animal, sonriente.

—Príncipe Orden —dijo seductoramente mientras sus hombres rodeaban su presa—. Aquí concluye la cacería. No me temas, ya no tendrás que huir más. Acércate, amigo mío.

Jureem sentía la irresistible atracción de aquella voz. Sin duda, el príncipe se acercaría a la Gran Luz.

No obstante, Gaborn no cedió un milímetro.

—Princesa, ¿al menos tú no te negarás? —preguntó el Gran Señor.

A Jureem le satisfizo el hecho de que Iome movía los pies, no podía resistirse a aquella voz tan convincente.

—Nadie se acercará a vos —dijo Binnesman, interponiéndose entre Raj Ahten e Iome—. No podéis adelantaros más, al igual que vuestros perros o vuestros soldados.

Binnesman chafó algunas hojas con la mano amenazadoramente... Cáñamo. Incluso en manos de cualquiera, el cáñamo era tan efectivo para deshacerse de los perros como el Sello de Salomón repelía a las cobras. Los hombres de Raj Ahten apostados junto a las estatuas comenzaron a retroceder. Aunque no los mataría, el olfato canino que poseían temía el aroma de la planta.

—¿Por qué has venido aquí? —exigió Raj Ahten—. Esto no te incumbe. Márchate ahora mismo y nadie te hará daño.

—Aún más importante es la razón por la cuál vos os presentáis aquí —dijo Binnesman—. Sois rey entre los hombres, ¿oísteis el reclamo de los árboles?

—No oí nada —negó Raj Ahten.

Pero Binnesman negó con la cabeza.

—Este lugar está protegido por runas de ocultación, potentes runas. Nadie podría llegar hasta aquí por sí solo. Algún Elemento os trajo.

Asintió con complicidad y con tono despojado de antagonismo.

—Quizá... oyera un susurro, guardián de la tierra —dijo Raj Ahten—. Pero muy débil, como las voces de los muertos.

—Bien, eso quiere decir que poseéis fuertes poderes terrestres y únicamente ellos pueden protegernos. El final de nuestra era es inminente. Si los nuestros han de sobrevivir, debemos comulgar. La Tierra os ha llamado, Raj Ahten, al igual que llama a los que habéis esclavizado. ¿La oís ahora?

Binnesman estaba relajado y escrutaba la recóndita mirada de Raj Ahten.

—Lo noto —dijo este—. Este rincón posee la fuerza del Elemento al cual sirves, Binnesman.

Binnesman se apoyó en el báculo. El resplandor de las luciérnagas iluminaba el rostro del herbolario, que desprendía un brillo metálico, un curioso tono. Puede que Binnesman hubiera sido humano, pero su devoción a la Tierra había drenado parte de esa cualidad humana. Jureem sabía que el mago era tan ajeno a los humanos como los frowth o los ferrin.

—¿Y vos, podríais servir a este Elemento? —preguntó Binnesman—. ¿Algo más

extraordinario que vos mismo?

—¿Por qué debería? —inquirió Raj Ahten—. Los tejedores me piden una y otra vez que me entregue al servicio del Fuego. No tengo por qué hacerlo, los hombres no sirven a los Elementos.

Binnesman ladeó la cabeza como si estuviera escuchando las palabras de Raj Ahten atentamente.

—Pero sí lo hacen, y a menudo, cuando persiguen el mismo propósito. Los Elementos ayudan a cambio a quienes les prestan apoyo.

—Bueno, de mala gana devuelven el favor, eso sí lo hacen.

Binnesman asintió.

—Me inquieta vuestra poca fe —dijo el mago, enarcando una ceja.

—Y a mí me preocupa tu inagotable fe —respondió Raj Ahten.

Binnesman enarcó una de las pobladas cejas.

—Os ruego que me disculpéis si os he ofendido, no era esa mi intención.

Raj Ahten torció la cabeza para estudiar al joven Gaborn.

—Dime, guardián de la tierra, ¿qué tipo de encantamiento es este que me impide ver al príncipe? En vez de a él, veo rocas o árboles cuando lo miro. Tal conjuro me sería de gran utilidad.

Jureem se asombró ante la extraña pregunta puesto que el príncipe era visible, no llevaba ni máscara ni manto algunos.

—Nada, una nimiedad —respondió Binnesman—. Pero queríais averiguar por qué os he conducido aquí. Confieso que lo hice, fui yo, quiero pedir os una cosa.

—¿El qué? —Quiso saber Raj Ahten.

Binnesman señaló las moles esparcidas por el suelo.

—Estas son las Siete Moles Erguidas del bosque de Dunn. Sin duda, las conoceréis. Incluso sabréis que el que se desplomen supone muy mal augurio.

Esto lo dijo el mago con tristeza, como si sintiera una gran pena.

—Las veo —dijo Raj Ahten—. En tu idioma son los obalines, en el mío coar tangyasi, las Moles Vigilantes, o, al menos, eso cuentan los antiguos manuscritos. Se cuenta que los duskin las construyeron como talismán de la humanidad.

—Correcto —afirmó Binnesman—. Entonces, ¿conocéis los antiguos manuscritos? Así pues, sabréis que los duskin eran magos de gran capacidad y mis artes no valen nada en comparación. Sus poderes eran los de la corteza de la tierra, los que moldeaban las cosas, lo que preservaban. Mis poderes son superficiales, el uso de las hierbas y las plantas.

»Hace mucho, los hechiceros reaver entablaron una guerra en el averno y degollaron a los duskin, quienes no pudieron defenderse adecuadamente. Los duskin sabían que los reaver acabarían con ellos y que intentarían acabar con los humanos y, por lo tanto, intentaron protegernos, darnos tiempo para madurar. Así, erigieron los obalines en el bosque de Dunn y les infundieron vida.

»Pasado un tiempo, pasaron a llamarse las Siete Moles Erguidas, con sus ojos



petrificados vigilaban los lugares más sombríos del mundo por nosotros.

»A menudo, los obalines han susurrado al oído de nuestros reyes, advirtiéndoles de la presencia de los reaver. Aunque esas voces únicamente las pueden oír aquellos que comulgan con la Tierra. Por tanto, entre los hombres, solamente los más sensibles a los poderes terrenales son proclamados reyes.

»Sin duda, Raj Ahten, habéis sentido la necesidad imperiosa de enviar a vuestros soldados a luchar contra los reaver. Sois un experto desbaratando sus planes... ¡Hasta ahora! La infancia de la humanidad ha terminado. Los magos reaver del infierno andan sueltos.

Raj Ahten había permanecido de pie durante la lección magistral de Binnesman, pensativo.

—Me he enfrentado a los reaver bastante en el pasado, pero me temo que pones mucha fe en estos pedruscos. Los duskin nunca imaginaron que habría señores de las runas, ni adivinaron el poder que estos ejercerían. ¿Qué importancia tiene que una piedra se derrumbe en el bosque de Dunn? Es lo mismo que una hoja que cae al suelo.

—No habléis tan a la ligera de ellas. Son mucho más que pura roca, los obalines, mucho más —dijo Binnesman, bajando la mirada con veneración—. Pero vos, Raj Ahten, deberíais temer la invasión de reaver en vuestras fronteras. Quizá no adivináis la magnitud de tal amenaza. En vida, se podía aprender mucho de los obalines con tocarlos. A lo mejor no sabéis esto: los reaver están en Kartish.

Kartish era donde estaban las minas de metal de sangre. Si los reaver tomaran el control...

Binnesman continuó:

—Sois tan ingenuo que os aliáis con los tejedores de llamas, porque son tremendos guerreros. Sin embargo, no es una casualidad que los reaver también sirvan al Fuego, ni es casualidad que uno de ellos estuviera aquí e hiriera de muerte al último de los obalines con el objeto de acelerar la extinción del hombre.

Binnesman se volvió de espaldas a Raj Ahten, como si ya no le importara hablar con él y dijo:

—Sin embargo, los tejedores ostentan poderes mayores.

Raj Ahten dio un paso en dirección al príncipe cautelosamente, como si pensara en agredirlo. Entre todos aquellos soldados, Raj Ahten era el único que no poseía dones de olfato caninos, con lo cual era el único que podía soportar el olor a cáñamo. Indudablemente, el herbolario y su cortejo no eran nada en comparación a Raj Ahten.

—¡Alto! —exclamó Binnesman girando sobre los talones—. Que ningún hombre piense que puede hacer daño a otro en este lugar cargado de poderes terrenales, que han de emplearse para defender la vida, conservarla, no destruirla.

Ante el asombro de Jureem, Raj Ahten detuvo su avance y enfundó el arma. Mientras el canciller meditaba sobre todo aquello se fijó en que Binnesman había hablado con un tono muy persuasivo: «Que ningún hombre piense que puede hacer

daño a otro en este lugar...».

Binnesman sostuvo la mirada de Raj Ahten.

—Decís que necesitáis mi ayuda para derrotar a los reaver. Muy bien, os ayudaré si os unís a mí. Abandonad los marcadores, uníos a nuestra causa de servir a la Tierra, Raj Ahten. Dejad que los poderes de esta os alimenten.

Raj Ahten hizo una contraoferta:

—Convence al rey Orden para que me devuelva los marcadores y entonces veremos...

Binnesman negó con la cabeza tristemente.

—Creo que incluso entonces no os uniríais a nosotros. El ansia de gloria por derrotar a los reaver es más fuerte en vos que el deseo de aniquilarlos.

Gaborn se adelantó y dijo con gravedad:

—Por favor Raj Ahten, atended a razones. La Tierra os necesita. Entregaos a ella, como yo lo hago. Estoy seguro de que si hablo con mi padre podríamos encontrar una solución y repartir los marcadores entre ambos reinos y así ninguno temería al otro.

Gaborn permaneció allí, tembloroso, como si temiera incluso aquella proposición. Evidentemente, el joven dudaba de su capacidad para ejecutar el proyecto. Aunque parecía decirlo en serio, tanto como el mago.

Raj Ahten rechazó la oferta de Gaborn sin decir nada y se dirigió a Binnesman:

—Tienes razón, no me uniré a vosotros, guardián de la tierra. No porque busque honor y gloria, sino porque tú estás al servicio de reptiles y roedores tanto como al del hombre y no me fío de ti. Mis asuntos no te incumben.

Al mencionar a los reptiles y roedores lanzó una mirada de desprecio hacia el joven príncipe Orden.

—Ah, pero los asuntos de la humanidad sí me interesan mucho —dijo Binnesman—. En mi opinión, los hombres no son más importantes que los ratoncillos de campo, pero ciertamente no lo son menos.

Raj Ahten de nuevo utilizó su seductora voz:

—Entrégate a mí.

Binnesman subió de un salto sobre uno de los obalines caídos con la agilidad de un hombre joven, echó un vistazo entre las florecillas blancas que brillaban bajo la luz estelar en el interior del círculo y, con un gesto, ordenó al príncipe Orden y a los otros que retrocedieran.

—Vos únicamente queréis utilizarme como arma —dijo Binnesman a Raj Ahten—, pero mis poderes únicamente sirven para proteger. Mostráis poca fe en las artes terrestres. Pues bien, dejadme que os muestre un arma...

Jureem creyó que el hechicero descubriría algún otro bastón mágico escondido entre la hierba o alguna antigua e invencible espada.

El talante de Binnesman se tornó lúgubre y comenzó a revolver el báculo por encima de la cabeza dibujando tres arcos lentamente tras lo cual apuntó el bastón a unos metros de distancia y, repentinamente, quedó desenterrada toda una franja de

hierba.

En el suelo bruno, Jureem distinguía algo que parecían huesos, alguna antigua sepultura de otra era, que había ido descomponiéndose con el tiempo. Aunque al fijar mejor la vista, Jureem comprobó que no se trataba de huesos, sino de simples piedras, ramitas y raíces enterradas y que, aparentemente, formaban la silueta de una persona. Este fue el primero en verlo, mientras Binnesman acercaba una piedra con forma de cabeza; amarillentos colmillos de jabalí dispuestos en torno a un cráneo de piedra, parecían enormes dientes. Dos oscuros agujeros hacían de órbitas de los ojos.

El canciller examinó aquello y vio que los huesos de las manos no eran más que piedrecillas y astas de bueyes que hacían las veces de garras espatarradas.

Todas estas piedras y demás ramas de los árboles formaban el esqueleto de un extraño hombre, los zarcillos que deambulaban entre las piedras y palos parecían venas que recorrían la estructura ósea, curiosas ramificaciones.

Binnesman alzó el báculo y los robles de las colinas comenzaron a sisear bruscamente. El viento azotaba las ramas más altas con lo que las hojas parecían tener voz. Aunque allí, en aquel claro, reinaba la calma.

Jureem estaba aterrorizado, sentía el poder de la Tierra despertarse bajo el suelo de aquella pequeña parcela en respuesta a una taciturna pregunta.

Binnesman agitó su báculo en el aire otra vez dibujando círculos lentamente mientras recitaba:

Guerra que se cobra la paz destruida,  
aquí en el bosque.  
La Tierra respira, nace la Vida,  
por alianzas de antaño.

Binnesman cesó los movimientos y miró fijamente el montón de rocas y madera, jadeante, como si aquello le hubiera costado caro.

La melodía de su canto se desvanecía mientras mantenía la mirada clavada en el suelo. Luego susurró sin apartar la vista del suelo:

—Soy servidor de la Tierra, siempre lo seré. Entrego mi vida y doy vida a mi creación, doy una parte de la vida que he perdido.

En aquel instante, se produjo una horripilante transformación. Una luz de color verde esmeralda se encendió rutilante en el pecho de Binnesman, una bola resplandeciente que explotó y se estrelló contra el suelo delante de él como si fuera un cometa.

En aquel momento, infinito en el tiempo, Binnesman gritó de dolor y se aferró al báculo, apoyándose para mantenerse erguido. Las luciérnagas revoloteaban y zumbaban en torno a él. Jureem veía al mago en la claridad.

El cabello de Binnesman, que era de color castaño con mechaz canosas, se tornó plateado en la noche, y el mago descansaba sobre el bastón como un anciano. El manto verde mudó su color a rojo, como el tono rojizo de las hojas en otoño, como si

el hechicero fuera uno de los camaleones que solían andar por las murallas del palacio de Raj Ahten en el sur.

Jureem, boquiabierto, reconocía lo acontecido: el viejo mago había entregado años de su vida a aquella figura esquelética a sus pies.

La tierra dio una sacudida de agradecimiento por aquel regalo y emitió una especie de quejido, como el crujir de la madera.

Si aquel estruendo eran palabras, Jureem no pudo comprenderlas. Binnesman estaba atento como si la tierra le hablara, y después su expresión se volvió solemne.

Con cierta dificultad levantó el báculo, casi mortalmente agotado, y por tercera vez lo revolvió en círculos. El bastón comenzó a soltar chispas que formaron una nube de llamas mientras Binnesman recitaba de nuevo:

La oscuridad fluye en las venas,  
los huesos tejidos de blanco;  
el corazón late en la piedra.  
El día alumbra los ojos y llena la mente  
de imágenes de dientes y zarpas desgarradoras.

Las piedras, colmillos y raíces del suelo comenzaron a agitarse y a temblar. Los palos que formaban los huesos de un brazo retrocedieron un paso. Binnesman apuntó el báculo hacia el suelo y gritó:

—Levántate del polvo, mi campeón. Revístete de carne. ¡Te llamarás Vil Redentor, Destructor Ecuánime!

Mientras el polvo del suelo obedecía y se apresuraba hacia el «esqueleto» como un torrente de agua o un banco de niebla, estalló un trueno. Tanto hojas como hierba verdes, ramillas y gravilla se arremolinaban en la masa.

Un momento era un montón de basura desperdigada por el suelo y al siguiente una silueta de huesos y nervios; músculos que se flexionaban y estiraban, pulmones que inhalaban profundamente. La carne, un tejido de hojas, ramillas y hierba que componían una curiosa pátina de verdes, marrones, rojos y amarillos.

Todo sucedió tan deprisa que Jureem no pudo distinguir cómo la tierra tomaba forma y cobraba vida.

Vil Redentor, Destructor Ecuánime, estiró una mano larguísima, de carne y hueso. Al principio, se asemejaba a una criatura de polvo aunque pronto endureció el grosor de la piel, la cual se volvió verde esmeralda brillante por el cuello y la espalda mezclado con una pátina amarillenta como de hojas marchitas.

*Construye un guerrero*, pensó Jureem.

La cara y la garganta adquirieron una gama de tonalidades entre el verde hierba y el blanco de los cantos redondos y blancos.

El guerrero clavó las rodillas en el suelo, estiró el cuello, la luz de las estrellas reflejada en los ojos. Ojos tan planos y tan inertes como las piedras en el fondo del río, hasta que el reflejo de las estrellas los hizo brillar cada vez más. Entonces, se

llenaron de feroz inteligencia y paz, una sensación de paz que hizo a Jureem desear hallarse en otro lugar y ser otra cosa.

Este conocía el significado de aquella criatura... Entre los magos, muchos intentaban controlar el poder de la Tierra y los más aptos en tal arte eran los arrdun, magníficos nigromantes y creadores de utensilios mágicos entre los arr. En comparación a estos, los guardianes de la tierra humanos eran considerados pusilánimes, puesto que estos solían involucrarse en cuestiones humanas y los que lo hacían tardaban siglos en madurar.

Aunque se decía que un guardián de la tierra maduro era una de las criaturas más temibles que uno podía encontrar.

Prueba de la madurez de un guardián de la tierra era su capacidad para invocar a su wylde (ser que nacía de la sangre y huesos de la Tierra, un talismán vivo que defendería a su creador). Eldehar creó un caballo gigante durante la batalla contra los toth y afirmaba que su wylde se podía «destruir, pero nunca vencer».

Jureem no comprendía del todo las referencias de terceros sobre los guardianes de la tierra y sus wyldes; toda noción sobre ellos se había desvanecido a través de los milenios.

Mientras la criatura tomaba forma se levantó una espantosa ventolera que gemía entre las copas de los árboles y azotaba el pelo de Jureem; una auténtica tormenta, frenética y violenta.

Al guerrero le crecía el cabello, largo y verde como las algas del mar, le caía por la espalda y por encima de los hombros, tapándole los pechos. Jureem quedó boquiabierto al reconocer las mamas redondas, las curvas de una mujer acabando de tomar forma.

Una mujer, era una mujer alta y hermosa, con elegantes curvas, pelo largo y extremidades perfectas.

Jureem seguía asombrado. El wylde gritó tan fuerte que sacudió la tierra cuando el azote del viento la levantó en volandas y se la llevó dejando una estela verde en lo alto de los árboles, hacia el sur, y desapareció.

El silencio se extendió en el claro y el viento amainó.

Jureem, estupefacto, no sabía si era el resultado que Binnesman esperaba; si el wylde iba en pos de un encargo o si el viento se la había llevado sin más. *¿Realmente se trataba de una mujer verde?*

Al canciller el corazón le saltaba en el pecho, jadeante y mudo de asombro, siguió allí, confundido, mirando a su alrededor a fin de comprobar la reacción de los soldados puesto que todo había sucedido tan deprisa.

El corcel del príncipe Orden relinchaba de espanto, retrocedió, coceando el aire nervioso; para la pobre bestia la mujer verde se habría materializado a sus pies.

—Calma —dijo Binnesman al semental, el cual se tranquilizó con la amonestación.

Binnesman miraba el cielo por donde se había desvanecido su creación, parecía

alicaído.

Algo no encajaba, Binnesman no esperaba que el wylde huyera de aquella manera, y él había quedado tan debilitado, tan agotado; viejo y desvencijado con su ropaje carmesí. Si la idea era que la criatura luchara en su nombre, le había salido el tiro por la culata. Binnesman agachó la cabeza y la sacudió consternado.

—¡Bah! —siseó Raj Ahten—. ¿Qué has hecho, viejo mago insensato? ¿Dónde está el wylde? Me prometiste un arma.

Binnesman se encogió de hombros.

—¿Cómo puedes ser tan inepto? —requirió Raj Ahten.

Binnesman lanzó una cautelosa mirada a Raj Ahten.

—No es cosa fácil crear un wylde de la materia bruta. Además, son independientes y conocen a los enemigos de la tierra mejor que yo incluso. Igual alguna cuestión apremiante en otro lugar requería su presencia.

Binnesman tendió la mano al caballo de Raj Ahten; las otras tres monturas reaccionaron acercándose a él de tal forma que Jureem tuvo que aguantar la suya un poco, a fin de impedir que se adelantara.

—¿Qué haces? —preguntó Raj Ahten.

—Se hace tarde. Es hora de que los enemigos de la tierra descansen y sueñen con la paz.

Jureem forcejeaba con su caballo y observó maravillado como, casi al instante, Raj Ahten y sus soldados se durmieron. La mayoría se desplomaron en el suelo y comenzaron a roncar fuerte. Raj Ahten se durmió de pie.

El viejo hechicero los contempló y susurró:

—Tened cuidado Raj Ahten, mucho cuidado en Longmot.

Después alzó la mirada, que se cruzó con la de Jureem.

—¿Aún despierto? ¡Qué maravilla! Entre todos estos no eres enemigo de la Tierra.

Jureem buscaba las palabras, horrorizado al ver a su señor así acallado, asombrado porque Binnesman y sus protegidos aún vivían.

—Yo... sirvo a mi amo, pero no deseo hacer daño a la Tierra.

—No puedes servir a él y a la Tierra —dijo Binnesman montado sobre el caballo de Raj Ahten—. Ahora conozco sus intenciones, destruirá el mundo.

—Soy uno de los hombres del rey —respondió Jureem sin saber qué otra cosa decir. Su padre fue esclavo y también su abuelo, sabía cómo servir a un monarca y hacerlo bien.

—El Rey de la Tierra está próximo —anunció Binnesman—. Si sirves a reyes, puedes entregarte a él.

Con una inclinación de cabeza, indicó al príncipe Orden y a Iome que montaran. El rey Sylvarresta seguía sobre el lomo de su montura.

Binnesman miró largo y tendido a Jureem, tras lo cual él y los otros se desvanecieron en la noche por donde habían venido.

Durante un largo rato, Jureem permaneció montado observando el sueño de Raj Ahten.

La noche parecía más cerrada de lo normal, aunque las estrellas brillaban con fuerza.

—Un rey se acerca —les había advertido la piromántica antes de morir—. Un rey que puede destruirlos.

En los últimos dos mil años, desde Erden Geboren, no había surgido ningún Rey de la Tierra en aquellos dominios. Hasta ahora, que se había presentado el rey Orden. En Longmot, Orden estaría preparándose para enfrentarse a Raj Ahten.

Jureem miró los obalines. Donde antiguamente se erguían las Siete Moles ahora solo quedaban unas ruinas. Con el corazón acelerado, se preguntaba qué presagiaba todo aquello. El aire templado de la noche lo calentaba y saboreó el fuerte olor mineral procedente del suelo. Estuvo a punto de seguir al mago, pero el sonido de los cascos ya se había desvanecido en la noche... Fijó la mirada en Raj Ahten.

Durante años había servido fielmente al Gran Señor, cumplido todos sus antojos; se había esforzado por ser un buen servidor. Al examinar su corazón se preguntaba el porqué.

Hubo un tiempo, una década atrás, en que Raj Ahten hablaba de amalgamar fuerzas y unir los reinos del sur bajo un estandarte a fin de rechazar la acometida de los reaver. Por alguna razón, aquel deseo había ido cambiando con los años, convirtiéndose en un sueño perverso.

La «Gran Luz de Indhopal», Jureem lo llamaba, como si Raj Ahten fuese un ser brillante o una gloria de las tinieblas.

Jureem tiró de las riendas y dio media vuelta. *Entre los presentes, soy el más endeble*, se dijo. Quizá Orden acepte mis servicios, aunque me convertiría en un traidor. Si me marcho ahora Raj Ahten pensará que soy el espía que informó a Orden sobre los marcadores.

Jureem estuvo reflexionando y decidió que así fuera. *Si me nombran traidor, me convertiré en tal*.

Jureem conocía muchos secretos que podía divulgar y, si abandonaba el servicio de Raj Ahten, significaba que el Señor de los Lobos aún tenía un topo infiltrado entre los suyos.

*Esperará que vaya al sur, a Longmot*, pensó Jureem. *Y terminaré yendo al sur, a buscar a Orden. Pero esta noche pondré rumbo al norte y me ocultaré en un granero o en un cobertizo donde dormir*.

Estaba exhausto y no tenía fuerzas para recorrer largas distancias. Desapareció al galope en la noche.

## Cuarto Libro

---

*Vigesimalsegunda jornada del mes de la cosecha*



Un día de masacre



## Capítulo 30



*La muerte llama a la puerta de un amigo.*

**A**preciaba el viento del sureste y traía olor a lluvia, con nubarrones negros que cubrían el bosque. Aquella tarde, Borenson oyó un trueno en la distancia y también relinchos en el viento, percibía cierto olor a caballo. Las tropas de Raj Ahten seguían la marcha sobre las colinas calcinadas.

Ya había transcurrido media hora desde que Gaborn y Borenson se habían separado y, con un simple gesto, este les había deseado buena suerte. En cuestión de segundos, Gaborn, Iome y el rey Sylvarresta habían espoleado las monturas colina arriba entre las cenizas, internándose en el abrigo del bosque. El chascar de unas cuantas ramas y el resoplido de uno de los caballos anunciaron su partida, aunque los corceles se movían tan velozmente que pronto se extendió un silencio total.

Borenson también se acercó montado en su corcel de armas a la orilla del tranquilo bosque, pero tomó un camino diferente. Frente a Borenson, se presentaba un sendero de robles y fresnos milenarios, muchos de los cuales tenían el extremo de las ramas reducidos a nada por las llamas.

Al acercarse a los árboles, Borenson notó algo sumamente curioso y en lo cual solamente se fijaba en aquel instante: parecía que ante él se interponía un muro invisible y que los árboles al otro lado no se habían prendido, ni las ramitas secas, ni una tela de araña chamuscada.

Como si las llamas que lo incineraron todo a su paso, se hubieran detenido ante la advertencia de los árboles: «Este bosque es nuestro, no podéis ir más lejos».

O, a lo mejor, razonaba Borenson, las antinaturales llamas se desviaron por razones propias. Conscientemente, el espíritu elemental había dirigido las llamas durante un tiempo y luego se fue descentrando, atenuándose.

Borenson se detuvo justo ante la hilera de árboles, escuchaba, temeroso de adentrarse. Ni los pájaros trinaban, ni los ratones ni los ferrin rebuscaban entre las hojas muertas bajo las ramas. La usnea colgaba de los vetustos robles de manera extraña, como si fueran cortinas. Este era un bosque milenario e inmenso.

Borenson había cazado por aquellos lares encantados, aunque nunca lo había

hecho solo y sabía a lo que se exponía.

*No, el elemental no se desvió*, pensaba Borenson. El bosque lo había desconcertado. Allí existían árboles tan ancianos que recordaban cuando los duskin erigieron las Siete Moles; espíritus de antaño merodeaban por allí, fuerzas a los que ningún hombre debería enfrentarse solo.

Borenson intuía que notaban su presencia, lo estudiaban. Cierta fuerza malévola cargaba el ambiente. Este observó el cielo gris, las nubes bajas procedentes del sureste; el viento lo zarandeaba.

—No soy vuestro enemigo —susurró a los árboles—. Vuestros enemigos vendrán pronto, están al caer.

Cauteloso y respetuoso, Borenson arreó a su montura bajo las lúgubres ramas. Solamente avanzó unos metros, lo suficiente para atar las riendas del caballo en un barranco no muy hondo y trepar sigilosamente hasta la orilla del bosque a fin de observar al ejército de Raj Ahten pasar por la senda más abajo.

Y no se hicieron esperar mucho rato. En unos minutos, veinte hombres pasaron al galope entre las colinas, con algunos canes de guerra brincando que intentaban no quedar rezagados. Ante la estupefacción de Borenson, Raj Ahten mismo marchaba al frente.

Momentáneamente, le inquietó que los rastreadores le siguieran la pista aunque se detuvieron un largo rato junto al arroyo donde Gaborn se había puesto la armadura de Torin, husmeando por el suelo.

Hasta allí llegaban los gritos sofocados, pero Borenson solamente conocía algunas palabrotas en el dialecto del norte y aquellos hombres hablaban un dialecto inhopalés del sur.

Raj Ahten descubrió que la comitiva se había separado.

Decidieron seguirle el rastro a Gaborn, y a Borenson le entró el pánico, no entendía por qué Raj Ahten había decidido conducir la cuadrilla que iba a la caza y captura de Gaborn. Igual el Señor de los Lobos valoraba a Iome y a Sylvarresta más de lo que Borenson hubo anticipado, o igual quería utilizar a Gaborn como rehén.

Entre dientes, Borenson exhortó a Gaborn a que se apresurara, a que galopara impetuoso y veloz, sin aminorar la marcha hasta llegar a Longmot.

Apenas los rastreadores se hubieron marchado a la carrera entre las colinas situadas a la izquierda de Borenson, el ejército del Señor de los Lobos apareció por la carretera con sus escrocones dorados brillando bajo los últimos rayos del sol antes de la inminente tormenta.

La vanguardia formada por miles de arqueros marchaban en columnas de a cuatro, seguida de unos mil de caballería, y detrás iban los consejeros y hechiceros de Raj Ahten.

A Borenson no le importaban lo más mínimo los soldados del Señor de los Lobos, con lo cual lo que venía después le llamó más la atención: un enorme carruaje, una carreta para los consagrados, seguramente menos de tres docenas. Cientos de

invencibles los escoltaban de cerca.

Una flecha no penetraría el almacén de madera... Borenson comprobó que a un hombre solo le resultaría imposible asaltar el carruaje y a sus ocupantes.

No, conocía la verdad; Raj Ahten solamente transportaba a unos cuantos vectores con la esperanza de que nadie degollara a los cientos de desgraciados en el torreón de Sylvarresta o en los otros castillos que hubiera ocupado aquí en el norte.

Cuando el carruaje pasó de largo, los cocineros, armeros y demás comitiva corrieron tras este, seguidos de los últimos mil arqueros en la retaguardia. Borenson cayó en la cuenta de que la triste realidad era que matar a los vectores de Raj Ahten sería imposible.

En vez de eso, tendría que concentrarse en colarse en el torreón de los Consagrados del castillo de Sylvarresta, le inquietaba el número de centinelas que estarían esperándolo.

Permaneció en los lindes del bosque durante horas y horas, mientras la tormenta se fraguaba y las nubes envolvían el cielo. El viento comenzó a remover las hojas secas de los árboles. Conforme se cernía la oscuridad, las nubes lanzaron rayos desde lo alto y empezó a llover a cántaros, implacablemente.

Borenson se tapó con una manta y pensó en Myrrima, a quien había dejado atrás en Bannisferre, con tres consagrados a su cargo, una madre poco lúcida y dos feas hermanas; habían sacrificado tanto para unir a la familia, para salir de la pobreza. Myrrima le había contado, por el camino a su casa, cómo murió su padre: «Mi madre se crio en una mansión y poseía dones propios —había dicho—. Y mi padre fue un hombre rico en cierto momento, que vendía vestidos de lujo en el mercado, cosía abrigos para las damas. Un incendio se cobró la tienda y la vida de mi padre. Todo el oro de la familia se perdió en aquel incidente ya que nunca lo encontramos».

Era una forma altanera de referir que su padre había sido asesinado durante un atraco.

«Mi abuelo aún vive, pero esta casado con una mujer joven que gasta más de lo que gana».

Borenson no sabía qué quería decir acerca de todo aquello hasta que ella recitó parte de un viejo dicho: «La suerte es como un barco...», y él pensó: *que navega por el mar tempestuoso, que sube y baja en la cresta de la ola.*

Myrrima le estaba diciendo que no confiaba en la suerte. Aunque el matrimonio concertado entre ellos parecía algo afortunado, era solamente momentáneo, pues temía que su barca naufragara en alguna fosa profunda y que no regresara a flote.

Así se sentía Borenson, sumergido, ahogado, intentando mantenerse a flote. La idea de enviar a un solo hombre a allanar el torreón de los Consagrados le parecía un tiro a ciegas. Seguramente, Borenson llegaría hasta allí y descubriría que estaba tan bien vigilado que tendría que retirarse.

Aunque sabía, lo sabía, que ante la más ínfima posibilidad de éxito tendría que intentarlo.

Después de que escampara la tormenta aquella tarde, Borenson seguía allí sentado, inmóvil, escuchando las furtivas gotas de agua cayendo de los árboles, el crujir de las ramas agitándose en el viento; el olor a humedad del fértil suelo, el aroma puro de la tierra y de las cenizas.

Asesinar a los consagrados no era algo que le sentara bien. Durante aquellas largas horas, intentó acostumbrarse a la idea con determinación, intentó imaginar cómo sería la escalada de las murallas y la refriega con los centinelas.

Se imaginó la entrada en el castillo a caballo, el acercamiento al torreón de los Consagrados atropellando a los defensores y, luego, cumpliendo su cometido.

Acometer de ese modo parecería heroico y seguramente le costaría la vida; quería hacerlo y acabar con aquella espantosa tarea. De no ser por Myrrima, habría intentado ese ataque suicida.

Si intentaba entrar en el torreón durante el día, pondría en peligro la misión. Lo que es más, aunque lo lograra y consiguiera matar a los consagrados, se vería forzado a regresar ante Orden y e informarlo de todo, de lo que había sucedido entre Gaborn y él, y de por qué había dejado con vida a Sylvarresta.

Borenson no era capaz de afrontar aquello. No se veía con fuerzas para mentir al rey Orden y fingir no haberse encontrado con Gaborn.

Así pues, contempló la puesta de sol, los rayos recortaban las nubes mientras se acercaba otra tormenta.

Luego recuperó su montura y puso rumbo a la colina sur del castillo de Sylvarresta.

*No soy la parca*, se dijo, aunque había sido un buen soldado durante tanto tiempo. Se había convertido en un formidable guerrero, en todos los sentidos, pero ahora tenía que desempeñar el papel de asesino.

Su mente proyectó un recuerdo de cinco años atrás, cuando la reina Orden fue asesinada en la cama con su bebé recién nacido y Borenson había intentado empalar al fulano: un tipo gigantesco que se deslizaba como una serpiente, vestido de negro y con la cara tapada, pero que escapó.

Recordar tales cosas le producía una pena terrible, aún más saber que esta noche él se convertía en el ave de rapiña sin nombre.

Al acercarse, Borenson localizó a unos cuantos soldados en las murallas del castillo. Los leales a Sylvarresta habían sido vencidos y Raj Ahten no había dejado a nadie a cargo de la vigilancia de la ciudad vacía. Borenson no consiguió ver a ninguno en las murallas del torreón de los Consagrados.

Aquello lo entristecía, tantos viejos amigos (el capitán Ault, *sir* Vonheis, *sir* Cheatham) que deberían estar apostados en aquellas murallas. Si aún vivían, sería como residentes del torreón de los Consagrados. Borenson recordaba una de las cacerías, hacía tres años, cuando trajo consigo melaza con la que dejó un rastro hasta los pies de Derrow y con la que le untó las botas. Al despertar y ver que una osa hembra le lamía los pies, este alertó a todo el campamento con sus alaridos.

Borenson sacó la petaca de niebla, quitó el tapón y dejó que la neblina se extendiera. Media hora más tarde, dejó la armadura a un lado y comenzó su solitario ascenso por la muralla exterior en la parte oeste de la ciudad, oculto entre la niebla que lo envolvía.

Luego se acercó a la muralla interna, la muralla del rey, y la superó al instante. Solamente un hombre se paseaba por el adarve y este le daba la espalda en aquel momento.

Borenson llegó a la base del torreón de los Consagrados cuando rondaba la medianoche y lo contempló con recelo. No se fiaba de sus ojos ya que podía haber centinelas escondidos en las torres del rey. Por lo tanto, escaló el muro por el lado norte donde era más probable pasar desapercibido.

Arreciaba la lluvia, lo que hacía más difícil encontrar asideros entre las piedras. Borenson estuvo varios minutos aferrado al muro antes de alcanzar la cumbre, donde descubrió que los adarves estaban desiertos. Tan pronto como hubo descendido veloz los escalones que daban al patio interior, localizó a dos centinelas (hombres jóvenes con pocos dones) resguardándose del chaparrón bajo el rastrillo.

Aprovechando el resplandor de un rayo que inundó el cielo, los asaltó y los mató mientras el trueno sacudía el torreón, a fin de amortiguar los gritos.

Incluso entonces se preguntaba dónde estaban los invencibles, ni siquiera uno que defendiera a los consagrados.

*¿Se trataba de una trampa?* Igual los soldados estaban escondidos entre los consagrados.

Borenson se volvió a mirar las piedras del torreón empapadas de lluvia. En los amplios dormitorios no había luz, aunque en las cocinas aún brillaba alguna lámpara. Una fuerte ráfaga de viento se coló por el rastrillo y barrió el patio.

Matar a los consagrados era un arte, una ciencia: algunos allí serían soldados, hombres que como él poseían docenas de dones propios y años de experiencia en el manejo de las armas. Aunque discapacitados de algún modo (sordos o ciegos, mudos o sin sentido del olfato), podía resultar arriesgado enfrentarse a ellos.

El sentido común aconsejaba evitar a esos hombres y aniquilar primero a los consagrados a estos y así, disminuir la fuerza de los contrincantes más peligrosos.

Por tanto, uno empezaba con las mujeres y los más jóvenes, siempre buscando al más débil. Liquidar a un hombre que tuviera veinte dones supondría despertar a otros veinte consagrados repentinamente, quienes darían la alarma o lucharían.

No obstante siendo tentadora la idea de perdonar a uno o dos de ellos, la verdad era que si uno hacía eso, podrían avisar a los centinelas, con lo cual había que matarlos a todos.

Había que asesinar a los plebeyos que habían cedido dones, pero nunca recibido ninguno; había que emprender la acción en la planta baja del torreón, obstruyendo todas las salidas, y abriéndose camino piso por piso.

Salvo, por supuesto, que alguien estuviera despierto.

*Mejor empezar por la cocina*, se dijo Borenson. Y seguidamente, cogió la llave del centinela muerto y cerró el portal para que nadie entrara o escapara del torreón y fue hacia la cocina. La puerta estaba cerrada con llave, pero introdujo la punta del martillo en el quicio y, gracias a los ocho dones de fuerza que poseía, desencajó la puerta de las bisagras.

Al entrar a toda prisa en las cocinas, se encontró a una humilde muchacha barriendo el suelo a aquella hora intempestiva. Una joven delgada, de diez años posiblemente, de cabellos rubios como el trigo. La reconoció enseguida, era la muchacha que servía la comida a la princesa Iome durante las pasadas celebraciones de Hostenfest. Demasiado joven como para ser consagrada, imaginó. Por lo menos Sylvarresta nunca lo hubiera hecho.

Aunque por allí había estado Raj Ahten y quizá la muchacha tuvo que cederle algún don.

Al ver a Borenson en el umbral de la puerta abrió la boca para gritar en vano; una muda que había otorgado su voz al nuevo monarca.

Por un lado, Borenson casi no se veía con ánimos para ejecutar el plan, le daba asco. Por otro lado, se consideraba un buen soldado y no podía dejar que aquella pequeña se le escurriera entre las barras mojadas del rastrillo y fuera a pedir ayuda. Esta niña debía morir, y su inmolación salvaría miles de vidas en Mystarria.

Rápidamente le arrancó la escoba de la mano, esta intentaba gritar y liberarse, arañaba la mesa y, muerta de pánico, volcó uno de los bancos.

—¡Lo siento! —dijo Borenson violentamente.

Tras ello, le partió el cuello... no quería hacerla sufrir.

Con cuidado tendió el cuerpo inerte en el suelo. Oyó un ruido sordo procedente de la alacena entre las sombras que proyectaba la lámpara. Allí de pie, había otra muchacha cuyos ojos brillaban en la penumbra.

Entre tanta suposición heroica que había imaginado durante el día, Borenson no había previsto tal situación; un torreón abandonado donde tendría que degollar a niños.

Así comenzaba la noche más cruenta de su vida.

## Capítulo 31



### *Tiempo de preguntas y respuestas.*

**M**ientras galopaban por el bosque bajo los negros árboles, Binnesman sostenía el báculo en alto, alumbrándolos a todos con la tenue lucecilla. Incluso aquel gesto era demasiado extenuante para el mago, quien parecía estar agotado y haber envejecido.

A su paso dejaban atrás los árboles a una velocidad vertiginosa.

Gaborn tenía mil preguntas, sentía tanta incertidumbre que deseaba hablar con Binnesman, aunque, de momento, se abstuvo de ello. En Mystarria se consideraba una grosería interrogar a un extraño en el modo en que Gaborn ansiaba hablar con Binnesman. El príncipe siempre había asumido tal creencia como simple costumbre, no basada en la lógica, pero ahora se daba cuenta de que era algo más que eso.

Con las preguntas, uno invadiría la esfera de lo invisible del otro; como poco, se le restaba tiempo a la otra persona. La información solía tener cierto valor, tanto como tierras u oro con lo cual, al extraerla, uno robaba al otro.

A fin de cesar en el empeño de seguir cavilando acerca del obalín y la desaparición del wylde de Binnesman, Gaborn se concentró en tal premisa, meditando sobre la frecuencia con que los buenos modales radicaban en la necesidad humana de respetar las esferas del prójimo. Sin lugar a duda, entendía cómo un cierto tratamiento y gestos respetuosos encajaban en un contexto más amplio.

A pesar de ello, sus pensamientos enseguida se desviaron de nuevo a los acontecimientos de la noche. Gaborn sospechaba que Binnesman sabía más acerca de la época aciaga que se les venía encima de lo que había admitido delante de Raj Ahten, igual mucho más de lo que podía decir. El arte de observación de los magos era larga y ardua tarea, y Gaborn había oído en una ocasión que ciertos principios básicos únicamente se aprendían después de semanas o meses de intenso escrutinio.

Tras largo rato, Gaborn decidió que había algunas cosas que no se debían preguntar a un mago. *¿Qué precio había pagado Binnesman al darle vida al wylde?* Era uno de los interrogantes de Gaborn.

En aquel instante, el herbolario se salió de la calzada y se abrió camino entre

sinuosos senderos entre la tenebrosidad de los árboles. Ningún otro batidor podría haberse abierto camino en aquella exasperante oscuridad. Gaborn lo dejó trabajar en silencio, bajo las estrellas, hasta que pasada una hora toparon con un antiguo camino. Desde allí, Binnesman condujo a los caballos a la carrera en dirección norte hasta donde el camino desembocaba bruscamente sobre una loma con vistas a los amplios campos de Trott, una aldea a quince kilómetros al oeste del castillo de Sylvarresta.

Más abajo, sobre el terreno llano, se extendían cientos de pabellones multicolores pertenecientes a los grupos de mercaderes sureños que se habían desplazado al norte con ocasión de Hostenfest, pero que luego se vieron obligados a evacuar los campamentos cercanos al castillo durante el asedio de Raj Ahten.

Binnesman detuvo a los corceles y escudriñó los campos en la oscuridad. El sol del final de verano había secado la hierba con lo que el resplandor que reflejaban las estrellas era suficiente iluminación.

—¡Mirad! —exclamó Iome.

Gaborn siguió el dedo extendido de esta con la mirada, atisbó algo oscuro moviéndose sigilosamente a campo a través, en dirección al campamento donde había caballos y mulas para las carretas.

Nomen, ochenta o cien nomen, arrastrándose hacia las tiendas en busca de algo que comer. Hacia el este, sobre la loma, divisó varias enormes moles que se movían, era un trío de gigantes frowth que merodeaban por la orilla del bosque.

Estarían hambrientos, hambrientos de carne. Raj Ahten los había arrastrado a todos hasta el norte y, los supervivientes de la batalla que tuvo lugar al alba tendrían bastante hambre.

—Tenemos que llevar cuidado —advirtió Gaborn—. Los caballos necesitan pasto y descanso. Pero quizá debiéramos seguir hasta campo abierto mientras no corramos peligro, donde no nos puedan pillar por sorpresa.

Gaborn enfiló su montura hacia el este, en dirección al castillo de Sylvarresta desde donde podrían tomar la carretera de las montañas Durkin hacia el sur.

—No, deberíamos ir en dirección oeste desde aquí —dijo Iome.

—¿Oeste? —preguntó Gaborn.

—El puente de Hayworth estará inutilizado y no podemos cabalgar por el bosque y acercarnos al vado de los Jabalís. Además, no queremos tropezarnos con el ejército de Raj Ahten en la oscuridad.

—Tiene razón —dijo Binnesman—. Dejad que Iome os guíe.

Sonaba cansado, Gaborn se preguntaba cuánto lo había agotado tanto conjuro.

—La única alternativa posible es hacia el oeste, por la carretera de las montañas Trummock —dijo Iome—. Allí los árboles no entorpecen la marcha porque los hombres de mi padre los podaron.

Binnesman permitió a los caballos descansar unos instantes; desmontaron al unísono, estiraron las piernas y ajustaron las cinchas de los corceles.

—Vamos —dijo Binnesman demasiado pronto—. Aún tenemos algunas horas



antes de que despierte Raj Ahten; aprovechémoslas.

Aunque los caballos tenían hambre y allí la hierba crecía alta, no tenía grano y estaba muy seca, no les servía como forraje.

Los instó a descender pendiente abajo hacia la llanura. Al trote, se desplazaron por un camino de tierra durante media hora donde, por fin, pudieron relajarse, hablar y formular planes.

—Mi montura es la más rápida por estos caminos —dijo Binnesman—. Si no os importa, voy a adelantarme pues me necesitan en Longmot, donde espero encontrar a mi wylde también.

—¿Crees que estará allí? —preguntó Iome.

—No sabría decirlo con certeza —respondió el mago, reacio a seguir hablando.

El grupo pronto llegó hasta una finca rústica junto a un arroyo serpenteante. En la parte de atrás, había un huerto y un granero con cobertizo para algunos cerdos; parecía que el campesino que vivía allí temía un ataque porque había colocado una lámpara en el ciruelo de la entrada y otra en la puerta de la pocilga.

El dueño debería tener cuidado con los gigantes y los nomen merodeando por allí, era lo que pensaba Gaborn; la casa estaba algo apartada y no tenía vecinos al lado.

El padre de Iome se acercó, aún montado, a la lámpara, la contempló embobado, como si nunca hubiera visto cosa parecida.

Gaborn cayó en la cuenta de que seguramente así era, por lo menos que el rey recordara. El mundo entero era una nueva experiencia para él, como un vívido aunque incomprensible sueño.

El príncipe se acercó también a la luz para que su rostro quedara visible, tras lo cual llamó a la puerta. Al momento, una vieja arrugada entreabrió la puerta, ceñuda. Sin duda, asustada al ver a tantos jinetes.

—¿Podríamos abreviar y alimentar a los caballos? —preguntó Gaborn—. ¿Y algo de comida para nosotros?

—¿A estas horas? —gruñó la mujer—. ¡Ni aunque fuerais el rey!

Cerró la puerta de golpe.

Gaborn se sorprendió ante tal reacción y miró a Iome. Binnesman sonreía, a Iome le había entrado la risita. Se acercó al ciruelo y cogió media docena de frutos grandes color violeta. Dentro de la casa, Gaborn comprobó cómo la mujer intentaba mirar por la ventana, pero al no tener estas cristales, sino un trozo de cuero rasgado solamente distinguía sombras.

—¡No toquéis las ciruelas! —gritó desde dentro.

—¿Y si nos llevamos todas las que podamos y le dejo una moneda de oro? —dijo Gaborn.

Con la rapidez del rayo, la vieja abrió la puerta de nuevo.

—¿Tenéis dinero?

Gaborn metió la mano en la bolsa ceñida a la cintura y sacó una moneda que lanzó a la mujer, quien alargó la mano pegada a la jamba de la puerta para coger la

moneda, y mientras la mordía cerró la puerta. Luego volvió a entornarla y gritó de manera más cordial:

—En el cobertizo hay grano, es avena buena. Llevaos toda la que queráis... y también las ciruelas.

—Bienaventurada sea usted y su árbol —la bendijo Binnesman—, tres años de buena cosecha.

—Gracias —gritó Gaborn haciendo una reverencia.

Binnesman y este llevaron a sus caballos a la parte trasera mientras Iome pelaba ciruelas para que su padre comiera.

Gaborn abrió la puerta del cobertizo y encontró una arpillera llena de avena que volcó sobre un viejo y desgastado pesebre a fin de alimentar a los corceles. Mientras hacía eso se percató de que el mago, aún subido a la silla, estaba muy callado y lo observaba.

—Tenéis alguna pregunta que hacerme.

Gaborn no se atrevió a preguntar lo que más le apremiaba primero, por lo cual dijo tranquilamente:

—Tus ropajes ahora son rojos.

—Ya os dije que lo serían. En la primavera de su juventud, un guardián de la tierra debe adquirir fuerza, cuidar de sus poderes y alimentarlos. Y durante el florido verano de su vida, madura, pero yo ya he llegado a mi otoño y debo recoger la cosecha.

—¿Y que sucederá cuando llegue el invierno? —preguntó Gaborn.

Binnesman dibujó una mirada discreta con la boca.

—No hablaremos de eso ahora.

Gaborn siguió con una pregunta que le inquietaba algo más:

—¿Por qué no podía verme Raj Ahten? Creía que estoy bajo los efectos de algún encantamiento.

Binnesman soltó una carcajada.

—La Tierra os otorgó un símbolo de poder al dibujar una runa en vuestra frente cuando estuvimos en mi jardín. Algo que yo no me atreví a hacer por flaqueza. Gaborn, sois invisible, al menos ante vuestros enemigos. Los que sirven al Fuego no pueden veros, ven el amor que sentís por la Tierra. Cuanto más se acercan, más se ven afectados por el conjuro. Me sorprendió mucho que Raj Ahten notara vuestra presencia en el claro. El Fuego puede haberle concedido ciertos poderes también. No me percaté al principio, ahora sí.

Gaborn meditó sobre esto.

—No debéis confiar demasiado en este don —aconsejó Binnesman—. Hay muchos hombres malvados que os harían daño, hombres que no sirven al Fuego. Y los más poderosos tejedores de llamas pueden atravesar vuestra invisibilidad al acercarse.

Gaborn recordaba a la tejedora en el castillo, la forma en que esta lo había

mirado, como si lo reconociera, como si se tratara de un enemigo acérrimo.

—Ya veo... —susurró Gaborn—. Entiendo por qué Raj Ahten no me veía entonces, pero ¿por qué no podía yo distinguirlo a él?

—¿Cómo? —respondió Binnesman enarcando las cejas asombrado.

—Ya le había visto la cara antes, en el castillo, conozco su yelmo, su armadura. Pero esta tarde su cara estaba oculta, como la mía. Al mirarlo podía ver a multitud de gente, todos inclinándose reverenciosos para saludarlo, gente en llamas.

Binnesman se rio larga y escandalosamente.

—Quizá, mirabais con demasiado empeño. Decidme, ¿en qué pensabais cuando apareció tal visión?

—Simplemente quería observarlo tal cual, bajo todos esos dones de encanto que posee.

—Dejadme que os cuente algo —dijo Binnesman—. Hace muchos años, mi maestro era un guardián de la tierra al servicio de la fauna del bosque, ciervos, aves y demás. Todos venían a él para alimentarse o para curarse según lo necesitaran. Cuando le pregunté una vez cómo sabía lo que hacía falta a cada uno pareció sorprenderse: «Se puede ver en la mirada», me dijo, como si eso fuera todo. Luego me despidió pensando que yo no era apto para ser guardián de la tierra.

»Como veis, Gaborn, él poseía el poder terrestre de la vista con el cual leía el corazón de las criaturas y adivinaba lo que querían, necesitaban o apreciaban. Yo nunca tuve ese don y, por tanto, no puedo deciros cómo usarlo. Creedme, me encantaría tenerlo.

—Pero yo no lo tengo —negó Gaborn—. No leo vuestro corazón o el de Iome.

—Ah, pero estábamos en un lugar de gran poder terrestre —dijo Binnesman—. Sí lo poseéis, aunque no sepáis cómo utilizarlo todavía. Deberéis estudiarlo interiormente, practicarlo. Con el tiempo lo dominaréis.

Gaborn se sorprendió, los hechiceros solían decir que necesitaban «estudiar las cosas».

—Ahora tenéis una obligación más trascendente —dijo Binnesman—. Al igual que Erden Geboren escogió a ciertos hombres leales para luchar a su lado, deberéis elegir bien a vuestros seguidores. Es una gran responsabilidad. Los elegidos estarán vinculados a vos.

—Lo sé —dijo Gaborn.

Conocía las leyendas de Erden Geboren y sus seguidores, de quienes siempre sabía lo que pensaban, sabía cuándo corrían peligro, para que nunca jamás lucharan solos.

—Debes comenzar la selección... —indicó Binnesman, apartando la vista hacia los campos en penumbra.

Gaborn observó al anciano maravillado.

—Nunca necesitaste el don terrestre de la vista, ¿verdad? Otros guardianes están al servicio de los roedores de campo y las serpientes pero, en tu caso, la Tierra te

ordenó servir al hombre en los aciagos tiempos que se aproximan...

Binnesman dio un respingo y miró a Gaborn.

—Os ruego que nunca más repitáis eso en voz alta. Raj Ahten no es el único que me perseguiría si averiguara lo que sabéis.

—Nunca —prometió Gaborn—, nunca lo contaré.

—Quizá mi antiguo maestro tenía razón —dijo Binnesman—. No soy buen guardián de la tierra.

Gaborn sabía que estaba pensando en el wylde y su desaparición.

—¿La has perdido para siempre, ha sido destruida?

—Está hecha de tierra, una simple caída no la matará. Pero, me preocupa la criatura... Ha nacido desnuda de la tierra, no sabe nada, no conoce nada, y andará perdida sin mí para adiestrarla y sustentarla. Además, es más poderosa de lo que nadie sabe. La sangre de la Tierra fluye por sus venas.

Gaborn preguntó:

—¿Es peligrosa? ¿Qué puede hacer?

—Posee la concentración de mis poderes —explicó Binnesman—. Al igual que los magos acuáticos derivan fuerza del mar o los tejedores de las llamas, yo lo hago de la tierra. Algunas capas contienen más fuerza del elemental que otras. Durante décadas, he rastreado el suelo en busca del tipo exacto de tierra, de las piedras justas, y el wylde ha sido creado con esa materia.

—Entonces, ¿no es nada más que polvo y piedras? —preguntó Gaborn.

—No —dijo Binnesman—, es más que eso. Yo no puedo controlarlo, está vivo como tú o como yo.

»El wylde decide qué forma asumir a partir de lo que yo pienso. Intenté imaginar a un guerrero que se enfrentara a los reaver, un caballero verde como el que servía a vuestros antepasados... Aunque ni en eso pude controlarlo.

—Tendremos que enviar aviso, pedir ayuda para buscarla.

Binnesman esbozó una sonrisa a medias, extrajo una brizna de trigo del suelo y masticó la suculenta raíz.

—Hemos perdido a Raj Ahten, yo esperaba mejores resultados —musitaba Binnesman.

Iome apareció con su montura y encontró a Gaborn y al mago junto a un pesebre del cual comían los caballos, tan precipitadamente como solamente pueden corceles de fuerza, masticando tan aprisa que Iome se inquietó por ellos.

Dejó a los otros dos cuidando de las bestias mientras ella guio a su padre hasta el arroyo y lo lavó en la corriente cristalina. El rey se había ensuciado cerca de las Siete Moles y no había tenido tiempo de ocuparse de él.

Cuando por fin Gaborn se acercó a ellos habiendo abandonado a las monturas en las capaces manos del mago, Iome ya había secado a su padre y lo había cambiado; Sylvarresta descansaba a orillas del huerto con una raíz por almohada, roncaba

felizmente.

Una visión no habitual aunque tranquilizadora. El padre de Iome era señor de las runas y poseía varios dones de resistencia y de fuerza física. Solamente recordaba haberlo visto dormir una vez y únicamente durante media hora. No obstante, se preguntaba si alguna vez hubo dormido junto a su madre. Por supuesto, a veces se tumbaba en la cama con ella mientras reflexionaba sobre los asuntos del reino, hasta altas horas de la madrugada.

Pero, ¿dormir? Casi nunca.

Aquel día tan largo debía de haber agotado a su padre.

Gaborn se sentó junto a Iome, ambos reclinaron la espalda en el mismo tronco, este tomó una de las ciruelas del montón que había cerca de la mano de Iome y comenzó a comérsela.

Las nubes se arremolinaban de nuevo tapando las estrellas y el viento soplaba procedente del sur. Era el típico tiempo otoñal de Heredon: frentes nubosos que se desplazaban en ráfagas, arrastrando consigo tormentas que no solían durar más de una o tres horas.

Binnesman se acercó al arroyo con los caballos que saciaron su sed y dejaron de beber cuando el mago se lo ordenó. Luego, uno siguió comiendo la hierba baja de la orilla y los otros se durmieron de pie; pero la formidable montura de Raj Ahten se quedó junto al agua, inquieto, con un humor que acompañaba al de Binnesman. Al poco, Binnesman dijo:

—Debo marcharme. Necesito llegar a Longmot... Si cabalgáis a rienda suelta no hay mucho en este mundo a lo que debáis temer.

—No me encuentro excesivamente preocupado —respondió Gaborn.

La mirada incierta de Binnesman indicaba lo contrario, Gaborn debería tener miedo. El príncipe había hablado valientemente a fin de tranquilizar al hechicero.

Binnesman se montó en el enorme corcel de guerra que pertenecía a Raj Ahten.

—Procurad descansar algo. Los animales solo deben dormir una hora o dos. Raj Ahten despertará sobre la medianoche y vendrá a buscaros, aunque os protegeré con un conjuro.

El mago susurró algunas palabras y extrajo algunas hierbas del bolsillo que, tras acercarse, dejó caer sobre el regazo de Gaborn, era perejil.

—Guardadlo, absorberá el rastro y lo ocultará. Antes de partir, Gaborn, arrancaos un pelo de la cabeza y hacedle siete nudos. Si Raj Ahten os persiguiera se verá vagando en círculos.

—Gracias —dijeron Iome y Gaborn.

Binnesman dio media vuelta en su fino corcel y desapareció al galope en la oscuridad, rumbo al sur.

Iome estaba cansada, agotadísima, y echó un vistazo a su alrededor buscando un trozo de terreno mullido donde reposar la cabeza. Gaborn alargó la mano, la cogió por el hombro y la guio hacia él para que pudiera descansar sobre su regazo. Fue un

gesto inesperado, íntimo.

Iome cerró los ojos y se quedó allí, escuchando cómo se comía otra ciruela, pero las tripas de Gaborn se removían tanto que se encontraba incómoda con tan sorprendentes ruidos.

Gaborn le acarició la mejilla suavemente, el pelo... Imaginó que su tacto le resultaría consolador, pero no fue así. En vez de ello, la puso nerviosa, en parte, por miedo al rechazo. Aunque había dicho que la amaba, Iome no creía que la amara locamente.

Era tan fea, y opinaba que, entre los más espantosos esperpentos del mundo, ella era la peor. Una vocecita le decía susurrante que se merecía tal fealdad.

Se trataba del don, por supuesto, Iome no recordaba haberse sentido así jamás, tan falta de autoestima. La runa de poder de Raj Ahten tiraba de ella.

Sin embargo, ahora que Gaborn la tocaba y la miraba, parecía que el conjuro tenía menos efecto, se notó algo más digna; creyó que, entre todos los hombres, Gaborn era el único que podría apreciarla. Por otro lado, temía perderlo. Era una sensación horrible, porque parecía tan lógica.

El hecho de que nunca había estado a solas con otro hombre la incomodaba; ahora estaba a solas con Gaborn, cuando siempre había tenido a Chemoise a su lado y a su días observándola. Aquí estaba con un príncipe mientras su padre dormía y se sentía totalmente incómoda, excitada.

No era la proximidad de Gaborn, lo sabía, lo que la hacía sentirse así, sino que era la atracción mágica, notaba la estimulación de sus deseos más creativos, como si fuera un animal hurgando en su cabeza. Solía sentirse así cuando estaba cerca de Binnesman, pero nunca de manera tan intensa. Claro que el herbolario era un hombre mayor y no era de apariencia agradable.

Gaborn era diferente, era un hombre que se atrevía a declarar su amor por ella.

Deseaba dormir, Iome no contaba con dones de fuerza o metabolismo, solamente uno de resistencia que había recibido al poco de nacer. Y aunque aguantaba bastante, necesitaba dormir casi tanto como una persona normal.

Sin embargo, tenía que vérselas con el electrizante tacto de Gaborn.

*Es todo inocente*, se dijo mientras le acariciaba la mejilla, simplemente un gesto íntimo entre amigos.

Pero Iome ansiaba tanto aquel contacto, deseaba que deslizara la mano más abajo, por la garganta. No quería admitir que deseaba que la tocara en otros reservados.

Sujetó la mano de Gaborn para impedir que continuara acariciándole la barbilla. Este reaccionó cogiéndole la mano y besándola despacio, con los dedos entre los labios; suavemente, tanto que la dejó sin aliento.

Iome entreabrió los ojos y lo miró. La oscuridad parecía un manto, los cubría del todo como una sábana. *Entre nosotros y la casa hay varios árboles*, pensó Iome. *La mujer no puede vernos desde dentro, no sabe quiénes somos*.

La idea hizo que el corazón le latiera violentamente. Seguro que Gaborn notaba

cómo se le aceleraba el corazón, cómo luchaba por contener un gemido de placer.

Este puso le puso la mano en la mejilla y empezó nuevamente a acariciarla; Iome arqueó ligeramente la espalda en respuesta.

*No es posible que me desee, se dijo, no es posible...* Tengo la cara echa un cromo; las venas de la mano parecen gusanos azules a punto de reventar.

—Desearía seguir siendo bella —susurró jadeante.

—Lo sois —respondió Gaborn con una sonrisa.

Se agachó y la besó en los labios. Aquel beso húmedo olía a ciruelas, el roce de sus labios la mareó; le agarró la nuca para levantarla y la besó apasionadamente.

Iome se aferró a sus hombros, los usó de apoyo hasta quedar sentada en su regazo y percibió que Gaborn temblaba de deseo. En ese momento, Iome supo que Gaborn estaba convencido de su belleza a pesar de que Raj Ahten la había despojado de todo encanto; aunque el reino de su padre estuviera en ruinas, la estimaba bella a pesar de todo y la deseaba tanto como ella a él.

Gaborn la tenía curiosamente hipnotizada, deseaba que la besara con brusquedad. Le acariciaba la mejilla y la barbilla con la nariz, Iome estiró el cuello para que la besara entre las clavículas, lo cual hizo.

Lascivia, se sentía licenciosa. Toda su vida siempre hubo alguien observándola, educada en un comportamiento decente y decoroso. Ahora, por primera vez estaba a solas con un hombre, un hombre a quien de repente amaba desesperadamente.

Siempre había controlado sus emociones, nunca hubiera creído sentir tanto deseo carnal. *Es la magia, se dijo, que me hace sentir así.*

Los labios de Gaborn se desplazaron de la garganta a la oreja. Iome tomó su mano y la atrajo hacia el pecho, pero Gaborn la retiró sin llegar a tocarla.

—¡Por favor! —susurró Iome—. No os comportéis como un caballero ahora, ¡hacedme sentir bella!

Gaborn retiró los labios de la oreja y la miró fijamente: si lo que veía en la penumbra no le agradaba o le repugnaba no daba muestra de ello.

—Yo, esto... —dijo Gaborn poco convencido—. Me temo que solamente puedo comportarme como tal. —Intentó sonreír de modo tranquilizador—. Demasiados años de práctica.

Se apartó un poco, aunque no del todo.

Inexplicablemente Iome se puso a llorar. Pensará que soy una desvergonzada, una mujer fácil, le dijo la vocecita. Ahora me ve de verdad, una bestia ansiosa.

Su propia lujuria le daba asco.

—¡Lo siento! —se disculpó Iome—. ¡Nunca había hecho nada parecido!

—Lo sé —dijo Gaborn.

—Sinceramente, nunca... —añadió Iome.

—Sinceramente, lo sé.

—¡Debéis pensar que soy una insensata o una furcia! O fea.

Gaborn se río...

—Que va. Me halaga que os sintáis atraída por mí, que me deseéis.

—Nunca había estado a solas con un hombre —confesó Iome—. Siempre iba acompañada por la dama de honor y por la días real.

—Yo tampoco he estado jamás a solas con una mujer —dijo Gaborn—. Siempre nos han vigilado. A veces me pregunto si los cronistas nos observan a fin de que nos comportemos bien. Nadie querría que se grabaran y divulgaran sus actuaciones íntimas. Sé de nobles que son generosos y decentes creo, sencillamente, porque no desean que el mundo descubra su verdadero carácter. Pero ¿de qué sirve eso Iome si solamente somos buenos en público?

Gaborn la abrazó, arropándola contra su pecho, pero sin besarla. En vez de ello, parecía una invitación a descansar, a intentar conciliar el sueño. Iome no podía dormir, empero, con lo cual intentó relajarse.

Se preguntaba qué había querido decir Gaborn; *¿intentaba portarse bien o realmente le resultaba repulsiva?* Quizá incluso no se atrevía a asumir la verdad en su fuero interno.

—Iome Sylvarresta —dijo Gaborn con voz distante y algo formal—. He viajado desde lejos, desde mi hogar en Mystarria, con el objeto de pedir os algo. Hace dos días me dijisteis que vuestra respuesta sería «no», pero me pregunto si podríais reconsiderarlo.

A Iome le dio un vuelco el corazón y se puso a pensar a velocidad vertiginosa: no tenía nada que ofrecerle; Raj Ahten aún estaba en su reino y la había despojado de toda belleza y destrozado a su ejército. Aunque Gaborn afirmaba amarla, temía que si Raj Ahten seguía con vida, no volvería a ver su cara al natural y, en su lugar, se vería obligado a contemplar aquella horrible máscara mientras ella viviera.

Solamente podría ofrecerle su devoción, nada más. *¿Sería eso suficiente?* Como princesa entre los señores de las runas nunca hubiera imaginado que se encontraría en este trance: amar a un hombre y que el sentimiento fuera mutuo, aunque ella no tuviera nada que ofrecerle.

—No me pidáis eso —dijo Iome con labios temblorosos y el corazón en un puño—. No puedo tener en cuenta mis propios sentimientos en este asunto. Aunque si me convirtiera en vuestra esposa, intentaría conducir mi vida de tal forma que no lo lamentarais. Nunca besaría a otro como os he besado a vos.

Gaborn la sostuvo cómodamente y dulcemente en sus brazos, la espalda de esta amoldada a su torso.

—Eres mi media naranja perdida, ¿sabes? —susurró Gaborn.

Iome se recostó en el abrazo, permitiéndose el lujo de deleitarse con ello, mientras el dulce aliento de Gaborn le hacía cosquillas en el cuello. Nunca había creído los dichos que contaban que cada persona poseía un alma incompleta, condenada a buscar la otra mitad constantemente. En aquel instante creyó que era cierto, intuía la verdad en las palabras de Gaborn.

El príncipe, jugueteón, susurró en su oído:



—Y si un día me aceptarais como esposo, intentaré conducirme de manera que no me creáis demasiado cortés.

Envolvió los hombros de Iome con los brazos y la estrechó fuertemente, dejando que apoyara la cabeza en su pecho; la cara interna de la muñeca reposaba en el pecho de ella y, aunque Iome seguía excitada por el roce, ya no se sentía licenciosa o avergonzada.

*Así es como debería ser*, se dijo Iome. Teniéndonos el uno al otro. Así nos hacemos uno.

Se encontraba cansada, adormilada. Intentó imaginarse cómo sería la vida en Mystarria, en el palacio del rey. Se aventuró a soñar... Había escuchado historias sobre el lugar, las naves blancas que surcaban el gran río gris, que flotaban por los canales de la ciudad. Las verdes colinas y el olor a la sal del mar, la bruma mañanera, el graznar de las gaviotas y el romper de las olas.

Casi podía ver el interior del palacio, una amplia cama con sábanas de seda y cortinas violetas agitándose en las ventanas abiertas; se imaginó desnuda tendida junto a Gaborn.

—Habladme de Mystarria —musitó Iome—. «En Mystarria el agua de las lagunas descansa como la obsidiana, entre las raíces de los cipreses...».

Era la cita de una vieja composición.

—¿Es así realmente?

Gaborn cantó y, aunque no tenía un laúd a mano para acompañarse, su voz resultó encantadora:

En Mystarria el agua de las lagunas descansa como la obsidiana,  
entre las raíces de los cipreses.

Y las charcas son tan oscuras que no reflejan el sol,  
mientras sobre ellas flotan los nenúfares.

Se contaba que las lagunas eran el hogar de los magos acuáticos y sus hijas, las ninfas.

—Nunca he conocido a los hechiceros de vuestro padre —dijo Iome.

—Son algo pusilánimes, la mayoría no han desarrollado agallas aún. Los más poderosos magos acuáticos viven en el fondo del océano, alejados de la tierra firme.

—Aun así, afectan a vuestros vasallos. Es un país estable.

—Oh, sí —respondió Gaborn—. Siempre intentamos ser ecuanímes en Mystarria, somos una nación muy estable; según la opinión de algunos, aburrida.

—No la critiquéis —lo amonestó Iome—. Vuestro padre está vinculado al agua, lo presiento. Encuentra la manera de contrarrestar las tensiones sociales. ¿Trajo consigo a uno de los magos? Me gustaría conocer a alguno.

Iome supuso que si el rey Orden había traído soldados a fin de desfilar y demostrar su grandeza, también habría traído uno de aquellos. Esperaba que tal hechicero les ayudara a derrotar a Raj Ahten en Longmot.

—En primer lugar, no son «sus» magos, al igual que Binnesman no puede ser «vuestro» hechicero personal...

—Bueno, ¿lo acompaña alguno entre su séquito?

—Casi —dijo Gaborn.

Iome apercibió que el príncipe deseaba que así hubiera sido. Los magos acuáticos, al contrario que los guardianes de la tierra, intervenían en los asuntos de los seres humanos frecuentemente.

—Pero el viaje es tan largo... y en las llanuras de Fleeds no se encuentran muchas masas de agua.

Gaborn comenzó a relatarle cosas sobre su vida en Mystarria, el magnífico campus de la Facultad del Conocimiento y las muchas Salas repartidas por la ciudad de Aneuve. Algunas de las Salas eran enormes auditorios donde miles de estudiantes se personaban a escuchar las lecciones magistrales y a participar en los debates. Otras de las Salas eran acogedoras aulas, como el comedor de una posada de lujo, donde, en invierno, los eruditos se sentaban junto a las enormes chimeneas, como los maestros mayores de antaño, e impartían las lecciones mientras bebían ron caliente...

Iome despertó de golpe cuando Gaborn cambiaba de postura bajo su cuerpo y delicadamente le tocaba el hombro.

—Vamos, amor mío —susurró—. Debemos irnos, ya han transcurrido casi dos horas.

Los nubarrones del cielo comenzaron a soltar agua, Iome miró a su alrededor. Sorprendentemente, el árbol contra el que se habían recostado les proporcionaba buen abrigo; Iome se maravillaba de que la lluvia no la hubiera salpicado o despertado antes. *¿Cómo había podido dormir?* Advirtió que Gaborn había utilizado su don de voz para arrullarla, con voz cada vez más sosegada, con cierto cadencioso cantar.

El rey Sylvarresta estaba sentado junto a ellos, espabilado, con la mano alargada intentaba agarrar alguna cosa imaginaria, reía por lo bajito... cazaba mariposas.

Iome notaba las manos, el cuerpo y la cara entumecidos; la mente se desperezaba aunque no las extremidades. Gaborn ayudó a la tambaleante princesa a levantarse. Esta reflexionaba sobre el mejor modo de cuidar de su padre. *Raj Ahten me ha convertido en una anciana con muchas preocupaciones y a mi padre en un niño*, pensó Iome.

Inesperadamente, deseó con todas sus fuerzas que su padre se mantuviera así, que pudiera aferrarse a esa inocencia y ese asombro que experimentaba en la actualidad. Siempre había sido un hombre bueno, pero demasiado angustiado. Raj Ahten había otorgado a Sylvarresta una libertad hasta entonces desconocida.

—Los caballos ya se han repuesto —anunció Gaborn—. Los caminos estarán embarrándose, pero conseguiremos sacar algo de tiempo.

Iome asintió con la cabeza, recordaba cómo había besado a Gaborn hacía unas horas y, de repente, su mente quedó despejada, alerta de nuevo, y todo lo acontecido

el día anterior parecía un sueño.

Gaborn se quedó ante ella un instante, entonces la agarró bruscamente y la besó en los labios, convenciéndola de que lo que recordaba de esa noche realmente había sucedido.

Iome se encontraba débil y cansada, pero cabalgaron durante toda la noche, dejando que los caballos galoparan a toda velocidad. Binnesman les había dejado una montura de refresco, otro de los corceles de Raj Ahten, con lo cual se detenían cada hora a cambiar de caballo y turnar el descanso de cada una de las bestias.

Mientras volaban como el viento y dejaban atrás aldeas y pueblos, a Iome la asaltó el vívido recuerdo de un sueño que tuvo mientras dormía en brazos de Gaborn: soñó que estaba en la torre norte del torreón de los Consagrados en el castillo de su padre, donde los jinetes aéreos aterrizaraban con los pterodáctilos en verano portadores de misivas del sur, mientras que el ejército de Raj Ahten se desplazaba por el bosque de Dunn, agitando los árboles y entre los soldados venían los tejedores de llamas vestidos con sus ropajes de fuego vivo. Solamente los distinguía de manera intermitente: los nomen de piel negra arrastrándose entre las sombras bajo los árboles, los caballeros vestidos con escrocones color azafrán y carmesí montados sobre caballos bardados en el bosque y Raj Ahten apostado al borde del bosque, orgulloso y hermoso, la contemplaba desde allí.

Tal sueño la había atemorizado, contemplando a sus súbditos correr hacia la seguridad del castillo, los campesinos de Heredon. Las colinas al norte, este y oeste, salpicadas de gente, campesinos con togas marrones y gruesas botas, encorvados y corriendo en busca de cobijo; mujeres fornidas con niños a remolque y hombres empujando carretillas repletas de nabos; muchachos conduciendo a los becerros con palos; una anciana con fardos de trigo atados a la espalda; jóvenes amantes con expresiones de inmortalidad en la mirada. Todos ellos huían de Raj Ahten, buscaban refugio.

Iome sabía que el castillo no podría protegerlos, las murallas no detendrían a Raj Ahten. Por lo tanto, frunció los labios y sopló con todas sus fuerzas, sopló hacia el oeste, luego hacia el este y luego hacia el sur. El aliento con olor a lavanda tiñó el aire de color morado. Cada persona que rozaba, sobre la que soplaba en el reino, convertidos en vilano, vilano blanco que se balanceaba y giraba con cada remolino de viento y, luego, repentinamente atrapado en una gran ráfaga flotaba en lo alto de los robles, abedules y alisos del bosque de Dunn.

Por último, Iome sopló sobre Gaborn y sobre sí misma y, convertidos en vilano, salieron volando en la misma dirección, contemplando las hojas vestidas de otoño, todas doradas y rojizas.

Observó a las tropas de Raj Ahten irrumpir entre los árboles dando voces y agitando las hachas y lanzas de armas hacia el castillo. Nadie se interponía en su camino.

Solamente la desolación, Raj Ahten hubiera esperado sacar partido de la batalla,

pero solamente conseguiría desolación como botín.

Mientras el caballo la guiaba hacia el sur durante la noche, notó cierta levedad, como si flotara dejando el mundo atrás. Una vez pasada la medianoche, presintió cierto desfallecimiento que la envolvía, miró a su padre quien también parecía tambalearse en la silla. Le sobrevino un acceso de pena al reconocer los síntomas: en el castillo de Sylvarresta alguien había empezado a degollar a sus consagrados, sospechaba que era Borenson.

## Capítulo 32



*La hospitalidad se paga cara.*

**P**asada la medianoche el ejército de Raj Ahten llegó a Hayworth, tal como anunció el rey Orden.

Stevedore Hark, el posadero, despertó en la cama junto a su esposa debido al ruido que hacían los cascos de los caballos. Era un truco muy simple el que permitía oírlos tan claramente en el montículo sobre el agua. Los acantilados que formaban la ladera de la colina junto al camino, recogían el estruendo de los cascos y lo lanzaban como un eco corriente abajo.

Hacía años que Stevedore Hark se había acostumbrado a despertarse con el sonido de cascos puesto que, casi siempre, se trataba de un viajero, lo que significaba que Hark tendría que buscarle una cama para pasar la noche.

Aunque la posada era pequeña y únicamente tenía dos dormitorios, en numerosas ocasiones los huéspedes se veían forzados a compartir un colchón de paja entre cuatro o cinco. La llegada de un forastero en mitad de la noche significaba que Stevedore tendría que despertar y aplacar los ánimos de sus huéspedes mientras encajaba al recién llegado en el ya apretado lecho; todo ese tipo de preocupaciones.

Por tanto, cuando oyó los cascos en la distancia, Stevedore Hark permaneció en la cama despierto, intentando contar el número de jinetes. *¿Mil, dos mil?*, contaba adormilado. *¿En qué cama los voy a poner?*

En ese instante, recordó que el puente estaba desvencijado y que había prometido al rey Orden enviar a estos hombres hacia el vado de los Jabalís en el sur.

De un salto se puso en pie y, aún con la ropa de cama, se apresuró en ponerse unos calcetines ya que allí tan cerca de las montañas hacia frío por la noche. Después, salió de la posada a toda prisa y miró al otro lado del río; había dejado una lámpara bajo el alero del tejado con motivo de aquella ocasión, aunque en realidad no le hizo falta.

Los soldados emplazados en la orilla opuesta eran caballeros con armadura completa, los cuatro de la vanguardia portaban parpadeantes antorchas para que les alumbraran el camino. La luz de las antorchas se reflejaba en los escudos de latón y

en el agua. Aquella visión de guerreros le asustaba, las alas blancas grabadas en los yelmos de los invencibles, los lobos carmesíes en los escrocones, los mastines y los gigantes y otras cosas más tenebrosas merodeaban por allí también.

—Os saludo, amigos, ¿qué deseáis? —dijo Hark—. El puente está estropeado, no podréis cruzar por aquí. El paso más cercano se encuentra río arriba, en el vado de los Jabalís, a veinte kilómetros de distancia. ¡Seguid el sendero!

Con un gesto alentador les señaló el camino. Un sendero poco transitado conducía corriente arriba hasta el vado. El aire de la noche olía mucho a lluvia, y el viento se arremolinaba en torno a la cabeza del posadero, con aroma a pinos. El agua oscura del río lamía tranquilamente las orillas del río.

Los soldados lo examinaron en silencio, algo cansados según parecía, o igual no hablaban el mismo idioma. Stevedore Hark conocía algunas palabras en muyyatín.

—¡Chota!, ¡chota! —exclamó a la vez que señalaba en dirección al vado.

Bruscamente, entre los jinetes se adelantó una espectral figura: un hombre bajito y oscuro con ojos brillantes y desprovisto de cabello que miró a Hark desde la otra orilla y sonrió de oreja a oreja como si compartiera una broma de carácter privado con este.

Se desprendió del manto que llevaba y quedó desnudo, durante unos instantes los ojos le centellearon; una llama azul le acariciaba una de las mejillas, engordándose en la noche.

—¡La opacidad de un engaño veo en ti! —chilló el hombrecillo.

Levantó el puño y la llama azul se deslizó por el brazo veloz como un rayo, rebotando en el agua del río se abalanzó sobre Stevedore Hark.

El hombre dio un alarido de terror cuando aquello se estrelló contra la fachada lateral de la posada. La vieja madera se quejó como si le doliera y la llama prendió en ella; la lámpara de aceite bajo el alero explotó y las llamas se extendieron por el muro.

La lucecita azul retornó al otro lado del río hasta posarse en los ojos del tejedor.

Stevedore Hark gritó de nuevo y entró corriendo en la posada en busca de su esposa y sus huéspedes antes de que se produjera un gran incendio.

Mientras los sacaba de la cama, el tejado ardía, las llamas anaranjadas se retorcían como lenguas.

Stevedore Hark salió de la posada, jadeante debido al humo, y lanzó una mirada hacia la orilla opuesta del río. Aquel hombrecillo negro lo observaba y sonreía abiertamente.

Luego, con un gesto dramático, saludó a Hark, dio media vuelta y se marchó por el camino río abajo hacia el puente de los Elementos a unos treinta kilómetros en dirección este. Esa ruta desviaba al ejército del Señor de los Lobos, pero sorteaba la emboscada de Orden.

Stevedore Hark quedó atrás con el corazón alterado. La cabalgata hasta Longmot era demasiado larga para un viejo y gordo posadero, en la aldea no había ningún

caballo de fuerza tampoco. No podría avisar a Orden que su plan había fracasado, no superaría el bosque de noche.

En silencio, deseó buena suerte a Orden.

## Capítulo 33



### *Trampas.*

**E**l rey Mendellas Draken Orden deambulaba por las defensas del castillo mientras reflexionaba sobre el mejor modo de defender aquel peñasco. Se trataba de una antigua fortaleza cuyas murallas exteriores eran excepcionalmente altas, construidas con granito de la misma roca sobre la cual se asentaba.

La fortaleza no poseía ni muralla secundaria ni terciaria, como solía haber en castillos más grandes, como el de Sylvarresta. No tenía barrio de mercaderes ricos, solamente dos mansiones defendibles que pertenecían a barones de curia inferior, los torreones del Duque, el de los Soldados y el de los Consagrados.

Aunque la muralla era robusta, protegida por runas terrestres que las mantenían sólidas.

El edificio más alto era la aguilera del pterodáctilo, un edificio sobre un pináculo cuya función era servir de nido a hasta seis de esos colosales reptiles. Se podía subir por una escalera estrecha que zigzagueaba a lo largo de la cara este del pináculo, no era un lugar de defensa, no poseía almenas para resguardar a los arqueros, ni descansillos entre los peldaños donde los espadachines pudieran blandir sus armas. Solamente tenía un amplio campo de aterrizaje y seis aberturas circulares donde anidaban las bestias.

Los distintos duques de Longmot no habían criado pterodáctilos desde hacía generaciones, lo cual le parecía una lástima a Orden. Hacía ciento veinte años, hubo varios crudos inviernos, y en el norte los reptiles se congelaron de frío. Durante esos inviernos, los gigantes frowth viajaron desde las lejanas tierras del norte atravesando la nieve.

No obstante, cuando mejoraron los inviernos y los pterodáctilos salvajes volvieron a migrar desde el sur, los reyes de Heredon no quisieron domesticarlos como habían hecho sus antepasados, sino que prefirieron enviar emisarios en caballos de fuerza.

Orden pensaba que era una pena que una tradición tan antigua se hubiera perdido.



En cierta medida, la nación se había empobrecido por ello.

Las aguileras estaban en mal estado, los abrevaderos de agua estaban vacíos, había huesos roídos por el suelo, restos de alguna comida anterior.

Orden había utilizado a los pterodáctilos para enviar mensajes al norte durante años y sabía que algunos habían repostado aquí. Nadie había limpiado el estiércol, y la cal cubría las rocas literalmente. Los peldaños que conducían a la aguilera estaban desgastados y brotes de campanillas crecían entre las hendiduras de las rocas, los pétalos azules se abrían bajo el sol de la tarde.

Aunque Orden descubrió que desde la pista de aterrizaje había una panorámica completa, hasta de las azoteas de los torreones de los consagrados y del duque. Así pues, emplazó a seis arqueros con arcos de acero allí arriba, ocultos, a fin de que observaran y solamente dispararan si las fuerzas de Raj Ahten cruzaban el portón. Además, añadió un espadachín al grupo para vigilar la escalera.

En la penumbra, esperó a que su guardaespaldas encendiera una lámpara y con esa luz se paseó por el torreón de los Consagrados. Desde fuera parecía un torreón austero y sombrío, una torre redonda que podía alojar a unos mil consagrados. Las ventanas eran unas aspilleras excavadas en la roca. Orden supuso que no muchos consagrados se pondrían bajo la luz directa del sol una vez cedidos los dones. O sea, que prácticamente para consagrarse al duque uno tenía que resignarse a vivir en una prisión.

Aunque el interior del torreón era sensacionalmente lujoso: las paredes eran blancas y los alféizares pintados con dibujos de rosas azules o margaritas.

Cada planta contaba con salita propia, las camas estaban colocadas alrededor del muro exterior y en el centro había una estupenda chimenea. Aquellos dormitorios estaban diseñados para que cada noche un par de cuidadores se sentaran a velar a cien o más consagrados al mismo tiempo. Todas las salas tenían tableros de ajedrez y sillones cómodos donde sentarse, en el suelo los juncos y la lavanda se mezclaban.

El rey Orden andaba preocupado por su hijo, aún no tenía noticias acerca de su paradero. *¿Lo habrían matado? ¿Estaba en el torreón de Sylvarresta, consagrado a Raj Ahten?* Quizá sentado junto al fuego, indefenso como un gatito, jugando al ajedrez. Solamente podía esperar que no, la esperanza es lo último que se pierde, pero en Orden tal sentimiento menguaba.

El torreón del Duque enclaustraba a menos de cien consagrados en un solo dormitorio. Orden calculó que, por lo menos, debía de haber alojado a unas quinientas personas que se ocuparan de las defensas del castillo. Durante la contienda de contraataque habían perdido a cuatrocientos consagrados al menos. La libertad se había cobrado muchas víctimas.

Las fortificaciones de la torre se concentraban en el nivel inferior, Orden inspeccionó las defensas exhaustivamente ya que esperaba enfrentarse a Raj Ahten allí, donde podría encontrar el punto de ventaja.

El rastrillo daba al cuarto de la guardia donde podría colocar a una docena de

piqueros para vigilar la entrada. El engranaje del rastrillo estaba a unos veinticuatro metros de distancia, en una habitación aparte donde podría dejar a un par de centinelas.

Junto a esta sala había una armería y las arcas del duque. La armería estaba bien abastecida de flechas y saetas, más de lo que hubiera imaginado Orden. Las flechas estaban agrupadas en fardos de a cien. Orden hizo un rápido cálculo, había al menos doscientas mil flechas; la mayoría recién armadas con plumas de ganso gris, como si el duque hubiera estado preparándose incansablemente para afrontar el fin del mundo.

La armadura del duque y la de su caballo habían desaparecido, seguramente uno de los Invencibles de Raj Ahten se habría apropiado de ellas. Sin embargo, los hombres de Raj Ahten habían dejado una espada larga digna de un príncipe, hecha con el mejor fleje de acero de Heredon, afilado a la perfección.

Orden examinó la empuñadura donde aparecía grabado el nombre de Stroehorn, un artesano de excepcional habilidad de hacía cincuenta años, un auténtico maestro.

Los indhopaleses, quienes hasta hacía cincuenta años solamente vestían corazas de cuero durante el combate, no apreciaban las armaduras y espadas del norte. En el desierto hacía demasiado calor para luchar con lorigas o placas pesadas; los hombres llevaban corazas de cuero y placas y, en vez de las pesadas hojas de acero septentrionales, utilizaban cimitarras. Estas hojas curvas potenciaban al máximo el filo del sable para que de una estocada pudieran atravesar el cuerpo de un hombre: frente a un adversario equipado con una armadura ligera, la cimitarra demostraba ser un arma elegante y grácil; pero si el filo chocaba contra la loriga, la hoja enseguida quedaba desafilada o doblada.

En un cuerpo a cuerpo con un contrincante así vestido, lo mejor eran las espadas del norte de filo recto y acero sólido que podían atravesar las armaduras con una embestida o abrirse paso entre los anillos de la cota.

Al ver tan magnífica espada allí abandonada en la armería, Orden volvió a esperanzarse. Las huestes de Raj Ahten eran numerosas y eso atemorizaba al enemigo, pero aquellas se enfrentaban a un terreno no acostumbrado, con armas de acero meridional de inferior calidad. *¿Cómo se las apañarían las tropas del desierto durante el invierno?*

Ocho siglos atrás, los reyes de Indhopal enviaron regalos de especias, ungüentos, sedas, pavos reales y tigres a los antepasados de Orden con la idea de abrir vías de comercio. A cambio, estos enviaron caballos, oro, pieles y lana de calidad y especias del norte.

Los monarcas sureños rechazaron desdeñosos las pieles y la lana, las cuales les parecieron algo agobiantes en tierras de clima desértico, las especias tampoco les satisficieron. Los caballos, que en su opinión eran de calidad inferior a los suyos, los utilizaron como animales de carga. Aunque el oro les encantó lo bastante como para enviar las caravanas de mercaderes.

Por ello, Orden se preguntaba cómo se adaptarían al clima los indhopaleses. Igual no aprenderían a apreciar el verdadero valor de las pieles y la lana hasta que la mitad de los suyos se congelaran; rechazarían monturas aptas para las montañas del norte, al igual que el acero.

Finalmente, Orden inspeccionó las arcas del duque, donde encontró una sorprendente cantidad de troqueles de oro utilizados para acuñar monedas. El rey Orden examinó los sellos que mostraban la imagen de Sylvarresta en el anverso y las Siete Moles en el reverso.

A Orden le parecía extraño que el duque estuviera acuñando monedas... En el suelo había una balanza, Orden extrajo una moneda del bolsillo y la pesó.

El cuño del duque era algo más ligero ya fuera debido a que el metal había sido reducido demasiado o porque el oro estaba mezclado con zinc o con hojalata, Orden no estaba seguro.

Lo que estaba claro era que el duque de Longmot había estado falsificando monedas antes de convertirse en traidor.

—¡Perro sarnoso! —farfulló Orden.

—¿Milord? —respondió uno de los capitanes.

—Ve y descuelga el cadáver del duque de Longmot. Corta los intestinos que hacen de sogá y arroja el cuerpo al foso.

—¿Milord? —preguntó el capitán.

Aquello era una forma algo irrespetuosa de honrar a un muerto.

—¡Haz lo que te digo! —exclamó Orden—. No se merece otra noche de hospitalidad real.

—Sí, milord —respondió el capitán mientras desaparecía aprisa.

Tras el recorrido por el torreón de los Consagrados, Orden decidió no inspeccionar el resto de torreones en el castillo. Las mansiones del duque y sus nobles parecían algo mezquinas y, según Orden, no tenía sentido defenderlas.

Además, sería mejor concentrarse en los hombres emplazados en la muralla exterior. Longmot era una fortaleza tan angosta que un arquero apostado en el muro este podía alcanzar el muro oeste a cien metros con una flecha, lo cual significaba que si el enemigo irrumpía por uno de ellos varios defensores aún podrían abatirlos desde el otro lado.

El rey Orden contaba con unos mil quinientos o mil seiscientos hombres en aquel momento. También había enviado mensajes a Groverman y a Dreis pidiendo refuerzos y cabía la posibilidad de que Borenson regresara con la mayoría de su ejército intacto.

Pero tendrían que hacerlo pronto, los que no llegaran antes del alba no podrían entrar.

Una vez concluida la inspección del torreón, se presentaron el capitán Cedrick Tempest, el edecán de la duquesa, y una días real, una mujer rechoncha de edad madura. El capitán Tempest era un hombre fornido de cabello castaño, abundante y

rizado, que llevaba muy corto. En señal de respeto, sostenía el yelmo en la mano, aunque al presentarse ante el rey Orden no hizo reverencia alguna. Durante un instante Orden se sintió algo desairado, entonces, se percató de que el capitán actuaba en calidad de señor del castillo con lo cual estaba en su derecho de no inclinarse ante él.

En vez de ello, Tempest estrechó la mano de Orden por la muñeca, de igual a igual.

—Majestad, me complace recibiros, y ofreceros a vos y a vuestros hombres todo el confort posible. Me temo que pronto entablaremos combate, empero. Uno de los ejércitos de Raj Ahten avanza desde el sur.

—Lo sé —dijo Orden—. Me gustaría luchar a vuestro lado. He despachado emisarios a Groverman y a Dreis, rogando que nos envíen refuerzos, aunque sospecho que vacilarán antes de responder a la petición de un rey forastero.

—La duquesa también envió misivas —dijo Tempest—. Pronto veremos si nos ha servido de algo.

—Gracias —dijo Orden, observando los ojos del otro.

Esto era lo peor, si aún no había llegado ningún refuerzo, lo más seguro era que Dreis y Groverman, al enterarse de la invasión, hubieran decidido fortificar sus propias posiciones antes que enviar ayuda. No se les podía reprochar eso.

Tras una pausa, Orden añadió:

—¿Podríamos hablar a solas?

Tempest asintió discretamente y juntos caminaron hacia el torreón del Duque, subieron un tramo de escalera. Los hombres de Orden esperaron fuera. Solamente los cronistas reales, el de Orden y el de Gaborn los siguieron dentro de la sala; y también la días que iba pegada a los talones de Tempest.

En aquel amplio salón, la sangre producto de un enfrentamiento cruento aún manchaba el suelo; las sillas de madera hechas astillas; por el suelo había un hacha ensangrentada junto con un par de dagas largas.

La batalla de la duquesa había finalizado allí en una contienda a cuchillazos.

Un par de sabuesos color canela contemplaron a Orden con curiosidad cuando este entró en la sala, aporrearon las colas como saludando, habían estado durmiendo frente a la chimenea apagada.

El rey Orden prendió una antorcha y la colocó debajo de las astillas del hogar y se sentó junto al fuego, a unos tres metros de donde se sentaba Tempest.

Este parecía rondar la cincuentena aunque era difícil saberlo; un hombre con dones de metabolismo envejecía rápidamente. Pero Mendellas solía adivinar la edad de los soldados mirándolos a los ojos. A pesar del metabolismo, algunos retenían una expresión de inocencia, una mirada de inexperiencia. Al igual que los dientes, la mente y el corazón, los ojos se mantenían jóvenes aunque la piel se manchara y se arrugara.

Pero los ojos castaños de Tempest parecían anegados de dolor, enfrentamiento y

fatiga. Orden no averiguó nada, aparentaba tener mil años.

El rey decidió abordar el tema con tacto:

—Me intriga saber qué sucedió. Evidentemente, Raj Ahten dejó a algunos de sus soldados aquí, buenos soldados de armas. ¿Cómo es posible que la duquesa los derrotara?

El capitán contestó:

—Esto... debo remitirme al testimonio de otros. Yo mismo me vi forzado a ceder un don y estaba en el torreón de los Consagrados cuando estalló la revuelta.

—¿Dices que Raj Ahten te obligó a ceder un don?

La mirada de Tempest se tornó extraña, entre repugnancia y veneración.

—Debéis comprender que lo hice voluntariamente. Cuando Raj Ahten solicitó mi ayuda, sus palabras fueron como dagas que me atravesaron. Al mirar su rostro, parecía más hermoso que una rosa o que el amanecer en un lago de montaña. Era la belleza personificada, todo lo que anteriormente yo creía noble o hermoso parecía una mala falsificación.

»Después de ceder el don, después que sus hombres arrastraran mi cuerpo hasta el torreón, conseguí despertar del sueño. Caí en la cuenta de haber sido utilizado, de lo que había perdido.

—Ya veo —dijo el rey Orden, preguntándose de paso cuántos dones de voz poseía Raj Ahten para ejercer tanta influencia sobre los hombres.

—Entonces, ¿qué pasó aquí?, ¿cómo consiguió la duquesa dar este golpe militar?

—No lo sé con certeza porque yo estaba tumbado en el torreón de los Consagrados como indefenso cachorrillo, sin poder mantener los ojos abiertos, y únicamente me llegaban datos fragmentados.

»Pero tengo entendido que el duque recibió un soborno a fin de dejar a Raj Ahten el paso libre por el bosque de Dunn. Como no se atrevía a decírselo a su esposa, escondió el dinero en sus cuartos privados, no osaba mostrarlo.

»Después de muerto, cuando la duquesa se percató de que tendría que haber recibido algo a cambio de tal traición, buscó en los cuartos del duque y encontró unos cuatrocientos marcadores.

—Comprendo —dijo Orden—, ¿utilizó los marcadores para forjar asesinos?

—Sí —respondió Tempest—. Cuando Raj Ahten entró en la ciudad no todos nuestros soldados estaban dentro, algunos estaban por ahí fuera investigando un informe acerca de un leñador que había localizado a un reaver.

—¿Llegaban muchos informes del paradero de los reaver? —preguntó Orden, ya que esto era importante.

—No, pero la primavera pasada encontramos la pista de un trío en el bosque de Dunn.

Orden quedó pensativo y dijo:

—¿Eran huellas grandes?

—Entre cincuenta y ochenta centímetros de largo.

—¿De cuatro o tres dedos?

—Dos de ellas de tres, y la más grande de cuatro.

Orden se mojó los labios pues, repentinamente, se le había secado la boca.

—¿Supisteis entonces lo que significaba eso?

—Sí, majestad —dijo el capitán—. Se trataba de una tríada de apareamiento.

—¿Y no los matasteis? ¿No fueron encontrados?

—Sylvarresta fue informado y envió cazadores tras ellos.

*Sin lugar a duda, Sylvarresta se lo habría contado. Igual este año hubiéramos cazado algo más que jabalís*, pensó Orden. No obstante, la noticia le inquietaba puesto que ya le habían llegado otros perturbadores informes sobre la presencia de reaver desplazándose por las montañas a lo largo de la frontera de Mystarria: guerrillas de a nueve y de a ochenta y uno. Desde los tiempos de su bisabuelo no se habían oído tantas partes. Además, de camino al Heredon durante este viaje, al pasar por Fleeds, la reina Herin la Roja había mencionado tener problemas con los reaver que andaban matando a sus caballos, pero Orden no se esperaba que las depredaciones se extendieran tan al norte.

—Entonces —dijo Orden—, algunos de vuestros soldados estaban de patrulla cuando Raj Ahten tomó el control...

—Exacto. Permanecieron fuera de la fortaleza hasta que Raj Ahten se hubo marchado. Presenciaron el ahorcamiento del duque y enviaron un mensaje a la duquesa solicitando órdenes. Esta envió al mediador al pueblo con los marcadores y los soldados obtuvieron dones de cuantos podían cederlos hasta que acumularon suficientes para lanzar un contraataque.

—¿Escalaron la muralla? —preguntó Orden.

—Ni mucho menos. Entraron como si nada, después de la partida de Raj Ahten, como si fueran candeleros y tejedores que venían a mostrar su mercancía a la duquesa. Ocultaron dagas bajo las velas y cotas de malla bajo los fardos de tela. Raj Ahten solamente había dejado a doscientos fieles soldados, jóvenes, que, bueno, se hicieron cargo de la situación.

—¿Dónde están ahora?

—Muertos —respondió el capitán Tempest—, todos muertos. Irrumpieron en el torreón de los Consagrados y mataron a media docena de vectores y fue entonces cuando el resto nos unimos a la refriega, no fue cosa fácil.

Orden asintió comprensivo.

—Capitán Tempest, imagino que sabe por qué me he personado aquí con mis tropas. —Se trataba de un asunto delicado y Orden necesitaba saber si Tempest había encontrado los marcadores y los había movido de la mansión de Bredsfor. Aunque había enviado a un hombre para que los localizara, Orden no deseaba esperar mucho, especialmente si lo que esperaba iban a ser malas nuevas.

El capitán lo miró indiferente.

—Porque os llegaron noticias del ataque.

—Sí —dijo Orden—, pero ese no es el motivo por el cual estoy aquí. Todo Heredon está siendo asediado y hubiera preferido concentrar mis esfuerzos en la liberación del castillo de Sylvarresta. Aquí vine por el botín.

—¿El botín? —repitió Tempest con los ojos muy abiertos. Orden casi llega a creer que el hombre no sabía nada, pero no se fiaba del todo de la respuesta. Tempest se esforzaba demasiado por controlar sus emociones, no mostraba reacción alguna.

—¿Sabes a qué me refiero?

—¿Qué botín? —preguntó Tempest, su mirada no expresaba engaño.

Entonces la duquesa había ocultado la existencia de los marcadores incluso a su edecán. Orden no esperaba menos, así lo había deseado.

—¿Sabías que el duque era un falsificador, no? —preguntó Orden.

Cuidadosamente utilizó un poco el don de voz al hacer esa pregunta, en tono comprometedor.

—¡No! —protestó Tempest, aunque sus ojos parpadearon y las pupilas se contrajeron.

*Mentiroso y miserable perro, pensó Orden. Ahora miente. Cuando pregunté por el tesoro pensaba que hablaba de los troqueles en las arcas del duque.*

Realmente no parecía tener conocimiento alguno de los marcadores de Raj Ahten, lo cual interesaba a Orden.

Si la duquesa no se fiaba de Tempest lo suficiente, significaba que Orden tampoco debería hacerlo.

El rey continuó con la verdad a medias.

—El rey Sylvarresta envió un mensaje informándome que la duquesa había derrotado a las fuerzas de Raj Ahten en Longmot y que en el castillo había escondido o enterrado un tesoro.

»¿Hay algún indicio de que han estado cavando por aquí? ¿Alguien ha recuperado el botín?

Tempest negó con la cabeza y los ojos bien abiertos. Orden estaba seguro que los hombres de Tempest empezarían a cavar en menos de una hora.

—¿En quién depositaba su confianza la duquesa? ¿A quién hubiera encomendado esa tarea?

—Al chambelán —respondió Tempest bruscamente.

—¿Dónde se encuentra en este momento?

—¡Desaparecido! Dejó el castillo al poco de producirse el levantamiento y nadie lo ha visto desde entonces.

Por el tono de voz de Tempest, este parecía preocupado por que el chambelán se hubiera marchado con el tesoro a cuestas.

—¿Qué aspecto tiene?

—Un hombrecillo delgado, como una vara de sauce, rubio y sin barba.

El mismo emisario que Orden encontró muerto. Así pues, la duquesa había intentado enviar el mensaje a Sylvarresta a través del mismo hombre que había

enterrado los marcadores y no se lo había dicho a nadie más. El capitán Tempest podía ser un buen soldado, capaz de defender el castillo, pero evidentemente no era del todo sincero. Tener conocimiento del botín hubiera supuesto una tentación y la duquesa no habría deseado ver nuevamente a su rey traicionado.

Tal cosa entristecía al rey Orden, le pesaba en el corazón. Era una lástima que un gran rey como Sylvarresta sufriera tal deslealtad, toda una nación así comprometida.

Si un hombre formidable como era Sylvarresta no era muy apreciado entre sus nobles, Orden se preguntaba si podría fiarse de sus propios vasallos.

—Gracias, capitán Tempest —dijo el rey Orden a modo de despedida.

Orden añadió mientras Tempest vacilaba en el umbral de la puerta encasquetándose el yelmo:

—Oh, capitán, Groverman y Dreis nos socorrerán tan pronto como se organicen. Envié un mensaje pidiendo ayuda y mencioné el tesoro. ¡Los ejércitos del norte se congregarán aquí!

Tempest asintió y suspiró aliviado, luego se marchó. La anciana días lo siguió.

Orden permaneció sentado en la oscuridad durante una larga hora, en una silla de roble oscuro muy bien terminada, demasiado. Las escenas talladas en el respaldo que representaban un banquete se le clavaban en la carne, uno no podía descansar en aquellos asientos.

Orden atizó el fuego de la chimenea y arrojó un par de sillas desvencijadas como leña, luego se sentó sobre la alfombra de piel de oso, acariciando a los perros de caza del duque que barrían el suelo con la cola en señal de afecto.

Su días que había quedado olvidado en una esquina, vino a sentarse en una de aquellas incómodas sillas; el de Gaborn permaneció en el rincón.

Orden no se había tumbado en el suelo con un perro desde que era un muchacho; recordaba la primera vez que visitó Longmot con su padre, un joven muchacho de nueve años en el camino de vuelta a casa después de su primera gran cacería en la que participaron cien hombres de séquito. Tuvo lugar en otoño, durante Hostenfest por supuesto, donde conoció a un joven príncipe de largos cabellos color ámbar y hombros estrechos, Sylvarresta, el primer amigo del príncipe Mendellas Orden. Su único verdadero amigo.

Los soldados de su padre lo habían entrenado en las artes bélicas, había hecho amistad con los aduladores hijos de nobles de menor rango que lo habrían apreciado, pero que siempre eran conscientes del puesto que cada uno de ellos ocupaba y que los separaba de un príncipe.

Incluso otros príncipes habían tratado a Orden con demasiada deferencia, siempre conscientes que los dominios de este eran más opulentos y extensos que los suyos.

Sylvarresta era el único en quien Mendellas confiaba; Sylvarresta siempre le decía la verdad si tal o cual sombrero le sentaba mal en vez de decirle que iba elegante, o se reía de él cuando no acertaba contra el estafermo con la lanza. Solamente Sylvarresta se atrevía a llevarle la contraria cuando no tenía razón.



El rey Orden notó que jadeaba. Ahora me equivoco, concluyó. He errado al enviar a Borenson a liquidar a los consagrados de Raj Ahten. *¿Y si Borenson mata a Sylvarresta?, ¿podré perdonármelo alguna vez o tendré que soportar esa cruz el resto de mi vida, colgarme el sambenito durante esta contienda?*

Otros reyes habían soportado tal carga, se dijo. Otros se habían visto forzados a degollar a sus amigos. De niño, Orden sentía rencor hacia los hombres que mataron a su abuelo, pero sabía que a menudo el sentimiento de culpa era el precio implícito al liderazgo.

—¿Días? —susurró el rey al hombre sentado a su espalda.

—Sí, alteza —respondió el cronista.

—¿Qué sabes sobre mi hijo?

Conocía al hombre de toda la vida y nunca lo consideró amigo o confesor, aunque lo admiraba como erudito.

—Hablar de ello supondría violar el más sagrado de los juramentos, milord —murmuró este—. No intervenimos en los asuntos de Estado.

Y tanto que sabía la respuesta, los cronistas nunca se interponían ni ayudaban. Si el rey estuviera ahogándose a un metro de la orilla, el días no le tendería la mano.

—A pesar de todo, me lo podrías decir —respondió Orden—, puesto que conoces la respuesta.

—Sí —susurró el cronista.

—¿No me aprecias en absoluto? ¿No importan mis sentimientos? —preguntó Orden—. ¿Es mi destino intrascendente, o el de mi gente? Podrías ayudarme a derrotar a Raj Ahten.

El días real permaneció callado un buen rato y Orden sabía que estaba meditándolo. Otros habían quebrantado el juramento y contado secretos a sus monarcas, de eso, Orden estaba convencido. *¿Por qué no este hombre? ¿Por qué no aquí?*

El días de Gaborn habló desde su rincón:

—Si os contesta violará la más sagrada de las promesas y su gemelo lo sabría.

Aquello sonaba a amenaza. Los observadores eran observados.

—Sin duda os hacéis cargo, milord.

En realidad Orden no lo entendía, no comprendía tal crueldad. En muchas ocasiones llegó a pensar que los cronistas y su religión eran algo curioso y extraño; pero ahora le resultaban indolentes.

No obstante, quería comprender su actitud. El de Gaborn seguía allí en vez de ir en busca de su hijo, *¿por qué? ¿Estaba muerto o el días no podía seguirlo? ¿Esperaba simplemente a que llegara a Longmot? ¿Había Gaborn desaparecido incluso del campo de visión de los cronistas?*

Orden reflexionó: su días lo había llamado «milord», tratamiento que nunca antes había utilizado. El hombre quería hablar, le resultaba difícil mantenerse al margen como mero espectador. Aunque se contenía, quería aliviar los malos ánimos respecto

a aquel desagradable asunto.

*¿No lo aconsejaría aunque penara su vida por ello?* Orden había estudiado algo de historia y sabía que durante ciertos conflictos bélicos algunos cronistas habían revelado secretos, aunque desconocía el sino de esos cronistas.

Las crónicas contaban las hazañas de monarcas y naciones. Si alguno de ellos había renegado de su religión y se había convertido en consejero, no decían qué había sido de ellos. En vez de eso, las crónicas fluían de manera ininterrumpida como si un solo observador imparcial hubiera observado a un rey, estudiado sus asuntos. Orden quedó un rato absorto en estas cavilaciones.

Cuando el capitán Stroecker regresó de la mansión de Bredsfor, halló al rey tumbado delante de un fuego que se extinguía, acariciando a los canes.

—Disculpad, milord —dijo este desde la puerta.

El rey se revolvió y se incorporó.

—¿Qué nuevas me traes?

Stroecker sonrió sombrío, en la mano derecha sostenía un puñado de nabos frescos. Los ojos le brillaban con lo que podía ser ira.

—Estos son milord, suficientes nabos para alimentar a un ejército.

A Orden le entró un pánico tremendo al pensar que los marcadores habían desaparecido, alguien se los había llevado.

Stroecker sonrió travieso.

—Y estos... —dijo sacando un fardo pequeño de marcadores ceñidos en el cinturón a la espalda.

El rey Orden suspiró aliviado, tanto que inmediatamente disculpó la payasada del capitán.

De un brinco se puso en pie, tomó los marcadores y los examinó: las runas estaban intactas, sin abolladuras ni rozamientos en la punta de metal de sangre, todos confeccionados al estilo kartish. Orden no había traído a mediador alguno que ejecutara la ceremonia, pero no le hacía falta, con la inteligencia de veinte hombres y dones de voz de otros quince, Orden mismo podría recitar los conjuros como el mejor de los mediadores.

Un arma, ya tenía su arma.

—Capitán Stroecker —dijo en voz baja—. Borenson, tú y yo somos los únicos que sabemos dónde se encuentra este botín enterrado y debemos mantenerlo en secreto. No podemos correr el riesgo de que el enemigo los encuentre; no puedo arriesgarme a que te capturen.

—De acuerdo —asintió Stroecker, de tal forma que parecía convencido de que Orden quería que realizara el sacrificio final y, en unos segundos, el capitán se inmolaría.

—Por tanto, capitán —dijo Orden—, quiero que les digas a los hombres que necesitas voluntarios para transportar un gran tesoro a Mystarria. Selecciona a tres hombres, hombres jóvenes con familia, que os acompañen como centinelas. Elígelos

con cuidado puesto que les estarás salvando la vida. Luego con esos hombres y cuatro corceles veloces debes llenar las bizazas de piedras y marcharos de aquí, poniendo sumo cuidado para que no os pille nadie.

—¿Milord? —preguntó Stroecker.

—Has oído bien. Al despuntar el alba aquí se entablará la batalla. Espero que Raj Ahten se nos eche encima con todo su ejército. Él prevé que contará con la ayuda de unos cien mil efectivos y no sé cuántos más aliados tendrá. Si esta fortaleza cae en sus manos, si pereciéramos todos, tu cometido será regresar y recuperar el botín para llevarlo a Mystarria.

—Milord ¿no habéis considerado la retirada? —preguntó Stroecker.

Uno de los perros se puso de pie y pegó el hocico al muslo del rey; parecía tener hambre aunque se conformaría con una caricia.

—Cada segundo me lo planteo —respondió Orden—, pero mi hijo sigue desaparecido y, hasta ahora, no tengo noticias de él. Hasta que sepa algo, debo suponer que Raj Ahten lo tiene prisionero y que le ha quitado un don, o que ha muerto.

Orden respiró hondo. Toda su vida la había dedicado a proteger y a criar a su hijo; su mujer le había dado cuatro hijos y Gaborn era el único superviviente. A pesar de ello, la preocupación del rey por Gaborn era un quebradero más entre una multitud.

La voz le tembló al admitir lo siguiente:

—Además, he enviado al más temible de mis soldados a matar a mi mejor amigo. Si lo que temo se convierte en realidad, capitán Stroecker, si lo peor acontece, no deseo sobrevivir a la batalla. Voy a enfrentarme a Raj Ahten cuerpo a cuerpo, voy a embestirlo personalmente con mi espada, con lo cual uno de los dos morirá. Al amanecer formaremos la serpiente.

El rey Orden levantó los marcadores.

El capitán palideció, la serpiente era una táctica arriesgada; con aquellos marcadores Orden tomaría un don de metabolismo de un hombre quien, a su vez, tomaría uno de otro, así sucesivamente hasta que todos los hombres se convirtieran en una larga cadena de conductores. En la jerga de los mediadores esa cadena humana se conocía como «la serpiente» puesto que el primer eslabón de la cadena se convertía en el más poderoso, mortífero como una serpiente venenosa y, si se diera el caso que fuera aniquilado, que la serpiente fuera decapitada, el siguiente eslabón de la cadena se plantaría el primero, con su fuerza apenas menguada.

Pero si un hombre aceptaba demasiados dones de metabolismo era una muerte segura; podría convertirse en un gran guerrero durante algunas horas o algunos días, aunque al final utilizaría toda su energía y se apagaría como una estrella fugaz. En el pasado algunos hombres desesperados habían recurrido a ello. Además, iba a resultar difícil encontrar veinte luchadores capaces y dispuestos a formar la serpiente, a sacrificar sus vidas.

Por lo tanto, Orden les ofrecía una veta de esperanza. En este caso, el rey cedería

su don de metabolismo al último eslabón de la cadena con lo cual cada hombre se convertía en vector de otro. Así, con veinte marcadores, los veinte hombres podrían compartir todo el metabolismo acumulado, formando una fuente común de energía de la cual podían beber todos. Como Orden era el que más dones poseía y el mejor capacitado para el combate, la tarea de enfrentarse a Raj Ahten recaía sobre él. Se prestaba voluntario como «cabeza de la serpiente» y, mientras los otros permanecieran inertes, Orden podría absorber todo el metabolismo excedente. Muchos de los soldados de Orden, además, contaban ya con dones de uno o dos hombres. Como primer eslabón, Orden podría moverse con la velocidad de treinta o cuarenta hombres.

Y esa esperanza que Orden proporcionaba a sus hombres era la siguiente: si él mismo sobrevivía a la escaramuza, la cadena no se rompería y cada eslabón podría seguir llevando una vida normal en cierta medida.

No obstante, la estratagema era algo peligrosa. Si uno de los hombres se veía forzado a entrar en combate, igual desviaría el metabolismo de Orden en un momento crítico estropeando así sus posibilidades de éxito. Lo que era peor, si uno de los eslabones moría, Orden se convertiría en simple vector de otro y podría caer abatido, sin poder moverse.

No, lo mejor era que si alguien moría que fuera la cabeza de la serpiente, el rey mismo. Si Orden moría, si se rompía la cadena, la carga recaería sobre la persona que había cedido el don en primer lugar.

El siguiente eslabón se convertiría en la nueva cabeza de la serpiente y continuaría luchando contra las fuerzas de Raj Ahten, causando estragos.

A pesar de todo, incluso si Orden ganaba el combate contra Raj Ahten, incluso si la cadena permanecía intacta, el rey exigía un gran sacrificio a sus hombres; ya que en algún momento determinado, en un futuro distante, tendría que romperse el círculo. Uno de ellos moriría en el campo de batalla o víctima de alguna enfermedad. Entonces, el resto sucumbiría ante el profundo sueño de los consagrados, salvo de uno de ellos, la nueva cabeza de la serpiente quien estaba condenado a envejecer a pasos agigantados y moriría en cuestión de meses.

Independientemente del resultado de la batalla, se instaba a todos los hombres que formaran la cadena a sacrificar parte de su vida.

Con conocimiento de causa, Orden se sintió agradecido cuando el capitán, con una inclinación de la cintura, dijo sonriente:

—Me complacería servir en la batalla con vos, si me permitís que forme parte de la serpiente.

—Gracias —respondió Orden—, pero, en esta ocasión, tendréis que absteneros de tan grave sacrificio, puesto que el deber os reclama en otra parte.

El capitán Stroecker giró sobre los talones elegantemente y salió del salón. Orden lo siguió con el objeto de preparar a las tropas de cara al combate.

Los otros capitanes ya habían emplazado soldados en las murallas; los artilleros

ya habían arrastrado las catapultas desde los recintos cubiertos en las torres de la puerta, comenzado a disparar y comprobar la distancia de alcance en la oscuridad. No era el momento ideal para realizar aquellas pruebas, pero Orden no sabía si tendrían la oportunidad de hacerlo a la luz del día.

Inesperadamente, un olifante sonó entre las colinas de poniente, por la carretera que provenía del castillo de Dreis.

Orden sonrió desalentado. *Conque el conde se persona al fin, con la esperanza de llevarse una parte del tesoro, pensó.*

## Capítulo 34



### *El corredor.*

**E**n Khuram se decía que un corredor con un cuchillo podía asesinar a dos mil hombres en una sola noche; Borenson trabajaba más rápido que eso puesto que era un soldado de fuerza y llevaba un puñal en cada mano.

Lo hacía sin pensar, lo hacía sin mirar el tembleque de las víctimas o sin prestar atención al estrépito de extremidades destrozadas o al gorgoteo de la sangre. Durante gran parte de la noche, cumplió con su cometido entre un horrible estupor mecanizado.

Tres horas después de haberse internado en el torreón de los Consagrados, Borenson completaba la tarea. Fue inevitable que algunos de los consagrados despertaran y se enfrentaran a él; era inevitable que algunas de las mujeres degolladas fueran hermosas y algunos de los hombres jóvenes y con toda una vida por delante. Asimismo sería inevitable que, por mucho que se esforzara en olvidar aquellos rostros, no podría borrar algunos momentos de su mente, como el de la ciega aferrada a su escrocón que suplicaba que esperara, o la sonrisa de un antiguo compañero de borracheras durante las cacerías, el capitán Derrow, quien se despidió para siempre con un guiño de complicidad.

A mitad de camino, Borenson se hizo cargo de que esto era lo que se esperaba de él, que Raj Ahten había dejado a los consagrados sin protección a sabiendas de que serían aniquilados. No sentía compasión alguna por ellos, no los valoraba un ápice.

Que un amigo liquide a otro amigo, que un hermano alce el cuchillo contra otro hermano, que las naciones del norte queden divididas. Eso era lo que Raj Ahten deseaba y Borenson lo intuyó mientras degollaba a aquellos inocentes, se convertía en títere de Raj Ahten.

Era innecesario abandonar a los consagrados sin guarnición alguna, cuatro o cinco hombres de calidad hubieran bastado para protegerlos. *¿Qué tipo de alimaña sacaba placer de todo aquello?*

Borenson notó cómo se le partía el alma como una herida supurante que dolía constantemente. A pesar de ello, su deber era el de obedecer a su señor sin vacilar; su

obligación era la de matar a esa gente y, aunque la masacre le repugnaba, de vez en cuando se preguntaba si los había matado a todos, si había cumplido su misión, si Raj Ahten había escondido a algunos de los consagrados.

Puesto que si los vectores de Raj Ahten estaban fuera de su alcance, tendría que matar a todos los que alimentaban el poder de este.

Cuando finalmente abrió el rastrillo del torreón, la sangre lo cubría del yelmo a las botas.

Se desplazó hasta la calle del Mercado donde tiró los puñales en la acera y permaneció allí un rato mientras dejaba que la lluvia le lavara la cara y las manos. El frío de las gotas era refrescante, aunque durante las últimas horas la sangre se había coagulado en forma de manchas; haría falta algo más que unas cuantas gotas de lluvia para limpiarla.

Le sobrevino un estado de ánimo desenfadado: ya no deseaba ser uno de los soldados de Orden, ni de ningún otro monarca. El yelmo le apretaba demasiado, como si fuera a chafarle la cabeza, tanto le dolía; lo arrojó al suelo y rodó calle abajo sobre el empedrado con un estrepitoso estruendo y repiqueteo.

Después, abandonó el castillo de Sylvarresta.

Nadie se interpuso en su camino, tan solo había un centinela de pacotilla en el portón quien nada más ver la cara ensangrentada se apartó dando alaridos y levantando el dedo pulgar y el índice para espantar a los fantasmas.

Borenson gritó de tal modo que su voz retumbó en las murallas, se precipitó entre la lluvia, atravesó los calcinados campos hacia el apartado claro donde había dejado a su caballo.

Media docena de nomen cometieron el grave error de lanzarse sobre Borenson en la oscuridad y la lluvia con sus kontos (largas lanzas). Arma en mano, acometieron contra él desde un pequeño valle, saltando desde la tierra carbonizada como animales salvajes.

Los ojos inyectados brillaban en la nebulosidad, las espesas melenas les proporcionaban un aspecto lobezno. Entre gruñidos y pequeñas zancadas sobre las cortas patas cargaban hacia delante, apoyando los nudillos en el suelo de vez en cuando.

Durante unos segundos, Borenson se planteó la posibilidad de dejarse matar, pero enseguida la imagen de Myrrima con un vestido de seda blanco como las nubes tomaba forma en su mente, las peinetas de nácar en el cabello oscuro... Recordaba su perfume, su risa cuando la besó apasionadamente en la puerta de la casita.

En ese momento sintió necesidad de ella, interpretó a los nomen como simples apéndices de Raj Ahten, los secuaces que este había traído consigo para matar. Aunque los hombres de Borenson los habían perseguido y desperdigado por las colinas, en los próximos meses se convertirían en el azote de esta tierra.

A Raj Ahten eso no le importaba. Los nomen cumplían los deseos de este al alimentarse de carne humana; matarían tanto cuanto el otro había ordenado,

llevándose a los más débiles primero, arrebatando a niños de sus cunas y atacando a mujeres durante el aseo.

El primero en acercarse arremetió contra Borenson, arrojó la lanza de cerca y la hoja de piedra se hizo añicos al golpear la loriga de Borenson.

Veloz como una serpiente, Borenson extrajo el hacha de armas que le colgaba de la cadera y comenzó a revolverla. Este hombre era un guerrero de fuerza que no se andaba con chiquitas: de un tajo le arrancó un brazo al nomen, se giró y desplomó el hacha de lleno en el pecho de otro.

Mientras se defendía empezó a sonreír, reflexionaba sobre cada estocada. Matar a los nomen no era suficiente, quería bordarlo, convertir aquel enfrentamiento en un baile, en una obra de arte.

Cuando otro de los nomen se abalanzó, Borenson le introdujo el puño acorazado entre los colmillos, le agarró la lengua y tiró de ella.

Otro intentó huir. Borenson, calculó el ritmo de la zancada, observó el balanceo de las orejas tías y lanzó el hacha con todas sus fuerzas; partirle el cráneo a la bestia no era suficiente, quería hacerlo a la perfección, dar en el blanco justo, a fin de que el hueso produjera un sonido seco y se partiera como un melón.

El nomen se desplomó. Solamente quedaban dos de ellos, que cargaban contra Borenson lanzas en alto. Sin los dones de vista que poseía, nunca hubiera podido esquivar la acometida de aquellas lanzas negras.

Al abalanzarse aquellos dos, Borenson sencillamente apartó la punta de las lanzas a un lado, asió una de ellas por el mango y, revolviéndose, arremetió contra el enemigo y empaló a ambas bestias por el ombligo.

Cuando hubo terminado, retrocedió y contempló a los nomen que sabían que iban a morir, no podrían curar tal herida. La criatura en la retaguardia se desmayó haciendo que el otro cayera de rodillas.

Borenson siguió su camino mientras reflexionaba sobre el combate, sobre cómo había luchado con meticulosidad de movimientos. Una lograda hazaña digna de poesía o danza.

Comenzó a reír a carcajadas, una estrepitosa risa gutural, puesto que así debería ser la batalla: hombres peleando por sus vidas; como un buen hombre defendiendo su hogar y a su familia.

Aquella escaramuza pareció aliviarse algo más que la lluvia. Recuperó el yelmo y el hacha, y se apresuró en busca de su caballo corriendo bajo el aguacero.

*No me lavaré estas manos*, se dijo. No me lavaré la cara hasta que me plante ante mi príncipe y mi rey de nuevo para que vean lo que han hecho.

Borenson montó y salió al galope en la oscuridad. A cuatro millas de distancia por la carretera este de la ciudad, encontró el cuerpo inerte de uno de los caballeros de Orden... Tomó la lanza de este.

Aunque su montura no tenía parangón con el magnífico corcel de monte de Gaborn, el caballo de Borenson podía galopar incansablemente en una noche como



aquella, ya que el camino, aunque embarrado, estaba despejado y la lluvia lo refrescaba.

Así pues, Borenson se desplazó por las colinas a brida suelta hasta que la lluvia amainó, el cielo quedó despejado y las estrellas resplandecieron brillantes y nítidas.

El plan era el de dirigirse a Longmot, pero la carretera se bifurcaba al este y al sur y, con aquel ánimo que no lo abandonaba, inesperadamente tomó el desvío hacia el este, hacia Bannisferre.

Al amanecer, cabalgaba por verdes praderas donde no había rastro de la guerra, por los viñedos a veinte kilómetros al norte de Bannisferre donde las jóvenes muchachas andaban encorvadas recogiendo uva madura.

Se detuvo en uno de los campos a comer uvas que estaban aún empapadas de lluvia de la noche anterior, le supieron tan succulentas como si las comiera por primera vez.

Allí el río era ancho, como un jirón de plata reluciente que resplandecía entre el verdor de los campos. Cambió de idea respecto a limpiarse la sangre, la decisión que había tomado la noche anterior, porque no deseaba que Myrrima lo viera de aquel modo, ni que adivinara lo que había hecho.

Se metió en el agua y nadó desnudo, sin prestar atención a los criadores de cerdos que arreaban a los animales por la ribera.

Una vez que se hubo secado al sol, volvió a ponerse la armadura, pero tiró el jubón ensangrentado al río, dejó que la corriente se llevara la imagen del caballero verde sobre fondo azul.

*Seguramente, pensó, las tropas de Raj Ahten ya habrán llegado a Longmot. Voy tan rezagado que sería demasiado tarde para unirme al combate. En realidad ya no le importaba mucho lo que sucediera en Longmot, planeaba renunciar a su puesto.*

Al asesinar a consagrados inocentes, hombres y mujeres que no habían cometido crimen alguno (salvo apreciar a un rey bueno y decente), Borenson había hecho más de lo que cualquier señor tenía derecho a exigir. De modo que renunciaría a sus votos a Orden, se convertiría en caballero equitativo y lucharía según considerase adecuado, a su albedrío.

Se acercó a un peral junto a una granja abandonada, lo escaló y cogió algunas de las peras más gordas de lo alto; unas para él y otras para Myrrima y su familia.

Desde la copa del árbol divisó algo interesante: una honda laguna sobre una elevación en un huerto de sauces, charcas tan azules como el cielo. Algunas de las hojas amarillentas de los sauces habían caído al agua y flotaban en la superficie, a la deriva. Sobre el agua, también había rosas rojas y blancas meciéndose.

*El hogar de un mago, pensó Borenson desinteresado. Un mago acuático, y la gente ha echado rosas al agua como ofrenda.*

Descendió del peral ágilmente y subió corriendo la pendiente hasta llegar a la apacible masa de agua, se acercó reverencioso, esperanzado. No tenía rosas ni flores para endulzar el agua del hechicero, pero podría ofrecer las peras como comida.

Por tanto se acercó al borde de la laguna, donde las raíces de los sauces se retorcían entre la gravilla de la orilla, y se sentó sobre una ancha y oscura raíz. Una leve brisa agitaba las hojas secas en lo alto, susurrantes. Durante algunos minutos, Borenson invocó al mago: «Oh hechicero del agua, amante del mar. Oh mago acuático, escuchad mi plegaria».

El agua de la superficie continuaba quieta y no distinguía nada en la resplandeciente charca más que zapateros que patinaban en la superficie y unos cuantos tritones pardos por debajo, cuyos ojos dorados lo observaban.

Desesperado se preguntaba si el mago había muerto hacía tiempo y la gente aún endulzaba las charcas con la esperanza de que algún día llegara otro. O quizá era un lugar encantado donde las muchachas del entorno arrojaban rosas en el agua a fin de apaciguar el espíritu de algún ahogado.

Borenson estuvo sentado un rato en la raíz del sauce pronunciando su oración en vano. Cerró los ojos, olfateó el dulce aroma del agua y pensó en su tierra, en Mystarria, en las tranquilas aguas de las lagunas de Derra donde se bañaban los locos, donde los pensamientos y recuerdos perturbadores de estos se desvanecían.

Mientras recordaba el lugar, notó que una de las raíces frías le rozaba el tobillo y al pensar en apartar la pierna, la raíz se le enrolló en el pie de repente y lo estrechó con ternura.

Borenson miró hacia abajo. Justo debajo de las ondas, en la orilla, había una niña de unos diez años cuya piel era de color azul pálido y perfecta como la porcelana, de cabellos plateados. Lo miraba fijamente desde el agua con los ojos bien abiertos, verdes como los mares, sin parpadear, totalmente quieta. Solamente abría y cerraba ligeramente las branquias color carmesí de la garganta al respirar.

Retiró la mano del pie de Borenson y la hundió bajo el agua sujetando una de las raíces sumergidas del sauce.

Se trataba de una ondina, demasiado joven para ser poderosa.

—Os he traído una pera, dulce niña, si la queréis —dijo Borenson.

La ninfa no respondió, lo seguía mirando fijamente y lo atravesó con una fría mirada.

Anoche maté a una niña de vuestra edad, quería decirle Borenson, quería llorar.

Lo sé, decían los ojos.

Nunca viviré en paz, dijo Borenson con la mente.

Yo podría darte esa paz, decían los ojos.

Borenson supo que mentía, que lo arrastraría al agua, que lo amaría y, mientras tanto, podría sobrevivir en la charca, pero, pasado un tiempo, se olvidaría de él y entonces Borenson se ahogaría. Solamente podía ofrecerle algunos efímeros días de placer antes de morir.

*Me gustaría ser como vos, compenetrado con el agua, conocer la paz interior,* pensó Borenson. Recordó los mares de Mystarria, las enormes olas blancas formándose en el mar verde oscuro como bronce envejecido.

Los ojos de la ondina se abrieron más con aquellos recuerdos del mar y esbozó una sonrisa, como si le agradeciera aquella visión.

Borenson tomó una de las peras amarillas y metió la mano en el agua para entregársela a la ninfa. Esta alargó la mano mojada y delgada de color azul, con largas uñas plateadas, y le agarró la muñeca para alzarse lo suficiente a fin de poder besarle los labios.

Fue un gesto inesperado, rápido como un pez cazando una mosca en el aire; Borenson notó el roce de los labios durante un instante.

Luego colocó la pera en la mano de la ninfa y se marchó. Durante la siguiente hora no se acordó de la pena que lo había atraído hasta el charcal con sus rosas rojas y blancas meciéndose entre las hojas secas.

Por fin encontró el caballo y partió al trote, tranquilamente, dejando que su montura paciera sobre la marcha. Pronto llegó a la pequeña pradera en las afueras de Bannisferre donde se asentaba la casita de Myrrima entre las margaritas silvestres.

La chimenea desprendía una espiral de humo azul procedente del fogón; una de las feas hermanas de Myrrima (Inette, según recordaba Borenson) esparcía pienso para los flacos y negros pollos ante la puerta de entrada.

Al acercarse, Inette alzó el maltrecho rostro y sonrió, aunque la sonrisa enseguida se desvaneció.

—¿Estáis bien?

—No, ¿dónde está Myrrima? —preguntó Borenson.

—Pasó un emisario por la ciudad pidiendo refuerzos para unirse a las tropas, porque lord Orden está en Longmot. Myrrima partió anoche. Muchos de los muchachos del pueblo se apuntaron a la refriega.

Todo el sosiego y la tranquilidad de la última hora abandonaron a Borenson bruscamente.

—¡A Longmot! —gritó Borenson—. ¿Por qué?

—Quería estar a vuestro lado —respondió Inette.

—Pero... ¡Si no va a ser un *picnic* o un día de feria!

—Eso ya lo sabe —susurró Inette—. Pero estáis prometidos y si sobrevivís, desea hacerlo a vuestro lado. Y si no...

Borenson dejó caer la cabeza. *Sesenta kilómetros... Casi sesenta kilómetros hasta Longmot*, pensaba furioso.

No podía haber llegado en una noche, o en dos, si hacía el camino andando.

—¿Se marchó a pie?

Inette negó con la cabeza, como anestesiada.

—Algunos de los muchachos del pueblo se fueron en una carreta.

Demasiado tarde, demasiado tarde. Borenson dio media vuelta al caballo y salió al galope con la intención de alcanzarla.

## Capítulo 35



### *Entre fuertes brazos.*

**G**aborn oyó a Iome gritar por el camino a Longmot. El alarido fue tan espeluznante que, al principio, temía que la hubiera alcanzado una flecha. Llevaban horas de recorrido, haciendo paradas cada cinco minutos para cambiar las monturas, e Iome no se había quejado una sola vez. Disminuyó la marcha y se giró en el estanque de la silla con la intención de mirar hacia atrás.

Primero vio al rey Sylvarresta sentado sobre el caballo, dando cabezadas y asiéndose a la perilla de la silla con ambas manos: lloriqueaba en silencio y respiraba entrecortadamente, el rostro empañado por un raudal de lágrimas.

Iome también iba encorvada.

—Gaborn, debemos hacer un alto. ¡Debemos detenernos! —gritaba al intentar sujetar las riendas de la montura de su padre.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gaborn.

—¡Aaah! —dijo Sylvarresta.

—Mueren los consagrados —dijo Iome—. No sé si mi padre tiene fuerzas para seguir.

A Gaborn le sobrevino una tremenda tristeza.

—Borenson, debí habérmelo imaginado —dijo aturdido—. Lo siento mucho, Iome.

Se acercó al rey y lo cogió por la mandíbula.

—¿Podéis montar bien? ¿Podéis manteneros sobre el caballo? Debéis hacerlo, ¡debéis aferraros con fuerza!

Seguidamente apretó las manos del rey con firmeza sobre la perilla.

—¡Sujetaos así!

El rey miró a Gaborn y apretó la perilla.

—¿Tenéis fuerzas para seguir la marcha? —preguntó a Iome.

Desalentada, esta asintió en la oscuridad.

Gaborn permitió a los caballos moverse a galope sostenido mientras vigilaba de cerca a sus encomendados. Al trote, Sylvarresta contemplaba las estrellas o las luces

de los pueblos que pasaban de largo.

Tras recorrer cinco kilómetros, torcieron bruscamente y el rey salió disparado por el aire, aterrizó sobre una de las caderas y fue resbalando por el barro y la hierba al borde del camino; permaneció allí tendido entre sollozos.

Gaborn fue a su lado y le susurró palabras de consuelo, lo ayudó a montar de nuevo, y se subió detrás acunándolo entre sus fuertes brazos.

## Capítulo 36



### *La cadena de la serpiente.*

**E**l rey Orden esperó impaciente alguna noticia de su hijo durante una noche que se le hizo eterna. Aquella duermevela fue abrumadora, lo más agobiante que había hecho jamás.

Los hombres de Orden sacaron las doscientas mil flechas de la armería y las llevaron hasta sus posiciones en las almenas. En el camino de ronda bajo la torre oeste hicieron una gran fogata, una señal de socorro, en un intento de atraer ayuda de cualquiera que vislumbrara la luz o el humo. Cerca de la hoguera, los soldados pusieron unos enormes calderos de aceite a hervir, con el objeto de anegar el castillo con el hedor fétido del aceite.

Orden ordenó a cinco de sus hombres que partieran en dirección norte y que, a tres kilómetros de allí, encendieran otra hoguera en el pico de Tor Loman, para que la vieran en veinte leguas a la redonda. El duque Groverman no había hecho caso de los ruegos de Orden, igual las piras de guerra lo forzarían a ayudar de pura vergüenza.

Y justo antes del alba llegaron dos mil caballeros desde Groverman explicando que la demora se debía a que, ante las nuevas de la captura de Longmot, Groverman había enviado aviso a Sylvarresta y que, aparentemente, los emisarios fueron muertos por el camino. Después de un día de espera, había mandado a cien batidores sobre caballos de fuerza a Sylvarresta y descubrió que el castillo también estaba asediado.

Orden se preguntaba qué ruta habrían seguido los batidores ya que le resultaba extraordinario que sus hombres no los hubieran localizado, lo cual significaba que los caballeros habían viajado por los senderos del bosque.

Cuando los batidores regresaron con las malas noticias, Groverman se quedó esperando refuerzos de otras fortalezas más apartadas.

Los soldados de Groverman eran buenos, guerreros robustos... Pero, pese a sus mejores esfuerzos, Orden no se sentía preparado, sospechaba que esta batalla traería consigo ciertas tribulaciones para las cuales no estaban apercebidos.

Orden no estaba muy cómodo con el conde de Dreis; el hombre era un incompetente, a la media hora de entrar en el castillo había intentado asumir el mando

y lo primero que hizo fue ordenar a los artilleros que guardaran las catapultas, frustrando así todos los preparativos respecto a las pruebas de alcance realizadas.

Luego, Orden se lo encontró descansando en los aposentos del duque, donde un criado le masajeaba los pies mientras él bebía té.

—¿Por qué habéis ordenado que se retire la artillería? —preguntó Orden.

Dreis no estuvo seguro de si afectar un tono imperioso o ponerse a la defensiva.

—Una estratagema, mi querido amigo, una simple treta. Caí en la cuenta de que si la mantenemos oculta hasta que comience el combate propiamente dicho, entonces podemos sacarla de golpe y sorprender a las huestes de Raj Ahten.

El rey Orden no sabía si reír o llorar ante tal estupidez.

—Raj Ahten ha visto gran cantidad de catapultas —dijo simplemente—. Ya ha tomado por la fuerza varias fortalezas con lo cual sus hombres no desfallecerán al ver estas.

—Sí, pero...

—Efectivamente, las ha visto ya, estuvo aquí hace menos de quince días y, por lo tanto, conoce su existencia.

—Claro, claro... ¡Comprendido! —dijo el conde empujando al masajista a un lado mientras intentaba levantarse de la silla.

—Tenemos que sacarlas otra vez y dejar que los hombres las ajusten y lleven a cabo las pruebas de alcance de nuevo.

—Bueno, está bien —farfulló el conde como si estuviera rumiando algún otro plan.

—Además —añadió Orden—, habéis emplazado a los vuestros en el portón y a mis soldados en las murallas. ¿Cuál el motivo de esto?

—¡Ah, sí! —dijo Dreis—. Debéis comprender que mis hombres están defendiendo su hogar y su país, y es cuestión de honor que defiendan la entrada.

—Excelencia —intentó explicar Orden sin perder la paciencia—, durante la acción todos los hombres estarán luchando por salvar la vida. Los míos por sus hogares y familias, al igual que los vuestros. Tengo a los mejores guerreros de fuerza conmigo, hombres con diez y veinte dones cada uno, quienes lucharán mejor que los plebeyos.

Dreis refutó:

—Vuestros hombres luchan con espadas y martillos, ¡los míos con el corazón y su fuerza de voluntad!

—Excelencia...

Dreis lo detuvo con un gesto de la mano.

—Orden, olvidáis el lugar que os corresponde —dijo Dreis violentado—. Estamos en Heredon, no en Mystarria. Asumo el cargo de este castillo hasta que alguno que me supere en posición ocupe mi puesto.

—Con toda certeza —dijo Orden, con una leve reverencia, aunque nunca le había resultado tan difícil doblegarse—. No fue mi intención la de parecer atrevido.

Simplemente esperaba que algunos de mis mejores soldados lucharan hombro a hombro con los vuestros a fin de mostrar un frente unido ante Raj Ahten.

—¡Ah, unidad! —dijo Dreis mordiendo el anzuelo—. Un noble concepto, un magnífico ideal. Sí, sí... ordenaré eso inmediatamente.

—Gracias, excelencia —dijo el rey Orden, con otra inclinación.

Luego, hizo ademán de marcharse con la convicción de que había descubierto cómo los consejeros de Dreis debían de manipularlo.

—No os vayáis —dijo Dreis—. Si me permitís la pregunta: ¿es cierto que buscáis hombres para formar la serpiente?

—Sí, excelencia —respondió Orden temiendo la siguiente pregunta.

—Pues yo me incluiré también, formaré la cabeza.

—¿Cómo?, ¿os expondréis tanto? —preguntó Orden—. Es una idea valiente y noble, pero, sin duda, necesitaremos que dirijáis la batalla.

No pudo evitar dar un tono de queja a sus palabras, lo mismo que los consejeros de Dreis habrían hecho.

—Bueno, creo en la enseñanza de los principios correctos y luego en dejar que los hombres se orienten solos —refutó Dreis—. No necesito acaudillar la contienda.

—Entonces, milord, os ruego que contempléis la seguridad de vuestras tierras después del conflicto. Heredon ya ha sufrido bastantes pérdidas. Si resultarais muerto, sería una horrible carga. ¿Por qué no ocupar un puesto de honor cerca de la cabeza?

—Oh, debo insistir...

—¿Alguna vez habéis matado a otro hombre, milord? —inquirió Orden.

—Pues, sí, por supuesto. Hace menos de tres años ahorqué a un ladrón.

Evidentemente, el conde no había colgado al hombre él mismo, eso lo sabía Orden; habría encomendado la tarea a un capitán de su guardia.

—Entonces sabréis lo difícil que es —dijo Orden—, conciliar el sueño durante las noches posteriores. Sabréis lo que se siente al mirar a la cara a alguien mientras le priváis de su existencia. Culpa, el sentimiento de culpa es el precio que se paga por ser líder.

»La primera vez que maté a un hombre tenía doce años —prosiguió Orden—. Un agricultor alocado que intentó aporrearne y, desde entonces, he abatido a unos veinte hombres en el campo de batalla.

»A partir de aquel día, mi esposa se distanció, se tornó fría e insensible conmigo. Uno se imagina que nos querrán más por ello, pero las mujeres opinan que las manos manchadas de sangre lo convierten a uno en indolente y cruel; que se nos enturbia el alma. Ciertamente que no soy como Raj Ahten... ¿Quién sabe a cuántos hombres ha matado personalmente?, ¿dos mil, quizá?

—Sí, la conciencia... —musitó el conde—. Algo desagradable eso.

Orden pudo comprobar que había puesto en marcha el engranaje mental del conde al haberle suscitado ciertos temores. A Orden el sentimiento de culpa no le interesaba



lo más mínimo, solamente necesitaba recordar a aquel insensato cuántos hombres habían muerto a manos de Raj Ahten.

—Es algo que empaña el alma de un hombre.

El conde contaba ya con la excusa ideal para no entrar en combate, podría escaquearse en honor a la rectitud, más que en honor al miedo.

—De acuerdo, son vuestros marcadores —accedió el conde.

—Gracias, milord. Intentaré servir con honor —respondió el rey Orden.

—Pero debo ser el segundo eslabón —añadió el otro.

—De hecho —dijo Orden—, iba a reservar ese puesto para otro, uno de los capitanes de mi guardia; un luchador formidable.

—¡Ajá! —exclamó Dreis.

Entonces reflexionaba sobre el tema, no parecía del todo seguro de querer involucrarse en el combate.

—Bueno, quizá sea lo mejor.

—Pero podemos reservar un puesto de honor para vos, milord —dijo Orden.

Aunque el rey sabía perfectamente que no tendría que reservar tal puesto a este cantamañanas. Una vez que Dreis otorgara su don al capitán, Orden podría colocar al conde donde quisiera; igual como eslabón centro quedaría bien.

—De acuerdo —dijo Dreis, con tono de despedido.

Luego dejó bien claro a sus criados que no debía ser molestado hasta el amanecer ya que necesitaba descansar.

El rey Orden regresó a las almenas, apurado e inquieto, esperando más señales de refuerzos o de peligro; emplazó a los oteadores, hombres con muchos dones de vista, en el pináculo más alto de la aguilera y envió algunos exploradores a montar guardia en las colinas y caminos al este y al oeste por si aparecían las fuerzas de ocupación de Raj Ahten, pero no descubrieron nada.

En vez de ello, hora tras hora durante toda la noche, se acercaban algunos jinetes a ofrecer su ayuda (trescientos agricultores más de las zonas en torno al castillo de Dreis) con arcos largos, pero sin armaduras, con chalecos de lana que apenas podrían protegerlos de un astil malamente disparado.

Justo antes del amanecer apareció el regimiento de Borenson a galope tendido: ochenta guerreros maltrechos debido a las heridas de los enfrentamientos del día anterior, con relatos de cómo las tropas de Raj Ahten no se habían presentado en el vado de los Jabalís, y que no sabían nada de Gaborn.

Por el oeste, se presentaron unos doscientos lanceros montados en caballos de fuerza procedentes del castillo de Jonnick; hombres que se habían puesto en marcha al oír que el castillo de Sylvarresta había caído y que se acercaron lo suficiente a este para enterarse que la batalla se libraría en Longmot.

Por el este, llegaba un reguero de caballeros equitativos procedentes de sus minifundios independientes, una docena por aquí y unos cincuenta por allí. La mayoría eran hombres de edad avanzada que no tenían nada que perder, u hombres

jóvenes ingenuamente convencidos de que sería una batalla gloriosa. Todos estos grupos se sumaron a los mil quinientos caballeros y arqueros del conde de Dreis y a los dos mil efectivos de Groverman.

Luego estaban los hijos de los campesinos y los mercaderes de las ciudades que bordeaban los bosques. Muchachos de rostro adusto, algunos de los cuales solamente iban armados con hachas y guadañas. Jóvenes de las ciudades vestidos con ropajes elegantes y portadores de espadas muy ligeras adornadas con demasiado oro en las cazoletas de las recargadas empuñaduras.

A Orden no le entusiasmaba la llegada de tanto plebeyo, no podía considerarlos como defensores; pero no se atrevía a negarles el derecho a luchar ya que, después de todo, era su tierra la que defendían, no la de él.

Conforme cada tropilla recorría el trayecto entre las hogueras encendidas que flanqueaban el paso hacia las puertas de la fortaleza, los hombres apostados en la muralla gritaban triunfantes, tocaban los olifantes y los saludaban: «¡Bienvenido, *sir* Freeman!» o «¡Bienvenidos, Flechas Valientes!».

Orden conocía el atuendo de cada hombre y podía nombrar a la mayoría de los caballeros con tan solo echar un vistazo a los escudos. Sin embargo, uno de los últimos jinetes que entraron antes del alba dejó a Orden desconcertado e interesado.

Casi el último rezagado aquella noche, un hombre de colosal tamaño, tan grande como un oso, sobre un asno negro de grupa hundida que trotaba tan velozmente como le era posible; no mostraba escudo de armas alguno, sino un escudo redondo con una enorme y protuberante púa y un yelmo achaparrado del cual sobresalía un cuerno de vaca. Tampoco vestía loriga, sino un grueso abrigo de piel de puerco y, por únicas armas, una daga ceñida al cinto y una formidable hacha con un mango de hierro de casi dos metros de largo, la cual descansaba perpendicular a la perilla de la silla. Lo acompañaban cincuenta hombres igual de desaliñados, hombres con arcos largos y hachas, forajidos.

Los soldados emplazados en las murallas de Longmot dudaron en saludar a este guerrero y a su cuadrilla, aunque lograron reconocerlo: Shostag el Verdugo. Durante veinte años, Shostag y sus fugitivos fueron el azote de todos los señores de las runas por las montañas Solace.

Se contaba que era un señor de los lobos de la vieja guardia, uno que había tomado dones de muchos perros. Mientras se acercaban al portón, el rey Orden observaba las laderas bajas en la distancia, distinguió las fugaces y oscuras siluetas de los lobos, que corrían inquietos bajo el manto de estrellas entre los setos y sorteaban las tapias de piedra.

Shostag se detuvo entre las ruinas de la ciudad incendiada, a unos cien metros de las puertas, con sus subordinados. Incluso en aquella penumbra, el resplandor de las llamas mostraba un rostro sucio y sin afeitar, de aire infame. Este escupió entre las cenizas, contempló las almenas y miró a Orden a los ojos.

—He visto las hogueras de alarma y tengo entendido que queréis a cierto señor de

las runas muerto. ¿Estamos invitados a las festividades? —preguntó.

Orden no estaba seguro si podría fiarse de este hombre. El Verdugo igual se rebelaría contra él y causaría estragos en la fortaleza durante el punto álgido de la batalla.

—Sería un honor luchar junto a hombres de vuestra supuesta... destreza —respondió Orden.

No podía permitirse el lujo de rechazar los refuerzos, aunque se tratara de Shostag.

El Verdugo carraspeó y puso el pie en tierra.

—Si mis muchachos y yo matamos a ese tipo por vos, queremos el indulto.

Orden asintió con la cabeza.

—También un título y tierras como cualquier otro noble.

Orden se planteó la propuesta, tenía una finca en la selva negra en la frontera de Lonnock, una ciénaga sombría infestada de bandidos y mosquitos que, desde hacía tres años, estaba abandonada esperando al dueño adecuado. Shostag desplazaría a los fugitivos del bosque o permitiría que se unieran a sus vasallos.

—Puedo prometer una parcela en Mystarria, si el rey Sylvarresta no pudiera ofrecer algo mejor.

—Acepto —gruñó Shostag y con un gesto indicó a sus hombres que avanzaran.

Dos horas antes del amanecer, aún no había rastro de Gaborn ni de Borenson, Orden no tenía noticia alguna. Otro de los emisarios informó que el duque de Groverman enviaría refuerzos de otras fortalezas cercanas, pero que no llegarían a Longmot antes del alba.

Orden sabía que Raj Ahten llegaría primero. Groverman hacía bien en defender sus dominios hasta quedar seguro que quedarían suficientemente protegidos a pesar de la promesa del tesoro.

Con esto parecía que ya no recibirían más refuerzos. Aunque sus exploradores aún no habían advertido sobre la llegada de Raj Ahten, Orden esperaba que se presentara en una o dos horas.

El hecho de que no tuviera noticias de Gaborn preocupaba al rey Orden. Hora tras hora menguaba la esperanza de que su hijo estuviera sano y salvo, hasta que pensó que ya no serviría de nada albergar tales esperanzas; sin duda, Raj Ahten lo había capturado.

Y el Señor de los Lobos lo habría matado o despojado de dones, con lo cual Orden cogió sus marcadores, preparó a sus voluntarios y dejó que el mediador del conde de Dreis recitara los antiguos conjuros que activaban los marcadores creando estelas de luz, mientras hombre tras hombre cedía metabolismo.

Orden fue el último de la fila, cerrando así el eslabón de la serpiente; un acto desesperado.

Muy apesadumbrado y con menos de seis mil hombres, Orden cerró el portón al alba y esperó a que se formara el conflicto. Algunos de los exploradores seguían fuera del recinto de la fortaleza a fin de avisar cuando avistaran las tropas de Raj Ahten, pero ya no esperaba más refuerzos.

Pronunció un discurso, concentrando todo el poder de su voz para que resonara en la distancia, que penetrara en cada piedra del castillo. Los caballeros, los plebeyos y los criminales apostados en las murallas estaban expectantes, cada uno de ellos enfajado en su «armadura».

—Hombres —dijo—, ya habéis oído que Raj Ahten tomó el control del castillo de Sylvarresta sin utilizar la fuerza, únicamente con el encanto de su voz pudo desarmar a las tropas de Sylvarresta.

»Ya sabéis lo que sucedió a los caballeros en el castillo después. Aquí no vamos a consentir que ocurra nada de eso. Si Raj Ahten intentara hacer uso de sus dones de voz, espero que cada hombre que lo tenga a tiro, dispare contra él como si fuera de un ejército en embestida.

»Cuando se retire de estos parajes, lo hará con los pies por delante o seremos nosotros los abatidos. Si alguno de vosotros jóvenes sucumbiera al poder de su voz, mis soldados tienen órdenes de arrojaros muralla abajo. No toleraremos que las chiquilladas estropeen la lucha de hombres. ¡Que los Elementos nos acompañen!

Cuando concluyó el discurso, los seis mil hombres levantaron las armas y lo aclamaron.

—¡Orden! ¡Orden! ¡Orden!

El rey contempló el horizonte desde la muralla, sabía que su advertencia contra Raj Ahten, proferida con todo el poder de su voz, ejercería una gran influencia sobre sus hombres. Y únicamente esperaba que Raj Ahten no pudiera deshacer el encantamiento que había tejido con aquellas palabras.

El viento que soplaba del horizonte, procedente del bosque de Dunn, venía frío, como la nieve.

*Pero, ¿dónde estará Gaborn?*

## Capítulo 37



*Muchachos por el camino.*

**T**emprano aquella mañana, Myrrima estaba sentada en el suelo de una desvencijada carreta mientras los caballos tiraban de ella por el camino. El carromato se balanceaba y crujía mientras seguía la marcha. Una vez que salieron de los campos cerca de Bannisferre y hubieron cruzado hacia el bosque de Dunn, el vehículo se hizo bastante incómodo, las enormes raíces subterráneas que atravesaban la carretera formaban baches abultados.

Ella era una entre diez pasajeros procedentes de Bannisferre. Los otros eran jóvenes campesinos armados con arcos, lanzas y sueños de venganza por sus familias asesinadas durante la última semana.

Ni siquiera la carreta les pertenecía, la habían tomado prestada de Fox, otro labrador vecino del pueblo. No tenían caballos propios con los cuales cargar contra el enemigo.

No obstante, hablaban como valientes hijos de nobles... Y tanto que hablaban.

—Voy a liquidar a uno de los invencibles, tan cierto como feo que soy —dijo uno de los muchachos, Hobie Hollowell.

Hobie era de constitución delgada pero fuerte, de cabello rubio como el trigo y unos ojos azules que brillaban cada vez que miraba a Myrrima. Apenas hacía unas semanas que esta había albergado la esperanza de comprometerse con él.

—Anda ya, con ese arco no puedes acertar en ningún blanco —rio Wyeth Able—. Las flechas están más torcidas que tu puntería.

—No tengo intención de matarlo con flechas —bromeó Hobie—. Esperaré hasta que se encuentre escalando la muralla del castillo y, entonces, te arrojaré como a burdo fardo de proyectil. Seguro que así lo aplasto sin que te lastimes las formidables posaderas.

—¡Ja! Eso será si te dejo que me tires —dijo Wyeth quitándose el gorro y abofeteando con él a Hobie.

Wyeth era un joven fornido, predestinado a ser tan ancho como alto.

Los muchachos comenzaron a forcejear dentro de la carreta, riendo y armando

jaleo. Myrrima sonrió un poco, sabía que la jarana se debía a su presencia, que competían por llamar su atención. Los conocía a todos desde la infancia, aunque, desde que recibió los dones de encanto, la relación con ellos había cambiado drásticamente. Los que en un momento la hubieron considerado como otra harapienta, ahora sonreían tímidamente y se olvidaban de los modales, casi de sus nombres, ante ella.

Era una tremenda lástima que su belleza se hubiera interpuesto en las relaciones con los de su posición social, no era lo que deseaba.

Wyeth luchaba contra Hobie y lo derribó con muy poco esfuerzo, luego sonrió abiertamente a Myrrima en busca de su visto bueno. Esta asintió con la cabeza amablemente y esbozó una sonrisa.

El equipo de caballos recorrió los últimos kilómetros hasta Longmot a rienda suelta, por colinas verdes donde los robles estiraban las ramas. Myrrima estaba agotada después de tan largo recorrido. Los caballos que tiraban de la carreta no eran corceles de fuerza, pero eran un fuerte equipo, acostumbrados a trabajar juntos, como los muchachos que transportaban.

Al llegar a Longmot, Myrrima vio las altas y largas murallas y las premonitorias torres y casi deseó no haber venido; le dolía observar aquel desvencijado lugar, las ruinas calcinadas ante la fortaleza, las granjas quemadas que salpicaban las laderas.

La tierra estaba dividida en parcelas cuadradas y rectangulares de distintos colores, como los remiendos de una colcha, separadas por muros de piedra o setos de fuertes espinos.

Todo era desolación, donde hubo granjas, graneros y palomares solamente quedaba un puñado de cenizas calcinadas, como una llaga abierta. Los frutos de jardines y huertos se habían recolectado; ni una vaca o caballo o puerco o pato a la vista por el campo.

Myrrima comprendió por qué los habitantes de Longmot habían hecho aquello, por qué los soldados habían incendiado el pueblo, salado los pozos de agua potable: para no dejar nada de amparo a los enemigos de Heredon, por ello habían destruido cualquier cosa de valor cerca del castillo.

Esa tierra se parecía tanto a los fértiles campos de Bannisferre que Myrrima lloraba al ver las casas tiznadas de negro, los campos vacíos. Todo aquello le produjo escalofríos porque parecía presagiar el futuro.

Cuando la carreta se detuvo ante las puertas del castillo, estas permanecieron cerradas. Los guardias observaban nerviosos los campos y las colinas al oeste.

Al ver a los hombres apostados allí, Myrrima se inquietó todavía más. Si la mayoría de aquellos defensores eran jóvenes plebeyos como los que la acompañaban a ella, *¿cómo podría Orden defenderse contra los Invencibles de Raj Ahten?*

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? —preguntó uno de los centinelas del portón groseramente.

—De Bannisferre —gritó Wyeth Able levantando el arco—. Hemos venido a

vengar la muerte de los nuestros.

En lo alto de las puertas, sobre la muralla, apareció un hombre de cara ancha, de ojos separados y ardientes, vestido con armadura completa; la imagen de un caballero verde repujada y esmaltada en el peto, del cual colgaba una capa de samite verde brillante bordada con hilo de oro.

El rey Orden.

—Caballeros, ¿podéis dar en el blanco con esos arcos? —preguntó Orden—. Los soldados de Raj Ahten son muy ágiles.

—Por la parte que me toca, yo he abatido a muchas palomas —respondió Wyeth.

Orden hizo un gesto con la barbilla hacia la corpulenta silueta del muchacho.

—Diría que has matado más de las que te corresponden... Bienvenidos.

Después, posó los ojos sobre Myrrima, la contempló con tanta admiración que la mirada del rey la dejó sin aliento.

—¿Y qué tenemos aquí? ¿Un espadachín?, ¿un noble?

Myrrima agachó la cabeza y se miró las manos que tenía cruzadas en el regazo, más por timidez que por respeto.

—Una amiga... de vuestro hijo. Prometida a uno de vuestros soldados, Borenson. Vine para estar con él. No soy un soldado, pero cocino bien y puedo poner vendajes.

—Ya veo —dijo Orden cortésmente—. Borenson es un hombre digno, no sabía que estaba comprometido.

—Ha sido algo reciente —contestó Myrrima.

—*Milady*, Borenson no ha llegado aún, pero esperaba que lo hubiera hecho a estas alturas. Lo dejé a cargo de una misión en el castillo de Sylvarresta. Espero verlo pronto, pero, en honor a la verdad, las tropas de Raj Ahten también vendrán pronto y no podría decir quién llegará primero.

—¡Oh! —dijo Myrrima.

Reflexionó frenéticamente: *Borenson no la esperaba y no se le ocurrió pensar que estaría ocupado en otra parte. No se hacía ilusiones sobre el resultado de la inminente batalla, pero en el poco tiempo en compañía de Borenson había aprendido lo importante que era la dedicación para este. Tampoco se había imaginado que la misión pudiera haber fracasado y este haber muerto.*

Deseaba estar a su lado cuando más falta le hacía. Entre los suyos, la devoción a los seres queridos era lo único que les había permitido sobrevivir.

Myrrima se mojó los labios.

—Lo esperaré aquí si no os importa.

## Capítulo 38



### *La esperanza.*

**N**ada más amanecer, Iome y Gaborn alcanzaron la pequeña aldea de Hobtown, a veintidós kilómetros de Longmot. Hobtown era un burgo de quince casitas y una herrería. Era sábado y los sábados unos cuantos agricultores traían su mercancía al pueblo a fin de permutarla.

Cuando Gaborn, Iome y el rey Sylvarresta entraron a caballo en la aldea, un par de habitantes ya habían despertado. Los caballos necesitaban comida y descanso.

Iome divisó a una joven, de unos doce años, que excavaba cebollas y puerros de su jardín; junto a la cerca del jardín crecían tréboles de tallo largo.

—Disculpe, buena muchacha, ¿sería posible que nuestros caballos se alimentaran de los tréboles?

—Por supuesto, todo el que quieran —respondió la niña.

—Gracias —dijo Gaborn—. Tenemos dinero y nos encantaría comprar algo para desayunar.

La muchacha se volvió y miró a Gaborn, esquivando la mirada de Iome deliberadamente e intentando recuperar la serenidad.

—Tengo pan de anoche y algo de carne —ofreció encantada ante la idea del dinero.

En comunidades agrícolas como aquella, lo normal era el trueque, una persona podía sobrevivir de una temporada a otra sin notar el peso de una desgastada moneda en la mano.

—Sí, por favor, eso nos vendría muy bien —dijo Gaborn.

La joven soltó la cesta de cebollas y se metió corriendo en la casa. Iome intentó calmarse, olvidar que el desaire de la otra la había afectado, la había hecho sentirse despreciable y desdichada.

El padre de Iome se había dormido sentado en la silla durante la noche, lo cual la complacía ya que, tras la caída, el rey Sylvarresta, se había pasado gran parte de la noche sollozando. El rey seguía montado con Gaborn, entre sus brazos como si de un niño acurrucado se tratase.



Los corceles, muertos de hambre, comenzaron a arrancar los tréboles.

Iome echó un vistazo a su alrededor: las casitas eran de piedra y madera con tejados de paja; en las ventanas de cristal había jardineras con flores y hierbas; los pocos habitantes de Hobtown debían de ser algo pudientes.

La aldea se asentaba en un prado encantador entre colinas de robles; entre la hierba crecían acianos, rosáceos y margaritas silvestres. *El ganado tripudo pacía justo en las afueras... Acomodados, este pueblecillo es próspero y feliz*, pensó Iome.

Si las sospechas de Gaborn se confirmaban, los refuerzos de Raj Ahten marcharían por allí ese mismo día y cierta inocencia, algo muy valioso, se perdería para siempre.

Iome alzó la vista y se encontró con la mirada de Gaborn que le sonreía. No obstante, hacía un instante la joven se había tapado la boca horrorizada al ver a Iome.

Esta temía que ya no sería bella nunca más, pero la mirada de Gaborn la hacía sentir hermosa, como si no hubiera perdido sus encantos.

—¿Cómo lo hacéis? —dijo Iome agradecido por la atención.

—¿El qué?

—¿Cómo es posible que con la mirada me hagáis sentir bella?

—Permitidme una pregunta —dijo Gaborn—. En Internook las mujeres deben ser rubias para ser consideradas hermosas, pero en Fleeds deben ser pelirrojas y con pecas. En Mystarria, siempre hemos admirado a las mujeres de caderas anchas y pechos caídos, pero en Heredon deben tener el pecho pequeño y firme y una silueta masculina.

»En Rofehavan, han de tener la tez pálida, pero en Deyazz la tez oscura y ser morenas además de llevar pesados aros de oro que descolgaban las orejas, lo cual aquí sería considerado grotesco.

»Por ello os pregunto, ¿quién tiene razón? ¿Son todas ellas verdaderamente hermosas o son todas adefesios? ¿O son todas iguales?

Iome meditó la respuesta.

—Igual la belleza sea un espejismo y vos miráis más allá.

—No creo que sea un espejismo —dijo Gaborn—. Pero es algo tan ordinario que no solemos fijarnos en ello.

»Como esta pradera, los que van de paso se fijan en las flores, pero los habitantes apenas perciben el esplendor de la tierra donde viven.

—Pero ¿y si nos arrebatan ese encanto y ya no queda nada que admirar? —refutó Iome.

La montura de Gaborn estaba junto a la de Iome, el corcel agitó los pies un poco y la rodilla de Gaborn rozó la de Iome inesperadamente.

—Entonces, deberíais alegraros —dijo Gaborn—. La gente puede ser bella en su interior también. Y cuanto más privados se sienten de belleza exterior y más anhelan ese atractivo, más cambian, y la hermosura brota de su corazón como las flores de este prado.

»Cuando miro en vuestro interior —añadió Gaborn contemplándola, penetrando en su interior—, veo a vuestros vasallos sonriendo. Sobre todo os encantan sus sonrisas. ¿Cómo no sería posible amar esa belleza?

—¿De dónde sacáis tan curiosas ideas? —preguntó Iome, asombrada ante lo que había dicho, preguntándose cómo había conseguido condensar el afecto que sentía por los suyos y la esperanza que albergaba en tan pocas palabras.

—Del maestro Ibirmarle, que fue mi profesor en la Sala del Corazón.

Iome sonrió.

—Me gustaría conocerle algún día para darle las gracias. Pero me pregunto, Gaborn, si en la Facultad del Conocimiento estudiasteis en la Sala del Corazón, un lugar algo extraño para un señor de las runas, ¿por qué pasar el tiempo entre trovadores y filósofos?

—Estudié en muchos sitios, en la Sala de los Rostros, en la de los Pies...

—¿Para aprender la forma de vida de los actores y aventureros? ¿Por qué no en la de las Armas y la del Oro?

—Mi padre y los soldados de su guardia me enseñaron a manejar las armas.

»En cuanto a la Sala del Oro, me resultaba aburrida con todos aquellos príncipes mercaderes observándose unos a otros con envidia.

Iome sonrió nuevamente, algo perpleja.

Al poco, la joven salió de la casita con bollos, carne y algunos higos frescos. Gaborn pagó por la comida, le advirtió acerca de la posibilidad de que el ejército de Raj Ahten pasara por allí en cuestión de horas. Luego dejó a los caballos caminar al trote un rato.

Se detuvieron bajo un árbol en los alrededores del pueblo, mientras los corceles bebían de un charco junto a la carretera. Gaborn contemplaba cómo Iome comía en silencio; también intentó despertar al rey para que comiera algo, pero el padre de Iome seguía dormido; por ello, se guardó un poco de pan, carne y un higo en el bolsillo.

En la distancia, las montañas se cernían amenazadoras en tono azul oscuro. Iome nunca había viajado tan al sur y conocía de oídas el desfiladero del Mal, ese cañón abismal al otro lado de las montañas que dividía gran parte del reino.

Siempre había deseado verlo, según le habían contado, el camino era peligroso y consistía en varios kilómetros de angosto sendero junto a un precipicio. Los duskin habían esculpido el camino hacía siglos y también el puente que cruzaba el río del Mal.

—Sigo opinando que es raro —prosiguió Iome— que gran parte de vuestra educación la dedicarais a la Sala del Corazón. La mayoría de los nobles no estudian mucho más que el arte de las armas, quizás algo de voz.

—Supongo —dijo Gaborn—, si solamente queremos ganar batallas y defender fortalezas no haría falta más que estudiar en la Sala de Armas.

»Pero es que... no creo demasiado en eso; siempre buscamos la forma de

aprovecharnos de los demás. Me parece deplorable que los fuertes dominen a los débiles. ¿Por qué estudiar lo que desprecio?

—Porque es algo necesario —respondió Iome—. Alguien debe aplicar la ley, proteger al más débil.

—Puede... pero Ibirmarle siempre opinó que era algo lamentable. No solamente nos enseñaba que es equivocado que el fuerte acose al débil, sino que es vil que el sabio robe al estúpido o que el paciente se aproveche de la impaciencia del otro.

»Son formas de esclavizar a los demás. ¿Por qué debemos tratar a los otros como un medio para alcanzar nuestros propósitos? Lo que es peor, como escollos en nuestro camino.

Gaborn se calló, desvió la mirada hacia el norte, hacia el castillo de Sylvarresta donde Borenson había degollado a los consagrados la noche anterior. Iome intuía cómo lo lamentaba, cómo incluso lo asumía como un fracaso personal al haber sido tan ingenuo.

—Hace mucho tiempo, un viejo pastor que era alto dignatario de su pueblo envió una misiva a mi abuelo rogándole que comprara su lana. El lugar en cuestión llevaba años comerciando con un mercader de Ammendau que se llevaba la mercancía al mercado para venderla, este murió inesperadamente y, por ello, el pastor solicitó del rey que comprara la lana para sus tropas a un precio rebajado.

»Lo que el dignatario no sabía era que la lluvia en las colinas de poniente había empapado la lana de las ovejas deteriorando la calidad de esta. Lo más probable era que esa lana consiguiera alcanzar tres veces su precio, si podían transportarla al mercado.

»Ante tal situación, mi abuelo podía haber aprovechado la oportunidad de comprar la lana más barata. Si hubiera hecho caso a las enseñanzas de la Sala del Oro, así habría sido, puesto que se consideraba una virtud comprar algo barato y sacarle gran beneficio.

»En vez de eso, mi abuelo envió al maestro de la Sala de los Pies y ordenó que la lana se transportara a precio razonable en una caravana, a un precio inferior al que los aldeanos habían desembolsado anteriormente.

»Luego puso al dignatario al corriente y le suplicó que vendiera la lana a los pobres a un precio normal, para que no pasaran frío durante el invierno.

Iome escuchaba la anécdota admirada, puesto que siempre había opinado que los Orden era hombres insensibles y fríos. Igual solamente era el padre de Gaborn, igual después de la manera en que hubo acabado su propio padre se había endurecido.

—Comprendo —dijo Iome—. Vuestro abuelo se ganó el afecto de los pobres.

—Y el respeto del pastor y de su aldea —añadió Gaborn—. Esa es la clase de señor de las runas que me gustaría ser, uno que se gana el corazón de los hombres, eso espero. Es más difícil conquistar corazones que conquistar un castillo; más difícil mantener la confianza de un hombre que mantener la propiedad de tierras. Por ese motivo estudié en la Sala del Corazón.

—Ya veo —dijo Iome—. Lo siento.

—¿Por qué? —preguntó Gaborn.

—Por haber dicho que os rechazaría si me pidierais la mano en matrimonio.

Iome le sonreía y sonaba burlona, aunque sabía que era cierto. Gaborn era un joven extraño y maravilloso, y en las últimas veinticuatro horas había aprendido a reconocer que era más de lo que aparentaba. A ese paso, temía enamorarse de él tan locamente transcurrido otro día que ya nunca podría apartarse de su lado.

Cuando los caballos terminaron de beber, Gaborn los hizo trotar un tiempo.

La impresionante brecha del desfiladero del Mal apareció ante ellos bruscamente: un abisal rasgón por el cual se precipitaba un torrente de agua. El sendero que habían de tomar serpenteaba por el borde del abismo. Según la leyenda, los duskin habían creado aquel lugar al romper las columnas que sostenían el Supramundo.

Permitieron a las bestias moverse lentamente por el estrecho sendero junto al saliente, Iome examinó los pilares de piedra gris y blanca que surgían del cañón, toda una maravilla. Se preguntaba si estos eran los pilares de la leyenda o simplemente la base de montañas erosionadas antaño.

Junto a las empinadas laderas del cañón colgaban enormes árboles, parecían cerdas de un cepillo de crin. Un kilómetro al norte, el río del Mal se convertía en una catarata y caía hasta lo más hondo en la sima. Iome no podía distinguir adónde iba a parar el agua, era un abismo tan profundo cuyo centro estaba envuelto en tinieblas y de aquellas sórdidas profundidades no escapaba sonido alguno. Unos gigantescos murciélagos revoloteaban en círculos introduciéndose allí donde las sombras llenaban el vacío infinito.

Se contaba que si alguien caía desde el camino, podrían oírse los alaridos durante un mes antes de que se desvaneciera todo sonido.

Caminaban despacio por el sendero de tan reducido espacio, el alelado del rey Sylvarresta se paseaba por el borde traicionero, en ocasiones deteniéndose para intentar ver algo entre la nebulosidad allí abajo.

## Capítulo 39



### *El hombre verde.*

**E**l rey Sylvarresta despertó, su consciencia deambulaba en el mundo de los sueños. Las puertas de la mente cerradas, no recordaba mucho: ni palabras, ni nombres, ni siquiera el suyo propio. Aunque la realidad parecía un tanto familiar, los caballos, los árboles... Despertó y admiró un formidable foco de luz en el firmamento del color del oro y de las rosas, convencido de haberlo visto antes.

La comitiva montada recorría el estrecho camino despacio: a la izquierda se alzaba una pared de piedra gris, a la derecha un colosal precipicio. Sylvarresta no sabía nombrar las cosas, no distinguía entre izquierda y derecha. Todo era nuevo, un descubrimiento. Allí abajo, en lo más hondo, solamente distinguía cierta neblina grisácea y algunos pinos que rasgaban los parapetos rocosos.

Llegaron hasta el angosto puente que cruzaba el desfiladero y que estaba esculpido de una sola pieza, que formaba una curva hacia lo alto. Sylvarresta miró en el abismo y se sintió suspendido en el aire sin más. No recordaba haber estado allí antes, haberse sentido tan liviano.

Sobre el puente había unas cuantas docenas de soldados, centinelas vestidos con escrocones azul oscuro con la cara de un caballero verde grabada en los escudos (una cara envuelta en hojas verdes). El joven y la joven que lo acompañaban saludaron jubilosos a los soldados a su paso y los soldados charlaron con el joven sobre su cometido de vigilar el puente; después, se despidieron y los dejaron atrás.

El rey Sylvarresta, el joven y la joven cruzaron el puente y prosiguieron escalando la cumbre de la montaña al galope entre los pinos.

Unos enormes pájaros del color del cielo sobrevolaban en lo alto, graznando entre los árboles; el viento soplaba fuerte y frío. Al llegar a la cima comenzaron el descenso entre las colinas arboladas hasta los campos labrados que dibujaban cuadrículas en las laderas.

Entre esos campos se alzaba una fortaleza, una alta construcción de granito. En las almenas empezaron a sonar los olifantes ante la llegada de Sylvarresta. Un triste

banderín de color negro y con la imagen del jabalí plateado ondeaba en la muralla.

En las murallas había cientos de hombres: hombres con arcos y yelmos de cimera ancha, hombres con lanzas y martillos; otros vestían jubones con la imagen de un caballero verde y portaban escudos resplandecientes cuya plata reflejaba la luz como el agua.

Al verlo, todos vitorearon y saludaron, Sylvarresta hizo lo mismo hasta que el enorme puente levadizo se abrió y entraron en el castillo.

Los caballos subieron por una corta pendiente, haciendo sonar los cascos por el empedrado. Los hombres aclamaban a Sylvarresta jubilosos y aplaudían hasta que la expresión de las caras se tornó extraña.

Alguien señaló con un dedo, los rostros palidieron dando muestras de un sentimiento que el rey no reconocía (horror, consternación, disgusto), y gritaron:

—¡Consagrado! ¡Es un consagrado!

La montura de Sylvarresta se detuvo ante un edificio grisáceo, uno de los torreones pequeños. Este contempló una lagartija parda durante unos instantes, tan larga como su dedo, tomando el sol entre las rocas del jardín junto a la puerta. No recordaba haber visto antes tal cosa y quedó maravillado.

Ante tanto alboroto, la lagartija escapó corriendo muro arriba y por el agrisado tejado. Sylvarresta se dio cuenta de que estaba viva y comenzó a gritar y a señalar con el dedo.

El joven que venía detrás desmontó y lo ayudó a bajarse del caballo. Junto con él y la fea muchacha, Sylvarresta caminó bajo los aleros del edificio, subieron unos peldaños... Estaba tan cansado. Las piernas le dolían al subir la escalera, lo obligaba a estirarlas incómodamente. Aunque quería descansar, el joven lo exhortaba a que siguiera adelante hasta que entraron en una sala cargada de olores a comida buena y donde había un hogar encendido.

Un par de perros aporrearon las colas cuando se acercó el rey Sylvarresta de modo que, al principio, no se fijó en las dos docenas de hombres sentados a la mesa que comían cosas que olían bien.

Luego dirigió la mirada a los comensales y quedó atónito, puesto que allí sentado había un hombre alto, de cabello oscuro y hermoso, con ojos azules separados, y de mandíbula cuadrada bajo la barba.

Sylvarresta conocía a aquel hombre, mejor que a nadie. Un hombre vestido de verde, con una casaca verde y una radiante capa de samite verde.

A este lo invadió una cálida sensación, de alegría incontenible; recordaba el nombre de aquella figura.

—¡Orden!

Junto a Sylvarresta, un joven exclamó:

—Padre, si queréis a este pobre desgraciado muerto, ¡matadlo vos mismo!

El rey Orden se levantó de la mesa y se adelantó con paso vacilante; miraba de un lado a otro entre Sylvarresta y el joven, parecía dolido y enojado. Movié la mano

hacia la empuñadura de su espada, forcejó con ella como si no quisiera desenvainarla, la desenfundó a medias y, entonces, encolerizado, la envainó de golpe, se abalanzó sobre Sylvarresta con los brazos abiertos y rompió en sollozos.

—Mi querido amigo, ¿qué hemos hecho? ¡Perdonadme!, ¡perdonadme!

Sylvarresta dejó que Orden lo abrazara durante largo rato, preguntándose qué pasaba, hasta que desistieron los llantos del otro.

## Capítulo 40



### *Una orden revocada.*

**E**ra la primera vez que Gaborn veía a su padre llorando. Ni siquiera cuando habían asesinado a su madre y a su hermano pequeño dejó escapar lágrimas de desconsuelo; ni siquiera cuando hacía un brindis lloraba de alegría; pero, en aquel momento en que estrechaba a Sylvarresta, lloraba feliz y también aliviado.

El rey Mendellas Draken Orden profería atroces sollozos. La aflicción de Orden resultaba una escena tan engorrosa que los nobles y dignatarios que estaban desayunando abandonaron el salón, con lo cual solamente Iome, el rey Sylvarresta, tres cronistas reales y Gaborn permanecieron en la estancia.

Durante un efímero instante, Gaborn echó un vistazo en torno a la sala, descubrió a su días y se sintió incómodo; llevaba casi media semana sin la compañía de este, lo cual le había resultado agradable.

Ahora se sentía como buey a la espera de ser uncido. El hombrecillo hizo una inclinación de cabeza cortésmente y Gaborn supo que ya no lo dejarían solo. Otro de ellos, era la vieja cronista que rondaba la cuarentena, una mujer pelirroja con canas que había sido la días de Emmadine Ot Laren cuando la duquesa aún vivía. Esta saludó a Iome con una inclinación de cabeza, con ello consumaba toda la presentación oficial que le era necesaria; aquel gesto lo decía todo: «He sido asignada a vos».

Así pues, los cronistas observaron y tomaron nota.

Gaborn quedó aliviado ya que no tendrían que apuntar cómo el rey Orden asesinaba a su mejor amigo cuando este más lo necesitaba. En vez de eso, cuando llegara el glorioso día de la muerte de su padre y se redactara la crónica de sus hazañas, se contaría cómo Orden abrazó a Sylvarresta y lloró como un niño.

*Es curioso, pensó Gaborn, no llora aliviado al verme a mí.*

Sylvarresta se dejó estrujar hasta que no pudo soportar la fuerza de los brazos del rey e intentó deshacer el lazo. Entonces Orden apretó los bíceps de Sylvarresta aperciéndose de la ausencia de musculatura.



—¿Ha perdido sus propios dones? —preguntó.

Iome asintió con la cabeza, Gaborn añadió enfadado:

—Ambos los han perdido. Borenson estuvo en el castillo de Sylvarresta ayer, se quedó cuando nos marchamos. Lo enviasteis con órdenes de liquidarlos, ¿no es cierto?

Gaborn estudió la mirada de su padre mientras este reflexionaba sobre tal acusación; aquel había creído ingenuamente que Borenson hablaba en líneas generales cuando le dijo que tenía órdenes de matar a los consagrados a Raj Ahten. No se imaginó que la misión de degollar a los que estaban en el torreón de los Consagrados de Sylvarresta se encargara a un solo hombre.

La expresión de su padre confirmó esos temores. El rey Orden fijó la vista en el suelo, pero se recuperó enseguida, con más pesadumbre que culpa. Gaborn dejó que su padre meditara sobre las consecuencias de tal acto. Todos los consagrados del castillo de Sylvarresta estaban muertos, incluso si Iome y el rey eran vectores ya no conducían casi nada, solamente los dones que ellos personalmente poseían.

—Entonces, ¿dejó Raj Ahten a todos los consagrados en el castillo al marcharse? —Quiso saber Orden.

—A casi todos, se llevó a los vectores —respondió Gaborn.

Su padre enarcó una ceja.

—Pero logré escapar con Iome y con el rey.

Orden ladeó la cabeza, pensativo. Sin duda, reconocería el esfuerzo de Gaborn.

—Me pregunto... —dijo el rey aclarándose la garganta— por qué Borenson dejó marchar a estos dos cuando tenía órdenes de no hacerlo.

—Yo le di la contraorden —afirmó Gaborn.

La reacción de su padre fue tan veloz que Gaborn no tuvo tiempo de apartarse.

Le propinó tal bofetada que a Gaborn le salió saliva y sangre de la boca, incluso pensó que le había roto un diente.

—¡Cómo te atreves! —gritó su padre—. Aunque no estés de acuerdo con mis decisiones y las subestimes, aunque dudes de ellas..., pero cómo te atreves a oponerte.

Los ojos de Orden ardían encolerizados.

Después hizo un gesto de dolor con los labios ante lo que había hecho, dio media vuelta y se acercó a la tronera, apoyó ambas manos sobre la ventana, mirando hacia el exterior.

—Iome y su padre se encuentran bajo mi protección, estoy vinculado por un juramento —dijo Gaborn de forma precipitada cayendo en la cuenta de que había roto la promesa a Borenson.

Le había dicho a este que no le contaría a su padre que se habían encontrado, pero, en aquel momento, se sintió tan traicionado que no le importaba haber incumplido su palabra de honor.

—Me hubiera enfrentado a él. Le dije que lo discutiría con vos.

Esperaba que esas últimas palabras apaciguaran a su padre.

Por una de las ventanas entraba el estruendo de los vítores de los hombres, se acercaban otras tropas al castillo para sumarse al combate.

—Tu actuación supone casi una traición —farfulló el rey Orden, aún dándole la espalda—. Contradicen todo lo que te he enseñado.

—No obstante, se atienen a lo que desea vuestro corazón —dijo Gaborn—. Vuestros labios ordenaron la ejecución de vuestros amigos, pero vuestro corazón no lo permitía.

—¿Cómo puedes saber lo que anhelo? —dijo Orden distante.

—Esto... Porque lo sé —respondió Gaborn.

El rey Orden asintió con la cabeza, comprensivo, se volvió y clavó la mirada en Gaborn un buen rato, luchando consigo mismo. Después, respiró hondo e intentando no darle importancia dijo:

—Entonces, yo también revoco la orden. Gracias Gaborn por devolverme a mi amigo...

Gaborn suspiró aliviado.

El rey Sylvarresta se había acercado a la mesa del desayuno y se hallaba comiendo de los platos, arrancando el jamón cocido con ambas manos. Orden susurró:

—Me temo que lo hemos perdido.

—Cuando muera Raj Ahten, recuperaréis a vuestro amigo y yo ganaré una esposa.

No es que deseara darle la noticia en aquel momento, pero pensaba que era algo importante y quería que su padre se enterara por él y no por boca de un extraño, se esperaba otro golpe.

—Padre, ya os he contado que prometí proteger a Iome. Estoy unido a ella, como un noble vinculado por juramento a otro.

El padre de Gaborn desvió la mirada hacia el hogar, con la mandíbula apretada; parecía consternado ante la noticia, aunque su voz apenas se quebró al decir:

—Comprendo, supongo que era cuestión de tiempo.

—¿Os decepciona la idea? —preguntó Gaborn.

—Pues sí —dijo Orden—, aunque no estoy sorprendido. Debo añadir que este arrebato de buena conciencia tuyo llega en el peor momento.

—Pero ¿no estaréis enojado?

Su padre se aguantó una carcajada.

—¿Enfadado? ¡Qué va! Preocupado quizá, entristecido. ¿Por qué debiera estar enojado? Mi antiguo amigo también es un noble vinculado por juramentos.

Durante unos instantes permaneció absorto, asintiendo con la cabeza.

—Aun así... creo que te he perdido.

—Una vez que hayamos derrotado a Raj Ahten comprobareis que no hemos perdido nada —dijo Gaborn.

—Te parece todo tan fácil.

—Debería serlo con cuarenta mil marcadores.

—Ah, ¿Borenson te lo ha contado?

»Aunque los tenemos, nos faltan cuarenta mil personas para consagrar y poder aprovecharlos. Todavía siguen ocultos en el lugar donde la duquesa los enterró. Solamente he utilizado unos cuantos.

Gaborn dio un grito ahogado, con el pecho contraído por el miedo. Sin consagrados, solamente había una manera posible mediante la cual su padre podía derrotar a Raj Ahten.

—¿Una serpiente? ¿Habéis formado una?, ¿de cuántos?

—Una cadena —respondió despreocupadamente su padre intentando tranquilizarlo—, de veintidós hombres, la mayoría con un mínimo de dos dones de metabolismo. Casi todos los que estaban aquí que has visto marcharse.

Unos minutos antes, el rey había dicho que intuía la pérdida de su hijo lo cual a Gaborn le había parecido una reacción algo desproporcionada frente a lo que había anunciado, pero ahora Gaborn se apercibía de la posibilidad de que su padre tuviera razón, estaban perdidos. La cadena acabaría rompiéndose y solamente entonces Gaborn notaría el verdadero sacrificio que su padre había hecho ese día.

Aun así, Orden había explicado por qué no estaba enojado cuando Gaborn anunció que había prestado juramento; era una forma de distanciarse, de alejarse de él.

—El plan es el de matar a Raj Ahten por ti, hoy, yo mismo —dijo Orden mojándose los labios—. Digamos que sería un regalo de bodas, su cabeza en una bandeja, Gaborn, y mi querido amigo recuperará la lucidez.

—¿Y con cuántos soldados contamos? —preguntó Gaborn.

—Unos seis mil aproximadamente —respondió Orden.

Se acercó nuevamente a la ventana y dijo meditabundo:

—Esta mañana llegaron unos jinetes de Groverman diciendo que no prestará ayuda. En vez de eso, ha fortificado su fortaleza y, solamente han venido unos cuantos hombres, algunos caballeros equitativos que no podían respaldar tal cobardía.

»Es una lástima, ya contábamos con él, es un hombre noble y sensato. Yo haría lo mismo, defender mi fortaleza.

Gaborn sonrió.

—Nuestra fortaleza está en Mystarria, a mil doscientos kilómetros de aquí. Vos no le daríais la espalda a un amigo.

El rey Orden miró a Gaborn de reojo.

—Quiero que te alejes con el rey Sylvarresta y con Iome, que vayáis al castillo de Groverman el cual debe de estar bien fortificado.

—Me niego —dijo Gaborn—. Estoy harto de ir corriendo.

—¿Y si te lo ordenara? —preguntó su padre—. En esta cuestión no siento ambivalencia alguna, mi cabeza y mi corazón están de acuerdo.

—No —dijo Gaborn rotundamente.

Su padre siempre había intentado protegerlo y seguiría intentándolo aunque le costara la vida. Pero Gaborn era un señor de las runas y, a pesar de sus escasos dones, estos eran variados; con inteligencia, agilidad y resistencia podría luchar mejor que cualquiera de los soldados. Además, había recibido una buena formación en materia de tácticas y esgrima.

Como hijo de un rey, había aprendido a defenderse, aunque dudaba que pudiera enfrentarse a uno de los Invencibles de Raj Ahten.

Iome tiró de la manga de la toga de Gaborn y le susurró:

—¡Haced lo que vuestro padre ordena! Llevadnos a Groverman y cuando lleguemos ordenaré a este que se sume a la batalla.

Apesadumbrado, Gaborn se percató de que Iome llevaba razón. El castillo de Groverman se encontraba a poco más de treinta kilómetros de distancia y, si galopaban a rienda suelta, podrían llegar en un par de horas.

—Hazle caso, hijo —dijo Orden—. Igual sirve de algo. Groverman ha reunido a sus tropas, puede que ya cuente con diez mil efectivos apostados en sus murallas.

Gaborn sabía que tendría que hacerlo, tendría que llevar a Iome a Groverman, pero eso le supondría unas cinco horas o más, con lo cual no podría regresar a Longmot antes del mediodía; para entonces, Raj Ahten habría llegado con su ejército y sitiado la fortaleza.

Si los refuerzos de Raj Ahten, unos cien mil, se presentaban, Gaborn no podría desplazar al Señor de los Lobos.

—Iome, debo hablar con mi padre —dijo Gaborn—, ¿nos dejaríais a solas un momento?

—Por supuesto —contestó ella.

La princesa se fue, aunque Sylvarresta se quedó allí en la sala, seguía comiendo de la mesa. El día de Gaborn y el de su padre también permanecieron dentro. Gaborn se sentía curiosamente consciente de la presencia de esos dos, le daba algo de vergüenza la presencia de los cronistas.

A pesar de ello, cuando Iome se hubo marchado, se acercó a su padre, lo rodeó con los brazos y se echó a llorar.

—Ya, venga —susurró su padre—, ¿qué motivos hay para que un príncipe llore?

—Me enviáis a una misión infructuosa —dijo Gaborn—. Lo presiento, hay algo que está mal, muy mal.

No sabía cómo decirlo, pero intuía que necesitarían hablar del tema, qué pasaría si uno de ellos moría. En muchas ocasiones habían comentado esa misma cuestión a raíz del asesinato de su madre, varias veces; pero esta vez Gaborn notaba una sensación de inevitabilidad.

Lo que realmente deseaba, lo que necesitaba, era despedirse.

—¿Cómo podemos saber que será un fracaso? —dijo su padre—. Puedo entretener a Raj Ahten hasta que regreses.

»Emplazaré un grupo de caballería en el patio de armas, listos para salir por el portón. Cuando se acerquen los hombres de Groverman, quiero que les ordenes peinar el terreno desde las colinas del flanco norte, es una pendiente suave, lo que favorecerá a los lanceros. Luego mis caballeros partirán desde aquí y así tendremos a ese viejo monstruo acorralado entre la espada y la pared.

»Pero debes prometerme algo, Gaborn: dejarás que sea yo quien se enfrente a Raj Ahten. En este combate seré la cabeza de la serpiente, soy el único totalmente capacitado para ello.

—Raj Ahten puede resultar más peligroso de lo que imaginamos —dijo Gaborn—, ya que intenta convertirse en la «esencia de todos los hombres» y posee tantos dones de resistencia que no es fácil abatirlo. Tendréis que centraros en la cabeza, decapitarlo.

—Lo suponía —dijo el rey Orden, sonriendo a su hijo.

Gaborn miró a su padre a los ojos y sintió algo de alivio en su fuero interno. Las murallas del castillo iban abarrotándose de hombres. Longmot era una fortaleza pequeña, que se defendería bien, con seis mil luchadores en las murallas su padre sería capaz incluso de resistir el envite de los Invencibles de Raj Ahten.

Su padre no se lanzaba después de todo a una muerte segura; lucharía con medida. La suerte ya estaba echada: como cabeza de la serpiente su padre tendría que enfrentarse a Raj Ahten. En su corazón, Gaborn sabía que entre todos los allí presentes en el castillo, su padre era el mejor capacitado para realizar esa tarea; no obstante, le dolía, le dolía muchísimo lo que podía suceder y dejar que ocurriera sin decir adiós.

—¿Dónde está Binnesman? —preguntó Gaborn—. Podrá protegeros.

—¿El mago de Sylvarresta? —dijo su padre—. No tengo la más mínima idea.

—Nos dijo..., dijo que nos encontraríamos aquí. Anoche invocó a un wylde de la tierra, esperaba usarlo en la batalla. Se suponía que venía hacia Longmot.

Gaborn estaba seguro de que Binnesman aparecería.

Abrazó a su padre, descansando la frente en la mejilla del hombre mayor. *He sido ungido para ser Rey de la Tierra*, pensó Gaborn. Se contaba que Erden Geboren fue tan sensible a los poderes terrestres, a la vida, que cuando uno de sus amigos elegidos corría peligro, se apercibía del miedo del otro; cuando uno de ellos moría, sentía cómo se desvanecía esa vida.

Justo entonces, Gaborn olía el peligro en torno a su padre y, conforme se apoyaba en el rostro de este, hizo un sondeo mental, allí había vida, como una llama que lucha por mantenerse encendida.

Era una sensación un tanto extraña, nunca antes imaginada, y Gaborn se preguntaba si era todo producto de su fantasía.

Sin embargo, había cabalgado durante toda la noche y, en ese tiempo, captado el mundo más claramente que nunca. El ojo brillante aún le hacía efecto incluso mucho después de agotarse su poder; igual experimentaría un efecto perpetuo. Una de las

muchas transformaciones que se daban en él.

Algo asombroso pasaba, presentía que si lo intentaba, podría ver más allá, vislumbrar algo más hondo, que podría utilizar la vista de la Tierra. Estrechó a su padre aún más y cerró los ojos, intentó con todo su corazón entrever el del rey Orden.

Estuvo así un rato, sin percibir nada, cuestionándose si realmente había vislumbrado el corazón de Raj Ahten la noche anterior.

De repente, lo asaltó un curioso collage de imágenes, olores y sonidos procedentes de un lugar lejano. Al principio, distinguía el mar, las olas azules en el océano formándose redondas, ufanas y robustas bajo el cielo claro, con la cresta blanca batiendo hacia la orilla. La madre de Gaborn, sus hermanas y él mismo montados en las olas, flotando como focas en el agua; también allí estaba Sylvarresta. La madre de Gaborn era la figura más grande de todas, como si de una colosal morsa se tratara, mientras que los otros eran simples focas comunes. Notaba el sabor a pan de calabaza fresco en la boca, recubierto de pipas, que luego regaba con sidra. En la distancia sonaban las trompas de caza, mientras escuchaba, advirtió el movimiento de una cabalgadura bajo su cuerpo, su pecho se hinchaba de júbilo al otear por los terrados del castillo en Mystarria y se oía el creciente clamor de la gente: «Orden, Orden, Orden».

A Gaborn le parecía que hoy lo apreciaba todo mejor que nunca: leía el alma de su padre y discernía aquello que su padre amaba: el mar, su familia, el pan de calabaza y la sidra, la caza y la satisfacción de sus vasallos.

Frente a aquella intrusión, Gaborn se retiró, sintiéndose bruscamente culpable. *¿Por qué hago esto?* Penetrar en el fuero interno de su padre era algo vergonzoso, propiamente un voyeurismo.

Evidentemente Gaborn se acordaba de sus obligaciones, de las historias que relataban cómo Erden Geboren había escogido a sus guerreros.

Gaborn temía por su padre, deseaba hacer todo lo posible por protegerlo en aquella hora tan aciaga.

Lucharás hoy, barruntó en silencio, pero yo lucharé a tu lado.

## Capítulo 41



### *Chivos expiatorios.*

**L**a marcha forzada desde las Siete Moles para unirse a su ejército resultó larga y fatigosa, incluso para Raj Ahten. Un señor de las runas con dones de resistencia y metabolismo podía correr más rápido que otros hombres y durante más tiempo, pero eso exigía bastante esfuerzo; hasta un señor de las runas tenía ciertas limitaciones.

Así fue que Raj Ahten alcanzó a sus huestes mucho antes del amanecer, pero no sin pagar cierto precio. Durante el trayecto de más de cien kilómetros con la armadura, sin comida, había perdido unos seis kilos de grasa. Oleadas de sudor le hicieron perder otros tres litros de líquidos, a pesar de paradas frecuentes para beber en arroyos y charcos. De esa manera, se había machacado los riñones y vapuleado los huesos, debilitándose. No se encontraba en las condiciones deseadas para la contienda.

Mientras viajaba, fue descubriendo rastros de su ejército que había seguido adelante como había podido: docenas de caballos desplomados por el camino aún con la barda puesta; otra docena de soldados de a pie habían perecido durante la marcha; también gigantes y mastines tendidos en las charcas sin conocimiento, jadeantes, recalentados por la carrera.

Cuando llegó ante los suyos, no le importó que sus hombres se hubieran visto rezagados por el maltrecho puente de Hayworth, el incidente les había costado unas cuatro horas de retraso; pero esas cuatro horas las aprovechó para descansar y comer. El resto del trayecto a Longmot lo recorrió a caballo.

Durante aquella singladura se inquietó a causa de la traición de Jureem, el modo en que había escapado en la noche, las premoniciones ante las Siete Moles; ambas cosas le pesaban, pero Raj Ahten las arrinconó. Solamente quería una cosa en Longmot, recuperar los marcadores. Una vez estuvieran en su poder, tendría tiempo de plantearse otros asuntos.

Sus hombres habían adelantado camino con lo que declaró un alto de una hora en la ciudad de Martin Cross, a fin de que aquellos buscaran comida en las casas y los

graneros.

Poco después del alba, a treinta kilómetros de Longmot, los batidores le informaron que un contingente de varios cientos de caballeros se apresuraban en la vanguardia bajo una docena de estandartes. Eran caballeros equitativos del castillo de Dreis y las fincas lindantes.

Raj Ahten se sintió seriamente tentado de darles caza, pero sabía que sus hombres no estaban preparados para una persecución.

Por lo tanto, se tomó con calma la cabalgata hacia Longmot, haciendo algún alto durante el desplazamiento. A las diez de la mañana, doblaba la gran curva entre las colinas y divisaba el castillo de Longmot en lo alto de un promontorio a dos kilómetros de distancia.

Los batidores escalaron una de las cimas para obtener una mejor panorámica y luego gritaron desde arriba:

—El general Vishtimnu no ha llegado todavía, Gran Luz.

A Raj Ahten le traía sin cuidado aquello, con más de seis mil hombres y gigantes podría asediar Longmot hasta que aparecieran los refuerzos. De hecho, podía montar el aparataje de asedio y comenzar a aplastar la fortaleza en cuestión de horas mientras esperaba la arribada de Vishtimnu.

Orden no se había tomado la molestia de levantar los toldajes de Longmot (artesonados de madera que escudaban los tejados del castillo contra proyectiles), los tejedores de Raj Ahten no tendrían dificultad alguna en convertirlos en un increíble infierno.

Así que, pronto empezaría el bombardeo. Si Raj Ahten esperaba un día a que se presentaran los refuerzos, sus hombres podían poner manos a la obra en la construcción de barbacanas y trincheras, torres de asedio y bastidas. Por allí había gran cantidad de tapias que podían desmontar, bien a fin de fortificar las trincheras o bien a fin de lanzar las piedras como misiles. A pesar de ello, Raj Ahten no tenía intención de construir un asentamiento a los pies de Longmot mientras fraguaba un elaborado plan de bloqueo. Cuanto más tiempo perdiera allí acampado, a pesar de las fortificaciones que erigiera, más tiempo tendrían los monarcas de Rofehavan para organizar el contraataque. No, no establecería un gran cerco.

No cuando contaba con tantos invencibles y tantas armas, mágicas y ordinarias, que podía emplear.

*Maldito entrometido rey Orden, pensó Raj Ahten. ¡Te echaré de la madriguera antes de que amanezca mañana!*

Sus hombres volcaron algunas carretas a modo de trincheras provisionales y levantaron pabellones en la colina al sur de Longmot, así comenzaba el asedio. También apostó a varios vigilantes en las carreteras que conducían al castillo; tres mil arqueros y caballeros tomaron posiciones en el campo, y otros quinientos hombres y gigantes se dirigieron hacia los árboles de las colinas al oeste, a cortar los pinos más altos a fin de utilizarlos en la fabricación de escalas y arietes.



Raj Ahten ordenó sacar el globo espía, sus hombres ataron la cesta a un árbol robusto y encomendó a uno de los tejedores que calentara el aire para el globo.

Luego, el Señor de los Lobos dejó que el resto de su ejército comiera y descansara; él mismo descansó a la sombra de un enorme roble en la colina, a unos nueve metros del carruaje de sus consagrados. Sentado sobre cojines de seda violeta, comía dátiles y arroz mientras estudiaba las defensas de Longmot.

En las murallas solamente pudo contar cuatro mil hombres, un desordenado repertorio de nobles, jóvenes muchachos y rufianes. Binnesman el hechicero no se encontraba entre ellos, ni tampoco divisaba a Jureem.

Las palabras de la tejedora resonaban en la memoria de Raj Ahten: «Se acerca un rey, un rey que puede destruirnos». El rey Orden estaba allí con su flamante capa de samite verde y su escudo de oro; monarca de una de las naciones más poderosas del mundo. Se detuvo a contemplarlo, los hombres a su cargo lucharían como locos por ese rey. Esta era la clase de batalla sobre la cual se componían poemas épicos, Orden era el Rey de la Tierra.

Normalmente, los Invencibles de Raj Ahten podían asaltar aquel tipo de fortaleza con cierta facilidad, empero, aquel día, no estaba seguro.

Aunque la visión de los guerreros en las murallas no lo hacía temblar, había algo en la manera en que se apostaban allí que lo inquietaba: algo que lo desequilibraba. Examinó la distancia entre los soldados, las armas, las armaduras y la expresión de las caras; distinguía expresiones de preocupación, los que vestían armaduras estaban repartidos de forma uniforme entre los que no las llevaban. Los hombres se apiñaban en grupos de combate: piqueros y espadachines juntos, arqueros a la espalda.

Nada de aquello explicaba el nerviosismo que lo invadía.

En aquella época del año, el foso alrededor del castillo estaba contaminado y apestaba, un caldo de cultivo para los mosquitos y las enfermedades. En el agua flotaba un cadáver y, aunque el agua estaba estancada, Raj Ahten sabía, por sus propios cálculos, que el foso era bastante hondo, medía unos quince metros de profundidad, demasiado para que los zapadores pudieran excavar los cimientos del castillo.

La semana anterior allí se asentaba una población, una pequeña ciudad de unas cinco mil almas. Durante generaciones las murallas del castillo se encontraron a un tiro de flecha de aquellas casas, desde las cuales, uno podía lanzar rocas sobre las almenas, donde uno podía emplazar las armas de asedio; pero, astutamente, los soldados de Orden habían incendiado la ciudad y despejado la zona de posible cobertura anticipándose al combate.

No, no resultaría fácil abordar aquella fortaleza, no con cuatro o cinco mil hombres en las murallas, otros en los patios y los torreones. Además, contaban con un buen suministro en la armería, había visto las flechas apiladas en la armería apenas una semana atrás.

Suspiró... Si asediaba el castillo durante el invierno, los hombres de Orden se

verían forzados a quemar algunas de las flechas para calentarse. Pero, desde luego, aquel cerco no duraría tanto.

Dieron las once de la mañana y el general Vishtimnu no había hecho acto de presencia aún, las primeras seis catapultas estaban preparadas y, los hombres de Raj Ahten, terminaron de construir cien escalas rudimentarias y las trajeron a la colina, las dispusieron listas para la batalla.

Los oteadores subidos al globo solamente avistaban unos cuantos hombres dentro del castillo, la mayoría estaba en las murallas, aunque en el patio de armas había varios cientos de caballeros montados. No había rastro de los habitantes de la ciudad por ningún lado. La única excepción podría ser el torreón de los Consagrados, donde vigilaban doscientos soldados de la guardia de élite de Orden; igual este había despojado a algunos de los ciudadanos de sus dones y tenía a cientos de consagrados escondidos en el torreón. Empero aquel edificio no podía alojar a tantos.

Eso eran buenas noticias, a pesar de que Orden tenía los marcadores en su poder, no contaba con cuarenta mil o siquiera cuatro mil personas que pudieran cederle sus dones, lo cual significaba que la gran mayoría de los marcadores estarían intactos en el castillo.

Raj Ahten aún poseía cuatrocientos marcadores, despojos del castillo de Sylvarresta. Este llamó a sus mediadores e inspeccionó los recursos apresados. La mayoría de los marcadores no le servían, ya que las runas eran de los sentidos y no le hacían falta más dones de oído, olfato o tacto. Los otros dones los había empleado al avasallar a Sylvarresta. Ninguno de los marcadores del botín era de fuerza o agilidad, aunque tenía muchos de inteligencia; se sorprendió al comprobar que solamente contaba con doce marcadores de metabolismo, deseaba haber traído más consigo.

Mientras meditaba le sobrevino una sensación de incertidumbre. La piromántica había adivinado el futuro y le había advertido que uno de los reyes en Heredon podía liquidarlo; por deducción, debería de ser Orden ya que había neutralizado a Sylvarresta.

Y, sin duda, Orden había absorbido algunos dones de metabolismo. Un señor de las runas de su categoría no necesitaría más agilidad o fuerza para la batalla, ni inteligencia. La resistencia igual le serviría de algo, pero para derrotar a Raj Ahten lo que necesitaba era metabolismo.

Pero, *¿cuántos dones había aceptado Orden?*, *¿veinte?* Orden rondaba los treinta y cinco años de edad cronológica y si, después de criar a sus hijos, había seguido la costumbre de tomar un don de metabolismo, su edad fisiológica rondaría los cuarenta y cinco. Incluso una docena de dones de resistencia no podrían aliviar los efectos de la edad avanzada por lo cual tendría dones de fuerza, agilidad, resistencia e inteligencia que compensaran el envejecimiento.

Los espías de Raj Ahten le habían contado que hasta hacía un año Orden gozaba de más de cien dones. Cuántos poseía ahora era algo que Raj Ahten no podía calcular. En cualquier caso, Orden supondría un adversario digno.

*¿De cuántos dones de metabolismo disfrutaba?, ¿cinco?* No, eso sería muy poco... *¿Cincuenta?* Si fuera así, había firmado su propia sentencia de muerte puesto que en un año envejecería y se marchitaría. Raj Ahten no tendría que molestarse en luchar, simplemente podría retirarse durante el invierno y esperar a que Orden se consumiera; llegada la primavera chochearía.

Se contaba que en la época de Harridan el Grande, el emisario Marcoriaus tuvo necesidad de transmitir la noticia de una batalla inminente en Polypolus de inmediato, con lo cual asumió cien dones de metabolismo, suficiente para atravesar el mar Carroll descalzo y solamente mantenido a flote por la tensión superficial del agua. Marcoriaus murió a los tres meses, consecuentemente.

La idea de esa velocidad tan fenomenal atraía a muchos hombres, pero suponía un grave riesgo. Un señor de las runas que se moviera tan súbitamente, tan bruscamente, podía quebrarse una pierna. La fuerza de resistencia de los objetos era demasiado grande, aprender a controlar ese movimiento requería mucha inteligencia y agilidad.

*Orden poseía ambos y ahora gozaba de metabolismo también. Por lo tanto, el rey Orden habrá tomado entre diez y veinte dones de metabolismo, resolvió Raj Ahten. Tengo que igualarme. O podría asumir más dones de metabolismo y luego matar a los consagrados.*

Ya había utilizado esa estratagema con anterioridad. Sin embargo, con el objeto de mantener el espíritu belicoso entre sus hombres, debería asegurarse de eliminar a cualquier testigo presencial.

—Llama a doce de los invencibles que cuenten con muchos dones de metabolismo—ordenó Raj Ahten a Hepolus, el mediador jefe—. Los necesito.

Los mediadores salieron de la tienda y a los pocos minutos regresaron con los invencibles seleccionados, guardias de élite y asesinos con al menos tres dones de metabolismo cada uno. Todos hombres robustos, de constitución fuerte, quienes soportaban bien el estrés de fuerza y metabolismo, y, además, de inteligencia y agilidad. Raj Ahten los echaría mucho de menos.

Los conocía bien, Salim al Daub, al que menos apreciaba, un antiguo guardia de la fortaleza a quien había ascendido en varias ocasiones aunque había fracasado como asesino. Dos veces que intentó asesinar al príncipe Orden, dos veces que volvió sin haberlo hecho, únicamente portador de orejas de mujeres y niños.

—Gracias por venir, queridos amigos—dijo Raj Ahten cuando se hubo decidido—. Todos me habéis servido valientemente durante muchos años y, en este momento, debo pedirlos que lo hagáis de nuevo puesto que necesito vuestro metabolismo. Salim, amigo mío, tendrás el honor de hacer las veces de vector.

Las palabras salieron de la boca de Raj Ahten como peritas en dulce. Los hombres no pudieron resistirse ante el poder de la voz, los mediadores prepararon los marcadores.

Un viento frío que soplaba del sur ondulaba las sedosas paredes del pabellón de Raj Ahten.

## Capítulo 42



*Un viento frío.*

**P**or el campo de batalla, el viento frío traía el vago rumor de los cantos de los mediadores desde la enorme tienda real de Raj Ahten hasta Orden. Un sonido que llegaba sutilmente, tan sutil que pocos de los emplazados en las murallas lo hubieran percibido. Orden podía oírlo porque se concentraba, lo detectó entre el ruido del viento que agitaba las hojas de hierba en las colinas, un sonido como las olas del océano en su hogar.

—¿A qué esperan? —preguntó uno de los muchachos agricultores que hacía las veces de arquero en las murallas del castillo, pero que no conocía la guerra.

Llevaban una hora esperando, una hora durante la cual los hombres de Raj Ahten no habían solicitado parlamento, ni se decidían a atacar.

El rey Orden comenzó a pasearse por la muralla, por detrás de los hombres que permanecían de pie hombro con hombro, en filas de a cuatro, y con creciente nerviosismo observaba cómo Raj Ahten preparaba a sus huestes, preparaba el asedio.

—No me gusta nada ese canturreo —dijo en voz baja el capitán Holmon al oído de Orden—. Raj Ahten cuenta con suficientes dones sin más, mejor que comience el combate antes de que lleguen sus refuerzos.

—¿Y cómo? —preguntó Orden—. ¿Ordenando un ataque?

—Podríamos provocar a ese viejo perro.

Orden asintió con la cabeza y ordenó a Holmon:

—Haz sonar el olifante entonces. Toca a parlamento; lo quiero aquí, a tiro de flecha.

## Capítulo 43



### *La chispa.*

**L**os mediadores acababan de concluir la tarea de cesión de dones de metabolismo de nueve de los hombres de Raj Ahten a Salim cuando oyeron el tronar del olifante que los llamaba a parlamento. Aquellos miraron a Raj Ahten con curiosidad.

—Terminad de hacerlo —ordenó Raj Ahten al mediador jefe.

Sentado sobre un cojín se había quitado la armadura y esperaba recibir el don; esperaba con creciente entusiasmo mientras el mediador recitaba las palabras ya tan familiares de los cantos. Salim gritaba de dolor mientras el marcador le quemaba la carne, lo cual aumentaba el hedor a grasa calcinada y pelo quemado que anegaba el pabellón.

Recibir un don, sentir el beso de los marcadores producía un gran placer; era como hacer el amor a una bella mujer; pero, recibir dones de alguien que ya contaba con muchos, combinar esa euforia una y otra vez, producía un éxtasis indescriptible.

Cuando Salim recibió los dones de once hombres, que a su vez gozaban de dones propios, había acumulado casi cuarenta dones de metabolismo que deseaban brotar hacia Raj Ahten inmediatamente.

Este casi nunca experimentaba tanto placer y, por ello, sudaba ante la expectativa mientras el mediador separaba el marcador del cuerpo de Salim, sostenía la punta ardiente en lo alto, bailaba por la tienda y dibujaba estelas de azufre en el aire.

Cuando el extremo del marcador se posó en la piel de Raj Ahten bajo uno de los pezones, el Señor de los Lobos se estremeció ante tal raptó placentero y apenas podía contenerse; cayó al suelo, su cuerpo torturado por corrientes de puro placer, y profirió un gemido orgásmico. Los dones de resistencia que poseía fueron lo único que le permitieron sobrevivir a tanto placer. Durante unos instantes perdió el conocimiento.

Al despertar, los mediadores se arrodillaban a su lado algo inquietos. La sudorosa piel de Raj Ahten temblaba. Miró a sus hombres...

—Milord, ¿estáis bien? —preguntó Hepolus.

Hepolus arrastraba las palabras, como si hablara con dificultad. Todo parecía

extraño y exótico, como si de un sueño líquido se tratase. Los hombres se movían lentamente, el aire pesaba, cargado.

Raj Ahten se secó el sudor del cuerpo y llevó cuidado de no levantarse de modo brusco.

Hacía mucho que había aprendido que, cuando uno toma un don de metabolismo, afectaba al oído. No solamente la gente hablaba y se movían despacio, sino que la manera en que se percibía el sonido en general se veía afectada. Los tonos agudos se convertían en graves y los graves se hacían casi inaudibles, con lo cual responder a la pregunta de forma que los otros lo entendieran exigía paciencia y modulación de la voz.

—Estoy bien —respondió con moderación.

Los mediadores echaron un vistazo a su alrededor de modo significativo, se movían con tan aparente lentitud que parecían hombres viejos, viejos.

Raj Ahten hizo un gesto hacia Salim, quien estaba tendido en las alfombras de la tienda.

—Llevaos a mi vector al carruaje de los consagrados y que venga la guardia a vigilar a estos otros.

Raj Ahten sumaba un total de cuarenta y dos dones de metabolismo y, con tantos, si intentaba andar a paso normal, se desplazaría a una velocidad de ciento cuarenta kilómetros por hora. Aunque no hiciera viento, con tan solo moverse provocaría un huracán.

Con deliberada lentitud se colocó la armadura escamada y se puso el yelmo, al abrochárselo se movió demasiado rápido y accidentalmente se rompió el dedo meñique bajo inesperada presión; el dedo se curó al instante torcido tal cual estaba. Raj Ahten lo rompió otra vez, lo enderezó y dejó que se curara.

Después, salió de la tienda despacio e intentó comportarse con toda naturalidad.

Sobre las almenas del castillo de Longmot, en lo alto del portón, los hombres del rey Orden ondeaban la bandera verde de parlamento.

Unos once invencibles había montado los corceles imperiales flanqueados por dos gigantes tan altos como un muro, se preparaban para actuar en calidad de guardia de honor de Raj Ahten. Uno de los lacayos tenía las riendas del caballo número doce.

El Señor de los Lobos se acercó a su montura mientras hacía un gesto con la cabeza en dirección a los tejedores, la señal que esperaban.

Luego se obligó a sí mismo a permanecer muy quieto mientras el caballo galopaba hacia las puertas de Longmot. Se trataba de una rara situación, el caballo corría y Raj Ahten a veces quedaba propulsado en el aire, instantes que se alargaban eternamente, y durante el corto recorrido, se sintió flotar por encima del suelo.

No había avanzado mucho cuando un halo resplandeciente tomó forma encima de su cabeza; una gentileza de los tejedores de llamas, un haz de luz dorada resplandeciente que emitía efímeras chispas de blanco titanio.

Bajo aquella luz trémula fijó la vista en los sorprendidos ojos de los defensores de

las murallas.

Los caballeros eran hombres inexorables, escépticos, no el tipo de pueblerinos que había encontrado en el castillo de Sylvarresta, muchos de los cuales se aferraban con fuerza a las armas. Unos mil arqueros prepararon los arcos y montaron las flechas, la mirada les brillaba al calcular la trayectoria.

—Ciudadanos de Longmot —dijo Raj Ahten modulando la voz a fin de hablar lentamente, para dejar que todo el poder de su voz se deslizara en las palabras, para aparentar ser un hombre pacífico y razonable.

En las murallas del castillo, Orden apretó los puños y gritó:

—¡Disparad!

Una lluvia de flechas se precipitó sobre ellos a cámara lenta, un manto negro de flechas y saetas disparadas con arcos largos y ballestas.

Raj Ahten intentó permanecer sentado en la silla, intentó no reaccionar conforme los proyectiles volaban hacia él ya que podría esquivarlos o apartarlos según fuera necesario.

Las flechas se les echaban encima como un aguacero mortífero. Raj Ahten miró a ambos lados, los caballeros de su guardia de honor levantaban los escudos consternados ante aquel acto de matanza premeditada.

El Señor de los Lobos no tenía tiempo de salvarlos; alargó el brazo para agarrar la primera con la idea de darle un manotazo; pero, cuando el acorazado puño chocó contra la flecha la velocidad y el impulso de su mano y del proyectil eran tales, que la varilla se partió en dos. La punta de la flecha se desvió hacia el pecho de Raj Ahten quien hubo de agarrarla rápidamente, cogerla con la mano al vuelo. Entonces, el resto de la lluvia de flechas descendió, alcanzando a los caballeros y a las cabalgaduras.

Una enorme saeta de hierro desmontó al caballero que iba a su lado y el Señor de los Lobos se vio obligado a protegerse con el escudo pequeño a fin de esquivar otras flechas que corrían silbantes hacia él.

Otra se clavó entre las placas de la barda de su caballo, penetrando en las costillas de la bestia que comenzó a tambalearse, pisó un abrojo y perdió el equilibrio.

De repente, Raj Ahten salió disparado por el aire, aparentemente a cámara lenta, sin montura, agarrando y apartando flechas a su paso, retorciéndose para que una de ellas se estrellara contra el guardabrazos y no perforara la loriga escamada.

Era un hombre fuerte, pero incluso Raj Ahten no podía violar las leyes básicas del movimiento. El impulso proporcionado por la caída del caballo lo había lanzado de cabeza por el hombro del caballo; sabía que si no se partía el cráneo al aterrizar, el peso de la barda del caballo lo aplastaría.

De algún modo logró estirar los brazos y, al chocar contra el suelo, se encogió y dio una voltereta lentamente y con destreza por la hierba, a cierta distancia de la montura de guerra.

Pero aquella maniobra le costó cara ya que al dar la vuelta, una flecha pintada de color rojo vivo se le clavó en la clavícula justo encima de la loriga; otra flecha le

penetró el muslo. Raj Ahten se alejó de su caballo a rastras mientras miraba a los hurraños soldados de las murallas del castillo.

A continuación, agarró y extrajo la flecha que tenía clavada en la pierna y la arrojó hacia sus asaltantes; pero, al intentar hacer lo mismo con la otra, el astil rojo de la otra se quebró... Lo levantó asombrado, ya que la había manipulado con tal cautela que no debería de haberse roto con tan poca fuerza.

Entonces comprobó que el eje se había partido en dos porque la flecha estaba ahuecada y muescada, la intención era que se rompiera. Raj Ahten adivinó el motivo de ello antes de sentir cómo el abrasador veneno avanzaba camino del corazón; implacable fijó la vista en lo alto de la muralla donde localizó a un tipo alto de cara delgada y dientes amarillentos con una casaca de cuero. Este lanzaba el arco en el aire y gritaba triunfante creyendo haber liquidado al Señor de los Lobos de Indhopal.

A esa primera descarga de flechas siguió una pausa silenciosa durante la cual el cielo quedó relativamente despejado de proyectiles.

Raj Ahten desenvainó su daga. La herida del cuello le producía un dolor intenso, el veneno recorría sus venas tan rápido que Raj Ahten no sabía si los miles de dones de resistencia podrían salvarlo.

La piel en la clavícula ya se había cerrado sobre la herida atrapando la punta de la flecha. Con rápido envite, Raj Ahten se clavó la daga, abrió la herida y extrajo lo que quedaba de la flecha.

Después, con precisión certera arrojó el puñal al jubiloso arquero, dio media vuelta y echó a correr lentamente antes de que se reanudara la lluvia de flechas, sin molestarse en contemplar cómo el arma alcanzaba la frente del guerrero en la muralla y la fuerza del golpe lo tumbaba. Le bastó con oír el alarido mortal del hombre.

Raj Ahten huyó unos cien metros por la hierba. El veneno lo debilitaba, dificultaba su avance, primero un pie y luego el otro; la respiración se hizo lenta y fatigosa y temía que el veneno acabara asfixiándolo, ya que la flecha había impactado cerca de los pulmones, dentro del pecho, y no había tenido tiempo de sangrar el veneno antes de que cicatrizara la lesión.

Cada paso le suponía un esfuerzo y la fatiga lo hizo desplomarse. La herida le dolía rabiosamente y notaba cómo el veneno le envolvía el corazón y lo oprimía como un puño todopoderoso.

Alargó un brazo hacia sus hombres en gesto de ayuda, solicitando la presencia de los sanadores; en su séquito había médicos, herbolarios y cirujanos que se encargaban de cuidar de él. Sin embargo, vivía tan acelerado que un minuto le pareció casi una hora... Temía sucumbir antes de que llegara uno de los herbolarios.

El corazón le latía de manera irregular, aunque bombeaba fuerte, jadeaba con cada inhalación. Los dones de oído le permitían percibir cada sacudida y balbuceo de su desvencijado corazón y, con la cabeza apoyada en la tierra, oía a las lombrices retorcerse bajo la hierba.

En ese instante dejó de latirle el corazón.



En medio de aquel repentino silencio, aumentó el ruido que hacían las lombrices bajo tierra, como si fuera el único sonido existente en el mundo.

Raj Ahten animó a su corazón para que latiera nuevamente, a que arrancara: late, maldito seas, late...

Le faltaba el aire y, frustrado, se pegó en el pecho acorazado. El corazón latió una vez, débilmente, luego empezó a tabletear, dando sacudidas discontinuas.

Raj Ahten se concentró, sintió un latido más fuerte, luego otro un segundo después; notaba el aire que penetraba los pulmones, como contaminado.

En silencio pidió a gritos que los mediadores que tenía en tierras lejanas le proporcionaran más resistencia, a fin de poder sobrellevar aquello.

En su memoria resonaban las palabras de la piromántica: «Se acerca un rey, uno que puede mataros».

No de esta manera —rogó a los Elementos—. No de esta forma tan innoble.

Entonces, cesó la presión en el corazón y este comenzó a latir violentamente. Raj Ahten se orinó con la armadura puesta, como un viejo que ya no controla la vejiga, notando cierto alivio mientras su cuerpo expulsaba el veneno.

Allí, tumbado en la hierba, el dolor fue aliviándose; llevaba varios minutos en el suelo, o así le parecía, aunque para los arqueros de la muralla hubiera sido cuestión de segundos.

Otra vez se esforzó en ponerse de pie, se tambaleó en dirección a sus soldados y cayó de rodillas tras un gigante frowth al cual utilizó como escudo.

Luego miró hacia atrás, algunos de los soldados de su guardia de honor aún intentaban librarse de la avalancha de flechas con los escudos en alto, pero los arqueros en las murallas no hacían más que acribillarlos a flechazos.

Un arrebató ardiente y ciego de cólera amenazó con invadirlo, Raj Ahten luchó por controlarlo; destruir a aquellos hombres no serviría de nada.

Ya fuera del alcance de los arcos, Raj Ahten, de pie y jadeante, gritó hacia la fortaleza:

—Valientes caballeros, nobles traicioneros. He venido como amigo y aliado en estos tiempos aciagos, no como enemigo.

El Señor de los Lobos dejó que todo el poder de su voz empapara las palabras. Sin duda, aquellos hombres podían ver que él era el que estaba herido. Once de sus mejores guerreros yacían inertes en el campo de batalla.

Aunque se encontraba algo lejos, demasiado lejos para que sus encantos surtieran efecto completamente, probablemente su voz podría disuadir a los otros.

—Venid, rey Orden —exclamó en tono razonable—, reunámonos. Seguramente sabéis que traigo un gran ejército en la retaguardia, igual podéis divisarlo desde vuestra aventajada posición.

Esperaba que Vishtimnu estuviera cerca. Quizá era eso lo que había impulsado a Orden a cometer aquel acto de crueldad.

Con toda la dulzura que pudo recabar, dijo tranquilizador:

—No podéis derrotarme, y no os deseo nada malo. Arrojad las armas.

»Abrid el portón, servidme. ¡Yo seré vuestro rey y vosotros mis vasallos!

Ilusionado, esperó la rendición tal como había sucedido en el castillo de Sylvarresta, pero la respuesta se hizo esperar un largo minuto y, cuando se produjo la reacción, no fue la ansiada.

Solamente dos docenas de los más jóvenes arrojaron las armas muralla abajo, las lanzas y los arcos produjeron cierto estrépito al chocar contra las almenas y luego al caer en el foso.

No obstante, tan pronto hubieron caído las armas cayeron sus portadores ya que los guerreros impávidos de Orden lanzaron a sus pusilánimes compañeros a encontrarse con la muerte. Durante el descenso, los cuerpos rebotaban en la escarpada pendiente del castillo.

Justo en lo alto del portón había un hombre grasiento que parecía un enorme oso, quien escupió tan lejos como pudo de forma que el escupitajo alcanzó a los moribundos caballeros de Raj Ahten. Los hombres de Orden se echaron a reír y agitaron las armas.

Raj Ahten se sentó en la fresca brisa y apretó los dientes. No había hablado mejor en el castillo de Sylvarresta y el efecto había sido totalmente distinto.

Podía ser que, con el nuevo acrecentado metabolismo, no hubiera pronunciado las palabras tan despacio como esperaba, no hubiera enunciado con la entonación adecuada. El que asumía dones de metabolismo debía aprender de nuevo el arte de hablar y oír, desde cero.

*O quizá he perdido dones de encanto*, se dijo. Desde que salí del castillo de Sylvarresta he sentido la muerte de la duquesa de Longmot, quien se ha llevado los dones que filtraba con ella.

—¡Está bien! —gritó—. ¡Lo haremos por las malas!

Si Orden deseaba provocar la ira de Raj Ahten lo había conseguido. Este estaba furioso y le costaba contenerse; sabía que aquellos en el castillo lo iban a pasar mal, hubiera sido más rápido para todos los interesados si se hubieran rendido. Raj Ahten había asaltado cientos de fortalezas, muchas tan robustas como aquella, y dominaba el arte.

Le daré un escarmiento al arrogante de Orden, juró.

Se puso entre las filas de soldados, levantó el martillo de guerra en lo alto y lo hizo descender con un movimiento cortante.

Comenzó la avalancha de rocas de las catapultas de Raj Ahten. Las más pequeñas desaparecieron por las murallas de la ciudad, las más pesadas se estrellaron contra las almenas; dos de los matones de Orden sucumbieron bajo el peso de estas.

Desde el otro lado, Orden contraatacó con su artillería (seis catapultas y cuatro ballesteros). Las catapultas lanzaron una carga de metralla de hierro que descendió como pedrisco mortífero, a cinco metros de sus hombres. Los ballesteros eran otra cosa... En el sur, Raj Ahten no había visto las ballestas de fleje de acero de Heredon.

En ciudades como Bannisferre e Ironton, los artificieros (magos terrestres que dominaban el arte de la metalurgia y sus trucos) habían trabajado durante tiempo para fabricar ese tipo de acero. Raj Ahten no estaba preparado cuando las saetas penetraron sus filas como una masa oscura y borrosa con la velocidad del rayo.

Una de ellas, que parecía una enorme flecha de hierro forjado, le pasó muy cerca. Este se apartó para esquivarla al tiempo que percibió cómo abatía a alguien a su espalda con un golpe sordo y horrible.

Al girarse descubrió a uno de los tejedores de llamas sentado en el suelo toscamente, con un agujero del tamaño de un pomelo en el ombligo.

De repente, los ropajes color azafrán se consumieron entre llamas blancas a la vez que el poder del tejedor se descontrolaba.

—¡Retirada! —gritó Raj Ahten para que sus hombres se pusieran a cubierto.

Raj Ahten echó a correr por la colina mientras el tejedor entraba en erupción: la colosal masa del elemental se retorció como una lombriz en el centro de su alma y escapó bruscamente.

Un hombre esbelto y calvo de unos treinta metros tomaba forma, sentado en la hierba. Las llamas le lamían el cráneo y se arremolinaban en las yemas de los dedos. Con expresión consternada, miraba hacia Longmot.

Raj Ahten observaba la escena. Aquel espíritu elemental podía causar estragos, reventar los muros de piedra de Longmot, quemar el portón, freír a los ocupantes del castillo como larvas a la parrilla, tal como había sucedido en el castillo de Sylvarresta.

Así y todo, Raj Ahten estaba decepcionado puesto que llevaba años criando a los tejedores y ya había perdido a dos en esta campaña. Era un lamentable derroche de recursos.

Tan solo restaba esperar, no se podía hacer otra cosa, ver cómo el elemental concluía su tarea y luego poner algo de orden.

El espíritu elemental se transformó en un embravecido infierno que prendía la hierba a sus pies mientras el aire rugía como un horno; el calor le pegó tan fuerte a Raj Ahten que le quemaba los pulmones con cada resuello.

El globo aún flotaba a unos ciento cincuenta metros por encima del campo de batalla y los hombres de Raj Ahten se lo llevaron antes de que el elemental lo convirtiera en una bola de fuego.

El espíritu enfiló hacia la ciudad y comenzó a salvar la distancia que lo separaban de ella a zancadas.

Aterrorizados, los hombres en las murallas de Longmot dispararon con los arcos, pero las diminutas flechas que se precipitaban en dirección al monstruo explotaban como estrellas fugaces en la noche antes de consumirse. Aquellos proyectiles solamente servían para alimentarlo y no para abatirlo.

El elemental se extendió hasta el bosque más cercano alargando los dedos como una llamarada verde serpenteante que acariciaba el puente levadizo de Longmot. El

estruendo de la madera crepitante y el quebrar de las astillas llenaban el aire. Los soldados en lo alto de las almenas intentaron escapar justo cuando una onda expansiva chocaba contra la fortaleza.

Las gargantas de los hombres de Raj Ahten emitían vítores, aunque este solamente sonreía severamente.

Inesperadamente, desde lo alto del pórtico de la muralla empezó a manar agua que fluía a raudales por la boca de las gárgolas en lo alto del portón y emergía a través de la piedra del castillo por doquier, hasta tal punto que las paredes de granito brillaban.

Por todas partes, el agua del foso trepaba hacia las almenas formando una barrera de contención. El gran elemental quedó reducido a vapor con el roce del agua, se encogió y se disipó.

A Raj Ahten le hervía la sangre y se quedó extrañado.

Uno de sus tejedores de llamas exclamó:

—¡Es el conjuro de un mago acuático!

Aparentemente, el castillo estaba protegido por algún poder mágico inesperado; pero Raj Ahten nunca había oído mencionar la existencia de magos acuáticos en Heredon.

Se puso a darle vueltas a la cuestión: tal encantamiento no podía durar más de un año y exigía la exposición de un emblema en la puerta del castillo... No había distinguido tal cosa o runa alguna hacía cuatro días.

Entonces alzó la mirada hacia la puerta: allí arriba estaba Orden sobre el arco, apoyaba su escudo de oro contra la muralla del castillo. Al hacer eso, por añadidura, el resto de la fortaleza quedaba protegida.

El rostro de Raj Ahten se retorció de cólera mientras contemplaba cómo su elemental se arrugaba bajo el aluvión, encogido y agazapado como un niño abandonado, transformándose a continuación en un fuego común que quemaba la hierba y, al poco, en hoguerilla que se consumía.

Raj Ahten se sintió impotente, exasperado.

En ese instante, apareció Binnesman, el mago, montado sobre la grupa del corcel de Raj Ahten que se acercaba a brida suelta por la colina arbolada en el flanco oeste, con el objeto de interponerse entre el ejército del Señor de los Lobos y el castillo.

## Capítulo 44



### *Binnesman el hechicero.*

**E**l rey Orden se acercó el escudo al pecho, lo había traído como regalo para Sylvarresta con motivo de la pedida de mano de su hija. El conjuro estaba destinado a defender el castillo de Sylvarresta, pero había salvado el de Longmot.

Aunque inservible como arma mágica, avenado de todo su poder, aún podía utilizarse contra las flechas.

En silencio, Orden se maldijo por haber titubeado al ver cómo se desplomaba Raj Ahten, puesto que podía haberse apresurado y haber decapitado al Señor de los Lobos. En vez de ello, se había dejado llevar por la esperanza, pensó durante un impresionante segundo que Raj Ahten sucumbiría a causa del veneno. La oportunidad de asestarle el golpe final se le había escapado... y ahora esto.

Orden contempló al herbolario, conforme avanzaba por la verde hierba montado en un caballo de fuerza, quedó perplejo. Los guardianes de la tierra no solían inmiscuirse en los asuntos de los hombres, pero este parecía ser lo suficientemente insensato como para intentar detener una guerra.

Aunque hacía un año que el rey no veía a Binnesman, se le antojó que el mago había cambiado bastante: sus vestiduras tenían el color del bosque en otoño (escarlata, pardo y dorado); el cabello castaño era del color del hielo, aunque viejo en apariencia parecía enérgico y no se había encorvado.

En el campo de batalla se extendían los Invencibles de Raj Ahten, miles de arqueros, gigantes acorazados y canes con yelmos de cuero y collares temibles.

Binnesman galopó hasta las puertas del castillo.

Orden estaba extrañado, ilusionado, pletórico de grandes reservas de energía. En diversos sótanos, armarios y salas había veintiún soldados escondidos dentro del castillo de Longmot. Cada uno, con armas y armadura, hechos ovillos, esperando el momento en que Orden aprovecharía su metabolismo. Este percibía la energía de los otros que su propio cuerpo canalizaba, la sangre le ardía a punto de ebullición.

Al otro lado del campo, los hombres de Raj Ahten permanecían bajo los árboles,

enfadados por la manera en que se desarrollaba el combate. Raj Ahten se acercó hacia Binnesman a caballo, con movimientos desdibujados.

—Raj Ahten —gruñó el viejo mago enderezándose para mirar al Señor de los Lobos bajo las espesas cejas—, ¿por qué insistís en atacar a esta gente?

El otro respondió tranquilamente:

—Eso no te concierne, guardián de la tierra.

Binnesman dijo:

—Ah, sí me concierne. He pasado toda la noche atravesando el bosque de Dunn, escuchando las conversaciones de los árboles y los pájaros. ¿Sabéis que he descubierto? Tengo noticias para vos.

Raj Ahten se acercó unos treinta metros, aún fuera del alcance de las flechas, otra vez al frente de su ejército.

—Orden tiene mis marcadores —dijo Raj Ahten en respuesta a la primera pregunta de Binnesman— y quiero recuperarlos.

El sonido de su voz se expandió por el campo, Orden casi no se creía que el otro estuviera tan lejos.

El anciano hechicero sonrió y se recostó en la silla como si descansara. Al otro lado del campo, entre la hierba, estaban los tejedores de Raj Ahten quienes comenzaban a entregar sus cuerpos al fuego, quemándoseles las ropas y con zarcillos ardientes que brotaban de ellos en amarillo, rojo y azul.

—¿Por qué os empeñáis en que todos los marcadores son vuestros? —preguntó Binnesman.

—Porque provienen de mis minas —respondió Raj Ahten dando un paso hacia adelante, con el rostro iluminado de seductor encanto—. Mis esclavos extrajeron el mineral.

—Según yo recuerdo, las minas eran del sultán de Hadwar, hasta que vos lo degollasteis. En cuanto a los esclavos, fueron hijos e hijas de alguien hasta que los secuestrasteis. Ni siquiera podéis reivindicar el metal de sangre como vuestro, puesto que son los malhumorados restos de vuestros antepasados que murieron hace mucho a causa de una masacre.

—Y yo mantengo que son míos —respondió Raj Ahten con voz suave—, y nadie puede detenerme.

—¿Con qué derecho? —prosiguió Binnesman—. Decís que el mundo entero os pertenece y no sois más que un simple mortal. ¿Deberá la muerte obligaros a que renunciéis a ello antes de que reconozcáis que nada poseéis? Nada. La tierra os alimenta día a día, ¡cada vez que respiráis! Estáis ligado a ella, como sin duda esos esclavos están encadenados a las paredes de vuestras minas. ¡Reconoced la grandeza de su poder sobre el vuestro!

Binnesman suspiró y miró al rey Orden en lo alto de la muralla.

—¿Y qué hay de vos, rey Orden? Opino que sois un hombre juicioso. ¿Devolveréis los marcadores a Raj Ahten y así poner fin a la disputa entre ambos?

Los ojos de Binnesman sonreían como si esperara que Orden se riera.

—No —dijo Orden—, no se los entregaré. ¡Si los quiere tendrá que venir a quitármelos!

Binnesman chasqueó la lengua como si de una anciana riñendo a un niño se tratase.

—¿Habéis oído, Raj Ahten? He ahí un hombre que se atreve a desafiaros... y sospecho que ganará.

—No tiene ninguna posibilidad contra mí —dijo Raj Ahten muy digno, aunque su rostro pareciera encolerizado—. Mientes.

—¿Miento? —inquirió Binnesman—. ¿Con qué fin?

—Intentas manipularnos para que te obedezcamos.

—¿Es así como lo veis? La vida es muy valiosa; la vuestra, la mía, la de vuestros enemigos. Yo aprecio la vida, ¿os «manipularía» para salvar vuestra miserable existencia?

Raj Ahten no contestó, simplemente examinaba a Binnesman conteniendo la rabia.

—Dos veces nos hemos encontrado, con esta la tercera. Os voy a advertir por última vez, Raj Ahten: ¡abandonad esta estúpida campaña! —lo amonestó Binnesman.

—Será mejor que te apartes de mi camino —dijo Raj Ahten—, no puedes detenerme.

El hechicero sonrió.

—Cierto, yo no puedo frenaros, pero hay otros que sí pueden. El nuevo Rey de la Tierra acaba de ser ungido y no reinaréis por encima de él. Veo esperanza para los Orden, pero no para vos.

»No he venido a rogaros de nuevo que os unáis a mi causa porque sé que os negaréis. Pero escuchadme atentamente, en nombre del Elemento al que sirvo, Raj Ahten, la Tierra que os dio la vida, que cuida de vos como madre y padre, ahora os repudia. ¡Y ya no os nutrirá ni os protegerá!

»¡Maldito sea el suelo que pisáis, que ya nunca más podrá sustentaros! Los elementos de la tierra se interpondrán en vuestro camino. Desventurada sea vuestra carne, vuestros huesos y vuestros nervios. Que se debiliten vuestros brazos. Desventurada vuestra semilla para que no tengáis descendencia. Malditos aquellos que se suman a vos, ¡que también sufran todo tipo de calamidades!

»Os lo advierto: ¡marchaos de este lugar!

El guardián de la tierra habló con tal poder que Orden esperaba que se produjera alguna señal, que se moviera o temblara la tierra, o que tragara a Raj Ahten, o que cayeran rocas del cielo; pero el paisaje era el mismo de siempre, el sol aún brillaba.

La Tierra no mata, eso lo sabía Orden, no destruye, y había comprobado que Binnesman no iba acompañado de ningún wylde que lo respaldara, ningún poder mágico que ejecutara aquella increíble maldición.

A lo mejor con el tiempo se manifestarían los efectos de la maldición del mago. Ese conjuro no podía tomarse a broma, los cuentos de viejas advertían que eran la forma más potente de las artes mágicas. Si eso era cierto, Orden casi se apiadaba de Raj Ahten.

Aunque, de momento, no ocurrió nada y Orden advirtió a Binnesman que se alejara de aquella contienda, que ya no podía hacer más.

Binnesman se volvió y miró a Orden, con tal expresión de cólera en los ojos que Orden retrocedió un paso.

Pero como si el hechicero reconociera el peligro súbitamente, enfiló la montura hacia el oeste, hacia el bosque de Dunn y se marchó.



## Capítulo 45



### *El caballero quejicoso.*

**E**l castillo de Groverman se erguía sobre un montículo llano y arenoso en el brezal de Mangon justo donde el río Wind formaba un ancho meandro. No era la más inexpugnable de las fortalezas en Heredon, ni la más grande, pero mientras Iome cruzaba al galope la pradera aquella mañana, parecía la más bonita por los amplios terrenos, las torres palaciegas y colosales puertas. El sol de la mañana reflejaba una luz dorada sobre el brezo y en la arenisca amarillenta del castillo, de tal modo que resplandecía como algo fundido.

Iome, su padre, Gaborn y los tres días recorrieron el brezal, galopando entre manadas de caballos medio salvajes y ganado que se sobresaltaban cada vez que se cruzaban con ellos.

Iome conocía este lugar a través de mapas, libros y conversaciones. Groverman visitaba a su padre durante el Consejo de los Nobles todos los otoños e inviernos, pero nunca había estado en su hogar. Durante siglos los nobles de Groverman habían gobernado estos dominios, proveedores de caballos de fuerza y carne de ternera de Heredon. Las caballerizas de Sylvarresta no eran demasiado grandes, no como los descomunales establos de Groverman. Allí, entre los verdes márgenes del río Wind, los caballos se cebaban y retozaban hasta que los jinetes del lord los traían a los establos y presentaban los potros ante los cabezas de manada.

Los líderes de manada solían ser caballos fogosos, que al recibir dones de fuerza y metabolismo, dominaban a cualquier potro salvaje. Estos se utilizaban como consagrados, puesto que se sentían intimidados por los sementales de manada, con lo cual era más fácil obtener sus atributos.

Así pues, el castillo de Groverman se había convertido en una fortaleza de cierta relevancia al ser el torreón de los Consagrados de la caballería y, además, suministrar emisarios y soldados a Sylvarresta.

Empero, con el otoño tan avanzado era asimismo concurrido centro de comercio. Los vasallos y siervos traían el ganado con motivo de la matanza otoñal. Al día siguiente, se celebraría la primera jornada de Hostenfest, día de la fiesta víspera del

solsticio. En una semana, concluirían las celebraciones, se conducirían las embuchadas reses hasta Heredon para que fueran sacrificadas el día de Tolfest, el vigesimoquinto día del mes de las hojas, antes de que comenzaran las nieves del invierno.

Con el ganado se presentaban los jinetes, con los potrillos criados durante el verano. Los terrenos alrededor del castillo de Groverman se transformaban en un laberinto de corrales y tiendas.

A Iome se le cayó el alma a los pies al contemplar el cuadro.

Se había escandalizado tanto debido a la negativa del duque Groverman de no responder con refuerzos a la llamada de Longmot, le parecía un gesto cruel y empequeñecedor, algo que desentonaba con la gentileza y el valor que se esperaba de un noble de Heredon.

No obstante, lo que contemplaba en aquel momento era el motivo por el cual Groverman no podía marchar a Longmot, y era una buena razón. Fuera de la fortaleza, una multitud, con animales incluidos, ocupaba la zona exterior: jinetes, ganaderos, mercaderes venidos al festival, refugiados procedentes de Longmot y algunos otros refugiados que habían abandonado las aldeas propias a su suerte.

Los de Longmot le partían el corazón a Iome: apiñados en las márgenes del río Wind (mujeres, niños y hombres), cuya gran mayoría se refugiaría del crudo invierno bajo tiendas provisionales construidas con palos y mantas. Groverman había permitido de manera generosa que los refugiados acamparan cerca de las murallas a fin de que estas los protegieran del viento que solía azotar aquellas llanuras.

Pese a ello, parecía como si una ciudad de trapo se hubiera formado junto al río, una población de gente harapienta, de hombres canosos que deambulaban como si únicamente esperasen la llegada del invierno para congelarse de frío. Las mujeres envolvían a los bebés en gruesas mantas de lana y los abrigan entre sus brazos sin nada más que el calor de sus cuerpos y las prendas para calentarlos.

Al pasar entre el gentío, Iome supuso que, debido a las toses que oía, pronto se extendería una pandemia por el campamento porque entre los refugiados, los ocupantes del castillo de Groverman y los que habían viajado hasta allí con motivo de la feria, sumaban unas treinta mil personas.

No era fácil defender tan abultada multitud y, por alguna razón, las murallas de Groverman no estaban tan vigiladas como Iome hubiera esperado. El duque debería de andar ejerciendo toda su influencia a fin de cuidar de aquella gente.

Iome observó todo aquello mientras cruzaban montados las amplias calles, entre los corrales llenos de vacas rojas. Todos miraban fijamente a Gaborn conforme entraban en la ciudad; Groverman no acostumbraba a recibir visitas de soldados con los colores del caballero verde. Los tres cronistas que trotaban tras ellos apuntaban a que aquella procesión era importante, pese a la apariencia desaliñada de Iome y de su padre.

Ante el portón del castillo los detuvieron cuatro centinelas.

—¿Traéis otro mensaje para mi señor? —preguntó a Gaborn uno de ellos haciendo caso omiso de Iome y su padre.

—Sí —dijo Gaborn en voz baja—. Comunicadle a su excelencia que el príncipe Gaborn Val Orden le pide audiencia y que viene acompañado por el rey Jas Laren Sylvarresta y la princesa Iome.

Los soldados quedaron boquiabiertos ante la noticia y se fijaron en las ropas de Iome que estaban llenas de barro. El rey tampoco aparentaba demasiada majestuosidad, así despojado de dones. De hecho, Iome pensaba que su padre y ella eran la pareja más lastimera de la calle.

Con ello, Iome intentó sentarse con una postura algo más digna, algo más altiva sobre la silla de montar; cosa que le costó cara, puesto que casi no podía soportar las miradas de los centinelas.

Observad el horror que es vuestra princesa, le susurró la vocecita. Deseaba encogerse y esconder el rostro, como solían hacer algunos consagrados al ceder sus encantos. No obstante, Iome se armó de valor bajo el escrutinio de los soldados mientras forcejeaba con la influencia de la runa con la cual los de Raj Ahten le habían marcado la carne.

Los guardias examinaron a los tres cronistas que los acompañaban a fin de corroborar la declaración de Gaborn; en su estupor, dos de ellos chocaron al apresurarse por ir a llamar al duque Groverman.

El duque apareció corriendo por el gran atrio de su mansión, con los ropajes bordados suntuosamente ondeando al viento, cuya capa de color ocre estaba adornada con azurita y perlas; el días del duque venía pisándole los talones.

—Bueno, ¿quién va?, ¿qué sucede? —chilló Groverman ajustándose el cuello de la prenda de abrigo.

La mañana se enfriaba con nubarrones grises del sur.

Groverman se detuvo a unos doce metros, observaba perplejo a Gaborn, Iome y al rey.

—Buenos días, señor —dijo Iome dulcemente sin desmontar y ofreciendo su mano para que para que besara el anillo.

»Me temo que mi aspecto haya cambiado bastante desde que nos vimos en el castillo de Sylvarresta hace cuatro meses.

Descripción de la realidad algo inadecuada. Y su padre parecía la sombra del hombre que había sido: sin encanto alguno, su cara parecía un esperpéntico retrato de la apuesta figura que solía ser; sin fuerza física, se encorvaba fatigado sobre la silla; desecado de lucidez miraba a su alrededor como un niño enamorado del castillo.

—¿Princesa Iome? —preguntó Groverman, sin estar convencido.

—Sí.

Groverman se adelantó, le tomó la mano y comenzó a olfatearla descaradamente. Era un tipo un tanto excéntrico, algunos lo hubieran llamado un señor de los lobos puesto que había tomado dones de perros. Aunque, al contrario que otros hombres

que solamente lo hacían por satisfacer un voraz apetito por el poder, en una ocasión Groverman había defendido la cuestión ante Sylvarresta hasta bien entrada la noche, indicando que era algo más ético despojar a los animales de dones que a otros hombres: «¿Qué es más benévolo, recoger cincuenta dones de olfato de un hombre o tomar uno de un perro rastreador?»

Así era como el duque Groverman poseía varios dones de olfato caninos y, pese a eso, era un líder bondadoso y amado por los suyos.

No tenía la cara ancha y los ojos, algo juntos, eran de color azul oscuro. No se parecía en nada al rey Sylvarresta, nadie que los hubiera visto juntos hubiera opinado que el duque provenía de la misma familia que el rey.

Convencido por el olor de Iome, el duque besó el anillo.

—Bienvenida, bienvenida a mi hogar.

Con un gesto de la mano indicó a Iome que desmontara y que entrara en el atrio.

—Tenemos asuntos urgentes que discutir —dijo Gaborn, yendo directo al grano.

Tenía tanta prisa por regresar a Longmot que no quería bajarse del caballo.

—Por supuesto —dijo Groverman aún indicando a Iome el camino hacia el palacio.

—Nos acucia el tiempo —dijo Iome—. Incluso quería gritar a Groverman que no tenían tiempo para formalidades y que necesitaba reunir a sus guerreros y enviarlos a la batalla.

Iome sospechaba que Groverman se resistiría, que intentaría disuadirla o apaciguarla con otras promesas, pero esta no quería escuchar quejas ni excusas.

—Debemos hablar inmediatamente —dijo Gaborn.

El duque percibió el tono de Gaborn y le dirigió una mirada ofendida.

—*Milady*, ¿habla el príncipe Orden en vuestro nombre y el del rey?

—En efecto —respondió Iome—, es un amigo y nuestro aliado.

—¿Qué se os ofrece? —preguntó Groverman—. No tenéis más que nombrarlo.

Su tono era tan sumiso, tan dócil, que a Iome se le antojó que fingía; pero al mirarlo a los ojos únicamente discernió una expresión de sumisión.

Iome abordó la cuestión directamente:

—Dentro de poco, Longmot va a ser asaltado. El rey Orden está allí con Dreis y algunos otros... ¿Cómo os atrevéis a negarle refuerzos!

Groverman abrió los brazos como asombrado.

—¿Negarle ayuda?, ¿negarle refuerzos? ¿Qué más puedo hacer? He despachado a cuantos caballeros de élite he podido tan pronto como ha sido posible, más de dos mil hombres. Además, he enviado mensajes a Cowforth y a Emmit, a Donyeis y a Jonnick, quienes se presentarán en Longmot antes del mediodía. Tal como explicaba en mi misiva, he prometido otros cinco mil hombres antes del anochecer.

—Pero... —dijo Iome—, Orden nos informó que os habíais negado.

—¡Por mi honor que se equivoca! ¡Nunca! —exclamó Groverman—. Si las mujeres fueran escuderos y las vacas caballería, en una hora marcharía con un

ejército de un cuarto de millón. ¡Jamás le negué ayuda!

Iome se extrañó, en las murallas de Longmot había observado demasiados soldados aunque se imaginaba que eran los de Dreis, o que Orden los había reclutado en sus andanzas.

Gaborn le tocó el codo a Iome.

—Mi padre nos ha tomado por tontos, ahora lo veo todo claro. Tendría que haber hecho caso a mis presentimientos. Mi padre siempre dice que la trama del más sabio radica en la información que posee. Nos ha engañado, al igual que intenta engañar a Raj Ahten. Sabía que no nos marcharíamos de Longmot a menos que confiáramos en la idea de ir en busca de refuerzos y, a fin de protegernos, fraguó la historia para alejarnos del peligro.

A Iome le daba vueltas la cabeza, Orden había mentido con tal aparente sinceridad que ella misma se había enojado ante la cobardía de Groverman.

Durante unos minutos estuvo reconsiderando la situación: si no le fallaban los cálculos, las tropas de Raj Ahten ya habrían llegado a Longmot. Incluso si Gaborn y ella dieran media vuelta ahora no podrían entrar en el castillo puesto que Raj Ahten esperaba que se le sumaran otros cien mil efectivos.

Si Groverman se demoraba hasta la noche para ponerse en camino, sería demasiado tarde. Iome no soportaba la idea de quedarse de brazos cruzados mientras los aliados luchaban en Longmot, algo se podría hacer. Aún subida a la montura, la princesa tensó el cuerpo mientras dilucidaba un plan de acción.

—Duque Groverman, ¿cuántos escudos tenéis exactamente? —preguntó Iome.

—Diez mil guerreros —dijo Groverman—. Pero son plebeyos, mis mejores soldados están ya en Longmot.

—No me refiero a hombres, sino a escudos. ¿Cuántos hay?

—Esto... Quizá podría juntar unos doce mil si saqueáramos las armerías de las fincas cercanas.

—Pues hacedlo —ordenó Iome—, y también tantas lanzas, armaduras y caballos como sea posible. Mujeres, hombres y niños mayores de nueve años que sepan montar, y todo el ganado y caballos de sus corrales. Hay que convertir cada una de las mantas de los refugiados en un estandarte enarbolado en las empalizadas de los corrales. Traed todos los olifantes disponibles y, apresuraos, partiremos dentro dos horas justas.

»Un formidable ejército marchará hacia Longmot, un ejército tan vasto que hará temblar a Raj Ahten.

## Capítulo 46



### *La maldición.*

**E**n el frío y plomizo cielo sobre Longmot, la oscuridad recortaba las nubes como si de relámpagos a la inversa se tratara. Los tres restantes tejedores de Raj Ahten se encontraban en todo su esplendor combatiente, su único atavío eran las rutilantes llamas de color carmesí. Agazapados detrás de un mantelete provisional que los protegía del combate, en realidad una tapia de piedras abandonada por algún agricultor, lanzaban llamas contra el castillo de Longmot. Cada uno de ellos se estiraba hacia el cielo y recogía la luz del sol con lo cual, durante unos segundos, el cielo se ennegrecía y retorcidas hebras de luz y calor caían en picado entre las manos de los tejedores de llamas y permanecían allí en forma de pequeños soles, justo antes de ser arrojados.

No servía para mucho, el castillo de Longmot estaba construido con piedra antigua protegida por la magia de los guardianes de la tierra durante décadas. Las bolas de luz y calor flotaban de las manos de los tejedores, aumentando de tamaño en dirección hacia la fortaleza, hasta estrellarse contra las almenas sin ocasionar desperfectos, porque los tejedores no podían concentrar todo su poder a tal distancia.

No obstante, parte del esfuerzo surtía efecto. Los soldados del rey Orden se vieron obligados a esconderse detrás de las almenas, a ponerse a cubierto, y uno de los tejedores había alcanzado a un ballestero con la primera bola y así forzado a la artillería a retirar a los ballesteros y las catapultas dentro de las torres.

Así pues, por el momento, el combate era una lucha tranquila: los tejedores lanzaban las bolas de fuego en vano, cansándose y los gigantes cargaban las catapultas con rocas para tirarlas por encima de las murallas.

A veces, cuando uno de los proyectiles incendiarios chocaba contra las altas murallas justo en la parte inferior de los matacanes, las llamas producían una onda de calor ascendente que se colaba por los orificios donde se escondían los arqueros. En esas ocasiones, Raj Ahten oía los gratificantes alaridos de los soldados entre sus garras afiladas. En otras zonas, conseguían prender fuego a los fardos de flechas.

Incluso con eso, Raj Ahten tenía a sus hombres y a los gigantes juntando material

combustible con el objeto de construir una colosal fogata. Aunque la luz del sol era suficiente fuente de energía para los tejedores, el cielo de la tarde se tornaba ceniciento y la labor de los tejedores no bastaba; pudiendo depender de otra fuente de energía más a su alcance, las bolas de fuego serían más compactas, igual lo suficientemente pequeñas como para penetrar las aspilleras de las torres gemelas.

Por lo tanto, los gigantes talaban algunos de los grandes robles y transportaban los troncos derribados desde la colina, que luego apilaron ante el castillo como si fuera una corona de árboles con ramificaciones retorcidas. Cuando los tejedores utilizaran aquella hoguera como fuente combustible, sus poderes aumentarían mucho.

Media hora después de que Binnesman partiera de Longmot, por el oeste y a mataballo, apareció un batidor con noticias urgentes. Atravesó el campamento y de un brinco desmontó a los pies de Raj Ahten.

*Ah, pensó Raj Ahten, el ejército Vishtimnu se acerca.* En aquel estado, con tanto metabolismo, a Raj Ahten se le antojaba que el emisario tardaba mucho en hablar. Afortunadamente, no esperó a que le diera permiso.

—Con vuestra venia, Gran rey —dijo con la cabeza inclinada y los ojos llenos de miedo—. Traigo noticias urgentes. Estaba encargado de vigilar el desfiladero y debo informaros que un jinete se acercó al puente y lo destruyó simplemente con el dedo y un conjuro, el puente se desplomó.

—¡Cómo! —dijo Raj Ahten.

*¿Intenta el guardián de la tierra aislarme sin refuerzos?* El hechicero había afirmado que no tomaría parte en esta guerra y Raj Ahten se lo había creído; pero, evidentemente, el mago se traía algo entre manos.

—El puente ha quedado destruido y el desfiladero infranqueable —repitió el batidor.

Los batidores de Raj Ahten estaban entrenados para tratar todas las preguntas, incluso las retóricas, como interrogantes a los que debían responder. Solamente referían lo observado, sin florituras.

—¿Has localizado rastro alguno de Vishtimnu?

—No, Gran Luz, nada. Ni batidores, ni polvareda en la distancia; el bosque sigue intransitado.

Raj Ahten se planteó la cuestión: el hecho de que el batidor no hubiera descubierto indicios de los refuerzos no significaba que Vishtimnu no estuviera en camino. Igual el mago poseía el modo de detectarlos y, en un intento de retrasar su llegada a Longmot, había destrozado el puente. Eso solo conseguiría entorpecer la marcha de Vishtimnu, aunque no lo detendría. El ejército de este portaba carretas con comida, ropas y armas, suministros suficientes para todo el invierno, por si la campaña se alargaba. Las carretas no podrían cruzar el desfiladero y tendrían que dar un rodeo de unos ciento veinte kilómetros, lo cual les llevaría al menos cuatro días más, seguramente cinco o seis. Incluso retrasaría la llegada de la caballería de fuerza con el objeto de que no arribaran a Longmot ese mismo día.

La destrucción del puente no sería un inconveniente para Raj Ahten, a menos que el mago conociera que había más de un ejército atravesando el bosque y, por tanto, intentara cortarle la retirada a Raj Ahten.

De repente, este recordó que apenas hacía unas horas, Jureem se había escabullido y temía venir a Longmot. *¡Quizá el mismo Jureem había conspirado para tenderle una trampa!*

El Señor de los Lobos no se lo pensó dos veces, a dos kilómetros y medio de allí, en una solitaria cima, había un observatorio antiguo sobre un promontorio que se elevaba a considerable altura del nivel del bosque, más que cualquier otra loma en kilómetros a la redonda. Raj Ahten podía divisarlo desde allí: una torre redonda con la cubierta recta de piedra color rojo sangriento que se llamaba los Ojos de Tor Loman.

Desde aquella apartada poltrona, los oteadores del duque alcanzaban a vigilar varias leguas de terreno. Raj Ahten no tenía ningún hombre en aquel cerro, sus batidores y oteadores estaban distribuidos por las carreteras del norte, sur, este y oeste, acrecentando las posibilidades de alcance. Aunque era posible que, en ese mismo momento, los oteadores regresaran a toda mecha con nuevas de algo perverso.

Raj Ahten se puso a dar voces a sus hombres:

—¡Mantened el ataque! ¡Encended la pira!

Luego se giró y cruzó los verdes campos de Longmot como un relámpago con toda la aceleración de la que era capaz.



## Capítulo 47



### *Los Ojos de Tor Loman.*

**D**esde lo alto de la muralla del castillo, Orden contemplaba fascinado al emisario que se acercaba a Raj Ahten gesticulando. Varios de los gigantes se interpusieron entre Orden y el Señor de los Lobos obstruyendo así el campo de visión de aquel.

Orden estuvo observando al Señor de los Lobos con la esperanza de que intentara asaltar la fortaleza. Este tenía perros, gigantes y soldados todos apercebidos, los magos también; pero esperaba pacientemente.

Sin embargo, Orden se animó con la llegada del emisario puesto que parecían malas noticias para Raj Ahten, supuso aquel por la actitud del batidor, y pronto se desesperaría.

Después de eso, Raj Ahten escapó a la carrera, flanqueó un muro de piedra y siguió deprisa por las colinas.

Orden contó los segundos, intentaba calcular la velocidad de Raj Ahten. Ciento diez, quizá ciento veinte kilómetros por hora el señor de las runas había alcanzado en la llanura, reduciendo un poco al rodear el castillo, casi en volandas al subir la ladera por la carretera norte, hacia el antiguo observatorio.

Si solamente corréis a esa velocidad, os puedo ganar, pensó Orden exultante y echó un vistazo a sus hombres en el adarve.

Cien jóvenes tumbados bajo los merlones esperaban a que los tejedores de llamas lanzaran los infernales misiles contra el castillo. Las flamas se introducían a rachas por la parrilla del matacán y, cada cuatro o cinco aciertos, los soldados gritaban como si resultaran heridos. Algunos de los más jóvenes eran muy melodramáticos y, justo entonces, uno de ellos saltó con un chaleco de cuero superpuesto y fingiendo apagar las llamas de forma furiosa y caer muerto. El muchacho había colocado el chaleco allí diez minutos antes mientras esperaba a que se prendiera.

Muchos de los otros que estaban cerca intentaron sofocar la risa con tanto teatro, pero aquello tenía un propósito. Mientras Raj Ahten se tragara el anzuelo, seguiría atacando el castillo.

Orden hizo balance de la situación rápidamente. Si seguía a Raj Ahten y lo alcanzaba, podría enfrentarse a él, solo y cuerpo a cuerpo.

—Será mejor que lo haga —dijo Orden.

A su vera, uno de los capitanes se fijaba en Raj Ahten con expresión ganosa.

—¡Que los Elementos os acompañen! —exclamó dándole una palmadita a Orden en la espalda.

—Antes del anochecer estaremos con Sylvarresta cazando en el bosque —dijo Orden—, no lo dudes.

Orden tocó la trompa de caza, notas largas y graves, como señal, e inmediatamente los hombres apostados en la puerta dejaron caer el puente levadizo. Los hombres que formaban la cadena permanecían muy quietos en el castillo mientras Orden cargaba energía.

Entonces, el ambiente se espesó tanto como el sirope, Orden poseía la fuerza de doce, pero el metabolismo de sesenta, lo cual exigía considerable esfuerzo a la hora de respirar.

Se abalanzó con una sola arma, una espada mediana y de hoja fina, lo bastante afilada como para decapitar a Raj Ahten.

Orden se había tomado la advertencia de Gaborn al pie de la letra, había que decapitar al Señor de los Lobos. Además de la espada también cogió el escudo.

Echó a correr, bajando los peldaños de la cara interna de la muralla a saltos, sorprendido ante el esfuerzo inicial para contrarrestar la inercia; correr requería presión constante y firme. Al doblar una esquina, llevaba tanto impulso que se desvió accidentalmente.

Se acercó al portón a toda marcha cuando sus hombres ya levantaban el puente levadizo, como había ordenado; se encaramó por la pendiente del mismo y, con cautela, salvó los doce metros del foso, aterrizó corriendo y se apresuró en pos de Raj Ahten.

Sentía que la resistencia que ofrecía el escudo contra el viento era tremenda, por lo cual, tras recorrer algunos metros, lo tiró. Pasó entre las calcinadas calles de la ciudad y luego torció por un camino que conducía hacia las colinas.

La hierba parecía tener un tono verde maravilloso aquella mañana, limpia de impurezas por la lluvia de la noche anterior, y las camelias blancas salpicaban el campo.

Orden continuó por las colinas y, al igual que Raj Ahten, descubrió que al llegar a la cima de un montículo iba suspendido en el aire.

Orden había leído historias sobre hombres con grandes dones de metabolismo y sabía que flotar no era peligroso siempre y cuando al aterrizar supiera acelerar un poco, que los pies absorbieran el impacto de la caída en movimiento.

Al virar, supo que aprender a inclinarse al tomar una curva era quizá el aspecto más difícil relacionado con correr cuando se contaba con mucho metabolismo.

A muchos les costaba dominar el balanceo necesario y querían moverse deprisa

haciendo presión con los pies, como lo haría un hombre sin dones que tenía que arrancar velozmente; aquellos que lo intentaban se rompían las piernas. La resistencia de la masa inerte del cuerpo quedaba demasiado inerte, difícilmente se podía contrarrestar así.

Pero recordar que había que inclinarse al sesgo adecuado en las curvas era algo antinatural. Mientras Orden aceleraba, sabía que estaba corriendo, siguiendo las vueltas del camino, y le parecía que extrañas fuerzas se apoderaban de él. La gravedad no tiraba de él tanto como el impulso lo mantenía corriendo en cualquier dirección que siguiera y, al aterrizar sobre el barro después de un viraje, lo único que le permitió conservar el equilibrio y no estrellarse contra un árbol al borde del camino fue cierto juego de piernas.

Raj Ahten mantenía su velocidad a unos cien kilómetros por hora y con buen motivo, correr con mayor presteza no era prudente.

No obstante, Orden aceleró la marcha ya que su vida y la de los suyos dependían de ello, continuó el ascenso hacia Tor Loman bajo las hojas amarillas de los álamos de tronco blanco.

Al subir una colina, echó un vistazo a la cañada en lo bajo, jaspeada por la luz del sol, y divisó un enorme ciervo de amplia cornamenta, más larga que el brazo de un hombre. Sobresaltado, saltó con elegancia, pareció quedar suspendido a unos metros del suelo y calculó que en menos de un segundo podría darle caza al ciervo si se precipitaba sobre él y se posaba a un palmo detrás de él, cerca de un arroyo.

Orden siguió la escalada hacia los pinos, por un peñasco rocoso y angosto. En la distancia pudo observar el destello bruno del metal cuando Raj Ahten se introducía en el bosque.

El ruido de la cota de malla advirtió a Raj Ahten de que alguien lo perseguía. Miró hacia atrás, Orden ascendía por el sendero a toda prisa.

Raj Ahten no pensaba que nadie podría correr tan velozmente como para adelantarle y aumentó su velocidad. Por allí el camino conducía directamente entre la pinada, un rayo de luz solar marcaba el final del sendero, tras el cual se alzaba la arenisca roja de los Ojos de Tor Loman.

Raj Ahten sabía que huir sería inútil, Orden lo alcanzaba y se acercaba a una velocidad superior.

—¡Ya os tengo! —gritó Orden triunfante a cien metros de distancia.

El Señor de los Lobos decidió sacarle partido a la celeridad del otro y, al encaramarse por una pequeña cresta, dio un brinco; pero durante el despegue notó una aguda punzada en la pierna derecha, se había roto el peroné, aunque sabía que la fractura se consolidaría en cuestión de segundos.

Al separarse de la superficie, se retorció, extrajo el hacha del cinto y la arrojó hacia donde se suponía que debía estar Orden.

Ante su sorpresa, Orden había comenzado a reducir la marcha, a trotar. El hacha

debería haberlo rajado a unos doscientos kilómetros por hora, pero había apuntado demasiado alto con lo cual Orden esquivó el arma hábilmente.

La trayectoria de Raj Ahten era elevada y, aunque la rotura de huesos era leve, no tenía tiempo más que de intentar curarla antes de poner los pies en tierra.

La tibia derecha también se quebró y, junto con el peroné fracturado, intentó dar una voltereta, apoyando la pierna sana en el descenso y utilizando los hombros.

Mientras se levantaba, Orden se le echó encima, propinándole estocadas con su pequeña espada. Tenía tantos dones de metabolismo que Raj Ahten no pudo prepararse para el ataque.

Este quiso esquivarlo echando el cuerpo hacia atrás pero el primer golpe de Orden le alcanzó de lleno en la garganta. Del cuello de Raj Ahten brotaron gotas de color carmesí y este percibió el tintineo de la hoja de metal contra el hueso.

El rey Orden se regocijó al contemplar la horrible herida, al comprobar cómo la carne se abría en la garganta de Raj Ahten, la mirada del Señor de los Lobos llena de terror.

Sin embargo, apenas la hoja de la espada hubo rebanado la carne de Raj Ahten la herida comenzó a cerrarse sin dejar cicatriz. El hombre poseía tantos dones de resistencia que ya no parecía un ser humano.

La «esencia de todos los hombres», como temía Orden, una criatura que se alimentaba de otros y ya no podía ser clasificada como mortal, no podía morir. Raj Ahten se convertía en un Elemento más, uno que competía con los otros o que desafiaba a los señores del tiempo.

Las crónicas hablaban de ello, contaban que Daylan Hammer había vivido en Mystarria durante un tiempo hacía dieciséis siglos, antes de emigrar al sur en busca de soledad. La inmortalidad se había convertido en una carga; los consagrados de Daylan habían fallecido, pero él no moría pues, de algún modo, se había transformado y los dones transmitidos por los marcadores permanecieron con él para siempre, algo indeseado, como una maldición.

Orden recordaba a pie juntillas, las palabras aparecían ante él, lo que había leído de joven mientras estudiaba un pasaje de uno de los antiguos anales escritos por un antepasado lejano: «Habiendo amado al prójimo demasiado, Daylan descubrió que la vida era una cruz. Los hombres con los que entablaba amistad, las mujeres que amaba, florecían y morían como las rosas de temporada, mientras solamente él era perenne. Así pues, buscó la soledad más allá de las fronteras de Inkarra, en las islas de Illienne, donde supongo que aún habita».

Todo esto se proyectaba en la mente de Orden conforme su espada despejaba la garganta de Raj Ahten; entonces, se fijó que había girado tan rudamente que la hoja tiraba de él. Al esforzarse por contenerla, el dolor de los músculos y tendones tensados le recorrió el brazo. Instantáneamente, la espada cayó entre un macizo de helechos sobre el montículo... Era su única arma.

Raj Ahten aún estaba sentado, paralizado por el horror que le había provocado la

violencia de la embestida. Orden saltó y le propinó una patada en la cabeza con todas sus fuerzas.

Llevaba puestos los escaarpines de puntera de acero con una barra de hierro macizo transversal a la puntera; sabía que el golpe le haría añicos la pierna pero que también podría chafarle el cráneo a Raj Ahten.

Mientras este daba la patada, el otro se apartó torciendo el cuerpo con lo que el talón de Orden quedó atascado bajo las hombreras de Raj Ahten.

Un dolor desgarrador se apoderó de Orden mientras se le rompían todos los huesos de la pierna, un dolor tan agudo que le arrancó un alarido a la garganta.

*Si acabo conmigo mismo, pensó Orden, acabaré con Raj Ahten.*

El hombro de Raj Ahten se hundió, Orden notó los huesos del brazo del Señor de los Lobos quebrarse, seguidos de las clavículas y luego las costillas hundiéndose y fracturándose, una por una, con un ruido seco como ramillas pisadas.

Raj Ahten gritó agonizante.

Orden aterrizó sobre el hombro de Raj Ahten y permaneció sentado durante lo que percibió como segundos, jadeante, preguntándose qué hacer. Se hizo a un lado a fin de comprobar si el otro estaba muerto.

Ante su asombro, Raj Ahten gemía de dolor, rodaba por la hierba. La huella del escaarpín de Orden se había grabado en el hombro del Señor de los Lobos.

La escápula aplastada y el brazo de Raj Ahten torcido en ángulo poco natural, la carne del hombro hundida unos quince centímetros; tumbado en la hierba, le brillaba la mirada de dolor, espumarajos de sangre le salían por la boca. Aquellos ojos oscuros y aquella cara esculpida eran tan bellos en aquel momento que Orden se maravillaba. Nunca había visto al Señor de los Lobos tan de cerca, tan espléndido, y se quedó sin aliento.

—Servidme —susurró Raj Ahten fervorosamente.

En aquel instante, Mendellas Draken Orden se vio arrastrado por la corriente de los encantos de Raj Ahten y deseó ser su siervo de todo corazón.

Cuando transcurrió el instante, Orden se sobresaltó porque bajo la armadura de Raj Ahten se movía algo: el hombro se consolidaba y se hinchaba, volviéndose a formar, como si años de inflamación, cura y dolor se hubieran congregado en un solo momento infinito y vertiginoso. Finalmente, se convirtió en una giba bulbosa.

Orden intentó incorporarse al reconocer que aquella refriega no había concluido.

Raj Ahten se arrastró hasta su lado, agarró el brazo derecho de Orden por la muñeca y embistió a Orden con el yelmo con tanta violencia que a este se le soltó el yelmo de la cabeza.

El brazo de Orden se partió en mil pedazos y este gritó revolcándose por el suelo, la pierna derecha maltrecha, y ahora el brazo y el hombro inutilizados.

Raj Ahten se apartó mientras recobraba el aliento.

—Es una pena, rey Orden, que no poseáis más resistencia. Mis huesos ya han cicatrizado del todo, pero ¿cuántos días tardaréis vos en decir lo mismo?

A continuación le pegó una fuerte patada en la pierna sana, Orden se desplomó de espaldas.

—¿Dónde están mis marcadores? —dijo tranquilamente Raj Ahten.

Orden no respondió. Raj Ahten le pateó la cara.

La cuenca derecha del otro comenzó a chorrear sangre mientras la bola del ojo le rozaba la mejilla. Orden se tapó la cara con la mano aún intacta. El otro le asestó otro golpe en las desprotegidas costillas, algo interno se desgarró y Orden empezó a toser y a vomitar sangre.

—¡Os mataré! —exclamó Orden escupiéndolo—. ¡Lo juro!

Una amenaza sin consecuencia, Orden no podía contraatacar, debía morir... Necesitaba que Raj Ahten lo matara para que el siguiente eslabón de la serpiente se desprendiera y pudiera luchar en su lugar.

El rey seguía tosiendo, casi no podía respirar aquel aire que se le hacía tan pesado. Raj Ahten le dio otra patada en las costillas con lo que Orden jadeó aún más.

Luego, el Señor de los Lobos dio media vuelta y ascendió unos cincuenta metros sendero arriba entre la hierba y las lombrigueras hasta situarse al pie del observatorio. Una escalera de piedra rodeaba la circunferencia de la torre con tres vueltas. Raj Ahten la subió a zancadas, cojeando dolorido, con un hombro unos doce centímetros más bajo que el otro. Aunque hermoso de cara, por la espalda no parecía más que un jorobado contrahecho. El brazo derecho le colgaba torcido y la pierna derecha, aunque curada, parecía más corta que la izquierda.

Orden resollaba y sudaba del esfuerzo, intentaba inhalar el aire, tan espeso como la miel. La hierba junto a su cabeza olía tan bien que deseaba descansar allí tumbado un momento.

Iome y Gaborn cabalgan juntos por el brezal entre una gran multitud. Gaborn sostenía un escudo en alto y una de las lanzas del duque con un retal rojo de cortina de una de las ventanas del torreón del Duque; un redondel de tela blanca cosido en el centro lo haría parecer el Orbe de Internook a gran distancia.

Es decir, a ojos de un observador a veinte kilómetros de distancia, se asemejarían a los colores de Internook. Gaborn sospechaba que los oteadores de Raj Ahten estarían vigilando el horizonte, era táctica común emplazar batidores alrededor del campo de batalla durante cualquier asedio.

Durante la última media hora, Gaborn estuvo preocupado por la logística del plan: intentar conducir a doscientas mil cabezas de ganado y caballos por la llanura era ardua tarea. Incluso los boyeros y jinetes con experiencia no podrían hacerlo sin cierta dificultad.

Por añadidura, la cosa se complicaba cuando los jóvenes más inexpertos de aquel cortejo intentaban desesperadamente ser útiles y tendían a asustar al ganado cada vez que ayudaban. Gaborn temía que en cualquier momento la gran manada saldría en estampida hacia la derecha o la izquierda y aplastaría las filas de mujeres y niños que

portaban escudos por los flancos.

Al observar el cielo sobre Longmot, el miedo se apoderó de Gaborn aún más. Los nubarrones grises se convertían en tinieblas allí donde los tejedores de Raj Ahten extraían el fuego del firmamento.

Gaborn temía haber provocado aquello, que su ardid había obligado a Raj Ahten a adelantar el asalto en vez de haberlo hecho huir aterrorizado como esperaba.

Mientras avanzaban, comenzó a pensar en cierto verso, un conjuro que mal recordaba haber leído en un tomo antiguo. Aunque nunca imaginó que tendría poderes terrestres, empezó a recitar:

Tierra que nos traicionas en el viento,  
haznos un manto que nos oculte, que nos arrope.  
Polvo que nos delatas en el cielo,  
oculta nuestro número del ojo depredador.

Gaborn quedó asombrado por el hechizo que se había colado en su mente aunque, en ese momento, parecía justo pronunciarlo, lo recordaba, como si por casualidad hubiera encontrado la llave de una puerta olvidada.

*Los poderes terrestres cobran fuerza en mí*, se dijo. Todavía no estaba seguro de en qué se transformaría.

Momentáneamente se inquietó por el bienestar de su padre y, al hacerlo, presintió el peligro inminente al que se enfrentaba este, un peligro que lo envolvía como un paño de tumba.

Gaborn esperaba que su padre pudiera aguantar el ataque y, levantando el olifante, sopló una vez; en torno a él, todos hicieron lo mismo. La vanguardia del ejército, los de a pie, comenzaron a cantar himnos de guerra.

Raj Ahten contaba con docenas de oteadores en su séquito, pero ninguno como él, ningún otro poseía tantos dones de vista. Raj Ahten había perdido la cuenta de los que tenía aunque sabía que eran miles, con los cuales podía distinguir las venas de las alas de una mosca a cien metros, veía bajo la luz de las estrellas como un hombre normal durante el día. Mientras que otros con tantos dones de vista hubieran quedado ciegos bajo la luz del sol, la resistencia de Raj Ahten le permitía aguantar la luz solar.

Por ello, no tuvo dificultad alguna en localizar la ingente nube de polvo que se alzaba por el este, se acercaba un ejército.

Conforme se encaramaba al observatorio, continuaba oteando el sur y el oeste, intentando localizar a Vishtimnu, algún indicio de refuerzos. Con su acrecentado metabolismo, le parecía estar avizorando el horizonte durante largo rato en busca del estandarte amarillo entre las copas de los árboles, o el reflejo de sol en el metal, el polvo de la marcha de muchos pies, o el color para el cual los humanos no tenían un nombre, ese tinte que desprende el calor del cuerpo.

Empero, la vista de un oteador tiene sus límites. Raj Ahten no podía atravesar los

muros con la mirada ni las copas de los árboles que, en el oeste, eran tan espesas que podría ocultar a muchos ejércitos. Además, un viento húmedo soplaba del sur por el brezal, de los vastos campos de Fleeds, fértiles de polvo y polen, lo cual reducía la visibilidad a treinta o cuarenta kilómetros.

Así hizo una larga pausa para recobrar el aliento, el tiempo no le preocupaba. Con tantos dones de metabolismo no hubiera tardado más de seis segundos en otear el horizonte por el suroeste antes de percatarse que no había nada que ver. El ejército de Vishtimnu estaba demasiado lejos.

Nuevamente miró hacia el este y se le heló la sangre puesto que en la distancia divisó la montura de Binnesman cruzando las llanuras a brida suelta. Raj Ahten podía distinguir el destino del mago: en el extremo del campo de visión de Raj Ahten, se alzaban del llano las torres doradas del castillo de Groverman junto a un río de aguas plateadas. Delante del castillo marchaba un ejército tal como raramente había visto, de cientos de miles de hombres.

Una fila de lanceros en la vanguardia, de unos cinco mil, la luz del sol se reflejaba en sus escudos y yelmos. Detrás de ellos, marchaban miles de arqueros y caballeros montados en corceles de armas.

Ya habían salvado una distancia de cinco a siete kilómetros desde la fortaleza por el brezal. A tal distancia, con el ambiente cargado, no los veía con claridad. El polvo seco de la travesía ocultaba el número de soldados que, con los pies, levantaban un banco de polvo de varios metros de altura que semejaba la humareda de una fogata lejana.

No obstante, bajo la humareda no había llamas, sino calor humano, cientos de miles de seres vivientes.

El gentío agitaba banderas de muchos colores: estandartes verdes de Lysle, el gris de Crowthen del norte, el rojo de Internook. Además, entre la muchedumbre discernió cuernos, yelmos con cuernos de infinidad de guerreros... los temibles verdugos de Internook.

*No es posible*, reflexionó. *La piromántica le había informado que el rey de Internook estaba muerto.*

Quizá, le susurró su atormentada mente, pero las huestes de Internook marchan entre ellos.

Raj Ahten intentó relajar la respiración, cerró los ojos. En los campos allí abajo, ráfagas de viento silbaban entre los árboles, pero, en la lejana distancia, bajo el sonido de la sangre que le corría por las venas, repicaban los olifantes y el estruendo de miles de voces unidas en cantos de guerra.

Raj Ahten percibió que todos los ejércitos del norte se habían unido contra él.

A las puertas del castillo de Sylvarresta, el emisario de Orden había dicho que el rey Orden llevaba semanas planeando este ataque; también había insinuado que el traidor entre las filas de Raj Ahten había sido la fuente reveladora de la existencia de los marcadores ante Orden.



El Señor de los Lobos desestimó tal historia, no se planteó la posibilidad de que fuera cierta, puesto que, si así lo era, presagiaba tan fatídicas consecuencias respecto a su invasión que este apenas podía considerarlas.

Si era verdad que Orden había maquinado esta incursión hacía semanas, habría tenido tiempo de pedir refuerzos, de emplazar a los monarcas del norte a combatir.

Era posible que Orden hubiera iniciado la cabalgada con cuatro semanas de antelación, cuatro semanas. El feroz caudillo de Internook podría haber organizado a sus huestes, haberlas enviado en barcas a las rocosas playas de Lysle y, desde allí, haber comenzado la marcha, sumándose a grupos de caballeros equitativos de varios reinos.

Aquellos no serían soldados cualquiera, no temblarían ante la mirada de los invencibles.

Raj Ahten abrió los ojos, justo cuando el caballo de Binnesman viraba para unirse a la procesión, situándose a la cabeza.

«El nuevo Rey de la Tierra se acerca», había anunciado el viejo mago. Por fin Raj Ahten descubría la verdad. Este guardián de la tierra se sumaba a sus enemigos, este, en efecto, serviría a un rey. «La Tierra os repudia...».

Raj Ahten sintió una extraña sensación de terror que comenzaba a manar de su fuero interno. Un monarca importante marchaba en la vanguardia de aquel ejército, de ello estaba seguro, soberano del hechicero. El rey acerca de quien le había advertido la piromántica... Y con él traía un ejército que Raj Ahten no podría igualar.

Mientras observaba el panorama, sucedió algo extraordinario: justo entonces, la gran nube sobre el ejército formó en el aire larguísimas agujas de polvo de cientos de metros como las puntas de una corona y una cara en el nubarrón, el rostro desabrido de un hombre cruel con la muerte en los ojos: el Rey de la Tierra.

Raj Ahten se percató de que él había ido a cazarlo y ahora él era el perseguido.

No le sobraba mucho tiempo, tenía que regresar al castillo, hacerse con el control rápidamente y recuperar los marcadores antes de retirarse.

Como una flecha, bajó los peldaños de Tor Loman disparado, con el corazón aporreándole el pecho, aterrado.

## Capítulo 48



### *Fuego.*

**A** salto de rocas, Raj Ahten se apresuró por el bosque sendero abajo, acelerando entre las cañadas. Comenzaba a sospechar que el tesoro no estaba en Longmot, que alguien había cambiado los marcadores de lugar.

Todo indicaba que era así, Orden prácticamente rogaba que lo ejecutara. Evidentemente, aquel había formado una serpiente, matarlo supondría decapitar a la serpiente y liberar al siguiente soldado, quien tendría casi el mismo metabolismo que Orden poseía.

Si lo dejaba con vida y desvencijado la cadena quedaría intacta y Raj Ahten únicamente tendría que encontrar a los guerreros consagrados, degollarlos con celeridad y despedazar a la serpiente.

La existencia de tal cadena implicaba que los marcadores ya no estaban en Longmot, puesto que si Orden había asumido cientos de dones, no se habría fiado de la estratagema y habría acumulado más resistencia. Pero era tan fácil herirlo y se recuperaba tan lentamente...

No, no era posible que tuviera cientos de dones o incluso docenas. No contaba con suficientes almas que hicieran de consagrados, así que habría movido de sitio los marcadores, seguramente cerca de allí. La gente que esconde objetos valiosos casi nunca se separa mucho de ellos ya que desean poder comprobar frecuentemente que siguen en su escondrijo. También cabía la posibilidad de que Orden se los hubiera entregado a un tercero.

Raj Ahten estuvo toda la mañana dudando en atacar el castillo por alguna razón que no podía nombrar; algo en la manera de los soldados de las murallas lo inquietaba. Ahora ya sabía lo que era, el príncipe Orden no estaba entre ellos. Esperaba que padre e hijo lucharan juntos, como en las epopeyas antiguas, pero faltaba el hijo.

«El nuevo Rey de la Tierra está próximo», le había dicho el viejo mago sin poner mucho énfasis en la palabra «nuevo». «Veo esperanza para los Orden», había añadido.

Claro, el príncipe Orden; tenía sentido. El muchacho estaba protegido por conjuros terrestres, el hechicero trabajaba para él. Gaborn era un luchador, eso lo sabía Raj Ahten puesto que las dos veces que hubo enviado a Salim a matarlo, a fin de impedir que Mystarria se uniera a un reino más defendible, este había fracasado.

*Me ha superado a cada paso, ha matado a mi piromántica, me ha eludido. Entonces, Gaborn debe tener los marcadores,* resolvió Raj Ahten, *y ha asumido algunos dones, por ello avanza al frente de ese ejército.*

Gaborn no había tenido mucho tiempo para recoger demasiados dones, cierto, pero era una cuestión de fácil resolución. Orden había retomado el control de Longmot hacía tres días y, en ese tiempo, una docena de soldados fieles podían haber otorgado sus dones en nombre de Gaborn, haberse preparado para hacer de vectores, esperando el regreso de Gaborn del castillo de Groverman cuando los recogería. Los nuevos consagrados estarían escondidos en Longmot o en Groverman o en cualquiera de las otras seis fortalezas de la región.

Raj Ahten mismo había usado esa estrategia en varias ocasiones.

Este se planteaba todo eso al regresar aprisa a Longmot: calculó cuánto tardaría en asaltar Longmot, destruir sus defensas y buscar el tesoro para confirmar la corazonada.

Tenía un as bajo la manga, armas que no había planeado emplear aquel día, ya que no quería revelar el alcance de su fuerza en el campo de batalla, aunque igual resultaría necesario hacerlo.

Reflexionó sobre cuánto tiempo tendría después para retirarse. *El ejército de Groverman se encontraba a veinticinco kilómetros y muchos de los hombres iban a pie. Si cada soldado contaba con un don de metabolismo y uno de fuerza, podrían llegar en tres horas.*

Raj Ahten tenía la intención de desaparecer en una hora.

En el castillo de Longmot, el capitán Cedrick Tempest estaba preocupado por su gente, por Orden y por sí mismo. Después que Orden y Raj Ahten desaparecieran por el norte, ambos ejércitos esperaron expectantes mientras los de Raj Ahten se preparaban para el combate.

Los gigantes habían cargado robles y fresnos, y los habían colocado en la ladera de la colina, como si fueran a hacer una gran fogata, los tejedores se habían introducido dentro provocando un gran incendio.

Durante un rato, los tres tejedores de llamas bailaron con el fuego, dejando que este les acariciara la piel desnuda; cada uno de ellos caminando por el borde de la hoguera, dibujando signos mágicos en el aire, símbolos de flamas azules que colgaban del humo como si estuvieran colgadas en una de las paredes del castillo.

Una visión espeluznante y a la vez cautivadora.

Luego comenzaron a girar y a canturrear, una curiosa danza sincronizada con las llamas, cada uno bailaba con la parpadeante luz del fuego, uniéndose a ellas.

Así, los tejedores tejían, brincaban y retozaban recitando un himno de deseo, de invocación.

Invocar a las criaturas malignas de las tinieblas era uno de los mayores poderes de los tejedores. Tempest había oído tales cosas, pero muy pocos hombres lo habían presenciado.

Allí mismo, los hombres en las murallas comenzaron a santiguarse y a proferir conjuros protectores. Un mago guarda procedente de la naturaleza empezó a dibujar runas en el aire y los hombres en torno a él se agruparon cerca para protegerse.

Tempest se mordía el labio nervioso mientras los hechiceros reunían todo su poder. Las llamas de la fogata se hicieron más espesas, se tornaron verdes, algo del otro mundo; un portal luminoso tomaba forma.

Luego, Tempest observó cómo aparecían siluetas entre la luz, salamandras blancas y ardientes de las tinieblas, que se balanceaban y saltaban, sin haber cobrado forma completamente.

Al contemplar a aquellas criaturas invocadas de las llamas, Cedrick Tempest se estremeció hasta la médula. Sus hombres no podrían enfrentarse a tales monstruos, permanecer allí era de locos y también lo sería luchar.

Un grito de consternación le bloqueó la garganta: ayuda, necesitamos ayuda.

Apenas hubo pensado aquello cuando divisó una imagen borrosa al este del castillo, alguien se precipitaba entre las colinas, procedente de Tor Loman. Esperaba que fuera el rey Orden, rogó a los Elementos que Orden regresara victorioso.

Pero aquel hombre que corría por allí no llevaba la reluciente capa de samite verde de Orden. Era Raj Ahten quien se acercaba, sin el yelmo.

Tempest se preguntaba si el Señor de los Lobos había capturado a Orden, después miró hacia el torreón. Shostag el Verdugo era el segundo eslabón. Si Orden había muerto, Shostag se habría levantado como nueva cabeza de la serpiente. Tempest no vio rastro alguno del fornido forajido. Igual Orden seguía con vida, vendría a luchar en su nombre.

Raj Ahten gritó una orden, ordenaba a las tropas que se prepararan para la contienda.

Un antiguo dicho decía: «Cuando los señores de las runas pelean, son los plebeyos quienes perecen». Eso era cierto, morían los consagrados en los torreones bien protegidos, los arqueros, los jóvenes campesinos que peleaban por sus vidas y todos morirían sin previo aviso ante la ira de los señores de las runas.

Cedrick Tempest había intentado toda su vida convertirse en algo más que un plebeyo a fin de eludir tal sino. Se hizo soldado de armas a los doce años, llegó a sargento a los dieciséis, y a capitán de la guardia a los veintidós. En todos esos años, se había acostumbrado a notar la fuerza de los otros en las armas, la salud de los consagrados corriendo por sus venas... Hasta ahora que había asumido el control provisional de Longmot y se esforzaba por conducir a las tropas contra las de Raj Ahten, seguía siendo poco más que un plebeyo. En la batalla de Longmot, la mayoría

de sus consagrados habían sido degollados. Poseía un don de inteligencia, uno de resistencia y uno de encanto, nada más.

La loriga le pesaba mucho y se encontraba torpe con el martillo de armas en la mano.

El viento que soplaba del sur lo hacía estremecerse y se preguntaba qué traería aquel día. Agachado tras las almenas percibió la muerte segura en el aire.

No obstante, de momento los preparativos para la batalla se habían detenido. Los soldados, gigantes y canes de Raj Ahten se mantenían fuera del alcance de las flechas. Durante varios largos minutos, los tejedores fueron los únicos que trabajaban, bailaban, se retorcían y giraban en el centro de la fogata, eran uno con las llamas; y las salamandras resplandecientes continuaban dibujando su forma, transformadas en gusanos de luz blanca, transfiriendo sus poderes mágicos a los tejedores.

Allí mismo en el centro de la hoguera, los tejedores detuvieron su danza frenética y alzaron las manos al cielo al unísono.

El cielo se tornó negro como el ónice, los tejedores empezaron a bajar hebras de energía del firmamento. Una y otra vez, levantaban las manos hacia el cielo y recogían la luz. Una y otra vez, la juntaban entre las manos y simplemente la mantenían allí hasta que las manos se tornaron en verdes flamas que resplandecían cada vez más.

El mago guarda farfulló una maldición.

La magia de los tejedores no solamente extraía la luz del cielo, sino que, desde hacía algunos minutos, había enfriado el aire. Tempest observó cómo se formaba una capa de escarcha en las paredes del castillo y cómo el mango del martillo que apretaba con la mano le producía una sensación de frío helado.

En el suelo se formó otra capa de escarcha, que se hacía más espesa junto a la fogata, que se fue extendiendo por el campo y alrededor del ejército, como si aquel incendio del otro mundo chupase calor en vez de desprenderlo. Los tejedores sacaban la energía de las llamas tan eficientemente que a Tempest se le antojó que incluso él mismo podría situarse entre las llamas esmeralda, caminar entre ellas sin quemarse.

Los dientes le castañeaban, como si algo lo fuera despojando de calor corporal. Efectivamente, ahora distinguía claramente a las salamandras entre las llamas, seres etéreos con colas de fuego, saltando y bailando, clavando la mirada en los hombres del castillo.

—Cuidado con los ojos de las salamandras. ¡No miréis las llamas! —gritó el mago guarda.

Tempest se hizo cargo del peligro puesto que cuando sus ojos se cruzaron con las punzantes llamaradas de las órbitas de las salamandras, aunque solamente fue un instante, la figura de aquellas tomó más cuerpo y la sangre de Tempest se heló aún más.

Los hombres desviaron la mirada hacia los gigantes o los canes o los Invencibles

del ejército de Raj Ahten, cualquier cosa menos esas criaturas.

Entre aquellas sombras premonitorias la fogata se había convertido en algo surrealista: en un mundo de llamas verdes, cuyas paredes estaban decoradas con runas, y las criaturas que habitaban en su centro acrecentaban su poder a cada momento.

En lo alto, las nubes se habían enfriado tanto que comenzaron a soltar granizo borrascoso, pequeños pedriscos que rebotaban como gravilla de las almenas, que resonaban en los yelmos y la armadura de los defensores del castillo.

Tempest estaba aterrado hasta la médula. No sabía lo que iban a intentar hacer los tejedores. *¿Extraerían todo el calor vital de los hombres en las murallas o arrojarían lanzas de fuego entre las filas? ¿Tenían un plan algo más nefario?*

Como respuesta, uno de los tejedores dejó de girar bruscamente entre las flamas verde esmeralda y, durante un rato, enroscó hebras de energía verde entre las manos desde el cielo. Entonces, el cielo entero enlobregueció como la noche más lúgubre de todas. Un trueno retumbó en la lejanía, si hubo algún relámpago, Tempest no lo vio.

En ese momento, todo se detuvo bruscamente... el tiempo se paró, acalló el estruendo como la calma que anuncia la tormenta.

El tejedor concentró toda la energía en su mano, como si hiciera una bola de nieve, y lanzó un rayo de fuego verde contra las murallas del castillo. Al instante, este retrocedió, como si estuviera agotado.

El proyectil explotó contra el puente levadizo con un atronador estrépito, como si respondiera a la bóveda celeste. El castillo retumbó tras el impacto, y Tempest se aferró a una de las almenas para no caerse. Se suponía que los antiguos hechizos terrestres que revestían la madera del puente resistirían el fuego. Incluso el roce del elemental hacía unos quince minutos apenas había chamuscado la madera.

Pero nada podía sufrir un fuego como aquel. Las verdes flamas pegaron contra los largueros de hierro del puente, se extendieron por el metal quemándolo con una luz feroz, recorriendo veloz las cadenas que mantenían el puente cerrado. Asombrosamente, las llamas no abrasaron los tablones del puente, no quemaron las jambas de piedra. En vez de ello, se comieron el hierro, solamente achicharraron el hierro.

Horrorizado, Cedrick Tempest se imaginó cómo el roce de esas llamas afectaría a un guerrero con armadura.

El puente cayó con un chirrido.

Tempest ordenó a voces a los apostados en las murallas que bajaran a reforzar a las tropas situadas tras el maltrecho puente. En el patio de armas había trescientos caballeros montados en caballos de fuerza, dispuestos a lanzarse a la carga si fuera necesario. También había carros y barriles que abarrotaban el patio, en forma de barricada que no aguantaría mucho. Entre el granizo y la oscuridad, a los hombres les costaba encontrar una mejor posición. Algunos gritaban ansiosos por montar un ataque en ese momento, mientras podían servir de algo. Otros de los defensores

intentaban reforzar las barricadas de la puerta. Los caballos relinchaban y daban coces; algunos hombres, al perder el control, se vieron desmontados y pisoteados.

Nuevamente, el firmamento ennegreció del todo mientras los filamentos de energía alimentaban a un segundo tejedor. Tras una larga pausa, el tejedor lanzó una gran bola de flamas verdes contra la torre este, la cual dominaba el puente levadizo.

En el acto las llamas formaron un corrillo en la base de la torre, durante un segundo asemejaba un anillo verde en un dedo de piedra; pero, aquellas llamas eran un ser vivo que buscaba un punto de acceso; oscilante, se escurrió entre las aspilleras y los orificios del matacán, lamiendo la apagada piedra, pintando el mortero que sellaba la torre, luego se precipitó por las ventanas.

*Si cabe*, Tempest pensó con acrecentado temor, *este conjuro es más poderoso que el anterior.*

Cedrick Tempest no quería saber lo que iba a suceder a continuación, aunque no pudo evitar seguir mirando.

El granito de la torre gemía como si se resintiera de algo y ráfagas de aire y luz escapaban por todos los orificios de la torre, desde el suelo hasta el tejado, mientras todo el artesanado, los escudos, tapices de lana, retal de cuero, pelo y tela de los ocupantes se prendían simultáneamente.

Un feroz resplandor ardía por las ventanas. El capitán Tempest observó a sus guerreros atrapados dentro, escabrosos bailarines en un baile infernal.

No había nada que hacer contra aquella magia. Desesperado, Tempest pensaba lo que podía hacer. Nadie había salido a la carga y ya la puerta del castillo había caído, protegida a medias.

Ante las puertas, con un grito que parecía surgir del cielo y cortar la oscuridad y la cortina de pedrisco, resonó la voz de Raj Ahten:

—¡Preparad las cargas!

De algún modo, en los últimos minutos, Tempest le había perdido la pista al comandante enemigo. Ahora lo veía en la ladera, de pie entre sus hombres, miraba hacia el castillo con expresión de apatía.

Las bien entrenadas tropas del Señor de los Lobos sabían lo que hacer.

Los de artillería llenaban las cestas de las catapultas con proyectiles de hierro y los lanzaban contra las murallas.

Los hombres de Tempest en las murallas se agacharon detrás de las almenas. Además, el granizo que caía del cielo se hizo mortífero para los defensores. Uno de los arqueros junto a Tempest recibió un zambombazo en la cabeza que lo barrió de la muralla. Los hombres alzaban los escudos en alto a fin de protegerse.

Tempest miró al mago guarda que estaba agazapado como él, la mirada llena de terror.

El viento del sur llegaba a sacudidas y, durante unos segundos, se hizo la luz mientras los tejedores descansaban. Tempest divisó el globo espía de Raj Ahten, amarrado momentos antes, elevarse como un pterodáctilo a pesar de la paliza de

granizo. Cuatro aeróstatas comenzaron a vaciar sacos de polvos arcanos en el aire, polvos que flotaban hacia el castillo en forma de nubes amarillas, rojas y grises.

Tempest quedó boquiabierto preguntándose dónde estaría el rey Orden, llamándolo para que viniera en voz susurrante y los salvara a todos. *Longmot es una gran fortaleza, protegida por runas terrestres*, se dijo. Aunque ya no quedaba nada de la puerta y Raj Ahten aún no había iniciado el ataque en serio.

Otra vez, los tejedores de Raj Ahten tiraban de las hebras de fuego que colgaban del cielo. Las verdes paredes de llamas brillaban deslumbrantes como esmeralda en torno a la fogata, las complicadas runas resplandecían. Los enlutados árboles dentro de aquel manto producían una extraña visión, como dedos y brazos retorcidos en una pira funeraria, o como los restos de hierro de una forja. En el centro de aquella conflagración todo era luminoso: los tejedores y las feroces salamandras que danzaban entre los troncos del centro.

Conforme los tejedores despojaban al cielo de su luz, se intensificaba la oscuridad, convirtiendo el campo de batalla en un paisaje chillón, claroscuro, apenas vislumbrado. También apretó la granizada durante unos segundos y el aire que espiraba Cedrick Tempest se congeló ante su cara como niebla espesa.

En aquella intermitente oscuridad, Tempest observó a los gigantes con las escalas de asalto, a los hombres en el campo de batalla desenfundado las armas.

—¡Arqueros en ristre! —gritó Tempest, mientras vigilaba el camino del norte con la esperanza de que apareciera Orden.

Aunque temía que eso no iba a ocurrir, temía que Orden siguiera con vida y la cadena no se hubiera roto. Probablemente Orden no había logrado encontrarse con Raj Ahten e incluso corría perdido a la caza de nadie. O quizá Orden se encontraba incapacitado.

El corazón le oprimía el pecho, necesitaban un protector. Solamente restaba hacer una cosa: apelar a que los otros eslabones formaran una nueva cabeza. Pero eso no serviría de nada puesto que los consagrados estaban dispersos por el castillo, no tendría tiempo de buscarlos y hablar con todos.

Tenía que deshacer la serpiente, degollar a alguno de ellos para que se formara una nueva cabeza.

Al otro lado de la colina, Raj Ahten hizo un gesto con la mano como si tirara de las nubes. Cientos de mastines echaron a correr en dirección al castillo como una marea negra, con las máscaras rojas y los collares de hierro que los convertía en una horrenda visión, el líder aullaba con ladridos cortos.

Después, los gigantes frowth cargaron las escalas de asalto, a dos por escalera, y a grandes zancadas pusieron rumbo al castillo con aparente lentitud aunque cada pisada medía cuatro metros. Negros behemots avanzando en la noche.

Tempest no tenía tiempo de explicarle a otro lo que había que hacer; dejó su puesto sobre la puerta del castillo y echó a correr hacia los peldaños.

—¿Capitán? —gritó uno de sus hombres inquieto por si Tempest se había



acobardado en aquel momento.

Tempest miró por encima del hombro antes de descender por la escalera de piedra. Los Invencibles de Raj Ahten alzaron los escudos y cargaron. Al frente, cincuenta hombres con un ariete, la cabeza gigante de un lobo hecha de hierro adornaba el extremo delantero. Tempest no sabía gran cosa sobre las artes mágicas de asedio, pero veía que la cabeza del lobo estaba guarnecida de hechizos poderosos. El fuego brillaba en los ojos inertes de la cabeza.

Aunque el puente levadizo había caído, los hombres de Tempest habían improvisado un mantelete de madera (un armazón de madera) dentro del patio. El ariete arremetería contra las defensas internas y, tras esas defensas, los caballeros montados de Longmot esperaban impacientes, con las lanzas esgrimidas y viseras cerradas; los caballos alternaban el apoyo de los cascos, ansiosos por cargar contra el enemigo.

Los Invencibles de Raj Ahten avanzaban aprisa, la tierra se estremecía bajo los pies acorazados, palpitaba bajo el pedrisco que arreciaba con más fuerza. Aquellos invencibles eran hombres con magníficas dotes de resistencia, fuerza y metabolismo.

Los gigantes continuaban la marcha con las escalas, los cincuenta con el ariete. El polvo arcano del globo se había extendido y estaba suspendido encima de la puerta del castillo, como una fatalidad sombría.

Tempest vaciló unos segundos tras el muro interno de la puerta, cuestionándose si unirse a sus hombres o apresurarse en degollar a Shostag.

En el otro extremo del campo de batalla, la artillería de Raj Ahten disparaba con las catapultas...

Raj Ahten contemplaba satisfecho las catapultas que arrojaban cuencos de polvo mineral de azufre, potasio y magnesio que se mezclarían con las otras sales en la nube que se cernía sobre el castillo.

El lanzamiento de los cuencos estaba sincronizado con objeto de que salpicaran el aire al mismo tiempo que el ariete llegaba a cien metros del puente levadizo.

Entre la oscuridad y el granizo, los arqueros de las murallas de Longmot contemplaban las catapultas que disparaban y se agachaban, perdiendo así ese valioso segundo que necesitaban para marcar su objetivo entre los Invencibles de Raj Ahten.

Durante años, Raj Ahten había mimado a los tejedores de llamas, los había alimentado. En las montañas al sur de Aven, ardían fuegos constantemente para aplacar al elemento al cual servían los brujos. Según creía Raj Ahten, sus tejedores eran los más temibles de su clase en todo el mundo.

Y estos tejedores habían estudiado el uso de fuegos explosivos, se conocía de antaño que cuando trigo y arroz se vertían en las alhóndigas, la llama de una lámpara pequeña podía encender el aire con una fuerza detonante.

Los mineros que extraían el carbón en las profundidades de las montañas de Muyyatin sabían hacía tiempo que el polvo del carbón producía chispas al mezclarse

con las lámparas, a veces explotaba de manera tan violenta que derrumbaba túneles enteros dentro de las minas.

Durante generaciones, la gente había cultivado flores de borraja para armarse de valor, mientras que los niños se deleitaban en arrojar los tallos secos al fuego y escuchar cómo hacían pum al reventar.

Aunque uno debía considerar la mejor manera de sacarle partido a la fuerza desencadenante de esos agentes, con lo cual los tejedores de Raj Ahten estudiaban tales fenómenos, aprendían a preparar, moler y mezclar esos polvos.

Raj Ahten contemplaba admirado y satisfecho el fruto de años de educación y de financiación de los hechiceros. Nuevamente, el cielo entero se enlóbregueció como la noche más sombría de todas, conforme los filamentos de fuego restantes se retorcían desde el cielo. Llovía pedrisco a cántaros y el estruendo de los truenos bramaba en lo alto.

La enorme hoguera donde estaban situados los tejedores junto con los seres invocados por estos se extinguió de repente como una vela, las verdes paredes se desplomaron, las criaturas en ellas inhalaban toda la luminosidad y el calor.

El cielo permaneció bruno y, en aquella brusca oscuridad total, ninguno de los arqueros distinguía su objetivo. Durante diez segundos, el cielo no produjo luz alguna.

En las murallas del castillo, los caballeros de Orden hicieron un último acto desafiante, se pusieron a cantar una triste canción.

Amparados por las sombras, las tropas de Raj Ahten seguían corriendo hacia las murallas.

Cuando los arqueros se pusieron en pie para disparar a los adversarios invisibles, el centro del infierno de los tejedores expelió un haz de luz cegador.

Aquella descarga mágica rugió como un sol centelleante procedente de los tejedores y las salamandras, una onda verde y ardiente que recorrió la ladera de la colina hacia el castillo.

En aquella súbita ráfaga de luz, se podía observar las aterrorizadas caras de los defensores de Longmot. Valientes y desconocidos muchachos, hombres bravos que temblaban aún con actitud desafiante.

La onda expansiva en su inexorable trayectoria hacia Longmot rozó la nube de polvo, tras lo cual el arco de la puerta se bufó en llamas como un infierno. El polvo detonante de Raj Ahten explotó formando una nube incendiaria que ascendió como un hongo de unos cien metros de diámetro, elevándose un kilómetro en la atmósfera. La conmoción arrojó a los defensores de las murallas como muñecas de trapo; muchos se desplomaron aturridos y otros retrocedieron tambaleándose con ignominioso terror.

El haz de llamas verdes no era simplemente la chispa para provocar la ignición del polvo combustible, era mucho más que eso.

En la zona alejada del primer impacto, en las abarrotadas murallas los guerreros

se apiñaban hombro con hombro en filas de a seis. Las flamas verdes les saltaron por encima como las bramadoras olas del mar.

Longmot era la fortaleza ideal contra la cual probar los polvos. El aspecto sur medía ciento veinte metros de ancho, y los defensores se condensaban en el adarve en esos pocos metros.

Los tejedores de Raj Ahten incineraron a unos dos mil hombres. Al producirse la bola de fuego, los tejedores se desmayaron entre los restos de la fogata donde ya no quedaban llamas ni humo, puesto que aquellos habían extraído toda la energía posible de ellos y, al instante, los enormes troncos calcinados se convirtieron en ceniza. Los tejedores yacían inconscientes entre las brasas.

Sin embargo, las salamandras de blanco candente saltaron de repente, como si se hubieran liberado de un yugo, y se precipitaron hambrientas hacia el castillo.

El panorama ante la puerta del castillo era todo un pandemio: los gigantes, aprovechando el cobijo de las sombras, habían alcanzado las murallas. Los arqueros de Raj Ahten disparaban una lluvia de flechas, algo innecesaria, mientras que los invencibles ascendían aprisa las escalas hasta las almenas.

En la muralla sur ya no quedaban defensores, la explosión y la onda habían despejado el adarve. La puerta ya no estaba vigilada, la torre este era una ruina humeante. Aunque dentro de la torre oeste, algunos hombres intentaron un último truco. Los hombres del rey Orden derramaron aceite hirviente por los canalones de la torre. Las gárgolas de piedra situadas en el arco comenzaron a vomitar aquella asquerosa sustancia mientras las huestes de Raj Ahten se acercaban con el ariete.

Algunos de los de Raj Ahten vacilaron bajo el calor del aceite pero llevaban tal velocidad, que la cabeza del ariete aún arremetió contra el mantelete tras la puerta.

Toda la energía de los conjuros de la cabeza de lobo explotó contra el mantelete de tal forma que astillas de madera volaron en todas direcciones... Los defensores gritaban y perecían bajo el ataque.

En la mente de Raj Ahten danzaba un peculiar deseo: sabía que debía contenerse, que destruir a hombres tan despiadadamente no era correcto, que hubiera sido mejor utilizar a los supervivientes, tomar sus dones. Aquellos hombres poseían virtudes y fuerza que no deberían desperdiciarse de aquella forma tan bruta. Sus ridículas y efímeras vidas podrían ponerse al servicio de una grandiosa causa.

Pese a ello, el olor de carne quemada sedujo inesperadamente a Raj Ahten, le produjo un cosquilleo expectante. En contra de la lógica, ansiaba la destrucción.

Cedrick Tempest utilizó el mantelete como escudo mientras corría entre dos caballos de fuerza hacia las cocinas del duque donde se escondía Shostag, cuando la onda verde pasó por las almenas y la bola de fuego inundó el aire.

Afortunadamente, a la vez que se alejaba de la zona de impacto, clavó la vista en el suelo.

El calor y la energía del choque lo tumbaron de bruces contra el empedrado, el

yelmo chafado contra la frente. Durante unos segundos, notó el abrasador ardor del golpe chamuscarle la ropa, quemarle la piel con el roce. Luego intentó inhalar el aire caliente que había quedado al paso de la bola de fuego.

Los caballos cocearon y se desplomaron bajo el impacto del proyectil. Uno de ellos le cayó encima con jinete y todo, el cuerpo de uno de los caballeros lo aprisionó.

Tempest perdió el conocimiento unos instantes y, después, se encontró gateando entre las piedras y los caballos abatidos. Precipitaciones de hombres y extremidades descendían de las murallas del castillo, una espantosa tormenta de cuerpos calcinados y carne desgarrada.

Miró a su alrededor horrorizado y observó el cuerpo de un muchacho abrasado que produjo un estallido cerca de su cabeza, luego un brazo le cayó cerca de la mano; fue entonces cuando supo que no sobreviviría a aquel día. Hacía tres días que había enviado a su mujer y a sus hijos al castillo de Groverman con la esperanza de que allí estuvieran a salvo, con la esperanza de volver a verlos. Recordaba la escena de la partida, sus hijos pequeños a lomos de una cabra, su mujer con el bebé en brazos y su hija mayor intentando parecer una joven madura, los labios temblorosos al reprimir lágrimas de miedo.

Tempest alzó la mirada hacia la muralla oeste del castillo, allí casi no quedaba nadie, los hombres restantes estaban aturdidos y confundidos.

De repente, una de las blancas y ardientes salamandras saltó por encima de una almena en la torre sur, haciendo un reconocimiento del entorno. Tempest ocultó el rostro por miedo a que el blanco perla de las órbitas lo alcanzaran.

A unos cincuenta metros a su espalda se produjo una segunda, aunque menor, explosión. Tempest intentó ponerse de rodillas y mirar hacia atrás. Los Invencibles de Raj Ahten acababan de golpear el mantelete que hacía de barricada dentro de la puerta del castillo. El tablero explotó lanzando fragmentos de madera por el aire, ardiendo.

Todos los que estaban situados tras el mantelete fueron arrojados hacia atrás debido a la violenta fuerza de los escombros. Pero, desgraciadamente, no fueron muchos los que quedaron en pie. Algunos caballeros aún montados estaban cercados por los cuerpos de sus compañeros.

El combate estaba perdido: en las murallas delante de él, los defensores yacían abatidos; miles de hombres gritaban y se retorcían de dolor; la lluvia de flechas continuaba precipitándose dentro del castillo, una lluvia oscura y mortal que «mojaba» a los heridos.

Unos cientos de hombres corrían desde la zona norte de la fortaleza, intentaban llegar a las puertas y reforzar las defensas. Pero los miles y miles de Invencibles de Raj Ahten los interceptaron.

Los canes de guerra con sus sombrías máscaras corrían entre las calles y se abalanzaban sobre caballeros y caballos caídos, destrozando a todo hombre o bestia, alimentándose de la matanza.

Tempest aún albergaba la esperanza de localizar a Shostag, degollarlo y que la serpiente formara una nueva cabeza. No obstante, aturdido y confundido, se desplomó con el rostro ensangrentado cuando los mastines de Raj Ahten se arrojaron sobre él en medio de la refriega.

## Capítulo 49



### *El Rey de La Tierra CONTRAATACA.*

**B**innesman cruzó el brezal al galope rumbo a Gaborn y a Iome, que avanzaban bajo la nube de polvo y polen levantada por los pies de cientos de miles de hombres y ganado.

Gaborn miró fijamente al mago, era la primera vez que lo veía a la luz del día. El pelo había encanecido completamente y las vestiduras holgadas se habían transformado de verde bosque a tonos escarlata y naranja, como las hojas que cambian color.

Gaborn cabalgaba tan cerca de Iome que en ocasiones la rodilla de ella rozaba la suya. No quiso detener a la comitiva mientras se acercaba el hechicero cuya montura aceleraba entre el brezo morado, ya que demasiadas personas y animales avanzaban en tropel. Gaborn deseaba hablar con Binnesman, descubrir qué había averiguado.

Binnesman contempló durante un rato a las tropas de Gaborn, cambió de frente hasta casi detenerse y preguntó finalmente sorprendido:

—¿Tenéis intención de alimentar al ejército de Raj Ahten con el ganado o apisionarlo?

—Lo que él desee —dijo Gaborn.

Binnesman sacudió la cabeza extrañado.

—Oí a los pájaros espantarse por aquí y el gemido de la tierra bajo el peso de tantos pies. Pensaba que habíais hecho aparecer un ejército; por fortuna me tomé la molestia de destruir el viejo puente del desfiladero del Mal dificultando la llegada de los refuerzos de Raj Ahten por el oeste.

—Te agradezco el gesto —dijo Gaborn—. ¿Qué noticias traes? ¿Han sido localizados los refuerzos de Raj Ahten?

—No —respondió Binnesman—, ni creo que estén cerca.

—Quizá la suerte nos sonrío —añadió Gaborn.

—Quizá... —dijo Binnesman.

En el horizonte, entre las recortadas verdes colinas arboladas, volvió a resplandecer la oscuridad, más violentamente que antes; un cúmulo oscuro que partía

el cielo en dos.

Una enorme columna de fuego se elevó lentamente hacia lo alto, una explosión tan fuerte nunca antes presenciada por Gaborn. Algo terrible estaba ocurriendo.

—Gaborn —dijo Binnesman—, cerrad los ojos, utilizad la vista de la Tierra, contadme qué sucede.

Gaborn cerró los ojos y, durante unos segundos, no sintió nada y se preguntó si Binnesman se había equivocado al pedirle que utilizara su don terrestre.

Entonces, notó una ligera conexión, un vínculo invisible de poder entre él y los suyos: conscientemente había elegido a su padre, pero ahora notaba cómo había ido seleccionando a gente durante días. A Myrrima la otra mañana en el mercado, a Borenson, a Chemoise cuando la vio ayudar a su padre en la carreta, y a este también.

Entreveía a todos aquellos a quienes había reclamado: Borenson, su padre, Myrrima, Chemoise y el padre de esta. Intuía el peligro, un tremendo peligro; temía que si no luchaba todos morirían.

*Golpead*, ordenó en silencio, *¡golpead ahora si podéis!*

Veinte segundos más tarde, el sonido de otra explosión resonó por la llanura, sacudiendo la tierra, como un trueno lejano.

## Capítulo 50



### *El despertar.*

**E**n el castillo de Sylvarresta, Chemoise preparaba la cena en la despensa cuando sintió la necesidad imperiosa de dar un golpe; un deseo tan repentino y hondo que con la mano golpeó la mesa como si fuera un reflejo, chafando una bola de queso.

Myrrima reaccionó con conocimiento, su respuesta fue moderada. El estruendo del combate sacudía la mansión donde estaba escondida y, en el exterior, el cielo se había encapotado. No podía atacar a los soldados de Raj Ahten puesto que sabía que no daba la talla, pero subió al piso de arriba con la esperanza de esconderse bajo la cama de algún noble.

Seis años atrás, Eremon Vottania Solette había elegido consagrarse a Salim al Daub porque anhelaba dos cosas: la primera, volver a ver a su hija, y la segunda, sobrevivir hasta recuperar la agilidad y despertar entre los consagrados de Raj Ahten, capaz de luchar.

Aunque pasados los años la esperanza de Eremon se fue desvaneciendo. Los mediadores de Raj Ahten le habían extraído demasiada gallardía y lo habían dejado a las puertas de la muerte. Sin flexibilidad, los brazos y las piernas no le servían, estaba tan anquilosado que parecía tener *rigor mortis*.

La vida se convirtió en un tormento. Los músculos del pecho se contraían con bastante facilidad al inhalar, pero, a la hora de exhalar, tenía que concentrarse para relajarse. A veces, el corazón se le encogía y se cerraba, con lo cual forcejeaba en silencio, temiéndose lo peor.

Al no poder relajar los labios, hablaba con cierta dificultad, con los dientes apretados. Tampoco podía masticar, si tragaba otra cosa que no fuera el caldo insustancial que le daban los sirvientes de Raj Ahten, le sentaba fatal, los músculos del estómago no se contraían lo suficiente como para digerir sólidos.

Orinar y defecar era algo vergonzoso, un proceso que le llevaba horas de



esfuerzo.

Los cinco dones de resistencia le suponían una carga porque lo mantenían con vida cuando llevaba tiempo deseando la muerte. A menudo ansiaba que el rey Sylvarresta matara a los hombres que le hacían a él de consagrados, pero Sylvarresta era demasiado blando y, así pues, Eremon agonizaba. Hasta la noche anterior; por fin, la muerte quedaba al alcance de su mano.

Los dedos retorcidos formaban inservibles puños. Durante años estuvo acurrucado, con las caderas dobladas. Aunque los dones de fuerza lo mantenían vigoroso, algunos de los músculos de las piernas y los brazos se le habían atrofiado, con lo cual, era prisionero de su propia desgastada carne, sabía que nunca podría vengarse, una herramienta indefensa de Raj Ahten.

Por ello, le pareció un milagro que se cumpliera su primer sueño, cuando Raj Ahten decidió llevarlo a Heredon y arrojar su desvencijado cuerpo ante Sylvarresta. Una obra diseñada para avergonzar a un buen rey. Raj Ahten solía esforzarse en humillar a otros.

Le pareció milagroso ver a su hija Chemoise, convertida en una hermosa joven que ya no era la misma niña pecosa que recordaba.

Con eso quedó satisfecho, Eremon resolvió que su vida estaba completa y, en adelante, iría derecho al olvido.

No obstante, aún le quedaba una hazaña que llevar a cabo. Mientras se consumía en el carruaje de los consagrados, este empezó a dar sacudidas porque unos hombres se subieron a la calesa y abrieron la puerta. Eremon abrió los ojos; en el sombrío interior, nubes de moscas zumbaban entre los desamparados consagrados de su entorno. Hombres y mujeres hacinados como sardinas en un cajón de sal, sobre camastros de paja en estado de descomposición.

Unos mediadores vestidos de gris permanecieron jadeantes ante la puerta abierta. Los rayos de luz que se colaban en el carro lo cegaban aunque pudo distinguir que habían dejado un cuerpo contra la pared: otro consagrado, otra víctima.

—¿Qué tenemos aquí? —preguntó el centinela—. ¿Metabolismo?

Uno de los mediadores asintió con la cabeza. Eremon podía ver las cicatrices del hombre, doce dones de metabolismo, un vector.

Los mediadores de Raj Ahten buscaron un lugar donde colocar al recién llegado. Uno de los ciegos que dormía junto a Eremon se dio la vuelta entre sueños, acurrucándose contra otro fardo humano en busca de calor.

Así quedó libre el hueco al lado de Eremon y los mediadores empezaron a farfullar en su idioma: «Mazza, halab dao abo». («Moved a ese pedazo de excremento de camello pesado»).

Uno de los hombres empujó suavemente las rígidas piernas de Eremon apartándolas a un lado, como si él fuera el excremento pesado en cuestión, y allí tumbaron al nuevo consagrado.

Eremon se fijó en que se trataba de la rechoncha cara del eunuco Salim al Daub,

que quedó a unos diez centímetros de la suya. Aquel gordo respiraba tan despacio... como uno que ha cedido su metabolismo. El hombre que tenía los dones de Eremon se encontraba allí junto a él, indefenso, un vector de metabolismo. Un vector de Raj Ahten, sospechó Eremon.

Salim dormía un sueño profundo del cual Eremon juró que no despertaría.

Dentro del carromato viajaba un centinela, un invencible sentado en un taburete en un rincón al otro extremo del vehículo, armado con una daga y de una expresión de aburrimiento.

Eremon no podía emprender movimientos bruscos, no podía permitirse atraer la atención del vigilante, aunque, en honor a la verdad, no se había movido con celeridad desde hacía seis años.

Tras cierta dilación Eremon intentó aflojar la mano derecha paulatinamente, cosa que resultaba difícil ya que estaba demasiado alterado, demasiado encolerizado; emocionado ante la perspectiva de destruir a aquel hombre y rematar la faena, recuperar sus propios dones mientras despojaba a Raj Ahten de su metabolismo.

En el exterior continuaba el combate violento. La oscuridad iluminaba el cielo como un estroboscopio, las luces y las sombras penetraban en el carromato. En las murallas del castillo los hombres gritaban.

Eremon ansiaba tener sus dones de fuerza, deseaba poder estrangular a Salim con elegancia sobrenatural, pero los había perdido la noche anterior.

Durante luengos minutos, se esforzó por abrir aquella maldita e inútil mano. Mientras lo hacía, sintió un deseo repentino y violento. *Golpea, ¡golpea si puedes!*

Y conforme lo invadía esa idea, la mano se relajó sin esfuerzo alguno como una flor cuando germina.

## Capítulo 51



### *Por el camino de la montaña.*

**B**orenson estaba algo más que medio enloquecido cuando dejó Bannisferre atrás; poseído, apenas despierto, imaginaba los estragos que causaría entre las tropas de Raj Ahten.

Al acercarse por el norte no divisaba indicio alguno de la contienda, demasiadas colinas y montañas le bloqueaban la vista de Longmot. Ni siquiera veía el cielo lobregueado porque las nubes bajas entre las cimas de las montañas lo ocultaban todo. En determinado momento, se le antojó que oía alaridos, aunque sonaron tan lejanos que pensó que eran voces de un sueño despierto, vestigios de las alucinaciones destructoras que jugaban en su subconsciente.

Al sur de la aldea de Kestrel en las montañas, se apartó del sendero, arreó a su montura hacia el camino del bosque esperando ganar tiempo. En muchas ocasiones había cazado por allí con su rey, se hallaba un poco al norte del refugio de caza de Groverman, una cabaña amplia y acogedora.

No temía a los tumularios ni a las bestias del bosque, solamente llegar a Longmot demasiado tarde.

Mientras ascendía la montaña, el día se tornó frío. La llovizna helada lo empapaba y el sendero de la montaña era resbaladizo. Al poco, la lluvia se transformó en aguanieve y copos de nieve, con lo cual se demoró más al haber seguido este camino en vez de la carretera.

En la cima donde los álamos bordeaban un claro, descubrió un rastro de huellas de reaver, huellas que cruzaban el sendero arbolado. Las huellas indicaban que el reaver había arrastrado algo pesado por allí en las últimas horas, justo antes del alba. El suelo estaba manchado de coágulos de sangre y líquido sinovial graso de alguna articulación fracturada. Los surcos que había dejado atrás la criatura arrastrada contenían unas diminutas bolas de arcilla, huellas recientes.

La huella del reaver medía casi nueve metros de largo, demasiado larga, de cuatro dedos, una hembra, una hembra grande.

Montado sobre el caballo Borenson estudió las huellas: en el revoltijo de cantos

afilados había pelos negros, como si la reaver hubiera cargado un cadáver por el camino, posiblemente un jabalí. Pero el aire no olía asqueroso, demasiado dulce para ser un jabalí. Borenson olfateó... Decididamente un oso, un macho grande, olor a almizcle como el olor de los jabalís del bosque de Dunn pero no tan repugnante.

Borenson olfateó de nuevo intentando discernir el olor de la reaver, pero no lo consiguió. Los reaver poseían una capacidad extraordinaria para imitar los olores de su entorno.

Borenson miró sendero adelante, deseaba poder seguirle la pista a la reaver aunque fuera solo brevemente.

Myrrima podía hallarse en peligro, seguramente Raj Ahten prepararía el asedio, descansaría durante el día preparándose para la batalla. Y el ejército de ocupación llegaría pronto.

Borenson temía no llegar al castillo antes del asalto, no podría socorrer a Myrrima.

Además debía considerar el desafío de dar caza a la reaver. Esta estaría entre los árboles cerca de la cresta comiendo su presa. En aquella zona no había mucho espacio para que un hombre maniobrara con agilidad, las ramas caídas de los álamos cubrían el suelo y la maleza había crecido espesa y alta después de un largo verano.

Alcanzarla resultaría difícil puesto que los reaver son sensibles al movimiento, perciben el sonido como temblores. El único modo de acercarse sería a hurtadillas, sigilosamente, con pisada irregular.

Borenson se planteó la idea de seguir a la reaver durante un instante.

En la lejanía, como si una voz lo llamara sintió un poderoso impulso. *Golpea, ¡golpea si puedes!*

Su rey lo necesitaba, Myrrima lo necesitaba.

Espoleó a su cabalgadura de armas por los senderos de las montañas justo cuando la nieve empezaba a amontonarse, la primera nevada de la temporada. El aliento del corcel se arremolinaba en diminutas nubecillas de vaho. A Borenson le palpitaba el corazón.

Mañana es el primer día de Hostenfest, inicio de la cacería, Borenson cayó en la cuenta. Concentró el pensamiento en ello a fin de mantener la calma, hubiera sido una buena cacería con la nevada. Los jabalís se habrían desplazado hasta los valles dejando huellas al borde de los claros y él habría apostado con Derrow y Ault sobre cuál de sus señores sería el primero en clavarle la lanza a un paquidermo.

Echaba de menos el ladrar de los perros, el potente reclamo de las trompas de caza, los banquetes nocturnos junto a las fogatas.

*Pero debo atacar ahora*, pensó mientras picaba espuelas para apretar la marcha. Deseaba arremeter contra algo, deseaba tener un objetivo a mano.

Nuevamente le inquietaba el no haber matado a todos los consagrados en el castillo de Sylvarresta. Se dijo que había hecho cuanto había podido, asesinado a cuantos encontró a su paso, pero algunos de ellos habían sido trasladados para

conservar esos invisibles vínculos de poder entre Raj Ahten y los consagrados.

Las guerras entre señores de las runas podían llegar a ser complejas. La cantidad de dones de cada uno desempeñaba un papel importante en el combate, lo mismo que la formación de los guerreros.

Aunque también importaba el mantener los dones en equilibrio. Raj Ahten poseía tantos dones que parecía inútil degollar a sus consagrados. Aunque un señor de las runas privado de inteligencia y bizarría se transformaría en un burdo gamberro que no sería gran cosa en el campo de batalla. Sin metabolismo, y aún con diez mil dones de fuerza, se movería muy despacio en comparación con un soldado equilibrado que serviría lo mismo que un perchero, se convertía en un «guerrero de proporciones desafortunadas».

Al matar a los hombres del castillo de Sylvarresta, Borenson había despojado a Raj Ahten de muchos dones de gracia que el Señor de los Lobos había atesorado, robado a cientos de hombres en esa fortaleza. Esto significaba que le sobraría fuerza física, con lo cual le faltaría agilidad, con demasiada musculatura. Quizá, dado el desequilibrio, el rey Orden tendría alguna posibilidad frente a Raj Ahten.

Con todo ello, Borenson esperaba haber cumplido con su misión. No soportaba la idea de que su incompetencia le costara la batalla a Orden. No podía tolerar, aguantar la deshonra de haber dejado con vida a Sylvarresta y a Iome, que lo invadía al pensar en ellos.

Perdonarles la vida a esos dos se había cobrado la vida de muchos otros, al hacerlo le concedía cierto poder a Raj Ahten.

Cierto que no en gran cantidad, pero si Borenson y algunos otros asesinos hubieran atacado a los consagrados de Raj Ahten en el momento justo, el Señor de los Lobos habría quedado inoportunamente desproporcionado.

*Hoy cazo a Raj Ahten*, se dijo Borenson permitiendo que cada músculo y hueso embebieran ese humor asesino, que lo envolviera como una manta.

Hoy seré la muerte. Hoy le doy caza y nada más.

Imaginó cómo practicar el golpe certero, preparándose completamente, sintonizando cada una de sus reacciones dispuestas para matar a sangre fría. Imaginó cómo sería al toparse con los batidores de Raj Ahten por la carretera, a kilómetros al norte de Longmot. Los perseguiría montado y los empalaría con la lanza, para que la sangre lo rociara como una ola, sin dejar testigos. Luego robaría uno de los uniformes y, con prisa y desorientado, se introduciría entre las filas, aparecería ante Raj Ahten de golpe como si fuera un emisario, un emisario de la parca.

Los guerreros de Inkarra afirmaban que la Guerra era una dama umbría y que, quienes la sirvieran bien, se ganarían los favores de esta. Insistían aquellos en que era uno de los elementos al igual que la Tierra o el Aire, el Fuego o el Agua.

Por otro lado, en los reinos de Rofehavan se decía que la guerra era una de las caras del Fuego y que nadie debería ponerse a su servicio.

*Aunque los malditos inkarranos saben lo que dicen*, pensó Borenson, *son*

*expertos en el arte bélico.*

Borenson nunca había reclamado la atención de la umbría dama, nunca se había dirigido a ella anteriormente, pero en aquel momento un rezo le vino a los labios, una antigua plegaria que había oído recitar a otros, pero nunca se había atrevido a pronunciar:

Tomadme en vuestros brazos, oscura dama, llevadme con vos.  
Envolvedme en vuestra mortaja, y dejad que vuestro dulce aliento  
repose frío en mis mejillas. Que las tinieblas me aneguen  
y me llenen de vuestro poder.  
Hoy, os reclamo. Hoy, soy la muerte.

Al galope, Borenson comenzó a sonreír, luego a reírse a carcajadas, una risa gutural que parecía provenir del entorno, elevarse entre las colinas o los árboles.

## Capítulo 52



*Un día perfecto.*

Orden despertó dolorido e incapaz de juzgar el tiempo que había estado inconsciente. La sangre alrededor de la boca aún estaba fresca, sabía a cobre. En cualquier momento me pateará otra vez, me golpeará hasta morir, imaginó Mendellas Orden.

No sucedió nada. Orden yacía maltrecho, al límite de la consciencia, esperando el remate que no llegaba.

Con todos los dones de resistencia que poseía, Orden podía aguantar lesiones graves. Las tremendas heridas que había sufrido no le provocarían la muerte; semanas de convalecencia, puede, pero no la muerte.

Eso era lo que temía.

Orden abrió el ojo sano y echó un vistazo. El sol apenas penetraba las nubes cuando el cielo se ennegreció.

El claro cercano estaba vacío.

Tragó saliva e intentó pensar con claridad: al desmayarse recordaba el tintineo metálico de una cota, adormecido se dio cuenta que podría haber sido el ruido de Raj Ahten escapando.

Orden escudriñó el campo desde el borde del montículo. El viento mecía los pinos suavemente y la hierba parecía inclinarse bajo el peso de un fuerte vendaval. Una bandada de estorninos planeaba en el aire como si fueran vilanos, a menos de cinco palmos de distancia. Pero Orden vivía tan acelerado que, en comparación, el viento parecía soplar lento.

Raj Ahten había desaparecido.

Me ha dejado aquí porque sospecha que soy parte de la serpiente, imaginó Orden. Se dispone a atacar el castillo.

Oyó el rugir débil del mar... como un oleaje. En aquel estado presuroso, los sonidos habían cambiado mucho.

Entonces, percibió que debía de ser un estrepitoso ruido, gritos de guerra. Con una mano se incorporó y miró por la pendiente de Tor Loman hacia el castillo de

Longmot... Lo que observó lo dejó aterido.

Bajo un telón de lluvia o aguanieve ardía una enorme hoguera en las laderas opuestas al castillo, entre aquellas llamas sobrenaturales, tejedores y salamandras habían absorbido gran cantidad de energía y habían arrojado una bola de fuego verde, que silbaba entre las colinas contra la fortaleza. Los gigantes frowth acarreaban grandes escalas de asalto por el valle. Los canes de guerra, con sus collares de hierro y feroces máscaras, bullían como una marea negra hacia las puertas del castillo.

Por doquier en la penumbra, los Invencibles de Raj Ahten correteaban como cucarachas negras hacia el castillo, con los escudos en alto para desviar las flechas, y blandían sus armas.

Las fuerzas de Raj Ahten asaltan Longmot. El cielo se cernía oscuro sobre el castillo, lianas de fuego retorcido descendían del firmamento.

El rey Orden lo contemplaba desde Tor Loman. Debido a sus dones de metabolismo, se le antojaba que el cielo llevaba mucho rato enlutado. Uno solamente discernía las tenues hebras de llamas que serpenteaban desde el cielo en forma de espiral y revolviéndose como las corrientes de un tornado.

No podía prestar ayuda alguna, no podía sumarse al combate, apenas podía arrastrarse; en silencio, comenzó a sollozar. Raj Ahten le había dejado sin nada, ni pasado, ni presente, ni futuro.

Eclipsado, Mendellas se dio la vuelta y, con dificultad, se arrastró dolorosamente hasta los toscos peldaños de los Ojos de Tor Loman.

A fin de bloquear los mensajes de dolor que sus maltrechas extremidades enviaban al cerebro, intentó evocar tiempos mejores: los banquetes en su palacio en Mystarria en mitad del invierno, el Día la Limosna.

Las neblinas siempre se extendían por los pantanos en aquellas mañanas de invierno y se podían divisar los charcales desde la aguja de la gran torre, como si uno fuera un señor de los cielos en un barco de nube, tan pura como una cortina de gasa. En algunos sitios se observaban las torres menores de la Cortes de la Marea, o el verde de las pinadas distantes en las colinas al oeste, o el reflejo de las aguas del mar Caroll que reflejaba el cielo en la distancia.

Cómo le encantaba subir a su propio observatorio aquellas mañanas y contemplar a los gansos que migraban durante el invierno volar por debajo de él en formación de horquilla oscura.

Evocó el recuerdo de un día perfecto hacía tiempo: descendía de la torre reanimado por el alba y fue a los aposentos de su esposa con la intención de traerla al observatorio y mostrarle el amanecer. Semanas antes, una escarcha temprana había congelado las rosas del jardín de la Reina y Orden deseaba mostrarle cómo el sol recortaba el horizonte con un tenue color de rosa enardecida, una rosa que pintaba la niebla en kilómetros a la redonda.

No obstante, cuando entró en el dormitorio, la reina únicamente sonrió ante su ruego e ideó otro tipo de distracción; hicieron el amor sobre la alfombra de piel de



tigre ante la chimenea y, cuando acabaron, el sol llevaba horas en el firmamento.

Los pobres de Mystarria se agrupaban en las calles precedentes al castillo para recibir las dádivas de invierno.

Por tanto, el rey y la reina debieron salir aquella tarde y pasar el resto del día recorriendo las calles con carromatos llenos de carne, nabos, frutos secos y plata, repartiendo limosna a los necesitados.

Orden y su esposa trabajaron mucho, a menudo se detenían a intercambiar una sonrisa o a permitirse una larga caricia.

Orden no había recordado ese día desde hacía años, aunque cada escena, sonido y olor estuvieran grabados a la perfección en su memoria. Con veinte dones de inteligencia, Orden podía reavivar aquellos momentos a discreción; fue un día tan mágico, fue el día en que, según había averiguado más tarde, engendraron su primer hijo, Gaborn.

Ah, cómo la echaba de menos todavía.

Mientras Orden alcanzaba el último escalón de los Ojos de Tor Loman, volvió a clarear y, horrorizado, pudo comprobar las bolas infernales que las bestias de Raj Ahten arrojaban contra el castillo. El cielo estaba pintado de extraños polvos grises, negros y amarillos azufre, algo rojizos.

Desde allí, la enorme y rabiosa ola de fuego verde aparentaba rodar por el cielo lentamente, era el ritmo al que vivía Orden. Durante unos agonizantes minutos, Orden se había arrastrado por la escalera de piedra preguntándose si Raj Ahten había subido allí. Seguramente no para contemplar Longmot ya que la vista no ofrecía nada nuevo.

No, era otra cosa lo que había alarmado al Señor de los Lobos.

Así pues, Orden oteó el este y divisó una nube de polvo en la llanura, como si esta ardiera y la luz se reflejara en los escudos; un ejército marchaba desde el castillo de Groverman.

A pesar de la enorme nube de polvo, no podía tratarse de un numeroso ejército. Orden sabía que treinta mil plebeyos venían en su ayuda, avanzando entre el brezal polvoriento, nada más. No supondrían un grave obstáculo para los Invencibles de Raj Ahten.

Aunque Orden sabía que su hijo estaba al frente de esa tropa. Sin duda, Gaborn no sería tan insensato como para enfrentarse a Raj Ahten. No, esto debía ser una estratagema. Orden sonreía: frente a un hombre de la inteligencia de Raj Ahten, la información tergiversada podría ser un arma potente. Su hijo luchaba lo mejor que podía.

En todo enfrentamiento, la victoria era de quien se negaba a someterse, y el príncipe no se había amedrentado.

*Buen ardid este*, se dijo Orden. Raj Ahten cree que Longmot fue tomado hace días y que se aproxima un ejército para abatirlo. El rey Orden esperaba que el truco funcionara.

Aunque un temor más sombrío lo invadió: Gaborn no atacaría, *¿verdad?... O sí, sí lo haría*, reconoció Orden.

Al hacerlo Gaborn salvaría a su padre. *¿No le dije que atacara? ¿No le dije que hiciera un barrido desde las colinas con sus caballeros?*

Orden se sobresaltó entonces: este era un joven que se arriesgaba por salvar a consagrados enemigos; un muchacho que se había convertido en un noble vinculado por juramentos.

Ya no cabía duda, aunque muriera en el intento, *¡Gaborn seguramente atacaría!*

Justo en ese instante, la colosal bola de llamas se estrellaba contra el castillo y escupía brazos de fuego en el aire. Orden podía ver los terribles daños causados: hombres que se desplomaban como pájaros en llamas por las murallas; podía ver a los gigantes y a los mastines, a los invencibles y a los arqueros introduciéndose ligeros por las puertas del castillo.

No obstante, no notaba la sensación que producía la muerte de un consagrado. Ninguno de los eslabones de la cadena se quemaba entre las llamas aunque, sin duda, el castillo sucumbiría.

En su fuero interno sintió un impulso abrumador. *Golpea, ¡golpea si puedes!*

Orden era consciente de que él era la clave para garantizar que aquel desastre de batalla sirviera para algo más. Los hombres del castillo unidos en eslabones se verían obligados a luchar si el castillo era invadido y ninguno utilizaría el metabolismo del otro. Finalmente, uno de ellos moriría y la serpiente se formaría, pero, *¿quién ocuparía el puesto a la cabeza?*

Esperemos que sea no el idiota de Dreis, deseó Orden. No, sería Shostag, tan formidable y venerable a su tosca manera. Un guerrero temible.

Orden se deslizó hasta el borde del observatorio y miró hacia abajo.

Los Ojos de Tor Loman estaba situado al filo de un promontorio por cuya ladera oeste había un derrocadero de fondo rocoso. *Allí, pensó Orden, allí aterrizaré.*

Y así, se tiró desde la torre, era hora de que se rompiera la cadena, era hora de permitir a Shostag el Verdugo ganarse esas tierras y ese título, era hora de que Gaborn heredara lo que, por derecho de cuna, le pertenecía.

Dejadme regresar a los brazos de mi amada.

Con tantos dones de metabolismo Orden sintió que se despeñaba lento, casi como si flotara hacia la muerte.

## Capítulo 53



### *Palpitaciones.*

**U**na columna de fuego se elevaba hacia el firmamento en forma de hongo seguida de un trueno que resonó por la llanura.

A pesar de ello, Gaborn intuyó algo más perturbador que eso, en la lejanía, notó el latido de un corazón que se detenía.

Eso lo destrozó, lo consternó mucho más que el relámpago de luz o el gemido de la tierra.

Se removió en la silla y susurró:

—Padre...

De algún modo, por alguna razón, Gaborn temía que su deseo de asestar un golpe a Raj Ahten hubiera provocado la muerte de su padre.

No había sido el deseo de la Tierra, no sintió más impulso que su propia cólera y, sin embargo, había dado la orden.

*No, pensó Gaborn, no lo creo. No creo que sea culpa mía. ¿Cómo sé que está muerto hasta verlo?*

Binnesman el mago se volvió hacia Gaborn con una expresión de tristeza infinita en la mirada y dijo en voz baja:

—Habéis llamado a vuestro padre. ¿Está perdido?

—Esto... no lo sé —respondió Gaborn.

—Utilizad la vista de la Tierra, ¿ha perecido?

Gaborn examinó su fuero interno, intentó acercarse a su padre, no sentía nada... Asintió con la cabeza.

Binnesman susurró para que solamente Gaborn lo oyera:

—Así se traspasa la responsabilidad. Hasta ahora habéis sido un príncipe, ya os corresponde ser rey.

Gaborn dejó caer los hombros, profundamente apenado.

—¿Qué puedo hacer yo? ¿Cómo puedo detener esto? —preguntó—. Si soy el Rey de la Tierra, ¿qué bien puedo hacer?

—Mucho. Podéis acudir a la Tierra para que os socorra —dijo Binnesman—. Os

puede proteger, esconder, solamente debéis aprender a hacerlo.

—Quiero que Raj Ahten muera —dijo Gaborn inexpresivamente.

—La Tierra no mata —murmuró Binnesman—. Sus poderes radican en alimentar la vida y protegerla. Raj Ahten está respaldado por otros elementos. Debéis meditarlo, Gaborn, cómo mejor defender a los vuestros. La humanidad entera está en peligro, no solamente Longmot. Vuestro padre era un mero mortal y me temo que eligió poner su vida en peligro.

—¡Quiero ver a Raj Ahten muerto ya mismo! —gritó Gaborn, no a Binnesman, sino a la Tierra, la cual había prometido ampararlo.

Sabía que la culpa no era de la Tierra, Gaborn había sentido el peligro que corría su padre y no se lo advirtió, no lo sacó de Longmot.

Gaborn se sintió tan apesadumbrado.

Estaban a veinte kilómetros de Longmot, su corcel de fuerza podía recorrer esa distancia en menos de media hora, pero, si lo hacía, *¿qué ganaba con ello?* Perdería la vida.

Pese a ello, resolvió arrear al caballo. A su lado, Iome le leyó el pensamiento y posó la mano en la rodilla de Gaborn.

—No —susurró—, no lo hagáis.

Gaborn clavó los ojos en el suelo, en los cascos de su caballo que espantaban a unos saltamontes verdes y grises, rollizos y perezosos a finales del otoño.

—¿Crees que podremos echar una mano en Longmot? —preguntó Gaborn a Binnesman.

El mago se encogió de hombros, la preocupación le arrugaba la cara.

—Incluso ahora estáis ayudando su causa, con este ardid. Pero ¿queréis decir si podéis derrotar a Raj Ahten? No con esta tropa. La batalla de Longmot está perdida, como lo estaríais vos si atacarais antes de tiempo. Vuestra ventaja no es la de ataque, sino como defensa. Dejad que este ejército levante más polvo mientras avanzan y luego veremos lo que pasa...

Siguieron cabalgando en completo silencio un rato y, todo ese tiempo, Gaborn iba destrozado; se sentía culpable de la muerte de su padre, la de Rowan, las muertes de los consagrados en el castillo de Sylvarresta. Tantas víctimas, un precio demasiado alto que el mundo pagaba debido a su flaqueza, puesto que estaba convencido de que si hubiera sido más valiente, hubiera obrado de forma diferente, girar a la izquierda en vez de a la derecha, podría haberlos salvado a todos.

Un raro sonido comenzó a retumbar por la llanura, una sola nota, un alarido como no había oído jamás o imaginado, un estruendo que circuló por la llanura como un grito lejano.

*¡El grito agonizante de Raj Ahten!*, pensó.

Aunque casi de inmediato fue seguido de otro grito similar, que resonó por el brezal.

La montura de Binnesman coceó y puso las orejas tiesas, justo cuando las gotas

de aguanieve empezaban a salpicar el suelo.

Con todo el dolor de su corazón, Gaborn observó al mago picar espuelas hacia Longmot y deseó poder seguirlo.

—Vamos, Gaborn, ¡traed a vuestro ejército! —gritó Binnesman—. ¡La Tierra sufre!

Entonces comprendió, el aguanieve comenzaba a caer como un manto del cielo, anegando el brezal, ningún oteador podría distinguir la avalancha que se acercaba. Si la treta de Gaborn no había funcionado, no tendría mayor efecto.

Con un grito, Gaborn levantó el puño y ordenó la carga.

## Capítulo 54



*Shostag.*

**S**hostag el Verdugo estaba escondido en los sótanos del duque cuando notó una sacudida, una honda sensación de energía le produjo un hormigueo en cada centímetro de piel, y se puso en marcha.

Entonces, Orden había perecido. Shostag se preguntaba cómo había sucedido.

Este había burlado a docenas de señores de las runas durante su corta vida y, aunque no era un hombre de gran inteligencia o educación, siempre mantenía los ojos abiertos y tomaba decisiones rápidamente. La mayoría de la gente suponía que al poseer la rechoncha fisonomía de un oso, no era muy espabilado, pero se equivocaban.

Con la enorme hacha de doble hoja en la mano subió la escalera deprisa y reventó las puertas del sótano con calculada eficacia, golpeándolas al igual que si hubiera corrido a toda pastilla. El impacto de la embestida soltó la barra de una de las puertas mientras salía.

Después siguió ligero por la despensa de las cocinas del duque, salió por la puerta de la cocina al jardín ante el gran salón, donde se topó con cientos de invencibles luchando contra los defensores de Longmot. Los canes de guerra corrían entre ellos, enormes y temibles criaturas grises y moteadas con máscaras de cuero. En la muralla oeste observó a la salamandra feroz y a lo largo de la muralla había hombres en llamas o abatidos.

Algunos de los arqueros de Orden disparaban desde la muralla norte hacia el jardín ya que la situación de estos era tan nefasta que cualquier flecha lanzada acertaría en el blanco enemigo sin que hubiera posibilidad de abatir a un defensor.

No obstante, Shostag se movía ocho veces más rápido que el más veloz de los mastines o de los invencibles, en comparación parecían poco más que estatuas. Shostag no descubrió rastro alguno de Raj Ahten en el jardín.

Shostag se abrió camino entre la multitud esgrimiendo la enorme hacha de hierro, girándola en grandes arcos, decapitando a algunos de los invencibles como si nada,

abriendo a los perros en canal, esquivando flechas y demás.

Apenas había acabado con unos doscientos de aquellos malditos cuando distinguió una figura que se movía con celeridad en las puertas: Raj Ahten en persona se precipitaba sobre él.

El Señor de los Lobos no llevaba el yelmo puesto, aunque blandía un hacha de armas en una mano y una cimitarra en la otra. Al menos, Shostag adivinó que se trataba del Señor de los Lobos, el rostro resplandeciente como el sol, pero uno de los hombros terriblemente deforme. Shostag supuso que sería más fácil luchar con él en aquel estado.

Raj Ahten le echó un vistazo a Shostag y sonrió:

—Conque el rey Orden ha muerto y tú crees que eres el siguiente, ¿no?

Shostag estiró la barbilla y revolvió el hacha con elegancia.

—Sabéis, ese brazo tendría mejor pinta si lo separara del resto del cuerpo.

—Pues inténtalo —lo exhortó Raj Ahten.

El Señor de los Lobos examinó la ringlera de cadáveres, algunos no se habían desplomado del todo, una ristra esparcida desde la cocina.

De un salto, Raj Ahten se apartó hacia la izquierda y tomó una angosta calle hacia alguna mansión, alejándose de Shostag. Mientras aceleraba por la calle, cortaba la garganta de todo defensor a tiro, empujaba a sus hombres del paso.

Shostag se puso en marcha tras Raj Ahten, descubrió su plan.

Aquel era la cabeza de otros veinte hombres, cada uno conductor de metabolismo, y varios de ellos con dones propios de metabolismo con lo que Shostag corría con la velocidad de cuarenta. Si Raj Ahten encontraba a otro de los eslabones y lo mataba, rompería la cadena que alimentaba la fuerza de Shostag, «partiría la serpiente en dos».

Al hacer eso, crearía dos cabezas, otorgaría el metabolismo a dos de los soldados quienes no podrían moverse tan velozmente como Shostag. Raj Ahten iba a la caza de los consagrados.

Con un poco de suerte, Raj Ahten encontraría a algún hombre cercano a la cola de la serpiente. Cortar la cola aún dejaría suficiente metabolismo a Shostag que le permitiera conservar la velocidad de casi cuarenta. Aunque Shostag prefería no fiarse de la fortuna.

Raj Ahten comprobó que Shostag venía de las cocinas, al ver la fila de cadáveres en el patio. Con ello sospechaba que si este estuvo allí escondido, el resto no estaría en el torreón de los Consagrados, sino ocultos en alguna otra parte del castillo. Así pues se apresuraba por llegar a los edificios que no estaban vigilados con Shostag en pos de él. Este tomó una curva muy ligero y su centro de gravedad lo frenó, con lo que se estampó contra seis de los defensores del castillo; se arañó la pierna con una de las picas, recobró el equilibrio y continuó la carrera.

El aire se le hacía muy pesado, le costaba respirar. Shostag no poseía los dones de fuerza necesarios para facilitarse la respiración con tanto metabolismo; la cabeza le

daba vueltas, estaba mareado.

Raj Ahten se introdujo por un umbral que conducía a los aposentos del noble, en el interior de la mansión y Shostag lo siguió.

Shostag también era un señor de los lobos y poseía tres dones de olfato caninos gracias a los cuales podía olfatear mejor que ningún otro hombre hubiera soñado, y los hombres eran brutos tan malolientes. Por tanto, no se sorprendió al entrar en una alcoba y encontrar a Raj Ahten destrozando la puerta de un ropero de cedro. Al igual que el Verdugo, Raj Ahten no necesitaba ver a un hombre para saber que uno se escondía en la estancia.

Shostag se acercó presuroso blandiendo el hacha.

Raj Ahten se giró, bloqueó la estocada de Shostag con su propia hacha de armas, de las armas saltaron chispas. El mango férreo del arma de Raj Ahten, que era la más pequeña de las dos, se dobló. Shostag quedó maravillado, que el impacto no fracturara el brazo de Raj Ahten. Con bizzarría mortífera, Raj Ahten le asestó un golpe bajo la guardia con la helada cimitarra, a sangre fría la estocada atravesó la barriga de Shostag.

No obstante, Shostag no era un plebeyo cualquiera que se desmayaba al ver su sangre, tenía más resistencia que la mayoría de los nobles, resistencia lobuna, como la de aquellos que cazaban a los osos y a los jabalís en los bosques de invierno.

Aquel pinchazo sin importancia solamente consiguió encolerizarlo y, así pues, levantó su potente hacha, giró el torso y asestó tal golpe que debería de haber partido al Señor de los Lobos en dos.

Pero Raj Ahten se echó hacia atrás, dejando caer su arma, y esquivó la embestida de Shostag al tiempo que rompía la exquisita puerta del armario de cedro y caía en su interior encima de un consagrado allí agachado entre los vestidos de doncellas, con un martillo en una mano y un escudo en la otra. *Sir Owlsforth*, uno de los soldados que hacía de eslabón número cinco en la serpiente de Shostag.

Si este no liquidaba a Raj Ahten en ese momento, nunca se le presentaría una segunda oportunidad. Shostag retrajo la enorme hacha y se dispuso a abrir al otro en canal.

Justo en ese instante, Raj Ahten introdujo dos dedos por los orificios del yelmo de *Owlsforth* y le penetró el cráneo.

Shostag sintió una penetrante náusea y, horrorizado, contempló cómo Raj Ahten se apartaba del hacha en trayectoria descendiente y se convertía en una imagen borrosa que arremetía contra él.

Shostag ya no se enteró de nada más.



## Capítulo 55



### *El alarido.*

**R**aj Ahten no se molestó en buscar a los eslabones cabezas de la serpiente, sino que siguió su agudo sentido del olfato entre los edificios y, en poco tiempo, encontró a varios de los otros hombres ocultos, con lo cual otros seis consagrados perdieron la vida.

De paso, asesinó a otros sesenta de los defensores de Longmot con la ligera esperanza de que Jureem estuviera entre ellos.

La batalla tocaba a su fin, el rey Orden había muerto, al igual que la mayoría de los adversarios de Raj Ahten. Raramente este había propinado tan vil paliza a un enemigo; personalmente, nunca había desparramado tanta buena sangre.

En determinado momento, se encontró a un hombre que salía corriendo de un edificio con celeridad poco común, un noble que reconoció como el conde de Dreis por el caballo gris y las cuatro flechas del escudo, más que por su finura; otra cabeza de la serpiente.

El conde era un soldado bien parecido, de espeluznantes ojos plumizos, alto y majestuoso.

Ahten desaceleró lo bastante para cortarle el jarrete y la garganta mientras caía al suelo.

El Señor de los Lobos ya dominaba el combate. Se detuvo un instante en la pendiente bajo el torreón de los Consagrados, a unos cincuenta pasos de los casi doscientos hombres que lo vigilaban. Se detuvo a estudiar el campo de batalla; allí abajo, sus hombres habían tomado el patio y en las murallas ya casi no quedaban defensores.

Después, se apresuró por el camino de ronda hacia el este mientras un trío de salamandras despejaba la muralla oeste. Por doquier se oían los gritos de los hombres que perecían, cosa que no le molestaba lo más mínimo. El olor a sangre, humo y polvos de azufre flotaba en el viento.

No le quedaba mucho por hacer.

Siguió su marcha hacia el torreón de los Consagrados con la idea de degollar a los

doscientos centinelas allí apostados cuando lo invadió una sensación de tremenda ansiedad, ese nudo en el estómago tan familiar asociado a la muerte de un consagrado.

Eremon Vottania Solette estranguló a Salim al Daub. El estrangulamiento de un hombre lleva su tiempo, en especial si este poseía dones de resistencia. A Eremon la tarea le resultó extremadamente difícil. La frente comenzó a sudarle y los dedos se le humedecieron con lo cual resbalaban.

Salim no forcejeó, seguía inconsciente. Solamente torció la cabeza, incómodo, como si intentara salvarse en aquel estado de pasmo. Indefenso, pateaba con las piernas de manera rítmica. Luego los labios de Salim se tornaron violáceos y sacó la lengua; abrió los ojos presa de un pánico cegador.

El centinela no vio nada porque se hallaba observando el asalto al castillo por la tosca puerta del carromato. Entre los malolientes y mal cuidados consagrados, aquella silenciosa refriega no atrajo su atención. Las rítmicas patadas de los pies de Salim sonaron a ruido de fondo, el deslizamiento de un somnoliento consagrado que cambia de postura para acomodarse en la paja mohosa.

Cerca de ellos, un consagrado sordo contemplaba a Eremon con los ojos bien abiertos por el susto. Este no era un caballero cualquiera que habían traído para burlarse de algún noble del norte, era uno de los consagrados de Raj Ahten, un fulano que servía de vector al Señor de los Lobos con cientos de dones de oído. A cambio de este servicio, lo trataban como a un perro, razón suficiente para odiar a su señor, desearle la muerte. Eremon sostuvo la mirada del sordo mientras estrangulaba a Salim; en silencio, esperaba que no diera la alarma.

Salim dio otra patada fuerte y aporreó el suelo con la bota.

El centinela se giró desde la puerta del carromato y observó los pies de Salim en el aire. Se lanzó hacia ellos y le rebanó el brazo a Eremon con la daga curva, amputándose a la altura del codo. La sangre comenzó a brotar del brazo de Eremon, el muñón le produjo una tremenda quemazón. Pero la mano, tan despojada de gracia, sin poder relajarse durante tantos años seguía aferrada a la garganta de Salim como si fuera la muerte misma, los dedos agarrotados en torno al esófago del eunuco.

El centinela intentó quitarla, intentó tirar de la mano cortada atenazada a la garganta de Salim. Eremon consiguió propinarle una coz al soldado en la corva, logró tumbarlo de espaldas entre los consagrados.

Justo entonces, Eremon notó cómo se le aflojaba el pecho al volverle la gallardía; el corazón y los músculos se relajaban completamente por primera vez en muchos años. Salim había muerto.

Eremon respiró muy hondo, un último dulce aliento de libertad. Después, el centinela se le echó encima.

En un momento de vértigo, el mundo desaceleró casi del todo para Raj Ahten. Los

chasquidos graves de la agonía del conde de Dreis se convirtieron en un grito de socorro y Raj Ahten se encontró patinando al intentar detener al grupo de soldados que vigilaban el torreón de los Consagrados.

Se percató de que únicamente le restaban los habituales seis dones de metabolismo y algunos de aquellos centinelas poseerían la misma cantidad, luego emitió un grito de guerra de volumen tan increíble que ninguna garganta humana había proferido antes. En un principio, solamente pensaba en acobardar a unos cuantos soldados; pero, al gritar, se sorprendió hasta a sí mismo.

Los hombres comenzaron a caer de rodillas, agarrándose los yelmos del dolor. Los muros del torreón situados detrás de ellos se estremecieron y vibraron, entre las fisuras de la piedra caía arenilla como si las paredes fueran una alfombra y la voz de Raj Ahten un palo que la batiera.

El Señor de los Lobos poseía miles de dones de voz, y la fuerza suficiente para expulsar el aire con increíble potencia. Nunca hubiera imaginado que su propia voz fuera tan intensa.

Tan asombrado estaba que mientras seguía gritando, moduló aquel alarido, redujo el tono unas octavas hasta que la piedra y la gravilla del muro comenzaron a desconcharse.

Gritó de nuevo, subiendo el volumen, desportillando aún más el muro, convirtiendo su voz en un arma mágica.

Estaba escrito en Taif que el emir Moussat ibn Hafir ordenó a sus guerreros gritar de ese modo, en el desierto de Dharmad, y las murallas de ladrillo de la ciudad de Abanis se desmoronaron debido a ello, permitiendo al emir enviar a la caballería entre los escombros.

Aunque, en esa ocasión, el estrépito fue provocado por las miles de voces de soldados formados en ese arte, que gritaron al unísono, y las murallas estaban hechas de adobe endeble.

Se conocía como el Grito de la Muerte de Abanis, un sonido que según la leyenda podía desgarrar la piedra, igual que ciertos cantantes lograban entrenar la voz para romper cristal.

Y Raj Ahten lo había conseguido solo.

El efecto le resultó gratificante. Ante él, los soldados se desplomaban cual si apaleados, muchos conmocionados, otros muertos. La sangre les manaba de las orejas y la nariz.

A su espalda, conforme Raj Ahten alcanzaba su crescendo, la enorme torre de granito del torreón de los Consagrados se rajó repentinamente casi entera. A pesar de ello no se desmoronó.

Raj Ahten levantó la voz otra vez, barriendo la torre con ella, experimentando con distintas frecuencias armónicas hasta que acertó el tono.

Esta vez la torre se desplomó como por arte de magia con un todopoderoso estruendo y levantó una cortina de polvo. Los bloques de piedra cayeron sobre los

defensores postrados que habían vigilado la entrada de la torre.

Raj Ahten se volvió y contempló las murallas del castillo de Longmot. En algunas zonas, las murallas se habían resquebrajado. El torreón del Duque parecía como bataneado por artillería, que hubiera arrancado pedazos de piedra, desmenuzado el alféizar de una ventana y amputado gárgolas.

Aquellos que aún podían miraban a Raj Ahten horrorizados. Vencido, Longmot estaba derrotado.

Raj Ahten se regodeaba con su victoria. *Aunque venga el Rey de la Tierra, pensó, yo soy más poderoso que la Tierra misma.*

Todos los hombres, incluso las tropas de Raj Ahten, lo observaban espantados. No muchos de los invencibles sufrieron los efectos del Grito de la Muerte. Cada invencible contaba con un mínimo de cinco dones de resistencia y eso era, aparentemente, suficiente para soportar la fuerza destructiva de la voz de aquel.

No obstante, muchos de los plebeyos de los que habían defendido las murallas acabaron con los tímpanos reventados, otros desmayados.

Seguidamente, los invencibles concluyeron la lucha, mataron a los que aún se resistían y arrastraron a los que se rendían al patio.

Una vez desarmados los defensores de Longmot, despojados de armaduras, no quedaban más que cuatrocientos. Para regocijo de Raj Ahten, los demás habían perecido en la batalla o a consecuencia de su grito.

Entre las almenas, las salamandras se detuvieron a contemplar con ansia a los prisioneros, aunque, con el combate ganado y sin más presa a la que dar caza, comenzaron a oscilar hasta que las criaturas de fuego se transformaron en una ola de calor resplandeciente y regresaron al mundo de las tinieblas del cual habían sido invocadas.

Raj Ahten simplemente permaneció de pie un rato mientras examinaba el panorama, saboreaba la victoria.

Luego se dirigió a los supervivientes en términos claros:

—Necesito información. El primero que responda, salvará la vida; el resto morirá. La pregunta es: ¿dónde están mis marcadores?

Admirablemente, la mayoría de los caballeros se negaron a contestar. Algunos maldijeron y otros seis dieron indistintamente varias versiones de «¡No están! ¡Orden ordenó sacarlos de aquí!».

Seis hombres que intentaban comprar sus vidas, a algunos les chorreaba sangre de las orejas, algunos lloraban, otros eran jóvenes que se habían enfrentado antes al peligro, otros quizá hombres con familias preocupados por el bienestar de sus esposas e hijos. Raj Ahten reconoció al capitán que días antes era un consagrado, aunque no sabía su nombre. Un tipo canoso, imaginó que sería un cobarde.

Raj Ahten los llamó a todos y los condujo al puente levadizo mientras los invencibles se acercaban dispuestos para la masacre.

—Vosotros seis —dijo—, uno de vosotros os ha salvado la vida aunque todavía

no sé cuantos sobrevivirán. Igual uno, igual todos...

Sabía perfectamente que era el viejo cobarde el que había hablado primero aunque no se atreviera a admitirlo. Necesitaba que todos respondieran a fin de confirmar si el otro había dicho la verdad.

—Debo hacer otra pregunta: ¿adónde envió los marcadores?

—No lo sabemos. Su guardia montada se marchó sin decir palabra —contestaron los hombres al unísono.

Dos de ellos tardaron un poco en responder y Raj Ahten se abalanzó sobre ellos con su sable, los degolló, quizá con demasiado entusiasmo. Temía que los marcadores hubieran desaparecido, que el asalto de Longmot resultara una pérdida de tiempo.

—Las probabilidades disminuyen —susurró con crueldad.

Los cuatro hombres restantes lo miraron atemorizados, gotas de sudor tomaban forma en las cejas.

—Decidme, ¿cuándo salieron los marcadores de Longmot?

Otros dos vacilaron y el capitán dijo:

—Justo tras la llegada de las tropas de Orden.

Un cuarto hombre asintió silencioso con la cabeza, con ojos febriles, repentinamente desanimado. El tipo más viejo, el cobarde, sabía que había hablado demasiado tarde.

Raj Ahten mató a otros dos hombres y solamente dejó a los dos últimos. El capitán aún vestía los colores de Longmot, quizá podría resultarle útil como espía. El anciano cobarde vestía pieles de cerdo, un fornido hombre del bosque. Raj Ahten sospechaba que en realidad no tenía respuestas a sus preguntas de primera mano y por ello se veía forzado a asentir únicamente.

—¿Dónde está Gaborn Orden? —inquirió Raj Ahten.

El hombre vestido con pieles no tenía la respuesta, Raj Ahten lo veía en su rostro.

—Entró en el castillo al alba y poco después partió —respondió el capitán de Longmot.

En el castillo sonaron los últimos alaridos agonizantes de los prisioneros, los últimos berridos y aullidos. El viejo envuelto en cueros se estremeció con el conocimiento de que sería el siguiente, mientras el capitán sudaba y resollaba profusamente.

Este mostraba la expresión ensimismada de los hombres de conciencia que obran mal. Raj Ahten no confiaba en que respondiera sinceramente a más preguntas, todo tenía su límite.

El Señor de los Lobos se adelantó y abrió en canal al anciano vestido con pieles; se planteó matar al capitán de Longmot. No quería dejar testigos que divulgaran el secreto de sus polvos mágicos o revelaran su táctica bélica. Destripar al tipo no supondría esfuerzo alguno.

Aunque el capitán podía servir a una causa mayor, podría difundir cómo Raj Ahten había destruido las murallas de Longmot con un simple grito de guerra, este

único superviviente podría correr la voz e infundir miedo entre los reinos del norte.

Todas las fortalezas del norte, todas esas guarniciones ufanas que durante miles de años se defendieron contra los toth y los nomen y unas contra otras, todas inservibles, lugares peligrosos.

Los hombres del norte lo sabían, deberían preparar la rendición.

—Quedo agradecido —dijo Raj Ahten al capitán—. Has sido mi consagrado en una ocasión y ahora me serviréis de nuevo. Quiero que cuentes a otros lo acontecido aquí. Cuando te pregunten cómo has logrado sobrevivir, les dirás: «Raj Ahten me perdonó la vida para que fuera testigo de su poder».

El soldado asintió blandamente, le temblaban las piernas, no podría estar de pie mucho más tiempo. Raj Ahten le puso la mano en el hombro y preguntó como si nada:

—¿Tienes familia, hijos?

El hombre asintió, se echó a llorar, y se volvió.

—¿Cuál es tu nombre?

—Cedrick Tempest —sollozó el joven.

Raj Ahten sonreía.

—¿Cuántos hijos, Cedrick?

—Tres hijas y un hijo.

Raj Ahten asintió apreciativo.

—Te consideras un cobarde, Cedrick Tempest, desleal... Pero hoy eres leal a tus hijos, ¿verdad? Los niños son un tesoro, y aquel que tiene muchos es efectivamente rico. ¿Vivirás por ellos?

Cedrick asintió enérgicamente.

—Hay muchas clases de héroes, la lealtad toma muchas formas —dijo Raj Ahten—. No te arrepientas de tu decisión.

Luego dio media vuelta y echó a andar en dirección a su pabellón en la colina, se detuvo a limpiar la sangre de la cimitarra con la capa de uno que yacía muerto y meditó el siguiente paso: los marcadores habían desaparecido, igual estaban en Mystarria o en cualquiera de los otros cientos de garitas, sus refuerzos llegaban tarde y otro ejército se le echaba encima.

No obstante, contaba con una nueva arma, una con la que podía ganar el día con creces, superando toda esperanza o expectativa.

Los hombres más próximos a él, habían sufrido bastante a consecuencia del grito, al igual que los que poseían pocos dones de resistencia. Raj Ahten no se atrevía a utilizarlo muy cerca de sus hombres, lo cual significaba que si intentaba matar a Gaborn con el poder de su voz, tendría que hacerlo solo.

Unos cuantos copos de nieve empezaron a descender del cielo plomizo, se arremolinaron a sus pies. No se había fijado en el frío que hacía.

Desde el exterior inspeccionó los destrozos causados al castillo de Longmot: murallas agrietadas, numerosas fisuras en la piedra. Empero las enormes murallas de

pie­dra oscura de casi treinta metros de altura aún se er­guían ame­nazadoras en lo alto. Los cimien­tos tenían un grosor de nueve metros, una anchura de cinco y una altura de cuatro. Esos sillares pesaban miles de toneladas, una fortaleza indómita desde hacía siglos. Había comprobado que había conjuros de protección terrestre que envolvían las puertas.

Incluso los más potentes hechizos de sus tejedores apenas habían penetrado las murallas, las catapultas apenas las habían desconchado. No obstante, el poder de su voz sí logró roturar algunos de los enormes bloques que constituían los cimien­tos.

Incluso Raj Ahten se maravillaba, no tenía claro en lo que se estaba convirtiendo, se había hecho con el control del castillo de Sylvarresta solamente con el poder de sus encantos y, después, descubría que su voz era un arma potente e impresionante.

En sus reinos del sur, algunos de los consagrados morían por momentos mientras se reclutaba a nuevos candidatos. La configuración de sus atributos se hallaba en continuo estado de cambio. Pero de una cosa estaba seguro: adquiriría más dones de los que perdía, acumulaba más, se transformaba en la «esencia de todos los hombres».

Quizá era el momento de enfrentarse a aquel joven insensato, el Rey de la Tierra, y a su ejército. A Raj Ahten le ardía la mirada.

Se volvió y lanzó un fenomenal rugido contra la muralla más cercana:

—¡Soy más poderoso que la Tierra!

Longmot se resquebrajó, la muralla sur se estremeció y Cedrick Tempest cayó al suelo mientras salía corriendo desde el puente aferrado al yelmo; ovillándose, cuando ya no pudo correr más.

Consternado, Raj Ahten contempló cómo la parte superior del torreón del Duque se desplomaba por el lateral izquierdo. Algunos de sus hombres dentro del castillo gritaron al caerles encima el edificio. Era como si el poder terrestre que protegía el castillo se deshiciera y lo desvencijara.

Al mismo tiempo, Raj Ahten oyó el restallido de una rama que provenía de la colina detrás de él.

Al girarse sobre los talones alcanzó a ver el gran roble junto a su pabellón cuyo tronco y la mitad del árbol se habían desplomado encima del carruaje de los consagrados destrozando el techo.

En ese instante, Raj Ahten percibió la muerte de unos cuantos, esa sensación de mareo que lo dejaba sin aliento, la cual acompañaba a la pérdida de los dones.

El mundo desaceleró de forma espeluznante. Durante muchos años, Raj Ahten viajaba con el carruaje dentro del cual iba Dervin Feyl, un hombre que le había cedido el metabolismo hacía mucho y quien servía como vector.

Dervin acababa de morir junto con el consagrado conductor de los dones de encanto de Raj Ahten, y algunos otros de menor importancia.

Este quedó asombrado por la repentina lentitud con que se movía. *¿Fue mi voz la que golpeó el árbol o la Tierra que quiere castigarme?*, se preguntó.

*¿Me ataca la Tierra?* No había forma de saberlo, pero era algo de suma importancia. El mago Binnesman le había echado el conjuro, aparentemente, sin efecto. *¿Había la maldición del hechicero debilitado el árbol?, ¿o suponía su voz la perdición?*

Un toque tan delicado, pero tan sumamente eficaz.

A Raj Ahten le extrañaba que, pese a su victoria en Longmot, estuviera derrotado. Aunque poseía la inteligencia, bizarría y fuerza de miles, sin la velocidad se convertía en un «guerrero descompensado». Incluso un soldado común, un muchacho sin dones, podría derrotarlo.

Si Gaborn acometía contra él con el metabolismo de cinco hombres y la resistencia de otros cinco, Raj Ahten no prevalecería.

Este echó un vistazo a su alrededor de manera desesperada, los tejedores se habían apagado, sus marcadores habían desaparecido, las salamandras habían regresado al mundo de las tinieblas y no podría invocarlas tan fácilmente durante un tiempo. Además, los explosivos polvos arcanos se habían agotado.

*Vine a destruir a Orden y a Sylvarresta, pensé, y lo he logrado; pero, al hacerlo, he creado a un enemigo más fuerte.*

Era hora de alejarse de Longmot, huir de Heredon y de los reinos de Rofehavan mientras reconsideraba sus planes.

En ese momento, a pesar de otras victorias que sus hombres cosecharan en el norte, presentía que los reinos de Rofehavan se le escurrían entre los dedos.

Raj Ahten contaba con muchos dones, miles y miles de ellos, pero las minas se agotaban y los marcadores estaban en manos enemigas y, muy pronto, el joven rey lo igualaría en dones.

Raj Ahten se sintió profundamente abrumado.

Estaba nevando, la primera nevada que Raj Ahten vería ese invierno. En unas semanas, los pasos de las montañas quedarían obstruidos... Razonó que podría continuar la contienda más adelante, aunque, conmocionado, la idea de esperar a la primavera le producía pavor.

A voces ordenó a sus hombres que organizaran la retirada sin dejar tiempo alguno para saquear el castillo.

Estuvo largos minutos parado mientras los soldados obedecían en medio de aquella confusión: desmontaron los pabellones, pusieron los arreos a los caballos y cargaron las carretas.

Los gigantes frowth salieron del castillo con los cuerpos inertes de los defensores entre las garras, provisiones para el camino de regreso. Por las colinas del oeste, los lobos aullaban afligidos, como si lloraran al ver Longmot en ruinas.

El consejero de Raj Ahten, Freykaald, gritó en voz alta:

—¡Moveos, haraganes! ¡Dejad a los muertos! ¡Tú, ayuda a cargar las carretas!

La nieve, que se espesaba, formó una capa de cinco centímetros a los pies de Raj Ahten. Este seguía parado contemplando el castillo de Longmot, preguntándose cómo



había fracasado, pensando en cómo Jureem lo había traicionado en favor del rey Orden.

Cuando terminó de barruntar, el castillo de Longmot quedó desolado. No ardía llama alguna, ni hombre alguno gritaba de dolor.

Cedrick Tempest deambulaba a las puertas, el solitario soldado, con una mano sobre la oreja que sangraba, maldecía y farfullaba en voz baja... Quizá había perdido la razón.

Raj Ahten se montó en uno de los caballos, preguntándose todavía cómo el mago Binnesman había conseguido robarle su propia montura, y se marchó al trote por las colinas.

## Capítulo 56



### *El recibimiento.*

Cuando Gaborn alcanzó Longmot, ya habían desaparecido las tropas, las ruinas del castillo estaban cubiertas por una capa de nieve reciente.

Gran parte del ejército de Gaborn aún estaba rezagado y solamente unos cincuenta caballeros montaban corceles lo suficientemente veloces para mantenerse al ritmo. En el bosque del lado oeste, los lobos aullaban desconsolados, con espeluznante cadencia de altibajos.

Binnesman se había adelantado y hurgaba cerca de las ruinas del torreón de los Consagrados, buscaba algo entre los escombros.

Por doquier se veía matanza y destrucción: las murallas y las torres de Longmot desvencijadas, los soldados de Orden aplastados bajo las rocas; únicamente una docena de los soldados de Raj Ahten yacían inertes en el exterior de la fortaleza, acribillados a flechazos.

Raj Ahten había logrado una gran victoria, un triunfo alucinante, casi sin parangón en ninguna de las crónicas que Gaborn había leído. Durante la última hora, Gaborn había intentado negar sus sentimientos, el presentimiento de que su padre había muerto. Se temía lo peor.

Un único soldado seguía con vida en el campo de batalla, un capitán que vestía los colores de Longmot.

Gaborn se acercó hasta él a caballo, este estaba pálido, los ojos llenos de horror. Un reguero de sangre chorreaba bajo el yelmo del lado derecho y en las patillas oscuras se le había formado una costra.

—Capitán Tempest —lo llamó Gaborn recordando el nombre de su encuentro anteriormente aquel día—, ¿dónde está mi padre, el rey Orden?

—Muerto, milord —dijo el capitán.

Luego se sentó en la nieve cabizbajo.

—Todos muertos.

Aunque era la respuesta que esperaba, la noticia lo conmocionó. Se puso una mano en el estómago y notó dificultad al respirar.

*Nada, lo que he hecho no ha servido de nada... Todo ha sido en vano, pensó.*

Examinó los estragos causados, con creciente susto y horror; nunca había visto una fortaleza tan destruida, no en cuestión de horas.

—¿Cómo es que has sobrevivido? —preguntó Gaborn débilmente.

El capitán sacudía la cabeza como si buscara una respuesta.

—Raj Ahten nos hizo prisioneros a unos cuantos, mató a los otros y me dejó con vida para que hiciera de testigo.

—¿Testigo de qué?

Entumecido, Tempest señaló hacia las torres.

—Primero fueron los tejedores, invocaron a criaturas de las tinieblas y arrojaron conjuros al castillo que fundieron el hierro, y una bola de fuego que explotó en el aire sobre el portón y lanzó a los hombres como si fueran ramitas.

»Pero eso no fue lo peor. Cuando el mismísimo Raj Ahten entró, resquebrajó los cimientos del castillo de un alarido. ¡Mató a cientos más de los nuestros!

»Esto... mi yelmo tiene gruesas almohadillas de cuero, pero no oigo nada por la derecha y la izquierda aún me zumba.

Gaborn contempló el castillo, como anestesiado; imaginaba que los hombres de Raj Ahten habían traído horribles pertrechos con los cuales asaltar las murallas, o que los tejedores habían invocado algún conjuro indescriptible.

Aunque había divisado el hongo de la explosión elevándose en la atmósfera, nunca se imaginó que las paredes se agrietarían con un simple grito.

Los soldados a su espalda se habían desplegado y recorrían el campo de batalla al trote en busca de indicios de vida entre las ruinas.

—¿Dónde está...? ¿Dónde puedo encontrar a mi padre?

Tempest señaló el sendero.

—Se fue por allí, hacia Tor Loman, persiguiendo a Raj Ahten justo antes de que comenzara el combate.

Gaborn le dio la vuelta al caballo, pero el capitán Tempest se abalanzó e hincó las rodillas en el suelo.

—¡Perdonadme! —gritó.

—¿Por qué? ¿Por sobrevivir? —preguntó Gaborn.

Él mismo se sentía culpable de seguir vivo inexplicablemente, mientras los demás habían perdido la vida. Era algo que le pesaba.

—No solo te perdono, sino que te elogio.

Permitió al caballo trotar por la nieve al compás de los sollozos de Tempest y los aullidos de los lobos.

Las anillas de la cota tintinearón cuando el caballo echó a galopar y Gaborn subía por un sendero embarrado. Al principio no estaba seguro de haber enfilado en la dirección correcta. El camino estaba cubierto de nieve con lo cual no distinguía si había huellas.

Tras recorrer medio kilómetro, en el tramo bajo los álamos, halló algunos indicios

en el barro y las hojas caídas, las huellas de enormes zancadas de hombres con gran cantidad de metabolismo que habían pasado por el bosque corriendo, de diez palmos de distancia.

Después, el camino se hacía más fácil de seguir. El sendero hacia Tor Loman estaba bien cuidado, los arbustos podados, lo que suponía un sencillo y casi agradable paseo.

Gaborn buscaba alguna pista de su padre por el sendero, pero no encontró nada.

Al llegar al pico descubierto de Tor Loman encontró el prado donde se asentaba el antiguo observatorio del duque en la cima. La nieve lo cubría todo allí, una capa de casi ocho centímetros, y Gaborn descubrió el exquisito yelmo de Raj Ahten al pie del observatorio.

El yelmo sobrecargado con relieves de plata de complicado diseño como cuerdas trenzadas o los filamentos de fuego trenzados que los tejedores extraían del cielo, desde la cimera hasta la celada, entre los ojos había un diamante engarzado. Gaborn se lo llevó como botín de guerra, ató la correa a su silla de montar con cuidado de no chafar las plumas de lechuza.

Mientras se ocupaba en eso, olfateó el aire. La nieve había limpiado la atmósfera, la había despejado de olores, pero Gaborn podía distinguir el olor de la pesada capa de su padre, el aceite empleado para proteger la armadura. Su padre había estado allí, igual estaba cerca, vivo y herido.

Gaborn subió al observatorio y oteó el horizonte, aunque no tenía dones de vista, no podía decirse que fuera oteador profesional. Al este, Iome y su gente seguían avanzando por el brezal, a diez kilómetros de distancia, ya casi habían llegado a la carretera de las montañas Durkin.

Hacia el Suroeste, en el límite de su campo de visión, las tropas de Raj Ahten se retiraban por las colinas, el rojo y dorado de las banderas apagado en la distancia.

Divisó a algunos de ellos que detenían los caballos y se volvían a mirarlo. Se imaginó que algún oteador lo observaba preguntándose quién era aquella figura en los Ojos de Tor Loman. Quizá era Raj Ahten mismo quien lo observaba.

Gaborn susurró:

—Te repudio, Raj Ahten. Te destruiré.

Levantó el puño en señal de desafío. Pero si los otros respondieron con algún gesto no podía distinguirlo. Simplemente enfilaron a los caballos y galoparon por la cima de la colina.

*Incluso con un ejército no podría ya darle alcance,* resolvió Gaborn.

Con ello, notó cierto alivio en el corazón; amaba esta tierra como lo había hecho su padre y lo que quería era expulsar a Raj Ahten de allí, mantenerla bella y libre. Por un tiempo, quizá, lo habían conseguido. Pero, *¿a qué precio?*

Gaborn se miró los pies, había nevado después del descenso de Raj Ahten, pero el rastro de su padre y del Señor de los Lobos aún perduraba en el fuerte olor a sangre.

Por tanto, conjeturó Gaborn, Raj Ahten ha estado aquí, vio las nubes de polvo que

levantamos, las hordas de ganado y soldados mezclados en la distancia y se tragó el anzuelo.

Eso lo consolaba un tanto, se podía engañar a Raj Ahten, podía derrotársele.

Gaborn le dio la vuelta a la torre, intentaba ver entre los árboles. Se imaginó a Raj Ahten y a su padre forcejeando allí, hasta que igual finalmente, aquel había arrojado a su padre al vacío.

Descubrió lo que se temía, al pie del observatorio y entre las rocas, una mano alzada, dedos rígidos que atenazaban un puñado de nieve.

Gaborn se precipitó por la escalera serpenteante y encontró a su padre, tiró del cadáver y lo zarandeó a fin de sacudirle la nieve.

Lo que vio le partió el corazón ya que en la cara congelada de su padre había plasmada una amplia sonrisa, igual al morir algún recuerdo pasajero lo hizo sonreír. O quizá era una mueca de dolor. Gaborn presentía que su padre le sonreía, como si le diera la enhorabuena por la victoria.

## Capítulo 57



*Hoy soy la muerte.*

**G**aborn ya se había adelantado cuando Iome recobró sus encantos. Esta no tenía ni idea de cómo el vector de Raj Ahten había fallecido, no se sintió aliviada por ello. Al igual que ella, la otra solamente había sido una marioneta en las manos de Raj Ahten, un utensilio malamente utilizado.

No obstante, recuperaba la belleza, el corazón se le aliviaba y tenía más confianza en sí misma, como un capullo en flor.

Aunque se trataba de la hermosura artificial que tenía desde el nacimiento, no los encantos apropiados. La piel de las manos se suavizó y las arrugas desaparecieron; las mejillas recobraron el tono rosáceo de la juventud. Por primera vez en su vida, por una vez, Iome era simplemente ella misma, sin la añadidura de los dones.

Era bastante así. Deseaba que Gaborn lo hubiera presenciado, pero ya se había marchado.

Aunque algunos emisarios de Longmot le habían comunicado a Iome del estado de la fortaleza, le refirieron que Raj Ahten la había destruido con un grito, nada de lo que dijeran la preparó lo suficiente frente a aquella desolación.

Cabalgaba en la vanguardia de diez mil personas de Groverman y las aldeas de los alrededores. Muchas de las mujeres ya se habían vuelto a sus hogares, a sus casas, habiendo cumplido su misión.

Otros seguían a Iome, aquellos que vivían en Longmot que querían ver lo que quedaba de sus hogares.

Conforme se acercaron al castillo maltrecho y vieron los campos vacíos llenos de lobos que se movían sigilosamente entre los setos, muchas mujeres y niños comenzaron a llorar por lo que habían perdido.

Tres días atrás habían abandonado sus casas, pero, después de pasar varios días apiñados en desaseados campamentos en Groverman, averiguaron lo difícil que resultaría apañárselas una vez que llegaran las nieves.

En efecto, la mayoría deseaba volver a sus viviendas, reconstruirlas. Pero, en aquellos tiempos tan duros y con la inminente guerra, los vasallos de Iome no podrían

reconstruir nada sin una guarnición cercana.

El castillo estaba casi totalmente desvencijado. Los enormes bloques de piedra que durante doce siglos estuvieron intactos, se habían agrietado y estaban destrozados.

Casi subconscientemente, Iome empezó a calcular lo que conllevaría arreglar la fortaleza: quinientos picapedreros de Eyremoth, puesto que eran los mejores; carreteros que transportaran los sillares; gigantes frowth contratados en Lonnock que los colocaran; hombres que excavarán el foso; leñadores para cortar árboles; cocineros y herreros; mortero, cinceles, serruchos, punzones, hachas y... la lista era interminable.

Pero, *¿con qué fin?* Si Raj Ahten podía derrumbarlo de un grito.

Miró colina arriba y avistó a Gaborn arrodillado en la nieve sobre el terreno. Gaborn había tumbado a su padre en la colina del castillo, bajo un colosal roble. Junto a ellos había una extremidad enorme.

Gaborn juntó docenas de lanzas y las dispuso en forma de empalizada en torno al cuerpo de su padre, un burladero si se puede llamar así, para protegerlo de los lobos.

Y del árbol bajo el cual yacía su padre colgó el escudo dorado de este; el yelmo lo colocó en la nieve a los pies de su padre, indicativo de que su padre había muerto en combate.

Iome le dio la vuelta al caballo y se acercó a ellos, con las riendas del semental de su padre en la mano. Detrás del rey Sylvarresta iban los tres días: la de Iome, el de su padre y el de Gaborn. El rey había estado a punto de dormirse como un tronco en la silla minutos antes, pero en ese momento había espabilado y miraba a su alrededor, sonriendo de oreja a oreja entre la nieve con ojos legañosos, como un niño lleno de júbilo.

Gaborn observó a Iome conforme se acercaba con expresión sombría, desolado. Esta sabía que no encontraría palabras adecuadas para consolarlo, que no tenía nada que ofrecerle. En los últimos días, lo había perdido casi todo, su hogar, sus padres, su belleza... y cosas menos tangibles.

*¿Cómo volveré a conciliar el sueño?*, se preguntó. Solía creer que las fortalezas eran el símbolo supremo de seguridad y, en un mundo preñado de peligros, siempre había sido un lugar seguro. Nunca más...

Tenía la sensación de haber perdido la infancia, la inocencia, que la habían despojado de paz interior.

Y no solamente porque su madre estuviera muerta y uno de sus castillos estuviera destrozado. Durante el recorrido de aquella mañana estuvo meditando sobre lo acaecido: el día anterior cuando hubo temido que Borenson se colara en el castillo de Sylvarresta y matara a los consagrados; en secreto, lo había intuido aunque era una idea odiosa.

Al no desafiarlo, al no enfrentarse a él, Iome había accedido a ello. El horror de la idea había penetrado en su ser desde ayer al mediodía; se encontraba indefensa, sin

haber pegado ojo durante dos noches, mareada durante horas, a la vez que temía caerse del caballo; como si una gran bestia invisible que merodeara recóndita en el subconsciente saltara inesperadamente y se apoderara de ella.

Iome quería consolar a Gaborn, pero, de repente, notó gélidas lágrimas que le mojaban las mejillas frías. Intentó enjugárselas y se puso a temblar en silencio.

Gaborn había atendido bien a su padre. El cabello del rey estaba peinado y la cara mostraba la palidez de la muerte. Todo su encanto en vida se había desvanecido con él, el hombre que tenía ante sí no era el majestuoso rey Orden, tan poderoso en vida.

Más bien parecía un hombre de estado envejecido, de cara ancha, la tez algo curtida por los avatares del tiempo. Además sonreía de manera enigmática. Estaba vestido con la armadura y tumbado sobre un tablón; la capa de samite verde, suntuosamente bordada, lo tapaba como una toga.

Entre las manos, sujetaba el capullo de una rosa azul, probablemente del jardín del duque.

Gaborn se volvió para mirar a Iome, distinguió la expresión de su rostro y se levantó lentamente como si enderezarse supusiera un gran esfuerzo. Se acercó a ella, la asió por los hombros cuando esta se bajaba del caballo y la abrazó estrechamente.

Iome pensaba que iba a besarla, a decirle que no llorara.

En vez de ello, su voz sonó hueca e insensible mientras susurraba bravamente:

—Llora por nosotros, llora.

Borenson llegó a Longmot con gran estruendo y encolerizado. Cuando hubo alcanzado la cresta de la colina a cinco kilómetros de distancia y contemplado las torres en ruinas y el gentío que pululaba en las laderas del exterior del castillo, se imaginó que no serían buenas noticias. Entre la multitud vio muchas banderas pero ninguna de Raj Ahten.

Deseaba que este hubiera muerto, quería asestarle un golpe, colmado de una furia tan ardiente como jamás había sentido.

Por tanto, siguió la marcha frustrado después de galopar por la carretera norte hacia Longmot y toparse con los miles de plebeyos desaliñados que deambulaban por allí. Estuvo ojeando por si distinguía los colores de Orden, pero no los encontró por ninguna parte.

Se aproximó a caballo hacia un par de quinceañeros que se encontraban saqueando el cadáver de uno de los soldados de Raj Ahten. Un muchacho de unos catorce años seguramente y el otro de dieciocho. Primero pensó que aquellas ratas buscaban la bolsa de monedas o algún anillo y los hubiera vilipendiado por ello. Luego se fijó en que uno de ellos intentaba despojar al cuerpo de su armadura mientras el otro ayudaba a levantar el peso muerto.

Bien, querían la armadura y las armas que no podrían agenciarse de otro modo.

—¿Dónde está el rey Orden? —preguntó Borenson intentando ocultar cualquier alteración del ánimo en la voz.



—Muerto, como todos los otros desgraciados en el castillo —respondió el más joven de los muchachos.

Le daba la espalda a Borenson y no había visto con quién hablaba.

De la garganta de Borenson escapó un sonido similar a un gruñido o un resoplido.

—¿Todos?

La voz de Borenson sonó dolida puesto que el muchacho se volvió y lo miró espantado; dejó caer el cadáver y retrocedió alzando una mano a modo de saludo.

—Sí, sí señor —dijo el otro oficioso—. Solamente uno vivió para contarlo, los demás han muerto.

—¿Ha sobrevivido «uno»? —inquirió Borenson distanciado.

Aunque deseaba gritar y llamar a Myrrima y comprobar si contestaba. Myrrima había estado en este castillo.

—Sí, señor —dijo de nuevo el muchacho de más edad.

Se tambaleó hacia atrás por temor a que Borenson atacara.

—Vuestros hombres lucharon con valentía. El rey Orden formó una serpiente y se enfrentó al Señor de los Lobos cuerpo a cuerpo. Ellos... No olvidaremos tan gran sacrificio.

—¿El sacrificio de quién? —preguntó Borenson—. ¿El de mi rey o el de los desgraciados del castillo?

Los jóvenes dieron media vuelta y echaron a correr como si Borenson fuera a abatirlos a ambos, y casi lo hace, pero no estaba enfurecido con ellos.

Borenson escudriñó las laderas como loco, por si Myrrima estaba en la cima saludándolo con la mano, o por si veía a uno de los batidores de Raj Ahten subir una cresta. En vez de eso, al mirar, solamente divisó a Gaborn bajo un roble.

El príncipe había amortajado el cuerpo del rey Orden, lo había cercado con lanzas de los soldados abatidos como era la costumbre en Mystarria. Gaborn estaba allí de pie ante el cuerpo inerte de su padre abrazado a Iome. Aunque la princesa le daba la espalda e iba encapuchada, Borenson reconoció las curvas del cuerpo de esta. Tres cronistas se agrupaban a un lado, a unos metros de distancia y contemplaban la escena con estudiada paciencia.

El bobo del rey Sylvarresta se había bajado del caballo y metido entre las lanzas, adulaba al rey Orden y miraba a su alrededor desamparado, como si pidiera ayuda.

La sensación de horror y desolación que se apoderó de Borenson lo hizo gritar de asombro y desesperación.

El castillo destrozado, el rey muerto.

*Lo he matado yo*, pensó Borenson desafortunadamente, *mi propio rey*.

Orden se había enfrentado a Raj Ahten de hombre a hombre y había sido derrotado. Si hubiera seguido las órdenes al pie de la letra y degollado a todos los consagrados... Igual Raj Ahten hubiera muerto en ese enfrentamiento; he permitido que muera.

La culpabilidad lo invadió como algo salvaje, como una tormenta que lo azotaba

por todos lados y le arrancaba toda cordura.

Una antigua ley de Mystarria decía que la última orden de un rey debía ser obedecida, incluso si el rey perecía durante la batalla. La orden debía cumplirse.

En torno a Borenson el aire parecía espesarse. Y un profundo grito de guerra manó de su garganta mientras bajaba la lanza, a la vez que cerraba la celada de una cabezada y se lanzaba al galope con los labios apretados contra los dientes.

De las nubes grises había caído algo blanco previamente, algo frío y suave, una hermosura congelada que lo tapaba todo y que brillaba cuando algún rayo de sol se posaba sobre ella.

El rey Sylvarresta había quedado boquiabierto de asombro, a veces gimiendo de placer al descubrir algo bello: los montones de nieve congelando los charcos del camino o las gotas de nieve derretida que caían de los árboles. No conocía la palabra «nieve» y no se acordaba de ella.

Todo parecía nuevo, todo rebosaba curiosidad. Estaba muy cansado, pero no había dormido desde su llegada al castillo; demasiadas cosas extrañas por allí, la gente a su espalda lloraba de dolor. Observó la fortaleza con sus torres maltrechas y únicamente podía maravillarse ante los destrozos.

Una mujer había conducido su montura colina arriba, hasta un árbol donde había un círculo de lanzas.

Sylvarresta escuchaba mientras el joven hablaba con la mujer y luego escudriñó el árbol. Un gato pelirrojo, de esos asilvestrados cazarratones que suelen vivir en granjas, se sentaba en el árbol y lo observaba fijamente. Se levantó y arqueó el lomo, bajando por una de las enormes ramas hasta quedar por encima del rey Sylvarresta moviendo la cola en el aire y maullando hambriento. El gato miró hacia el suelo.

Sylvarresta siguió esa mirada y se fijó en un hombre que yacía en el suelo bajo una capa verde resplandeciente. Enseguida reconoció la capa real, la que tanto lo había cautivado aquella misma mañana y reconoció al hombre bajo la capa: el rey Orden, su amigo.

Al mismo tiempo, sabía que algo andaba muy mal. Orden no se movía, no subía y bajaba el pecho, tan solo reposaba las manos encima de una flor azul.

En ese instante el mundo de Sylvarresta se rompió en mil pedazos: recordaba lo que aquello significaba, lo dragó de las profundidades donde se ocultaban todos los horrores.

Gritó sin palabras y sin poder darle nombre; saltó del caballo, hincó los pies en tierra y rodó por la nieve, resbalando en el barro hasta romper la empalizada clavada en el suelo, hasta tocar la mano de Orden.

Los fríos dedos de Orden sostenían una flor azul celeste. Sylvarresta agarró los gélidos dedos, los levantó e intentó moverlos. Después le tocó la mejilla, acarició la cara de Orden, que le resultó igual de fría que el resto del cuerpo.

Sylvarresta lloraba y se volvió para comprobar si los otros conocían el secreto de

aquella tenebrosidad, si conocían esta bestia que los acosaba a todos.

Al cruzar la mirada con la del joven y la mujer comprobó el mismo terror en ellos.

—Sí —dijo el joven en voz baja—. Es la muerte. Está muerto.

Sí, conocían el secreto.

La mujer dijo en tono recriminador:

—Padre, por favor, ¡apartaos!

En los campos más abajo, un caballero galopaba sobre un corcel de armas, venía como una flecha en dirección a ellos, con la celada cerrada y la lanza baja. Tan, tan ligero.

Sylvarresta aulló el gran secreto:

—¡Muerte!

## Capítulo 58



### *Hombres destrozados.*

**G**aborn oyó el sonido seco de los cascos y el ruido de la cota de malla de las anillas chocando unas contra otras. Pensó que simplemente se trataba de uno de los caballeros de la zona atravesando las colinas hasta que reconoció la gutural risotada de guerra, sonido que lo hizo estremecer.

Gaborn había estado observando al rey Sylvarresta, conmocionado y entristecido porque el pobre infeliz tuviera que enfrentarse al concepto de mortalidad, a pesar de no tener conocimiento de nada. Era como ver a un niño desgarrado por perros.

Gaborn únicamente tuvo tiempo de empujar a Iome detrás de él, girarse y levantar una mano a la vez que gritaba:

—¡No!

El corcel gris de Borenson pasó de largo con gran estruendo, la barda repiqueteando, colosal, imparable.

Borenson esgrimía la lanza en la mano que no sujetaba las riendas, seis metros de fresno blanco lustrado con punta de acero forjado. El príncipe pensó en lanzarse hacia adelante y apartar la punta de la lanza, pero el otro le pasó de largo antes de que Gaborn pudiera reaccionar.

Este estaba situado apenas a diez metros del rey Sylvarresta, aunque en apariencia el tiempo se detuvo en décimas de segundo.

Gaborn había visto a Borenson participar en justas cien veces y sabía que el pulso de este era firme y su estocada diestra; podía clavarle la lanza a una ciruela encima de una valla, incluso montado en un caballo de fuerza a sesenta kilómetros por hora.

Entonces, Borenson se acercó con la lanza baja como si el blanco fuera el estómago, lo vio alzarla un poco, con mano firme, apuntó al corazón de Sylvarresta.

Por su parte Sylvarresta no era consciente de lo que ocurría. Sylvarresta había torcido el gesto justo al recordar aquello que Gaborn esperaba que nunca aprendiera y había estado gritando la palabra «muerte» a pesar de no prever la suya.

La montura de Borenson se echaba encima de Sylvarresta. Borenson desvió la lanza un centímetro hacia la derecha a fin de no rasgar una de las lanzas de la

empalizada de Gaborn; salvó la valla, algunas de las varillas salieron volando y otras se rompieron justo en el mismo momento en que la punta de la lanza de Borenson se clavaba por la parte inferior del esternón del rey Sylvarresta y penetraba hábilmente, empujando al rey hacia atrás y levantándolo del suelo.

Borenson dejó que tres metros del arma atravesaran el pecho del rey hasta que la madera menguante le abrió las costillas. Después soltó el asta y se apartó del moribundo.

Su caballo se desplazó dos pasos, sorteó el cadáver del padre de Gaborn, rompió el otro lado de la empalizada y continuó al galope dejando atrás el tronco del enorme roble.

El rey Sylvarresta permaneció en pie un instante, parpadeaba estúpidamente ante la gran lanza que lo había atravesado, miraba extrañado su propia sangre que chorreaba por la brillante madera de fresno blanco. Le fallaron las rodillas, la cabeza le flaqueó y se desplomó del lado izquierdo.

Mientras moría miró a su hija y gimió débilmente. Gaborn no tenía ningún arma a mano, se había dejado el martillo de armas enfundado en la silla de montar.

Se abalanzó sobre la empalizada, cogió una de las lanzas del suelo y llamó a Iome, quien no necesitaba aviso alguno. Gaborn espantó al caballo de esta con el grito.

Iome corría detrás de Gaborn y este pensó que se escudaría tras él, pero enseguida le quedó claro que ella no tenía intención de esconderse; simplemente lo adelantó para acercarse a su padre, quien estaba hecho un ovillo y sangraba.

Borenson le dio la vuelta a su montura, desenfundó el hacha de armas de la parte trasera de la silla y se levantó la celada. Durante medio segundo los miró con los ojos llenos de odio.

Los ojos azules reflejaban dolor, el dolor de la locura; el rostro rojo de ira, los dientes apretados, y ya no sonreía.

A la carrera, Gaborn recogió el escudo de su padre que colgaba del árbol y lo levantó para proteger a Iome y a Sylvarresta y después retrocedió situándose a metro y medio del cuerpo glacial del rey Orden.

Gaborn sabía que Borenson no permitiría a su caballo pisotear el cadáver del rey, no se atrevería a profanarlo, no espolearía al caballo.

Aunque de lo que no estaba seguro era de si Borenson se abstendría de atacarlo a él. Se había visto aguijoneado a asesinar a sangre fría a los consagrados del castillo de Sylvarresta; forzado a elegir entre matar al rey Sylvarresta y los hombres del rey, sus amigos, o dejarlos con vida para que sirvieran a Raj Ahten.

Una vil elección, sin respuesta equilibrada, que ningún hombre podría sobrellevar.

—¡Entregádmela! —gritó Borenson.

—¡No! —dijo Gaborn—. ¡Ya no es una consagrada!

Borenson miró a Iome bajo la capucha y distinguió su bello rostro sin arrugas, los ojos claros, y su expresión se tornó en asombro.

Una figura oscura y desdibujada pasó junto a Gaborn, uno de los caballeros de Sylvarresta con gran metabolismo que se abalanzaba con todas sus fuerzas sobre Borenson. El tipo saltó, pero Borenson se inclinó hacia atrás esquivando el ataque y, con una estocada del martillo, golpeó de lleno la cara del guerrero. La sangre roció el aire a la vez que el soldado herido de muerte sobrepasaba el caballo de Borenson.

Cientos de personas habían presenciado el asesinato de Sylvarresta. Gaborn había estado tan centrado en Borenson que solamente ahora se fijaba en la presencia de los otros.

El duque Groverman y cien caballeros se precipitaban por la pendiente con las armas desenvainadas. Por detrás los seguían los plebeyos, algunos de ellos furiosos y otros consternados; algunos no podían dar crédito a lo sucedido. Gaborn oía el vocerío que a gritos clamaba «asesino, cruel asesino» y «muerte al asesino», otros simplemente gritaban de pena ante la muerte de su rey.

Jóvenes con guadañas y palos corrían colina arriba, con el rostro pálido y con mueca de consternación.

Iome cayó de rodillas y apoyó la cabeza de su padre en su regazo, comenzó a mecerla mientras lloraba. La sangre que aún brotaba vertiginosa de la enorme brecha, como si se tratara de la matanza de un cerdo, había formado un charco y se había mezclado con la nieve derretida.

Todo había ocurrido tan deprisa que Gaborn estaba allí aturdido: su guardaespaldas había matado al padre de su amada y también su propia vida corría peligro.

Algunos considerarían su deber vengar a la dinastía de los Sylvarresta. Una marabunta de gente se acercaba hacia Borenson, algunos de los jóvenes encordaban los arcos largos.

Con toda la potencia de voz de la que era capaz gritó:

—¡Deteneos! ¡Dejádmelo a mí!

El caballo de Borenson dio un paso atrás asustado por el grito y este intentó controlarlo. Los más cercanos a Gaborn se detuvieron expectantes, otros todavía marchaban hacia ellos, indecisos.

Iome miró a sus vasallos y levantó la mano a fin de detenerlos. Gaborn sospechaba que aquella orden por sí sola no detendría a la turba si Borenson no fuera tan temible adversario. Pero entre el miedo y el respeto a su princesa, el gentío siguió avanzando de manera vacilante. Los más ancianos y sabios nobles al frente extendieron los brazos, contuvieron a los más impetuosos.

Borenson dirigió una mirada de desprecio a la multitud, luego blandió el martillo y lo apuntó a Iome mientras miraba a Gaborn a los ojos:

—¡Debería haber muerto con el resto! ¡Por orden de vuestro padre!

—Mi padre revocó esa orden —dijo Gaborn con calma, utilizando toda la formación recibida en materia de modulación de voz, reproduciendo cada entonación estudiada a fin de convencer a Borenson de que decía la verdad.

Borenson abrió la boca horrorizado pues se sintió totalmente culpable... y ahora Gaborn aumentaba ese sentimiento.

Gaborn casi podía imaginar los comentarios despectivos que perseguirían a Borenson durante años: «¡Carnicero! ¡Asesino! ¡Revientarreyes!».

Pese a ello, Gaborn no podía evitar decir la verdad, sin importar lo terrible que esta fuera, o lo mucho que destruyera a su amigo.

—Mi padre revocó la orden cuando presenté al rey Sylvarresta ante él. Lo abrazó como a un amigo más querido que un hermano y ¡mi padre suplicó su perdón!

Con el objeto de darle más efecto, Gaborn señaló con la lanza al rey Sylvarresta.

Si antes había creído que Borenson había perdido la cordura, ahora quedó convencido.

—¡Nooo! —aulló Borenson con lágrimas en los ojos, ojos que ya no enfocaban sobre Gaborn, sino que estaban absortos en algún suplicio íntimo.

»¡Nooo! —repitió.

Violentamente negó con la cabeza, puesto que no soportaba que fuera cierto, no podría vivir con la verdad.

A medias dejó caer el martillo y lo tiró al suelo, se giró en la silla, levantó la pierna derecha y desmontó torpemente del caballo como si bajara una gran escalinata.

—No, por favor, no —dijo negando con la cabeza.

Se quitó el yelmo con ambas manos para descubrir la cabeza, la inclinó hacia el suelo con el cuello estirado y, al caminar hacia adelante, tartamudeaba en voz baja con los ojos clavados en la tierra.

Avanzaba con paso inseguro: la espalda doblada, la cabeza gacha, las rodillas casi tocando el suelo a cada paso.

Gaborn era consciente de que Borenson estaba destrozado y este no sabía si acercarse o caer de rodillas; intentó mantener la cabeza inclinada.

—Milord, milord, ay, ay, tomadme, milord. ¡Me ofrezco en sacrificio! —dijo mientras se arrastraba hacia adelante.

Uno de los jóvenes se acercó ligero con un martillo como si quisiera asestarle el golpe mortal él mismo, pero Gaborn lo detuvo de un grito. Los ánimos se calentaban, la turba estaba sedienta de sangre.

—¿Matarte? —preguntó Gaborn.

—Tomad mi lucidez —le suplicó Borenson—. Despojadme de ella, os lo ruego. Ya no la quiero. ¡Tomad mi lucidez!

Gaborn no quería que Borenson se transformara en lo que había sido Sylvarresta, no deseaba ver vacuos los ojos que tanto habían reído. Aunque, en aquel momento, se preguntaba si no sería una gentileza hacerlo.

*Padre y yo somos los responsables de este arrebató de locura*, pensó Gaborn. Despojarlo de inteligencia sería algo cruel, como un rey que grava a los pobres hasta que no pueden pagar más y se convence de su generosidad arrebatándoles los dones.

Lo he quebrantado. He violado su esfera de lo invisible, tomado su voluntad.

Borenson siempre había procurado ser un buen soldado y nunca más se consideraría como tal.

—No —respondió Gaborn en voz baja—, no lo haré.

Al pronunciar tales palabras se extrañó de su decisión: *¿se lo niego porque soy pragmático?*

Borenson era un gran guerrero, el mejor luchador en Mystarria. Quitarle la inteligencia sería un desperdicio, como un agricultor que mata a un caballo de calidad para llenarse la barriga cuando un pollo hubiera bastado.

—Por favor —gritó Borenson de nuevo.

Se acercó cojeando a Gaborn, a un palmo de distancia, con la cabeza y las manos temblorosas mientras se tiraba del pelo. No se atrevía a mirarlo a la cara y, por ello, tenía los ojos clavados en los pies de Gaborn.

—Por favor, ay, ¡no lo entendéis! Myrrima estaba en el castillo —dijo señalando la fortaleza y lamentándose. Myrrima vino a Longmot. Os cedo mi metabolismo pues. ¡No quiero saber nada hasta que acabe la guerra!

Gaborn se encogió aterrado y retrocedió un paso, asombrado.

—¿Estás seguro? —preguntó, intentando sonar sosegado y razonable ante el abandono de toda razón.

Gaborn había percibido otras muertes, la de su padre, la del padre de Chemoise, incluso la de Sylvarresta, pero no la de Myrrima.

—¿La has visto? ¿Has encontrado el cuerpo?

—Partió ayer de Bannisferre para estar aquí durante el combate, conmigo. Estuvo en el castillo.

La voz de Borenson sonaba quebrada, el guerrero cayó de rodillas y se echó a llorar.

Gaborn creyó hacer lo correcto al haber concertado la unión entre Borenson y Myrrima, creyó que algún otro elemento lo guiaba, con el poder terrestre recorriendo su ser. Sin duda, no hubiera estado convencido de hacerlo si iban a toparse con tan trágico fin.

—No —resolvió Gaborn contundente.

No despojaría a Borenson de su don, incluso si el sentimiento de culpa amenazaba con destruirlo. Había muchos reinos en juego y no podía permitirse tal acción piadosa, por mucho que le hiriera la muerte de Sylvarresta.

De rodillas, Borenson puso las palmas de las manos en el suelo, la postura tradicional de los prisioneros de guerra que se ofrecen para ser decapitados.

—¡Si no tomáis mi don, entonces mi cabeza! —gritó.

—No te mataré —respondió Gaborn—. Si os entregáis a mí, agradecido aceptaré el trato. Yo te elijo, sírveme. ¡Ayúdame a derrotar a Raj Ahten!

Borenson negó con la cabeza y siguió llorando, atroces sollozos de dolor que le robaban el aliento. Gaborn nunca había presenciado nada parecido en el guerrero, la capacidad de este para padecer tanto lo dejó pasmado.



Gaborn apoyó las manos en los hombros de Borenson, indicándole así que se levantara, pero este seguía arrodillado y llorando.

—¿*Milady*? —dijo alguien.

En el valle más abajo de donde estaba Gaborn reinaba un silencio total. Groverman y otros cien caballeros se acercaban, mirando a Gaborn horrorizados, sin saber cómo proceder. Uno de ellos llamó a Iome, pero esta solamente se ocupaba de sostener la cabeza de su padre y mecerla, casi ajena a lo que estaba sucediendo.

Tras una larga pausa, Iome alzó la mirada con los ojos llenos de lágrimas y se inclinó para darle a su padre un beso de despedida en la frente.

*Este ni siquiera la ha reconocido en el último momento*, pensó Gaborn. Se había olvidado de la existencia de su hija o no la había reconocido tan privada de encantos. Eso era probablemente lo peor de todo.

Iome se irguió y miró a sus caballeros colina abajo.

—Dejadnos —ordenó, tan categóricamente como pudo.

Hubo un silencio largo e incómodo... Alguien tosió. El duque Groverman la observaba sin parpadear.

—Mi reina...

—No podéis hacer nada ya. ¡Nadie puede hacer nada! —dijo Iome.

Gaborn sabía que no se estaba refiriendo al asesinato, ni a las exigencias de la justicia, sino a todo: a Raj Ahten y a aquella guerra sin sentido. Sobre todo, hablaba de la desolación.

—Pero... estos hombres... este acto delictivo —insistió Groverman—. ¡Los Orden deben pagar por este insulto!

Las antiguas leyes dictaminaban que un noble era responsable de la conducta de sus vasallos, al igual que un ganadero de los destrozos causados por una de sus vacas. Por tanto, Gaborn era tan culpable de asesinato como Borenson.

—El padre de Gaborn ha muerto junto con dos mil de sus mejores caballeros —respondió Iome. ¿Qué más queréis de los Orden?

—No es él el asesino. ¡Es el guerrero a sus pies a quien queremos! ¡Es una cuestión de honor! —gritó uno de los caballeros tras decidir por su cuenta que Gaborn era inocente.

Gaborn no reconoció el emblema del hombre: dos cuervos y un roble sobre el oso de Sylvarresta.

Iome dijo:

—¿Dices que el honor está en juego? El caballero a los pies de Gaborn, *sir* Borenson, me salvó ayer la vida y salvó la de mi padre. Mató a un invencible en las afueras de Longmot e igualó a Raj Ahten en inteligencia ayudando a expulsar al truhán de nuestro reino.

—¡Es un asesino! —gritó el caballero sacudiendo el hacha.

Groverman estiró la mano y acalló al tipo.

—Di... Dices —tartamudeó Iome—, que es cuestión de honor y seguramente lo

sea. El rey Orden, el mejor amigo de mi padre, fue quien primero ordenó ejecutarlos.

»¿Quién entre vosotros diría que no tenía razón? Mi padre y yo estuvimos consagrados a nuestro peor enemigo. ¿Quién de vosotros hubiera desobedecido tal orden si invirtiéramos los papeles?

»Mi padre cedió dones a Raj Ahten con la creencia de que era algo sin importancia, al igual que hice yo. Pero si juntáramos muchas nimiedades sumaríamos un gran mal.

»¿Es asesinato que este caballero mate a sus enemigos mientras cumplía órdenes, o es algo honorable?

Enhiesta, con las manos llenas de sangre y lágrimas que le surcaban el rostro, reivindicaba la absolución de Borenson de todo corazón. Mientras, Gaborn se preguntaba si él hubiera poseído la misma claridad mental para hacer lo mismo dadas las circunstancias.

Por su parte Borenson contemplaba a los caballeros con la mirada vacía, puesto que no le importaba cómo lo juzgaran. Matadme, decían sus ojos, o dejadme con vida. Pero decididlo de una vez.

Groverman y sus hombres ni avanzaron ni se retiraron, se mantuvieron donde estaban, indecisos.

Iome se mordió el labio, la mandíbula le temblaba tanto que se hizo sangre sin darse cuenta; los ojos le brillaban encolerizados y dolidos. Ya no podía soportar aquello, no podía seguir discutiendo; sus vasallos estaban enfurecidos y ella se sentía dolida y traicionada hasta la médula al haber perdido a toda su familia en dos días.

Gaborn conocía las secuelas, ese desolador efecto que le produjo la muerte de su madre y ahora la de su padre. Reconocía lo desconsolada que debía sentirse Iome, suponía que la pena de ella superaba la suya.

Iome le dijo contenciosa:

—Milord Orden, *sir* Borenson, después de vuestra gentileza estos dos últimos días, os ruego que os alejéis de aquí para que mi gente no os mate. Nuestra tierra está empobrecida por ello carecemos de hospitalidad. Marchaos de aquí. Por vuestros servicios, os perdono la vida, aunque mis vasallos deseen que no sea tan generosa.

El tono se burlaba de los suyos, pero Gaborn sabía que Iome lo decía en serio, que no podía aguantar más.

—Vete —susurró Gaborn a Borenson—. Nos encontraremos en la mansión de Bredsfors.

Fue un gran alivio que Borenson se pusiera en pie, se dirigiera hacia el caballo y ejecutara la orden sin rechistar.

Gaborn se acercó a Iome, se quitó el guantelete derecho y apoyó la mano sobre el hombro de aquella. Iome parecía tan menuda, tan frágil bajo el vestido de algodón, que no creyó que aguantara tanta presión.

Ya no era tan bella como el primer lucero de la noche, pero tampoco estaba estropeada. Sus únicos encantos eran naturales y Gaborn no podía amarla más de lo

que la quería en aquel momento, no podía haber deseado abrazarla más de lo que anhelaba justo entonces.

—Sabéis que os amo —dijo.

Iome asintió una vez, ligeramente.

—*Milady*, vine a Heredon a pedir os la mano y aún deseo hacerlo. Deseo que seáis mi esposa.

No lo dijo para reafirmar sus sentimientos ante Iome, sino para que lo oyera su gente, para que lo supieran.

Entre el gentío algunos sisearon la propuesta; algunos dijeron «no» a voces.

Gaborn se dio cuenta que no era persona grata en aquellos momentos. Los vasallos de Iome no sabían cómo había forjado planes y luchado por su libertad, sino que solamente habían presenciado aquel acto cobarde. No se ganaría su afecto aquel día aunque esperaba hacerlo con el tiempo.

Iome levantó el brazo y le acarició la mano, pero no pronunció palabras consoladoras.

Gaborn ascendió hasta la cima de la colina donde su caballo pafaba, tratando de descubrir la hierba dulce bajo la nieve para comérsela, y luego siguió a Borenson en dirección sur.

Tras él fue su día que, tras abrirse paso entre la muchedumbre, lo siguió de cerca.

## Capítulo 59



### *El curandero.*

**I**ome, sentada junto al cuerpo de su padre, se preguntaba si ella misma sobreviviría un día más; toda la energía, toda la fuerza de voluntad que luchaba por mantener le había sido arrancada, casi tanto como la belleza extraída dos días antes.

Deseaba desesperadamente, allí junto a su padre, dormir o gritar. La nieve se derretía y penetraba las delgadas botas igual que el recio viento se colaba en el fino vestido.

Sus vasallos no le servían de consuelo, sabía que necesitaban un señor que los defendiera, pero Iome no poseía ni inteligencia con la que orientarlos, ni encantos con los cuales animarlos a seguirla, ni fuerza o destreza para el combate.

*Sin mi belleza, me ven como soy, pensó Iome. Una impostora, nada. Todos los señores de las runas no somos nada sin los consagrados que nos otorgan el poder, que nos convierten en algo considerable.*

Mientras tiritaba en la colina, descubrió que los suyos no le ofrecían nada. Nadie le trajo un manto o le ofreció un hombro sobre el que apoyarse. Ninguno se atrevía a acercarse, probablemente creían que necesitaba tiempo para velar a solas; pero Iome no sabía sufrir en soledad.

Estaba confusa, Gaborn no había ordenado la muerte de su padre, sino que había luchado con todas sus fuerzas por mantenerlo con vida. No obstante, por alguna razón se sentía traicionada, probablemente porque Gaborn no había montado en cólera contra Borenson.

Si aquel hubiera despojado a Borenson de inteligencia, o lo hubiera decapitado, Iome lo habría considerado cruel e insensible. Aunque, en parte, pensaba que Borenson se merecía algún castigo innombrable.

Sorprendentemente, el primero que se acercó a ella transcurrida una hora fue Binnesman, el mago, quien la envolvió en una manta. El hechicero se acurrucó junto a ella y le dio una taza de té caliente.

—No quiero nada —dijo Iome.

Era cierto, tenía un nudo en la garganta y el estómago oprimido.

—Solamente me hace falta dormir.

Estaba tan agotada que no podía ni mirarlo.

—A veces el descanso es igual de bueno que el sueño —dijo Binnesman observándola. He mezclado un poco de melisa y flor de tila en el té, también manzanilla y miel.

Le apretó la taza humeante entre las manos e Iome bebió de ella. Hacía tiempo que había aprendido que Binnesman conocía sus necesidades mejor que ella misma, que podía aliviar los corazones con la misma facilidad que aliviaba las heridas.

El té logró relajarle los músculos y aliviarle la tensión; cerró los ojos y dejó caer la cabeza hacia atrás, asombrada por el efecto. El té la hizo sentir como si se hubiera levantado de la cama hacía pocos momentos. Aunque notaba cierto desánimo arraigado que ni siquiera el té podía tocar, agotamiento y dolor de huesos.

—Oh, Binnesman. ¿Qué debo hacer? —preguntó Iome.

—Debéis ser fuerte —dijo Binnesman—. Vuestra gente os necesita, debéis ser fuerte.

—Pero no me siento con fuerzas.

Binnesman no respondió, únicamente le rodeó los hombros con los sarmentosos brazos y la estrechó, como solía hacer su padre cuando era pequeña y la despertaban las pesadillas.

—Gaborn puede ayudaros a ser fuerte, si se lo permitís —opinó Binnesman.

—Lo sé —contestó Iome.

Allí abajo, la mayoría de los caballeros habían comenzado a montar un campamento en el valle. La delicada nieve se había derretido y aquella noche no resultaría fría. No obstante, solamente una zona del castillo parecía habitable.

Los barracones del duque y una de las mansiones aún se mantenían en pie aunque agrietadas. De ningún modo podría el castillo alojar a los miles de personas arribadas, pero algunos de los caballeros habían traído escuderos y tiendas de campaña suficientes para que todos pasaran la noche cobijados.

Mientras armaban las tiendas, Iome interceptó varias miradas de desconfianza, oyó comentarios de queja.

—¿Qué dicen por ahí de Gaborn?

—Lo de siempre... —respondió Binnesman—, los típicos rumores.

—¿Qué tipo de cosas? —insistió Iome.

—Opinan que deberíais haber reaccionado violentamente a la muerte de vuestro padre.

—Mi padre murió cuando Raj Ahten le extrajo la lucidez, ya no quedaba nada de mi padre.

—Sois muy severa —dijo Binnesman—. Pero si hubierais llorado y exigido la muerte de Borenson, probablemente vuestros vasallos se sentirían algo más... mitigados.

—¿Mitigados?

—Algunos sospechan que Gaborn ordenó la ejecución de vuestro padre.

—¿Gaborn? ¿Cómo es posible que piensen eso? —preguntó Iome, asombrada.

Iome echó un vistazo colina abajo y se encontró con la muy desconfiada mirada de una mujer que acarreaba un fardo de leña del bosque.

—Pues para poder casarse con vos y hacerse con el control del reino. Algunos creen que, de hecho, el haberle perdonado la vida es prueba suficiente de que os ha embelesado y de que caeréis entre sus garras despreciables.

—¿Quién dice tales cosas? ¿A quién se le ocurre siquiera pensarlas? —preguntó Iome.

Binnesman le sonrió.

—No les culpéis. Es algo natural. Se han visto duramente golpeados estos últimos días y, con ello, es fácil ser propenso a la desconfianza. Es más difícil pensar bien que mal, eso lleva tiempo.

Iome negó con la cabeza, muda de asombro.

—¿Es este lugar seguro para Gaborn? ¿Corre peligro?

—Tal y como están las cosas —dijo Binnesman—, creo que algunos de ellos en este valle representan una amenaza, sí.

—¡Debes ir a avisarlo cuanto antes! —exclamó Iome.

Se apercibió de su propio deseo de que Gaborn regresara esa misma noche, no soportaba la idea de separarse de él.

—Dile... Dile que no podemos vernos, que es peligroso. Que igual, con el tiempo, en unos meses... —Iome temblaba ante la idea, atormentada.

Unos cuantos meses le parecían una eternidad. En un mes o dos comenzarían las fuertes nevadas y el desplazamiento entre los reinos se haría más arduo.

No vería a Gaborn hasta la primavera entonces, cinco o seis meses como pronto.

Tal noción casi hace que se desmaye, aunque lo mejor para ambos sería tomárselo con calma, dar tiempo a sus vasallos para que comprobaran que nadie más la pretendería, que nadie más se desposaría con una mujer que había estado consagrada al enemigo.

Con su padre y el rey Orden muertos, en pocas semanas los cronistas pondrían en circulación las crónicas de sus hazañas poco a poco, un volumen por aquí y otro por allí. Seguramente se conocería la verdad y los vasallos de Iome opinarían mejor de Gaborn.

Sin embargo, se presentaba otro problema. La dama de honor de Iome, Chemoise, estaría embarazada de varios meses la próxima vez que Iome y Gaborn se encontraran. Si la gente de Iome no veía con buenos ojos la unión con un Orden, *¿qué pensarían de ella los vasallos de Gaborn?*

Gaborn había viajado a Heredon buscando abiertamente esa unión puesto que la riqueza y seguridad de estas tierras supondrían un estupendo botín para Mystarria. Pero Raj Ahten se había llevado la riqueza, había burlado las defensas de Heredon y

despojado a la princesa de su hermosura.

Iome no tenía nada que ofrecer más que su afecto y sabía que eso se valoraba poco.

Con todo, esperaba que Gaborn la amara; temía estar haciéndose ilusiones acerca del enlace con él. Algo imprudente, como la fábula infantil sobre un hombre perezoso que planeaba hacerse rico algún día al descubrir una veta de oro oculta en sus tierras que la lluvia desenterraría.

Sin duda, en los próximos meses Gaborn descubriría que no tenía nada que ofrecer y replantearía su propuesta. Aunque había dicho que la amaba, seguramente aprendería que el amor no era razón suficiente por la cual fundir ambos reinos en uno.

Mientras Iome meditaba tales asuntos, Binnesman asentía gentilmente, con expresión preocupada en el rostro, absorto en elucubraciones propias.

El mago la examinaba bajo las espesas cejas.

—Entonces, ¿queréis que advierta a Gaborn de ese modo? ¿Algún otro mensaje?

—No —dijo Iome—. Salvo el tema de Borenson.

—¿Y que cuestión es esa? —inquirió Binnesman.

—Esto... no sé qué hacer con él. Mató a mi padre, a un rey, y tal crimen no puede quedar impune. Pero su conciencia ya le pesa bastante y castigarlo aún más sería cruel.

Binnesman dijo:

—Hubo otra época en que a los caballeros que erraban involuntariamente se les concedía una segunda oportunidad.

## Capítulo 60



### *Un tesoro hallado.*

**E**n la Sala del Corazón de la Facultad del Conocimiento, Gaborn había aprendido que ciertos sueños y ciertos recuerdos son tan perturbadores que la mente no puede soportarlos.

Durante el camino recorrido a caballo y en silencio al sur de la mansión de Bredsfor, alcanzó a Borenson, estudió el semblante del caballero y se preguntó si el hombre estallaría.

Una y otra vez, Borenson inclinaba la cabeza y los labios le temblaban como si fuera a pronunciar algo indecible. Pero cada vez que la levantaba, tenía la mirada algo más clara, algo más lúcida, algo más sosegada.

Gaborn presentía que en una semana o en un mes, Borenson olvidaría lo que había hecho. Incluso afirmaría que otro había degollado a Sylvarresta, o que el buen rey había muerto en combate o debido a una caída del caballo.

Gaborn albergaba esa esperanza, que Borenson olvidara... Cabalgaban en silencio, el días de Gaborn tosía de cuando en cuando, como si hubiera pillado un resfriado.

Transcurridos así veinte largos minutos, Borenson mejoró, su actitud superficialmente parecía del todo tranquila. El dolor se había retirado a su fuero interno, pero seguía allí, latente en lo más hondo.

—Milord, estuve donde la cabaña del duque hace un rato y encontré las huellas de un reaver. Una hembra grande. ¿Me concederéis vuestro permiso para cazarla esta noche?

Evidentemente, se trataba de una broma.

—No sin mí —dijo Gaborn contemplativo—. El otoño pasado vinimos al bosque de Dunn a cazar jabalís. Este año cazaremos reaver. Seguramente Groverman se unirá a nosotros. ¿Qué te parece?

—Ah, ni por asomo —soltó Borenson—. ¡No después de lo que he hecho!

De inmediato los ojos de Borenson mostraban agitación de nuevo y Gaborn intentó distraerlo.



—Bueno, si matamos a un reaver, permitiré que te comas las orejas —bromeó Gaborn.

Comerse las orejas del primer jabalí abatido durante la cacería era un gran honor, pero los reaver no tenían orejas y no eran comestibles.

—O, al menos, cortaré un trozo de pelaje con forma de oreja.

—Sois demasiado generoso, milord —se rio Borenson, como una campesina en el mercado que se regocija con los inmerecidos halagos de un noble. Oh, sois tan cortés. Todos los nobles sois tan... esto, bueno, altaneros, si me explico.

—Esto... gracias, señora —contestó Gaborn fingiendo acento afectado, como el del marqués de Ferecia, un notorio presumido.

Levantó la nariz, como haría el marqués, y utilizó todo el poder de su voz para imitar el acento de este:

—Bendita sea usted y su casucha, y toda su prole mocosa, querida señora. Y, por favor, le ruego que no se acerque o me hará estornudar.

Borenson se rio a carcajada limpia puesto que el marqués solía estornudar cuando algún campesino mugriento se le acercaba demasiado. El supuesto riesgo de contagios mantenía a los campesinos a raya y, así, el marqués no tenía que aguantar el olor de la pobreza.

Era un humor negro, aunque también lo mejor que Gaborn podía ofrecer en aquel momento que lograra aliviar el ánimo de Borenson de algún modo. Aquel esperaba que un día la relación entre ellos volviera a la normalidad.

Atravesaron varios kilómetros de colinas a caballo.

La nubosidad comenzó a despejarse y el sol de la tarde brillaba y derretía la nieve. A un kilómetro de Longmot encontraron granjas intactas por el camino, casas de piedra con tejados de paja que no habían sido quemadas. Los animales habían desaparecido de los corrales y la fruta estaba recolectada, lo cual les daba un espeluznante aire de abandono, aunque las construcciones siguieran en pie.

Luego cruzaron otra loma y divisaron la mansión de Bredsfor enclavada en un valle acogedor, un edificio largo de granito con dos alas abiertas en abanico. Detrás de la casa había graneros y palomares, cocheras, el alojamiento de los criados y jardines tapiados. Un camino de entrada circular rodeaba los macizos de flores y los topiarios delante de la mansión. Un arroyo hondo recorría el valle y, más adelante por el camino, un puente blanco se extendía sobre este.

En los peldaños de entrada a la mansión se sentaba una mujer envuelta en seda color nube cuyo cabello oscuro le caía en cascada por el hombro izquierdo.

Myrrima los miró y se levantó nerviosa. La belleza de esta no había disminuido en los últimos días y Gaborn casi se había olvidado de lo encantadora que era, tentadoramente llamativa.

Borenson clavó las espuelas al caballo y galopó colina abajo gritando:

—¿Cómo...? ¿Qué hacéis aquí?

Al poco, Borenson saltaba del caballo y Myrrima se deshacía en sus brazos.

Gaborn se detuvo a unos metros de distancia.

Myrrima reía y lloraba abrazando a Borenson.

—No llegasteis a tiempo a Longmot y el rey Orden me dijo que os esperara aquí. Oh, tenía tanto miedo. El cielo ennegreció y unos horribles alaridos sacudieron la tierra. El ejército de Raj Ahten pasó por aquí, por este camino, así que me escondí. Pero llevaban tanta prisa que no llegaron a detenerse.

Gaborn dio la vuelta a su montura y se encaramó por la colina, seguido del días, a fin de concederles unos minutos de intimidad. Allí descansó a la sombra de un olmo, donde el terreno estaba despejado, la nieve medio derretida. En parte se sintió aliviado, creía en cierto modo que Myrrima era una figura importante en su futuro, que desempeñaría un gran papel en futuras guerras, y estuvo agradecido de que su padre hubiera decidido salvarla y apartarla del peligro.

Aunque al mismo tiempo, no podía evitar sentir algo de celos por la felicidad de la que ella y Borenson gozarían.

Iome había quedado tan horriblemente marcada a causa de su encuentro con Raj Ahten, tan destrozada... Además, la forma en que había muerto su padre sería motivo de distanciamiento entre ellos. Gaborn no sabía siquiera si quería volver a dirigirle la palabra.

Seguramente será mejor olvidarla, musitó. No obstante, a Gaborn le importaba la felicidad de Iome. Aún estaba entumecido, se le entrecortaba la respiración y se echó a temblar.

Ambos tenían heridas debido a esta guerra y esas profundas lesiones eran solo el principio.

*Pero no debemos rendirnos ante el dolor, pensó Gaborn. El deber de un señor de las runas es el de interponerse entre sus súbditos y el peligro, parar los golpes del enemigo para que no sufran los más débiles.*

A pesar de que Gaborn estaba totalmente apesadumbrado no lloraba, y no quiso llorar la muerte de su padre. Tal como había prometido, no volvería a acobardarse ante el peligro.

A pesar de todo, imaginó temeroso que aquel día y todo lo acontecido se le presentaría en sueños.

El cronista estaba de pie a su espalda bajo el olmo. Gaborn le dijo:

—Te eché de menos. No lo hubiera creído, pero eché en falta tu presencia.

—Como yo a vos, alteza. Veo que habéis tenido una pequeña aventura.

De esa forma, el días pedía a Gaborn que subsanara las lagunas en los datos que poseía. A Gaborn se le antojó que el días no conocía en realidad cuántas cosas le habían ocurrido: cómo se había entregado a la Tierra, o cómo había leído el libro del emir de Tuulistan, o cómo se había enamorado.

—Dime, días —dijo Gaborn—, en tiempos pasados los hombres y mujeres de tu orden se llamaban «guardianes de los sueños», ¿no es cierto?

—En el sur, hace mucho tiempo, sí —respondió el días.

—¿Y a que se debía eso?

—Con vuestra venia, alteza, os haré yo una pregunta. Cuando dormís, ¿os encontráis a veces deambulando de un terreno familiar a lugares que no tienen relación?

—Sí —dijo Gaborn—. Detrás del palacio de mi padre en Mystarria hay un sendero y, en mis sueños, cuando lo recorro a caballo suelo acabar en los terrenos en la parte de atrás de la Sala del Corazón, que se encuentra a cuarenta kilómetros de palacio. O atravieso esos terrenos y me encuentro junto a un estanque en el bosque de Dunn. ¿Es algo significativo?

—Es señal de una mente organizada que intenta comprender el mundo —dijo el días.

—¿Y eso cómo contesta a mi pregunta? —inquirió Gaborn.

—En vuestros sueños existen senderos que no queréis recorrer. La mente elude a la memoria, pero ambas son parte del paisaje de un sueño. ¿Los reconocéis también?

Sí, Gaborn se acordaba. Mientras el días hablaba, recordó una ocasión hacía muchos años durante la cual viajaba por las montañas con su padre y este quería que escalaran un sendero por un empinado y angosto barranco de rocas negras entre las cuales colgaban telarañas.

—Sí, lo recuerdo.

El días miró a Gaborn con los ojos entornados y asintió ligeramente con la cabeza.

—Bien, entonces sois hombre valiente ya que solamente los bravos recuerdan ese lugar. Pronto soñaréis que vais cabalgando. Cuando suceda, tomad el sendero y comprobad a dónde os conduce. Probablemente allí hallaréis la respuesta.

Gaborn miró al días fijamente, extrañado. Era un truco, lo sabía, decirle a alguien lo que hacer en sueños era una triquiñuela. La mente obraría según las instrucciones y obedecería.

—¿Quieres saber lo que me ha pasado estos tres días pasados? —dijo Gaborn—. ¿Sería demasiado egoísta si me reservara la información?

—Un hombre que se precia en servir a todos, no puede sucumbir ante tal deseo individualista —respondió el cronista.

Gaborn sonrió.

—Después de dejarte rezagado... —empezó a contar.

Gaborn le refirió todo lo acontecido, aunque omitió la parte sobre el libro del emir.

Durante una larga hora, Gaborn relató sus hazañas y, al hacerlo, se planteó los compromisos adquiridos. Los consagrados de su padre ya habrían recobrado sus dones y los súbditos de Mystarria averiguarían con ellos que el rey estaba muerto. Esto provocaría un pánico frenético, deseoso de noticias; los muchachitos ya estarían volando en pterodáctilos hacia el castillo de Sylvarresta. Gaborn tendría que volver allí y enviar misivas a casa, planear la guerra.

Myrrima, con las caderas meciéndose como las olas bajo la seda gris, se aproximaba por la ladera e interrumpió las inquietantes cavilaciones de Gaborn. E hizo lo que ninguna otra había hecho hasta entonces: se acercó a él, le tendió la mano y acarició la suya acompañándolo en el sentimiento, observó su rostro fijamente; muy pocas mujeres se habían atrevido a tocarlo con tanta familiaridad.

—Milord —susurró—, esto... Vuestro padre era un buen hombre. Se le echará de menos con la misma intensidad con la que amaba; siempre reverenciaré su memoria.

—Gracias —dijo Gaborn—. No se merece menos.

Myrrima tiró de la mano de Gaborn y dijo:

—Venid a la casa, vayamos al jardín. Es un hermoso jardín. Os entretendrá mientras Borenson y yo nos preparamos algo de cena. Tenemos uvas en las parras y verduras en el huerto, encontré jamones en el ahumadero.

Gaborn no había comido desde la noche anterior. Asintió cansado y le cogió la mano a Myrrima, con la otra condujo al caballo hasta la mansión. Detrás de ellos, el días cabalgaba en silencio.

El jardín situado en la parte trasera de la mansión tenía todo lo prometido por Myrrima. Casi toda la nieve se había derretido, empapando el jardín y dejándolo limpio. Tapias de piedra recubiertas de rosales y glicina cercaban el jardín, y agradables flores crecían por doquier.

Por el césped serpenteaba un riachuelo de charcas hondas, en las cuales crasas truchas tomaban el sol y saltaban para comerse las abejas que zumbaban entre las flores de las orillas.

Gaborn estuvo largo rato caminando entre las hierbas, estudiando las plantas. No era tan maravilloso como el vergel de Binnesman, no era tan grande ni tan silvestre y variado. Gaborn únicamente poseía conocimientos básicos de botánica, lo mismo que aprendían otros príncipes. Mientras deambulaba encontró algunas cosas que necesitaba: cáñamo que trepaba por una pérgola en la tapia sur de la finca; un poco de zurrón de pastor para restañar las heridas; escolzia que le ayudara a conciliar el sueño.

Tantas hierbas que Gaborn no sabía qué hacer con ellas.

Estaba tan absorto arrancando raíz de malva para curar quemaduras, que no se fijó en la llegada de Binnesman justo antes de la cena.

—Hola —saludó Binnesman a su espalda, sobresaltándolo—. Conque, ¿ahora os dedicáis a recoger hierbas?

Gaborn asintió preocupado por sí, ante un maestro herbolario como Binnesman, sus esfuerzos resultaran poco convincentes. Estaba arrodillado en el suelo junto a las hojas aromáticas y dentadas y, de repente, no estaba seguro de si aquellos pétalos rosáceos eran realmente malvas o de si se había equivocado.

Binnesman asintió amablemente con la cabeza y sonrió, tras lo cual se arrodilló al lado de Gaborn y lo ayudó a cavar.

—La raíz de malva funciona mejor contra las quemaduras cuando está fresca —

dijo—. Aunque los vendedores la venden seca. Lo que necesitáis es la refrescante savia, no los tallos ásperos y resecos. Pero la raíz seca remojada en agua aún proporciona cierto alivio.

Gaborn dejó de excavar, pero Binnesman lo exhortó a continuar.

—Busca la parte superior de las raíces, la más gruesa. Es bueno que hagas esto, así aprenderás qué partes usar.

El hechicero tiró de la malva y partió la raíz color morado y marrón para que Gaborn lo viera; la savia rezumó entre los dedos de Binnesman. El viejo mago untó la frente de Gaborn con la fresca sustancia.

—¿Veis?

—Sí, ya veo —respondió Gaborn.

Entre ellos reinó un incómodo silencio mientras Binnesman clavaba la mirada en los ojos de Gaborn. El príncipe distinguía motas verdes en la piel del anciano, pero los ropajes de este se habían tornado rubicundos, como el color de las hojas de arce en otoño.

—Creéis que poseo grandes poderes —dijo Binnesman—, pero el poder emana del servicio que presto a la Tierra.

—No, las hierbas que recoges son más potentes que ninguna de las que he visto en Mystarria —dijo Gaborn.

—¿Os gustaría conocer el secreto? —preguntó el mago.

Gaborn asintió sin decir nada, apenas creyéndose que el hechicero revelaría la respuesta.

—Plantad las semillas, mi rey, en suelo abonado y labrado con vuestras manos. Regadlas con sudor propio. Cuidad de ellas y de sus necesidades y, a cambio, os servirán a vos completamente. Pocos hombres, ni siquiera entre los más sabios, alcanzan a comprender el gran poder que uno puede recibir gracias a esos servicios.

—¿Nada más? —inquirió Gaborn.

—Mis plantas crecen para servir a la gente de esta tierra. Las aboné con estiércol humano, durante muchas generaciones. Así pues, las plantas sirven a esa gente.

»Todos estamos relacionados... Hombres, plantas, tierra, cielo, fuego, agua. No somos varias cosas, sino una. Y es cuando reconocemos que somos un conjunto uniforme, que podemos disponer de ese gran y único elemento, la comunión.

Binnesman calló y observó a Gaborn atentamente.

—¿Lo entendéis?

Al plantearse todo aquello, Gaborn empezaba a discernir lo que Binnesman había intentado explicarle, aunque no estaba seguro de si podía entenderlo del todo todavía.

—En Mystarria hay jardines —dijo Gaborn, a falta de otra respuesta—. Hablaré con mis jardineros, aprenderé qué semillas debo plantar. En la Facultad del Conocimiento puedo conseguir todo tipo de simientes.

—¿Puedo visitar esos jardines? —preguntó Binnesman—. Igual podría aconsejaros en materia de cultivos.

—Eso me complacería —dijo Gaborn—. Pero toda tu vida ha transcurrido aquí. ¿No deseas quedarte en el bosque de Dunn?

—¿Y para qué? —preguntó Binnesman—. La séptima mole se ha desplomado, el último de los obalines ha muerto. No tengo nada más que aprender y ya no puedo serle de utilidad. Mi jardín, destruido...

—Tu wylde, ¿qué hay de ella?

—La he buscado toda la tarde, escuché el rumor de los árboles y de la hierba. Si aún anda por ahí, debe de estar lejos. La buscaré en Fleeds y más al sur hasta encontrarla, igual en Mystarria.

—¿Y el bosque?

—Es realmente hermoso —dijo Binnesman—. Lo echaré en falta. Pero vos sois mi rey, y os seguiré.

Aquella declamación de devoción sonaba curiosa. A entender de Gaborn, ningún guardián de la tierra había jurado lealtad a monarca alguno. Los magos eran seres solitarios, que vivían al margen del hombre común.

—Va a ser terrible, ¿verdad? —preguntó Gaborn—. La guerra, la presiento... Noto cierta agitación en la tierra, fuerzas que se desperezan.

Binnesman se limitó a asentir con la cabeza. Gaborn bajó la mirada y, a pesar de que aún quedaba algo de nieve entre las hojas del jardín, comprobó que el viejo hechicero iba descalzo.

Entonces, Gaborn dijo lo que había estado atormentándolo toda la tarde:

—Lo llamé, lo reclamé con todo mi corazón, a mi padre. Intenté protegerlo, servirle al igual que llamé a Sylvarresta y al padre de Chemoise y a Rowan. Y les he fallado a todos, todos han muerto, simiente humana que decidí proteger. Dime, Binnesman, ¿qué otra cosa debo hacer?

El mago estudió a Gaborn abiertamente.

—¿No lo entendéis, milord? Con llamarlos no basta, hay que servirles en cuerpo y alma.

Gaborn se preguntó en lo más hondo de su corazón qué debía hacer y, en respuesta, sintió una tremenda angustia, una sensación de que todo se balanceaba, todo cambiaba bajo sus pies y no tenía nada a lo que aferrarse. En efecto, amaba a su padre y a Sylvarresta, pero le costó mantenerlos con vida.

—Raj Ahten sigue vivo por mi culpa —dijo Gaborn entre dientes—. Tendí una trampa muy pequeña para tan gran alimaña.

Gaborn sonrió ante la imagen.

Sin embargo, necesitaba hacer algo más, algo que no captaba y no podía decir. Era tan novato que no conocía sus limitaciones, sus obligaciones.

Binnesman dijo algo, palabras que obsesionarían a Gaborn para siempre. Y mientras el mago le contaba el secreto, la mente de Gaborn se trastornaba.

—¿No lo habéis entendido, milord? Elegir a un hombre no es suficiente. Los poderes de la Tierra se debilitan mientras que el Fuego aumenta su potencia. Cada

persona que deseáis salvar, el Fuego intentará destruirlo con más ahínco. Y lo que quiere es la desolación por encima de todo.

Gaborn jadeó, al tiempo que se le helaba el corazón al reconocer aquello que había sentido todo el tiempo, como una insistente sospecha secreta. Los nuevos poderes que despertaban en él acarreaban un precio muy alto. Al amar a alguien, al intentar salvarlos, los marcaba como blanco.

—¿Entonces...? ¿Entonces qué puedo hacer? —preguntó Gaborn—. ¿En qué se benefician los elegidos?

—Con el tiempo, aprenderemos a utilizar vuestros poderes —respondió Binnesman. ¿Pensáis que el beneficio es mínimo si supone la vida en vez de la muerte?

Al deliberarlo, Gaborn reconoció que había hecho algunas cosas bien: había rescatado a Iome mientras los seguía Raj Ahten; había conseguido salvar a Borenson en Longmot; había conducido a Myrrima a Bredsfors por razones que aún no alcanzaba a comprender; y, de repente, supo con certeza que si no hubiera enviado a Borenson a avisar a Myrrima de la invasión del bosque, toda la familia de esta hubiera perecido.

Sin la ayuda de sus incipientes poderes muchos otros habrían muerto ya.

Sí, he logrado algo. Pero debo hacer mucho, mucho más.

—¿Qué hacemos ahora, milord? —preguntó Binnesman como si le adivinara el pensamiento.

—¿Qué me aconsejas? —dijo Gaborn.

—Vos sois el rey. Yo, un simple siervo que no un consejero —dijo Binnesman—. La Tierra os servirá en modos que a mí nunca mostró. Por tanto, no tengo ni idea de lo que debéis hacer.

Gaborn se planteó la cuestión.

—Aquí en el jardín hay marcadores ocultos —dijo con un suspiro—. Los excavaré. Raj Ahten está convencido que ya los tengo en mi poder y que ya los he utilizado. Cuando regrese, los habré utilizado. Puede que sea la «esencia de todos los hombres», pero yo seré la «esencia de todas sus pesadillas».

»Tú conoces la tradición popular —dijo—, ¿puede hacerlo?, ¿puede convertirse en la *esencia de todos los hombres*?

—No de «todos» —respondió Binnesman—. Ansía el poder, la garantía de una existencia inagotable. No sé mucho de las artes de los señores de las runas, pero sé que si ha de convertirse en ello, seguramente tendrá que ir derecho a la fuente y aprender cómo se hace.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Gaborn.

—Nosotros, los guardianes de la tierra, vivimos longevas vidas. Toda una vida de servicios que abarca mucho tiempo y una vida de servicio a la Tierra es la más larga de todas. Hace cuatrocientos años, cuando era joven, conocí a un hombre del sur en una antigua posada cerca de Danvers Landing. El hombre parecía un joven señor de

las runas, un noble viajero. Un verano hace ciento ochenta años vino al norte de visita al castillo de Sylvarresta, al menos, creo que era él. Fue un año de disturbios entre reaver y ladrones, y él acabo con ambos. Después, se marchó al sur.

—¿Daylan Hammer? ¿Dices que Daylan Hammer aún vive? ¿La «esencia de todos los hombres»? ¿Después de mil seiscientos años?

—Os digo que puede que aún viva —respondió Binnesman.

Luego sacudió la cabeza, meditabundo.

—Puedo estar equivocado. Nunca he referido esto a nadie, igual contároslo no haya sido lo mejor.

—¿Por qué?

—No parecía ser un hombre feliz. Tiene secretos que debería guardar.

—¿La felicidad lo es todo? —preguntó Gaborn.

—Sí, en última instancia creo que lo es —contestó Binnesman—. Debería ser el objetivo de la existencia, vivir la vida en paz y armonía.

Gaborn se planteó el tema.

—¿No es correcto si lucho contra Raj Ahten empleando sus tácticas? ¿Es correcto que me enfrente a él?

—Es peligroso —dijo Binnesman—. No solamente para vos, sino para el mundo entero. Si se uniera a vuestra causa, me regocijaría. Pero se opondrá a vos y yo no puedo opinar sobre si debéis enfrentaros a él. Vuestra tarea es la de recolectar la simiente de la humanidad, decidir a quién salvar y a quién dejar de lado; ya habéis comenzado la tarea.

Binnesman señaló hacia la mansión, en cuyo comedor Borenson y Myrrima cocinaban.

Gaborn se estremeció ante la idea del cometido, tener que juzgar de algún modo la valía de cada hombre, salvar a algunos y descartar a otros. Este sería el único cometido de toda su alma, de cada pensamiento y, con todo, no tenía garantías de que lo haría con éxito.

—¿Y qué hay de Iome?

—Opino que es una buena mujer —dijo Binnesman—. Está muy en sintonía con los poderes, intuye el más sutil de los efectos, mejor que vos o que yo mismo. Supondría una ventaja tenerla en nuestro grupo.

—La amo —dijo Gaborn.

—Entonces, ¿qué hacéis aquí? —preguntó Binnesman.

—Dándole algo de tiempo a solas, para llorar su pena. Me temo que si acepta mi mano sus vasallos se sublevarán, me repudiarán.

—Yo no me preocuparía por ellos, solamente por ella. ¿Pensáis que quiere estar sola? ¿Creéis que no os ama?

—Sí, me ama —dijo Gaborn.

—Pues apresuraos en ir a por ella. Acompañadla en su dolor. Compartir las penas hace que cicatricemos antes.



—Esto... no sería buena idea, no ahora. Es demasiado pronto, después de...

—Hace menos de una hora que hablé con ella —dijo Binnesman—. Preguntó por vos. Desea veros por algún tema urgente, esta noche, enseguida.

Gaborn examinó extrañado la cara del mago. Acercarse a Iome parecía una locura teniendo en cuenta lo que su gente sentía por él. Aunque si ella misma solicitaba su presencia, igual lo hacía con buen motivo. *Seguramente, pensó, querrá discutir algún tratado. Necesitará dinero para reparar el castillo. La dinastía de los Sylvarresta necesitará préstamos, ejércitos...*

Desde luego, le daría todo lo que pidiera.

—Está bien —dijo Gaborn—. Iré a verla.

—Cuando se ponga el sol —dijo Binnesman—. No la dejes sola después del atardecer.

Las palabras de Binnesman alentaron a Gaborn. *¿De qué me sirve tener a un mago por consejero si no hago caso a su sabiduría?*, razonó.

## Capítulo 61



*Paz.*

**G**aborn no partió hasta la puesta del sol. Estuvo calentando agua en la cocina para lavarse el cuerpo y el cabello con lavanda, limpiar la armadura con hojas blandas de hierba de San Pelegrín; quería estar presentable.

Al caer la tarde, el cielo de la región quedó completamente despejado de nubes y un aire más cálido bañaba la noche, como si fuera otra tarde de final de verano. El aroma a hierba y roble se hizo más perceptible en el ambiente.

Borenson y Myrrima se quedaron en la mansión.

Solamente Binnesman el mago y el días de Gaborn lo acompañaron a Longmot, donde miles de personas se afanaban en el crepúsculo rescatando suministros del castillo y atendiendo a los muertos. Del norte habían llegado otros guerreros, ocho mil caballeros y soldados del castillo de Derry, con el duque Mardon al frente. Esta tropa se presentó inesperadamente, emplazada por Groverman.

Gaborn llegó al campamento y fue escoltado hasta Iome por un centinela que parecía bastante agradable.

En Heredon, la costumbre era la de enterrar a los muertos antes del atardecer el mismo día en que morían. Aunque había tal marea de nobles y caballeros en las colinas de Longmot, armando tiendas, que no se podía enterrar al rey Sylvarresta. También el rey Orden seguía allí sin enterrar y Gaborn no sabía si esto era porque esperaban honrarlo enterrando a ambos monarcas juntos o porque la gente no quería enterrar a un rey forastero en tierra ajena.

No obstante, muchos de los vasallos deseaban ver los cuerpos, ofrecer los últimos respetos.

Gaborn encontró a Iome aún llorando junto a su padre. Los cuerpos habían sido amortajados con finas mantas y dispuestos encima de una cama hecha de losas. El conde de Dreis ocupaba un lugar de honor, a los pies de los otros.

Al contemplar a los muertos, las heridas de Gaborn se abrieron nuevamente. Este se acercó a Iome, se sentó con ella y le cogió la mano. Iome le apretó los dedos fuertemente como si su vida dependiera de ello.

Estaba sentada con la cabeza gacha y la mirada enfocada hacia adelante. Gaborn no sabía si estaba ensimismada, forcejando con la pena, o si intentaba ocultar el rostro ahora que no era más encantadora que cualquier otra doncella.

Estuvieron sentados media hora larga mientras los soldados de Sylvarresta se acercaban a presentar sus respetos y susurraban muy bajito entre ellos. Algunos de los más arrogantes miraron a Gaborn desaprobatorios y ceñudos, pero Gaborn los retó.

Temía que Raj Ahten hubiera ganado una pequeña victoria en eso, que hubiera logrado abrir una brecha entre dos naciones que antaño eran aliadas.

Vanamente, se preguntaba cómo podría subsanar la herida.

En un kilómetro a la redonda, por las colinas, comenzaron a encenderse las fogatas. Uno de los soldados se aproximó con dos teas grandes con la intención de colocarlas a la cabeza y a los pies de los dos reyes, pero Binnesman lo espantó.

—Murieron luchando contra tejedores de llamas —dijo—. No sería apropiado acercarlos al fuego. La luz de las estrellas es suficiente.

Efectivamente, las estrellas iluminaban el firmamento al igual que las fogatas iluminaban el valle.

A Gaborn se le antojó que aquello era una curiosa actitud por parte de Binnesman. Igual el mago temía a las llamas tanto como amaba a la tierra. Incluso entonces, en el relente de la noche, caminaba descalzo en contacto con la fuente de su poder.

Tan pronto como retiraron las antorchas, Iome tensó el cuerpo, como si cada músculo se le contrajera.

Se levantó de un salto y levantó las manos en alto, escudriñó las colinas a su alrededor y gritó:

—¡Ya vienen! ¡Ya vienen! ¡Cuidado!

Gaborn se preguntaba si Iome no había dormido mucho los últimos días, si soñaba despierta, porque miraba en torno a sí misma hacia los árboles en las colinas, la mirada resplandeciente de intenso asombro.

Gaborn no distinguía nada y, a pesar de ello, Iome seguía gritando y aferrándose a Gaborn como si sucediera algo terrible y maravilloso.

El mago Binnesman se apartó bruscamente de los cuerpos inertes de los monarcas y gritó:

—¡Quietos! ¡Quietos! ¡Apartaos todos! ¡Que no se mueva nadie so pena de peligro!

Todos los ocupantes del campamento por doquier miraban hacia la hoguera, hacia la loca de su princesa, al hechicero que gritaba, la inquietud dibujada en las frentes.

Binnesman asió uno de los hombros de Iome de cerca y le susurró satisfecho:

—En efecto ya vienen.

Fue entonces cuando Gaborn oyó algo en la lejana distancia: el sonido del viento entre los árboles que soplaba hacia ellos desde el bosque al noroeste del castillo. Era un extraño sonido, un ruido espeluznante que subía y bajaba de volumen, como el

aullido de los lobos o el ulular del viento nocturno entre las chimeneas del palacio de invierno de su padre.

Sin embargo, poseía cierta ferocidad, cierta inminencia que solamente había oído una vez.

Gaborn escudriñó la parte oeste y una brisa helada parecía rozarlo. Aunque era un viento invisible, uno que se movía sin mecer las ramas de los árboles o torcer la hierba a su paso.

Gaborn resolvió que no se trataba del viento, sino del resonar de muchos pies delicados que hacían crujir las hojas y la maleza; mezclado con ese curioso son eólico oía el débil rumor de las trompas de caza, ladridos de perros y vociferío de hombres.

En las colinas más apartadas aparecieron pálidas luces grises bajo los árboles, junto con miles de jinetes montados. Las luces eran tenues y el color de las libreas de los jinetes apagado, como si Gaborn los estuviera observando a través de un cristal opaco.

Aun así, discernía los detalles del uniforme y sus emblemas: eran antiguos nobles de Herdon a caballo junto con sus damas, perros, cortejos y escuderos, todos vestidos para una gran cacería con jabalinas. No solamente había nobles entre ellos, Gaborn distinguió a algunos plebeyos y niños entre la comitiva; locos y bufones; eruditos, viejos chochos y soñadores; doncellas y damas; agricultores a mansalva; pajes, herreros y tejedores; pajes de armas y magos... Toda una alegre nación.

El extraño alarido del bosque era el de risotadas fantasmales, puesto que todos reían jubilosos, como si celebraran algo.

Los espíritus del bosque de Dunn detuvieron las monturas justo bajo los árboles en las colinas del oeste y permanecieron allí observando expectantes a Gaborn y a Iome.

Gaborn reconoció a algunos de ellos: al capitán Derrow y al capitán Ault, a Rowan y a otros hombres y mujeres del castillo de Sylvarresta, la mayoría de cuyos nombres desconocía.

Al frente cabalgaba un gran monarca que Gaborn solamente reconoció por el emblema, en el escudo dorado figuraba el antiguo emblema del caballero verde: era Erden Geboren.

Miles y miles de otros nobles y damas y campesinos iban con él o lo seguían, una gran muchedumbre que inundaba las colinas y las laderas.

El rey fantasma se acercó la trompa de caza a los labios con ambas manos y sopló.

El grave estruendo resonó entre las montañas, acallando a todos los mortales que aún hablaban. Luego la hizo sonar quejumbrosa dos veces más, dos breves riff.

Era el toque que Sylvarresta había utilizado el año anterior al iniciar la cacería, la señal para que los jinetes montaran.

Junto a Gaborn se removía un viento helado, un aire frío que le caló hasta los huesos, así de poderoso y temible era.

El miedo se apoderó de él y no se atrevía a parpadear ni a moverse. Eso supondría la muerte segura, fue lo que intuyó Gaborn. Por tanto, permaneció de pie, quieto, hasta que recordó las palabras de su padre: «Ningún príncipe de Mysterria ha de temer a los espíritus del bosque de Dunn».

Por el rabillo del ojo vio cómo el espíritu del rey Sylvarresta se incorporaba del cadáver tendido en el camastro de piedra. Sylvarresta, sentado, miró con anhelo el otro lado del campo, a los hombres de la gran cacería.

Después, estiró los brazos y sacudió a Orden por los hombros despertándolo de un profundo sueño para que también él se levantara.

Los reyes se alzaron al mismo tiempo y respondieron a la llamada del valle. Aunque movían los labios, Gaborn no oía nada más que un curioso gemido que recorría las laderas.

Del otro lado del valle la respuesta no se hizo esperar. Dos damas surgieron de entre la distante multitud, se adelantaron unos cincuenta metros del margen del bosque, cada una con un corcel ensillado.

Gaborn las reconoció: una era la reina Venetta Sylvarresta y la otra era su madre. Ambas sonreían radiantes y parecían hablar entre ellas como si nada, majestuosas, felices.

El rey Sylvarresta y el rey Orden tomaron el uno la mano del otro y caminaron con toda tranquilidad hacia el valle, como solían hacerlo de jóvenes. Sylvarresta hablaba como si relatará un chiste largo y Orden se reía entusiasmado a la vez que movía la cabeza. El viento sostenía sus voces como un curioso gorjeo, Gaborn no distinguía las palabras.

Se desplazaban con celeridad engañosa, estos fantasmas, como ciervos brincando entre la hierba. En cuestión de unos pasos, el rey Orden y el rey Sylvarresta se encontraron con sus esposas, las saludaron con un beso y montaron en corceles propios.

De un extremo a otro del campo, otros caballeros se unieron a la cacería, hombres abatidos en el castillo... El padre de Chemoise apareció a los pies de un roble y se apresuró campo atravesado a fin de sumarse al gentío.

Conforme más soldados y los reyes se unían a la gran cacería, los espectros a su espalda dieron media vuelta y se internaron montados en el bosque de Dunn. Los perros de caza aullaban en la lejanía y los labios de varios nobles producían un distante rumor de risas y gritos de cacería; la trompa de Erden Geboren se imponía sobre el estrépito.

Desde la grupa del caballo, el padre de Gaborn atravesó el valle con la mirada, como si divisara a los soldados vivos que acampaban en aquellos campos por primera vez. Durante medio segundo, abrió la boca consternado, como si recordara su vida mortal o como si acabara de acordarse de una pesadilla. Luego se le aclararon los ojos y sonrió abiertamente, atrás quedaba el mundo de los mortales. Dio la vuelta a su montura y se introdujo en el bosque a galope tendido, desapareció.

*Se ha marchado para siempre, pensó Gaborn, hasta que pueda unirme a él.*

Gaborn se dio cuenta de que lloraba, no de dolor ni de alegría, sino maravillado. El año pasado habían acampado en el bosque de Dunn durante la última cacería y su padre le había contado que los reyes de Mystarria y Heredon no debían temer a los fantasmas del bosque, Gaborn ya entendía el porqué: nosotros somos los espectros del bosque de Dunn.

Mientras la gran horda giraba y desaparecía en el bosque, uno de los jinetes quedó rezagado. Erden Geboren contempló a Gaborn durante un largo minuto, con ojos penetrantes, luego arreó a su caballo hacia adelante.

Me ve, me ve, se percató Gaborn con el corazón dándole saltos en el pecho, puesto que todos sabían que atraer la mirada de un tumulario suponía la muerte.

El imperioso rey se movía como en sueños, cruzó el valle en una décima de segundo, e instantes después Erden Geboren sentado en su silla por encima de la cabeza de Gaborn lo miraba fijamente.

Gaborn levantó la cabeza y miró al tumulario a la cara, quien llevaba el escudo y una armadura de cuero verde con un sencillo yelmo redondo de antiguo diseño.

Lo penetraba con la mirada, lo había reconocido.

Gaborn se había imaginado a Erden Geboren joven, como en las epopeyas antiguas, de aspecto noble y valiente. Sin embargo, parecía un hombre envejecido en vez de en la flor de la vida.

Erden Geboren señaló el suelo a los pies de Gaborn. Este siguió el ademán con la mirada para comprobar qué señalaba; al hacerlo, las hojas secas de roble entre la hierba comenzaron a crujir y a removerse en la ligera brisa, arremolinándose como un torbellino, ascendieron repentinamente y entrelazaron los tallos hasta encajarse en la recién peinada cabellera de Gaborn.

Todos los hombres y mujeres de Heredon presentes quedaron boquiabiertos de asombro.

Erden Geboren había coronado a Gaborn con la corona de hojas. El antiguo símbolo de Mystarria, la señal del Rey de la Tierra. Esa noche era la noche de Hostenfest.

En la inmensa marea de gente allí reunida, un hombre se atrevió a proclamar lo siguiente desde el valle más abajo:

—¡Aclamemos todos al nuevo Rey de la Tierra!

Gaborn miró al rey fantasma a los ojos, Erden Geboren, y enseguida comprendió que él mandaba entre los espíritus, que los podía haber controlado todo aquel tiempo. Encolerizado dijo:

—Si me unguís rey os ordeno a vos y a vuestras legiones a hacer todo lo posible por defender el bosque. Raj Ahten se ha cobrado muchas vidas aquí. Cuidad que no se cobre ninguna más.

Erden Geboren asintió solemnemente, tras lo cual dio la vuelta al pálido caballo y se marchó por el campo, su gran corcel saltando vallas y setos mientras se retiraba

hacia el bosque de Dunn.

En pocos segundos, el ruido de las trompas de caza sonó fuerte y después se desvaneció en la distancia mientras los tumularios se alejaban.

Todos tenían la vista clavada en Gaborn y se mantenían en silencio total. Muchos de ellos parecían asustados, inseguros de lo que había sucedido, o sin poder creerlo. Otros simplemente seguían boquiabiertos. Se decía que los viejos reyes dominaban el bosque de Dunn, que el bosque era su siervo. Gaborn había captado que los espíritus del bosque habían servido a sus antepasados y que ahora él se atrevería a darles órdenes.

Gaborn casi no podía respirar, todo lo que dijera sería recordado por todos.

Iome lo miraba con los ojos llenos de lágrimas. Aunque seguían cogidos de la mano, ella le apretó los dedos fuertemente, su mano derecha en la izquierda de Gaborn, y las levantó en alto.

Entre los pobres de ambos reinos, la ceremonia de matrimonio se celebraba de forma parecida: el hombre y mujer que quisieran desposarse se presentan ante testigos, con las manos unidas, mientras un amigo entrelazaba ambas muñecas con un lazo blanco. Después, los recién casados alzan las manos como uno para que todos lo vieran.

Así pues, todos entendieron la importancia del gesto de Iome. Soy una mujer pobre que quiere casarse.

Gaborn estiró la mano de Iome con la suya y gritó a todos:

—Vosotros mismos habéis presenciado cómo Sylvarresta y Orden cabalgaron juntos igual que en vida, unidos como verdaderos amigos. ¡No permitamos que nuestra gente se divida!

En el campamento reinaba el silencio, nadie se atrevió a moverse.

El duque Mardon estaba a unos doscientos metros de ellos en la pendiente, una de las fogatas brillaba a sus pies y el resplandor le iluminaba el rostro. La copa de oro que llevaba en la mano acababan de llenársela, era un hombre colosal, uno de los mejores líderes de Heredon. Un noble que era apreciado por la gente y en el cual confiaban.

Cientos de ojos se posaron en el duque a la espera de su visto bueno.

Mardon no tenía un pelo de tonto y seguramente reconocía que Heredon necesitaba aquella unión. Probablemente tuvo tiempo de considerar la riqueza y el poder de Mystarria; la necesidad de aliarse con el Rey de la Tierra.

Aunque si tales ideas mercenarias cruzaron la mente del duque, este no lo mostró. Casi inmediatamente, alzó la copa en homenaje a Gaborn y una amplia sonrisa le arrugó el semblante.

—Ah, *milady*, ¿vos que opináis? —preguntó a Iome.

Iome apretó aún más la mano de Gaborn y la alzó aún más; se volvió hacia el príncipe y lo miró con el reflejo de las estrellas en los ojos.

—Por la parte de los Sylvarresta que me concierne, acepto encantada.

El duque Mardon gritó y levantó la copa.

—Por lo visto, el rey Sylvarresta celebra Hostenfest este año con su cacería a pesar de todo. Regocijémonos con él, y con su hija. ¡Una doble celebración!

Vació la copa rápidamente y la arrojó lejos, hacia el campamento de sus tropas, como premio para algún soldado pobre.

Fue ese gesto más que ningún otro lo que finalmente provocó los vítores en el campamento y se hizo con el afecto de Gaborn para siempre.



## QUINTO LIBRO

---

*Vigesimotercera jornada del mes de la cosecha*



El advenimiento del Rey de la Tierra

## Epílogo



**L**os poderes terrestres afectaron a Iome la noche de su compromiso con Gaborn, la hicieron desearlo más que nunca. Probablemente era porque tanto Gaborn como Binnesman la acompañaban, flanqueándola, con lo cual se vio emparedada entre ambos, zarandeada por el embate de tanta energía creativa. O igual porque la fatiga que sentía la hacía más propensa a la magia que de costumbre.

O igual porque notaba el poder terrestre que se despertaba en Gaborn, que lo transformaba en silencio.

En cualquier caso, quedó agradecida, puesto que su gente había aceptado la unión entre ambos. Cuando la tocó aquella tarde y levantó su mano, percibió algo más que un roce humano; los dedos entrelazados como parras en espaldera. Ya no se creía ser capaz de separarse de él, no pensaba que pudiera separarse nuevamente de él y sobrevivir, o sentirse verdaderamente viva. Si alguien hubiera intentado arrebatárselo, Iome pensaba vehementemente que se marchitaría y moriría sin más.

Aquella noche llamó a *sir* Borenson para dictaminar sentencia. En su favor, hay que decir que este había recorrido los casi cinco kilómetros sin quejarse, se había postrado ante ella de pies y manos, dispuesto a ofrecer su cabeza si así lo deseaba. A su alrededor, se reunieron miles de caballeros y guerreros cuyos ánimos estaban divididos. Iome lo leía en los rostros. Algunos deseaban degollarlo vivo, otros lo pensaban ceñudos, temiendo que algún día en similares circunstancias se encontrarían en la misma situación.

Iome podría haberlo desterrado, despojado de rango y protección o ejecutarlo en el acto.

—*Sir* Borenson —dijo Iome—, habéis herido seriamente a la dinastía de los Sylvarresta. ¿Tenéis algo que decir en defensa propia?

Borenson negó con la cabeza, la gran barba roja meciéndose a la altura del suelo, no.

—Entonces yo hablaré por ti —dijo Iome—. Aunque habéis herido a los Sylvarresta, también has amado y servido a la gente de Heredon.

Iome suspiró.

—A pesar de ello, en nombre de la justicia debo imponer un castigo. Tengo entendido que antaño actos como el tuyo se perdonaban si el caballero en cuestión cumplía un «acto de penitencia».

A Iome le costaba respirar, le costó pronunciar las siguientes palabras aunque fue Binnesman quien le había facilitado la idea y eso le pareció adecuado en su momento.

Ahora se preguntaba si sería demasiado. Un acto de penitencia debería de ser algo alcanzable para un hombre, una gran hazaña que pusiera a prueba su alma y lo ayudara a florecer, no una hazaña que lo destruyera.

Iome temía que la sentencia destrozara a Borenson.

—Te condeno a partir hacia el sur, a las tierras más allá de Inkarra. Busca a Daylan Hammer, «esencia de todos los hombres» y descubre la mejor forma de derrotar a Raj Ahten.

Borenson tosió algo sorprendido y miró a Iome, luego a Gaborn, quien estaba al lado de ella.

—¿Cómo? ¿Cuándo? Quiero decir... Estoy comprometido con la dinastía de los Orden.

—Te relevo de todos tus deberes, *sir* Borenson —dijo Gaborn—, hasta que hayas cumplido el acto penitente. Te convertirás en caballero equitativo, responsable ante ti mismo solamente si así lo deseas.

—¿Si así lo deseo?

Borenson se planteó la cuestión: viajaría por territorio enemigo y se enfrentaría a innumerables peligros con la vana esperanza de encontrar a un hombre de leyenda. Una hazaña que podría llevar toda la vida, o más, y el tiempo para un hombre con dones de metabolismo transcurría tan deprisa...

Borenson miró a Myrrima por encima del hombro, si aceptaba el castigo de Iome tendría que dejarla e igual nunca más la vería. El semblante de esta se había tornado pálido, marcado por el miedo. Asintió con la cabeza de manera imperceptible, como señal a Borenson.

—Acepto la sentencia —respondió Borenson inseguro, y se levantó.

Ya no vestía el uniforme de los Orden y, por tanto, no tendría necesidad de cambiarse; agarró el escudo y cortó las correas que sujetaban la faja de cuero con la imagen pintada del caballero verde. Al descubierto, el escudo era únicamente un trozo de acero sin adornos, sujeto con remaches a un bastidor de madera.

—¿Cuándo partirás? —Quiso saber Gaborn, dando palmaditas a Borenson en la espalda.

Borenson se encogió de hombros y miró a Myrrima.

—Dentro de dos semanas, cuatro como mucho. Antes de que las montañas queden cubiertas de nieve.

Después de desposarse, concluyó Iome.

Observó la mirada calculadora de Gaborn y supo que deseaba acompañar a Borenson, aunque sus obligaciones lo retendrían en el norte.

A la mañana siguiente, Gaborn dispuso un carruaje que transportara los cuerpos de los reyes al castillo de Sylvarresta donde enterrarían al rey Sylvarresta mientras que

el padre de Gaborn sería embalsamado y trasladado a casa, a Mystarria.

Entre los cadáveres, escondieron diez cajones grandes llenos de marcadores y los taparon con tierra de los jardines de la mansión de Bredsfor. Gaborn supervisó toda la operación.

El campamento se había convertido en un hervidero a partir del amanecer, miles de guerreros desmontaban las tiendas listas para marcharse mientras otros aún llegaban de Heredon y los alrededores.

Una vez que Gaborn acabó de colocar los cuerpos, comprobó si las ruedas y los bajos de la carreta soportarían tan pesada carga. Luego se levantó y se encontró con una multitud de ciudadanos de Longmot.

—Hemos venido a pedirnos si estaríais dispuesto a comprar dones —dijo un robusto campesino.

—¿Por qué recurrís a mí? —preguntó Gaborn.

—Vos seréis nuestro rey —dijo un joven entre el gentío.

—Vos poseéis oro —dijo el campesino—, y podéis comprarlos. No pedimos mucho, solamente que cuidéis de nuestras familias durante el invierno. Yo soy fuerte y he trabajado toda mi vida, os podría vender la fuerza. Y mi hijo, ese de allí, nunca ha enfermado, podríais utilizarlo también.

Gaborn negó con la cabeza, entristecido.

—Habrà oro suficiente para todos sin necesidad de vender dones —dijo en voz alta para que lo oyeran todos. Necesito hombres para reconstruir esta guarnición y os pagaré un buen jornal por el trabajo. Traed a vuestras familias para el invierno y ocupad los edificios aún en pie. Todos tendréis carne para vuestros hijos y pan para alimentarlos.

Se le ocurrió que podía prometerles más: bellotas y setas; ciervo y jabalí; todos los frutos del bosque y del campo.

—Trabajaréis para mí algunos días y el resto para vosotros, así podréis levantar vuestros hogares. No compraré dones de un hombre necesitado.

—¿Y qué hay de los que queremos que luches por nosotros? —gritó un anciano—. Yo no tengo familia y estoy muy mayor para esgrimir un martillo de armas. Pero os puedo ceder la inteligencia que no ha mermado. Lucharé por vos como me sea posible.

Gaborn paseó la mirada por el grupo de gente. Ese era el único tipo de hombre del cual aceptaría dones, un hombre que sabía lo que era un acto de guerra, que entregarse era un compromiso muy serio. No obstante, Gaborn no deseaba dones, quería esperar a la primavera o a un futuro lejano, aunque sabía que Raj Ahten no estaba muy lejos y que aún podría enviar asesinos. Esta gente necesitaba un líder y Gaborn necesitaba la ayuda.

—¿Cuántos de vosotros opinan como este hombre? —preguntó Gaborn.

Al unísono, un coro de cincuenta hombres y mujeres gritaron:

—¡Yo!

Ese mismo día, Gaborn, Iome y quinientos nobles volvieron al castillo de Sylvarresta montados en caballos de fuerza.

Al pasar por pueblos y aldeas aminoraban la marcha y dejaban que los estandartes anunciaran su presencia: el Rey de la Tierra, Gaborn Val Orden y su prometida, Iome Sylvarresta. Para entonces, la noticia del advenimiento del Rey de la Tierra se había extendido por casi todos los caminos en Heredon y, además, seguía su curso por los países vecinos a Fleeds y a Crowthen del sur.

Delante del rey y de la reina cabalgaba Binnesman el mago con una rama de roble en la mano.

En cada lugar, los niños miraban asombrados y sonreían a Gaborn, al joven rey. Las figuras de madera del Rey de la Tierra adornaban las puertas y ventanas de todos los hogares. Los rostros de los niños llenos de alegría puesto que el día no solamente marcaba la derrota de Raj Ahten, sino el primer día de Hostenfest y, finalmente tras 1629 años, un nuevo Rey de la Tierra se paseaba por aquellos lares, uno que podía bendecir a su gente como los grandes reyes de antaño.

Aunque los niños saludaban a Gaborn jubilosos y llenos de admiración, los ancianos a menudo saludaban con la cara marcada por lágrimas. Algunos comprendían los malos presagios que anunciaba un nuevo Rey de la Tierra: se avecinaban tiempos aciagos, más azarosos que nunca.

Al pasar por una posada, el dueño se acercó a la estatuilla de la puerta, le arrancó la bonita corona de ramas de roble trenzadas y se la entregó a Gaborn para que se la pusiera. Después de eso, a modo de sumisión, en cada hogar las familias arrancaban las coronas de roble y las arrojaban a los pies de Gaborn junto con flores.

A pesar de que no comprendían la importancia de lo que hacía Gaborn, al pasar cada humilde hogar, una y otra vez contemplaba los rostros de algún labrador fornido o de su mujer y sus hijos con ojos penetrantes, como si se introdujera en el fuero de sus mentes o los atravesara con la mirada. Después sonreía con mucho secreto y alzaba la mano izquierda como si los bendijera y decía suavemente:

—Os elijo, os elijo a todos y cada uno de vosotros para la Tierra. Que ella os oculte, que os sane, ¡que os haga suyos!

Al hablar, algo gemía en su interior, no soportaba la idea de perder a ninguno de ellos. Así comenzó a recolectar la simiente de la humanidad, escogiendo para sí una nación entera.

Apenas hubieron recorrido unos veinte kilómetros cuando los soldados empezaron a fijarse en que los robles del bosque habían perdido sus hojas durante la noche, puesto que cuando pasaron por allí la tarde anterior los árboles aún las conservaban.

Al comentárselo a Binnesman este les dijo:

—Esto hacen los robles en señal de respeto al nuevo rey.

Así descubrieron que era cierto, todos los robles del bosque de Dunn habían perdido sus hojas en una sola noche.

Aunque por el camino, Gaborn encontró algo que se le antojó una maravilla aún mayor puesto que, mientras seguían el recorrido, un hombre salió del bosque, un hombre montado sobre un caballo de armas imperial con una capa de seda dorada. Era un hombre mayor y rechoncho, de tez oscura que lanzó una daga con piedras preciosas incrustadas al suelo. Gaborn lo reconoció como el consejero de Raj Ahten que había visto donde las Siete Moles Erguidas.

—¡Aclamemos todos al Rey de la Tierra! —exclamó con fuerte acento con las manos bajo el mentón mientras hacía una reverencia con la cabeza.

—Conozco tu cara —dijo Gaborn.

—Mi vida os pertenece, si quisierais matarme —dijo el consejero—. O, si lo deseáis, me pondré a vuestro servicio. Me llamo Jureem.

Gaborn lo miró fijamente a los ojos.

—Durante mucho tiempo, los siervos del Fuego te han tenido embelesado. ¿Cómo puedo fiarme de ti?

—Fui esclavo hijo de esclavos —respondió Jureem—. Mi padre creía que un buen siervo es el mejor de los hombres. Un buen siervo se anticipa a las necesidades de su señor. Si aún no lo habéis hecho, os aconsejo que enviéis emisarios a Indhopal con la noticia de que el Rey de la Tierra ha renacido en Heredon y que Raj Ahten huye de él. Contadle a la gente también que Raj Ahten se enfrenta a los poderes terrestres en su intento de derrocar a los reinos de Rofehavan.

»En Orwynne, hay doscientos mil efectivos que asedian la ciudad. Sus órdenes son las de mantener el control y expulsar a los defensores para que no vengan a ayudar a Heredon.

»En vuestro propio hogar, en Mystarria, tres de vuestros castillos meridionales ya habrán sucumbido. Os puedo dar los nombres de los lores que controlan esas fortalezas. Creo que Raj Ahten no volverá a casa, que se retirará a una de esas guarniciones para seguir adelantando su campaña.

»También os diré los castillos donde Raj Ahten ha escondido a los consagrados con nombres y descripciones de los vectores más importantes.

»Todo lo que deseáis os daré, milord, puesto que yo sirvo a la Tierra. Habéis ganado una importante batalla, pero os prometo que tan solo es el principio.

Gaborn se maravilló ante todo aquello.

—Entonces, ¿piensas que si siembro la discordia en los dominios de Raj Ahten se verá obligado a retirarse?

Jureem negó con la cabeza.

—No, no es esa la idea, pero tales nuevas servirán para distraerlo. Pienso, Gran Luz, que os puedo ayudar en algo para que ganéis esta guerra si me lo permitís. Me ofrezco como vuestro buen siervo.

—Tu vida es tuya —dijo Gaborn—. Yo no tengo esclavos, aunque acepto tu servicio.

Largo y tendido planearon la guerra durante la singladura de aquel día.

En cuanto a Gaborn, hubo una gran celebración cuando llegaron al castillo de Sylvarresta aquella noche. Algunos batidores se adelantaron para anunciar la llegada del rey y de la reina. Después de que enterraran al rey Sylvarresta en el mausoleo junto a su esposa, se organizó un gran banquete.

Aquella noche, unos mil caballeros llegaron a galope tendido hacia el castillo, otros soldados salieron de Orwynne, con el viejo y gordo rey Orwynne al frente.

Orwynne se echó a llorar al ver a Gaborn y se arrodilló ante él.

—Gracias —dijo entre sollozos.

—¿Qué he hecho para merecer tal agradecimiento? —preguntó Gaborn.

—Ayer tarde, mis fortalezas estaban asediadas por doscientos mil soldados de Raj Ahten y temía que todo estaba perdido. Pero llegaron refuerzos mandados por vos.

Gaborn no quería escuchar el resto, cómo los espíritus emergieron del bosque de Dunn y lo que había hecho, aunque tenía que saberlo.

—¿Y los hombres de Raj Ahten? ¿Han perecido todos?

—Todos los que estaban a tiro del bosque —dijo Orwynne triunfante.

Ante tales noticias, muchos de los comensales en el gran salón vitorearon, aunque Gaborn les ordenó que guardaran silencio.

—La muerte de esos hombres no es un triunfo —murmuró Gaborn—. Con esas muertes todos empequeñecemos. En los tiempos que se avecinan nos harán falta tales hombres.

Aquella noche Gaborn no pudo dormir, salió al jardín de Binnesman donde los árboles y los matorrales no eran más que cenizas retorcidas. A pesar de ello, sentía cómo las semillas y las raíces bajo sus pies se desperezaban. El fuego había calcinado aquel lugar, pero llegada la primavera de nuevo se convertiría en una profusión de vida.

En las llanuras de Fleeds, lejos de las márgenes del bosque de Dunn, las tropas de Raj Ahten avanzaban apresuradas hacia el sur, tras un día de recorrido, se toparon con los restos del ejército de Vishtimnu en un campamento junto a un pináculo rocoso.

Los lores de los clanes de Fleeds habían descubierto el ejército a la intemperie y, temiendo que atacarían la fortaleza de Tor Billius, lo rodearon y abatieron a unos ochenta mil hombres.

Raj Ahten se infiltró entre las filas enemigas y, ante los clanes, exhortó al enemigo a que le sirviera; unos treinta mil soldados se sumaron a Raj Ahten aquel día, aunque muchos otros siguieron luchando contra él.

El caudillo entre los luchadores fue el gran rey Connel y sus valientes guerreros, quienes cargaban contra el Señor de los Lobos una y otra vez hasta que rompieron sus lanzas y destrozaron sus escudos.

Aun así, Connel siguió adelante con un hacha y una daga. Al anoecer, Raj Ahten, lo arrojó entre sus gigantes frowth como cebo vivo.

Luego, durante un rato, Raj Ahten contempló los restos de su ejército,

reflexionando. Volvió la mirada hacia el norte, indeciso.

Algunos dicen que farfullaba maldiciones en voz baja y que temblaba aterido de cólera y miedo; otros, que simplemente se mantuvo de pie, meditabundo. Con muchos más hombres a su espalda estuvo muy tentado de volver a Heredon y de enfrentarse al Rey de la Tierra en aquel momento y acabar con él.

Finalmente, Raj Ahten le dio la espalda a Heredon y se marchó por las montañas al galope.

Tres noches después de la caída de Longmot, Gaborn e Iome se casaron en el castillo de Sylvarresta.

La ceremonia estuvo concurrida con miles de nobles de todas las naciones vecinas. Iome no se puso velo y Gaborn quedó complacido al ver que su belleza había retornado, aunque no lo manifestara. Su devoción no había sido menor cuando se había afeado y no iba a crecer ahora.

En su noche de bodas, Gaborn cumplió con la promesa de no portarse como un caballero en la cama, al menos no más de lo que Iome deseaba que fuera.

Aquella noche, después de hacer el amor, Iome se tendió en la cama durante mucho rato con la mano sobre el útero, preguntándose qué tipo de hijo llevaba en el vientre, puesto que sentía que estaba embarazada. El poder terrestre de Gaborn era tan fuerte que no era posible que plantara una semilla y que esta no echara raíces.

Borenson y Myrrima se casaron ese mismo día con menos fanfarria, decidieron celebrar una ceremonia humilde.

A la noche siguiente, con la luna en cuarto creciente y bajo su tenue luminosidad, Gaborn, Borenson y cincuenta caballeros equitativos montaron en los caballos de fuerza y cabalgaron hacia el bosque de Dunn con barahúnda, con las lanzas en ristre a la caza de los reaver.

Los hombres feroces y deseosos de cacería habían prometido todos que esta sería una digna de recordar.

Binnesman los acompañaba, puesto que se contaba que el suelo en las profundidades del bosque de Dunn, que solían extraer los duskin, tenía ciertos poderes mágicos de la tierra honda, poderes que podrían otorgar propiedades mágicas a las armas que los herreros del Rey de la Tierra forjaran ese invierno.

De la cacería no se supo mucho, no se refirió apenas nada. Pero el Rey de la Tierra y su mago y algunos de los caballeros regresaron tres días más tarde al poco de amanecer, el último día de Hostenfest, día de gran celebración.

Desgraciadamente, en las minas de los duskin encontraron algo más de lo podían abarcar con facilidad: veintisiete reaver adolescentes y un mago reaver.

Cuarenta valientes caballeros perdieron la vida en aquella contienda.

El mismo Borenson degolló al mago reaver en su madriguera y, como trofeo, se trajo la enorme cabeza amarrada a la grupa del corcel.



Plantó la abultada cabeza gris y correosa en el jardín ante el castillo de Sylvarresta para que todos lo vieran. Media casi dos metros de largo por metro y medio de alto y tenía forma ovalada; parecía la cabeza de un insecto sin ojos, ni orejas, ni nariz. Su único aparato sensorial lo constituían grupos de antenas que colgaban como lombrices grises de la nuca, como parodia del cabello, hasta la boca.

Las filas de dientes cristalinos en la gran boca causaron una gran impresión entre los campesinos y los niños, muchos de los cuales tenían miedo de tocarle los rígidos labios. Los mil dientes estaban dispuestos en siete hileras, como los de un tiburón, cada deforme diente era transparente y duro como el cuarzo, como los huesos del cráneo.

Millares de campesinos vinieron a admirar la cabeza del monstruo. Los niños gritaban deleitados al tocarla y muchas de las doncellas quedaban boquiabiertas, reían nerviosas, mientras que los ancianos la contemplaban un rato, pensativos.

Era el primer mago reaver que se había descubierto en el bosque de Dunn en casi mil setecientos años y la mayoría de los presentes pensaban que sería el último que verían en sus vidas.

Pero se equivocaban, puesto que no era el último, sino solamente el primero.



DAVID FARLAND nacido en 1957, es un escritor estadounidense de ciencia ficción y fantasía. David Farland es el seudónimo con el que firma sus obras de fantasía.

Hasta la fecha ha escrito y editado casi cincuenta libros entre novelas y relatos. También es autor de juegos digitales y articulista. La saga de fantasía épica *Los señores de las runas* ha sido traducida a más de diez idiomas. Es todo un fenómeno de ventas y su versión cinematográfica está en fase de preproducción.